PAX ROMANA

Guerra, paz y conquista en el mundo romano

ADRIAN GOLDSWORTHY

Pax Romana es una obra exhaustiva y rompedora que lleva al lector a un viaje desde las sangrientas conquistas de la agresiva República, pasando por la época de Julio César y Augusto, hasta la época dorada de la paz y la prosperidad bajo grandes emperadores como Marco Aurelio, ofreciéndonos una revisión equilibrada y matizada de la vida en el Imperio romano cuando estos dominaban gran parte del mundo conocido.

Creative Commons

epublibre

Adrian Goldsworthy

PAX ROMANA

Guerra, paz y conquista en el mundo romano

ePub r1.0
Titivillus 11-05-2019

Título original: *Pax Romana*
Adrian Goldsworthy, 2016
Traducción: Teresa Martín Lorenzo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Pax romana
Agradecimientos
Lista de Mapas
Prefacio. VIVIR EN PAZ
Introducción. UNA GLORIA MAYOR QUE LA GUERRA
Parte uno. LA REPÚBLICA
I. EL AUGE DE ROMA
1. Orígenes
2. La República
3. En el extranjero
II. GUERRA
1. Masacre
2. Riqueza y reputación. El impulso de crear un imperio
3. Fe y falta de piedad
III. AMIGOS Y RIVALES
1. «Amici». Los amigos de los romanos
2. «Toda la Galia está dividida en tres partes». La intervención de César
3. Aliados y enemigos
4. La resistencia contra Roma
IV. COMERCIANTES Y COLONOS
1. «Civis Romanus Sum». Los romanos en el extranjero
2. Mercados e intercambio
3. Los romanos y los nativos

V. «¿CUÁNTO HAS GANADO?». EL GOBIERNO
1. Los procónsules
2. Cilicia
3. Ganar dinero
VI. LAS PROVINCIAS Y SUS REYES
1. Al menos creen que se autogobiernan
2. Las negociaciones con Roma
3. La paz y su precio
Parte dos. EL PRINCIPADO
VII. LOS EMPERADORES
1. Poder sin límites
2. La paz y la guerra
3. Los límites
VIII. REBELIÓN
1. «¿Debe todo el mundo aceptar la servidumbre?»
2. La reina
3. Impuestos y abusos
4. Adquisición y pérdida de una provincia
5. ¿Un mayor sentimiento de identidad?
IX. RESISTENCIA, DISTURBIOS Y ROBOS
1. Pacífica y tranquila
2. Reyes y malos vecinos
3. Asesinato, saqueo y política
X. LOS GOBERNADORES IMPERIALES
1. «Firmeza y diligencia»
2. Bitinia y Ponto: despilfarro, corrupción y rivalidades

3. Hombres malvados
XI. LA VIDA BAJO EL IMPERIO ROMANO
1. «Civilización» y «esclavitud»
2. Rebaños y pastores, romanos y nativos
3. Integrados y excluidos
XII. EL EJÉRCITO Y LAS FRONTERAS
1. «Un gran círculo de campamentos»
2. El otro lado de la colina
3. Ataque y defensa
XIII. GUARNICIONES Y RAZIAS
1. Cruces clandestinos
2. Guarniciones, fuertes y murallas
3. Anatomía de una razia
4. Miedo, reputación y dominación
XIV. MÁS ALLÁ DE LA «PAX ROMANA»
1. El exterior
2. Comercio y tratados
3. Guerra civil y paz
Conclusión. PAZ Y GUERRA
Cronología
Glosario
Abreviaturas utilizadas en las notas
Bibliografía
Notas

Agradecimientos

Escribir un libro como este lleva mucho tiempo y hay muchas otras personas que contribuyen en el proceso. Como siempre, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los miembros de mi familia y amigos que han leído y comentado varios bosquejos del manuscrito, sobre todo a Kevin Powell, Ian Hughes, Philip Matyszak, Guy de la Bédoyère y Averil Goldsworthy. Dorothy King ha escuchado con paciencia y debatido conmigo muchas de las ideas expresadas en este libro. Mi agente, Georgina Capel, merece un agradecimiento especial por su entusiasmo y por propiciar la situación que me permitió dedicar a este libro el tiempo que requería. También quiero expresar mi agradecimiento hacia mis editores, Alan Samson en el Reino Unido y Steve Wasserman en los Estados Unidos, así como a sus respectivos equipos por materializar todo eso en este espléndido volumen.

Lista de Mapas

i. **La república romana y su imperio, circa 60 a. D.**
ii. **César en la Galia**
iii. **La provincia de Cilicia de Cicerón**
iv. **El imperio romano en 60 d. C.**
v. **El imperio romano a la muerte de Septimio Severo, 211 d. C.**
vi. **Las tribus de Britania y la rebelión de Boudica 60 d. C.**
vii. **Judea en 66 d. C.**
viii. **Egipto y los puertos del mar Rojo**
ix. **La provincia de Plinio de Bitinia y Ponto**
x. **La frontera del Bajo Rin**
xi. **La frontera del Alto Rin**
xii. **La frontera del Danubio**
xiii. **El África del Norte romana**
xiv. **La frontera en el norte de Britania y el Muro de Adriano**
xv. **La frontera en el este y Partia**

Prefacio.
VIVIR EN PAZ

Pax Romana es una de esas expresiones latinas que periodistas y caricaturistas todavía esperan que sus lectores entiendan sin necesidad de traducción, junto con frases como *mea culpa* y el *«et tu Brute»* de Shakespeare. Un dibujante puede representar a un político moderno en toga, sandalias y corona de laurel, invocando así a Julio César o a un emperador romano genérico y sabe que la gente pensará en un líder traicionado por personas cercanas a él o en un hombre presa del orgullo y la locura como Calígula o Nerón. Pocas escuelas enseñan latín o griego, pero los documentales sobre Roma son comunes en la televisión y, cada cierto tiempo, aparece una nueva serie o película dramática, que estos días tienden a mostrar imágenes cada vez más espeluznantes de un mundo de traiciones, sexo y violencia —sangre y carne en lugar de la espada y sandalias de toda la vida—. Estas caricaturas nos dicen poco sobre la Antigüedad y mucho sobre las actuales preferencias en lo que a entretenimiento se refiere, pero lo que resulta sorprendente es que a sus creadores no les asalten dudas a la hora de situar estas historias en un contexto romano porque están seguros que el público reconocerá ese mundo.

Los romanos nos siguen fascinando a pesar de que hayan pasado más de quince siglos desde la caída del Imperio romano del oeste. Han ejercido una profunda influencia en la cultura occidental en los ámbitos de la lengua, las leyes, las ideas o en los nombres de lugares y arquitecturas; gran parte de esa influencia ha alcanzado a regiones que los romanos nunca llega-

ron a pisar. Numerosos líderes y naciones surgidos después de Carlomagno se han esforzado en invocar el espíritu de Roma y de los Césares como justificación de su propio poder. Roma es mencionada a menudo en los debates que se celebran en los Estados Unidos para hablar del papel de su país en el mundo y en su futuro, y es una imagen utilizada por personas de todas las tendencias políticas. El uso de la fuerza militar y de la presión diplomática para propagar una *Pax Americana* por el resto del mundo es presentado por algunos como una aspiración y, por otros, como una siniestra conspiración. Los imperios no están de moda y, para muchos, cualquier cosa que esté asociada con los imperios y el imperialismo tiene que ser algo malo. Desde esa perspectiva, la paz, ya sea la paz romana o la establecida por una potencia moderna, es un velo para encubrir la conquista y la dominación. No se trata de una idea nueva. A finales del siglo I d. C., el historiador romano Tácito puso en boca de un líder de guerra caledonio las siguientes palabras, dirigidas a sus hombres: «Los romanos crean desolación y la llaman paz».

Estas palabras aparecen en una elogiosa biografía del suegro de Tácito, Agrícola, y preceden a un dramático relato de una batalla en la que este derrota a las tribus de Caledonia. En esta obra, como en otras, es difícil encontrar pasajes en los que el autor haga una crítica honesta del Imperio romano, y el tono mayoritario de la literatura de la época romana es una celebración de su poder y su éxito. Es obvio que tal benevolencia no resulta en absoluto sorprendente, ya que forma parte de la naturaleza humana querer pensar bien de nosotros mismos. Como las demás potencias imperiales, los romanos opinaban que su dominación era totalmente justa, procedía de designios divinos y era positiva para el resto del mundo. Los emperadores se jactaban de que su potestad había traído la paz a las provincias, beneficiando a toda la población.

Con todo, el Imperio romano disfrutó de un éxito notable durante un periodo muy largo, y la *Pax Romana* continuó dominando gran parte de Europa occidental, Oriente Medio y el Norte de África durante siglos. Esa área se mantuvo estable y en aparente estado de prosperidad, con poco o ningún rastro de desolación. En vista de lo extremadamente infrecuentes que fueron las rebeliones y la violencia a gran escala en ese periodo, resulta difícil negar que la paz romana fue una realidad. Incluso los críticos de los imperios deben admitir ese hecho con respecto a Roma. Se mire como se mire, el Imperio romano fue un caso único y —aparte de su permanente fascinación y aparición en los debates— eso hace aún más importante entender lo que realmente significaba la paz romana. Es relevante saber si su existencia se debió únicamente a su tajante manera de aplicar la fuerza militar y ejercer la opresión, o fue el resultado de métodos más sutiles, más insidiosos, de coerción. Igualmente importante es comprender cuál fue el coste de la dominación imperial sobre la población sometida y cómo se sentían estos súbditos siendo parte de un imperio extranjero. Una proporción significativa de los habitantes del mundo vivía en el Imperio romano y esa es, en sí misma, una buena razón para querer entender lo que eso implicaba. Merece la pena preguntarse hasta qué punto era completa y segura la *Pax Romana* en realidad, pero, desde el principio, deberíamos pararnos a pensar un momento qué significa exactamente la paz.

Nací en tiempos de paz de padres que habían vivido la época de la Segunda Guerra Mundial. Mi madre era solo una niña cuando cayeron sobre Cardiff los intensos bombardeos que lanzaron los alemanes contra Gran Bretaña —conocidos como el Blitz— y todavía recuerda el penetrante sonido de las sirenas anunciando el ataque aéreo, el miedo que la atenazaba al entrar en el oscuro y frío refugio antiaéreo que había en su jardín, los distintos ruidos producidos por las bombas, las minas y los ca-

ñones antiaéreos, el golpeteo de la metralla al caer, el olor que se extendía por el aire después de los ataques y las casas reducidas a escombros, a veces con personas enterradas debajo. También recuerda cómo ella y sus amigos se dedicaban a organizar conciertos para ganar dinero y «comprarse un Spitfire» o ver uniformes por todas partes y ser incapaz de cruzar la calle debido al incesante flujo de camiones que transportaban en dirección a los muelles los suministros y los soldados estadounidenses a punto de embarcar hacia Normandía. Los recuerdos son hoy todavía muy vívidos e inmediatos cuando habla de aquellos años. Mi padre era aprendiz en la marina mercante, atravesó el Atlántico y luego fue destinado al Mediterráneo como apoyo para los desembarcos en Túnez e Italia. Su barco estaba en la bahía de Nápoles cuando el Vesubio entró en erupción en 1944 y recuerda haber estado barriendo la ceniza de la cubierta. Solo ocasionalmente habla de la constante amenaza de los submarinos alemanes y los ataques aéreos, de los navíos cargados de munición estallando y de cómo ardía el mar al incendiarse el combustible, mientras los hombres trataban de salvar la vida nadando a través del fuego. Dejó la marina mercante y, poco tiempo después, fue lo bastante mayor como para ser reclutado en el ejército y sirvió en Palestina bajo el mandato británico, atrapado entre militantes judíos y árabes que le consideraban igualmente su objetivo. Su propio padre había servido en la Primera Guerra Mundial en el frente occidental, en Gallipoli y en Egipto y Palestina. Ni uno ni otro eran profesionales. Habían «aportado su granito de arena», como millones de sus contemporáneos, para después regresar felices a la vida civil.

El septuagésimo aniversario de los días de la Victoria en Europa y de la Victoria sobre Japón (VE y VJ respectivamente en países anglófonos) se conmemoró en el año 2015, mientras yo estaba escribiendo este libro, junto a los centenarios de diversos acontecimientos clave de la Primera Guerra Mundial; pero

todavía hoy me parece natural hablar de la guerra de 1939-1945 como «la guerra» —un hábito heredado de mis padres y sus coetáneos—. Mi hermano y yo formamos parte de los últimos niños para quienes la memoria activa de la Segunda Guerra Mundial se encuentra solo a una generación de distancia. No era algo infrecuente en nuestra escuela, donde los padres eran un poco mayores que el promedio nacional, y había bastantes chavales cuyos padres habían servido en las fuerzas armadas y al menos uno de los «chicos de Bevin», que había sido enviado a las minas de carbón. La guerra todavía parecía muy inmediata, y la mayoría de los niños de nuestra edad estábamos más o menos obsesionados con ella. Se retransmitieron nuevos melodramas por la radio y, para entonces, el gran aluvión de películas de guerra que se habían producido en la década de 1940, 1950 y 1960 eran lo suficientemente viejas como para aparecer con regularidad en televisión. Nosotros las veíamos con avidez, leíamos libros y cómics sobre ella, ensamblábamos maquetas de plástico de cazas, bombarderos, tanques y buques de guerra y blandíamos armas de juguete en batallas imaginarias en las que uno de los bandos eran generalmente los alemanes o los japoneses, haciendo cuanto podíamos para imitar los sonidos de las ametralladoras y las explosiones. A veces nuestros juegos nos llevaban al salvaje oeste o al espacio —dos géneros que nunca faltaban en la programación televisiva de la década de 1970— pero, más que ninguna otra cosa, nos dedicábamos a recrear la Segunda Guerra Mundial. Fue una buena guerra contra enemigos malos, y la ganamos «nosotros», liderados por actores famosos en la pantalla, por los héroes de los cómics y por nuestros papás. Para los chavales, la guerra era mucho más emocionante que la escuela —y en nuestros juegos nadie resultaba herido, más allá de alguna que otra contusión o arañazo por correr a través de las zarzas—.

La guerra fue ganada en 1945, gracias a lo cual yo nací y crecí en tiempos de paz. Entonces empezó la época de la Guerra Fría, con la amenaza de una tercera guerra mundial en estado latente; pero un niño no la percibía en absoluto como real y en mi memoria la década de 1980 fue cuando los medios de comunicación se obsesionaron con la posibilidad de una inminente catástrofe nuclear. Luego la Guerra Fría terminó, de pronto, abruptamente y sin ninguna o escasa advertencia previa: he oído a más de una persona que trabajaba en el departamento de inteligencia militar de la OTAN admitir que les cogió a todos por sorpresa. Los políticos empezaron a hablar del «dividendo de la paz», que significaba reducir el tamaño de las fuerzas armadas y gastar el dinero en cosas que pensaban que les ayudarían a ganar votos. De estudiante, en la década de 1990, serví en el cuerpo de formación de oficiales de la Universidad de Oxford (*Oxford University Officer Training Corps* u OUOTC), y todavía había clases en las que nos enseñaban a identificar vehículos pertenecientes a algún Estado del Pacto de Varsovia, pero ya no teníamos la sensación de que hubiera un enemigo probable para una futura gran guerra. Era difícil imaginar otra guerra mundial, y en aquel momento yo ya era sin duda lo suficientemente mayor como para apreciar lo afortunado que era por vivir en ese momento. Reinaba la paz, al menos en el sentido de que no había en marcha ninguna guerra importante que implicara a naciones occidentales. Sin embargo, ni entonces, ni en ninguna etapa de mi vida, la paz ha significado la ausencia total de conflicto armado en Gran Bretaña, y mucho menos en el resto del mundo.

El conflicto de Irlanda del Norte, conocido en inglés como *the Troubles*, estalló unos meses después de que yo naciera. Durante décadas, las noticias de la televisión mostraron imágenes de motines y cócteles molotov, así como las consecuencias de las explosiones y otros ataques. Probablemente la decisión so-

bre cuándo una campaña terrorista se convierte en una guerra sea una cuestión de semántica y de creencias políticas, pero de lo que no cabe ninguna duda es de la pérdida de vidas humanas que implica. Aunque los conflictos se centraron en un área geográfica relativamente pequeña, en ocasiones el alcance de la violencia se amplió, y el PIRA y otros grupos paramilitares republicanos atacaron la zona continental de Gran Bretaña y en algunas ocasiones Europa, eligiendo objetivos tanto civiles como militares. Durante gran parte de mi vida no hubo papeleras en las estaciones de tren porque se consideraba que eran un lugar donde sería muy fácil esconder una bomba. En el OUOTC se nos prohibió específicamente usar uniforme fuera de Yeomanry House si no estábamos de servicio o en un desfile debido al riesgo de que este nos convirtiera en un objetivo para los terroristas. Hace relativamente poco que esta política ha sido revocada en todo el ejército.

Desde 1945 solo ha pasado un año sin que, al menos, un miembro de las fuerzas armadas de Gran Bretaña falleciera en servicio activo. Aparte de la guerra de Corea, hay que recordar los numerosos conflictos que acompañaron a la retirada del Imperio. En mi vida he conocido la guerra de las Malvinas, la guerra del Golfo y —después de la era del «dividendo de la paz»— los conflictos de Sierra Leona, Irak y Afganistán, por no hablar de las operaciones aéreas en los Balcanes, Libia y otros lugares, o de las operaciones de mantenimiento de la paz en zonas donde la paz no siempre ha sido perfecta. Aun cuando el Reino Unido no esté directamente implicado, es raro que los periódicos o los organismos de radiodifusión no informen a diario sobre alguna zona de conflicto en algún lugar del mundo. Como las hambrunas o los terremotos, las guerras pueden ser minimizadas con gran facilidad pensando en ellas como el tipo de cosa terrible que sucede en tierras lejanas, además de que la cobertura tiende a ser desigual, y la información sobre

las guerras va disminuyendo a medida que el ciclo de las noticias pasa a centrarse en historias más recientes.

Una lista de los conflictos que han tenido lugar entre 1945 y el día de hoy sería tan larga como deprimente. Nada se ha aproximado a la escala de devastación infligida por las guerras mundiales, pero es poco probable que ese dato haya servido de consuelo a aquellos que se han visto atrapados en estas luchas, que han ido desde guerras abiertas entre naciones hasta prolongadas campañas de violencia que han implicado a pequeñas comunidades, a sus milicias y a otros ejércitos irregulares. No obstante, para la mayoría de los occidentales, incluso aquellos conflictos en los que han participado sus países de origen han sido asuntos distantes, llevados a cabo por profesionales, sin impacto directo en su vida cotidiana. Gran Bretaña no se ha enfrentado al peligro de una invasión desde la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos incluso durante más tiempo. Ningún conflicto posterior a 1945 ha representado una grave amenaza para la existencia misma de esos países, ni ha amenazado con interrumpir el suministro de alimentos o de otros bienes esenciales. La Guerra Fría podría haberse intensificado hasta alcanzar ese nivel, pero nunca se llegó a esa situación a pesar de producirse varios periodos de crisis.

Hoy el terrorismo representa el principal peligro que amenaza a los países occidentales. En este mismo momento, el terrorismo domina los medios de comunicación, porque estoy escribiendo este prefacio en noviembre de 2015, solo días después de que los salvajes atentados de París se cobraran más de un centenar de vidas inocentes y dejaran a otros tantos gravemente heridos, tal vez mortalmente. Por espantoso que esto sea, una atrocidad de este tipo no impedirá que París siga funcionando como ciudad, como centro de comercio y de gobierno, y como hogar para más de dos millones de personas. La vida seguirá, por muy difícil que le resulte a aquellos que han perdido

a seres queridos, como la vida siguió en Nueva York, Washington DC, Londres, Bruselas, Madrid y Sídney después de los ataques terroristas perpetrados contra dichas ciudades. Las cifras de terroristas involucrados, de recursos y de armas manejados por los violentos limitan el alcance del daño que pueden infligir. Durante la Segunda Guerra Mundial, fueron necesarios bombardeos aéreos incesantes que causaron muertos, heridos y destrucción en una escala mucho mayor que la de estos atentados para interrumpir realmente las actividades cotidianas de un pueblo o una ciudad.

El principal objetivo de los terroristas es conseguir publicidad, propagar el terror y mejorar su propia reputación. No pueden ganar una victoria militar por cuenta propia y solo pretenden provocar agitación en los países que atacan, hacer que la población cambie de opinión y lograr así unos fines políticos. Los movimientos terroristas son muy difíciles de derrotar, por lo que es probable que los ataques continúen por largo tiempo, produciéndose de forma más o menos esporádica. Por muy efectivos que sean los servicios de seguridad a la hora de limitar las oportunidades de los terroristas, es dudoso que sean capaces de prevenir todos los complots. Estadísticamente el riesgo de ser víctima de un atentado seguirá siendo bajo (las poblaciones modernas son muy grandes), y la gente se adaptará, tal vez más nerviosos de lo que estaban antes de que la amenaza surgiera, pero, con todo, mucho más preocupados por las vicisitudes de su vida que por la amenaza terrorista. Lo más probable es que dichos atentados generen tanta o más ira que miedo en la población en general. La gran mayoría de habitantes de los países occidentales seguirá sintiendo que vive en tiempos de paz. La mayor parte considerará la estabilidad, seguridad, riqueza y el gran incremento de la esperanza de vida en el mundo después de la Segunda Guerra Mundial como algo natural y normal; incluso como un derecho. Es necesario hacer un es-

fuerzo para recordar que el momento y el lugar donde nacemos no son más que una cuestión de suerte.

Este es un libro sobre el mundo romano y el Imperio romano. Si he hablado tanto sobre mi propia vida y sobre la actualidad ha sido como recordatorio de que la paz no es absoluta, sino relativa. La gente puede sentir que vive en un mundo en paz a pesar de que en este mismo momento hay claros ejemplos de violencia organizada e incluso se están produciendo operaciones a gran escala. La distancia tiene una gran influencia sobre la perspectiva. Es probable que alguien que esté sirviendo en las fuerzas armadas, sobre todo en las secciones de combate, tenga una impresión muy diferente de estas décadas a la que tienen sus familias. Es vital recordar esto cuando nos enfrentamos a los documentos y vestigios que poseemos de la época romana. No debería sorprendernos encontrar pruebas de que se producían combates y guerras en algún lugar en el Imperio incluso a la altura de la supuesta *Pax Romana*. Lo que importa es entender su escala y su frecuencia y tratar de juzgar hasta qué punto afectaban a la vida de la población en general. Seguramente las respuestas no serán simples, pero ese es el quid de la cuestión. Incluso en el mundo moderno la paz es una cosa rara y preciosa. Si los romanos realmente crearon unas condiciones en las cuales la mayor parte de las provincias vivió en paz durante largos periodos de tiempo, entonces bien vale la pena estudiar ese logro.

Soy historiador, y este libro es un intento de entender un aspecto del pasado en sus propios términos. No pretende servir como justificación o condena de los romanos o de ningún otro imperio, sino para explicar lo que sucedió y por qué. Tampoco tengo la intención de realizar una comparación detallada entre los romanos y otras potencias imperiales, y menos aún de extraer conclusiones aplicables al día de hoy. Hay otras personas mucho más cualificadas para hablar de esos temas (así como

también un montón de gente poco versada en historia o en la actualidad que sin duda hará afirmaciones sensacionalistas sobre lo que la experiencia romana demuestra o no demuestra). Podemos aprender de la historia, pero conviene prestar mucha atención para comprender un periodo antes de sacar conclusiones. Ese es el objetivo de este libro.

Introducción. UNA GLORIA MAYOR QUE LA GUERRA

«A estos [los romanos] no les he puesto límites ni en el espacio ni en el tiempo, sino que les he dado un imperio sin fin».

Declaración de Júpiter en la *Eneida* de Virgilio, década de los 20 a. C.[1]

La «Pax Romana»

«Si se le pidiera a alguien que delimitara el periodo de la historia del mundo durante el cual la raza humana ha sido más feliz y más próspera nombraría, sin dudarlo, el transcurrido desde la muerte de Domiciano hasta la ascensión de Cómodo (es decir, 96-180 d. C.). El vasto territorio del Imperio Romano estaba gobernado por un poder absoluto, bajo la guía de la virtud y la sabiduría».[2]

El juicio de Edward Gibbon sobre el Imperio romano en su apogeo era generoso y reafirmaba la importancia del tema principal que el autor desarrollaría en su estudio de su decadencia y caída. Desde la perspectiva de finales del siglo XVIII, su tesis no era totalmente irracional. En la época de Gibbon, Europa estaba dividida en distintos reinos, algunos más grandes y otros más pequeños, que estaban siempre compitiendo por el poder y a menudo entraban en guerra, mientras que —con razón o sin ella— el Norte de África y Asia se consideraban primitivos. Bajo la dominación de Roma, todos esos territorios habían llegado a estar unidos y a compartir una misma cultura: la sofisticada cultura grecorromana. Roma era una monarquía ligera-

mente velada por «la imagen de la libertad», pero en la que se aplicaba el principio del bien universal cuando el monarca era un hombre decente y capaz. Los monumentos que daban fe de su prosperidad —como los templos, los caminos, los acueductos, los circos y los arcos— habían sobrevivido hasta los tiempos de Gibbon. De hecho, la mayoría sigue existiendo en la actualidad y varios siglos de excavaciones arqueológicas han incrementado grandemente su número y nos han proporcionado muchos otros objetos de todos los tamaños. El Imperio era próspero porque era pacífico, la guerra había quedado desterrada a las fronteras, que estaban protegidas por el ejército. Eso fue la *Pax Romana*, y esa paz romana permitió el florecimiento de la mayor parte del mundo conocido.

Todavía hoy en día muchas personas se muestran impresionadas ante la habilidad técnica de los romanos y la aparente modernidad de su mundo. Esta imagen de sofisticación discurre en paralelo a otra de decadencia, a una imagen que refleja la crueldad subyacente a la esclavitud masiva y los brutales espectáculos de gladiadores, o la crueldad caprichosa y personalizada de emperadores locos y malvados. A pesar de ello, se tiene la impresión de que el mundo que se extendía más allá de las fronteras de Roma era un lugar sombrío, lúgubre. Roma era el mundo civilizado, cuyos límites estaban marcados por barreras tales como el muro de Adriano, otro gran monumento que todavía serpentea a través de las colinas de Northumbria como recordatorio de un imperio perdido. De hecho, el muro de Adriano fue una construcción desacostumbrada, y las fronteras lineales de ese tipo eran poco habituales. Cuando Roma se hundió, Europa cayó en el oscurantismo, la alfabetización y el aprendizaje logrados se perdieron casi por completo, y estallaron guerras y todo tipo de violencia donde una vez hubo paz.

La paz es casi tan rara hoy como lo era para Gibbon y sus contemporáneos, y si los romanos realmente consiguieron

crear un largo periodo de paz en una zona tan amplia, entonces la *Pax Romana* es un fenómeno que merece ser analizado y explicado. Entre los autores del mundo antiguo, tanto griego como romano, la alabanza de la paz era algo muy común, pero, a la vez, asumían sin problemas el hecho que la guerra sería frecuente. La palabra *pax* llegó a significar algo muy parecido a nuestra «paz» en torno al siglo I a. C. La paz era celebrada por los poetas y a menudo descrita como el estado más deseable de una nación. Los emperadores romanos se jactaban de preservar la paz y, a veces, se empleaba la expresión «*Pax Romana*» cuando se hacía referencia al bien que había traído el Imperio. Los autores grecolatinos también hablaban mucho de la gloria de la victoria. *Imperator*, la palabra de la cual deriva nuestro «emperador», significaba «general victorioso», y la reputación del emperador resultaba seriamente dañada si sus tropas sufrían graves derrotas, tanto si él estaba al mando en persona como si no.

La guerra desempeñó un papel clave en la historia de Roma. Los romanos libraron numerosas guerras y, gracias a ellas, conquistaron un imperio que se extendía desde el Atlántico hasta el Éufrates y desde el desierto del Sáhara al norte de Gran Bretaña. Su enorme extensión sigue pareciéndonos impresionante aun hoy —ninguna otra potencia ha controlado nunca todas las tierras alrededor del Mediterráneo— y tal hazaña es todavía más notable si pensamos que fue realizada en una época anterior a los medios de transporte y de comunicación modernos. Todavía más sorprendente es su longevidad. Sicilia fue la primera provincia de Roma y permaneció bajo control romano durante más de ochocientos años. Britania, una de las últimas adquisiciones, fue romana durante tres siglos y medio. El Imperio oriental, que se consideraba a sí mismo romano, sobrevivió incluso más tiempo, y algunas de las regiones de esa mitad fueron «romanas» durante un milenio y medio. Otros líderes de otras potencias, sobre todo Alejandro Magno y Gengis Kan, se

han expandido más rápidamente que los romanos y unos pocos han controlado más territorio (aproximadamente una cuarta parte del globo en el caso del imperio de Gran Bretaña), pero ningún imperio ha perdurado nunca tanto como el Imperio romano, y es discutible si algún otro ha tenido un impacto tan poderoso en la historia posterior.

Los romanos eran belicosos y agresivos, pero eso no hace falta ni decirlo porque los imperios no se crean ni se mantienen sin violencia. La precisión es imposible, pero podemos afirmar con confianza que, a lo largo de los siglos, varios millones de personas murieron en el curso de las guerras de Roma, otros tantos millones fueron esclavizados y todavía más tuvieron que vivir bajo la dominación romana tanto si les gustaba como si no. Los romanos eran imperialistas, término que, al igual que «imperio», viene del latín *imperium*, si bien lo cierto es que los romanos lo usaban en un sentido ligeramente diferente. Una vez más, decir esto es solo enunciar lo obvio. Los romanos tuvieron un gran éxito, algo que en sí mismo sugiere que la guerra se les daba muy bien y eran muy hábiles a la hora de ejercer el dominio político. Otros imperios han hecho más o menos lo mismo, pero ninguno ha igualado el talento de Roma para absorber a otros pueblos: cuando el Imperio se derrumbó finalmente en el Mediterráneo occidental, no quedaba ni rastro de los movimientos de independencia en ninguna de las provincias, lo que supone un marcado contraste con la caída de las potencias imperiales del siglo XX después de 1945. Mientras el sistema se desmoronaba a su alrededor, los habitantes de las provincias seguían queriendo ser romanos. Un mundo sin Roma era muy difícil de imaginar y no parece haber ejercido demasiado atractivo sobre ellos.

El poder de Roma duró tanto tiempo que los recuerdos de épocas anteriores a la dominación romana solo pueden haber sido débiles y vagos. Las rebeliones fueron sorprendentemente

raras y casi siempre tuvieron lugar al cabo de una generación o dos de la conquista. Cuando el Imperio estaba en pleno apogeo, la mayor parte del ejército romano estaba destinada en sus márgenes, en las zonas de frontera (un orador griego del siglo II d. C. comparó a los soldados con un muro protector que rodeaba el Imperio, como si este fuera una única ciudad). Las guerras continuaban, pero se libraban principalmente en esas fronteras. Las provincias del interior poseían pequeñas guarniciones y muchas áreas rara vez vieron contingentes organizados de soldados romanos. A lo largo de períodos que duraron un siglo o más, grandes extensiones del Imperio estuvieron completamente libres de guerra.

Esta es, al menos, la opinión tradicional, que, en general, es la que se refleja en la percepción popular de Roma. Las opiniones de los investigadores difieren mucho más a menudo y cualquier historiador o arqueólogo que trabaje en este periodo añadiría muchos matices a esta visión general, mientras que algunos la rechazarían de plano. Por el momento, digamos simplemente que la verdad es mucho más complicada que este rápido resumen. Con todo, no puede caber ninguna duda del duradero poder que disfrutó Roma, o de que su dominio tuvo como consecuencia que en amplias partes del Imperio no se registrara ninguna actividad militar significativa, y no digamos guerras abiertas, durante largos periodos de tiempo.

Es importante recordar hasta qué punto ha sido rara esa ausencia de guerras en la historia, sobre todo en las zonas que estuvieron bajo el control de Roma. Después de ese momento, ni en Europa occidental, ni en el Norte de África ni en Oriente Próximo ha vuelto a haber ningún otro periodo en el que trascurriera un solo siglo sin grandes conflictos y, por lo general, han sido mucho más habituales. Quienes hemos vivido en el mundo occidental aproximadamente en el último medio siglo damos la paz por supuesta con demasiada facilidad, suponien-

do que ese es el orden natural de las cosas. Creemos que nuestros países son demasiado prósperos, que estamos demasiado bien educados, que estamos demasiado avanzados para permitir que todo eso pudiera ser destruido por la guerra, y los Asuntos Exteriores en general, por no hablar de las decisiones sobre compromisos militares, apenas tienen ningún peso a la hora de decidir el resultado de las elecciones.[3]

En cierto sentido, puede que esa sensación no sea demasiado distinta de la impresión que tenían muchos de los que vivían en el Imperio romano. Y aunque fuera así, en realidad todo sucedió al principio de forma casi accidental. Roma no conquistó la mayor parte del mundo conocido para crear una edad de oro de la paz; la expansión surgió del deseo de beneficiarse, y, de hecho, los romanos siempre fueron muy abiertos a la hora de hablar de la riqueza y la gloria que habían obtenido gracias al Imperio. También describieron muchas veces la paz como la condición más deseable de todas. A principios del siglo I d. C., el poeta Ovidio dedicó unas palabras a un monumento a la paz (específicamente a la paz traída por el emperador Augusto). En ellas le decía a la diosa de la paz: «[…] deja que tu gentil presencia permanezca en todo el mundo. De tal modo que nunca haya enemigos, ni hambre de triunfos, tú debes ser para nuestros jefes una gloria mayor que la guerra. ¡Ojalá que el soldado solo tenga que portar armas para controlar al agresor armado […]! ¡Ojalá que el mundo cercano y lejano tema a los hijos de Eneas y si hubiera tierra que no temiera a Roma, que la ame!».[4]

Ovidio fue uno de los poetas romanos menos marciales y, aun así, su paz era la paz que provenía de la victoria romana, una victoria en la que los enemigos, o bien eran derrotados, o bien se les persuadía de aceptar la dominación romana y de «amar» a Roma. Es decir, no se trataba de una paz entre iguales, en la que cada uno respeta al otro. Un poco antes, el poeta Virgilio le había dicho a sus compatriotas: «Recuerda, romano —

pues esas son tus artes— que debes regir a los pueblos por el imperio, imponer la buena costumbre de la paz, ser indulgente con los conquistados y vencer a los orgullosos en la guerra».[5] El verbo latino *pacare*, que tenía la misma raíz que *pax* y significaba «pacificar», fue utilizado con frecuencia para describir una guerra agresiva contra un pueblo extranjero. La *Pax Romana* procedía de la conquista y la victoria romanas; las guerras se libraban porque beneficiaban a Roma y —al menos, así era como lo veían los romanos— por su propia seguridad, y solo entonces, una vez que se había establecido la posición de dominación, aparecía la noción de que existía el deber de gobernar bien a los conquistados, y de establecer la paz y la seguridad dentro de las provincias. Esa aspiración no alteraba el claro deseo de beneficiarse de su posición de dominio, sino que lo complementaba. La paz promovía la prosperidad, y eso suponía que tanto el rendimiento de los impuestos como otro tipo de ingresos podían ser mayores.

Roma se hizo con el control de la mayor parte de los tres continentes conocidos, Europa, África y Asia. Virgilio hace que Júpiter les prometa a los romanos que disfrutarán de *imperium sine fine*, es decir, imperio o poder sin fin o sin límite. Los conquistados tenían que aceptar la *Pax Romana* tanto si les gustaba como si no, y el método para conseguirlo pasaba por el uso o la amenaza de uso de la fuerza militar, ejercida de manera salvaje y despiadada —la desolación que Tácito decía que llamaban paz—. Los romanos eran totalmente conscientes de que las otras naciones o pueblos no deseaban ser gobernados por ellos, pero eso no significaba que alguna vez pusieran seriamente en duda que esa fuera la forma correcta de expandir su poder.

Los romanos eran imperialistas, belicosos y agresivos, y aprovechaban sus conquistas para su propio beneficio. En la actualidad, los imperios despiertan escasas simpatías, y menos aún entre los académicos de Occidente. Gran parte del pasado

imperial de Gran Bretaña es ignorado (como también lo es la historia en general, aparte de unos cuantos temas y periodos muy delimitados) o se observa con una mirada resentida y hostil. Los intentos de Estados Unidos por establecer comparaciones entre su propia situación y los imperios históricos, ya sea el británico, el romano o cualquier otro, tienden a ser controvertidos, pues reflejan puntos de vista muy dispares con respecto al papel que la nación estadounidense debería desempeñar en el mundo. Hace aproximadamente un siglo, la mayoría de los ciudadanos occidentales —aunque no todos— tenía una vaga idea de que los imperios podían ser, y a menudo eran, algo bueno. Hoy en día es todo lo contrario. Las acciones de intervención en el extranjero por parte de los Estados Unidos y sus aliados son inmediatamente criticadas y calificadas de imperialistas, no solo por los blancos de los ataques y sus aliados, sino en los propios países que participan en la intervención.

El peligro es que simplemente hemos sustituido una simplificación excesiva con otra. La aversión hacia los imperios tiende a fomentar el escepticismo con respecto a sus logros. Buena parte de los estudios más recientes ha puesto en duda la eficiencia del Estado romano, tanto en su fase como República como cuando estuvo gobernado por emperadores. Casi todos los arqueólogos que solían hablar con entusiasmo del proceso de romanización de las provincias han rechazado tanto el término como el concepto subyacente, a menudo con llamativa vehemencia. Se cuestiona la influencia y el impacto de la dominación romana y cualquier signo de resistencia —ya sea político o cultural— es juzgado más importante, mientras que los siglos de dominación imperial son calificados de aberración. Los romanos son representados como un pueblo brutal y abusivo en lugar de como una influencia civilizadora sobre el mundo y, como parte de este escepticismo generalizado, se cuestiona la existencia real de cualquier tipo de *Pax Romana*. Las afirmacio-

nes de que el Imperio logró una paz que se extendía por todo el mundo conocido pasan a ser consideradas poco más que propaganda para justificar la dominación imperial, además de velar el problema endémico y frecuente del bandidaje, así como los actos de opresión por parte de las autoridades y la resistencia contra ellas. Muchas visiones modernas del mundo romano son realmente aciagas. Una de ellas caracteriza la historia del Imperio romano definiéndola, simplemente, con la expresión «robo con violencia». Otra visión menos extrema, pero igualmente crítica afirma:

> Las alegaciones por parte de los romanos de que los habitantes de las provincias disfrutaban de una paz ininterrumpida eran una exageración, y algunos romanos lo sabían. Aparte de la violencia rutinaria que caracterizaba la vida de todas las sociedades antiguas, las provincias también sufrían revueltas y conflictos civiles de carácter más grave de lo que los emperadores estaban dispuestos a admitir oficialmente. Las provincias fueron pacificadas, pero pacificadas en repetidas ocasiones, no de una vez y para siempre, y no estaban en paz.[6]

En este ejemplo todavía queda algo de la *Pax Romana*, pero su extensión ha sido severamente recortada, aunque lo importante es que la supuesta «violencia rutinaria» no es específicamente romana. Otro enfoque común es admitir que existió una paz generalizada en gran parte del Imperio, pero verla como una paz obtenida a un precio demasiado alto para la población de las provincias: «La paz romana —aunque para la mayoría de la población se trataba de la paz de un animal domesticado, mantenido únicamente por lo que era capaz de producir— fue una realidad perdurable».[7]

Sin embargo, no hay argumento alguno que pueda negar el tamaño y la longevidad del Imperio romano, lo que significa que este tipo de opiniones dan por supuesto que, o bien la opresión prolongada, o bien los disturbios y el derramamiento de sangre a gran escala fueron un elemento habitual en las historias de muchas o la mayoría de las provincias durante la mayor parte del tiempo y hacen que esta supervivencia a largo pla-

zo resulte difícil de explicar. Es decir, una interpretación así implicaría que los romanos eran todavía más expertos a la hora de dominar a otros pueblos de lo que cabría suponer y, si eso es cierto, tendría un profundo impacto en nuestra comprensión del periodo. Otros especialistas sugieren, tímidamente, que la supervivencia a largo plazo del Imperio fue el resultado de la casualidad, de la contribución de factores más amplios que movieron a gran parte del mundo a unirse en ese momento en concreto alrededor de un modelo económico mediterráneo común. Con todo, tantos siglos de éxito no son indicativos de mera coincidencia y la pregunta de por qué fue Roma y no alguna otra nación la que dominó a los demás sigue quedando sin respuesta.

Los signos de prosperidad en amplias zonas del Imperio son evidentes, aunque eso no significa que esta comodidad y riqueza estuviera repartida de forma igualitaria o justa en absoluto. Lo que sí significa es que los romanos no explotaron las provincias hasta el punto de llevarlas a la ruina y empobrecer a todos sus habitantes —lo que, a su vez, no quiere decir que no hubiera sufrimiento en algunas provincias y casos concretos—. Tampoco disponemos de pruebas claras de que hubiera guerra en grandes áreas del mundo romano durante largos periodos de tiempo, y su presencia tiene que ser deducida a partir de ciertas pistas o, sencillamente, de la suposición de que la propaganda imperial contenía infinidad de falsedades. La afirmación de que se produjeron diversas revueltas no es fácil de justificar en el caso de la mayoría de las provincias y periodos. También está la cuestión de que se dieran episodios de una violencia más moderada y de si estos fueron tolerados por Roma o bien fueron considerados imposibles de erradicar. Es común entre los investigadores afirmar que el bandolerismo era endémico en el Imperio, pero las pruebas distan mucho de ser concluyentes.

El periodo de duración del Imperio y de la dominación por parte de los romanos representa un capítulo muy largo de las historias respectivas de las tierras que llegaron a formar parte de él, y es evidente que, en muchos aspectos, la experiencia de pertenecer al Imperio fue muy diferente a los periodos que se extendían antes y después de la imposición de la soberanía de Roma. Merece la pena revisar de nuevo la *Pax Romana* y tratar de entender lo que significaba realmente y establecer si es cierto que los romanos regían un imperio pacífico y estable en el que la guerra era un fenómeno raro y relegado mayoritariamente a la periferia del mundo. Para responder una pregunta tan amplia debemos empezar analizando cómo fue creado el Imperio y cómo era gobernado. Y lo que es más importante, a pesar de los problemas que supone estudiar un periodo a partir de documentación fundamentalmente generada por la potencia imperial al mando, debemos tener en cuenta la experiencia de los pueblos conquistados tanto como la de los romanos.

No puedo aspirar a abordar en detalle todas las formas en las que la vida de cada pueblo cambió después de sufrir la imposición del poder romano o de su gobierno directo, puesto que se trata de un tema vasto y complejo. Gran parte de las pruebas con las que contamos proceden de yacimientos arqueológicos y, por tanto, dependen de la cantidad y calidad de las excavaciones, estudios y otros tipos de trabajo realizados en una región determinada. Tenemos mucho más información sobre algunas provincias que sobre otras y, a menudo, los datos se centran en zonas concretas de esas provincias y en ciertos tipos de asentamiento, ritual o práctica funeraria. Analizar estos vestigios para generar una imagen global de una provincia y compararla con la de los periodos anteriores a la dominación romana en un intento de discernir las divergencias existentes entre ellas no es una tarea fácil o libre de ambigüedad. En las provincias occidentales resulta mucho más fácil datar los niveles de una exca-

vación después de la llegada de los romanos, que está marcada por la aparición de su moneda y de patrones más rápidos en la evolución de las piezas de cerámica y otros productos. El ritmo de cambio en la Edad del Hierro prerromana no puede medirse tan fácilmente como algunos avances de la época romana. Todos los datos están sujetos a interpretación y, con frecuencia, las opiniones difieren de forma radical, llegando muchas veces a ser revocadas por descubrimientos recientes o nuevos métodos de análisis. He tratado de ser imparcial, pero he presentado mis propios puntos de vista sobre estas cuestiones. Habrá otros que verán las cosas de forma diferente.

Este libro ofrece una visión general y trata de brindarle al lector la posibilidad de hacerse una idea del amplio espectro de experiencias distintas, pero no pretende ser exhaustivo. Las obras citadas en las notas finales deberían permitir obtener información en profundidad sobre los diferentes temas tocados aquí de manera superficial a aquel lector que esté interesado en saber más, ya que cada uno de ellas generará sus propias referencias a otros estudios. Podría haber añadido muchos más libros y artículos en las notas y, como siempre, debo reconocer mi deuda con los trabajos de muchos eruditos. Mi objetivo es presentar el material y las ideas más relevantes, y explicar siempre lo que no sabemos junto con lo que sí sabemos. Cuando uno escribe sobre el mundo antiguo, casi todas las declaraciones que se hacen podrían ser matizadas o precisadas. Mi esperanza es haber presentado ante el lector suficientes pruebas y haber explicado de manera conveniente los métodos utilizados en su interpretación para que él o ella, al finalizar el libro, sean capaces de sacar su propia conclusión sobre estos temas.

Lo mismo es aplicable a la cuestión más amplia de si el Imperio romano era una institución buena, ya que siento que no hay una respuesta simple a una pregunta así. Es inútil preguntarse qué habría pasado si el Imperio romano no hubiera existi-

do, pero, aun así, es importante recordar que Roma no era ni mucho menos la única nación de comportamiento agresivo e imperialista en el mundo antiguo. No deberíamos idealizar a los habitantes de las provincias o a los pueblos que no formaban parte del Imperio ni más ni menos de lo que deberíamos idealizar a los romanos. Es importante considerar la frecuencia de la guerra en cada región antes de la llegada de los romanos para juzgar si la situación de esas áreas mejoró o empeoró. Los imperios no están de moda hoy en día, muchos aspectos de la sociedad romana resultan ajenos y desagradables a ojos modernos, pero la aversión hacia Roma no debería traducirse en una automática solidaridad con los otros pueblos, ni debe impulsarnos a afirmar que los romanos no consiguieron nada digno de aprecio en absoluto. Igualmente engañosa es la tendencia a concentrarse tanto en el imperialismo romano, la guerra romana o la Gran Estrategia romana que todos los demás participantes queden reducidos a un papel totalmente pasivo. Había muchos otros pueblos, naciones y líderes en ese mundo con sus propios objetivos, ambiciones y temores.

Los romanos tuvieron más éxito que sus rivales y crearon un vasto imperio que se mantuvo en pie por un tiempo muy prolongado. Su impacto se dejó sentir en las provincias y también mucho más allá de sus fronteras. La cuestión de hasta qué punto el Imperio disfrutó de un estado de paz interna siempre debe sopesarse en comparación con el coste de dicha paz, y merece la pena tener en cuenta de manera más general el sencillo hecho de cómo cambió la vida de conquistadores y conquistados a causa del Imperio. Por tanto, cualquier debate sobre la paz romana —significara lo que significara realmente ese término— debe abrirse dentro del contexto de la realidad de las conquistas romanas y del conocimiento sobre el funcionamiento del Imperio. La maquinaria administrativa y militar del Estado romano limitaba lo que se podía lograr, fueran cuales fueran

las aspiraciones de sus líderes. Este es un libro sobre la paz y, a veces, sobre la defensa, pero también debe ser un libro sobre la conquista, la agresión, la guerra, la violencia y la explotación, por lo cual es pertinente comenzar hablando sobre los romanos como conquistadores y no como los gobernantes de un imperio.

Parte uno.
LA REPÚBLICA

I. EL AUGE DE ROMA

«Los romanos han sometido a sus reglas no parte, sino casi todo el mundo (y poseen un imperio que no solo es incomparablemente mayor que cualquiera que lo precedió, sino que no tiene por qué temer la rivalidad en el futuro)… Porque fue debido a su derrota de los cartagineses en la guerra de Aníbal que los romanos, sintiendo que habían dado el paso principal y más importante en su plan de agresión, se envalentonaron por primera vez a alargar las manos para agarrar el resto y cruzar con un ejército a Grecia y al continente de Asia».

Polibio, 140 a. C.[1]

1. Orígenes

Roma tuvo un imperio mucho antes de tener emperador, pero hubo una época, muy anterior, en la que Roma era simplemente una ciudad italiana entre muchas otras —más específicamente, una comunidad latina en la región conocida como el Lacio—. Los latinos eran un grupo lingüístico, no un pueblo unido, y desde muchos puntos de vista sus asentamientos tenían mucho en común con los de sus vecinos, por ejemplo, con los etruscos o con colonias griegas como Capua. Roma nació en el siglo VIII a. C., aproximadamente en torno al año 768 a. C., que es la fecha que la tradición posterior apunta para la fundación de la ciudad. La historia de Rómulo y Remo, los hijos gemelos de Marte, el dios de la guerra, que fueron amamantados por una loba y criados por un pastor, existió en muchas variantes durante la Antigüedad, pero se sabe muy poco con certeza de los primeros años de Roma. Ningún romano comenzó a escribir historia narrativa hasta alrededor de 200 a. C. Los griegos empezaron mucho antes, pero tampoco deberíamos olvidar

que Heródoto no lo hizo hasta después de la derrota de Persia en el año 479 a. C. De hecho, el conocimiento que tenían los griegos de su propia historia en los siglos VIII y VII a. C. era bastante nebuloso y estaba igualmente repleto de historias legendarias y de hazañas de sus héroes. Los romanos no eran en absoluto un caso aislado a la hora de contar con escasos datos fiables sobre sus orígenes.

Con esto no pretendo decir que no hubiera registros ni documentos de ningún tipo, puesto que estamos hablando de sociedades que hicieron uso de la palabra escrita desde muy temprano: las leyes se conservaban por escrito, así como también las dedicatorias de los altares, templos y monumentos erigidos para conmemorar las victorias; por otro lado, había una rica tradición oral, con canciones y relatos que hablaban sobre el pasado, muchos de los cuales eran conservados por las familias aristocráticas e inevitablemente ofrecían una imagen muy favorecedora de sus antepasados. No hay ninguna razón válida para poner en duda el esbozo básico que hicieron los posteriores textos de la tradición de los siglos iniciales de la ciudad, aun cuando muchos de los incidentes y las personas que figuran en dichas historias fueron inventados o distorsionados hasta el punto de dejar de ser reconocibles. Podemos afirmar con certeza que, en sus primeros siglos, Roma fue gobernada por reyes. La expulsión del último rey en el 509 a. C. y la fundación de la República parecen haberse basado en datos fidedignos, a pesar de que las historias que rodean ese momento incluyen una cantidad considerable de embellecimiento romántico.[2]

La guerra es un tema constante en los textos de la tradición, tanto en los de la Monarquía como en los de la República. Sin duda, la escala era reducida, ya que la mayoría de los enemigos eran vecinos inmediatos o muy cercanos y, en muchas ocasiones, la guerra suponía poco más que una incursión en busca de ganado, cautivos y botín. Los romanos atacaban y eran ataca-

dos por las comunidades vecinas con ese mismo tipo de asaltos y, solo de vez en cuando, los enfrentamientos acababan convirtiéndose en batallas de envergadura. Los mismos enemigos luchaban año tras año, lo cual sugiere que ninguno de los dos bandos era capaz de obtener una victoria permanente sobre sus rivales. No todo contacto con otros pueblos era marcial, y también había relaciones comerciales e intercambios pacíficos de técnicas y productos. Por ejemplo, en el primer año de la República los romanos firmaron un tratado con el gran imperio mercantil de Cartago en el Norte de África (cuyo centro se encontraba en el Túnez moderno) y una copia de ese tratado escrita en latín arcaico, que había permanecido largo tiempo en el olvido, sobrevivió en los archivos estatales unos trescientos cincuenta años para ser leída por el historiador griego Polibio. Aunque el acuerdo se ocupaba sobre todo de los derechos y restricciones impuestos a los romanos que viajaran por territorio cartaginés, sirve para que nos hagamos una idea de las largas distancias recorridas por los comerciantes.[3]

Con el tiempo, Roma creció en tamaño y prosperidad. Su población se incrementó tanto de forma natural como debido a la extraordinaria disposición y capacidad para absorber a otros de la ciudad. Junto con la guerra, la incorporación de extranjeros a la comunidad aparece con enorme frecuencia en los mitos posteriores, en unas ocasiones debido a que Rómulo se dedicó a reclutar colonos entre los grupos de vagabundos y parias de Italia, en otras a causa del rapto de las mujeres de la tribu de los sabinos y, en otras, a la llegada de los aristocráticos Claudios con todos sus familiares durante la República. El poder de Roma también creció y pasó a ser, desde muchos puntos de vista, la más grande y fuerte de todas las ciudades latinas. El tratado de 509-508 a. C. con Cartago nombra otras cinco comunidades latinas aliadas a Roma, así como «cualquier otra ciudad de los latinos que esté sometida a Roma». No se trataba de alianzas

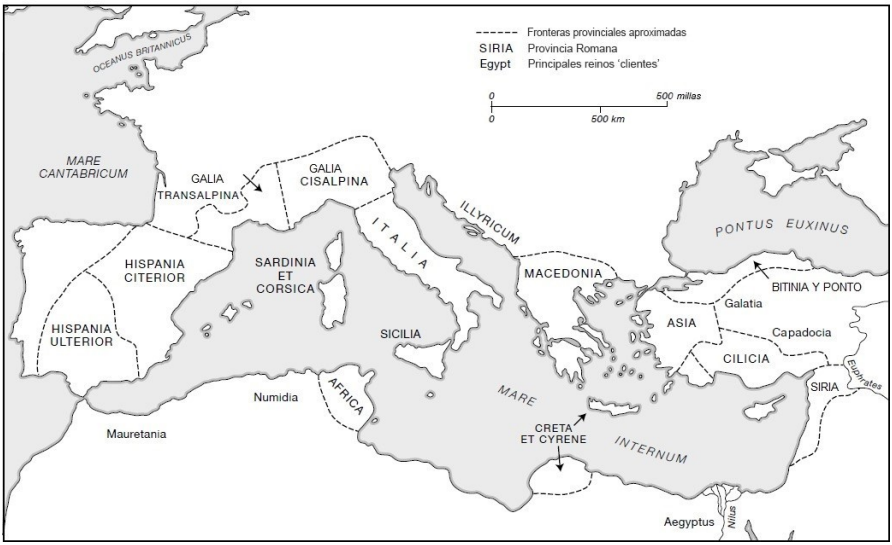
entre iguales, sino de pactos que señalaban el auge de una potencia local dominante.[4]

El hecho de que Roma era un vecino más poderoso y las obligaba era una de las razones por las que las otras ciudades aceptaban la supremacía romana, pero también lo era la necesidad de buscar protección contra algunas amenazas muy reales. La Italia de finales del siglo VI y V a. C. fue escenario de una agitación generalizada cuando diversos grupos, entre ellos los ecuos, los volscos y los samnitas, pueblos montañeses de lengua osca originarios de los Apeninos, se trasladaron hacia las tierras costeras, más fértiles, mientras que algunas tribus galas penetraron por el norte de Italia. Numerosas ciudades latinas, etruscas y griegas fueron asaltadas por estos invasores —Heródoto describe la derrota de la gran ciudad de Tarentum (el Tarento moderno) en 473 a. C. a manos de una de estas tribus como «la peor que han sufrido los griegos jamás»—.[5]

Roma sobrevivió y fue capaz de proteger a sus aliados, pero, en esas peligrosas épocas, la guerra había adquirido un cariz más duro y, a medida que el poder romano fue aumentando, también podía llegar a desencadenar un resultado más decisivo y permanente. En 396 a. C., los romanos saquearon la ciudad etrusca de Veii (o Veyes) y masacraron a la mayoría de sus habitantes, poniendo fin a una rivalidad que había perdurado desde los primeros días de Roma. Veyes había sido construida en una fuerte posición natural apenas a dieciséis kilómetros de Roma (lo que nos recuerda la pequeña escala de buena parte de estos tempranos episodios bélicos); la afirmación por parte de los textos de la tradición de que el asedio les llevó una década a los romanos puede ser una invención concebida para trazar un paralelismo con el épico sitio de Troya, aunque es posible que los combates se prolongaran durante mucho tiempo. Fue durante el transcurso de esta guerra cuando los romanos empezaron a pagar a sus legionarios, lo que sugiere que los soldados tuvie-

ron que estar de servicio (y, en consecuencia, lejos de sus granjas) de forma continuada durante largos periodos. Finalmente, el territorio de Veyes fue agregado de modo permanente a las tierras del pueblo romano, la *ager Romanus*.[6]

La República Romana y su imperio, circa 60 A.D



En 390 a. C. una banda de guerreros galos derrotó a todo un ejército romano con una desdeñosa facilidad y saqueó la propia Roma. Posteriormente, los textos de la tradición trataron de minimizar la humillación adornando el incidente con un relato de cómo los defensores resistieron en el Capitolio, pero admitieron que los guerreros tuvieron que ser sobornados para convencerles de que se marcharan. Ese hecho es un recordatorio de lo peligrosa que era la situación en la Italia de aquellos siglos. Afortunadamente para los romanos, los galos eran una banda de mercenarios en busca de una oportunidad para saquear y no un contingente de invasores buscando un lugar para asentarse. Finalmente se marcharon y Roma se fue recuperando poco a poco, pero el recuerdo de esos aciagos días siguió siendo parte de la psique romana durante mucho tiempo. Un signo visible del trauma fue la rápida construcción de unos once kilómetros de costosos muros de piedra en torno a la ciudad, lo

que convirtió a Roma en la más grande comunidad amurallada de Italia con diferencia.[7]

En las décadas que siguieron, algunas comunidades latinas se volvieron contra Roma, o bien porque ya no estaban tan convencidas del poderío romano, o bien porque estaban resentidas de su supremacía y habían percibido una oportunidad de atacar mientras el Imperio romano se encontraba débil. Otras, en cambio, respetaron su alianza y lucharon junto a los romanos para derrotar al resto de las tribus latinas. En el año 340 a. C., un grupo de ciudades se unieron para formar una liga y se rebelaron contra Roma, pero fueron vencidas dos años más tarde y el intento nunca se repitió. En el siguiente medio siglo estallaron una serie de combates a una escala cada vez mayor contra varias ciudades etruscas y tribus samnitas y galas, incluyendo una guerra contra una alianza de esos tres grupos en el año 296 a. C. Los romanos sufrieron unas cuantas derrotas, algunas de ellas graves, pero al final prevalecieron: sus levas de ciudadanos-soldados demostraron ser superiores tanto a otras tropas de ciudadanos-soldados como a los ejércitos de guerreros. Los romanos aprendieron de sus enemigos, copiaron sus tácticas y equipo y se adaptaron para luchar contra un solo enemigo cada vez.

La República romana llegó a ser mucho más que la ciudad de Roma y las tierras que la rodeaban. La ciudadanía romana empezó a ser concedida a los aliados leales y a los esclavos libertos —aunque con algunas limitaciones sobre los derechos de estos últimos—, de modo que el contingente de ciudadanos llegó a ser mucho más numeroso que el de ninguna otra ciudad-estado en Italia o en el resto del mundo. A otras comunidades les fue concedido el estatus o derecho latino, que dejó de tener conexión con la raza o el idioma. Los romanos establecieron colonias en territorio conquistado, algunas en posiciones estratégicas y otras, sencillamente, en buenas tierras de cultivo. Entre

los colonos había tanto romanos como latinos, aunque a menudo toda la comunidad recibía estatus latino.[8]

La anexión contribuyó en mayor medida al crecimiento de la República que la colonización, por muy significativa que esta fuera. En ocasiones, los enemigos derrotados dejaban de existir como entidades políticas, pero la mayoría de ellos pasaban a ser aliados subordinados a Roma. Con mayor o menor rapidez, se les concedía el derecho latino y hasta la ciudadanía. Las ciudades griegas eran muy celosas de su ciudadanía, incluso la más pequeña de ellas se mostraba decidida a conservar una identidad independiente. También hubo casos de comunidades latinas que rechazaron la oferta de obtener la ciudadanía romana —una decisión respetada por el Senado—, pero lo más habitual es que la aceptaran de buen grado. Como resultado, la ciudad-estado de Roma creció hasta tal punto que empequeñeció hasta a la más grande de las ciudades griegas. De hecho, Atenas, en el apogeo de su democracia y de su imperio de ultramar, se mostró menos generosa, y no más, a la hora de conceder su ciudadanía. Como resultado, contaba, como máximo, con un total de sesenta mil ciudadanos hombres, de los que menos de la mitad poseían suficientes propiedades para servir como hoplitas, los soldados de infantería blindados que constituían la principal fortaleza de su ejército. Conseguir reunir una fuerza ateniense de unos diez mil hoplitas en el campo de batalla era una empresa difícil.[9]

Plinio el viejo, en un texto escrito en el siglo I d. C., afirma que en 392 a. C. había 152 573 ciudadanos romanos, aunque es posible que la cifra incluya a mujeres y a niños. Algunos expertos se inclinan por pensar que esa cifra es demasiado alta, pero los datos proporcionados por el historiador griego Polibio con respecto al año 225 a. C. son más dignos de crédito. Sus cifras se refieren únicamente a los hombres registrados para servir en el ejército y, si bien no cabe duda de que han sido redondeadas

al alza, por lo menos nos permiten hacernos una idea de la escala de Roma por aquellas fechas. Polibio afirma que había 250 000 ciudadanos elegibles para servir en infantería y 23 000 en caballería. Los latinos —en aquella fecha había veintiocho colonias latinas— aportaron 80 000 hombres a la infantería y 5000 jinetes a la caballería. Añadiendo el resto de los aliados, el impactante número total de hombres que teóricamente podían ser llamados a filas por la República romana era de 700 000 soldados y 70 000 jinetes. La movilización de fuerzas que se produjo para luchar contra Aníbal, que se inició siete años más tarde, deja claro que Polibio no exageró demasiado.[10]

2. La República

Roma era más grande que cualquier otra ciudad-estado, pero sus instituciones no eran profundamente diferentes de las de muchas otras comunidades de Italia y el mundo griego. Lo mismo puede decirse de las colonias latinas y las ciudades aliadas, cada una de las cuales gobernaba sus propios asuntos internos, eligiendo a sus magistrados y elaborando sus propias leyes. No se les permitía tener una política exterior propia, ni se alentaba que se establecieran vínculos independientes entre los aliados, sino que cada una de las colonias o ciudades era aliada de Roma y la República romana era el centro de todo, no solo un elemento fuerte en una alianza común. A pesar de ese estatus subordinado, los aliados no pagaban impuestos a Roma, ni los romanos interferían en sus asuntos cotidianos, y su única obligación era proporcionar contingentes de soldados a la República cuando fuera necesario. Estos eran hombres que servían en unidades distintas, pero estaban bajo el mando supremo romano y se hallaban sujetos a las regulaciones del ejército romano,

que imponía duras sanciones en los casos de infracción de la disciplina y también les pagaba.

Al menos la mitad de cada ejército de campo romano estaba formado por soldados aliados y, normalmente, la proporción era mayor; de hecho, las cifras de Polibio indican que los latinos y otros aliados representaban casi dos tercios del número total de soldados. Los aliados, y especialmente los latinos, derramaban su sangre en nombre de la República y también compartían los despojos de la victoria. Así, a medida que Roma fue expandiéndose, los enemigos de una generación ayudaban como aliados a ganar las guerras libradas por la siguiente generación. Algunos llegaban a ser romanos, mientras que todos disfrutaban de mayor seguridad por el hecho de pertenecer a una potencia militar tan grande. En definitiva, era más seguro ser aliado de Roma que ser su enemigo.[11]

En comparación con otras ciudades-estado, en las que la revolución política era un fenómeno muy común, la estabilidad de la República era sorprendentemente alta. Se vio agitada por graves tensiones sociales, pero, al final, se encontraron soluciones satisfactorias para contentar a la mayoría de los grupos sociales, por un lado ampliando la élite desde el pequeño círculo de familias patricias original y, por otro, limitando el poder de los magistrados. El sistema que se estableció se basaba en impedir que cualquier individuo o grupo se hiciera con el poder supremo de modo permanente. La totalidad de la vida política se desarrollaba en Roma, y los ciudadanos tenían que estar presentes en la ciudad para participar en ella. Ese requisito se mantuvo inalterado cuando el número de ciudadanos aumentó, y solo los residentes en Roma o sus inmediaciones, o con la riqueza, el tiempo y la inclinación a trasladarse hasta allí, podían tomar parte en ella.

Los mandos ejecutivos del Estado eran ocupados por magistrados electos. El puesto más importante era el de los dos cón-

sules, que ejercían el poder durante tan solo doce meses y daban su nombre al año. El año político comenzaba en marzo (el mes bautizado en honor del dios de la guerra, Marte). Los cónsules eran, en primer lugar, líderes de guerra, y eran elegidos por la denominada Asamblea del pueblo romano, estructurada según categorías provenientes de la jerarquía del primer modelo de ejército romano. Con el paso del tiempo, se impusieron ciertas restricciones para evitar que un hombre ocupara el consulado en años consecutivos y, a partir de un cierto momento, se estableció por ley un intervalo de diez años para poder ejercerlo, así como una edad mínima para los candidatos: cuarenta y dos años. Con todo, en realidad un número relativamente pequeño de familias aristocráticas suministraba un número desproporcionadamente alto de cónsules, tanto a causa de vínculos de obligación establecidos previamente con muchos votantes importantes, como también por la tendencia del electorado a preferir nombres familiares. Aunque no era imposible, alcanzar el consulado era difícil para un hombre que no perteneciera a esas élites, y, aun así, la competencia por la magistratura era feroz. Con solo dos puestos al año, el consulado era un premio que obtenía solo una pequeña minoría de los senadores.[12]

Los cónsules hacían cuanto podían para conseguir gloria durante su mandato, dado que la gloria les daba prestigio personal y estatus dentro de la comunidad, además de mejorar la reputación de su familia entre los votantes. La victoria sobre los enemigos de la República era lo que les reportaba mayor fama; idealmente, marcada por la concesión de un triunfo: cuando el comandante victorioso y sus soldados atravesaban en procesión el corazón de Roma. El vencedor se montaba en un carro, se engalanaba con los atributos distintivos de *Jupiter Optimus Maximus* (Júpiter, el mejor y el más grande) y aparecía con el rostro pintado de rojo terracota, como las estatuas de arcilla del dios. En algún momento se estableció la tradición de que hu-

biera un esclavo situado tras él para susurrarle al oído el recordatorio de que era mortal. El día del desfile pasaba con rapidez, pero la fama obtenida por la proeza perduraba y la corona de laurel que se colgaba en el porche de la casa del general vencedor servía para recordársela de forma constante a sus visitantes. Las familias aristocráticas aprovechaban cualquier oportunidad para hacer publicidad de los logros de las generaciones pasadas y presentes; por ejemplo, los funerales eran eventos públicos y las familias contrataban actores para que se pusieran las máscaras funerarias y las insignias de los cargos ostentados por los antepasados del difunto en cuestión, mientras que sus hazañas eran relatadas junto a las del fallecido con el fin de transmitir una promesa implícita de lo que podrían alcanzar las generaciones venideras si disfrutaban de la confianza de los votantes.[13]

Los cónsules poseían *imperium*, un poder que incluía el derecho a comandar soldados y a dispensar a justicia, pero esta autoridad expiraba cuando concluía su periodo en el cargo. El conjunto de los ciudadanos se reunía en asambleas formales presididas por un cónsul u otro magistrado para hacer declaraciones de guerra y de paz, para aprobar leyes y para celebrar elecciones. A diferencia del sistema aplicado en Atenas y en otras democracias, estas asambleas populares únicamente votaban sí o no a las propuestas que se les presentaban y no se les permitía debatir los temas o proponer sus propias votaciones. Ese tipo de debate se llevaba a cabo en el Senado, el consejo permanente de unos trescientos miembros, cuya labor era asesorar a los cónsules. Los senadores eran hombres maduros —otro de los nombres por el que se les conocía era el de *patres* o «padres»— y poseedores de mucha riqueza. No eran elegidos, sino designados por los censores, el par de magistrados que cada cinco años llevaba a cabo un censo de la población de Roma, incluyendo en la lista a todos los ciudadanos y sus bienes.

El Senado supervisaba todos los asuntos relacionados con el extranjero, así como muchos de los negocios nacionales. Los miembros del Senado recibían a las delegaciones de los distintos gobernantes, pueblos o naciones cuando estos viajaban hasta Roma (en el mundo antiguo ninguna nación mantenía embajadas permanentes ni siquiera en las potencias exteriores más importantes). El Senado decidía cuáles serían las principales tareas de los cónsules del año, así como cuáles serían las *provinciae* o «provincias» que se les asignarían, pero es necesario aclarar que, en esta etapa de la historia de Roma, la provincia no era una entidad geográfica, sino una esfera de responsabilidad, como, por ejemplo, «la guerra con los samnitas». El Senado decidía asimismo qué recursos se les otorgarían a los cónsules, anunciando además cuántas tropas servirían ese año. Sus decisiones con respecto a todos estos asuntos reflejaban la influencia que algunos de sus miembros distinguidos, en especial, los cónsules, tuvieran en ese momento, así como una evaluación pragmática de qué era lo mejor para la República (algo que, inevitablemente, con frecuencia era una cuestión de opinión). Es un error pensar que el Senado aplicaba políticas claras y consistentes a largo plazo, aunque es obvio que existía consenso en cuanto a algunos objetivos generales, en particular en cuanto a la protección y expansión del poder romano.

La palabra *legio* o legión originalmente significaba «leva» y hacía referencia al conjunto del ejército formado por el pueblo romano. Con el tiempo, a medida que ascendía el número de ciudadanos, a cada cónsul se le asignó su propia legión y, en torno al siglo III a. C., lo normal es que tuvieran bajo su mando un ejército de dos legiones. La legión se había convertido en la unidad más importante del ejército. Su tamaño variaba entre menos de cuatro mil hombres y más de cinco mil, dependiendo de cuál fuera la valoración senatorial de la escala del problema militar. Cada legión solía estar reforzada también por un *ala* de

similar tamaño, formada por soldados aliados, que era denominada así porque las dos legiones romanas se desplegaban en el centro de la línea con un *ala* a cada lado.

Los ciudadanos eran elegidos para servir en las legiones dependiendo de las propiedades que tuvieran registradas en el censo, ya que los soldados debían proveer su propio equipo. Los más ricos, capaces de permitirse un caballo, servían en la caballería, mientras que la mayor parte del ejército consistía en el equivalente de los hoplitas, soldados de infantería con armadura combatiendo en líneas apretadas. Los jóvenes y los pobres servían como soldados de avanzada. El servicio militar era una obligación durante la República, y la paga que les daba el Estado a los soldados era modesta: garantizaba un nivel apenas superior al umbral de subsistencia mientras un hombre estaba en campaña.

Los legionarios —hombres con propiedades, mayoritariamente agricultores, que, cuando se disolvía el ejército, regresaban a sus hogares y llevaban una vida normal— pasaban por ser uno de los factores esenciales del éxito de la República. Durante los primeros siglos, con frecuencia la guerra venía a ser simplemente una breve interrupción estacional en el año agrícola que se libraba contra enemigos muy similares a los propios romanos; además, lo más probable es que los combates se produjeran cuando los soldados de ambos bandos no eran necesarios en sus granjas. A medida que Roma fue creciendo, las guerras se fueron librando cada vez más lejos y a mayor escala, por lo que, en ocasiones, los soldados tenían que servir en las legiones por periodos mucho más prolongados de tiempo. En algún momento, se aprobó una ley que estipulaba que no se podía obligar a ningún ciudadano a servir durante más de dieciséis años o en dieciséis campañas individuales (si se luchaba en más de una en un solo año).

Los romanos —y sus aliados, que parecen haber creado sus contingentes militares de manera similar— aceptaban voluntariamente esta obligación hacia su República. La leva funcionaba porque año tras año los hombres se presentaban para ser seleccionados por los oficiales encargados de formar las nuevas legiones. Los romanos de todas las clases y procedencias parecen haberse sentido fuertemente identificados con el Estado, de modo que el ejército romano era, en un sentido muy real, el pueblo romano en pie de guerra, comandado por los líderes que había elegido.[14]

3. En el extranjero

A principios del siglo III a. C., la República controlaba la práctica totalidad de la península italiana al sur del río Po. En el 282 a. C., la ciudad griega de Tarentum, a la que esta situación había llegado a inquietar, atacó un escuadrón de naves romanas, alegando que su presencia era una violación de un tratado. Dos años más tarde, los griegos contrataron al rey Pirro de Epiro para luchar en su nombre. Pirro era un general famoso, un hombre del que se consideraba que poseía un talento excepcional incluso en una era en la que los veteranos generales de Alejandro Magno estaban luchando por el poder. Pirro trajo consigo un ejército de estilo macedonio con una caballería de alta calidad, falanges de piqueros y elefantes de guerra, pero, aunque derrotó a los romanos en batalla, estos se negaron a aceptar una paz que venía impuesta por el enemigo. La guerra se prolongó durante mucho tiempo y la fuerza de Pirro fue lentamente erosionada —la expresión «una victoria pírrica», que se refiere a una batalla ganada a un coste demasiado alto para el vencedor, es de cuño moderno, pero resulta apropiada para la ocasión— y, al final, se rindió. Toda Italia estaba ahora en po-

der de Roma o de sus aliados, aparte de las tribus galas y ligures asentadas en el norte.[15]

En 264 a. C. los romanos intervinieron en Sicilia, enviando un ejército fuera de la península italiana por primera vez. Fue un acto provocativo, que supuso desafiar a los cartagineses en lo que consideraban su esfera de influencia y que, al poco tiempo, tuvo como resultado la primera guerra púnica. (Cartago era un asentamiento que había sido fundado originalmente por los fenicios [*Phoenicius* en latín] en lo que hoy es el Líbano, de ahí el nombre latino de *Poeni* y nuestro término «púnico»). Los cartagineses fueron un gran pueblo dedicado mayoritariamente a actividades marítimas y comerciales, pero su imperio se basó en la conquista, además de en el comercio. Su flota era famosa y poderosa, mientras que los romanos poseían escasa experiencia o conocimientos sobre guerra naval. A pesar de su bisoñería en ese ámbito, los romanos construyeron cientos de buques de guerra (copiando para el primero, como es sabido, el diseño de una nave cartaginesa que había encallado) y aprendieron a derrotar al enemigo en su elemento. Los veintitrés años que duró la guerra resultaron extremadamente costosos para ambas partes, pero los romanos perseveraron y acabaron saliendo victoriosos.

La victoria les proporcionó a los romanos su primera provincia tal y como entendemos ahora el término, un territorio que abarcaba gran parte de Sicilia (el resto estaba formado por comunidades aliadas). Unos años más tarde, los romanos explotaron con cinismo la debilidad cartaginesa y se apoderaron también de Cerdeña y de Córcega. El resentimiento que les produjeron su derrota y humillación condujo a los cartagineses a ampliar su presencia en la península ibérica y, de hecho, fue desde su base en la Península desde donde Aníbal inició su invasión de Italia en el año 218 a. C., decidido a restaurar lo que, para él, era el equilibrio de poder adecuado. En un plazo de dos

años había dado muerte a un tercio del Senado romano y a más de cien mil romanos y aliados militares. Algunos de los aliados de Roma desertaron, pero la mayoría se mantuvo leal y los romanos se negaron a negociar la paz. En vez de eso, continuaron creando nuevos ejércitos, sin dejar de aprender en ningún momento de sus derrotas. Lograron contener a Aníbal en Italia —de donde no saldría hasta 203 a. C.— y prosiguieron la guerra en otros campos de batalla, para acabar aterrizando en África y amenazando a la propia Cartago. Aníbal fue llamado por los suyos a defender su patria, solo para sufrir su primera derrota real en Zama, lo que obligó a los cartagineses a aceptar la paz que les fue impuesta en 201 a. C.[16]

A raíz de este conflicto, se crearon dos nuevas provincias en la península ibérica —Hispania Citerior en el este e Hispania Ulterior en el oeste— y, con el tiempo, estas regiones inicialmente pequeñas fueron haciéndose más grandes. En las primeras décadas del siglo II a. C., un esfuerzo concertado quebrantó la hegemonía septentrional de las tribus galas y ligures y el control romano se amplió hasta los Alpes. Durante la segunda guerra púnica, los romanos también habían luchado contra el reino de Macedonia. Esta era una de las tres grandes potencias que había emergido después de la fragmentación del territorio conquistado por Alejandro Magno, siendo las otras dos el reino ptolemaico que ocupaba las tierras de lo que hoy es Egipto y el Imperio seléucida, que tenía su centro en Siria. También había otros reinos y ligas más pequeñas de ciudades-estado, que completaban el conjunto formado por el mundo griego y sus colonias. Roma atacó y derrotó a Filipo V de Macedonia en la segunda guerra macedónica (200-196 a. C.) y al seléucida Antíoco III en la guerra siria (192-189 a. C.). Para entonces, los Ptolomeos habían pasado a ser los más débiles de los tres pueblos, desgarrados por divisiones internas y bajo el mando de un rey joven e ineficaz, pero su alianza con la República romana, a

la que habían suministrado grano durante las guerras púnicas, era larga y sólida. Mientras los Ptolomeos continuaban malgastando sus fuerzas en luchas de poder internas, con el tiempo llegó a quedar patente que los romanos eran el socio dominante en esa relación, y solo el respaldo romano impidió que las otras dinastías los aniquilaran y se repartieran el reino.[17]

Ninguna provincia nueva surgió de estos conflictos en el Mediterráneo oriental y, después de cada triunfo, los ejércitos romanos se retiraron. La influencia romana fue mantenida mediante la alianza y la amenaza de emprender un ataque con fuerza renovada. En un momento dado, Macedonia empezó a recuperar fuerzas, lo que movió a los romanos a declarar y a ganar la tercera guerra macedónica contra su monarca, Perseo, el hijo de Filipo V. Perseo fue depuesto en el año 167 a. C. y el reino de Macedonia fue disuelto, pero, una vez más, ninguna provincia se creó en ese momento, sino en el año 149 a. C., cuando estalló un último conflicto al aparecer un pretendiente al trono. Ese mismo año, incitados por sus sospechas con respecto a Cartago, que, aunque seguía estando militarmente débil, se había fortalecido en el ámbito económico, los romanos provocaron la tercera guerra púnica contra los cartagineses. En 146 a. C., Cartago fue erradicada como nación, la ciudad fue destruida físicamente y su población expulsada. También en 146 a. C., Corinto, en Grecia, sufrió un grave ataque a manos de las legiones, que estuvo a punto de destruirla por completo.

Las provincias de África y Macedonia habían elevado el total de provincias romanas a seis (Córcega y Cerdeña eran tratadas como un solo territorio a efectos políticos). Poco a poco, empezó a surgir la idea de la provincia como un territorio claramente delimitado, pero, con la excepción de las Hispanias Citerior y Ulterior, ninguna de las otras provincias eran adyacentes geográficamente. Los romanos no parecen haber pensado en su imperio como en una unidad, sino como un conjunto de

distintas provincias que estaban conectadas con Roma, que era su centro. En ese momento no existía prácticamente ningún asentamiento de colonos en las provincias. (La Galia Cisalpina, la zona de Italia al norte del río Po, era considerada una provincia en algunos aspectos, pero cada vez recibía un tratamiento más parecido al del resto de la península y sí fue extensamente colonizada). Aparte de las provincias, había grandes áreas donde la influencia romana era ejercida a través de gobernantes y naciones aliados.[18]

En un momento posterior del siglo II a. C. los romanos añadieron Asia —aceptada un tiempo después de que fuera legada en herencia al pueblo romano por su último rey— y la Galia Transalpina (la moderna Provenza) a la lista de provincias permanentes. Esta última incorporación apunta a que los romanos habían empezado a cobrar cada vez más consciencia de la ventaja estratégica que suponía conectar sus provincias y la garantía de contar con un puente terrestre hasta Hispania. No obstante, al igual que en el periodo anterior, los triunfos bélicos de Roma no produjeron de forma automática la anexión y el gobierno directo, y zonas como Numidia en el Norte de África, derrotada en el año 105 a. C., quedaron en manos de gobernantes aliados.

La creación de este imperio tuvo consecuencias profundas para el sistema político, la economía y la sociedad de Roma, pero, a primera vista, la República no pareció experimentar apenas ningún cambio. Dos cónsules eran insuficientes para todas las labores que debían llevar a cabo, de modo que se otorgó un papel más importante a los pretores, el colegio de magistrados inmediatamente inferior al de los cónsules. Tradicionalmente existía un único pretor, que permanecía en la ciudad de Roma y cuyas responsabilidades eran en gran medida judiciales y administrativas. Alrededor del año 242 a. C. se creó una segunda pretura, y dos más se agregaron al colegio de pretores unos

años más tarde. Esa decisión refleja no solo el incremento de la actividad judicial, sino también la necesidad de dotar de gobernadores a la provincia de Sicilia y a la de Córcega y Cerdeña. Otros dos pretores fueron introducidos a principios del siglo II a. C. con el fin de que hubiera magistrados suficientes para ocuparse de las dos provincias hispanas. Hubo unos pocos cambios visibles más, como el aumento en el número de cuestores, los magistrados de menor rango, a los que se les asignó un papel fundamentalmente financiero como asistentes de los gobernadores provinciales. Para entonces, el servicio militar a menudo implicaba pasar largos años en una guarnición, más o menos en activo, en una de las provincias. Todavía no se había creado ninguna burocracia digna de mención para administrar el Imperio y en todas las regiones casi todos los aspectos de la administración seguían en manos de las comunidades y líderes locales.

Con todo, se estaban produciendo numerosos cambios, y el papel de imperio acarreó graves tensiones a la República, que hicieron que, a lo largo del siglo I a. C., empezara a desmoronarse. En 91 a. C. un número importante de aliados italianos de Roma se rebelaron, descontentos porque muchos de ellos todavía poseían derechos limitados y por el comportamiento a menudo arrogante de los magistrados romanos. La contienda fue librada a gran escala por ejércitos que eran igualmente agresivos, disciplinados y bien equipados, lo que condujo a que ambos bandos sufrieran un elevado número de bajas. Hacia el año 89 a. C. los romanos obtuvieron la victoria, tanto por las rápidas concesiones de ciudadanía plena que realizaron, como por la fuerza. Pronto, todos los habitantes libres al sur del Po eran ciudadanos romanos. Un año más tarde, una disputa entre senadores rivales acabó derivando en una guerra civil cuando un cónsul dirigió sus legiones contra la propia Roma. La estabilidad ya nunca retornó y las guerras civiles se sucedieron una

tras otra hasta que el futuro emperador Augusto ganó la última de ellas en 30 a. C. Además de estar marcados por el caos y la violencia política, estos años fueron también tiempos de conquistas veloces, cuando hombres como Pompeyo el Grande y Julio César se apoderaron de amplias extensiones de nuevo territorio. Roma sobrevivió a estas décadas de crisis, y el Imperio llegaría ser aún más fuerte y más próspero.

II. GUERRA

«Es increíble pensar cuánto creció en poco tiempo el joven Estado cuando consiguió la libertad, tanto era el deseo de gloria en la mente de los hombres. Para empezar, desde el momento en que podían soportar las penurias de la guerra, los jóvenes aprendían el oficio militar en los campamentos, por el trabajo y la práctica, y tenían más pasión por las brillantes armas y los caballos militares que por las prostitutas y los excesos… La mayor competición entre ellos era por alcanzar la gloria; cada uno se apresuraba a causar heridas al enemigo, a escalar los muros, a ser visto mientras hacía tales hazañas. Eso era lo que consideraban riquezas, justa fama y alta nobleza».

Salustio, mediados del siglo I a. C.[1]

1. Masacre

A finales del año 150 a. C., varios grupos de lusitanos descendieron de la zona montañosa donde habitaban para firmar la paz con Roma, representada por la figura del gobernador de Hispania Ulterior, Servio Sulpicio Galba. Galba los esperaba con su ejército, principalmente formado por legionarios y aliados italianos. La mayoría de estos soldados estaban equipados con largos escudos ovalados, armadura de malla y unos cascos de bronce tocados, o bien con tres plumas altas, o bien con una ondulante cresta de crin de caballo. Todos ellos portaban la pesada lanza conocida como *pilum* y esgrimían una espada bien equilibrada de corte y estocada que era conocida por el sobrenombre de *gladius hispaniensis* o «espada hispana» porque habían copiado el tipo de espada usado por los guerreros ibéricos.

Ese era el equipo típico de los hombres que servían a la República movidos por su sentido del deber, principalmente agri-

cultores o hijos de los agricultores, la mayoría de los cuales eran probablemente menores de treinta años, puesto que, por lo visto, excepto en caso de emergencia, los reclutadores preferían a los soldados jóvenes. Estos hombres servían en el ejército por un fuerte sentido del deber hacia el Estado y porque el resto de miembros de la comunidad, en general, esperaba que lo hicieran. Sin duda, muchos consideraban también el servicio militar como una oportunidad de vivir una aventura lejos de los ciclos de la siembra y la cosecha, y confiaban en poder beneficiarse de los despojos de la victoria —su salario seguía siendo modesto— antes de regresar a su casa y volver a la vida de civiles. Es posible que algunos llegaran al ejército soñando con alcanzar gloria, ganarse las alabanzas de sus superiores o una de las decoraciones militares diseñadas para fomentar ese tipo de espíritu. Las condecoraciones al valor se llevaban todos los días de fiesta, de forma que los más valientes entre los antiguos soldados pudieran ser honrados por sus conciudadanos.[2]

Desde muchos puntos de vista, los soldados romanos y latinos del siglo II a. C. eran iguales a muchos otros jóvenes enviados a la guerra en otros periodos y en otros países. Eran hombres normales según los parámetros de la época y, sin duda, tenían mucho en común con los ciudadanos de la mayoría de las ciudades del mundo mediterráneo. La ciudadanía otorgaba derechos legales y políticos, así como también obligaciones al conjunto de la comunidad. Esos hombres servían porque eran ciudadanos, y si llegaban a morir, era en calidad de ciudadanos y no de soldados como se les conmemoraba. No había bases militares o instituciones permanentes e, incluso, las legiones volvían a ser numeradas cada año si el Senado decidía mantenerlas en servicio. Eso significaba que los dos cónsules siempre comandaban la *Primera, Segunda, Tercera* y *Cuarta* Legiones. El ejército romano es casi invisible desde una perspectiva arqueo-

lógica en este periodo, ya que sus soldados volvían a mezclarse con la población en general al final de cada campaña.

La tendencia creciente de algunos hombres a solicitar ocupar de forma prolongada el puesto de centuriones —los oficiales que comandaban las unidades administrativas y tácticas básicas de la legión— fue el primer indicio de profesionalismo del ejército romano, pero incluso esos casos eran tratados de manera informal y no sabemos hasta qué punto eran habituales. La mayoría de oficiales de mayor rango eran como los hombres que lideraban, ciudadanos que alternaban periodos de servicio militar con temporadas de vida civil normal. A la cabeza del ejército se encontraba el gobernador provincial, un magistrado elegido por una Asamblea del pueblo romano. Los gobernadores, que podían tener el cargo o de cónsul o de pretor, eran hombres que habían desarrollado con éxito una carrera en la vida pública. Siempre eran ricos y, por lo general, aristócratas, pero estas posiciones tan eminentes exigían todavía más requisitos: por ejemplo, un hombre tenía que haber servido durante diez años en el ejército o haber luchado en diez campañas antes de poder presentarse como candidato incluso a la magistratura de rango inferior. Aunque fuera un conciudadano más, el gobernador ostentaba el *imperium* y, junto con sus importantes responsabilidades, disfrutaba de la oportunidad de ganar más fama y riqueza que los legionarios comunes.[3]

Aquel magistrado que llevaba un ejército del pueblo romano a la victoria en la guerra era premiado con una inmensa gloria entre sus compatriotas. La victoria también le permitía beneficiarse a través del saqueo y la venta de cautivos como esclavos, además de que el prestigio y la riqueza obtenidos seguían siendo importantes activos durante el resto de su carrera, ya que le otorgaban ventaja sobre todos los demás senadores que rivalizaban por algún cargo en la arena política de Roma, ferozmente competitiva. Puesto que el mandato de cada magistratura era

breve, también lo era la ventana de oportunidad para un hombre de labrarse un nombre y hacer fortuna. A veces el Senado decidía extender un comando provincial un segundo año, en cuyo caso a aquel hombre se le otorgaba el título de procónsul o propretor. Un tercer año de mandato era casi inaudito en el siglo II a. C. El sistema, el hecho de que constantemente estuvieran incorporándose a la fila de competidores nuevos gobernadores llenos de ambición, animaba a dichos magistrados a comportarse de forma muy agresiva.

En Lusitania en 150 a. C., tanto los soldados como el propio Galba tuvieron que ver cómo sus sueños de llenarse de gloria y conseguir un rico botín quedaban totalmente frustrados. El año anterior, habían sido vapuleados por esa misma tribu lusitana, o al menos por unos hombres que se parecían mucho a ellos, con sus túnicas oscuras y sus largas melenas cayéndoles por la espalda (la costumbre era trenzarse el cabello cuando se preparaban para la batalla). Los lusitanos no eran una nación, sino uno de los tres grupos principales de pueblos indígenas asentados en la península ibérica. Los íberos vivían al sur, mientras que los celtíberos ocupaban el centro y gran parte del norte de Hispania y su cultura exhibía elementos de influencia tanto ibérica como celta, pero estaba claramente diferenciada de ambos. Los lusitanos estaban asentados en el oeste, cubriendo un área más o menos equivalente al Portugal moderno. Ninguno de estos pueblos estaba unido políticamente, y es dudoso que alguno de ellos se considerara a sí mismo como íbero, celtíbero y lusitano. Esas eran las etiquetas que les habían impuesto los forasteros griegos, fenicios, cartagineses y romanos (en los dos últimos casos, potencias imperialistas que se estaban expandiendo por la propia Península). Más importantes para esos pueblos eran los agrupamientos tribales y, sobre todo, las estrechas comunidades que habitaban en las distintas ciudades o aldeas amuralladas.[4]

Galba era pretor en el año 151 a. C. y recibió por sorteo el mando de Hispania Ulterior. Había habido intensos combates en dos de las provincias hispanas a partir de la mitad de la década y Galba no fue el único gobernador que sufrió una derrota a manos de los celtíberos o de los lusitanos. Los ciudadanos romanos estaban muy motivados y solían ser excelentes soldados, si habían dispuesto de suficiente tiempo para la instrucción y eran liderados por oficiales competentes. Cuanto más tiempo permanecía de servicio una legión, mayor nivel marcial alcanzaba, por lo que, durante las últimas etapas de la segunda guerra púnica y de los primeros conflictos con los macedonios y los seléucidas, demostraron ser tan buenos o mejores que los curtidos profesionales a los que se enfrentaron. A mediados del siglo II a. C., había habido muchos menos combates y, a medida que la generación veterana fue perdiendo su brillo y su pujanza, entraron en el ejército tanto oficiales como soldados comunes con mucha menos experiencia y la complaciente convicción de que ganarían por el mero hecho de ser soldados romanos. La derrota se convirtió en una opción mucho más común, y las guerras se ganaban únicamente gracias a la mayor persistencia y recursos de Roma, además de por el hecho de que las legiones aprendían de la experiencia y mejoraban considerablemente.

Reveses de este tipo conmocionaban a una República acostumbrada a la victoria. Es difícil comprender cómo Cartago podía representar algún tipo de amenaza militar real para Roma en el año 149 a. C., pero es evidente que muchos romanos sentían auténtico miedo de su viejo rival. Cuando el ejército romano y sus comandantes, todos ellos inexpertos y excesivamente confiados, llegaron al Norte de África, el enemigo, desesperado, luchó con determinación y se produjo una cadena de reveses y fracasos, que sin duda alimentaron esos viejos temores romanos. Polibio, que vivía en Roma durante estos años, reflejó el pánico de sus contemporáneos cuando describió la lucha

contra los celtíberos como la «guerra feroz», porque se prolongó varios años sin apenas una pausa. Los rumores de la dureza de la lucha de los legionarios contra esos feroces enemigos llegaron hasta Roma y, en el 151 a. C., por una vez, el sentimiento de patriotismo de sus ciudadanos flaqueó: cuando se convocó una leva para formar un ejército que serviría con el cónsul Lúculo en Hispania Citerior, comparecieron muy pocos hombres. Solo un esfuerzo concertado para alentar y persuadir a la población y el gesto deliberadamente público de un popular joven aristócrata de presentarse como voluntario consiguió convencer finalmente a suficientes hombres para que se presentaran a la leva.[5]

Estas campañas en ambas provincias hispanas fueron guerras de razia y contrarrazia, ataques contra asentamientos amurallados y emboscadas. Se libraron batallas, pero a menudo eran el resultado de encuentros repentinos y tenían lugar en terrenos difíciles, como puertos de montaña. Durante esos años, algunas bandas merodeadoras de lusitanos se adentraron todavía más en Hispania, alcanzando la costa y, en un momento dado, llegando incluso a cruzar el estrecho de Gibraltar y penetrar en el Norte de África. Solo en raras ocasiones las víctimas de sus ataques fueron romanas o italianas, debido a que todavía había relativamente pocos asentados en las provincias. Los objetivos eran más bien las comunidades aliadas de Roma. Galba tenía solamente una sola legión y un *ala* —que en conjunto sumaban unos 10 000-12 000 hombres; la fuerza normal asignada por el Senado a un pretor—, un contingente demasiado pequeño para defender durante tanto tiempo una frontera tan abierta, y el problema no hizo sino agravarse cuando su fuerza se vio severamente reducida por su derrota en el 151 a. C. Los romanos no podían esperar detener cada incursión antes de que entrara en su territorio y lo mejor que podían hacer era tratar de capturar a los asaltantes cuando estaban de retirada o lanzar sus pro-

pios ataques de represalia contra los asentamientos lusitanos que creían responsables de las razias. Cada incursión que tenía éxito —y todavía más cada ocasión en la que los romanos atrapaban a los guerreros pero resultaban derrotados—, animaba a bandas cada vez más grandes a probar suerte. Se cuenta que los lusitanos desfilaban alrededor de las comunidades vecinas y en el territorio de los celtíberos enarbolando los estándares y otros trofeos capturados al ejército romano para hacer ostentación de su propio poder y animar a otros a unirse a ellos en sus próximos ataques.[6]

Hubo alguna pausa en los enfrentamientos y, durante cierto tiempo, las represalias romanas incitaron a esas mismas bandas de lusitanos a hacer las paces con el predecesor de Galba, pero cuando este regresó a Roma violaron el tratado y volvieron a alzarse en pie de guerra. En el año 150 a. C. Galba atacó después de haber hecho lo posible para compensar sus pérdidas del año anterior aumentando las levas locales, reclutando a hombres que, con toda razón, consideraban a los lusitanos como sus enemigos. Al mismo tiempo, Lúculo, cuyo cargo había sido asimismo ampliado de modo que ahora era procónsul, penetró en territorio lusitano desde otra dirección, capturando un asentamiento amurallado tras otro. Sus recursos eran mayores que los de Galba, porque él lideraba el ejército consular estándar de dos legiones y dos *alae*. El doble asalto convenció a los lusitanos de que lo mejor era firmar la paz con los romanos, y sus enviados se presentaron ante Galba afirmando que el darse cuenta de que sus tierras eran demasiado áridas para sustentar a todo su pueblo les había forzado a volver a atacar para tomar lo que necesitaban de sus vecinos más ricos.

El gobernador romano fingió entender su situación y declaró: «La esterilidad del suelo y la penuria obligan a uno a hacer cosas así. Pero si somos amigos yo daré a los pobres buenas tierras y los guiaré a unos campos fértiles donde podrán asen-

tarse». Galba gozaba de buena fama como orador en Roma, aunque en este caso seguramente se dirigió a los representantes de los lusitanos a través de un traductor. Por lo que sabemos, nunca fue a la península ibérica hasta que fue gobernador de Hispania Ulterior, y pocos gobernadores romanos tenían el tiempo o la inclinación a aprender las lenguas locales. Sin embargo, llevarse a grupos de guerreros problemáticos de un área para reasentarlos en un territorio mejor lejos de sus hogares era una técnica que los romanos habían utilizado antes y utilizarían de nuevo, siempre con éxito. Alejados de su antiguo territorio y de sus viejas disputas, con un medio para mantener a sus familias y, sin duda, también conscientes de que estaban bajo la estrecha observación de las autoridades, los saqueadores se convertían diligentemente en pacíficos agricultores. Galba le dijo a los enviados que se presentaran con su pueblo en un lugar acordado previamente para rendirse ante el poder de Roma bajo promesa de cederles nuevas tierras donde podrían establecerse.[7]

Se les dio instrucciones de que vinieran en tres grupos, cada uno probablemente compuesto por comunidades específicas, clanes o por los seguidores de líderes concretos para que la división fuera natural y fácil de organizar. No conocemos los nombres de ninguno de los grupos o líderes. Una fuente afirma que ascendían a un total de treinta mil personas, entre los que había mujeres, vestidas con los coloridos trajes y largos mantos propios de aquella zona, niños y tal vez algunos ancianos, además de los guerreros. Es probable que hubiera más hombres en edad militar que en una población normal, ya que grupos de merodeadores como estos dependían de sus espadas para obtener su sustento al no tener suficiente buena tierra o animales. Con ellos traían a sus caballos y rebaños y todas las posesiones que habían podido transportar, incluyendo sus armas. Los tres grupos se dirigieron al lugar designado y acamparon allí a la es-

pera de que llegaran los romanos y les asignaran sus nuevas tierras.[8]

Galba se aproximó al primer grupo y ordenó a la tribu que depusiera sus armas. Ese era un gesto habitual que formalizaba la rendición, pero probablemente también un momento de tensión —no hay más que recordar que en 1890 esa fue la chispa que desencadenó la batalla (o masacre dependiendo del punto de vista) en Wounded Knee—. Las armas y, en especial, artículos caros como las espadas, eran muy apreciados y, además, poseían una gran carga emocional por ser el medio de protección del guerrero y de su familia. No obstante, los lusitanos obedecieron y entregaron al menos parte de su equipo militar. A continuación, Galba ordenó a sus soldados que rodearan el campamento de los lusitanos con una zanja. Tal vez la medida estuviera justificada como protección para los miembros de la tribu y sus familias, ahora que, al menos en teoría, estaban desarmados, pero no cabe duda de que en cualquier caso esa medida los pondría nerviosos, aumentando la tensión de la situación.[9]

A continuación, el gobernador romano hizo entrar a los soldados en el campamento y estos empezaron a matar a diestro y siniestro. Después de que todos los ocupantes estuvieran muertos o hubieran sido capturados, Galba se trasladó al segundo y tercer grupo y ordenó que se les dispensara el mismo tratamiento. Fue una verdadera masacre, y no una masacre ejecutada con armas de fuego desde la distancia, sino desde muy cerca. Los soldados romanos y latinos, y sus aliados locales, realizaron la mayor parte de la carnicería cara a cara, dando tajos y estocadas con sus espadas, hasta el punto que, según relata otra fuente, como era normal en batalla, los escudos y los pechos de los caballos de los jinetes quedaron empapados en sangre. Tito Livio describió las heridas infligidas por los legionarios con la espada hispana: «Cuerpos cortados a pedazos…, brazos arrancados a partir del hombro y cabezas separadas de sus cuerpos,

con el cuello totalmente cercenado, o vientres abiertos con las entrañas al aire». (Posiblemente, las terribles imágenes de las guerras civiles de Ruanda en la década de 1990 en las que se veían múltiples heridas de machete serían el equivalente que nos puede ayudar a imaginar el horror de la escena). Si hubo algún tipo de lucha, esta fue unilateral, y los hombres de Galba mataron a voluntad. Estos soldados eran los supervivientes de la costosa derrota del año pasado a manos de los lusitanos, o bien hombres de las comunidades que habían sido atacadas por los merodeadores, de modo que ni nuestras fuentes insinúan que los romanos mostraran algún tipo de renuencia a obedecer las órdenes ni es probable que la hubiera. No sabemos cuántas personas murieron, pero el total fue lo suficientemente grande para hacer que esta masacre se hiciera tristemente famosa. Un número considerable de lusitanos sobrevivieron y fueron vendidos como esclavos, mientras que apenas unos cuantos lograron escapar en la confusión.[10]

La traición de Galba fue deliberada y premeditada y las órdenes que les dio a sus soldados, claras. No se trató de ningún terrible accidente, en el que unas palabras o unos actos imprudentes o malinterpretados tornaran una situación ya tensa en una atrocidad no planificada. Más tarde, el gobernador romano afirmó que había actuado de esta manera para adelantarse a la traición que esperaban de parte de los lusitanos. La prueba en la que basaban sus sospechas era que los lusitanos habían realizado un ritual en el que habían sacrificado a un hombre y a un caballo al dios de la guerra, un rito que era su costumbre celebrar exclusivamente antes de ir a la guerra. Otra fuente confirma esta costumbre y describe cómo tomaban a un prisionero de guerra, lo envolvían en una capa y luego lo apuñalaban a través de ella, estudiando cómo caía y se retorcía de dolor como medio para adivinar el futuro.

Si Galba se inventó la historia, eso al menos sugiere que se había esforzado por comprender las tradiciones de los lusitanos. Tal vez estuviera equivocado con respecto a la costumbre (o incluso mal informado, dado que sus soldados aliados bien podían haberle inducido a ordenar ese cruel tratamiento de la tribu por sus propias razones). También es posible que el sacrificio se realizara, aunque tal vez no reflejara las esperanzas u opiniones de todos los miembros de la tribu. En la abierta estructura política de los lusitanos, puede que algunos líderes o grupos se sintieran resentidos por la decisión de firmar la paz con Roma, o simplemente no confiaran en Galba y en los romanos (tal como se desarrollaron los acontecimientos, de modo justificado).[11]

La noticia de las acciones de Galba provocó la indignación en Roma, pero no por el sacrificio masivo y la esclavitud en sí mismos, ya que esos brutales métodos a veces eran considerados necesarios en las guerras de Roma y un apropiado castigo para los enemigos del pueblo romano. La actitud romana ante las atrocidades en la guerra era esencialmente pragmática, y la piedad y la crueldad eran juzgadas de acuerdo con su efectividad a la hora de conseguir que un conflicto tuviera un desenlace exitoso. El crimen de Galba fue actuar de esta manera contra un enemigo que ya se había rendido, quebrantando deliberadamente el acuerdo que había cerrado con ellos. Esa era una violación de la «buena fe» o *fides*, una virtud de la que los romanos se jactaban, eligiendo creer que trataban de forma honesta y franca con los demás. En cambio, retrataban a sus viejos rivales cartagineses como proverbialmente traicioneros (igual que los ingleses de finales del siglo XVII y XVIII difamaron a los holandeses atribuyendo todo su valor a la ingesta de alcohol con expresiones irónicas como el «coraje holandés»).

Una vez más había un elemento de practicidad en su actitud. Tener la reputación de mantener los acuerdos y tratados, de ser

un apoyo fiable para sus aliados y de dar un trato justo a los enemigos derrotados, ayudaba a promover las negociaciones futuras con otros pueblos. Existía también una dimensión religiosa: los romanos creían que la prosperidad y el éxito en la guerra de la República dependían del favor divino, que se comprobaba en cuidadosos y recurrentes rituales para aplacar a los dioses. Muchos de los templos de Roma fueron construidos por generales victoriosos que, en un momento de crisis durante una batalla, se habían comprometido a honrar de esa manera a un dios o a varios dioses. La *pietas* —un concepto mucho más fuerte que la idea moderna de la piedad, ya que incluía la reverencia hacia los padres, los antepasados y los dioses— era una de las virtudes romanas por excelencia. Parte de esta relación especial con el poder divino implicaba la creencia de que los romanos se comportaban de modo correcto, trataban con justicia con los demás y solo libraban guerras justas para defenderse ellos mismos o a sus amigos.[12]

Otras muchas potencias imperialistas han creído de manera similar en su propia virtud. La masacre de los lusitanos nos brinda una ilustración mucho más terrible de la expansión romana, pero antes de volver a la historia de Galba, merece la pena detenernos a observar el contexto general de la época y tratar de entender lo que causó e impulsó la creación del Imperio romano.

2. Riqueza y reputación. El impulso de crear un imperio

Estas no son preguntas nuevas. Polibio comenzó su *Historia universal* en torno a la mitad del siglo II a. C. —más o menos en el mismo momento en el que Galba llevaba a cabo sus acciones contra los lusitanos en Hispania, aunque, por desgracia, su des-

cripción de ese episodio se ha perdido— y, para él, había un tema que era mucho más importante que cualquier otro: «Porque ¿quién es tan inútil o indolente que no quiere saber por qué medios y bajo qué sistema político los romanos han logrado someter a casi todo el mundo habitado a su único gobierno en menos de cincuenta y tres años: algo único en la historia?».[13]

Polibio escribió su libro en Roma, donde vivía como uno más de los numerosos rehenes enviados desde Grecia por la Liga Aquea de ciudades como garantía de la buena conducta de sus comunidades de origen. Durante mucho tiempo fue huésped en la casa de una destacada familia aristocrática romana, gracias a lo cual el historiador conoció a muchas de las figuras principales de la República y acompañó al famoso Escipión Emiliano cuando este capturó y destruyó la gran ciudad de Cartago en el 146 a. C.[14]

La derrota de los cartagineses a manos de los romanos en las tres guerras púnicas aparece en numerosas ocasiones en la obra de Polibio. El historiador describió el sistema militar romano con bastante detalle, alabando su orden, la disciplina y también su fomento de la valentía individual. Le dio más importancia incluso al sistema político de la República, que veía como una Constitución bien equilibrada que combinaba elementos de la monarquía, la aristocracia y la democracia. A diferencia de la mayoría de ciudades-estado griegas, que eran propensas a sufrir revoluciones periódicas y, con el tiempo, acababan pasando por todos esos sistemas de gobierno, los romanos gozaban de estabilidad y de un nivel realmente inusitado de unidad política y social. Las virtudes romanas ayudaban a explicar el éxito a largo plazo de la República, pero Polibio también investigó los acontecimientos que tenían lugar en otros lugares, en particular, las rivalidades existentes entre los reinos y naciones del mundo griego y sus colonias.

Los especialistas modernos han aceptado parte de este punto de vista, pero, puesto que tenía que ver más con el «cómo» que con el «por qué», durante mucho tiempo han confiado en otras fuentes para explicar las conquistas romanas. En el siglo XIX y principios del XX, una época en la que los imperios modernos habían colonizado buena parte del mundo, muchos estaban dispuestos a tomar las afirmaciones de los romanos al pie de la letra: cuando se enfrentaban a vecinos hostiles, los romanos solo luchaban para protegerse, de modo que fueron ganando conflicto tras conflicto y adquirieron un imperio casi por casualidad. Más recientemente, el péndulo se ha trasladado hasta el extremo opuesto, una perspectiva que arraigó entre los académicos de habla inglesa en los años siguientes a la guerra de Vietnam y especialmente entre los estudiosos que habían alcanzado la edad adulta en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Un profundo malestar con respecto a las guerras de cualquier tipo, por no hablar del rechazo hacia las aventuras en ultramar, impregna esta escuela de opinión, que describió el sistema político, la sociedad y la economía de Roma como una estructura que llevaba a la República a una guerra agresiva casi continua, prácticamente como una necesidad biológica. Cualquier argumento que hablara de defensa era una farsa, y los romanos eran depredadores activos y resueltos que atacaban otros pueblos año tras año.[15]

Los estudios de esos años demostraron hasta qué punto era clave el papel desempeñado por la guerra en la vida de la República. La victoria en la guerra les proporcionaba a los senadores la máxima gloria, además de la riqueza del saqueo, y la posibilidad de obtener un mando solamente se presentaba cuando un hombre había alcanzado las magistraturas superiores. Galba fue uno de seis pretores elegidos en el año 151 a. C., pero había solo dos cónsules, en este caso Lucio Licinio Lúculo y Aulo Postumio Albino. La competencia para conseguir el más alto y

prestigioso de los puestos era feroz, y la simple aritmética nos dice que la mayoría de los pretores no iba a obtener el consulado. Si un hombre tenía tanta suerte como para recibir un mando provincial como pretor en una provincia con ejército —algo que ya no sucedía en Sicilia y a veces tampoco en Cerdeña y Córcega— y si se enfrentaba a una amenaza militar —o al menos algo que pudiera presentarse como tal— y si era capaz de ganar una victoria decisiva, sus perspectivas de convertirse en cónsul aumentaban enormemente. Los cónsules podían esperar recibir los comandos más importantes del año, pero la gran escala de una guerra a menudo hacía difícil obtener una victoria completa antes de que finalizaran los doce meses que duraba el mandato.[16]

Por lo general, los magistrados pasaban varios meses en Roma antes de viajar a su provincia. En el año 153 a. C. el inicio del año político fue trasladado del 15 de marzo al 1 de enero para permitirles llegar a una provincia lejana y poder aprovechar todavía los meses de primavera y verano para la campaña. La ampliación del puesto de procónsul o de propretor era la excepción más que la norma, puesto que cada año llegaba una nueva remesa de magistrados igualmente ávidos de gloria. En vista del alto número de gobernadores que había destinados en las provincias durante un único año y los pocos que permanecían en el cargo durante más de dos años, es evidente que los magistrados disponían de poco tiempo para adquirir experiencia en el ámbito local y la mayoría estaba impaciente por obtener un éxito rápido.[17]

En 264 a. C. un cónsul ambicioso había contribuido a convencer al Senado de intervenir en Sicilia, provocando la primera guerra púnica. En el año 198 a. C. el cónsul que se enfrentó al rey macedonio Filipo V inició unas negociaciones para poner fin a la guerra por temor a que, si, como era probable, era reemplazado, un rival obtuviera el reconocimiento de haber al-

canzado la victoria final. Durante un tiempo, estuvo dispuesto a ofrecerle al rey unas condiciones muy generosas, pero, al descubrir que los dos cónsules de 197 a. C. iban a marchar contra las tribus galas del norte de Italia y, en consecuencia, su propio mando iba a ser extendido por el Senado, su actitud cambió de manera radical. Interrumpió de inmediato las negociaciones, reanudó el conflicto y tuvo la suerte de ganar la batalla decisiva, después de lo cual pudo imponer un tratado de paz más duro sobre Filipo V y quedarse con el mérito de haber ganado la segunda guerra macedónica. Cuando estalló la tercera guerra macedónica en el 172 a. C., uno de los cónsules del año se lamentó de que el liderazgo de esa guerra hubiera recaído por sorteo en su colega. Habiendo siendo enviado a Illyricum, se mostró desdeñoso ante la perspectiva de tener que proteger una frontera contra incursiones de poca monta y, en vez de cumplir con esa labor, empezó a marchar con su ejército hacia Macedonia. Fue necesario enviar una comisión senatorial para ordenarle que regresara a su provincia.[18]

Cuando Lúculo llegó a Hispania Citerior en el año 151 a. C., descubrió que su predecesor había concluido la guerra con los arévacos, un pueblo celtíbero, y decidió atacar a los vacceos, una tribu aliada de Roma. Es probable que los vacceos no fueran víctimas totalmente inocentes, ya que, al parecer, habían atacado a otras comunidades aliadas, pero aun así, el Senado no le había asignado la misión de luchar contra ellos. Utilizó unos métodos muy similares a los de Galba. Avanzando sobre el pueblo de Cauca, negoció con los habitantes una rendición con unas condiciones generosas, pero luego rompió su palabra y ordenó a sus soldados que atacaran, masacrando a muchos de ellos y vendiendo a los supervivientes como esclavos. El siguiente pueblo se rindió y obtuvo unas condiciones que el gobernador mantuvo, pero la combinación de crueldad y generosidad no consiguió convencer a la tercera comunidad importan-

te de que se rindiera cuando se presentó ante ella. Lúculo atacó pero no logró tomar la ciudad, de manera que su campaña terminó con una contundente repulsión por parte de los hispanos. [19]

Otros gobernadores que fueron a la caza de un triunfo tuvieron bastante más suerte. En el año 189 a. C., al cónsul Cneo Manlio Vulsón le fue asignado el mando en la guerra contra Siria, pero cuando llegó a Asia Menor descubrió que su antecesor ya la había ganado, derrotando a Antíoco III el Grande en Magnesia. Vulsón condujo su ejército a la frontera con los seléucidas, intentando en vano provocar el rey para que rompiera el tratado de paz. Resuelto a obtener una victoria en una guerra de envergadura, a continuación lanzó un ataque contra los gálatas —tres tribus que habían emigrado de Galia en el siglo III a. C. para asentarse en el centro de Asia Menor, donde asaltaban de forma habitual a sus vecinos—. En una campaña veloz y de una eficiente brutalidad derrotó y saqueó a los gálatas, viajando a casa al final de su año en el cargo para reclamar un triunfo. Hubo una fuerte oposición a otorgarle ese reconocimiento, debido a que no había sido autorizado a emprender esa guerra, y se celebró un largo debate en el Senado que parecía inclinarse contra él cuando el sol se puso y la sesión se cerró (era ilegal que el Senado romano se reuniera en la oscuridad). Por la noche, Vulsón y sus aliados políticos se dedicaron a solicitar favores allí donde pudieron, utilizando los beneficios de la victoria para comprar a nuevos amigos. En la siguiente reunión, la disposición del Senado había cambiado y Vulsón obtuvo un triunfo que celebró de manera espectacular.[20]

Este fue uno más entre la sucesión de triunfos que se celebraron durante el siglo II a. C. y que fueron descritos como los más lujosos de todos cuantos se habían celebrado en el pasado. En todos los casos, estas señaladas victorias fueron obtenidas en los ricos territorios del Mediterráneo oriental y dejaron el

listón más alto que nunca para los futuros triunfos. La competencia se hizo todavía más intensa de modo que los magistrados necesitaban ganar victorias cada vez más importantes y rentables si querían destacar entre sus pares.[21]

Entre los años 200 y 91 a. C., se registró la celebración de un total de ochenta y cinco triunfos. Durante ese periodo, hubo muy pocos años en los que los soldados romanos no estuvieran de campaña en algún lugar, pero no todos los gobernadores provinciales lograron un triunfo, algunos porque no ganaron la guerra y otros porque la escala del conflicto era demasiado pequeña. A principios del siglo II a. C. se decretó que era necesario contabilizar un mínimo de 5000 muertos enemigos después de una batalla para que la victoria pudiera ser considerada digna de la concesión de un triunfo. Partiendo de ese cálculo, los triunfos registrados equivaldrían, como mínimo, a 425 000 cadáveres enemigos. La cifra es aproximada, ya que algunas victorias fueron mucho más sangrientas todavía (mientras que es perfectamente posible que en otros casos, el cálculo fuera optimista, puesto que no es probable que hubiera nadie controlando el recuento de cerca). El total de bajas sufridas por el enemigo sería considerablemente mayor si se le añadieran las pérdidas humanas de otras operaciones que no tuvieron por resultado un triunfo. Dado que la expansión romana no empezó en 200 a. C. ni concluyó en 91 a. C., el total sería mucho mayor —se llegó a decir que, solo durante las campañas de Julio César en las Galias, un millón de enemigos de Roma habían perdido la vida—. Es muy posible que más seres humanos murieran bajo el filo de las espadas *gladius* romanas que por efecto de cualquier otra arma antes de la era moderna (pero el ubicuo AK-47 sin duda ha superado ese lúgubre récord en el último medio siglo). Además, cualquier cálculo del sufrimiento causado por la expansión romana tendría que incluir a las propias víctimas romanas.[22]

La matanza de Galba y la esclavización de los lusitanos alcanzaron mucha notoriedad, pero es fácil encontrar descripciones de la atroz ferocidad que los romanos mostraron como parte de la rutina del ejército en numerosas campañas. Por ejemplo, en el año 210 a. C. asaltaron Nueva Cartago (la actual Cartagena), en Hispania, y Polibio describe cómo:

> Cuando Escipión [el comandante romano] pensó que había entrado en la ciudad un número suficiente de tropas, dio orden a la mayoría de ellos, como es costumbre romana, de atacar a los habitantes de la ciudad, con instrucciones de matar a todos cuantos encontraran, sin perdonar a nadie, y no empezar a saquear hasta que se diera la señal. Hacen esto, creo, para inspirar terror, de modo que cuando las ciudades son tomadas por los romanos, a menudo pueden verse no solo los cadáveres de seres humanos, sino perros cortados por la mitad y las extremidades desmembradas de otros animales, y en esta ocasión ese tipo de escenas fueron muy numerosas debido a que había muchísimos habitantes en el lugar.[23]

Capturar una ciudad amurallada mediante el ataque directo era una operación difícil y peligrosa, y si los defensores se unían y continuaban resistiendo en las calles era perfectamente posible que los atacantes fueran expulsados aun después de que hubieran conseguido superar la muralla. Es decir, que una política deliberadamente concebida para aterrorizar tanto a los habitantes como a la guarnición era un medio sensato aunque salvaje de disuadirles de intentar nada. Escipión no parece haber querido que sus hombres dieran caza a toda la población, sacándolos incluso de sus escondites para matarlos, sino que acabaran con aquellos que estaban a la vista. Su intención era despejar las calles y cualquier espacio abierto donde pudiera organizarse algún tipo de resistencia. Esta táctica también podía tener la ventaja de desalentar a otras fortalezas que hubieran podido considerar correr el riesgo de desafiar a los romanos en el futuro.[24]

En general, los ciudadanos-soldados de Roma eran capaces de un feroz salvajismo. Generación tras generación, también se mostraron dispuestos a abandonar sus hogares durante largos

periodos de tiempo. Una misión de seis años consecutivos podría haber sido típica para los hombres enviados a Hispania en el siglo II a. C., aunque es posible que muchos sirvieran durante más tiempo aún. Durante ese periodo, los hombres perdían la mayor parte de sus derechos como ciudadanos y podían ser sometidos a castigos corporales o incluso ser castigados con la pena de muerte a discreción de sus oficiales, además de exponerse al riesgo de muerte por enfermedad o en la batalla contra el enemigo. En contraposición a todo eso, también podían ganarse el respeto, incluso la admiración de sus compañeros y, a través de ellos, de la comunidad de ciudadanos. El botín de la victoria, que era distribuido siguiendo un sistema bien establecido y organizado, proporcionaba las recompensas más tangibles. La descripción de Polibio de los soldados romanos matando a hombres y animales por igual en su asalto de Cartago pretendía subrayar su alto nivel de disciplina: los legionarios obedecieron las órdenes de matar y aterrorizar a los habitantes, en vez de dispersarse y empezar a saquear la ciudad, confiando en que, cuando se reunieran los despojos, cada uno de ellos recibiría su justa parte del botín.[25]

La escala de movilización de los ciudadanos romanos no fue igualada hasta que el reclutamiento de la Francia revolucionaria y napoleónica superó incluso los esfuerzos de Federico el Grande. Durante la República romana, la movilización era mucho más larga y es posible que incluyera a un porcentaje mayor de la población de Roma, sobre todo porque recaía fundamentalmente en los hombres con propiedades. Por lo general, en el siglo II a. C. hubo por lo menos seis legiones en servicio cada año y a veces hasta una docena, con unos 4500-5000 soldados en cada una (en teoría, aunque raramente en la práctica). Durante la contienda con Aníbal había sido común que hasta veinte legiones sirvieran al mismo tiempo. La renuencia de los hombres a presentarse cuando Lúculo convocó la formación

de tropas en 151 a. C. era poco habitual, e incluso en ese caso fue superada con prontitud. Si bien es fácil comprender el entusiasmo de los hombres que se alistaban para luchar contra Aníbal —se trataba de un enemigo que se había presentado a la misma puerta de Roma amenazando la vida de la República—, lo que llama la atención es que los romanos estuvieran igualmente dispuestos a servir en fronteras cada vez más distantes y a participar en duras campañas que se libraban por motivos menos obvios.[26]

Muchos romanos se beneficiaban del éxito bélico de su patria. Los soldados comunes recibían una modesta parte del saqueo y, en algunos periodos, a un porcentaje de ellos el Estado les concedía tierras al final de su servicio, aunque esto no sucedía con la suficiente regularidad como para explicar su disposición a servir en el ejército. Los senadores que llevaban el ejército a la victoria se hacían ricos, y su riqueza les ayudaba en sus carreras y les servía para mejorar su prestigio y el de sus familias, a veces en la forma tangible de monumentos, como los templos construidos con los despojos de las victorias. Otros hombres acaudalados se beneficiaban de los contratos de suministro que firmaban con el ejército, encargándose de la venta de los frutos del pillaje y de los prisioneros de guerra o de supervisar la recaudación de impuestos en las provincias.

Durante el siglo II a. C., los esclavos, muchos de los cuales eran prisioneros de guerra, entraron en Italia a oleadas (se cree que Julio César esclavizó a un millón de personas en el periodo comprendido entre 58 y 51 a. C.). Los hombres que se habían enriquecido de los beneficios de la expansión a menudo invertían en tierras en Italia, comprando grandes fincas y adquiriendo esclavos para utilizarlos como mano de obra para trabajar el campo o cuidar rebaños de vacas y ovejas. En la segunda mitad del siglo, muchos romanos comenzaron a preocuparse de que, al enviar a sus propios jóvenes al extranjero para luchar por la

República, sus puestos y medios de vida estuvieran siendo cada vez más a menudo usurpados por esclavos extranjeros. La verdad era bastante más complicada, pero la afluencia de esclavos realmente cambió la economía y la sociedad de Italia. Es dudoso que hubiera una sola guerra que se librara simplemente para hacer prisioneros, pero ciertamente eran un subproducto atractivo y lucrativo de la expansión. De igual modo, la única obligación de los aliados de Roma en Italia era proporcionarles contingentes de soldados para servir junto a las legiones, pero no hay pruebas de que hubiera alguna guerra que se iniciara exclusivamente para preservar esta relación. No obstante, en el año 157 a. C., Polibio justifica en parte la decisión del Senado de enviar un ejército contra los dálmatas diciendo que «no deseaban que los italianos se ablandaran debido a la larga paz, ya que habían pasado doce años desde la guerra con Perseo y las campañas en Macedonia».[27]

La República romana celebraba los logros militares como el servicio más importante a la nación y movilizaba inmensos recursos —sobre todo recursos propios y mano de obra aliada— para hacer la guerra prácticamente todos los años. Por lo que parece, nunca se elevó ninguna voz en Roma para sugerir que esa costumbre no fuera algo enteramente bueno o natural. Aun así, entre los investigadores, hubo algunos que empezaron a destacar el nivel de agresión de Roma como la gran fuerza impulsora de la creación del Imperio, mientras que otros señalaron que esos factores estructurales eran mucho más complicados que lo que sugería esa generalización. Para este segundo grupo, la República no era una máquina que estuviera tan orientada hacia la guerra que buscara a un rival tras otro sin más, infligiera una «violencia masiva» sobre ellos y, a largo plazo, los sometiera a todos a la autoridad romana.[28]

Hubo largos periodos durante los cuales se entablaron menos guerras. Por ejemplo, se celebraron treinta y nueve triunfos

en los treinta y tres años comprendidos entre 200 y 167 a. C. y, más adelante, cuarenta y seis en los setenta y cinco años entre 166 y 91 a. C. No todos los magistrados superiores anhelaban o recibían una provincia militar —en buena medida, Sicilia quedó desmilitarizada después de la segunda guerra púnica y el cargo de gobernador de la provincia siguió considerándose prestigioso—. Ni siquiera todos los hombres que eran enviados a comandar ejércitos en otras provincias los utilizaban automáticamente. En las décadas de 170 y 160 a. C., encontramos escasos rastros de guerra en ninguna provincia hispana. La caza del triunfo existía, pero distaba mucho de ser universal, y la traición y masacre indiscriminadas constituían más la excepción que la norma. Es cierto que, en ocasiones, el Senado intervenía en los asuntos de otras naciones y enviaba a un magistrado y a un ejército a combatir contra ellas con el más mínimo pretexto. En algún momento antes del año 219 a. C., los romanos firmaron una alianza con la ciudad de Sagunto en Hispania, que estaba en guerra con uno de los aliados de Aníbal. Tal vez la alianza pretendiera frenar el resurgimiento del poder cartaginés en Hispania, pero, tanto en aquel momento como en otras ocasiones, los romanos fueron acusados de sellar alianzas con el único objetivo de tener una excusa para entablar guerras, que por supuesto serían justas, ya que, teóricamente, se libraban para defender a un aliado.[29]

Pero eran más las veces en las que el Senado optaba por no intervenir a pesar de recibir repetidas peticiones de alianza y de ayuda militar directa. A veces, se trataba de una cuestión de recursos. A pesar de lo numerosa que era la mano de obra ciudadana y aliada, no era infinita, ni los romanos podían permitirse que un porcentaje demasiado elevado de soldados estuvieran ocupados en esas operaciones durante demasiado tiempo. Tampoco había siempre un magistrado disponible para ponerse al mando del ejército. Cuando en el año 219 a. C., ambos cónsu-

les fueron enviados al otro lado del Adriático a Ilírico, resultó que no había nadie disponible para liderar un ejército y ayudar a Sagunto cuando Aníbal sitió la ciudad. En vez de eso, Roma envió a unos embajadores que le exigieron que se detuviera. Para cuando los romanos estuvieron listos para intervenir militarmente, Sagunto había sido saqueada, su población esclavizada y Aníbal lo tenía todo a punto para lanzar su propio ataque contra Italia.

Roma no era siempre la parte ofensiva de los conflictos, ni provocó todas las guerras en las que luchó. Una de las mayores debilidades de la mayoría de los estudios sobre el imperialismo romano es que tienden a observarlo de forma aislada, como si todo dependiera del comportamiento romano y las demás naciones no fueron más que víctimas pasivas de la agresión imperialista. Sabemos considerablemente más acerca de la historia de Roma que de casi cualquier otra nación, y también sabemos que formó un imperio que duró muchos siglos. No cabe duda de que la República era una agresiva potencia imperialista, pero no tenemos más que fijarnos con detenimiento en sus contemporáneos para darnos cuenta de que se podría decir exactamente lo mismo de prácticamente todos los demás reinos, naciones o pueblos.[30]

Las ciudades griegas, incluyendo —o más bien, especialmente— la Atenas democrática, iban a la guerra con frecuencia y gran entusiasmo: sus ciudadanos se presentaban voluntarios para el servicio militar y honraban a los muertos de la guerra con gran ceremonia. La piratería era considerada una actividad totalmente respetable para un noble ateniense en el siglo VI a. C. y en periodos posteriores, exactamente igual de honorable que el comercio pacífico. Los griegos mataban a griegos mucho más a menudo que a forasteros de culturas diferentes como los persas. Alejandro Magno y su padre Filipo II entablaron largos y duros combates para dominar Grecia y, más tarde, el hijo se

embarcó en uno de los mayores programas de conquista de la historia cuando atacó Persia (aparentemente en venganza por la invasión persa de Grecia un siglo y medio antes, aunque ese motivo empezó a venirse abajo cuando llegó hasta la India). A los filósofos les faltó poco para declarar la guerra una actividad normal entre dos naciones y, en cualquier caso, resultó evidente que creían que las relaciones auténticamente pacíficas eran inusuales. Era habitual establecer un número determinado de años de paz como parte de los tratados que ponían fin a una guerra, y había bastantes probabilidades de que una u otra parte rompieran el acuerdo y reanudaran las hostilidades antes de que ese tiempo hubiera transcurrido.[31]

El sistema político de una nación apenas influía en la frecuencia de las agresiones: las democracias, las oligarquías y las monarquías estaban todas igualmente dispuestas a atacar a otras naciones. Los reinos sucesores surgidos de los restos del imperio de Alejandro Magno se comportaron de forma extremadamente belicosa, cada gobernante intentaba demostrar que él era el verdadero heredero del gran conquistador. Pirro aceptó de inmediato el llamado de Tarento instándole a que cruzara a Italia y luchara en una guerra que no tenía nada que ver con él con la esperanza de ganar poder, riqueza y gloria. Tampoco era demasiado diferente Cartago, que había conquistado grandes territorios en África, se había disputado durante siglos el control de Sicilia con las ciudades griegas y más tarde se embarcó en el programa de conquista de Hispania. Durante un tiempo, Pirro fue llamado para combatir contra los cartagineses en Sicilia, lo que le distrajo de la lucha contra Roma durante unos años.

El menor pretexto era suficiente para justificar una guerra, y los romanos distaban mucho de ser los únicos que firmaban alianzas convenientes para justificar la intervención militar. La opinión pública era importante en el mundo griego, pero solo

hasta cierto punto, y era poco probable que las potencias que obtenían éxito tras éxito se vieran demasiado menoscabadas si perdían su favor. Se conocen innumerables casos de guerras griegas, macedónicas y cartaginesas en las que se cometieron masacres, traiciones y esclavizaciones masivas de enemigos que están a la altura de la ferocidad de la manera romana de hacer la guerra. Es dudoso que los habitantes de Sagunto fueran sometidos a un tratamiento más delicado por parte de los soldados de Aníbal que el que la población de Nuevo Cartago padeció a manos de los legionarios de Escipión (ni, para el caso, los tebanos cuando Alejandro Magno saqueó su ciudad en el año 335 a. C.). A menudo, la guerra en el mundo antiguo era de una extremada brutalidad.[32]

Los griegos, y más tarde los romanos, estereotiparon a los «bárbaros» (denominación que, al principio, simplemente significaba los no griegos e incluía a los romanos y otros italianos) como pueblos salvajes y guerreros por naturaleza. A pesar de que su punto de vista refleja sus arraigados prejuicios, toda la documentación que se conserva sugiere que la guerra era muy común entre los pueblos tribales del mundo. Encontramos fortificaciones en numerosas áreas y hay un alto número de armas anotadas en los registros arqueológicos, en especial en Europa. Estas armas suelen estar claramente destinadas a la guerra más que a la caza (nadie elegiría una espada como su principal arma para salir a cazar animales). El hecho de que los asentamientos cuenten con defensas o que se descubra equipo militar en los yacimientos no demuestra en sí mismo que los conflictos fueran frecuentes, pero, como mínimo, sí demuestra que era importante hacer gala de que se tenía la capacidad de emplear la fuerza militar. Ahora bien, también hay pruebas directas de violencia a gran escala en algunas zonas de la Europa de la Edad del Hierro, mucho antes de la llegada de los romanos. Julio César aseveró que las tribus de las Galias luchaban entre ellas

prácticamente una vez al año y contó que los pueblos germánicos mantenían franjas de tierra despoblada alrededor de su territorio como una demostración de su poder y para disuadir a sus enemigos de intentar atacarles.[33]

Probablemente, gran parte de esta actividad militar era a pequeña escala, incursiones más que grandes invasiones —una forma de guerrear bastante común en el mundo griego y, en forma de piratería, en todo el Mediterráneo—. El hecho de que fueran incursiones puntuales no las hace menos traumáticas para las víctimas, ya que los asaltantes podían tener la intención de robar ganado u obtener algún otro tipo de botín, pero también podían atacar para matar. La práctica de cazar cabezas era común entre muchos pueblos de la Edad del Hierro y, con frecuencia, la cabeza cortada de un enemigo poseía un significado ritual mayor que un simple trofeo conseguido tras una victoria. Posidonio, un erudito griego que viajó extensamente a principios del siglo I a. C. y visitó los pueblos de la Galia meridional, escribió sobre las cabezas que había visto expuestas en los edificios y sobre el orgullo con que los anfitriones exhibían esos espeluznantes trofeos ante sus huéspedes. Al parecer, al principio, la costumbre le causaba un tremendo impacto, pero poco a poco se fue habituando. La arqueología ha confirmado la existencia de la práctica de exponer cabezas y partes del cuerpo humano, especialmente en contextos rituales, en varios yacimientos de las Galias. También es obvio que las incursiones podían tener una escala inmensa, y que sí se producían batallas de envergadura y que esas guerras a veces provocaban la destrucción generalizada y el desplazamiento o incluso la erradicación de comunidades enteras.[34]

El mundo antiguo era un lugar peligroso y beligerante. La más importante contribución al debate sobre la expansión romana ha sido dejar claro que, aunque Roma era extremadamente agresiva, también lo eran casi todos sus vecinos. (Aquellos

que todavía están decididos a ver a los romanos como una civilización inigualablemente belicosa deberían darse cuenta de que, sin duda, la mera existencia de un Estado así habría bastado para que las naciones situadas a su alrededor se militarizaran, aunque solo fuera con vistas a autodefenderse). Era un entorno en el que la supervivencia dependía de la fuerza militar. Sencillamente, no hay ninguna prueba de que hubiera una nación o un pueblo verdaderamente pacífico; y, de existir, resulta difícil imaginarse cómo podrían haber sobrevivido.

El hecho de que Polibio no se planteara siquiera preguntar por qué los romanos se expandían es revelador: la respuesta era obvia. Eran fuertes gracias a sus sistemas político y militar y, por ello, conquistaban otros territorios. Si otros hubieran sido más fuertes, los romanos habrían estado sometidos a ellos. La dominación por parte de los Estados más poderosos de las naciones que había a su alrededor era lo natural y no necesitaba ninguna explicación. La seguridad de cualquier nación dependía de su fuerza militar y, sobre todo, de la percepción que los demás tuvieran de ella. Un pueblo que pareciera fuerte tenía muchas menos probabilidades de sufrir un ataque que aquellos que sus vecinos consideraran vulnerables.[35]

Roma era uno entre los muchos Estados y reinos agresivos e imperialistas de su época, y su singularidad no tenía que ver con que fuera especialmente belicoso sino con el éxito tan grande que llegó a alcanzar. Buena parte de su éxito se basaba en su capacidad para absorber a otros pueblos y en vincularlos de manera permanente a la República como aliados leales, si bien claramente subordinados. Los romanos invadieron Italia y, a medida que la fueron conquistando, el número de sus ciudadanos y mano de obra aliada fue creciendo hasta superar al de cualquier competidor. Al principio, no aplicaron el mismo enfoque a las provincias de ultramar, aunque sí hicieron un uso considerable de otra clase de alianzas y permitieron que la ma-

yoría de las comunidades siguieran haciéndose cargo de sus propios asuntos.

Las enormes reservas de personal militar posibilitaron que la República llevara al campo de batalla inmensos ejércitos de ciudadanos-soldados comprometidos con su patria, además de permitirles adoptar un enfoque especialmente decidido respecto de la guerra. Los romanos demostraron ser capaces de aprender de los errores y de adaptar a las circunstancias la forma en que luchaban, pero lo más destacable era su negativa a aceptar que habían perdido un conflicto y su voluntad de invertir más y más recursos en la lucha hasta obtener el triunfo. Las victorias de Pirro habrían bastado para convencer a la mayoría de las naciones que había llegado el momento de negociar. Las pérdidas infligidas por Aníbal fueron mucho peores y ningún otro reino o pueblo podría haberlas soportado. Sin embargo, en cada uno de los conflictos en los que participó, la República romana aguantó los reveses hasta finalmente hacerse con la victoria. Estas guerras fueron iniciadas por el otro bando, aunque también se podría interpretar cada una de ellas como una guerra provocada por el creciente poder de Roma, y la estrategia tanto de Pirro como de Aníbal fue lanzar una ofensiva para quebrantar el poderío militar romano. Hubo muchos otros conflictos iniciados por adversarios de Roma, ya que, como hemos visto, la República no era el único depredador del mundo. **[36]**

3. Fe y falta de piedad

Los lusitanos que Galba masacró y esclavizó de forma tan traicionera eran activos saqueadores, que hacían lo que otros en la región habían hecho en el pasado y harían en el futuro. El historiador griego del siglo I a. C. Diodoro Sículo afirmó:

Hay una costumbre especial que es seguida entre los íberos y especialmente entre los lusitanos: de todos los que están en la plenitud de la vida, aquellos que poseen menos propiedades, pero destacan entre los demás por su fuerza y coraje, se equipan con armas y recursos, se reúnen en las duras regiones de montaña y, en forma de bandas bastante grandes, invaden Iberia y acumulan riquezas que van obteniendo por medio del saqueo.[37]

Sus víctimas eran las comunidades que vivían en mejores tierras, y el geógrafo Estrabón explicó que los esfuerzos que hacían para defenderse tendían a provocar una escalada de la violencia, de modo que, con el paso del tiempo, los campos quedaban desatendidos ya que los granjeros se veían obligados a convertirse en saqueadores o morirse de hambre.[38]

Los ataques de los lusitanos no eran fundamentalmente antirromanos sino la continuación de un patrón establecido según el cual hacía mucho tiempo la actividad marcial se centraba en el ataque. Los pueblos de la península ibérica ya realizaban incursiones de pillaje y luchaban entre ellos antes de que los romanos —o en este caso los cartagineses— llegaran. Esto se desprende con gran claridad de la frecuencia con que aparece armamento en los registros arqueológicos (después de todo, fueron los romanos quienes adoptaron la espada «hispana»). Es probable que las actividades de las potencias imperiales de Cartago y Roma aumentaran la intensidad de las guerras indígenas. En el pasado, puede que el servicio como mercenarios para los cartagineses también hubiera eliminado a muchos de los guerreros jóvenes que, de lo contrario, habrían recurrido al bandolerismo, por lo menos hasta que esa opción fue vedada por Roma.[39]

Las incursiones de pillaje sobre comunidades aliadas son uno de los motivos más frecuentes para el inicio de una campaña por parte de los romanos que registran nuestras fuentes, espe-

cialmente aquellas que se producían en las fronteras con los pueblos tribales de Hispania, las Galias o Macedonia. Como las experiencias de Galba y Lúculo demuestran, las operaciones distaban mucho de ser desiguales y no pocas acabaron en graves derrotas para los romanos. Aquellos que han tomado la decisión de ver a los romanos como los invariables culpables de cualquier acción, desautorizan con demasiada facilidad las fuentes, tildándolas de vacía autojustificación por parte del conquistador. Puede que eso fuera cierto en algunos casos —el ataque de Lúculo contra los vacceos tal vez (o tal vez no) podría ser incluido en esa categoría—. Sin embargo, lo más habitual es que las razias sí se produjeran, ya sea motivadas por puro oportunismo, por la pobreza o por rencores antiguos basados en anteriores conflictos con otros pueblos locales o con los romanos.

El no hacer frente a estos ataques era considerado un síntoma de debilidad e invitaba a que se produjera una escalada en los ataques. Si los romanos no podían proteger a las comunidades aliadas, había pocas razones para que estos mantuvieran su alianza con ellos y aceptaran su subordinación a la autoridad romana. En ese sentido, la perdurabilidad de la hegemonía romana dependía de que Roma defendiera a sus amigos y sus intereses (por ejemplo, se sabe de un caso en el que un comandante romano intentó devolverle el botín que había recuperado a sus dueños ibéricos originales, aunque no sabemos si este tipo de acciones eran comunes). Por lo tanto, a medida que el poder de la República fue creciendo y los romanos fueron adquiriendo más provincias y más aliados, casi inevitablemente, las probabilidades de que hubiera nuevas guerras se incrementaron.[40]

El enfoque de Galba ofreció una solución a corto plazo a una de las fuentes del problema. Tal vez esperaba que el terror inspirado por sus acciones actuara como un elemento disuaso-

rio en el futuro, aunque, puesto que estaba a punto de regresar a Roma, puede que le tuviera sin cuidado. En el año149 a. C., en cuanto estuvo de vuelta en la capital, ya habían surgido movimientos entre los romanos que perseguían concederles la liberación de la esclavitud a los supervivientes lusitanos. La cuestión no era si era justo o no esclavizar a los prisioneros de guerra, sino si lo era el incumplimiento de la *fides* debida a los pueblos que se rendían a Roma y a los que les habían prometido un tratamiento mejor. En última instancia, el intento se quedó en nada y, por lo que sabemos, los lusitanos pasaron el resto de sus vidas como esclavos.[41]

Uno de los más destacados partidarios de la fracasada tentativa de liberar a estos esclavos fue Marco Porcio Catón, un hombre de Estado de gran prestigio y defensor acérrimo de la más severa virtud que contaba entonces con setenta y cinco años. También fue una de las figuras claves en el intento de enjuiciar a Galba por sus acciones. Los detalles exactos se desconocen, y no está claro si su intervención condujo a un juicio o la batalla se libró en el Senado y en reuniones públicas informales. Catón había gobernado Hispania Citerior como cónsul en 195 a. C., por lo que había conocido personalmente la guerra de las fronteras. Lo mismo era cierto de uno de los principales defensores de Galba, que contaba con la experiencia más reciente de haber gobernado la misma provincia en el año 153 a. C. Las generaciones posteriores olvidaron los detalles de los debates, y, en cambio, solo recordaban la forma en la que Galba había jugado con los sentimientos de su audiencia. Hizo desfilar a sus hijos jóvenes y a su hijo adoptivo ante el público y, entre lágrimas, pronunció un discurso en el que se encomendaba a la protección del pueblo romano si finalmente era condenado. Catón escribió al respecto: «Sin embargo, si no se hubiera servido de niños y lloriqueos, al acusado le habrían adjudicado sus desiertos».[42]

A continuación, Galba obtuvo el consulado en el año 144 a. C. y su reputación como orador se acrecentó precisamente por cómo se libró de ser procesado. Cabe recordar que había sufrido una grave derrota en el año 151 a. C., lo que nos demuestra que había otros factores, aparte de la victoria militar, que resultaban determinantes en el resultado de las elecciones en Roma. La denuncia de su indudable exhibición de traición y crueldad nos hace ver que los romanos creían que los representantes de la República debían comportarse de acuerdo con ciertas normas. El hecho de que quedara sin castigo, por el contrario, demuestra que esa exigencia del pueblo romano hacia sus dirigentes podía ser soslayada mediante conexiones políticas, una hábil retórica o el simple sentimentalismo. En general, la élite de Roma se mostraba muy reacia a condenar a uno de los suyos. Aun así, su intento de volver a ser enviado a Hispania Ulterior como cónsul fracasó debido a la fuerte oposición del Senado.[43]

La falsedad del argumento esgrimido por Galba de que su brutalidad había sido eficaz a la hora de poner fin a la guerra, quedó probada unos años más tarde cuando de un superviviente de la masacre se convirtió en un líder bélico sumamente capaz y carismático. Su nombre era Viriato, y entre los años 147 y 139 a. C. se dedicó a asaltar y saquear la provincia romana, escapando o derrotando a todos los ejércitos que fueron enviados contra él. Como de costumbre, las víctimas de sus ataques eran comunidades hispanas, y llegó incluso a persuadir a algunas de las cuales de que abandonaran la alianza con Roma y se refugiaran bajo su protección. A pesar de la matanza de los suyos y de la esclavitud de sus parientes, Viriato no actuaba únicamente movido por su odio hacia Roma. Su objetivo era que los romanos aceptaran su poder, algo que logró después de dejar marchar en libertad a un ejército romano que había atrapado en 140 a. C. Por un tiempo, el líder lusitano fue reconocido como un amigo del pueblo romano, antes de que un ambicioso

nuevo gobernador convenciera al Senado para que le permitiera reanudar la guerra. Incapaz de derrotarlo en batalla, los romanos aceptaron la oferta de algunos de los subordinados de Viriato de asesinarle a cambio de una recompensa. Su plan tuvo éxito, pero a los asesinos luego les resultó difícil reclamar las riquezas que les habían prometido, aun cuando viajaron hasta Roma. La guerra finalmente terminó cuando algunos de los miembros de la tribu se rindieron y, esta vez de forma pacífica, fueron reasentados en una tierra mejor.[44]

La muerte de Viriato y la destrucción de la fortaleza celtíbera de Numancia en el año 136 a. C. redujo enormemente la frecuencia de la guerra y las razias sobre las dos provincias hispanas, al menos por un tiempo. No acabó con el problema por completo y, aunque a menor escala, el bandidaje o las razias continuaron, y seguía existiendo la amenaza de que la intensidad de esos ataques podía aumentar si, en algún momento, los romanos dejaban traslucir debilidad. Se mantuvieron fuertes guarniciones en ambas provincias durante las siguientes generaciones.[45]

III. AMIGOS Y RIVALES

«Por el momento, el temor de una guerra en las Galias es el principal tema de conversación [en Roma]; porque "nuestros hermanos" los eduos solo han luchado y perdido una batalla, y es indudable que los helvecios están armados para la guerra y para lanzar incursiones sobre nuestra provincia».

Cicerón, 15 de marzo, 60 a. C.[1]

«La amistad del pueblo romano debería redundar en honra y provecho suyo, no en su perjuicio, y con esta esperanza la había él solicitado».

Versión de Julio César del discurso pronunciado por el líder germánico Ariovisto, a finales de verano, 58 a. C.[2]

1. «Amici». Los amigos de los romanos

A finales de verano del año 58 a. C., un rey germánico aceptó reunirse con un procónsul romano. Los dos hombres se encontraban en la Galia oriental, no muy lejos de la orilla oeste del río Rin, y ambos eran intrusos en la región. Ariovisto, el caudillo germano, había llegado allí hacía más de una década respondiendo a la llamada de ayuda de una tribu gala que había entrado en conflicto con sus vecinos, pero, en el tiempo trascurrido desde entonces, había llegado a dominar tanto a sus aliados como a los enemigos de estos. El romano era Cayo Julio César y se hallaba a mucha distancia de su provincia, la Galia Transalpina. Era la primera vez que un gobernador romano y su ejército habían marchado hasta esa parte de las Galias, y se habían presentado con un ejército de un tamaño considerable. Las tropas de César incluían cuatro mil jinetes procedentes de una leva local que le habían suministrado las tribus galas, otro contingente extranjero de soldados auxiliares y seis legiones ro-

manas (desde la concesión de la ciudadanía a los aliados italianos, las antiguas *alae* habían desaparecido y ahora todos los italianos servían como legionarios). Era una fuerza poderosa, llena de ánimo y seguridad a raíz de una campaña que habían emprendido a principios de año y en la que habían salido victoriosos. Ariovisto también había reunido un gran ejército con sus propios guerreros, y también ellos estaban seguros de sí y acostumbrados a la victoria.[3]

Los ejércitos acamparon a una distancia aproximada de un día de marcha el uno del otro, pero no estaban en guerra, ni sus pueblos habían combatido nunca entre sí en el pasado. De hecho, hacía poco, en el año 59 a. C., el líder germano había sido formalmente reconocido por el Senado como rey y «amigo del pueblo romano» (*amicus populi romani*). Como cónsul, César había presidido la reunión y probablemente había propuesto que la votación asignara ese favor a Ariovisto. Aun así, ambos bandos mostraban cautela y había sido necesaria una prolongada negociación a través de mensajeros para establecer los detalles del encuentro. Se llevaría a cabo en una colina solitaria que se elevaba en una amplia llanura y se hallaba a la misma distancia de sus dos campamentos. Solo diez hombres acompañarían a cada líder, y el resto de su escolta estaría exclusivamente formada por jinetes: Ariovisto había manifestado que, si se lo proponían, a un grupo grande de soldados de infantería les resultaría muy fácil rodearlo y capturarlo. No todo el mundo estaba inclinado a confiar en la tan cacareada *fides* romana, y el germano no había llegado a ser un caudillo tan poderoso corriendo riesgos innecesarios.

César aceptó las condiciones temiendo que, de lo contrario, Ariovisto se negara de plano a reunirse con él. Reacio a confiar su seguridad a los jinetes aliados, tomó algunos de los caballos de estos y se los entregó a los hombres de una de sus legiones, la *Décima*. La fiabilidad de los legionarios era más importante

que su inexperiencia en la lucha como caballería, además de que se suponía que se iban a reunir para parlamentar, no para combatir. César nos cuenta que los soldados bromearon diciendo que les había nombrado *equites*, la clase social justo por debajo del Senado, porque, originalmente, esos acaudalados hombres eran quienes constituían la caballería de las legiones. En el siglo I a. C. los *equites* servían solo como altos funcionarios, y aun el mínimo requisito de propiedades para poder aspirar a ese estatus representaba el equivalente de cientos de años de la paga de un soldado ordinario. Durante un tiempo, la *Décima* mantuvo el sobrenombre de *equestris*, aunque pocos (o ninguno) de sus legionarios llegarían nunca a ascender tanto.[4]

Sabemos mucho más sobre este episodio que sobre la mayoría de los incidentes acaecidos en las fronteras del Imperio romano porque César lo relató en el primer libro de sus *Comentarios a la guerra de las Galias*. Es más que probable que el libro fuera publicado a principios del año 57 a. C., aunque algunos eruditos defienden que los siete libros de los *Comentarios* fueron escritos juntos y publicados cuando sus campañas en las Galias casi habían terminado, hacia el final de la década. Aunque ese hubiera sido el caso, la descripción de César sigue siendo un relato detallado de lo sucedido, escrito por uno de los participantes claves relativamente poco después de los hechos. A pesar de que César dista mucho de ser un comentarista independiente que se preocupara por mostrar imparcialidad en todo lo que escribía, lo cierto es que estaba allí, de modo que, por una vez, no nos enfrentamos a relatos fragmentarios escritos un siglo o más después de que los hechos tuvieran lugar por autores que ni siquiera habían visitado la región. César escribía para una audiencia contemporánea de romanos y ninguno de ellos iba a cuestionar jamás la justicia fundamental de la expansión del poder de Roma. Los *Comentarios* estaban destinados a persuadir a los conciudadanos de César —en especial a aquellos cuyos votos

tenían mayor influencia en las elecciones— de que el procónsul era un siervo leal a la República, con grandes cantidades de talento y de éxito. No podía inventarse o deformar la verdad de un modo demasiado evidente, ya que muchos de sus oficiales escribían cartas a casa con regularidad y no todos ellos veían con buenos ojos a su comandante. Probablemente, la narrativa básica esté cerca de la verdad o, al menos, a la verdad tal y como los romanos la entendían.[5]

Otros, especialmente Ariovisto, sin duda habrían contado la historia de forma diferente, pero, en realidad, el hecho de que todas nuestras fuentes provengan o de los romanos o de los griegos es lo habitual. Otros relatos del incidente añaden muy poca información que, en última instancia, no parezca derivar —de segunda o tercera mano— de César, e incluso esos escasos fragmentos encajan con su versión. La arqueología también ha confirmado ampliamente la imagen que César ofrece de las Galias en ese periodo. Uno de los detalles más llamativos es la mención de un elevado número de grandes poblaciones amuralladas llamadas *oppida*, con signos de actividad industrial considerable, lo que hace de ellas centros económicos a la vez que políticos. La impresión que transmiten esas ciudades, confirmada por César y otras fuentes escritas, es la de Estados en desarrollo gobernados por magistrados electos que acuñaban monedas conforme a las normas y los pesos romanos.[6]

El comercio se llevaba a cabo tanto localmente como a largas distancias, sobre todo entre los *oppida*. También existía un contacto considerable con el mundo mediterráneo. Inmensas cantidades de vino viajaban hacia el norte, desde Italia hasta las Galias. Un especialista calcula que más de cuarenta millones de ánforas de vino subieron por los ríos Ródano y Saona durante el siglo I a. C. y es probable que la cifra se quede corta. Las mercancías también realizaban el viaje inverso, en especial los minerales metalíferos, incluyendo el vital estaño para la fabrica-

ción del bronce, así como gran número de esclavos. Los Estados tribales y algunos líderes individuales se enriquecían controlando los principales cursos de agua y cobrando un peaje por los bienes que pasaban por ellos. Esa riqueza se convertía rápidamente en poder y permitía a los aristócratas mantener un alto número de guerreros a su servicio y, a menos que hubiera alguien que pudiera igualar ese número, les brindaba la oportunidad de dominar la vida política dentro de sus tribus. Si otros nobles eran igual de poderosos que ellos, entonces esa riqueza reforzaba la capacidad bélica colectiva de la tribu cuando se persuadían de la necesidad de luchar juntos.[7]

Inevitablemente, el florecimiento del comercio incrementó la competencia entre los individuos y los pueblos. El Saona discurría entre las tierras de los sécuanos y los eduos, que se beneficiaron y fortalecieron gracias al tráfico que subía y descendía el río, lo que ataba a sus vecinos más pequeños a ellos como aliados dependientes. La competencia entre sécuanos y eduos dio lugar a conflictos que fueron intensificándose de manera gradual, ya que ambos pueblos intentaron hacerse con el control exclusivo de la vía fluvial. Ambas tribus habían sido reconocidas como «amigos» (*amici*) del pueblo romano —al igual que todos los grandes Estados y líderes con territorio cercanos a la provincia de la Galia Transalpina—, pero este estatus compartido no implicaba ninguna obligación de ser amigos entre sí. La escala del conflicto creció cuando ambos pueblos involucraron a algunas tribus aliadas y, con el tiempo, fueron los eduos los que prevalecieron, lo que llevó a algunos de los sécuanos a buscar ayuda exterior. Fue entonces cuando solicitaron la ayuda de Ariovisto, quien atravesó el Rin con su banda de guerreros a cambio de la promesa de unas tierras en las que asentarse. Al principio puede que no fueran más de unos mil guerreros y sus familias, pero, a medida que fueron pasando los años, más y

más hombres se presentaron a ofrecerle sus servicios a este líder de guerra cada vez más exitoso y famoso.[8]

La red comercial de *oppida* importantes se había ampliado a las tierras de los germanos, pero en la generación previa a la llegada de César algo había cambiado. Las principales ciudades de las tribus germánicas fueron abandonadas o pasaron a ser comunidades mucho más pequeñas y simples, que ya no producían productos de alta calidad ni comerciaban a grandes distancias. No se sabe con certeza cuál fue el motivo de esa decadencia, aunque se produjo un ciclo de empeoramiento de las luchas internas por el poder dentro de esas comunidades que ofrece una explicación plausible. Es posible que también las incursiones de vecinos agresivos, ya se tratara de razias o de migraciones en busca de mejores tierras, desempeñaran un papel en su declive. Cualquiera de estos escenarios, o una combinación de ambos, podría haber movido a la acción a caudillos como Ariovisto, que estaba buscando oportunidades como mercenario y deseoso de encontrar un hogar permanente.[9]

Su llegada alteró el equilibrio de poder a favor de los sécuanos y, más adelante, alrededor del año 61 a. C., Ariovisto infligió una derrota devastadora sobre los eduos y sus aliados, matando a muchos de sus principales caciques. Otras tribus empezaron a percibir que los eduos, que anteriormente habían sido un pueblo poderoso, se habían tornado vulnerables, y en el año 60 a. C. fueron atacados y derrotados por los helvecios, un pueblo que vivía en lo que ahora es Suiza. Esta derrota incitó al magistrado principal o *Vergobret* de los eduos a viajar a Roma en busca de ayuda. Su nombre era Diviciaco y su tribu era el más antiguo «amigo» de Roma en la región, y más que amigos eran denominados «parientes» o «hermanos» (quizá debido a que se creía, sin fundamento alguno, que ambos pueblos descendían de refugiados troyanos). Ya que sus rivales habían ganado terreno mediante la obtención de ayuda del exterior, los

eduos confiaban en restablecer igualmente su fortuna consiguiendo la ayuda de una fuerza exterior todavía más poderosa.[10]

Eran *amici* del pueblo romano, pero la palabra «amigo» no es la más exacta traducción de *amicus* y había otras palabras latinas con sentidos más cercanos a nuestro concepto de la amistad natural. *Amicitia* significaba algo más parecido a un asociado o a un aliado informal y era un término empleado habitualmente para hacer referencia a las alianzas entre senadores. En este tipo de relaciones, la conexión entre ambas partes era de utilidad y no implicaba un vínculo emocional profundo, y su propósito era el beneficio político mutuo. Por otro lado, casi invariablemente, una de las dos partes era muy superior en prestigio, influencia y riqueza a la otra, y el término *amicus*, en sentido estricto, se reservaba para el hombre menos importante que buscaba entablar dicha asociación con el otro.[11]

Los romanos contemplaban sus «amistades» con no romanos de una manera similar (por supuesto, en ellas Roma era el socio dominante), y era una relación menos clara que una alianza formal. Los *amici* debían brindarle apoyo a Roma si esta lo solicitaba, respetar los intereses romanos y, en particular, mantener la paz con los romanos y no ayudar a ningún grupo que se enfrentara a ellos. A cambio, los romanos les hacían regalos ocasionales, mostraban buena voluntad y un interés mayor a la hora de escuchar a las embajadas enviadas por sus *amici* que el que podían mostrar ante los mensajeros enviados por otros Estados y líderes. Así, por ejemplo, Diviciaco se reunió con varios senadores importantes, como sabemos por las notas que el propio orador Cicerón tomó de su conversación con él sobre la religión druídica, aprovechando que el galo era un iniciado en ese sacerdocio, aunque probablemente no al más alto nivel (que requería muchos años de estudio). La delegación de los eduos presentó su caso ante el Senado, que expresó su preocupación

y ofreció su ayuda diplomática. El procónsul romano de la Galia Transalpina se reunió con Ariovisto el año 60 a. C., o por lo menos se comunicó con él por medio de enviados, lo que allanó el camino para que fuera reconocido como *rex et amicus* cuando César fue nombrado cónsul al año siguiente.[12]

César en la Galia

Así fue como Ariovisto fue incluido en el grupo de «amigos» de Roma con los eduos y los sécuanos, y los romanos sintieron que así quedaba establecido un cierto nivel de seguridad en la

Galia Transalpina. Al parecer, la maniobra hizo desaparecer la amenaza de que se desencadenara una guerra y disturbios graves en sus fronteras, y con ello el peligro de que esos conflictos pudieran propagarse por toda la provincia. Ariovisto se comprometió a mantener la paz con los eduos y sus aliados, pero el precio por esa paz fue la sumisión de estos al caudillo germano, que se señaló mediante el pago de tributo y la entrega de rehenes. Después que se le hubieran unido más y más bandas de guerreros, el rey —no está claro si siempre había reclamado ese título o si pensaba que lo había ganado mediante sus victorias— era más fuerte que ningún otro líder. Para poner de manifiesto que reconocían su poder sobre ellos, exigió y recibió más tierras de los sécuanos y demandó rehenes de sus antiguos aliados, así como de algunos de sus enemigos.[13]

A muchos galos les irritaba la dominación de Ariovisto porque era un invasor extranjero, pero sus guerreros habían adquirido tal reputación de ferocidad que ningún grupo quería enfrentarse con él en batalla. Para algunos líderes el problema era que la presencia del rey hacía más difícil que ellos mismos obtuvieran la supremacía sobre sus propias tribus y unos cuantos empezaron a buscar una fuerza exterior alternativa que pudiera equipararse a la del caudillo germano. El hermano menor de Diviciaco, Dumnórix, recurrió a los helvecios, a pesar de sus recientes ataques contra los eduos, y se casó con la hija de uno de sus próceres. Se fraguó un plan secreto que consistía en que una gran parte de los helvecios se trasladara y se estableciera en nuevas tierras que les quitarían a los pueblos al oeste de los eduos y los sécuanos. Respaldado por ese poder militar, Dumnórix sería capaz de hacerse con el dominio de su propio pueblo, echando a un lado a sus rivales, incluyendo a su hermano. El eduo alentó ambiciones similares en un noble de los sécuanos. Juntos, estos flamantes líderes y los recién instalados helvecios cambiarían el equilibrio de poder a su favor y estarían

bien situados para dominar las Galias. El suegro de Dumnórix cayó en desgracia y murió antes de que la migración comenzara (al parecer, se suicidó cuando se dio cuenta de que sus rivales en la tribu eran demasiado fuertes para él). A pesar de este suceso, los helvecios persistieron en su empresa, aunque tal vez el objetivo se diluyó en parte.[14]

2. «Toda la Galia está dividida en tres partes». La intervención de César

Julio César era particularmente ambicioso incluso para los estándares de la aristocracia romana. Se dice que, en una ocasión, mientras atravesaba un pequeño pueblo, había afirmado que preferiría ser el primer hombre de esa comunidad que ocupar la segunda posición en cualquier otro sitio, incluyendo Roma. César gastó dinero prestado a una escala espectacular para comprar popularidad y, para cuando fue nombrado cónsul, sus deudas eran inmensas. Aparte del habitual deseo de gloria aristocrático, César necesitaba el botín de la victoria para poder pagar a sus acreedores. Un acuerdo informal al que había llegado con los dos hombres más influyentes de la República, Pompeyo y Craso, le ayudó a realizar las negociaciones necesarias para recibir el mando conjunto de las provincias de Illyricum y Galia Cisalpina durante cinco años. El mando le fue otorgado por votación de la Asamblea del pueblo romano, en lugar de por decisión del Senado, con lo cual, no estaba sujeto a revisión anual. Más tarde, el mando sería ampliado por otros cinco años. Es probable que planeara utilizar Ilírico como su principal base de operaciones y emprender campañas en los Balcanes, donde el rey dacio Burebista había forjado un gran imperio. En ese mismo momento, el gobernador de la Galia Transalpina murió mientras estaba en el cargo, y el Senado decidió

añadir esa provincia al mando de César. Sin duda, los amigos que César tenía entre los senadores influyeron para que fuera él el elegido, pero seguramente nadie imaginaba que esa decisión tendría tales consecuencias.[15]

En marzo del año 58 a. C., César, que se encontraba fuera de Roma, recibió la noticia de que los helvecios habían comenzado a migrar y habían solicitado permiso para atravesar parte de la Galia Transalpina, comprometiéndose a no molestar de ningún modo a los habitantes de la provincia. La decisión parece haber sorprendido tanto a César como a los romanos en general. De inmediato, César se dirigió hacia la zona de paso, y retrasó a los emigrantes hasta que consiguió que sus legiones se trasladaran a través de los Alpes para hacerles frente. Entonces se negó a admitir a los helvecios en la provincia romana, obligándoles a tomar un camino más largo y más difícil por el territorio de los sécuanos. Dumnórix colaboró en la negociación del acuerdo que permitiría ese tránsito, y los helvecios y los sécuanos intercambiaron rehenes como muestra de buena voluntad.[16]

En otros puntos, los emigrantes se comportaron menos bien. Los alóbroges, un pueblo que formaba parte de la Galia Transalpina, así como los eduos y otra tribu dependiente de ellos, enviaron emisarios a César quejándose de que los helvecios estaban saqueando su territorio y haciendo prisioneros mientras atravesaban su territorio. El procónsul necesitaba una guerra y la protección de unos aliados de Roma era una razón perfectamente adecuada para entablarla. Al frente de su ejército, César salió de su provincia y persiguió a los helvecios, derrotándolos en una reñida batalla no lejos de Bibracte, el principal *oppidum* de los eduos. Los emigrantes fueron obligados a regresar a su patria, excepto un subgrupo a los que se les permitió instalarse entre los eduos a petición de estos.[17]

Diviciaco y otros líderes de los eduos que habían apelado a la ayuda de César se encontraron con que habían recuperado su posición prominente después de esta victoria. Otros, sin embargo, no estaban tan satisfechos con la situación. César defiende que Dumnórix había colaborado con los helvecios para derrotar a su ejército. En una entrevista privada realizada con la colaboración de un oficial ecuestre de confianza de origen galo, César permitió que Diviciaco le persuadiera de no castigar a su hermano menor, otro favor concedido a un abierto aliado de Roma, que lo solicitó en nombre del amor fraterno, pero también por la razón más pragmática de que si Dumnórix era ejecutado nadie creería que no había sido él quien le había pedido a César que le infligiera ese castigo. La decisión confirmó la influencia de Diviciaco entre los recién llegados y poderosos romanos, demostrando las ventajas que podían obtenerse gracias a la amistad con Roma y, en concreto, con César. Al mismo tiempo, el prestigio de su hermano menor quedó mermado, ya que había necesitado ser protegido. En secreto, César dio asimismo instrucciones de que Dumnórix fuera espiado en el futuro.[18]

Numerosos emisarios de tribus vecinas se presentaron a felicitar a César por su éxito. Tras celebrar un consejo, cuyos debates se llevaron a cabo en secreto, algunos caciques se dirigieron a él para pedirle ayuda contra Ariovisto. Diviciaco fue su portavoz y declaró que él era el único que no le había entregado a un miembro de su familia como rehén a los sécuanos y a Ariovisto, o prestado juramento de que no solicitarían ayuda de los romanos. Animados por César, los otros líderes apoyaron sus palabras, repitiendo su petición con lágrimas en los ojos. Algunos de los sécuanos estaban presentes, pero callaron por miedo a Ariovisto, que tenía la reputación de torturar a sus rehenes hasta la muerte cuando se enfurecía.[19]

César prometió ayudarles y afirmó que confiaba en que sería posible solucionar sus problemas pacíficamente. Envió unos emisarios a Ariovisto y, por primera vez, solicitó que celebraran una reunión en un lugar acordado por ambos. El rey se negó, diciendo que era demasiado difícil para él reunir a su ejército y desplazarlo fuera de su propio territorio. Por otro lado, si César quería verle, entonces ¿no era César quien tenía que viajar hasta donde se encontraba él? Ariovisto «se preguntaba qué tenían César y el pueblo romano que decir sobre una parte de la Galia que él había conquistado mediante la guerra». El procónsul replicó con un recordatorio del gran favor que le habían concedido en el año 59 a. C., cuando el Senado le había aclamado como rey y amigo y le prometió gratitud y amistad duraderas si ahora accedía a las peticiones de Roma. Estas consistían en devolver los rehenes a los eduos, permitir que los sécuanos también devolvieran a los rehenes que vivían entre ellos y abstenerse de atacar a los eduos y sus aliados. La oferta concluyó con una amenaza apenas velada en la que declaraba que «no pasaría por alto las injurias cometidas contra los eduos».[20]

Un señor de la guerra como Ariovisto no puede permitir ceder públicamente ante una amenaza, porque para mantener su posición necesita el miedo que su fuerza inspira en otros. Los mensajeros de Ariovisto reiteraron ante César su afirmación de que había obtenido su poder a través de sus victorias bélicas. En su caso, los romanos no tolerarían que un forastero interfiriera en asuntos relacionados con tierras que habían conquistado y él tampoco aceptaría esa intromisión. No devolvería a los rehenes, pero tampoco atacaría los eduos mientras cumplieran su parte del tratado que habían firmado después de su victoria. Si rompían su palabra, entonces ni siquiera su especial relación con romanos les salvaría, porque él y sus guerreros todavía no habían sido derrotados jamás. El avance y la intrusión de César

en las Galias ya habían mermado sus ingresos, probablemente debido a la interrupción del comercio fluvial.

A un lector moderno tiende a impresionarle el tono razonable, aunque también cortante, de los mensajes de Ariovisto, en los que pide únicamente disfrutar de la misma licencia que los romanos se conceden a sí mismos. En un determinado momento, habla de «su provincia» como si fuera equivalente a la provincia de César. Es muy posible que los romanos contemporáneos entendieran esa lógica, pero nunca aceptarían lo que significaba, sino que seguramente la consideraron una peligrosa muestra de orgullo por parte de un bárbaro que no era consciente de su inferioridad respecto de Roma o de cuál era el equilibrio «adecuado» inherente a la amistad de los demás pueblos con la República. César se cuida mucho de subrayar las diferencias entre los galos y los germanos, describiendo a estos últimos como una tribu menos asentada, de cultura más simple y naturaleza más belicosa, que contaba con un gran número de miembros y las más fértiles tierras de las Galias. La imagen que ofrece es enormemente exagerada, equivocada en algunos puntos y, a menudo, presentada como una realidad con muchos más matices y complejidades incluso en su propia narrativa.

Exagerar la distinción entre ambos pueblos ayudaba a César a justificar sus propias acciones. Los nobles de las tribus galas estaban enzarzados en una constante competencia por la supremacía y muchos aspiraban a obtener el poder permanente de los reyes en vez de la influencia temporal que disfrutaban como magistrados. Las incursiones masivas de guerreros germanos amenazaban con hacer estallar la ya tensa estabilidad de la zona, desequilibrando las redes de alianzas y amistades que rodeaban y protegían la frontera romana. Lo que era aún más importante, las tribus que estaban en movimiento podían decidir atravesar las Galias y dirigirse hacia la propia Italia. A finales del siglo II a. C., los cimbrios y los teutones, ambos pueblos de ori-

gen germánico, habían derrotado a una sucesión de ejércitos romanos, invadiendo la Galia Transalpina para, a continuación, cruzar los Alpes hacia Italia antes de que los romanos lograran finalmente vencerles. El terror que habían causado —que evocó los populares recuerdos del saqueo galo de Roma en el año 390 a. C.— todavía formaba parte de la memoria viva de los romanos en la época de César.

En los *Comentarios*, César recuerda a sus lectores este episodio y deja bien claro que hará todo cuanto esté a su alcance para evitar que se repita. Desde el principio, establece la orilla meridional del Rin como un límite que a ningún germano más se le debe permitir cruzar. Nos explica que su principal razón para reenviar a los helvecios a su patria era evitar que los germanos se asentaran allí, justo al lado de la provincia romana. Nuevas de que más bandas de guerreros y sus familias se estaban acercando para unirse a Ariovisto, y que este estaba exigiendo que los sécuanos les proporcionaran tierras, incitaron al procónsul a marchar con su ejército hacia el rey germano. Ariovisto y sus seguidores no eran unos meros germanos, sino suevos, un grupo de tribus conocido por su gran número y su naturaleza beligerante: en definitiva, que en la versión de César eran más «bárbaros» que los demás germanos. El carácter de los recién llegados pronto quedó confirmado cuando empezaron a asaltar las tierras de los eduos a pesar del tratado firmado por estos últimos con el rey.[21]

César avanzó, apresurándose para llegar al *oppidum* principal de los sécuanos en Vesontio (la actual Besançon) tan pronto como oyó que Ariovisto había reunido a su ejército y también se estaba dirigiendo hacia allí. Al llegar en primer lugar, se detuvo para garantizar una línea segura de suministros para su ejército. En los siguientes días, un estado de desesperanza provocado por las historias contadas por los comerciantes romanos de la ciudad, que hablaban del inmenso tamaño y la feroci-

dad en la lucha de los germanos, cundió entre sus oficiales y empezó a filtrarse a la tropa. Algunos también se estaban cuestionando si el procónsul debería haber llevado a su ejército tan lejos de la Galia Transalpina. Como cónsul, César había reescrito la ley que regulaba la conducta de los gobernadores provinciales, repitiendo la prohibición existente sobre los gobernadores de luchar en una guerra fuera de su provincia sin instrucciones explícitas del Senado. Es discutible si sus acciones realmente rompieron esta regla, puesto que el hombre sobre el terreno disfrutaba de un cierto grado de discreción a la hora de actuar, además de que, en la descripción incluida en sus *Comentarios*, todos sus actos no solo perseguían el interés de Roma, sino que coincidían con anteriores decisiones del Senado. Con una mezcla de fanfarronería y deseos de avergonzarles —afirmó que marcharía solo con la *1* si las otras legiones estaban demasiado asustadas para seguirle—, César consiguió sacar a sus hombres de su sombrío estado de ánimo y el ejército abandonó Vesontio para enfrentarse a Ariovisto.[22]

En sus *Comentarios*, el procónsul defiende que todavía albergaba esperanzas de poder resolver el problema mediante la negociación. Aun así, tomó precauciones, siguiendo una ruta recomendada por Diviciaco, que era más larga pero discurría a través de terrenos menos propicios a las emboscadas. Una semana después, sus batidores avistaron al ejército de Ariovisto a unas veinticuatro millas romanas (unos 35 km) de distancia. Entonces, se presentaron ante César unos mensajeros germanos para informarle de que el rey estaba listo para celebrar la reunión que había solicitado (en cierto sentido, el romano había venido hasta él tal y como había exigido Ariovisto). Durante los siguientes cinco días, se fueron estableciendo las condiciones en las que parlamentarían, tal como vimos al principio del capítulo. César llegó con sus legionarios recién ascendidos a caballeros y, a continuación, cabalgó hacia la colina acompañado

únicamente de un puñado de hombres. Uno era un intérprete y la conversación se mantuvo en lengua celta, ya que Ariovisto la hablaba con fluidez después de haber pasado más de diez años en las Galias.[23]

César comenzó su discurso recordando al rey el privilegio que se le había concedido cuando obtuvo el reconocimiento y la amistad de Roma. Sin embargo, la amistad de los romanos con los eduos era más antigua y estrecha y siempre había sido la tribu más importante en las Galias. Y añadió: «Es costumbre del pueblo romano desear que sus aliados y amigos no solo no pierdan estatus, sino que ganen en influencia, dignidad y honor». A continuación, repitió sus demandas: que se devolvieran los rehenes, que los eduos no fueran atacados y que no se le permitiera cruzar el Rin a ningún guerrero germano más, de modo que no se incrementara el número de seguidores del rey.

Ariovisto se defendió diciendo que, para empezar, había sido invitado a entrar en las Galias, había combatido solo cuando había sido atacado y de las tribus derrotadas solo esperaba que le dieran lo que le habían prometido:

> La amistad del pueblo romano debía redundar en honra y provecho suyo, no en su perjuicio, y con esta esperanza la había él solicitado. Pero, si por culpa del pueblo romano se menguaban sus tributos y perdía sus vasallos, renunciaría a aquella amistad tan gustoso como la había pedido.

Había conducido a sus guerreros a las Galias únicamente para defenderse, no para librar guerras de conquista. Había llegado a las Galias antes que los romanos. «Nunca, hasta entonces, el ejército romano había traspasado las fronteras de la Provincia… Esta parte de las Galias era provincia suya, como aquella era nuestra». El rey declaró que «no era él tan bárbaro» como para no saber que, a pesar de lo mucho que se había hablado de que para los romanos los eduos eran como hermanos, estos no habían ayudado a los romanos en las guerras recientes ni Roma les había ayudado a ellos contra él y los sécuanos. César decía que quería la paz, pero le resultaba difícil creer que no había ve-

nido a entablar una guerra. Con todo, la paz todavía era posible si César se retiraba y dejaba que Ariovisto disfrutara de la dominación que había ganado en las Galias, en cuyo caso sería generoso en sus recompensas y lucharía voluntariamente en campañas en su nombre.

César respondió afirmando que, de hecho, la presencia romana en la región estaba muy establecida y arraigada y Ariovisto era el recién llegado. No obstante, después de una victoria ganada sobre los arvernos y los rutenos, que vivían cerca de las fronteras occidentales de la Galia Transalpina, el Senado había votado en contra la ocupación y le había concedido a los pueblos de las Galias el derecho de vivir en libertad, bajo sus propias leyes y líderes. En ese momento, uno de los hombres del procónsul le advirtió que varios jinetes de Ariovisto habían sido vistos avanzando desde su posición y lanzando proyectiles sobre los legionarios de la *Décima*. Las conversaciones se interrumpieron instantáneamente y cada bando se alejó a caballo en busca de refugio. Dadas las diferencias entre los dos cabecillas, parece poco probable que hubieran llegado a algún tipo de solución intermedia aunque hubieran mantenido más conversaciones. Cuando Ariovisto solicitó que se reanudaran las conversaciones un par de días más tarde, César no quiso arriesgarse a acudir en persona y envió a dos representantes de confianza —uno de ellos era el mismo hombre que había actuado como intérprete en su reunión privada con Diviciaco— en su lugar. Ariovisto los acusó de ser espías y los hizo encadenar. A continuación, avanzó su posición, estableciendo su campamento más cerca de la posición de César y, al poco, empezó a amenazar su línea de suministros.[24]

Durante un tiempo, los ejércitos se dedicaron a hacer maniobras y se enzarzaron en varias acciones menores, hasta que por fin se enfrentaron en una batalla importante. César y sus legiones ganaron y persiguieron sin piedad al enemigo cuando huía

hacia el Rin (con la caballería suministrada por sus aliados galos a la cabeza de la persecución y la matanza). Ariovisto escapó cruzando el río, pero dos de sus esposas y una hija murieron y otra de sus hijas fue hecha prisionera. Su poder había quedado destruido para siempre, puesto que un caudillo militar no puede permitirse sufrir una derrota tan aplastante y, por lo que sabemos, parece que falleció en algún momento en los años siguientes. Los dos emisarios romanos encarcelados fueron liberados sanos y salvos, aunque uno de ellos contaba que unas chamanas germanas habían echado a suertes tres veces la decisión de si debían ser quemados vivos, pero que, por fortuna, todas las veces los signos les habían dicho que esperaran. Esta es una de las pocas anécdotas de salvajismo bárbaro narrada por César que, en general, evita embellecer su narración con descripciones de la extraña apariencia o comportamiento de las tribus con las que trató. Por ejemplo, en ninguna parte menciona la afición de los hombres suevos de atarse el largo cabello en un nudo en la parte superior o lateral de la cabeza, aunque sí cuenta que, durante la batalla, las esposas de los guerreros observaban la lucha desde los carros, gritándole a sus hombres que no permitieran que fueran convertidas en esclavas de los romanos, pero se trata de una rara concesión al color en las descripciones de sus enemigos.[25]

3. Aliados y enemigos

César había obtenido una nueva victoria. El exitoso gobernador concluye el primer libro de los *Comentarios* declarando simplemente que había completado dos grandes guerras en una sola temporada. Es difícil saber si César había albergado el deseo de provocar a Ariovisto para que entrara en batalla desde el principio o no. Si el rey germano se hubiera mostrado dispues-

to a aceptar las demandas del procónsul, demostrando así su sumisión a la superioridad de Roma, ese hecho en sí mismo hubiera sido un logro importante y honorable. En el escenario más optimista, habría sido confirmado en una ceremonia en la que César habría tomado asiento en una plataforma rodeada de estandartes y prietas filas de legionarios desfilando, poniendo de manifiesto la majestad de Roma y la correcta comprensión por parte de Ariovisto de lo que significaba ser un amigo de los romanos. Un momento así habría sido glorioso (aunque escaso en cuanto a botín) y, sumado a la anterior derrota de los helvecios, habría hecho brillar aún más la reputación de César. Tenemos que tener cuidado de no dar por supuesto que su victoria sobre los germanos era inevitable. La lucha fue reñida y, en esta etapa, César era todavía un comandante bastante inexperto y un desconocido para la mayoría de sus soldados (lo que provocó el motín de Vesontio). Cuando llegó a las Galias, pocos habrían imaginado que llegaría a tener una carrera tan brillante y exitosa como general, y mucho menos lo lejos que llegarían sus ejércitos. Es bastante posible que César todavía estuviera valorando la opción de abandonar sus operaciones en las Galias y volver a la frontera de Illyricum.[26]

Eso no llegó a suceder, y el patrón de sus primeras intervenciones en las Galias se repitió una y otra vez a lo largo de los siguientes años. Durante el invierno, recibió informes de que las tribus belgas estaban intercambiando rehenes y «conspirando» contra el pueblo romano. Lo más probable es que la aparición de un ejército romano a tan poca distancia de su territorio —las legiones pasaban el invierno entre los sécuanos— fuera interpretada por los belgas como una amenaza directa. Ciertamente su presencia era algo que no podían ignorar y los líderes de una de las tribus decidieron afrontar la nueva situación de manera diferente. Los remos enviaron una delegación a César y declararon su sometimiento a la *fides* y poderío del pueblo ro-

mano, ofreciéndoles rehenes como garantía de su palabra, además de obsequios prácticos, como, por ejemplo, grano para alimentar a sus soldados. También le proporcionaron información sobre los planes y las fortalezas de las otras tribus belgas. [27]

César se esforzó en dar un trato de favor a los remos cada vez que se le presentaba la oportunidad. Una vez hizo avanzar a marchas forzadas a sus tropas para proteger uno de sus *oppida* cuando fue amenazado por los guerreros de otras tribus. En otra ocasión, tras sitiar la ciudad principal de otra tribu, los suesiones, aceptó con prontitud su rendición cuando los remos lo solicitaron, actuando como sus portavoces. Poco después, fue asimismo generoso en las condiciones que les ofreció a los belóvacos cuando Diviciaco de los eduos defendió su causa. Los líderes y pueblos que daban la bienvenida a Roma y demostraban ser leales y solidarios salían muy bien parados por la presencia de César. Un favor hecho por Roma en nombre de los eduos o de los remos situaba a los beneficiados tanto en deuda con ellos como con César y Roma. El mero hecho de tener que solicitarlo ponía de manifiesto la clara aceptación de su superioridad. Pocos años más tarde, los eduos habían recuperado su posición de preeminencia en la Galia central y muchos pueblos estaban obligados hacia ellos. Los remos ascendieron hasta estar únicamente por debajo de los eduos en cuestión de estatus. [28]

La presencia de un ejército romano, por no hablar de un ejército romano avanzando y adentrándose en una región, no podía ser ignorada, especialmente cuando se trataba de un ejército poderoso y dirigido por un gobernador tan enérgico y agresivo como César. Aunque muy pocos procónsules aparte de César disfrutaron jamás de mandos provinciales de una duración y escala comparables, su comportamiento no fue fundamentalmente diferente del de otros gobernadores a quienes se

les habían concedido menos recursos y un periodo más breve en el cargo. Los romanos eran poderosos y ya habían demostrado que no tenían demasiados escrúpulos a la hora de intervenir en territorio ajeno y destruir el equilibrio de poder existente. Pero lo cierto era que sus amigos —al menos aquellos que se comportaban de manera convenientemente sumisa— podían aprovechar la fuerza romana en su propio beneficio. En todas las provincias, los romanos eran recibidos por líderes y comunidades que deseaban su apoyo. Gracias a haberse granjeado la confianza de César, Diviciaco recuperó el protagonismo que había perdido debido a la competencia con su hermano y otros dirigentes. La totalidad de los eduos recuperó su prestigio e influencia sobre otras tribus a partir de ser considerados capaces de obtener favores de los romanos. Otras tribus, como los remos, también se vieron beneficiadas, y también salieron ganando algunos nobles a título individual. El favor de César era suficiente para convertir a algunos caciques en reyes y líderes tribales.[29]

Es un error observar este proceso exclusivamente desde el punto de vista de la expansión romana, y considerar, *a posteriori,* que la creación del Imperio fue algo inevitable. En el año 58 a. C., casi nadie podría haber adivinado que las Galias serían gobernadas por Roma durante los siguientes quinientos años. La intervención romana no siempre se tradujo en una presencia militar permanente, sino que, en ocasiones, Roma se limitó a establecer un sistema de alianzas con pueblos independientes. Y lo que es aún más importante, no debemos dar por sentado que los sentimientos hacia Roma ocupaban un papel preponderante en las mentes de los líderes de las Galias o de cualquier otra región. Los nobles ya estaban compitiendo por obtener el mayor rango y preeminencia entre sus propios conciudadanos mucho antes de que llegara César. Una versión ampliada de la aristocracia y las instituciones propias de un Estado habían sus-

tituido en épocas relativamente recientes al dominio de los reyes, pero el sueño de ceñirse una corona seguía atrayendo a muchos. Las tribus luchaban contra otras tribus para hacerse con el poder, para tener el control de activos valiosos o simplemente para protegerse intimidando a posibles agresores. Nada de eso fue creación de Roma, y no digamos de César, aunque sí es posible que el incremento del comercio con las economías desarrolladas del mundo mediterráneo provocara una escalada de la competencia y la guerra al aumentar los premios que conseguían los triunfadores.

Cuando César decidió intervenir contra los helvecios, se introdujo un nuevo factor en esta competencia permanente. Los líderes y los pueblos podían optar entre dar la bienvenida a la situación o resistirse a ella. Era difícil hacer caso omiso de la llegada de las legiones, y quien intentara quedarse al margen corría el riesgo de que algún rival local aprovechara la fuerza de los romanos para su propio beneficio, obteniendo así una gran ventaja. En conjunto, las rivalidades arraigadas y los viejos rencores eran mucho más decisivos que las actitudes hacia Roma. Exactamente lo mismo puede decirse de la llegada de los helvecios o de Ariovisto y sus germanos: si era posible, mejor llegar a un acuerdo con ellos antes que lo hiciera la competencia.

A numerosos hombres les favoreció alinearse con César y Roma. Aquellos que tenían contactos previos con la República, como Diviciaco y los eduos, solían estar en una posición ventajosa para establecer ese tipo de relación (como, de hecho, hicieron los sécuanos después de la derrota de Ariovisto). La relación entre los remos y Roma era nueva, ya que estos vivían muy lejos de la Galia Transalpina para que hubieran tenido algún contacto previo con los romanos y, sin embargo, se beneficiaron enormemente de su lealtad hacia ellos. Aparte de respaldar a líderes de buena disposición y tener que suministrar soldados para sus ejércitos —generalmente de caballería —y satis-

facer sus peticiones de abastecimiento, no se producía ninguna interferencia en sus asuntos internos.

Ahora bien, junto a todos aquellos que se vieron favorecidos por su amistad con los recién llegados romanos, hubo otros que salieron perdiendo. El reciente reconocimiento de Ariovisto por parte de Roma quedó minimizado al solaparse con el vínculo más estrecho de los eduos con los romanos y las ambiciones que César albergaba en aquel momento. Si los helvecios no hubieran emigrado, impulsando al procónsul a actuar, bien podría haberse centrado enteramente en los Balcanes y dejar que el *statu quo* en las Galias continuara como estaba. Dumnórix había confiado en beneficiarse con el apoyo de los helvecios, una vez que estos se hubieran establecido. En cambio, fueron derrotados y tuvo que ver cómo su hermano recuperaba su preeminencia en la tribu. Diviciaco podía no haber estado vivo en el año 54 a. C., cuando su hermano menor aseguró al consejo gobernante de los eduos que César planeaba instalarle a él en el trono de la tribu. De hecho, el procónsul siguió sospechando de él y decidió que fuera uno de los nobles galos que acompañara al ejército romano cuando cruzara a Britania ese verano. Dumnórix trató de evitarlo y, a continuación, hizo correr el rumor de que los romanos tenían la intención de matar a sus acompañantes una vez que estuvieran fuera de la vista del resto de las Galias. En una reunión secreta que celebró con otros eduos, intentó persuadirles de que prestaran un juramento por el que se comprometían a unirse y actuar en defensa de las Galias, lo que implicaba expulsar a César y a su ejército. Varios de los asistentes a la reunión le denunciaron ante el procónsul para probar su lealtad. Dumnórix se escapó del campamento, pero fue capturado y asesinado cuando se resistió a sus perseguidores. César había dado órdenes explícitas a sus hombres, concediéndoles permiso para matarle si no podían traerlo

vivo de vuelta. La banda de los eduos que había huido con él regresó al ejército y continuó sirviendo junto a las legiones.[30]

A pesar de las circunstancias de su muerte, Dumnórix parece haberse convertido en un claro enemigo de los romanos en una fase tardía, cuando se dio cuenta de que sus ambiciones nunca se harían realidad debido a la desconfianza de César. Una situación similar tuvo lugar un poco antes, en el año 54 a. C., entre los tréveros, un pueblo famoso por sus excelentes jinetes, que había buscado aliarse con los romanos tres años antes. Dos caciques competían ahora por la supremacía sobre la tribu y uno de ellos, Cingétorix, decidió acudir ante César y prometerle lealtad. El otro, su suegro Induciomaro, empezó a reunir bandas de guerreros para luchar contra él y hacerse con el control de la tribu a través de una guerra civil. Induciomaro solo cambió de opinión cuando el flujo constante de aristócratas que iban a visitar a César le hizo dudar de contar con el apoyo suficiente para obtener la victoria en la guerra. Finalmente, también él se dirigió al campamento romano llevando consigo a los doscientos rehenes solicitados, entre los que se incluían su hijo y otros parientes, y le prometió fidelidad. En varias reuniones celebradas con la nobleza tribal, César les convenció de que respaldaran a Cingétorix. Fue una recompensa por su lealtad, pero también una decisión pragmática, puesto que lo mejor para él era tener un hombre digno de confianza y que estaba en deuda con él como líder de la tribu.[31]

A Induciomaro le molestó la eminencia alcanzada por su rival y la consiguiente disminución de su estatus e influencia. Desde su punto de vista, el favor demostrado por los romanos hacia Cingétorix no tenía por qué representar el final de la partida. Algo más tarde, en el mismo año, el rey nombrado por César para gobernar la tribu de los carnutes fue asesinado por un grupo de nobles ambiciosos después de un reinado de dos años. Los senones intentaron hacer lo mismo con el rey im-

puesto por el procónsul, pero, en este caso, su rey logró escapar y refugiarse en el campamento romano. Induciomaro sabía que actuar en solitario era una imprudencia, puesto que ninguna tribu por sí sola tenía ninguna oportunidad contra el ejército de César y, aparte de eso, solo podía poner la mano en el fuego por una parte de su propio pueblo. Entonces trató sin éxito de persuadir a algunos de los líderes germanos del otro lado del Rin de que le apoyaran con sus guerreros, pero sí logró convencer a dos caciques de una tribu gala vecina, los eburones, para que atacaran al contingente romano formado por una legión y media que estaba destinado en su territorio. La aniquilación de esa guarnición mediante la traición dio a Induciomaro la suficiente popularidad para expulsar a Cingétorix y hacerse con el liderazgo de los tréveros. Su éxito resultó breve, porque cuando intentó atacar otra fortaleza romana, unas tropas lanzaron un ataque cuidadosamente organizado contra él y acabaron con su vida.[32]

Las rivalidades locales, más que la hostilidad o el afecto que les inspiraran César y Roma, parecen haber sido el catalizador que impulsaba las luchas de poder dentro de las tribus. Las decisiones se tomaban tras una evaluación pragmática de las potenciales ventajas personales y las perspectivas de éxito. Cuando vieron que las legiones se acercaban, los senones empezaron a movilizar sus fuerzas, pero se dieron cuenta de que no estaban preparados para combatir, por lo que decidieron hacer llegar a César una oferta de rendición. Siguiendo una pauta ya familiar, los eduos hablaron en su favor y, gracias a su intercesión, la petición les fue concedida. Los remos hablaron en favor de los carnutes y también obtuvieron para ellos la paz a cambio de entregar rehenes. Se entabló una guerra contra los tréveros, ahora liderados por un familiar de Induciomaro; presumiblemente uno que no había sido cedido como rehén. Fueron derrotados y el caudillo huyó para refugiarse entre los ger-

manos. César reinstaló a Cingétorix a la cabeza de la tribu. El territorio de los eburones fue devastado y, al final del año, el procónsul ordenó la ejecución de Acón, el principal instigador de las rebeliones que estallaron entre los senones y los carnutes. Fue golpeado hasta la muerte en una exhibición pública de las represalias que aguardaban a quienes se volvían contra Roma. **[33]**

4. La resistencia contra Roma

En el invierno de 53-52 a. C., la actitud de la aristocracia gala cambió. Algunos hombres que habían recibido con satisfacción la noticia de la llegada de César y que se habían beneficiado de su apoyo y protección, se daban cuenta ahora de que aquella no iba a ser una intervención corta. Por lo visto, los romanos habían llegado a las Galias para quedarse, y parecía improbable que regresaran a la Galia Transalpina aun después de que expirara el mandato de César. Tanto el asesinato de Dumnórix por negarse a obedecer a César como la ejecución de Acón ponían de manifiesto la voluntad de los romanos de eliminar incluso a sus caciques más destacados según su conveniencia, a pesar de que ninguno de ambos estaba en lucha contra Roma cuando aplicaron el castigo. Básicamente, de pronto cayeron en la cuenta de que las Galias habían sido conquistadas, experimentando algo similar al cambio de actitud de los sécuanos cuando comprendieron que su aliado Ariovisto se había convertido en su cacique. La verdad recién descubierta suponía un golpe para el orgullo de los nobles galos, sobre todo porque los romanos, como el caudillo germano, habían afirmado una y otra vez que únicamente habían intervenido con el fin de proteger a sus aliados. El propio César había afirmado que era natural que los galos, como todos los hombres, lucharan por su libertad… sin

que esa opinión le llevara a él o a sus conciudadanos a cuestionarse si era justo que ellos se la arrebataran.

En esta etapa tardía, el odio contra los invasores romanos se propagó velozmente. Las primeras reuniones organizadas se celebraron de forma clandestina en el territorio de los carnutes. Es posible que hubiera en esas reuniones un elemento religioso, porque, tradicionalmente, las asambleas del culto druídico habían sido celebradas por este pueblo, y su autoridad a la hora de arbitrar conflictos dentro y entre las tribus había sido usurpada por César. Pero, incluso en este momento, seguía existiendo igual que al principio un importante elemento de pragmatismo. César había impedido que los helvecios alteraran el equilibrio de poder en la Galia central, había eliminado a Ariovisto y había frenado la entrada de otros grupos de invasores germánicos que pretendían entrar en la provincia desde la otra orilla del Rin. Los líderes y las tribus que se habían visto favorecidos por el respaldo romano se preguntaban si su relación con César seguiría resultándoles igual de ventajosa en el futuro. Roma imponía ciertos límites al nivel de poder que podía alcanzar un líder ambicioso, especialmente fuera de su propio pueblo. Desde el principio, el cinismo de los caciques galos había sido equiparable al de César, lo habían utilizado tanto como él los había utilizado a ellos. A muchos le parecía ahora que su utilidad ya no estaba a la altura de las posibilidades que ofrecía su expulsión de la región.[34]

Vercingétorix, de los arvernos, fue el principal líder del levantamiento que se había estado gestando entre las tribus. César menciona que su padre había sido uno de los más importantes caciques de todas las Galias y sostiene que el hijo había organizado una revolución dentro de la tribu para autoproclamarse rey. Otra fuente afirma que el procónsul le había favorecido y ayudado en numerosas ocasiones. Desde luego, eso era cierto en el caso de Comio, otro de los comandantes destaca-

dos de los galos durante esta campaña. César le había confiado varias tareas importantes y había mostrado su fe en él nombrándolo rey de los atrebates y sometiendo a las tribus vecinas a su supervisión.[35]

Al principio, los eduos se mantuvieron al margen de la guerra contra los romanos porque estaban enzarzados en una dura disputa por el puesto de magistrado jefe o *vergobret*. A pesar de la campaña en curso, el procónsul fue en persona a arbitrar en la disputa, eligiendo a uno de los dos candidatos. Sus esfuerzos por conseguir que los eduos se mantuvieran firmes en su alianza con Roma fracasaron cuando el recién confirmado *vergobret* decidió unirse a la rebelión. César afirma que este había recibido regalos de los arvernos que había compartido con muchos nobles jóvenes, mientras les hablaba de su libertad perdida. Es muy posible que le resultara molesto que su nombramiento como *vergobret* hubiera tenido que ser confirmado por el procónsul (mientras que, sin duda, César había esperado ganarse su gratitud con esa intervención). Al volverse contra los romanos, demostraría que no se dejaba influir por nadie y que tenía ideas propias. Además, la mayoría de las tribus se había unido ya a la alianza contra Roma y las cosas no parecían irle demasiado bien a César. Si las legiones eran derrotadas, entonces era mejor haberse unido pronto a la rebelión para poder reclamar una parte del mérito por la victoria, mientras que convertirse en el principal aliado de una derrotada Roma no era una perspectiva halagüeña.[36]

Los eduos se volvieron contra César en una serie de actos impulsivos que emprendieron en medio de una avalancha de rumores falsos. Casi de inmediato, le disputaron a Vercingétorix el mando de la campaña, tratando de sacar partido del hecho de que estaban a cargo de muchos rehenes en nombre del procónsul y, por lo tanto, podían enviarlos de vuelta a sus hogares. Sin embargo, su tentativa de deponer al jefe arverno fra-

casó y, aunque a regañadientes, cooperaron en el resto de los combates. Los remos —amigos recientes de los romanos y de los que nunca hablaron como de sus «hermanos»— permanecieron leales a Roma, del mismo modo que sus aliados los lingones. Todas las demás tribus se unieron al levantamiento, pero, a pesar de la mala suerte que estaba teniendo César, la habilidad y la obstinada determinación de sus legiones lograron concluir la guerra con la victoria romana.[37]

Vercingétorix se rindió y fue retenido como prisionero hasta que fue ejecutado en el triunfo que César celebró *a posteriori*, en el año 46 a. C. Comio continuó luchando, sobreviviendo a dos intentos de acabar con su vida (uno de ellos después de que hubiera accedido a negociar con los romanos). Finalmente escapó a Britania, declarando que no quería volver a ver la cara de un romano jamás. Muchas tribus fueron castigadas severamente: se les impusieron fuertes sanciones económicas y los guerreros apresados fueron convertidos en esclavos. César fue indulgente con los arvernos y los eduos, liberando a unos veinte mil prisioneros que había capturado. Se les exigió la entrega de nuevos rehenes y el procónsul pasó el invierno en Bibracte, pero, en general, ambas tribus siguieron gozando de un estatus de favor bajo el dominio romano. A corto plazo, varias legiones fueron estacionadas en su territorio o en las inmediaciones para mantener una estrecha vigilancia sobre ellos. Los romanos dedicaron dos años a las operaciones de limpieza y a intensas labores de diplomacia:

> César tenía un objetivo principal, conseguir que las tribus siguieran siendo amigas de Roma y no darles ni la oportunidad ni un motivo para la guerra… Y así, tratando con las tribus de forma honorable, concediéndoles jugosas recompensas a sus caciques y no imponiéndoles cargas, hizo que su estado de sometimiento resultara tolerable y mantuvo fácilmente la paz en una Galia cansada después de tantas derrotas militares.[38]

Aunque hubo revueltas en las Galias en las décadas posteriores a la marcha de César, no alcanzaron la misma escala que la

gran rebelión del invierno de 53-52 a. C., y nunca volvió a dar la impresión de que había una posibilidad de que los romanos fueran expulsados de la provincia. En parte, el apaciguamiento de las tribus tenía que ver con el temor que les inspiraba el poderío militar de Roma, pero también con el hecho de que las condiciones se tornaron aceptables para los galos, especialmente para la aristocracia. Como antes, la injerencia en los asuntos cotidianos de las tribus era mínima. Solo de manera ocasional, la limitación a la que se veían sometidas las ambiciones de los caciques les movía a tomar la desesperada alternativa de recurrir a la violencia.[39]

César invadió las Galias en menos de una década. Su discurso defendió la necesidad de «pacificar» las regiones que se encontraban lejos de las fronteras de la provincia romana y trató como un acto de hostilidad cualquier actitud que no supusiera el acatamiento inmediato de su poder. La velocidad de la conquista tuvo que ver con una combinación de factores: por una parte, la peculiar situación política que hizo que el gobernador disfrutara de un mando inusualmente prolongado y, por otra, la incansable energía y habilidad de César. En otras partes del Imperio, con frecuencia los acontecimientos se desarrollaron con más lentitud, a veces alargándose durante varias generaciones, pero los procesos fueron similares. Tanto la política regional como la local eran dinámicas y los liderazgos estaban sometidos a la continua aparición de competidores que rivalizaban por el poder, a menudo con contundencia y a veces de forma abiertamente violenta. Cuando los romanos aparecieron en escena simplemente agregaron un nuevo elemento a esa situación. En muchos casos, no fue considerado como el factor más importante, y solo al mirar hacia el pasado desde nuestra perspectiva actual hace que demos por sentado que sí lo fue.[40]

Distintos líderes y comunidades de todo el mundo hicieron cuanto estuvo a su alcance para aprovechar el poder romano en

su propio beneficio. En ocasiones, solicitaron la ayuda romana, como los eduos contra los sécuanos, porque sus vecinos se beneficiaban del respaldo de alguna otra potencia externa. De igual forma, una intervención romana en nombre de un grupo movía a otro a buscar ayuda externa para compensar la diferencia de fuerzas. En la mayoría de los casos, las actitudes hacia Roma —pero también hacia las otras potencias— eran mucho menos importantes que el deseo de obtener una ganancia a corto plazo. La ambición era la fuerza impulsora y eso es algo que continuaría repitiéndose como un estribillo a lo largo de los siguientes siglos.

César explotó las rivalidades que existían entre las tribus y dentro de ellas, como también hicieron otros gobernadores de las Galias y de todo el Imperio. Los romanos no siempre intervenían en los conflictos entre tribus y el reconocimiento de la amistad mutua no garantizaba que brindaran su ayuda a quienes acudieran a ellos. El cinismo y el egoísmo eran comunes en ambas partes, lo cual no debería sorprendernos. Cuando lo iniciaron, los líderes del levantamiento de las Galias confiaban en llegar a ser hombres importantes y poderosos si ganaban la guerra. En la mayoría de las tribus había guerreros que lograron cambiar de bando a tiempo o que siguieron siendo leales. Se tiene noticia de un jefe de los arvernos descrito como «extremadamente cordial con el pueblo romano» que entregó un líder rebelde a los romanos en el año 51 a. C. Algunas tribus sufrieron mucho bajo el dominio romano; el registro arqueológico de la región belga sugiere que fue devastada durante las campañas de César. Sin embargo, no se libraban guerras de exterminio. La mayoría de las tribus todavía seguían existiendo al final de las guerras, y muchas continuaron prosperando. Los viejos amigos del pueblo romano florecieron y otros nuevos se unieron a ellos.

IV. COMERCIANTES Y COLONOS

«Hombres pobres de humilde nacimiento navegan por los mares a costas que nunca han visto antes, donde se encuentran entre extraños y no pueden tener siempre con ellos a conocidos que respondan por ellos. Y, sin embargo, tienen tal confianza en el mero hecho de su ciudadanía, que dan por supuesto que estarán a salvo, no solo donde se encuentran nuestros magistrados… y no solo entre sus propios compatriotas…: no, dondequiera que se encuentren, están seguros de que ese hecho será su defensa… gritar: "Soy ciudadano romano"…»

Cicerón, 70 a. C.[1]

1. «Civis Romanus Sum». Los romanos en el extranjero

Las campañas en las Galias hicieron a Julio César inmensamente rico y le proporcionaron gloria a gran escala. Sus victorias fueron deslumbrantes, hábilmente publicitadas y dieron lugar a la proclamación de un número sin precedente de días de acción de gracias públicos en Roma. A mediados del siglo I a. C., las carreras de hombres como Mario, Sila, Pompeyo y César hacían cada vez más difícil lograr algo que pudiera superar en espectacularidad sus victorias del pasado. Con todo, los romanos siempre se sentían especialmente emocionados ante la noticia de que sus legiones habían marchado hacia nuevos territorios y que gobernantes y pueblos hasta entonces desconocidos se habían sometido a ellos. César y los *nostri* —«nuestros hombres», como llamaba a sus legionarios— habían llegado a la costa del extremo noroeste de las Galias, habían cruzado dos veces el Rin para atacar las tierras de las tribus germánicas y, lo más dramático de todo, en los años 55 y 54 a. C., habían aterri-

zado en la misteriosa isla de Britania. No importaba que las expediciones lograran escasos beneficios, que César evitara el desastre por muy poco, o que no dejara allí ninguna guarnición. Incluso los hombres a quienes César no les gustaba demasiado se mostraron entusiasmados ante la idea de que un ejército romano hubiera cruzado el gran océano que bañaba los tres continentes conocidos.[2]

Los generales adquirían fama por el hecho de ser los primeros en invadir una región, pero, en realidad, rara vez eran los primeros romanos que habían llegado a una zona y casi siempre los comerciantes habían precedido a los soldados. Julio César encontró comerciantes o *mercatores* en muchos de los *oppida* de las Galias, como aquellos hombres cuyas historias alimentaron el pánico de su ejército en Vesontio. Uno de los dos emisarios que envió a Ariovisto era un tal Marco Mecio, elegido porque en el pasado había disfrutado de la hospitalidad del líder germánico. Aunque es bastante posible que estuviera involucrado en los intercambios diplomáticos que condujeron al reconocimiento formal del rey por parte de Roma en 59 a. C., se tiene la casi total certeza de que Mecio era un comerciante que hacía negocios por la zona y que había llegado allí meses o probablemente años antes.[3]

Como hemos visto, grandes cantidades de vino italiano estaban siendo enviadas hacia el norte, en dirección a las Galias, y las ganancias de este comercio intensificaron la rivalidad en las aristocracias tribales y la gran lucha por el poder que existía entre los eduos y sécuanos. Los comerciantes romanos hacían, como mínimo, parte del camino con sus bienes, y es difícil saber cuándo y con qué frecuencia los intermediarios locales asumían el control. César afirma que donde «menos a menudo» iban los mercaderes era a las tierras de las tribus belgas y que su presencia había sido prohibida en el territorio de uno de estos pueblos, los nervios. Se decía que las tribus germánicas del otro

lado del Rin permitían que los comerciantes llegaran hasta ellos, pero lo que querían realmente era vender el botín de sus ataques más que comprar nada. César señala que no mostraban ningún interés por los grandes caballos de tiro criados en las Galias, a pesar de su obvia superioridad con respecto a sus pequeños animales. Tenemos que ser un poco cautos con algunas de estas afirmaciones, porque César afirma expresamente que los lujos del mundo mediterráneo corrompían las sociedades, invocando la arraigada tradición de la pureza de las culturas sencillas (una variante de la eterna imagen del buen salvaje). En este caso la afirmación no se debía a un motivo sentimental. Las tribus belgas y las germánicas eran enemigos menos civilizados y, por consiguiente, mucho más peligrosos que otros pueblos de las Galias, lo que justificaba las intervenciones de César en estas regiones y su actitud intransigente hacia ellos.[4]

César no especifica la nacionalidad de los comerciantes que llegaron —o trataron de llegar— hasta estas tribus, aunque sí menciona el vino importado como influencia corruptora. Antes de su primera expedición a Britania, solicitó información sobre la isla a varios comerciantes, que eran los únicos que viajaban hasta allí sin una causa de gran trascendencia. Un grupo de mercaderes fueron convocados en su campamento, pero el comandante romano averiguó muy poco de ellos. Parecía, sin embargo, que gran parte del comercio con Britania estuviera controlado por los vénetos, una tribu de la zona de la actual Britania que navegaba hasta puertos comerciales como el de Hengistbury Head en Dorset. Eran marinos reputados, pero en el año 56 a. C. César había arrasado la tribu, ejecutando a muchos de sus líderes y capturando su flota en una batalla naval. Evidentemente, los supervivientes no estaban dispuestos a ofrecerles ningún tipo de información a sus conquistadores y los comerciantes solo le explicaron a César unas cuantas cosas sobre las áreas costeras del sudeste, las más cercanas a las Ga-

lias. Es posible que algunos de estos hombres fueran romanos y comerciaran a pequeña escala con los pueblos de la zona. Fueran quienes fueran esos hombres, algunos de ellos les contaron a los britanos cuáles eran los planes de César. Dado que al enterarse de la situación, varios líderes enviaron emisarios prometiendo someterse al *imperium* del pueblo romano y entregarles rehenes, es muy posible que César también hubiera deseado que las noticias se propagaran por la isla, confiando como siempre en poder conseguir algunos aliados antes de llegar allí.[5]

Es probable que hubiera romanos haciendo negocios en el extremo norte de las Galias y que algunos de ellos pasaran a Britania, a pesar de que los vénetos dominaran el comercio a través del canal hasta su catastrófica derrota a manos de César. En los años siguientes, tuvo lugar un marcado cambio en la dirección de la actividad comercial, de modo que la mayoría de los bienes que salían del continente empezaron a dirigirse hacia el sudeste de Britania, y los emplazamientos situados más hacia el oeste, como el puesto comercial de Hengistbury Head, entraron en un rápido declive. Otra consecuencia de las campañas de César en las Galias fue la apertura de las rutas comerciales hacia Britania a muchos más comerciantes romanos. La cantidad de mercancías enviadas hacia allí aumentó de modo significativo y, por lo visto, eso desencadenó luchas de poder entre los líderes y reinos locales muy similares a las que existían entre los eduos y sécuanos.[6]

César era un ávido coleccionista de objetos de arte y algunas voces afirman que fue a Britania creyendo que encontraría una rica fuente de perlas de alta calidad. Aun aceptando que la historia fuera verdadera, las perlas no habrían sido más que un atractivo adicional a la gloria de conducir ejércitos romanos a un lugar tan exótico y, en cualquier caso, su esperanza se vio defraudada. Cicerón comentó que los beneficios obtenidos de

Britania fueron mucho menores de lo esperado —«ni un gramo de plata en la isla, ni esperanza alguna de conseguir otro botín que no fueran esclavos, pero dudo que encontremos ni escribas ni músicos entre ellos»— y aunque hablaba principalmente sobre el botín de las expediciones es posible que también estuviera pensando en las perspectivas a largo plazo para el comercio si la isla hubiera tenido en abundancia algo que valiera la pena tener. En el siglo II a. C., el famoso general Escipión Emiliano —el hombre que destruyó Cartago y tomó Numancia— interrogó a varios comerciantes de la Galia Transalpina sobre las rutas hacia Britania. Le dijeron muy poco, lo que probablemente refleja una vez más hasta qué punto este tráfico estaba monopolizado por las tribus de la costa atlántica de las Galias. Es decir, que algunos gobernadores romanos demostraron interés en establecer relaciones comerciales con tierras que no pertenecían a las provincias, pero no hay evidencia de que ese fuera en alguna ocasión uno de los factores prioritarios en la decisión de expandirse hacia territorios desconocidos. Roma no parece haber librado guerras para abrir nuevos mercados a los empresarios romanos, aun cuando esa solía ser una de las consecuencias de la expansión de la República.[7]

Si algunos romanos viajaban hasta lugares alejados de las provincias de la República, lo hacían como individuos con la esperanza de beneficio y no como representantes de los intereses del Estado. En torno a la mitad del siglo II a. C., se descubrieron unos yacimientos de oro ricos y de fácil acceso cerca de los tauriscios, un pueblo que vivía en Nórico, la región que rodea al actual Tirol, en Austria. Gran número de italianos, entre los que presumiblemente había muchos romanos, se dirigieron a la zona para trabajar junto a los lugareños. Por lo que sabemos, no aportaron experiencia ni conocimientos prácticos, sino únicamente una entusiasta voluntad de trabajar con la esperanza de hacerse ricos, por lo que es más probable que trabajaran

como meros «buscadores de oro» que como supervisores técnicos. Polibio dice que, debido a que el mercado se vio inundado de oro, en solo dos meses su precio en Italia se desplomó en una tercera parte. Esto incitó a los tauriscios a expulsar a los italianos para trabajar en los depósitos ellos solos, aunque no está claro si era para poder controlar las inmensas cantidades extraídas o simplemente para quedarse con los beneficios.[8]

La expulsión no fue considerada un acto hostil, y hay indicios de que muchos romanos e italianos continuaron yendo a Nórico a hacer negocios. Las relaciones diplomáticas eran buenas. En el año 113 a. C. el rey de Nórico era un claro aliado de Roma, a la que le unían lazos de hospitalidad, lo que movió a un gobernador a ponerse al frente de un ejército romano para ayudarle contra los emigrantes cimbrios (aunque finalmente fue derrotado). La lápida de un hombre con el curioso nombre de Pompaius Senator fue encontrada en el Tirol Oriental y ha sido fechada en torno al año 100 a. C. Lo más probable es que estuviera allí por negocios.

Las excavaciones realizadas a las afueras de un pueblo nórico sobre una colina, en la zona de Magdalensberg, revelaron todo un asentamiento comercial romano. Fundado en el siglo I a. C., el asentamiento cubría un área de unos 330 por 179 pies (114 por 55 metros), con las tiendas y las casas situadas alrededor de un patio central. Las primeras construcciones eran de madera, pero más tarde fueron reconstruidas en piedra y se les añadieron sótanos para almacenar mercancías. Hacia la segunda mitad del siglo I, algunos de los edificios tenían paredes enlucidas que habían sido decoradas con pinturas murales de buena calidad que representaban imágenes de dioses, diosas y figuras mitológicas. Seguramente, Magdalensberg era la sede del rey de Nórico y los romanos llevaban vino y aceite en ánforas, elementos funcionales tales como herramientas y cazuelas, así como lámparas decoradas y la cara cerámica negra de Etruria. A cambio,

los romanos negociaban para adquirir productos locales, la mayor parte de hierro, que era extraído y fundido en grandes cantidades en la zona. Este puesto de intercambio comercial nos ayuda a hacernos una idea del tipo de comunidades que se establecían fuera de las provincias, ya que la región no estuvo sujeta al *imperium* romano hasta finales de siglo.[9]

Había comerciantes romanos repartidos por todo el mundo, algunos solos y otros congregados en comunidades, pero es imposible calcular su número. De lo que no cabe duda es de que nunca fueron los únicos comerciantes allá donde fueran, porque siempre había mercaderes locales, y rara vez los romanos habrían sido los únicos extranjeros. El comercio a larga distancia no comenzó con los romanos, sino que se había desarrollado durante la Edad de Bronce y, en algunos casos, incluso antes. Massilia (la actual Marsella) fue fundada en el siglo VI a. C. por unos griegos procedentes de Asia Menor y pronto entabló amplios vínculos comerciales con las tribus que habitaban al otro lado de sus fronteras. Aunque mucho más exitosa que la mayoría, Massilia era solo una colonia más entre los innumerables asentamientos que, en un largo proceso, los griegos fueron fundando en las costas del mar Mediterráneo y del mar Negro. Algunas de las colonias eran comunidades pequeñas y fundamentalmente agrícolas, pero la mayoría se dedicaba al comercio en mayor o menor medida.[10]

Los fenicios fueron los grandes navegantes del mundo antiguo y, a principios del último milenio a. C., sus naves visitaron con frecuencia Hispania —la Tarsis del Antiguo Testamento— e incluso llegaron al sudoeste de Britania en busca de estaño, que era muy apreciado porque permitía fabricar bronce. Se establecieron colonias fenicias en Hispania y el Norte de África, siendo Cartago, que se cree que fue fundada en el siglo VIII a. C., una de las últimas. Con el tiempo, la ciudad superó con creces sus humildes orígenes, convirtiéndose en un imperio y

en una potencia colonizadora de pleno derecho. En el 509 a. C., la nueva República romana firmó un tratado con Cartago, que incluía cláusulas que prohibían a los romanos y a sus aliados comerciar —o emprender razias, ya que con frecuencia ambas acciones iban unidas— más allá del cabo Bon, en el Norte de África. Cualquier nave que fuera desviada de su curso por los vientos más allá de ese promontorio debía abstenerse de comprar nada excepto lo que necesitara «para la reparación de la nave o para realizar sacrificios, y debía zarpar en un plazo de cinco días». El tratado permitía a los comerciantes romanos ir a otras áreas, pero solo podían hacer negocios en presencia de un funcionario local.[11]

En tratados posteriores, los cartaginenses restringieron a los romanos y a sus aliados el comercio en otros territorios concretos, claramente asumiendo que, de lo contrario, los negociantes probarían suerte allí. Algunos mercados y fuentes de material eran celosamente custodiados y, durante mucho tiempo, solo los cartagineses supieron cómo llegar a la costa noroeste de Hispania, una región rica en recursos minerales. En una ocasión, una nave de la colonia púnica de Gades (el actual Cádiz) fue seguida por unos barcos romanos, cuyos ocupantes estaban deseosos de descubrir la ruta. El capitán cartaginés los atrajo hacia una zona de bajío varando de forma deliberada su propia embarcación. Tras lograr escapar a bordo de un amasijo de escombros, fue premiado por su ciudad con el dinero equivalente a su pérdida en el viaje. Parece que los marineros de Gades mantuvieron el secreto durante algún tiempo aun después de haber entrado a formar parte de la provincia romana y solo a principios del siglo I a. C. un gobernador garantizó a todos los comerciantes el acceso a las minas del noroeste.[12]

A pesar de las restricciones que los tratados impusieron a los comerciantes romanos, en áreas como Sicilia estos comerciaban en condiciones de igualdad con respecto a sus homólogos

cartagineses. Hasta la primera guerra púnica, las relaciones entre las dos ciudades-estado eran buenas. Había una establecida comunidad de mercaderes cartagineses en la propia Roma, y aunque la mayoría se marchó cuando estalló la guerra, otros regresaron al finalizar los conflictos. Es posible que hubiera algunos romanos establecidos en Cartago y alguna de las otras comunidades donde se les permitiera, aunque parece que las cifras de emigrados fueron bajas y, durante mucho tiempo, la magnitud del comercio púnico eclipsó las operaciones de los comerciantes romanos e italianos. El comercio cartaginés se basaba en plantaciones altamente organizadas de distintos cultivos en una serie de fincas con buenos sistemas de regadío en el Norte de África. La agricultura de la Italia romana era menos sofisticada y producía un excedente mucho menor para la exportación. Pero Roma siguió creciendo, por lo que su población superó la de cualquier otra nación. A medida que fueron pasando los años, cada vez había más romanos buscando formas de hacer dinero en el extranjero. Mientras la República adquiría provincias, estos hombres encontraban nuevos mercados.[13]

2. Mercados e intercambio

Las ánforas se rompen, pero los fragmentos son prácticamente indestructibles, fáciles de reconocer y muy visibles en las excavaciones arqueológicas. Es más probable que se encuentre un naufragio antiguo si la nave tenía la bodega llena de esos grandes recipientes de cerámica, lo que hace mucho más sencillo encontrar pruebas del tráfico de aquellos productos que fueron transportados en ánforas (de ahí la facilidad con la que podemos confirmar el envío de tanto vino romano a las Galias del siglo I a. C.). Otras mercancías —ya fueran esclavos, ganado

o productos de origen animal, ropa y telas, minerales o cualquier otra cosa que valiera la pena transportar— son, por su naturaleza, casi invisibles arqueológicamente. Las menciones de este tipo de artículos en la literatura de la época tienden a ser vagas y poco útiles a la hora de juzgar la escala de la actividad en cuestión. Por lo tanto, sabemos con certeza que en las Galias entraron grandes cantidades de vino italiano, pero tenemos mucho menos claro qué productos fueron transportados en dirección contraria.

Se ha afirmado que los líderes galos estaban dispuestos a intercambiar un esclavo por un ánfora de vino, aunque algunos estudiosos prefieren pensar que el origen de esa afirmación es que los romanos malinterpretaron la obligación social de un anfitrión de superar en valor cualquier regalo que le hiciera un invitado. Si el cálculo de que se han encontrado un total de, como mínimo, cuarenta millones de ánforas en las Galias es remotamente correcto, la inmensa cantidad hace imposible que más de una pequeña fracción fueran intercambiadas de esta manera, por la obligación cultural de la hospitalidad. También debemos recordar que Dumnórix de los eduos basaba su posición en el control de los peajes aplicados a los cargamentos de los barcos que subían por el río Ródano. Tanto la cantidad como los beneficios que recibían los intermediarios indican que se trataba de transacciones comerciales y no de un intercambio de regalos. La mayor parte de las tribus galas —y las del sur de Britania— acuñaban monedas que estaban a la altura de los estándares, primero griegos y después romanos, en cuanto a la cantidad de plata y bronce que incluían, por lo que parte de ese vino podría haber cambiado las manos a cambio de dinero además de las mercancías que los comerciantes quisieran llevarse con ellos.[14]

Sencillamente, nos resulta imposible rastrear o encontrar vestigios de mucha de la actividad comercial o de los productos

que fueron enviados en ambos sentidos, y menos aún evaluar la magnitud de dicha actividad. La vajilla ornamentada del Mediterráneo, ya sea de cerámica o, más a menudo, de plata u otros metales preciosos, también es muy abundante en los yacimientos arqueológicos de la Europa de la Edad del Hierro, debido a que, en general, solo los ricos y poderosos disfrutaban de artículos que venían desde tan lejos. Ese tipo de artículos suelen aparecer formando parte de ajuares o de depósitos rituales y son espectaculares, pero resulta difícil averiguar cómo llegaron a estos lugares. Algunos fueron entregados a jefes tribales como regalos diplomáticos. En el año 169 a. C., unos enviados de un rey o cacique galo atravesaron los Alpes en dirección a Roma (Tito Livio, que nos cuenta la historia, señala que un siglo y medio después desaparece todo rastro de esta tribu). Su nombre era Balanos, y se ofreció ayudar a Roma en la guerra que estaba librando con Macedonia. El Senado, agradecido, le mandó a cambio como regalo «una *torques* de oro de dos libras de peso, un cuenco de oro con un peso de cuatro libras, un caballo con arreos bordados y el armamento de un jinete». No sabemos si Balanos finalmente llegó a ayudar a los romanos en su guerra contra los macedonios.[15]

Los regalos prestigiosos eran parte habitual de los intercambios diplomáticos. En algunos casos, es posible que los presentes entregados por los enviados romanos fueran a su vez regalados por el destinatario para cimentar alianzas con otros líderes y otras tribus y que, de ese modo, fueran viajando más y más lejos. Otros podían cambiar de manos durante una guerra transformados en valiosos despojos y, en efecto, en algunos casos, abandonaron por primera vez el mundo mediterráneo como botín de una razia. Es posible que algunos regalos similares provinieran también de comerciantes deseosos de ganarse el favor de los gobernantes locales en un área donde esperaban poder operar. Otros pueden incluso haber viajado como mercan-

cías en lugar de como regalos, pero, en cada uno de estos casos, es poco probable que el descubrimiento de los artefactos en un contexto como la Edad del Hierro aclare cómo llegaron a su destino final.

Los regalos realizados por motivos diplomáticos explican la presencia de algunos objetos preciosos del mundo grecorromano en tierras muy distantes de las provincias de Roma, pero no alteran la conclusión de que el comercio a larga distancia y a gran escala continuó y fue creciendo en los últimos siglos antes de Cristo. Esta imagen se ve reforzada por la mención frecuente y generalmente casual de la presencia de comerciantes romanos e italianos en numerosas áreas geográficas. En el año 229 a. C., unos armadores se quejaron al Senado de los ataques depredadores de unos piratas leales a la reina de Iliria, Teuta. Los comerciantes procedían principalmente de la Italia meridional, cuyas comunidades helenas tenían lazos comerciales y culturales con el mundo griego y sus colonias que databan de muy atrás. No era la primera vez que se habían quejado de la piratería, pero las cosas llegaron a un punto crítico cuando varias naves fueron saqueadas mientras estaban ancladas en una ciudad que fue asaltada por los ilirios. Algunos de los comerciantes resultaron muertos y otros capturados. En el año 70 a. C., el orador Cicerón afirmó que en muchas ocasiones «nuestros antepasados… lucharon grandes guerras… porque se les informó de que los ciudadanos romanos habían sido insultados, sus marineros mercantes encarcelados, sus comerciantes robados». Aparte de la guerra contra Iliria no hay claros ejemplos al respecto en nuestras fuentes, e incluso en este caso, las circunstancias del conflicto fueron un poco más complejas. No obstante, en el mismo discurso, Cicerón sostiene también que, fuera del Imperio, un hombre pobre que gritara «¡Soy ciudadano romano!» (*civis romanus sum*) no sería atacado ni siquiera por los bárbaros. Tan grande era el temor del poder de Roma.[16]

En el año 146 a. C., los romanos arrasaron Cartago. En su lugar se creó una pequeña provincia africana que era administrada directamente, pero la mayor parte del territorio que se extendía hacia el oeste fue cedida a un agrandado reino de Numidia. En el plazo de una generación, se tienen noticias de que había importantes comunidades de comerciantes residiendo de forma permanente en al menos dos ciudades de Numidia: Cirta y Vaga. Grupos similares a estos tienden a ser más visibles en el mundo griego, que tenía una tradición mucho más fuerte de grabar inscripciones. Por ejemplo, un monumento que se encuentra en un pequeño pueblo en la costa norte de Sicilia fue erigido en 193 a. C. en honor al gobernador provincial por unos hombres que se describen a sí mismos como *italicei*. Los italianos aparecen en muchas otras ciudades griegas. En torno al año 174 a. C., el rey seléucida Antíoco IV Epífanes pagó por la finalización de la construcción del templo de Zeus Olímpico —u *Olympieion*— en Atenas. Este tipo de gesto hacia la compartida cultura helénica era común entre los sucesores de Alejandro Magno que gobernaron los fragmentos de su Imperio. Sin embargo, en este caso el contrato para hacer el trabajo le fue concedido a un romano, un tal Cosucio que, más adelante, sería honrado por los atenienses y, por lo tanto, es de suponer que completó la obra de manera satisfactoria.[17]

Probablemente, la mayor concentración de romanos e italianos estuviera en la isla de Delos, situada bajo jurisdicción ateniense y declarada puerto libre por Roma en el año 166 a. C., después de la tercera guerra macedónica. A pesar de su pequeño tamaño, la isla estaba bien ubicada y, durante mucho tiempo, sirvió como un importante centro de distribución de mercancías hacia el este y el oeste. Los romanos eran unos relativos advenedizos en comparación con otras comunidades de comerciantes extranjeros establecidas en Delos, pero su número creció con gran rapidez. Entre otras cosas, construyeron un com-

plejo conocido como el ágora de los italianos, donde un rectángulo de pórticos de dos pisos rodeaba un inmenso patio abierto y sin pavimentar.

En los años posteriores a su reconversión en puerto libre de aranceles, Delos pasó a ser el mayor centro de tráfico de esclavos del Mediterráneo oriental. El número de seres humanos comprados y vendidos a través de la pequeña isla fue enorme, aunque la afirmación de Estrabón de que podía ver pasar por sus mercados nada menos que diez mil personas en un solo día es una exageración. La trata de esclavos era el motivo principal por el que los romanos iban a Delos, aunque la identificación del ágora de los italianos como un mercado de esclavos es dudosa, en gran parte porque todavía no sabemos con exactitud qué aspecto tendría dicho edificio. En Delos se desarrollaban también otros negocios, y se sabe de algunos romanos que comerciaban con aceite de oliva, pero lo que predominaba era la compraventa de seres humanos, que continuó incluso después de que un grupo de esclavos organizara una rebelión fallida en el puerto en el año 130 a. C.

Los beneficios de la expansión exterior permitieron a los hombres más acaudalados de Roma invertir en grandes haciendas rurales que requerían un suministro constante de mano de obra servil como fuerza de trabajo, una demanda que no siempre podía satisfacerse a base de prisioneros de guerra. Al mismo tiempo, la expansión de Roma destruyó o frenó a las grandes potencias del mundo helenístico, haciendo que cada vez les resultara más difícil mantener armadas capaces de controlar la piratería. La isla de Rodas había desempeñado un papel importante en esta labor, pero, al quedar comercialmente eclipsada por el puerto libre de Delos, a partir de 166 a. C. sus recursos para financiar una flota eficaz se vieron muy mermados. La piratería floreció en el Mediterráneo oriental, y los piratas hacían prisioneros que vendían como esclavos, muchos de los cuales

pasaban por Delos. Si los romanos eran conscientes de ello, entonces eligieron no hacer nada al respecto.[18]

No hay ningún indicio de que ser romano o italiano les proporcionara a los comerciantes de Delos alguna ventaja sobre los hombres de otras naciones. Estaban conectados de modo más directo con el gran mercado de esclavos de Italia, pero, por lo demás, operaban en las mismas condiciones que el resto. Con el tiempo, tanto en Delos como en otros lugares, se fue haciendo cada vez más común llamar a los hombres de Italia romanos en vez de italianos. En parte, esa generalización reflejaba el creciente número de ciudadanos, pero hasta después de la guerra social, la mayoría de los italianos seguían sin tener la ciudadanía. A los forasteros probablemente les resultaba más fácil agruparlos a todos ellos en torno a la ciudad que controlaba Italia, gobernaba varias provincias y se había convertido en la potencia más formidable de todo el mundo mediterráneo. Por razones similares, los italianos que no poseían la ciudadanía pueden haber optado por presentarse como romanos, considerando que podría favorecerles en los negocios. La vestimenta romana era distintiva, desde el estilo del calzado a la forma de la túnica y, sobre todo, por el uso la toga en vez de los distintos tipos de manto que se llevaban en Grecia. Aun cuando se establecían en otras comunidades y participaban en los festivales locales, uniéndose a los griegos y a otros extranjeros para financiar dedicatorias en los templos o para expresar su agradecimiento a las autoridades locales, la mayoría seguía vistiendo ese tipo de moda inmediatamente reconocible, que los distinguía de los demás. Incluso desde la distancia, se proclamaban pertenecientes a la gran potencia romana, tanto por orgullo como con la esperanza de ser tratados con más respeto y atenciones por ello. Después de la guerra social, prácticamente todos los italianos eran romanos en sentido jurídico, como también lo

eran los esclavos liberados que a menudo empleaban en sus negocios.[19]

Cuando una región se convertía en provincia, el número de romanos que trabajaba en el área aumentaba de forma espectacular. Aparte de los comerciantes que ya estaban en las Galias, muchos más siguieron a las legiones de Julio César; entre estos vendedores, inversores y prestamistas había muchas diferencias: desde los que operaban a pequeña escala hasta otros que comerciaban a muy gran escala. Algunos vendían directamente a los soldados —un texto habla de unos hombres que quedaron atrapados en sus puestos de venta fuera de los muros de un campamento de invierno por un ataque sorpresa—, mientras que otros estaban allí para comprar los despojos de la guerra, tanto botín como cautivos, y un número todavía mayor porque intuían que iban a surgir nuevas oportunidades en la zona. Para cuando acabó el mandato de César como gobernador, había muchísimos más romanos haciendo negocios en las Galias que antes. En la gran rebelión de 53-52 a. C., estos hombres se convirtieron en blancos de los rebeldes y hubo varias masacres de civiles romanos. La oportunidad se mezclaba con los riesgos, especialmente en los territorios recién conquistados, o fuera de las provincias.[20]

A pesar de la larga tradición de fundar colonias latinas y colonias de ciudadanos romanos en Italia, el proceso de fundación de colonias en los territorios que Roma conquistaba en el extranjero era lento. Aun así, entretanto se establecían comunidades con derechos legales menos prestigiosos. Escipión el Africano asentó a un gran número de soldados convalecientes en Itálica (la actual Santiponce) después de haber expulsado a los cartagineses de Hispania en la segunda guerra púnica. Es difícil saber cuántos soldados se licenciaron —o desertaron— para instalarse en una provincia donde habían servido. Seguramente fuera más común cuanto mayor fuera la temporada que

el soldado hubiera pasado allí y a finales del siglo II a. C., cuando la mayoría de legionarios fueron reclutados entre los más pobres en vez de entre los hombres con propiedades, cuyas granjas y familias les reclamaban en el hogar. En el año 171 a. C., los representantes de un grupo de unas cuatro mil personas que afirmaban ser descendientes de soldados romanos y de mujeres de la localidad llegaron desde Hispania para solicitar al Senado que les ofreciera un asentamiento propio. A los ciudadanos no se les permitía casarse con no ciudadanos, cuyos hijos eran ilegítimos y extranjeros, pero el Senado se mostró comprensivo con su situación. Los enviaron a Carteia (cerca de Algeciras, en el extremo sur), y a la comunidad se le otorgó el derecho latino, algo que, por regla general, no se hacía fuera de Italia durante la República.[21]

La primera colonia de ultramar para ciudadanos fue fundada en Cartago en el año 122 a. C., pero perdió su estatus formal al poco tiempo, cuando el hombre que había introducido la ley para fundarla fue asesinado en un estallido de violencia política. Sin embargo, dado que algunos colonos ya habían partido de sus hogares y se les habían asignado las granjas, esas familias permanecieron allí a pesar de que la comunidad ya no era una colonia. En 118 a. C., Narbo (la actual Narbona) fue fundada en la Galia Transalpina solo tres años después de la creación de esa provincia. Los primeros colonos fueron antiguos soldados, al igual que en la comunidad que se estableció en Aquae Sextiae (Aix-en-Provence) unos años antes. En ambos casos, la población original pronto se vio engrosada por personas que fueron a visitar las colonias o decidieron quedarse a vivir en la zona.[22]

En el año 69 a. C., Cicerón declaró: «La Galia Transalpina está llena de comerciantes, repleta de ciudadanos romanos. Ningún galo hace negocios jamás sin que esté implicado también un ciudadano de Roma; ni una moneda cambia de manos en las Galias sin que la transacción quede registrada en los li-

bros de los ciudadanos romanos». El orador enumera varios grupos activos en la zona aparte de los colonos: empresarios/banqueros (*negotiatores*), recaudadores de impuestos (*publicani*), agricultores (*aratores*) y ganaderos (*pecuari*). Aunque exageró la ubicuidad de los empresarios romanos en la provincia, también de otras fuentes se desprende que había muchísimos. Algunos romanos precedieron la llegada de las legiones, adelantándose en ocasiones a ellas por décadas o periodos incluso más largos. Muchos más siguieron al ejército con la esperanza de obtener ganancias mediante todo tipo de negocio y en una amplia gama de escalas.[23]

3. Los romanos y los nativos

En 53-52 a. C., se produjo una matanza de comerciantes y empresarios romanos a manos de los rebeldes galos. Los civiles eran vulnerables, poseían riqueza y posesiones que merecía la pena robar y eran símbolos de la conquista romana. En un caso, unos comerciantes fueron convertidos en esclavos en vez de morir asesinados, y no sabemos si el acto pretendía proteger sus vidas o buscaba humillarlos. Cicerón afirma que Narbo fue sitiado en la década de los años 70 a. C., lo que sugiere que, incluso una generación o más después de la creación de una provincia, a veces seguía habiendo riesgo para los romanos que vivían en la zona. Uno de los propósitos de las colonias y los asentamientos informales de ciudadanos en las provincias era servir de guarniciones, con un papel similar al que habían desempeñado las primeras colonias durante la conquista de Italia. Más de una vez leemos referencias al reclutamiento de ciudadanos romanos en una provincia para formar ejércitos.[24]

Incluso los comerciantes que operaban fuera de las provincias adquirían de vez en cuando importancia militar. En el año

112 a. C., una disputa entre miembros rivales de la familia real númida desembocó en una guerra civil. Yugurta persiguió a su hermanastro Aderbal hasta la ciudad de Cirta y lo sitió allí, pero le resultó difícil tomar el lugar debido a la resistencia de la comunidad de comerciantes (una multitud ataviada con toga, como los llamó el historiador Salustio). Durante más de cuatro meses la ciudad rechazó todo intento de conquista, hasta que los italianos convencieron a Aderbal de que se rindiera y confiara en el justo arbitraje y el poder de Roma. Salustio afirma que los comerciantes estaban seguros de que Yugurta les trataría bien por el hecho de ser romanos. No obstante, el líder númida no moderó su actuación en modo alguno, torturando a su hermanastro hasta la muerte y ejecutando a todos los que habían luchado contra él, italianos y romanos incluidos. Fue necesario que un político popular en Roma desatara una agitación considerable para forzar al Senado a actuar y enviar un ejército contra Yugurta. Aun entonces, la guerra fue larga, y unos años más tarde otra comunidad de comerciantes fue masacrada en la ciudad de Vaga.[25]

La peor y más infame masacre de civiles romanos tuvo lugar en Asia en el año 88 a. C. por orden del rey Mitrídates VI del Ponto. Mitrídates, un hombre ambicioso, capaz y despiadado, era uno de los últimos grandes monarcas sucesores del mundo helenístico y estaba deseoso de ampliar su reino. Esa ambición, combinada con el comportamiento inusualmente provocativo y corrupto de un gobernador romano de Asia y de su principal subordinado, condujo rápidamente a la guerra. Los romanos no estaban preparados, tuvieron que confiar sobre todo en los ejércitos de sus aliados locales y fueron derrotados con celeridad, lo que permitió que los ejércitos de Mitrídates avanzaran hacia Asia. El Senado decidió enviar a uno de los cónsules del año y varias legiones a tratar con el rey, pero en aquel momento la rivalidad por hacerse con el mando provocó la primera gue-

rra civil de Roma y esas mismas legiones marcharon sobre la propia Roma. Por el momento, los romanos estaban muy debilitados, mientras que Mitrídates estaba fuerte.

Entonces, el rey del Ponto envió un mensaje secreto a todos los dirigentes civiles y a los gobernadores locales o sátrapas de toda Asia, dándoles instrucciones de que en un determinado día:

> Debían lanzarse sobre todos los romanos e italianos de sus pueblos y sobre sus esposas e hijos y sus libertos de nacimiento italiano, matarlos y arrojar sus cuerpos insepultos y compartir sus bienes con el rey Mitrídates. Amenazó con castigar a cualquiera que enterrara a los muertos u ocultara a los vivos, prometiendo recompensas para los informantes y para quienes mataran a aquellos que se hubieran escondido. A los esclavos que mataran o traicionaran a sus amos les ofreció la libertad, a sus deudores… la remisión de la mitad de su deuda.[26]

Se dijo que ochenta mil personas murieron en el ulterior derramamiento de sangre. En Éfeso, algunos de los romanos buscaron refugio en el gran Templo de Artemisa, solo para ser sacados a rastras mientras intentaban aferrarse a las estatuas de la diosa y posteriormente asesinados. En Pérgamo sus atacantes fueron un poco más escrupulosos, derribando con flechas a aquellos que se agarraban a las efigies de Esculapio, el dios de la curación, en vez de obligarles a salir a la fuerza. En Adramitio (la actual Edremit) un grupo de fugitivos salieron corriendo hacia el mar solo para ser perseguidos y asesinados, mientras que los niños que iban con ellos se ahogaron. En otra ciudad se dijo que los niños fueron asesinados primero, a continuación las madres y, por último, los hombres. La población de Trales (la actual Aydin) contrató a un criminal extranjero y a su banda para que se ocuparan de la matanza en vez de ellos, y los asesinos no tuvieron ningún escrúpulo a la hora de cortar manos de un tajo cuando alguna de las víctimas trató de aferrarse a la estatua de un dios con la esperanza de que le sirviera de santuario.

Algunos romanos cambiaron su vestimenta característica y se disfrazaron de griegos en un esfuerzo por escapar de la matanza; tal vez especialmente los italianos a los que acababan de concederles la ciudadanía completa. Pocos lo lograron. Un exsenador llamado Publio Rutilio Rufo, exiliado tras haber sido condenado por corrupción y por extorsionar dinero a los habitantes de la provincia de Asia en la que servía, hizo lo mismo y sobrevivió. Su condena fue considerada una gran injusticia, lo que quedó probado por el hecho de que se marchó al exilio a la misma provincia donde se supone que había cometido sus crímenes y fue recibido con los brazos abiertos por los nativos. Sin duda, esa buena voluntad contribuyó a su supervivencia. En la isla de Cos, los romanos se refugiaron en otro templo dedicado al dios de la curación y esta vez fueron protegidos por los nativos.[27]

Sin duda las historias se fueron magnificando al ser contadas, al igual que la presunta escala de la masacre. Cicerón, la fuente más cercana en el tiempo al atroz acontecimiento, no menciona el número de muertos, y los especialistas modernos suelen asumir que la cifra ofrecida por posteriores textos de la tradición es tremendamente exagerada. Lo mismo se puede decir de los 20 000 que se supone que murieron en Grecia y en las islas, incluyendo Delos, cuando Mitrídates las invadió un poco más adelante. Sea cual sea la cifra verdadera, es evidente que el total de muertes fue considerable, a una escala mucho mayor que cualquier otra masacre de civiles romanos. Es testimonio del elevado número de personas que vivían y trabajaban fuera de Italia, especialmente en las provincias y, para algunos, también una clara prueba de que Roma, en general, y estos empresarios romanos, en particular, eran detestados por la mayor parte de la población provincial, que se volvió contra ellos a la primera oportunidad.[28]

Como hemos visto, los romanos llevaban una indumentaria característica y, en algunos lugares, formaban grandes comunidades. Estos grupos no siempre se mantenían separados de los nativos y de otros extranjeros, como ponen de manifiesto las dedicatorias conjuntas, pero también podían comportarse con arrogancia. Cicerón cuenta la historia de un senador llamado Cayo Verres que estaba trabajando como *legatus* (o alto representante del gobernador) en Asia en el año 79 a. C., casi una década después de la masacre. El romano se obsesionó con la hija soltera de un notable local, a pesar de nunca haber visto a la chica, y trató de usar la fuerza para conseguir que la llevaran ante él. El padre se resistió y pronto fue apoyado por una multitud de gente del pueblo, que expulsó a Verres y sus seguidores, matando a un *lictor* e hiriendo a varios de sus asistentes. Al día siguiente, se reunieron para linchar al legado, hasta que un grupo de romanos residentes en el lugar consiguieron convencer a sus vecinos de que se dispersaran. Hasta este momento, la conducta de los romanos había sido razonable, pero más tarde algunos de ellos participaron en la acusación fabricada contra el padre de haber agredido a un representante de Roma. El hombre y su hijo fueron declarados culpables y ambos fueron ejecutados.[29]

Las injusticias tan flagrantes eran raras y, como veremos, más tarde Verres fue llevado ante un tribunal romano para rendir cuentas por muchos otros abusos que había cometido mientras era gobernador de Sicilia. Una causa más habitual de malestar era la actividad de los *publicani*, las empresas privadas que adquirían los derechos para recaudar impuestos en las provincias, y la de los *negotiatores*, los banqueros/prestamistas, dado que ambos grupos tendían en ocasiones a llegar a extremos insospechados con tal de conseguir que les pagaran individuos y comunidades. Los estudiaremos con más detalle en el próximo capítulo, cuando analicemos el sistema romano de administra-

ción de las provincias, pero incluso otros romanos a menudo los consideraban codiciosos.[30]

Sin embargo, la cosa no es tan simple. En el año 88 a. C., las tropas de Mitrídates invadieron Asia Menor, que se había convertido en una provincia de Roma casi medio siglo antes, en 133 a. C. La masacre de los romanos no fue la reacción espontánea de una población oprimida que de pronto se veía libre para actuar gracias a la llegada de sus libertadores. En Éfeso se habían derribado estatuas de romanos, pero no hubo ningún asesinato hasta que llegó la orden del rey. Allí, como en otros lugares, la matanza no se llevó a cabo hasta que los líderes de las comunidades recibieron instrucciones específicas. Algunos de estos líderes eran tiranos recién instalados en el poder o bien facciones apoyadas por el rey que estaban deseosas de justificar la confianza que había depositado en ellas. El resto se enfrentaba con la difícil elección entre la obediencia o el castigo. En el pasado, habían sufrido la ocupación por parte de los romanos y ahora eran ocupados por el ejército del Ponto y, en ninguno de los dos casos, las comunidades disponían de una posibilidad realista de resistirse al poder del conquistador a largo plazo. Cuando tras varios años de lucha contra sus aliados italianos, estalló la guerra civil, parecía que Roma estaba al borde del colapso. Tal vez las legiones no regresaran jamás, porque Mitrídates era poderoso y tan imposible de ignorar por los pueblos de Asia Menor como la llegada de Ariovisto y César podía ser ignorada por las tribus de las Galias. Sin duda lo mejor era obedecer y volverse contra esa comunidad distinta y claramente visible de extranjeros que enfrentarse a la ira de un invasor abiertamente despiadado. Por otro lado, la oportunidad de compartir los beneficios de este asesinato en masa suponía un atractivo añadido.

Mitrídates ya había negociado y firmado la paz con Roma en el pasado, y volvería a hacerlo en el futuro. Sus órdenes de per-

petrar el pogromo en Asia Menor no estaban motivadas por el mero odio hacia los romanos o por un deseo de erradicar la República romana. Presuntamente, dio orden de ejecutar de un modo espantoso a un senador en las primeras etapas de la lucha: el hombre fue asesinado vertiendo oro fundido por su garganta, pero ese método fue elegido para resaltar la codicia y corrupción del senador, que había sido una de las causas fundamentales para iniciar la guerra. Otro distinguido prisionero romano fue humillado siendo conducido públicamente como un cautivo. La masacre que se llevó a cabo por toda Asia fue un acto cínico pero lógico. Proporcionó un importante botín que ayudaría a financiar la guerra, pero, lo que era más importante, comprometió a las comunidades con la causa de Mitrídates, porque no cabía duda de que a partir de entonces temerían la vuelta de los romanos por las terribles represalias que les infligirían. También debemos recordar durante cuánto tiempo ayudó un grupo de comerciantes romanos a la ciudad de Cirta a resistir un asedio. Sobre todo si hubieran contado con el respaldo de los nativos, algunos de estos romanos podrían haberse enfrentado a Mitrídates. La toma de ciudades mediante el asedio llevaba mucho tiempo y, por lo general, resultaba costosa en vidas y dinero. Matar a los romanos eliminaba ese riesgo.[31]

No sabemos hasta qué punto la población se unió a la matanza. Es posible que muchos de ellos estuvieran resentidos con los romanos o tuvieran viejas cuentas que saldar y se mostraran dispuestos a participar, pero es igualmente posible que la matanza fuera ejecutada sobre todo por los partidarios de los líderes recién instalados o por hombres comandados por líderes civiles. Puede que la mayoría de las personas simplemente se mantuvieran al margen, contentas de no ser los blancos de esa atroz violencia y demasiado asustados para intervenir. Tal vez unos pocos se decidieran a correr el riesgo de proteger a sus vecinos romanos o a los refugiados que hubieran llegado a su

comunidad. Cuando Mitrídates fue derrotado y los romanos regresaron, castigaron a algunas comunidades, pero el castigo consistió fundamentalmente en imponerles unos impuestos muy elevados. Los comerciantes y los empresarios no tardaron mucho en volver. Es posible que a los nativos les molestara su presencia, pero eso no impidió que pidieran préstamos de dinero o hicieran negocios con ellos. La masacre del año 88 a. C. no se volvió a repetir.

Las noticias del derramamiento de sangre en Asia provocaron el estallido de una ira generalizada en Roma. Ahora bien, la guerra contra Mitrídates ya había sido declarada y, una vez concluida la fase inicial de la guerra civil, un cónsul llevó a su ejército hacia el este para ocuparse del rey del Ponto: primero le expulsó de Grecia y luego le derrotó en Asia. La matanza de tantos romanos no provocó la guerra ni impidió que el general romano acordara unas condiciones de paz con Mitrídates (sin duda impulsado por su deseo de volver a Italia, donde sus enemigos romanos habían vuelto a reunirse). En el año 229 a. C., las quejas de los comerciantes habían convencido al Senado para que enviara una embajada a hablar con la reina Teuta de Iliria y había sido el asesinato de uno de esos representantes lo que había conducido a la declaración de guerra. Por su parte, la masacre de un grupo de italianos en Cirta a manos de Yugurta también indignó a muchos romanos, pero no provocó que un ejército fuera enviado contra él. Del mismo modo que no se libraban guerras para tener acceso a rutas comerciales, no existe evidencia alguna de que el asesinato de civiles romanos por parte de un jefe o comunidad extranjera, por sí solo, moviera a la acción al Senado. En las provincias, las cosas eran muy diferentes, y precisamente de su administración es del tema que nos ocuparemos a continuación.[32]

V. «¿CUÁNTO HAS GANADO?». EL GOBIERNO

«La sentencia del Senado de que una provincia ha sido mantenida y preservada gracias a la indulgente y recta administración de su gobernador y no gracias a las espadas de un ejército o el favor de los dioses es una distinción mucho mayor que un triunfo».

Catón a Cicerón, abril de 50 a. C.[1]

1. Los procónsules

El último día de julio del año 51 a. C., el procónsul Marco Tulio Cicerón llegó a la ciudad de Laodicea tras haber cruzado la frontera de Asia y entrado en su provincia, Cilicia. Había dejado Roma en mayo y se había dirigido al puerto de Brundisium (la actual Brindisi), que era la principal ruta hacia el este. Cicerón no tenía demasiada prisa, se entretuvo en su casa y fue haciendo altos en las villas de sus amigos por el camino. Se produjeron nuevos retrasos cuando cayó enfermo y, más tarde, mientras esperaba que llegara uno de sus subordinados de alto rango, por lo que, cuando por fin zarpó, eran ya principios de junio. El procónsul, de cincuenta años, hizo una pausa de doce días para visitar Atenas y no llegó a Éfeso, en la costa de Asia, hasta el 22 de julio, donde descansó durante cuatro días. A partir de entonces viajó por tierra, siguiendo el antiguo camino principal que conducía en su momento a Tarso y, más adelante, a la gran ciudad de Antioquía, en Siria.[2]

El cargo de gobernador de una provincia era un premio que recibían solo aquellos que tenían éxito en la ferozmente competitiva vida pública de la República. En esa época, los magis-

trados pasaban su año en el cargo en Roma y solo entonces se les daba el mando de una provincia. Las más importantes se les concedían a los antiguos cónsules, con el título y el *imperium* de procónsul. En ocasiones, los expretores recibían este título, pero se les asignaban las provincias menos importantes. Cualquier mando era una distinción honorífica: en algunos de ellos había oportunidades de obtener gloria militar, mientras que todos brindaban la posibilidad de beneficiarse económicamente, sobre todo a aquellos que carecían de escrúpulos. A mediados del siglo I a. C., el soborno era muy común en las elecciones; los candidatos intentaban superar las cantidades de los demás aspirantes y comprar el apoyo de los votantes, confiando en que un mando provincial restauraría sus finanzas.[3]

Los mandos provinciales eran codiciados por muchos senadores ambiciosos (y por un montón de senadores desesperados), pero no por todos. Cicerón ejerció el consulado en el año 63 a. C., ganando la magistratura en cuanto alcanzó la edad mínima requerida para el cargo. Ese era un punto de orgullo para un aristócrata, pero para un «hombre nuevo» como Cicerón, el primero de su familia que era nombrado cónsul, era una distinción verdaderamente notable. Durante sus doce meses en el cargo sofocó el famoso golpe de Estado o conspiración de Catilina, organizada por un grupo de senadores y sus asociados, pero, después, optó por no solicitar un mando provincial al finalizar su consulado. Había hecho lo mismo después de su pretura y el único servicio en el extranjero de toda su carrera antes del año 51 a. C. fue como cuestor en Sicilia en el año 74 a. C. El mando de Cilicia solo recayó sobre él porque una nueva ley estipuló que tenía que haber trascurrido un intervalo de cinco años entre la ocupación de una magistratura superior y el cargo en una provincia, una medida destinada principalmente a frenar el soborno electoral. Introducida en el año 52 a. C., la ley causó inevitablemente una escasez de gobernadores para los próxi-

mos años, por lo que todos los antiguos cónsules y pretores que no hubieran disfrutado de un mando en el pasado se convirtieron en los candidatos obvios para realizar esas tareas.[4]

A Cicerón no le entusiasmaba la idea —«ponerle unas alforjas a un buey de tiro, no es el tipo de trabajo adecuado para mí», escribió sobre una de sus primeras tareas cuando llegó a Cilicia— pero estaba obligado a ir. Su mando comenzaría cuando llegara a la provincia y duraría un año. Sin embargo, el Senado tenía la opción de no nombrar a un sucesor al final de ese periodo y, en vez de eso, ampliar el mandato. El temor de que eso pudiera suceder atormentaba a Cicerón, que escribió carta tras carta instando a sus amigos a hacer todo lo posible para evitarlo y también presionó a los nuevos cónsules y a otros magistrados en ese sentido. Para su gran alivio, su mandato no se prorrogó, porque su actitud hacia el puesto no se moderó con el tiempo. «La ciudad, mi estimado Rufo», escribió a un joven amigo suyo en junio de 50 a. C., «no te muevas de la ciudad y aprovecha sus posibilidades de éxito. Servir en el extranjero, algo que he conocido desde mi juventud, es oscuro y sórdido para aquellos cuyos esfuerzos pueden reportarles fama en Roma».[5]

El ascenso político de Cicerón, el orador más grande de su tiempo —y esa era la opinión generalizada y no solo la suya— se basaba en gran parte en los discursos que daba en el Senado, en las reuniones públicas y sobre todo en los tribunales de justicia. Para los estándares romanos, con solo un par de años de servicio al final de su adolescencia, Cicerón tenía muy poca experiencia militar. Sin embargo, distaba mucho de ser el único en esa situación. El gobernador que fue destinado a Siria el mismo año del nombramiento de Cicerón era un tal Marco Calpurnio Bíbulo, que compartió el consulado con Julio César en el año 59 a. C. No había recibido el mando de una provincia después de la magistratura, ni tampoco después de su pretura

en el año 62 a. C., lo que se debía en buena medida a no haber sido elegido para tal cargo, porque era un hombre de capacidades modestas y no alguien como Cicerón, cuyo oratoria o habilidad como operador político solo pudiera brillar en Roma.[6]

Conviene no olvidar que incluso un hombre que obtenía la pretura y el consulado y recibía después de cada uno de esos cargos un mando provincial seguía pasando la mayor parte de su carrera en Roma. Un senador no era libre de viajar como él quería y necesitaba un permiso formal del Senado para salir de Italia, algo que solo se le concedía en circunstancias excepcionales. Jóvenes ambiciosos como Cicerón y César fueron al Oriente griego para aprender oratoria, pero una vez que se inscribieron como senadores, puesto al que daba acceso directo el cargo de cuestor, solo podían ir a las provincias en capacidad oficial, como gobernadores, como parte del personal de otro gobernador, como funcionarios, o como parte de una delegación senatorial (que solían estar formadas por juntas de tres personas enviadas a prestar un servicio diplomático).

Había algunos senadores que elegían servir a largo plazo con las legiones, como Marco Petreyo, «militar veterano [*homo militaris*] que durante más de treinta años había sido en el ejército con gran gloria sucesivamente tribuno, prefecto, legado y pretor», pero eran lo bastante raros como para suscitar comentarios al respecto. Cuando Julio César, con cuarenta y un años, llegó a Galia, había pasado un máximo de nueve años en Italia, posiblemente menos. Exceptuando el caso de un puñado de individuos inusuales, para la mayoría de senadores el servicio provincial representaba la interrupción de su vida normal y de su carrera. Muchos agradecían la oportunidad, y casi todos celebraban el honor y sobre todo las ganancias del servicio en ultramar. El poeta Catulo comentaba que la primera pregunta que le habían hecho al volver de un periodo como miembro del

personal del gobernador de Bitinia fue: «¿Cuánto has ganado?». [7]

Con todo, por muy atractiva que resultara una provincia, todos los senadores sabían que, para bien o para mal, se trataría de una experiencia breve antes de retornar a la vida pública en Roma. Los mandos de un año eran bastante comunes y era excepcionalmente raro pasar más de tres años como gobernador. Era muy poco habitual y solo sucedía por mera coincidencia que un hombre regresara como gobernador a la misma provincia en la que había servido como cuestor. Los romanos no sentían demasiada necesidad de especialistas ni en este ni en ningún otro aspecto de la vida pública y la gran mayoría de los gobernadores nunca antes habían visitado la provincia que se les asignaba hasta que llegaban allí como su gobernador. Y mayoría de ellos tampoco prestaba mucha atención a lo que sucedía en el resto del Imperio. Cicerón bromearía más adelante sobre su sorpresa cuando regresó de un mandato como cuestor en Sicilia y se encontró con que algunas personas no habían notado siquiera que había estado ausente mientras que otras habían pensado que estaba en África y no en Sicilia. La indiferencia de sus pares reforzó su opinión de que solo lo que sucedía en Roma importaba realmente.[8]

El Senado le daba instrucciones específicas a cada gobernador (*mandata*), describiendo *grosso modo* sus responsabilidades y tal vez llamando su atención sobre ciertas cuestiones en particular. En el caso de Cicerón, su misión era garantizar la seguridad del rey Ariobarzanes III de Capadocia, cuyo reino limitaba con su provincia. Sin embargo, no se ha conservado copia alguna de este tipo de instrucciones, de modo que resulta difícil saber si eran meros apuntes de sus deberes o descripciones exhaustivas. En el año 59 a. C., Julio César había introducido la última de una sucesión de leyes que regulaban la conducta de los gobernadores, reiterando la prohibición de salir o llevar sus

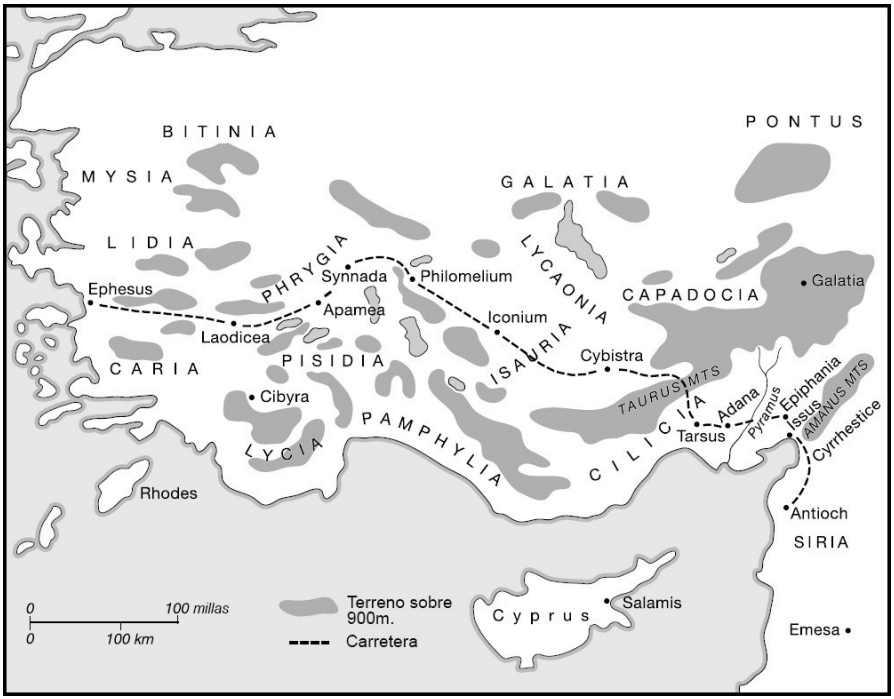
tropas más allá de los límites de sus provincias sin permiso. También regulaba la cantidad de dinero que el gobernador y el personal a su cargo podían solicitar para su manutención mientras llevaban a cabo sus deberes e insistía en que llevaran una contabilidad detallada de todas sus actividades. Ni las instrucciones ni la legislación cubrían las numerosas decisiones diarias, grandes y pequeñas, que se requerían de un gobernador. Simplemente, las comunicaciones eran demasiado lentas para que el Senado pudiera supervisarlas, y, además, el hombre sobre el terreno podía hacer caso omiso tanto de su voluntad como de la ley si consideraba —o al menos eso es lo que podría argumentar— que su actuación redundaba en beneficio de la República. Así, César alegó que todas las intervenciones que fue llevando a cabo cada vez más lejos de las Galias Transalpina estuvieron enteramente justificadas por la situación. Los gobernadores no podían ser retirados de manera prematura de sus cargos una vez se les había entregado el mando y tampoco podían ser controlados de cerca, de manera que sus acciones solo podían ser impugnadas a su regreso a Roma.

Todos los gobernadores emitían un edicto antes de llegar a la provincia o a su llegada. Cicerón siguió la práctica habitual de basar casi todo su escrito en edictos emitidos por anteriores gobernadores. En particular, tomó gran parte del texto y la plantilla general del edicto de Quinto Mucio Escévola, que en su mandato como cónsul en 95-94 a. C. había gobernado Asia de manera ejemplar, por lo que el Senado recomendaba oficialmente que los demás gobernadores copiaran su edicto. El edicto incluía una declaración formal de que las disputas entre los habitantes de las provincias serían resueltas de acuerdo con sus propias leyes. Otra cláusula decía que el gobernador no haría cumplir las condiciones de los contratos que, en buena fe, no merecían ser obedecidas. Cicerón acató esta norma en la práctica y señaló que el procónsul de Siria había propugnado el mis-

mo enfoque, aunque él había redactado la cláusula de modo ligeramente distinto. Esta tendencia a copiar edictos anteriores contribuía a dar cierta continuidad a la administración romana en cada provincia, pero no era una práctica obligatoria y un promagistrado entrante podía efectuar cambios drásticos en el documento, aunque en ese caso corría el riesgo de que esos cambios pudieran usarse en su contra si en algún momento era llevado a juicio.[9]

Durante el periodo que duraba su mandato, no había dentro de su provincia ninguna autoridad superior al gobernador. Eso implicaba que el gobernador debía dar respuesta a muchos asuntos y solucionar un gran número de pequeños problemas locales que, para Cicerón, no eran más que pálidas imitaciones de los graves asuntos que se debatían y decidían en Roma. De ahí su desganado avance y los continuos retrasos en su viaje hacia Cilicia, un viaje que fácilmente podría haberse hecho en la mitad del tiempo. Con todo, también es necesario decir que el Estado hacía muy poco para ayudar a los gobernadores designados a acomodarse en sus mandos. Muy rara vez eran trasladados en un barco de la armada romana, sino que tenían que viajar en alguno de los barcos mercantes que iban en dirección a sus destinos. Tampoco existía ningún tipo de servicio postal oficial que permitiera que el gobernador y el Senado se comunicaran mientras el magistrado estaba fuera de Roma, y toda la correspondencia se llevaba a cabo por medios privados.

Cicerón no era el único que tardó más tiempo del necesario en llegar a su provincia. A pesar de todo, debemos alegrarnos de que el renuente procónsul fuera obligado a alejarse de la animada vida política de Roma, porque, sin duda, las cartas que escribió durante esos doce meses nos proporcionan la imagen más detallada de las actividades de un gobernador romano durante la República.



2. Cilicia

La provincia de Cicerón era prestigiosa, como correspondía a un antiguo cónsul, y estaba guarnecida por dos legiones. Además de la propia Cilicia (equivalente a la mayor parte del sur de la actual Turquía), varias regiones de la provincia de Asia fueron incorporadas a su mando, entre ellas Chipre, anexionada por Roma en el año 58 a. C. Dos importantes reinos aliados, Galacia y Capadocia, limitaban con la provincia y también se esperaba del procónsul que garantizara su estabilidad y su seguridad. Aparte de la misión de proteger al rey Ariobarzanes, Cicerón tenía que hacer frente a la amenaza de un ataque importante por parte de los partos. En el año 53 a. C., la invasión romana de Partia había acabado en el desastre de la batalla de Carras y, desde entonces, se habían registrado varias incursiones

partas en la provincia de Siria. Era muy posible que un ataque a gran escala alcanzara también a Cilicia, y esa posibilidad alimentó el temor de Cicerón de que le pidieran que sirviera en la provincia durante más de un año.[10]

Es un error imaginar a un gobernador romano desfilando con gran pompa, custodiado por apretadas filas de soldados y atendido por un conjunto nutrido y sofisticado de burócratas. El Senado podía llegar a permitir que un gobernador llevara a cabo una leva de nuevos reclutas o incluso que reclutara toda una legión en su provincia, pero únicamente cuando consideraban que era necesario. Es poco probable que Cicerón fuera acompañado por un solo soldado cuando viajó a Cilicia, aparte de un reducido grupo de altos oficiales. El personal del gobernador era conocido como su cohorte. El término había sido tomado prestado del ejército, pero mientras que una cohorte de legionarios, sobre el papel, contaba con cuatrocientos ochenta hombres, un procónsul rara vez disponía de una décima parte de dicha cifra para ayudarle.

La República siempre proporcionaba un cuestor a cada gobernador. Para acceder a la cuestura, la magistratura de menor rango, la edad mínima era de treinta años y, a diferencia del caso de los pretores y cónsules, los cuestores sí se trasladaban a las provincias durante su año en el cargo. Cada año se elegían veinte cuestores, a los que se les asignaban por sorteo sus destinos y sus deberes, de naturaleza predominantemente financiera, pero que podían incluir una gran variedad de otras tareas como, por ejemplo, el mando militar. Pompeyo el Grande y Julio César eligieron a sus respectivos cuestores, pero ese fue un privilegio excepcional que reflejaba su inmensa influencia. Cicerón no conocía apenas al cuestor que le fue asignado. El Senado permitía a los gobernadores disponer de un número determinado de subordinados de alto rango o legados (*legati*) y Cicerón tenía cuatro, dos de ellos antiguos pretores. Uno era su hermano me-

nor, Quinto, que había gobernado Asia y más tarde había servido como legado de Pompeyo durante la guerra contra los piratas, así como con César en las Galias. Todos eran senadores y, en este caso, todos ostentaban mejores credenciales militares que su comandante, pero ese tipo de capacidad no fue necesariamente el factor principal por el que fueron elegidos, dado que todos ellos eran familiares, amigos o amigos de amigos. La palabra con la que se designaba al legado era la misma utilizada para designar a un embajador y estos hombres eran considerados representantes del gobernador, de quien derivaba su propio *imperium*.

Los cuestores eran hombres jóvenes en una etapa temprana de sus carreras, mientras que los legados eran escogidos por el gobernador y podían ser magistrados experimentados o carecer de experiencia. Solo una minoría de los funcionarios de menor rango eran remotamente profesionales en el sentido moderno de la palabra, e incluso estos con frecuencia eran seleccionados por el gobernador. Existía la figura del *accensus*, que era algo así como un secretario jefe encargado de la gestión diaria de los asuntos del gobernador. Por lo general, este hombre era un liberto, a menudo del propio gobernador; aunque en el caso de Cicerón, este eligió a un antiguo esclavo de uno de sus amigos. Los buenos *accensus* necesitaban poseer un gran talento para la administración, pero tenían que ser sometidos a un estricto control. Más de una década antes, Cicerón había advertido a Quinto de que se asegurara de que el liberto no abusara de su posición con respecto al gobernador y de su acceso al sello oficial del gobernador. También había un escribano (*scriba*), en este caso probablemente un liberto de Cicerón, que a menudo trabajaba con el cuestor llevando los registros financieros. Aparte de estos asistentes, el Estado les proporcionaba a los gobernadores los lictores —doce para un procónsul—, que actuaban como guardias, sirvientes y porteros. En ocasiones ofi-

ciales, los lictores portaban las *fasces*, una segur rodeada de un haz de varas y, si el gobernador se lo ordenaba, podían infligir castigos corporales o la pena capital. Otros miembros del personal eran los mensajeros (*viatores*), los heraldos (*praecones*) y los sacerdotes (*haruspices*), encargados de llevar a cabo los sacrificios, en un número aproximado de dos o tres en cada uno de los puestos.[11]

Con todo, la cohorte del gobernador no era tan diferente del personal de un magistrado en Roma y era el equivalente del personal doméstico de un aristócrata. La cohorte se veía reforzada por los libertos y esclavos que tuviera cada gobernador, incluyendo, en el caso de Cicerón, al que fuera su secretario durante largo tiempo, Tiro, además de cocineros y otros funcionarios. Otro grupo eran los «compañeros de tienda» (*contubernales*), formado por los miembros de la familia y los amigos. Cicerón se llevó a su hijo y a su sobrino con él, en parte por la aventura, pero también para que adquirieran experiencia. Los jóvenes aristócratas aprendían sobre la vida pública acompañando a miembros de más edad de su familia mientras estos se ocupaban de los asuntos cotidianos de sus cargos como senadores, ya fuera en Roma o en las provincias.

Aun con estas adiciones, la cohorte del gobernador seguía siendo pequeña. A veces los gobernadores incorporaban a su personal a algunos hombres más, que eran transferidos a esa posición desde la guarnición de su provincia. Entre los deberes del *praefectus fabrum* —no hay una traducción ideal para el título, pero «prefecto encargado de la logística» da una idea aproximada de las tareas comprendidas en el cargo—, se incluía el suministro del ejército, pero a menudo los gobernadores le confiaban responsabilidades más amplias. No obstante, las legiones de esa época no podían proporcionar un gran número de administradores y, como procónsul, Cicerón no tenía recursos suficientes para ocuparse de la administración diaria de las comuni-

dades dentro de su provincia, ni tampoco se esperaba de él que lo hiciera. La costumbre romana era dejar que cada ciudad o agrupación de otro tipo —las tribus eran comunes en algunas regiones, especialmente en el oeste— se gobernaran a sí mismas. El gobernador estaba allí para proteger la provincia contra las amenazas internas y externas, para supervisar la administración y el sistema tributario desde la distancia y para actuar como la máxima autoridad judicial.

Los gobernadores eran el poder militar y civil supremo en su provincia, pero la importancia que cada uno de ambos poderes tenía con respecto al otro variaba de región a región y cambió asimismo con el paso del tiempo. A mediados del siglo I a. C., Asia, África y Sicilia rara vez contaban con una guarnición de legionarios. Es posible que todavía se recurriera a reclutar fuerzas entre los aliados locales y que, a pequeña escala, aún hubiera problemas de bandidaje y piratería en tierra y en mar, o bien otras amenazas a la paz. En Sicilia, en la década de los años 70 a. C., habían estallado rebeliones de esclavos que los vivos todavía recordaban, de manera que en la temporada de la cosecha, uno de los trabajos del gobernador era recorrer la provincia y tratar de identificar cualquier indicio de un nuevo levantamiento. La rebelión de la población libre de las provincias no parece haber sido una amenaza realista en esta época. En cambio, en las Galias, César pasaba la primavera, el verano y el principio del otoño de campaña con el ejército. Aun así, en todos los casos salvo en uno en el que la rebelión lo impidió, todos los inviernos regresaba a su provincia y, por lo general, se dirigía al sur de los Alpes, a la Galia Cisalpina, para celebrar asambleas judiciales.[12]

Simplemente, no existía el aparato burocrático necesario para que un gobernador se estableciera en un lugar durante un año o más y dirigiera la provincia desde allí, por lo que todos los gobernadores se veían obligados a recorrer la zona que es-

taba bajo su control. Las provincias estaban divididas en un número de asambleas (*conventus*) en las que el gobernador hacía una parada, celebraba la sesión y daba la opción presentar apelaciones. Eso significaba que un gobernador pasaba gran parte de su tiempo en movimiento, aun cuando no estuviera involucrado en operaciones militares. Puesto que la pretura no podía asumirse hasta haber cumplido los treinta y nueve años, incluso el gobernador más joven tenía, como mínimo, cuarenta años, y muchos eran mayores. Los niveles de salud y forma física, inevitablemente, variaban. Hombres como Pompeyo y César entrenaban para mantenerse en forma, pero otros probablemente no fueran tan disciplinados. Sabemos de un gobernador pretoriano en Hispania que fue capturado y asesinado por el enemigo porque la tribu no podía creer que alguien tan viejo y tan gordo pudiera serles de alguna utilidad como prisionero.[13]

Cuando estaban con el ejército, los gobernadores iban a caballo o, en ocasiones, incluso marchaban junto a la columna. Cuando solo viajaban con su personal, era poco probable que lo hicieran, excepto para recorrer distancias cortas. Los carros eran una alternativa, pero eso suponía viajar de pie, así que, una vez más, era un método inadecuado para viajes largos y, si se utilizaban, probablemente su uso se limitara a efectuar la entrada en una ciudad con cierto boato. La mayoría de las veces los gobernadores viajaban en un vehículo cerrado de cuatro ruedas (*raeda*) tirado por mulas o por su equivalente local. Las *raeda* permitían un cierto grado de confort, estar al abrigo de los elementos y la posibilidad de descansar o trabajar. César era famoso por dictar a su secretario durante los viajes, escribiendo cartas y trabajos literarios por igual. Aun así, cuando hacía mal tiempo, y en zonas donde las carreteras estaban en mal estado, las largas jornadas pasadas en un vehículo así sin duda reconfirmaban los atractivos de la vida en Roma para un hombre como Cicerón. Por las noches, el gobernador y su personal podían le-

vantar un campamento —la ley introducida por César les otorgaba un subsidio para adquirir tiendas— o bien, si habían llegado a un pueblo o una ciudad, aceptar la hospitalidad de algún hombre importante de la localidad.[14]

Cicerón llegó a Cilicia cuando la campaña de verano ya estaba bastante avanzada, pero hasta aquel momento no empezó a recibir noticias actualizadas sobre la situación militar y la amenaza de los partos. Aun entonces, la información que recibió era incompleta. Cicerón había organizado una reunión con su predecesor, el procónsul saliente Apio Claudio Pulcro, alterando incluso su ruta para poder verle. Esa reunión era una cortesía más que una obligación y habría tenido la ventaja de obtener información actualizada. Pero resultó que Apio no se presentó a la cita, después de haber cambiado de opinión sin molestarse en informar a su sucesor. Al principio, Cicerón tuvo problemas para averiguar dónde se encontraba la guarnición de la provincia. Antes de su llegada, había oído rumores de que el descontento había cundido entre los soldados porque los pagos de su salario se habían retrasado mucho y, posiblemente, por algún otro problema añadido. Al llegar descubrió que cinco cohortes, la mitad de una de las legiones, se habían marchado y habían acampado por su cuenta, sin que estuviera presente entre los soldados ningún oficial. Parecía que Apio conservaba todavía otras tres cohortes —las que más cerca estaban de contar con los efectivos que les correspondían— como escolta, lo que dejaba el ejército establecido en el campamento principal reducido a poco más de la mitad.[15]

Aunque celebró algunas breves asambleas de camino a reunirse con el ejército, Cicerón había reservado el resto del verano para operaciones militares. Reunió a las unidades errantes y la facilidad con que las cinco cohortes amotinadas volvieron al redil sugiere que parte de su rencor estaba dirigido contra Apio o uno de sus subordinados de alto rango más que tratarse

de algo más profundo. Cicerón avanzó con su ejército reunificado hasta las fronteras con Siria, dispuesto a apoyar a Bíbulo en caso de que los partos emprendieran una invasión. También creía que era un gesto positivo para reforzar la voluntad de los reyes aliados de Capadocia y Galacia (y, además, para enviar un mensaje que transmitiera la confianza y poderío del pueblo romano al monarca de Armenia, cuyo reino se extendía al otro lado de los de ellos).[16]

En septiembre algunas incursiones de los partos fueron repelidas, y los informes dejaron claro que no era probable que se produjera una invasión importante en el futuro inmediato. Cicerón decidió lanzar una expedición punitiva contra los pueblos que vivían en el abrupto y montañoso territorio alrededor de monte Amano, que se extendía a lo largo de la frontera entre Cilicia y Siria. Tras fingir que se marchaban, los romanos dieron la vuelta avanzando a marchas forzadas y atacaron, sorprendiendo a los nativos y quemando varios de sus asentamientos. A continuación, Cicerón sitió Pindenissum, una aldea amurallada situada sobre una colina, que se rindió después de resistir durante cincuenta y siete días. El asalto de la aldea dio como fruto un botín que Cicerón le entregó a las tropas, así como prisioneros para ser vendidos como esclavos. Y lo que era aún mejor, este despliegue de la fuerza romana y la disposición de los romanos a atacar incluso una fortaleza menor, persuadió a una comunidad vecina de la conveniencia de enviarle unos emisarios que solicitaron firmar un tratado de paz con Roma.

Cicerón no se hacía ilusiones sobre la posibilidad de que alguien en Roma hubiera oído hablar de su enemigo —«¿Quién demonios son estos *pindenissitae* tuyos?—, escribió el propio Cicerón, anticipándose a la pregunta de su amigo. «Nunca he oído ese nombre». Eso no es culpa mía. No puedo convertir Cilicia en Etolia o Macedonia». A pesar de sus bromas, sus soldados le habían aclamado como *imperator*, y ese era el primer paso

para obtener un triunfo, algo que Cicerón había llegado a ansiar. Poco después, diversas cartas viajarían hacia influyentes senadores instándoles a aprobar la votación para concederle una acción de gracias pública, que era la siguiente etapa en el proceso. No parece probable que hubiera infligido cinco mil bajas al enemigo, incluso si se incluía a los hombres hechos prisioneros en el recuento, lo que constituye un recordatorio de que no debemos suponer que todas las victorias romanas implicaran derramamientos de sangre a esa escala.[17]

Los pueblos de las montañas del monte Amano eran enemigos «perpetuos» que emprendían razias y robos con regularidad. Previamente, Cicerón había explicado que, con frecuencia, las comunicaciones en Cilicia eran deficientes debido a las actividades de los bandidos. Bíbulo pronto siguió su ejemplo y lanzó su propia expedición contra los bandidos del monte Amano, que se encontraba dentro de su provincia, Siria. No cabe duda de que, si los partos se hubieran presentado en mayor número, ninguno de los dos procónsules habría desviado su atención a los pueblos de esa zona. Eso no significa que la hostilidad de los *pindenissitae* y sus vecinos fuera imaginaria. El bandolerismo era y seguiría siendo un verdadero problema en esa área, que se veía acentuado por su ubicación, a caballo entre las dos provincias romanas. Las tribus de los Alpes también eran conocidas por extorsionar a los viajeros e incluso a los ejércitos romanos que se desplazaban a través de los pasos más elevados de las montañas, algo que no cesaría hasta que fueron eliminadas a finales del siglo.[18]

Es demasiado simple pensar que Cicerón se estaba lanzando sin reparos a la caza del triunfo (a pesar de lo desesperado que llegaría a ser su deseo de hacerse con dicho honor). Una vez más, debemos recordar que las principales víctimas del bandolerismo eran las comunidades provinciales más asentadas. Hasta el momento, ningún gobernador había solucionado de forma

permanente el problema, pero eso se debía tanto a una cuestión de recursos y prioridades en competencia como a la falta de interés de Roma en el tema. Cicerón había hecho una exhibición del poderío romano, demostrando que los romanos estaban dispuestos a sitiar y capturar un bastión en la cima de una montaña, aunque la conquista les llevara varias semanas. Su acción les había demostrado a los habitantes de la zona que eran vulnerables a las represalias, aumentando las probabilidades de que se sometieran a las demandas romanas en el futuro. Por desgracia, la expedición de Bíbulo terminó en un desastre menor, con una cohorte entera de legionarios aniquilada por los nativos, lo que agrietó rápidamente la fachada de la fuerza de Roma. Después de eso, uno de sus legados obtuvo una victoria menor, pero la región distaba mucho de estar permanentemente bajo el control de Roma.[19]

Había llegado el invierno, lo que significaba que hasta la primavera o principios del verano, cuando habría suficiente pasto para el pastoreo, no había ninguna perspectiva real de que se produjera una invasión de los partos. Quinto llevó las legiones a los cuarteles de invierno y, el 5 de enero del año 50 a. C., Cicerón se dispuso a regresar al oeste por la calzada principal. Se detuvo en algunas ciudades por el camino y se ocupó de algunos negocios, pero para el 11 de febrero estaba en Laodicea. Allí celebró varias asambleas de gran envergadura, reservando dos semanas para los asuntos de cada una de las seis regiones judiciales. El procónsul no fue a Chipre y, puesto que las leyes de la isla prohibían que se tramitaran litigios en ningún otro sitio, Cicerón envió a un representante para celebrar una sesión en su lugar.[20]

3. Ganar dinero

Como gobernador, la autoridad de Cicerón era suprema, y muchas decisiones dependían enteramente de él. De manera inevitable, eso significaba que había un montón de personas y comunidades que deseaban obtener su favor y asegurarse que se producía un resultado en concreto. La mayoría de los gobernadores y su personal esperaban ser acogidos con el mayor de los lujos cada vez que hacían un alto en una comunidad. Ese trato suntuoso era considerado como el honor normal que correspondía a unos funcionarios de Roma, pero también les brindaba a los anfitriones la oportunidad de establecer un vínculo con el gobernador y sus allegados. Es decir, que ese esfuerzo podía acabar funcionando a su favor, aunque los habitantes de las provincias realmente no tenían elección a la hora de ofrecer esa hospitalidad y podían ser obligados si se mostraban renuentes. A pesar de las regulaciones de la ley Juliana, había poco que pudieran hacer para resistirse a las demandas que se les imponían, o al menos que se les imponían a sus bolsillos. Como hemos visto, en el año 79 a. C. un cabeza de familia y sus vecinos se resistieron por la fuerza al intento de violación de su hija por el legado Verres, pero a la larga el hombre y su hijo fueron condenados y ejecutados por unas acusaciones fabricadas contra ellos. Más tarde, durante su periodo como gobernador de Sicilia entre 73 y 71 a. C., Verres fue acusado de múltiples robos de obras de arte —o de obligar a los propietarios a venderlas a precios absurdamente bajos— de las casas de sus anfitriones. El poder de un gobernador significaba que era imprudente negarle cualquier cosa que pidiera. Era improbable que un hombre corriente corriera ese riesgo e incluso las comunidades tenían escasas posibilidades de éxito si lo hacían.[21]

Si había una guarnición romana en la provincia, entonces el gobernador estaba asimismo en su derecho de exigir que los soldados fueran alojados en las viviendas de los habitantes provinciales. Estos invitados eran menos distinguidos, menos in-

fluyentes y, por regla general, mucho menos bienvenidos, en buena medida porque los costes de mantenerles y acomodarles eran considerables. Una visita que se prolongara durante meses en una ciudad de miles de legionarios, aburridos, demasiado a menudo sin paga y no siempre de buen comportamiento o disciplinados —y, aun así, romanos muy conscientes de que pertenecían a la ciudad que gobernaba el mundo—, difícilmente podía contribuir a la paz y la tranquilidad de una comunidad. Sin embargo, solía haber formas de evitar esa carga y los trastornos que causaba. Cicerón afirma que todas las ciudades se sorprendían cuando no les pedía dinero para poder excusarse de esa tarea:

> Antes de mi llegada, esta época del año se dedicaba a obtener beneficios. Las ciudades más ricas solían pagar mucho dinero para evitar que los soldados se alojaran en ellas durante el invierno: Chipre solía pagar casi doscientos talentos áticos; una isla a la que, bajo mi administración, puedo decir sin faltar a la verdad que no se le ha pedido nada. Están todos atónitos porque no voy a aceptar más honores que los honores verbales. No aceptaré estatuas, ni santuarios, ni estatuas de mí en un carro tirado por cuatro caballos.[22]

Cicerón era inusualmente escrupuloso y trató de obligar a su personal a no tomar más de lo que la ley les permitía cuando viajaban como sus representantes. No lo logró del todo, pero es justo decir que, a grandes rasgos, tanto él como su cohorte se comportaron más o menos tan bien como podría esperarse (representaban una carga para los provinciales, pero una mucho menor que la mayoría de los gobernadores). En privado, Cicerón opinaba que su predecesor en el cargo, Apio Claudio Pulcro, se había comportado como una «bestia salvaje» y «trató de no volver a abrir las heridas [de la provincia], pero son obvias y no pueden ocultarse». El pago para evitar que las tropas se acantonaran en las provincias —y cabe destacar que no había ninguna buena razón militar o logística para enviarlas a Chipre en particular— fue solo una de sus demandas. Como muchos gobernadores romanos, parece que Apio había recibido sobor-

nos para garantizar decisiones favorables. Los juicios se prestaban en especial a los sobornos, no solo con el fin de asegurarse el veredicto, sino para influir en las decisiones sobre dónde tenían lugar, sobre el nombramiento de jueces y las recomendaciones que recibían. Los vencedores en ese tipo de casos solían tener que pagar por su victoria, independientemente de las razones y sinrazones del caso en sí.[23]

Los gobernadores tenían que ocuparse de los conflictos que surgían entre las comunidades y podían tomar la decisión de interesarse en los asuntos internos de su provincia, pero su atención se centraba principalmente en los casos que implicaban a ciudadanos romanos. Como hemos visto, el gran número de comerciantes y empresarios activos en una región crecía con gran celeridad una vez que esta se convertía en provincia. Algunos de los comerciantes eran hombres de gran riqueza, que a veces exhibían de forma ostentosa y hasta vulgar. Cicerón se sintió más divertido que impresionado cuando se encontró con Publio Vedio, «un personaje sospechoso, pero con lazos con Pompeyo». El procónsul se topó con él en el camino, con un gran séquito y dos carros, uno de los cuales llevaba a un babuino como pasajero, así como un carro de caballos tipo *raeda* y una litera. Las literas llevadas por esclavos eran populares y, en la mente romana, estaban asociadas de modo especial con la riqueza oriental, pero eran consideradas un poco inapropiadas. Probablemente, Vedio fuera un équite, pero más importante aún que su cargo era su conexión con Pompeyo el Grande, no solo el general más famoso de Roma y quizá el hombre más rico del Senado, sino que, además, se creía que posiblemente se dirigiera pronto hacia el este para declararle la guerra a los partos. Por lo tanto, a pesar de su opinión sobre Vedio, el procónsul lo trató con respeto y se detuvo a charlar con él. Vedio era asimismo lo suficientemente importante como para ser buen material para el cotilleo y Cicerón se regodeó contando una

historia que escuchó sobre él algún tiempo después: cuando parte del equipaje del Vedio fue abierto por error, se descubrió que contenía pequeños bustos de cinco damas aristocráticas casadas.[24]

Muchos romanos carecían de los contactos de Vedio, pero, como colectivo, los *publicani* eran numerosos e ignorarles podía ser peligroso. La República romana carecía de recursos suficientes para llevar a cabo muchas tareas y, desde sus primeros días, había confiado en ciudadanos particulares para llevarlas a cabo, ya fueran pequeñas cosas como suministrar animales para ser sacrificados en los cultos estatales, o asuntos de mucha más envergadura tales como las obras de construcción y el abastecimiento de los ejércitos. Normalmente, varias personas asumirían esos contratos públicos y, aunque los romanos no desarrollaron nunca nada equivalente al moderno derecho mercantil, las asociaciones sí desarrollaron una identidad de grupo y tenían propiedades. La dependencia de proveedores privados de servicios era común en el mundo griego pero, a medida que el poder romano fue incrementándose, el gran número y escala de los contratos dejaron pequeñas las prácticas anteriores. Polibio afirmó que «casi todos» en Roma estaban involucrados de alguna forma en ese negocio. Los senadores estaban excluidos de la contratación pública, y es evidente que estaba hablando sobre todo de los ciudadanos más ricos y la mayoría de los équites.[25]

En general, el sistema funcionaba con razonable eficacia. Hubo un caso durante la segunda guerra púnica en el que dos de los diecinueve *publicani* contratados para abastecer a las legiones que estaban luchando en Hispania fueron sorprendidos cometiendo un gran fraude: reclamando compensación por cargamentos inexistentes cuando sus decrépitos barcos se perdieron en el mar. Pocas naciones han estado completamente libres de especuladores en tiempo de guerra y es de destacar que los otros diecisiete hicieron un buen trabajo. Después de la de-

rrota de los cartagineses, en Hispania se abrieron nuevas oportunidades para los *publicani*, como las amplias minas de plata cerca de Nueva Cartago. El Estado no poseía la maquinaria necesaria para explotarlas, por lo que licitó los contratos para gestionarlas. Los *publicani* hicieron una oferta en Roma por los derechos de la mina, comprándolos por un importe conjunto que permitía al Estado saber qué ingresos iba a tener. Polibio, que había visitado la zona, afirmó que el Tesoro recibía veinticinco mil denarios al día de esa fuente. Es obvio que los contratistas debían producir más que eso para obtener beneficios y, por lo visto, de hecho los obtuvieron a una escala considerable. Pero la República no siempre estaba dispuesta a brindarles esas oportunidades. Cuando Macedonia pasó a ser una provincia romana, se cerraron las minas reales porque el Senado no quiso ofrecérselas a los *publicani*.[26]

Fue en su papel de recaudadores de impuestos como los *publicani* se ganaron su mala fama y el odio generalizado de la población (de ahí los publicanos despreciados de la Biblia del rey Jacobo, aunque estos eran los agentes locales de las compañías en vez de *publicani* en el sentido estricto de la palabra). En Asia y las otras provincias del este, los contratos para recaudar los principales impuestos se les concedían a ellos, como de hecho muchos otros gravámenes y tributos allí y en el resto del Imperio. Los derechos para recaudarlos eran subastados en Roma por los censores, yendo a parar casi siempre a manos de los licitadores que pujaban las cifras más altas, del mismo modo que los contratos de servicios iban a los que las pujaban más bajas. Una década antes de que Cicerón fuera a Cilicia, los *publicani* que habían adquirido los derechos para recaudar impuestos en Asia solicitaron una rebaja, porque la provincia no estaba en suficientes buenas condiciones para permitirles obtener beneficio y existía el peligro de que incurrieran en pérdidas. Cicerón y muchos otros pensaron que la demanda era escanda-

losa, pero no deseaban oponerse a ella abiertamente. Otros sí lo hicieron y pasaron varios años antes de que las empresas lograron lo que habían pedido.[27]

Las sumas implicadas en los grandes contratos públicos eran inmensas —en muchas ocasiones alcanzaban la cifra de un millón de sestercios que, a finales del siglo I a. C., pasó a ser la cantidad mínima que se requería poseer para ser miembro del Senado— y su riqueza le daba a los *publicani* una influencia considerable. En la mayoría de los casos, la República no tenía más alternativa real que emplearles si deseaba recibir los ingresos de las provincias. El éxito en la política exigía que los senadores gastaran grandes cantidades de dinero, pero buena parte de la riqueza de un senador estaba inmovilizada en las fincas rurales, que eran la fuente de ingresos propia de un aristócrata. Muchos pedían dinero prestado para financiar sus carreras, bastante a menudo a hombres que tenían intereses en las compañías de los *publicani*, de modo que cuando llegaban a una provincia como gobernadores tenían que ser cuidadosos en su relación con ellos. Como Cicerón le contó a Quinto en una carta cuando su hermano era gobernador de Asia:

> Y, sin embargo, a pesar de todas tus buenas intenciones y diligencia, está el grave problema de los *publicani*; si nos oponemos a ellos, alejaremos de nosotros y de la República a una orden que se ha ganado un buen trato por nuestra parte y por la del Estado… y si cedemos ante ellos en todo, permitiremos la ruina de aquellos cuya seguridad y, desde luego, intereses deberíamos proteger.

Encontrar un equilibrio entre las necesidades de los influyentes *publicani* y salvar a la población de las provincias de la penuria exigían una virtud «divina» (algo que su hermano afirmó que Quinto poseía). En Cilicia, Cicerón intentó hacer lo mismo, permitió que las compañías tomaran solo lo que les era debido, pero, al mismo tiempo, insistió en que los habitantes de las provincias pagaran puntualmente. El propio Cicerón sostie-

ne que esto satisfizo a ambas partes, lo que seguramente fuera cierto.[28]

Un gobernador débil dejaba que los *publicani* exprimieran demasiado a la población de las provincias, recaudando más de la cuota legal y, en consecuencia, tal vez forzando a las comunidades a pedir préstamos a intereses desorbitados para poder tener dinero en efectivo para pagar. Un gobernador sin escrúpulos podía hacer cosas aún peores, confabulando con los recaudadores de impuestos y utilizando su autoridad y la fuerza de la que disponía gracias a su mando para su beneficio mutuo. Verres colaboraba con los *publicani* recogiendo el diezmo de la cosecha de grano en gran parte de Sicilia y dio instrucciones a los *publicani* de que destruyeran muchos de los documentos que daban cuenta de lo que estaban haciendo. Unos cuantos gobernadores se opusieron a la extorsión de las empresas, pero cuando Scevola y su legado Rutilio Rufo se resistieron a los *publicani* en Asia, su actitud tuvo como resultado que se entablara un juicio contra este último y, finalmente, que fuera enviado al exilio. A pesar de que sin duda no merecía ese destino, es perfectamente posible que Rufo hubiera aceptado regalos de ciudades agradecidas y fuera técnicamente culpable, aunque la mayoría de los otros gobernadores provinciales también aceptaban tanto o más y nunca fueron condenados. Según Tito Livio, ya en el siglo II a. C., algunas voces del Senado expresaron la opinión de que «donde había un *publicanus*, o bien no había ninguna ley *de facto*, o bien no había ninguna libertad para los habitantes de las provincias».[29]

Los *publicani* eran influyentes porque muchísimos de los hombres que recibían estos contratos eran équites y, a partir de finales del siglo II a. C., la ampliada orden ecuestre desempeñaba un papel más importante en la vida política y, sobre todo, en los juicios políticos. Eran simplemente demasiado importantes como para que la mayoría de senadores corrieran el riesgo de

ofenderles. En la época de Cicerón, esta influencia se vio reforzada por el hecho de que algunos de los aristócratas más poderosos se interesaron por las empresas de recaudación de impuestos, aunque, como senadores, no podían aceptar dichos contratos directamente. Craso, apodado *dives* o «el rico», defendió la causa de los *publicani* que habían solicitado el reembolso tras comprar los derechos para recaudar impuestos en Asia a un precio demasiado alto.[30]

La ley prohibía a los senadores participar en negocios a gran escala y, por ejemplo, no podían ser dueños de un gran barco mercante; sin embargo, como sucedía con la prohibición de licitar los contratos públicos, siempre acababan encontrando formas de burlar esta regla. Había muchos romanos trabajando en las provincias, y todos ellos podían tratar de granjearse el favor y el apoyo del gobernador. No había ninguna garantía de que fueran a conseguirlo y, en casos excepcionales, un hombre como Verres podía incluso llegar a robarles, encarcelarlos o ejecutarlos. Ese tipo de actos incumplían las leyes que protegían a los ciudadanos, pero si el que decidía hacer caso omiso de ellas era un gobernador, entonces no había nadie que pudiera detenerle. Verres alegó más tarde que aquellos hombres eran unos rebeldes que habían luchado en el bando perdedor en la reciente guerra civil de Roma.[31]

Pocos gobernadores se arriesgaban a abusar de los ciudadanos hasta ese punto, pero su respuesta a las apelaciones dependía mucho de su evaluación del individuo en cuestión y, fundamentalmente, de quiénes fueran sus contactos y simpatizantes. Cicerón escribió muchas cartas de recomendación para conocidos a otros gobernadores y recibió otras tantas en las que le recomendaban a hombres que trabajaban en Cilicia, y ese tipo de cartas es la forma más común de literatura que ha sobrevivido del mundo romano. Un magistrado solo estaría en su provincia durante unos cuantos años como máximo, pero los favores que

intercambiara allí podían ayudarle a lo largo de toda su carrera. En 51-50 a. C. Cicerón envió varias cartas a Minucio Termo, gobernador de Asia:

> ¿Puedo por tanto pedirte en virtud de la cercana relación que existe entre nosotros y nuestros muchos, iguales y mutuos buenos oficios que ejerzas tu benévola influencia en favor de Marco Aneyo…?
>
> Hace mucho tiempo que mantengo una relación muy familiar con Lucio Genucilio Curvo, un caballero muy digno que nunca olvida un favor. Te lo recomiendo encarecidamente… Espero que le encuentres acomodo en todos los aspectos que tu conciencia y dignidad permita… porque él nunca te pedirá nada impropio de tu carácter…
>
> Cluvio Puteolano… está convencido de que, a menos que concluya un negocio que tiene en tu provincia durante tu mandato mediante mi recomendación, bien puede darlo todo por perdido…[32]

A veces, antiguos amigos o «asociados» se dirigían directamente al otro para solicitar un favor. Cicerón le había pedido a su joven amigo Celio Rufo que le escribiera informándole de las más recientes nuevas políticas de Roma. A mediados de ese año, Celio fue elegido edil, un magistrado cuyas responsabilidades incluían la organización de los juegos de Roma. Si los juegos complacían a la multitud, sus votos favorables ayudaban a obtener las magistraturas de más rango, pero, inevitablemente, organizar unos juegos espectaculares salía muy caro. Celio le pidió a Cicerón que le enviara varias panteras para exhibirlas y posteriormente soltarlas en la arena del circo para que las cazaran. Esta petición por parte de Celio era normal y, de hecho, un colega de Celio en el cargo, un hombre con ninguna ascendencia sobre Cicerón por lo que sabemos, también le escribió tanteando la posibilidad de que le mandara algunos animales para sus propios juegos. En ambos casos el procónsul se negó, aunque con Celio añadió un toque de humor a la negativa, alegando que las panteras eran los únicos habitantes perseguidos de toda su provincia y, en consecuencia, habían huido al extranjero.[33]

Algunas recomendaciones se solicitaban en nombre de habitantes de las provincias, pero la mayoría eran para romanos. Un hombre llamado Escapcio se dirigió a Cicerón para pedirle ayuda a la hora de recaudar el dinero adeudado por la ciudad de Salamina, en Chipre. Escapcio tenía una carta de Marco Junio Bruto (más tarde, Bruto se haría famoso por ser uno de los asesinos de Julio César, pero en aquel momento era considerado un hombre a tener en cuenta en la siguiente generación de senadores y altos magistrados). Ático, un amigo de juventud de Cicerón que había optado por permanecer en la orden ecuestre y no entrar en política, pero que, aun así, se las arreglaba para conocer prácticamente a todos los personajes importantes, estaba muy interesado en que el orador consiguiera que Bruto estuviera en deuda con él. Escapcio solicitaba que le concediera el rango militar de prefecto y Apio se lo había otorgado, junto con el comando de un par de tropas de caballería (entre cincuenta y sesenta jinetes). Con esa fuerza, había organizado un bloqueo en el ayuntamiento de Salamina encerrando a sus miembros dentro de la cámara municipal y negándose a dejar que ninguno de ellos saliera hasta que cinco de ellos murieran de hambre. Pero ni siquiera esa atrocidad hizo que le entregaran el dinero adeudado.

Cicerón había dejado claro que no concedería puestos militares a nadie que tuviera intereses comerciales en Cilicia, aunque estaba dispuesto a otorgar el vacío título a empresarios de otras regiones. La petición de Escapcio fue denegada y la caballería obligada a retirarse de Chipre, pero Cicerón se comprometió a arbitrar en el asunto. Su edicto establecía que no respetaría ningún contrato de préstamo que requiriera un pago a un interés compuesto superior a la tasa legal del 12 por ciento. Escapcio exigía el 48 por ciento —la diferencia era de entre 106 y 200 talentos— y esa era una suma que los habitantes de Salamina eran incapaces de pagar. (Un talento ático pesaba unos

25,86 kg y estaba valorado en 24 000 sestercios o 6000 denarios en moneda romana). No obstante, a medida que fueron avanzando las negociaciones, Escapcio reveló que, de hecho, el dinero no era suyo, sino que era de Bruto y Escapcio era simplemente su agente local. También citó dos decretos senatoriales que habían sido aprobados para permitir que se realizaran préstamos a una tasa más alta a pesar de lo que rezaba la ley, unas medidas cuya aprobación, evidentemente, Bruto y sus amigos se habían encargado de asegurar. A Cicerón aquello le parecía un acto indignante y afirmó que, de ninguna manera, la ley o su edicto quedaban invalidados y que, en su opinión, el interés compuesto del 12 por ciento ofrecía un beneficio bastante cuantioso. Se negó a ceder ante Bruto a pesar de que recibió repetidas solicitudes, y, en privado, comentó que, ahora que conocía la verdad de las actividades de Escapcio, su estima hacia el prometedor hombre había quedado muy mermada. Con todo, al final la importancia a largo plazo de las amistades en Roma prevaleció sobre el sentido de lo que estaba bien y lo que estaba mal de Cicerón. No obligó a Escapcio a aceptar el pago al 12 por ciento y, por el contrario, le concedió su petición de dejar estar el asunto. Bruto intentaría obtener el 48 por ciento con la ayuda del próximo procónsul.[34]

Julio César dijo en una ocasión de Bruto que «lo que desea, lo desea a muerte» y nada lo pone más claramente de manifiesto que este episodio, un golpe para cualquiera que solo conozca de él la imagen del «romano más noble de todos» de Shakespeare. Sus cartas a Cicerón eran groseras, a pesar de que este último tenía mayor rango y mayor edad que él. A Bruto también le debía dinero el rey Ariobarzanes de Capadocia y el rey Deyótaro de Galacia. En este caso, la tasa no superaba el máximo legal del 12 por ciento, pero Deyótaro era demasiado pobre para pagar nada y Ariobarzanes estaba todavía más endeudado

con Pompeyo y era incapaz de pagar a ninguno de los dos acreedores la deuda completa.[35]

Especialmente con la acechante amenaza de los partos, era importante no debilitar aún más la lealtad o la fuerza de los reinos aliados. Poco después de llegar a Cilicia, Cicerón había impedido un intento de destronar a Ariobarzanes mandando al exilio a un poderoso sacerdote antes de que estallara la guerra civil. El rey estaba agradecido con el procónsul, pero no tendría sentido debilitar su gobierno reclamándole el dinero con excesiva dureza, ya que eso podría provocar más inestabilidad en el reino. Cicerón consiguió que les pagara parte del dinero a los agentes de Bruto, aunque fue solo una fracción del préstamo. Pompeyo salió peor parado en proporción a la suma implicada, pero se dio por satisfecho con recibir una parte de los intereses, y, tras los pagos, Ariobarzanes no quedó en la ruina. El agradecimiento de Bruto fue áspero, y es difícil saber si, sencillamente, era demasiado arrogante para aceptar que pagaran a nadie antes de que sus propias demandas hubieran sido satisfechas, o si estaba tan escaso de fondos que necesitaba desesperadamente el dinero. Los préstamos a habitantes provinciales podrían generar un interés muy alto, pero el riesgo que se asumía era considerable. Como Ariobarzanes, puede que tuvieran muchos otros acreedores y el gobernador romano recibió numerosas demandas de ayuda para exigir el pago de antiguas deudas. Prestar dinero en las provincias les reportó a algunas personas fabulosas ganancias, pero seguramente hubo otros que salieron perdiendo o incluso se arruinaron al ser incapaces de hacer pagar a los deudores.[36]

Como siempre, aquellos que tenían mejores contactos también tenían más posibilidades de conseguir lo que querían. Hizo falta un gobernador excepcional para resistirse a la presión de agradar a otros senadores, sobre todo a hombres de estatus e influencia. Cicerón se sintió profundamente ofendido cuando

Apio no se presentó a la cita que habían organizado para reunirse con él cuando llegó a la provincia. Su gesto no solo fue grosero, sino que le sirvió a Cicerón para descubrir que su predecesor todavía estaba celebrando audiencias, sin duda para hacer favores a sus amigos y llenarse los bolsillos durante un mes más. Se trataba de algo totalmente ilegal, ya que en cada mandato solo un hombre podía sostener *imperium* en una provincia, pero nadie podía detenerlo. A pesar de sus comentarios privados sobre la abominable extorsión practicada por Apio, Cicerón era muy educado en las cartas que le escribía, nunca le dijo nada al respecto y simuló creer que los rumores que afirmaban que Apio continuaba concediendo audiencias no eran más que maliciosos cotilleos. Las respuestas de su predecesor eran ofensivas, quejándose cuando Cicerón revertió alguna de sus decisiones y cuando impidió que las comunidades gastaran más dinero en el envío de delegaciones a Roma para alabar la actuación de Apio en la provincia. Ese tipo de enaltecimiento era algo con lo que contaba la mayoría de los gobernadores, independientemente de lo bien o lo mal que hubieran tratado a la población provincial, pero suponía una costosa carga para las ciudades. Cicerón bromeó diciendo que Apio era como un médico cuyo tratamiento estaba matando a un paciente y, sin embargo, se ofendía cuando algún otro médico aparecía con una cura para su enfermedad, pero continuó siendo escrupulosamente cortés en sus cartas y en ningún momento mencionó las depredaciones de Apio en sus despachos.[37]

Hay que considerar que Cicerón tendría que sentarse en el Senado junto a Apio y los otros antiguos cónsules cuando regresara a Roma, y hacer negocios con Pompeyo, Bruto y todos los demás que le habían instado a que ayudara a sus amigos. Él no llegó hasta el punto de ayudar abiertamente a ninguno de ellos a obtener más dinero de lo que les debían los habitantes de las provincias, ni tampoco obligó a estos últimos a pagar

más de lo que podían permitirse. En un momento dado, Cicerón señaló que cuando investigó las finanzas de las ciudades había descubierto que la mayoría de los magistrados locales habían cometido algún desfalco. El orador se ocupó del tema con discreción: los culpables devolvieron el dinero robado sin decir nada al respecto (lo que hace sospechar que las sumas descubiertas eran solo la punta del iceberg). Ese dinero fue de gran ayuda para restaurar las finanzas de las ciudades y así hacer más fácil que se pagaran los impuestos y las deudas. Por el momento, los *publicani* y los acreedores quedaron satisfechos (aunque con una actitud mezquina en el caso de Bruto).[38]

A pesar de la repulsión que le inspiraban la brutalidad de Escapcio y la avaricia de Bruto a la hora de cobrar su dinero, Cicerón no hizo público el escándalo, del mismo modo que no habló abiertamente de los abusos de Apio. Tampoco dijo nada públicamente sobre la derrota sufrida por los hombres de Bíbulo cerca del monte Amano, aunque este último, a su debido tiempo, obtendría un triunfo por esa campaña. En la concesión del premio influyó el suegro de Bíbulo, Catón el Joven, que, sin embargo, se había negado a votar a favor de organizar una acción de gracias para celebrar el éxito de la campaña de Cicerón a pesar de que este se lo pidiera con la mayor cordialidad. La cortante explicación de Catón de que creía que la justa administración del procónsul era más admirable que el mero éxito militar sonó hueca cuando, posteriormente, brindó respaldo a su pariente. Así era la política, un mundo de favores negociados, de antiguas obligaciones, arreglos y acuerdos que se realizaban con la esperanza de obtener alguna ventaja en el futuro y, en ese sentido, le resultaría familiar a los hombres y las mujeres que han formado parte de la vida pública de muchos países a lo largo de la historia. La buena administración de Cilicia era solo una (y no la más importante) de las prioridades de Cicerón, y su propia reputación actuaba como un mecanismo de control

más fuerte ante la posibilidad de ceder por completo a las presiones de los demás.[39]

Para los estándares romanos, Cicerón gobernó bien su provincia. Ayudado por sus experimentados legados, actuó con prontitud a la hora de brindar su apoyo a Siria contra la amenaza de la invasión parta. Tuvo la suerte de que finalmente no se produjera ningún ataque de envergadura, porque era muy consciente de que su ejército era pequeño, sus dos legiones tenían menos efectivos de lo que les correspondía sobre el papel, el nivel de su entrenamiento era mediocre y la moral no estaba demasiado alta. Los aliados locales, con la notable excepción del reino de Galacia, eran demasiado pobres para reunir cualquier contingente militar significativo. Además, tenía la impresión de que era poco probable que lucharan con demasiado brío en nombre de Roma, dada la conducta de gobernadores como Apio y las constantes exigencias de los *publicani* y prestamistas romanos. Un destacamento del ejército de Cicerón ganó una escaramuza contra unos asaltantes partos y la concentración de sus fuerzas en la frontera constituía un frente valeroso, aun cuando había otras razones por las cuales los partos únicamente realizaban incursiones y no iniciaban una invasión (algo que no harían hasta el año 41 a. C.). La campaña cerca del monte Amano fue una operación útil contra las comunidades que estaban habituadas a saquear las zonas más establecidas de la provincia. Fue un despliegue de poderío destinado a intimidar a los asaltantes e incluyó la quema de varias aldeas, la destrucción completa de una ciudad amurallada, la esclavización de su población, así como la rendición de otras plazas.

Cicerón emprendió la expedición porque tenía un ejército a su disposición y nada más que hacer con él. Si los partos hubieran llegado, la campaña no se habría librado. Es posible que otros gobernadores no hubieran escogido arriesgarse a iniciar operaciones peligrosas en las montañas, pero la mayoría proba-

blemente habría hecho lo mismo que Cicerón. No supuso un esfuerzo concertado para eliminar a los pueblos de esa región y traer la paz y la seguridad permanentes a la provincia, sino que fue un esfuerzo esporádico en esa dirección. La paz en la provincia y la seguridad de los aliados y las comunidades provinciales era un objetivo admirable y una causa apropiadamente justa para entablar una guerra, que, por supuesto, también brindaba oportunidades de gloria y de saqueo. Se trataba de una combinación de ventaja personal y beneficio para la República que los romanos habrían considerado enteramente honorable y justificada. Cicerón consiguió instalar a Ariobarzanes en el trono sin utilizar de forma directa la fuerza militar, tras rechazar la petición del rey de que le enviara varias cohortes de legionarios como refuerzo. En aquel momento todavía se cernía sobre ellos la amenaza de los partos y el procónsul no quería debilitar a su ejército principal, así que su elección buscó equilibrar los recursos empleados con las amenazas a las que se enfrentaban.[40]

Cicerón cumplió con su faceta militar de manera altamente competente y exitosa, y pudo abandonar su provincia al final de los doce meses de mandato antes de que los partos empezaran a tramar algún nuevo ataque. La cosecha del año 51 a. C. fue pobre en las regiones de Asia pertenecientes a Cilicia, aumentando el riesgo de hambruna, sobre todo entre los habitantes más pobres de las ciudades. Cicerón utilizó «su autoridad y poderes de persuasión» para asegurarse de que cualquier empresario provincial o romano que estuviera acumulando existencias de grano pusiera suficiente cereal a disposición de las comunidades, sintiéndose orgulloso de no haber necesitado emplear la intimidación o iniciar acciones legales para lograrlo. En lo administrativo, el procónsul siguió al pie de la letra las condiciones de su edicto, fue ecuánime y coherente en sus juicios, y se mostró muy accesible y disponible, aunque, al cele-

brar la principal sesión judicial en Laodicea, obligó a aquellos que vivían en otras regiones a viajar hasta donde él estaba. Por lo visto, fue resolviendo los casos más rápido de lo que había previsto y no necesitó dedicar a las sesiones todos los días que había reservado para esa labor. Hasta cierto punto, Cicerón comprometió sus propios estándares, en particular cuando no resolvió la situación de los habitantes de Salamina. Posiblemente también aceptara aquellos regalos que le parecieran admisibles, junto con algunas de las demás ventajas de su posición, pues es probable que se lucrara de su mandato como procónsul, aunque fuera solo a través de un porcentaje del beneficio de la venta de prisioneros.[41]

Cicerón estuvo en Cilicia solo doce meses, antes de partir hacia casa y dejar a su inexperto cuestor al mando, a la espera de que llegara un nuevo procónsul. Cicerón habría preferido no hacerlo, pero no tenía a nadie de más rango o digno de confianza que fuera capaz y estuviera dispuesto a aceptar el trabajo. En conjunto, a los habitantes de su provincia les había ido mejor bajo su administración que con algunos de sus predecesores, en especial Apio Claudio Pulcro. Cicerón le había costado a la población de Cilicia menos que la mayoría de los gobernadores, había demostrado ser justo a la hora de juzgar y había mantenido un nivel de seguridad razonable, permitiéndoles continuar con sus vidas. El bandolerismo seguía siendo un problema y seguiría siéndolo por bastante tiempo, y los habitantes de la cordillera de Amano solo habían sido contenidos momentáneamente. La población había librado una gran guerra con Partia y, fueran cuales fueran sus sentimientos hacia los romanos y sus vecinos del este, no habrían querido tener a ejércitos de campaña luchando por sus tierras. Por el momento, la dominación por parte de Roma era un hecho de la vida y sabían muy bien que podía ser mucho menos agradable de lo que Cicerón la había hecho.[42]

VI. LAS PROVINCIAS Y SUS REYES

«En la época de la que estoy hablando, Cumano y su hermano llegaron como parte de una embajada del más joven de los Ptolomeos y Menilo de Alabanda de parte del mayor. Entraron juntos en la casa [Senado], donde mantuvieron una larga y agria discusión; pero cuando tanto Tito como Merula confirmaron las afirmaciones del hermano menor y le apoyaron con vehemencia, el Senado emitió un decreto declarando que Menilo debía abandonar Roma en el plazo de cinco días, que la alianza de Roma con el mayor de los Ptolomeos había concluido y que se enviase una diputación a su hermano menor para informarle de su decisión».

Polibio, década de 140 a. C.[1]

1. Al menos creen que se autogobiernan

En la época de Cicerón había más provincias y gobernadores romanos que en el siglo II a. C., y los procónsules y propretores llevaban a cabo una amplia gama de actividades aparte de su función estrictamente militar. Aun así, su participación en la administración cotidiana de sus provincias era escasa, mientras que, al igual que en el pasado, la dominación o hegemonía de Roma era una realidad lejana que apenas introducía cambios en la vida de una región. Esto era especialmente cierto en el Mediterráneo oriental, donde una sucesión de importantes intervenciones militares no se tradujo en una presencia romana permanente hasta que a Macedonia se le asignó un gobernador y una guarnición en el año 146 a. C. Por regla general, se trataba de un antiguo pretor al mando de una sola legión que, apoyado por sus aliados latinos e italianos, no contaría con más de diez mil hombres. Cuando se creó la provincia de Asia, su guarni-

ción era igual de pequeña o incluso más. Excepto en las raras ocasiones en las que estallaba una gran guerra, no había otros soldados romanos en ningún lugar del mundo griego.[2]

El reducido tamaño del contingente militar permanente que Roma tenía en el Mediterráneo oriental deja claro que no se trataba de ejércitos de ocupación. En el pasado, los reyes de Macedonia habían emprendido frecuentes campañas en su frontera del norte en respuesta al ataque de los tracios y otras tribus que vivían en los territorios que se extendían más allá de los de estos. Roma disolvió el reino tras la derrota de Perseo, pero las cuatro administraciones regionales o *merides* que crearon en su lugar carecían de la capacidad y probablemente de los recursos para desempeñar con eficacia este papel defensivo. En el año 149 a. C., un pretendiente al trono macedonio inició una invasión a la cabeza de un ejército tribal, venciendo a las fuerzas locales y, a continuación, derrotando y matando a un pretor romano enviado contra él. En esta cuarta guerra macedónica, que tuvo lugar en un momento en que la atención romana estaba centrada en la confrontación final con Cartago, las luchas se extendieron hasta Grecia.

Al parecer, la decisión de enviar un gobernador y una legión a Macedonia tenía como objetivo impedir que esta crisis se repitiera. Se mejoraron las comunicaciones con la construcción de la vía Egnatia, que acabaría llegando desde el Adriático hasta la costa del mar Egeo. La vía Egnatia representaba un importante activo en el caso de que los ejércitos tuvieran que atravesar la región para luchar en campañas importantes en zonas situadas más al este, pero es más probable que su misión principal fuera permitir que la guarnición provincial se desplazara y fuera abastecida en todas las estaciones. Aunque se conservan escasos vestigios del siguiente medio siglo, da la impresión de que se emprendieron frecuentes campañas contra tribus como los escordiscos y hubo varias derrotas romanas, así como victo-

rias. Incluso al final del siglo II a. C., cuando Italia se enfrentó a la amenaza de la migración de los cimbros y los teutones, la presencia militar en Macedonia se mantuvo a pesar de la desesperada necesidad de soldados que existía en otras partes. Durante años, los romanos enviaron cónsules a la provincia, lo que supone otro indicio de la importancia que se le daba a mantener la dominación militar en la frontera. Es obvio que el Senado consideraba que la hegemonía en esa área era esencial y no una mera oportunidad para que los gobernadores fueran a la caza de triunfos.[3]

Los asuntos militares mantenían ocupados a los gobernadores de Macedonia y, en una ley aprobada en torno al año 102 a. C., fue necesario estipular que debían pasar sesenta días dedicados al ámbito de la justicia y la administración en el área de Quersoneso, que había sido recientemente añadida a sus responsabilidades. No tenían ni el tiempo ni la autoridad para visitar las zonas al sur de Grecia y, en la práctica, las comunidades que habitaban allí gestionaban sus propios asuntos. No hay pruebas convincentes de la presunta preferencia romana por instalar a oligarcas en las ciudades-estado y eliminar las democracias. Ni tampoco existía ningún tipo de interferencia rutinaria, frecuente o incluso periódica en la política interior y exterior de las ciudades de Grecia por parte de los romanos. A Roma le preocupaba cualquier amenaza seria que se cerniera sobre su *imperium* entendido como su poder y dominación, pero eso no significa que respondiera de forma automática y agresiva ante cualquier desaire sufrido por sus representantes.[4]

En 87 a. C., una cohorte de soldados romanos se estableció en la ciudad de Queronea durante los meses de invierno. El oficial al mando le hizo insinuaciones sexuales a un joven de la localidad llamado Damon, recurriendo a las amenazas después de que los regalos y la persuasión hubieran fracasado. Repelido y asustado, Damon y un grupo de dieciséis amigos suyos se

emborracharon, se untaron las caras de negro con hollín y atacaron al oficial al amanecer mientras este estaba realizando un sacrificio en el mercado. Tras matar al oficial y a varios soldados, los asesinos huyeron hacia el campo. En su ausencia, fueron condenados a muerte por el cabildo de la ciudad, pero los jóvenes regresaron esa noche y asesinaron a varios de los magistrados principales antes de desaparecer otra vez. Durante un tiempo, Damon y sus amigos vivieron como bandidos. Un legado romano fue a la ciudad para recoger al resto de los soldados e incorporarlos a su ejército. Investigó el asunto y consideró que los oficiales habían actuado correctamente. No obstante, un poco más adelante, a Damon se le concedió una amnistía y volvió a ocupar el prestigioso puesto de *gymnasiarch* (el encargado jefe del gimnasio de la ciudad, el símbolo por excelencia de la buena forma física, la competición y la cultura helénicas). A pesar de ostentar ese honor, fue asesinado mientras estaba en el baño. Entonces, una ciudad vecina fue a ver al gobernador de Macedonia, afirmando que los líderes de Queronea habían participado en las matanzas originales. Como abogado, los próceres de Queronea contrataron a un romano, sin duda con la esperanza de que eso jugara a su favor, pero, después de que el legado fuera contactado por carta y confirmara su sentencia original, la acusación fue desestimada.[5]

Tanto el legado como el gobernador de Macedonia consideraron que las autoridades de la ciudad habían tratado el asunto con justicia y se mostraron dispuestos a dar por concluido el asunto. Sin duda, su actitud se debió en parte a la conducta deshonrosa del oficial asesinado: la homosexualidad entre los soldados romanos era castigada con la pena de muerte, mientras que los líos amorosos con muchachos o jóvenes civiles, a pesar de que no eran ilegales, en general no estaban bien vistos. Sin embargo, llama la atención que el asesinato de un oficial del ejército no despertara un deseo instintivo de venganza. Tal vez

los romanos no supieran que Damon había sido indultado y honrado por su ciudad, porque no se conserva indicio alguno de que se tomaran ninguna molestia para averiguar lo que le había sucedido o para asegurarse de que las autoridades locales lo apresaban. Sencillamente, no pareció preocuparles cómo se resolvía el asunto ni se irritaron en lo más mínimo por el hecho de que el culpable se librara de recibir un castigo oficial y, en cambio, le concedieran un prestigioso puesto. Queronea era una ciudad aliada de Roma, se había comportado correctamente en su respuesta inicial y estaba en todo su derecho de imponer sus propias leyes como considerara apropiado. El caso fue sacado a la luz por otra ciudad griega, Orcómeno, una antigua rival de Queronea, con la intención de perjudicar a su vecino y confiando en granjearse el favor de Roma.[6]

Se podría escribir una historia de las ciudades de Grecia —y, por supuesto, de los reinos y ciudades-estado de Asia y zonas todavía más remotas— durante los siglos I y II a. C., en la que Roma desempeñó un papel menor e incluso, durante buena parte del tiempo, irrelevante. Las antiguas rivalidades como la que existía entre Queronea y Orcómeno continuaron influyendo en el desarrollo de los acontecimientos, como también lo hizo la política interna de cada comunidad. En ocasiones, ambos factores intervenían de manera violenta, como en el caso de Damon y su asesinato de dirigentes cívicos, su subsecuente rehabilitación y el propio asesinato del joven. Se siguieron librando guerras a gran escala entre reinos y comunidades tal y como había sucedido en el pasado. Aquella era una región que rara vez había conocido largos periodos de paz y solo brevemente, bajo el dominio de Alejandro Magno, había sido un único Estado. A partir de su muerte, los principales reinos sucesores habían competido por el poder, atacándose entre sí al menor atisbo de debilidad y sellando y rompiendo alianzas según lo dictaba la conveniencia. Ninguno de los reinos consiguió nunca ob-

tener una ventaja permanente y, poco a poco, su poder se fue viendo erosionado por estos conflictos y por la competencia por la supremacía entre sus dinastías reales. A medida que su poder disminuía, otros reinos más pequeños empezaron a florecer, siendo Pérgamo, Bitinia y Ponto en Asia los que mayor desarrollo alcanzaron.[7]

Tiempo después, Roma depondría al rey Perseo y desmantelaría Macedonia. El seléucida Antíoco III fue derrotado en 189 a. C., pero esa derrota distó mucho de ser un golpe fatal a su poder y, al poco, el reino había recuperado gran parte de su fuerza. El tratado de paz impuesto por Roma le impidió mantener ciertos activos militares, tales como navíos y elefantes de guerra, pero los romanos no emprendieron ningún tipo de esfuerzo concertado por mantener vigilado al rey o a sus herederos. En el año 163 a. C., una embajada romana que estaba recorriendo el este para reafirmar alianzas existentes, descubrió que los seléucidas poseían un gran número de los dos artículos prohibidos y ordenó que las naves fueran quemadas y los animales paralizados cortándoles el tendón del corvejón. Un año más tarde, el antiguo cónsul que lideraba la embajada fue asesinado en el gimnasio de Laodicea por un hombre de la localidad, al que le había indignado semejante humillación. Roma no tomó ninguna represalia, ni siquiera cuando el asesino viajó a Italia y se puso a disposición de la justicia. El incidente tuvo lugar en un momento en que la República no tenía otros compromisos militares de importancia, pero el asesinato no fue considerado como una agresión contra el *imperium* de Roma, sino como la acción de un individuo que no contaba con la autorización del nuevo aspirante al trono. Es posible también que en Roma opinaran que el embajador se había comportado con excesiva severidad. Cada pocas décadas una partida encabezada por un senador de alto rango se desplazaba al mundo helénico a visitar aliados y a renovar sus lazos con Roma. En general, la

visita servía para confirmar las relaciones existentes y no se esperaba que introdujera cambios radicales, sino que se centraba en reunir información sobre los lugares que visitaban.[8]

El desinterés caracterizaba la actitud romana hacia la mayoría de los acontecimientos del mundo helénico después de los graves conflictos bélicos que se produjeron en las primeras décadas del siglo II a. C. Casi todos los reinos y ciudades de la región eran aliados de Roma (o si no, estaban deseosos de obtener ese estatus). Como sucedía en las Galias, los romanos rara vez decidían tomar partido en las luchas entre sus aliados y amigos, a menos que estos tuvieran un impacto directo sobre el poder y los intereses de Roma, algo muy raro antes de la anexión de Asia como provincia. Roma estaba lejos y no seguía con atención los acontecimientos de la región, pero su aplastante poderío militar era un factor que debía ser tenido en cuenta por las comunidades y líderes helénicos. Al igual que a los caciques de las Galias y de otros lugares, la posibilidad de obtener apoyo romano les resultaba muy atractiva. Como mínimo, tenían que cerciorarse de que sus rivales no obtenían esa ventaja y la utilizaban contra ellos, por lo que lo mejor era ser los primeros en actuar y asegurarse de conseguir la buena voluntad de Roma. Para los líderes griegos, los romanos eran simplemente un jugador más que añadir a las numerosas potencias, grandes y pequeñas, que competían en la escena internacional. Las reglas básicas del juego no habían cambiado.

Las embajadas romanas en el este eran muy poco frecuentes, pero el tráfico de embajadores en dirección contraria era constante. La presencia de un procónsul y una guarnición en Macedonia también tuvo como resultado la aparición de un flujo constante de enviados que se presentaban ante el magistrado para solicitar la amistad de Roma o algún tipo de apoyo, que no necesariamente era un favor específico. Una petición común era que el procónsul arbitrara en un conflicto con otra comuni-

dad. Anteriormente, ese tipo de solicitud había sido dirigida de manera rutinaria a los reinos helenísticos o a las principales ciudades y ligas, y algunas comunidades continuaron apelando a ellos en vez de a Roma. Era una oportunidad de mostrar respeto a un Estado poderoso y renovar o crear un vínculo de amistad. Normalmente, se le pedía a una tercera parte que se ocupara de facilitar los jueces que decidirían sobre el caso, dando así a todas las partes involucradas la oportunidad de consolidar sus buenas relaciones con otra comunidad. Una vez más, esa era «la forma habitual de hacer las cosas» en el mundo griego, y los romanos fueron incorporados a esa rutina como una potencia más del mundo helénico. Los romanos no actuaron en respuesta a todas las apelaciones, invariablemente delegaron la tarea de decidir el asunto a una tercera persona y no mostraron ningún interés real en el resultado, y mucho menos en que se respetara esa decisión. No cabe duda de que la comunidad que primero apelaba a Roma, esperaba que el respeto mostrado ante su *imperium* beneficiara su causa y, por norma general, la apelación empezaba con un recordatorio de la amistad y lealtad manifestadas en el pasado.[9]

La mayoría de las veces, sabemos de una apelación a Roma porque el caso se registró en una inscripción realizada por la ciudad en cuestión para conmemorar la decisión (algo poco probable a menos que los romanos hubieran decidido actuar). Aun así, la participación de los romanos era mínima. La segunda guerra macedónica fue declarada en 200 a. C. en respuesta a los llamamientos de ayuda contra Filipo V de Atenas y otros Estados, pero el monarca ya era considerado un enemigo de Roma por haberse aliado con Aníbal en la hora más oscura de Roma. La intervención militar era extremadamente rara y solo tenía lugar cuando se percibía que redundaría en interés de Roma. En el año 169 a. C., los seléucidas invadieron el Egipto ptolemaico. El Senado retrasó la toma de decisiones con res-

pecto a su actuación durante varios meses, de modo que ninguna embajada fue a Egipto hasta el año siguiente. Su líder, Cayo Popilio Lenas, alentado por la noticia de la reciente victoria decisiva de Egipto sobre el rey macedonio Perseo, actuó con suprema confianza en sí mismo. Cuando se reunió con el rey Antíoco IV, se negó a estrecharle la mano y, sin rodeos, exigió que el rey seléucida retirara su ejército. Antíoco pidió tiempo para consultar con sus asesores, pero Lenas utilizó su bastón para trazar un círculo en la arena en torno al rey y exigió una respuesta antes de que este saliera del círculo. El rey seléucida se retractó y se retiró a su propio reino.[10]

Este es un ejemplo de la versión más brutal de la diplomacia romana, con un senador obligando a un rey extranjero y a su ejército a ceder ante sus demandas a pesar de tener como único respaldo la amenaza distante de la fuerza militar. El incidente se hizo famoso y, conocido como «el día de Eleusis», se convirtió en una gran fuente de orgullo para los romanos, aunque esa fama no debe ocultar la verdad fundamental de que tal comportamiento era muy poco habitual. La República mostraba una fuerte renuencia a iniciar aventuras militares en el este cuando su único fin era apoyar a sus aliados de la zona. Una de las razones era la sustancial demanda militar de las fronteras en la Italia septentrional, primero, y la Galia meridional, después, así como en Hispania. A Roma le complacía obtener nuevos aliados en el este tanto como en otros lugares, pero hubo innumerables ocasiones en las que rechazaron ofertas de ayuda de las comunidades griegas porque no deseaban quedar en deuda con ellas y adquirir un compromiso para el futuro. Los líderes helénicos sabían que no podían confiar en el respaldo romano para garantizar su propia seguridad, de modo que continuaron persiguiendo sus ambiciones de la misma forma que habían hecho hasta entonces. Roma rara vez actuaba, e incluso cuando sí intervenía, a menudo no insistía en lograr que su bando se saliera

con la suya. Los líderes más astutos también sabían que, con el tiempo, no era difícil que el descontento de Roma se disipara por sí solo, por lo que invadían a sus vecinos o derrocaban a miembros de su familia para hacerse con el poder. Había bastantes probabilidades de que el Senado aceptara un hecho consumado.[11]

2. Las negociaciones con Roma

El Senado romano estaba totalmente absorbido por el ciclo anual de la política, por los asuntos internos y la competencia entre sus miembros, así como por la necesidad de declarar una guerra o lidiar con los peligros más importantes que amenazaban los intereses de la República. No tenía suficiente tiempo, conocimientos ni maquinaria administrativa para observar de cerca e involucrarse en los complejos y cambiantes asuntos de los numerosos Estados y reinos del mundo. Las alianzas variaban en el grado de amistad que representaban, pero rara vez requerían el apoyo militar directo cuando el aliado era atacado (sobre todo si el atacante era otro aliado). Sacarle todo el partido a la reputación e influencia de Roma, por no hablar de llevar a cabo algún tipo de acción directa, exigía un esfuerzo considerable. El gobernador de Macedonia podía ser persuadido para tomar una decisión que actuara como medio de arbitraje en un conflicto, pero no tenía autoridad para crear una alianza, aunque podía recomendar al Senado que se creara. Ahora bien, como mínimo, volvería a Roma al final de su mandato y, por consiguiente, los honores que se le rindieran podían contribuir a que el Senado le escuchara con más interés.

La forma más efectiva de granjearse el favor romano era presentarse en la propia Roma, pero no había ninguna garantía de que el Senado fuera a concederle audiencia a una legación por

el hecho de que estuviera allí. La mayor parte de las embajadas que conseguían ese honor eran recibidas en febrero, y solo un asunto que tuviera una repercusión inmediata y profunda para la República tenía posibilidades de ser escuchado en otros momentos del año. El número de delegaciones que solicitaba una audiencia era muy alto y el tiempo era limitado, así que la mayoría tenía que contar con un periodo de espera de meses o incluso años. Los embajadores sensatos iban a las casas de los senadores al principio de la mañana, cuando estos recibían a amigos, clientes y peticionarios en la sala de recepción o *atrium*. Dado que la presencia de representantes de comunidades o reyes extranjeros incrementaba la reputación del anfitrión, la esperanza del embajador era que, si este deseaba que su reputación siguiera mejorando, hiciera algo por él. No obstante, había unos trescientos senadores —seiscientos tras la ampliación del Senado durante la dictadura de Sila— y solo un pequeño porcentaje de ellos tenía el suficiente prestigio para disponer de una verdadera oportunidad de proponer algo en una reunión. [12]

Haber tenido un contacto previo era una ventaja, porque si un senador o sus antepasados habían brindado ayuda a una comunidad en el pasado, tenían la obligación de volver a hacerlo, lo que a su vez reforzaría su prestigio como patrón de una comunidad extranjera. Se esperaba que el conquistador de una región se convirtiera en el patrón de los pueblos de la zona, al igual que los gobernadores sucesivos, por lo que, a medida que Roma iba adquiriendo nuevas provincias, más comunidades iban estableciendo ese vínculo con ella. También merecía la pena cultivar la amistad de cualquier romano de prestigio que pasara por una ciudad. Muchos jóvenes aristócratas viajaban al mundo helénico para estudiar oratoria antes de comenzar su carrera oficial, entre ellos Cicerón y Julio César, que pasaron un tiempo en Rodas. Otros pasaban por Grecia en su camino ha-

cia los mandos de Asia y, más tarde, Cilicia. Atenas poseía una clara ventaja que derivaba de su preeminencia como centro de la cultura griega, algo que llegó a obsesionar a la élite romana en el transcurso del siglo II a. C. Como diría Horacio más tarde: «La Grecia conquistada conquistó a su fiero vencedor».[13]

Muchos senadores hacían una pausa durante sus viajes oficiales para visitar Atenas, donde eran recibidos con gran ceremonia y llevados a inspeccionar un desfile de *ephebes,* los ciudadanos jóvenes en periodo de entrenamiento militar. Era común que los visitantes fueran iniciados en los sagrados ritos de los misterios eleusinos. Cicerón nos cuenta que Lucio Licinio Craso, un cuestor que regresaba de un desplazamiento a Asia y que más adelante se haría famoso como orador, llegó dos días tarde a la ceremonia y pidió a los atenienses que lo organizaran todo otra vez para que él pudiera participar. Los atenienses se negaron y Craso, malhumorado, acortó su visita. No estaban obligados a satisfacer todas las demandas de todos los senadores, en especial en una ciudad tan famosa como Atenas. El Egipto ptolemaico creó algo parecido a un recorrido oficial por sus monumentos para los romanos que estaban de visita, que incluía un viaje por el Nilo y la oportunidad de ver cómo alimentaban a los cocodrilos sagrados. Los visitantes romanos eran mimados y entretenidos, pero no podían hacer lo que quisieran impunemente. Cuando un visitante mató de forma accidental a un gato —un animal considerado sagrado por la antigua tradición —, fue linchado por una turba de ciudadanos alejandrinos. El simple hecho de ser romano no hacía a los visitantes inmunes a los tabúes locales.[14]

El prestigio de la comunidad o líder que enviaba una embajada a Roma aumentaba las posibilidades de captar la atención de los senadores y, con el tiempo, llegar a conseguir una audiencia en el Senado. La elección de los embajadores era casi tan importante como el prestigio de quienes los enviaban. La

habilidad en la oratoria era esencial y cualquier cosa que los distinguiera como personas dignas de respeto era una ventaja. En una ocasión, Atenas envió a los jefes de todas sus escuelas filosóficas como parte de una embajada. Haber tenido éxito en el pasado también era recomendable, ya que demostraba que un hombre sabía cómo sacar provecho del sistema. Algunos oradores hicieron múltiples visitas a Roma. Una inscripción en Asia conmemora no menos de cinco exitosos viajes a Roma realizados por el orador Menipo de Colofón en nombre de su ciudad natal a finales del siglo II a. C., afirmando que «mantenía la fuerza de las leyes con respecto a todo tipo de acusación, incluso en los casos en los que había romanos implicados». Una vez, después de que un ciudadano de Colofón fuera acusado de matar a un romano, había sido llamado a Roma por orden de los magistrados romanos. Menipo había logrado que se restableciera un dictamen senatorial que declaraba que incluso casos de este tipo debían ser juzgados en Colofón de acuerdo con las leyes de la ciudad.[15]

En general, los romanos respetaban los precedentes y trataban de ser coherentes en sus decisiones, lo que implicaba que, en ocasiones, necesitaban que les recordaran pasados dictámenes porque carecían del apoyo burocrático para tener esa información siempre al alcance de la mano. Además de por sus conocimientos y contactos, muchos embajadores hacían regalos a hombres destacados con la esperanza de ganarse su buena voluntad o incluso su apoyo activo. Cicerón menciona que Cleopatra había prometido darle varios libros durante una de sus visitas a Roma, regalos «que tenían que ver con el aprendizaje y no insultaban mi dignidad» (y se molestó cuando los libros nunca aparecieron). Consideraba que un regalo de este tipo era enteramente honorable y adecuado. En otras ocasiones, se hacían regalos en dinero o en obras de arte, a veces en una escala considerable. Una vez, el Senado prohibió oficialmente a un

grupo de embajadores que pidieran prestado más dinero en efectivo en Roma porque lo que estaban haciendo con él era simplemente repartirlo para comprar apoyo senatorial. Yugurta gastó grandes sumas de dinero para conseguir apoyo para matar a sus hermanos y hacerse él solo con el poder, y se supone que afirmó que Roma era una «ciudad venal y que perecería pronto si encontrase un comprador».[16]

El rey númida fue uno de los muchos monarcas que viajó a Roma para presentar su caso en persona. Los visitantes reales eran los peticionarios más prestigiosos de todos, pero su estatus por sí solo no garantizaba que obtendrían lo que querían o que serían recibidos. Yugurta se presentó en Roma sin su regalía real, vistiendo ropa destinada a inspirar piedad. Los senadores romanos se sentían más que iguales ante cualquier rey y esperaban que los reyes actuaran en consecuencia, de manera que era poco probable que la pompa y la ceremonia crearan buena impresión. En 167-166 a. C., Prusias II de Bitinia explotó ese sentimiento de una forma que el historiador Polibio encontró despreciable. Cuando los embajadores romanos llegaron a su propia corte, el rey se afeitó la cabeza y se puso el gorro en forma de capuchón, la toga y unos zapatos de estilo romano usados en Roma por los esclavos que recibían la libertad y afirmó: «En mí tenéis a vuestro liberto, deseoso de granjearse vuestra simpatía e imitar todas las cosas de los romanos». Cuando viajó a Roma y le fue concedida una audiencia en el Senado, se postró en el suelo de la cámara y saludó a los senadores llamándolos «dioses salvadores». Para Polibio eso hacía «imposible para cualquiera después de él superarle en falta de hombría, afeminamiento [sic] y servilismo», pero Prusias recibió una respuesta favorable, mientras que a un príncipe rival que fue a Roma un poco después ni siquiera se le concedió audiencia.[17]

En Egipto, los Ptolomeos dedicaban gran parte de su tiempo y esfuerzos a librar terribles luchas por el poder dentro de

su propia familia. Los hermanos Ptolomeo VI y Ptolomeo VIII conspiraron y lucharon entre sí por el poder durante décadas, y ambos trataron de obtener el apoyo del Imperio viajando a Roma con la esperanza de conseguirlo. Después de que su hermano y su hermana enviaran a distintos emisarios que se vistieron y actuaron como el más humilde de los suplicantes, Ptolomeo VI adoptó un enfoque muy diferente aunque igualmente extremo en su deseo de no parecer excesivamente orgulloso o exigir cualquier cosa del Senado. Expulsado de su reino, viajó a Italia como un ciudadano particular y luego tomó residencia en una de las zonas menos de moda de Roma, compartiendo alojamiento con un escritor o artista griego (nuestras fuentes no son claras sobre este último punto). No se acercó al Senado en absoluto, sino que esperó a que su condición llamara su atención. Una vez sucedió esto, fue llevado al Senado, órgano de gobierno de Roma, donde le pidieron disculpas por no haber actuado antes, le dieron dinero e insistieron en que volviera a vestirse y vivir en un estilo más apropiado. La estratagema tuvo éxito hasta cierto punto, pero aun así el respaldo realmente se limitó a dar instrucciones a unos emisarios de que, ya que iban hacia el este, añadieran Alejandría en su itinerario. Un siglo más tarde, el padre de Cleopatra, Ptolomeo XII, fue expulsado de Egipto. Fueron necesarios sobornos a gran escala para obtener el respaldo de varios senadores poderosos, más dinero aún para garantizar un decreto senatorial a su favor y luego nuevos sobornos y aguardar por un plazo de varios años antes de que el procónsul de Siria marchara con sus legiones hacia Egipto y restaurara al rey en el poder.[18]

La actitud de los romanos empezó a cambiar cuando Roma adquirió más provincias y las luchas de poder de los reinos y Estados vecinos empezaron a plantear amenazas más directas a sus intereses (de ahí las instrucciones que recibió Cicerón de intervenir en favor de Ariobarzanes en Capadocia). Aun así, en

general, seguían siendo los aliados quienes tomaban la iniciativa de buscar la ayuda de los romanos, puesto que todavía necesitaban obtener el apoyo del gobernador y mandar una embajada o ir a Roma para influir en el Senado. Lo mismo sucedía en las comunidades de las provincias, donde la presencia de un gobernador inevitablemente significaba que un romano estaba involucrado en más decisiones y, por tanto, que había más oportunidades para buscar su arbitraje o su ayuda. Como hemos visto, el margen de maniobra del gobernador estaba restringido por severos límites y gran parte de las acciones y decisiones continuaban recayendo en las comunidades locales.

Las provincias romanas no estaban desarmadas, y se esperaba que las propias ciudades y demás grupos emprendieran acciones militares para luchar contra la piratería y el bandolerismo y, al menos en parte, se hicieran cargo de su propia defensa. Varias ciudades de Sicilia, Grecia, Asia y Cilicia construyeron, mantuvieron y tripularon barcos de guerra como parte de las obligaciones incluidas en el tratado firmado con Roma. Mientras estaba estudiando en el este, el joven Julio César fue capturado por unos piratas que exigieron un rescate por él. Una vez liberado, persuadió a algunas ciudades aliadas para que le proporcionaran un escuadrón de naves y se lanzó al mar para capturar a la banda de piratas. Solo entonces se dirigió al gobernador de Asia, que probablemente estuviera inmerso en muchas otras preocupaciones. Nuestras fuentes no sugieren que convenciera a un oficial romano para que se pusiera al frente de las naves de guerra. Aquí, como era frecuente en otros lugares, el mando fue confiado a los hombres locales. En 74 a. C., durante un segundo periodo de estudio, César, por propia iniciativa, se puso al frente de unas fuerzas autóctonas para expulsar a una partida de asaltantes enviados a Asia por Mitrídates del Ponto. **[19]**

Otra de las labores que se esperaba que desempeñaran los aliados era reclutar fuerzas de la zona. Sicilia había sufrido dos rebeliones de esclavos de importancia en las últimas décadas del siglo II a. C. y, en ambos casos, se habían desplegado las tropas locales, además de ser convocados de forma regular en previsión de futuros levantamientos a partir de entonces. Las revueltas no eran un problema exclusivamente romano: Atenas sofocó por lo menos una revuelta de siervos más o menos en las mismas fechas. Roma siempre había dependido de los contingentes de soldados aliados para complementar las legiones y, a veces, estas constituían la mayor parte o la totalidad de las tropas disponibles. Las etapas iniciales del primer conflicto con Mitrídates fueron libradas casi en su totalidad por aliados locales dirigidos por un gobernador y su legado. Muchas comunidades provinciales conservaban cierta capacidad militar, a menudo reforzada por las instituciones que tradicionalmente se habían ocupado de reunir y equipar a los soldados, así como de elegir o nombrar a los oficiales que los liderarían. Los aristócratas locales tenían la posibilidad de cubrirse de gloria luchando en nombre de su ciudad natal aun cuando combatían en calidad de aliados de Roma. Las excavaciones en una casa de Segesta, en Sicilia, que datan de finales del siglo II a. C., revelaron una sala decorada con tallas de ocho espolones de barcos de guerra, símbolos tradicionales de las victorias marítimas. La única diferencia respecto del pasado era que, dentro de la provincia, ya no eran libres de declararles la guerra a sus vecinos y, en su lugar, tenían que emplear los medios legales para resolver sus diferencias. Los reinos aliados limítrofes con las provincias no se sentían obligados a respetar tal restricción, como demuestran los frecuentes golpes de palacio y guerras civiles.[20]

Aunque un gobernador ostentaba el poder supremo en su provincia, era posible apelar por encima de él al Senado, si bien era un proceso difícil y a menudo poco práctico si el goberna-

dor estaba en la provincia solo durante un año. Una de las víctimas de Verres en Sicilia había logrado que le concedieran una audiencia en Roma, pero los senadores acordaron permitir que el padre del gobernador se ocupara del asunto tratando de convencer con serenidad a su hijo de que cambiara su decisión. Verres hizo caso omiso de su consejo, juzgando al hombre en su ausencia e intentando posteriormente manipular el registro oficial. El Senado no hizo nada más al respecto. En la mayoría de los casos, las quejas no se presentaban hasta después de que el gobernador en cuestión hubiera regresado a Roma. En el año 140 a. C., una delegación de Macedonia acusó a Décimo Junio Silano, antiguo pretor y gobernador de la provincia, de haberse apropiado de fondos provinciales de manera indebida. Cuando el Senado escuchó la queja, accedió a la petición elevada por el progenitor de Silano de investigar el asunto personalmente. La severa conclusión del padre fue que su hijo no había sido capaz de estar a la altura de los estándares de su orgulloso linaje. Silano se ahorcó.[21]

La única restricción significativa sobre las acciones de un gobernador era el temor a los ataques que podía sufrir a su regreso. Hasta entonces, cuando aplicaba su *imperium*, podía incluso ignorar las instrucciones directas del Senado mientras permaneciera en su provincia. Eso significaba que, como mucho, la justicia se hacía cumplir *a posteriori*. En el año 171 a. C., unos representantes de distintas ciudades de Hispania se presentaron en Roma para denunciar la conducta de varios de los hombres que habían sido enviados a gobernar la provincia, pidiéndole a los senadores que «no permitiera que sus aliados siguieran siendo tan miserablemente depredados y acosados por sus enemigos». Al descubrir que grandes sumas de dinero habían sido extorsionadas a la población provincial, se estableció un tribunal especial y los delegados nombraron a cuatro ilustres senadores como sus defensores (los no ciudadanos no podían participar

en los juicios ni en los demás procedimientos oficiales de Roma más que como testigos). Un exgobernador fue absuelto y dos se marcharon al exilio voluntario antes de que se alcanzara un veredicto. Se propagó el rumor de que los abogados no estaban dispuestos a presentar cargos contra otros acusados porque eran «nobles e influyentes» y el pretor que presidía el juicio dio por concluidos los procedimientos abandonando Roma para ocupar el cargo de gobernador de una de las provincias hispanas. No obstante, una de las peticiones de los delegados fue escuchada y se introdujo una ley que prohibía a los gobernadores de Hispania establecer el precio del 5 por ciento de trigo que los hispanos debían entregar a Roma como un impuesto agrario, obligar a las comunidades a vendérselo a ellos a ese precio o estacionar funcionarios en sus ciudades para recaudar el dinero.[22]

No fue hasta el año 149 a. C. cuando se estableció un tribunal permanente para hacer frente a los delitos de extorsión perpetrados en las provincias: la *quaestio de rebus repetundis*. Este tribunal todavía requería que un romano presentara cargos contra el antiguo gobernador a su regreso a casa; es decir, no había ningún equivalente romano a «la corona contra…» o «el Estado contra…». Era presidido por un pretor y tanto los miembros del jurado como los abogados defensores pertenecían a la clase senatorial, aunque algunos de los fiscales eran aristócratas jóvenes que no estaban inscritos en el Senado. La *quaestio de rebus repetundis* era un juicio en el que un hombre era juzgado por sus pares, quienes con frecuencia se mostraban comprensivos con el acusado o, simplemente, estaban más interesados en intercambiar favores políticos que en el establecimiento de la verdad. En 122 a. C., se introdujo un cambio en el jurado: a partir de entonces estuvo formado por miembros de la orden ecuestre, un asunto que se convirtió en campo de batalla política hasta el año 70 a. C., cuando la composición se estableció en

un tercio de senadores, un tercio de équites y un tercio de *tribuni aerarii* (un grupo del que apenas se conserva documentación con una calificación censal ligeramente inferior a la de los équites). A pesar de la notoria condena de Rutilio Rufo mencionada anteriormente, es difícil decir si el sesgo del tribunal cambió de forma notable con las sucesivas reformas. Algunos équites eran *publicani* o tenían vínculos con ellos, pero eso no significaba que estos últimos controlaran de manera efectiva el tribunal. Carecemos de datos en detalle sobre muchos de los casos juzgados, pero nuestras fuentes mencionan que se celebraron cuarenta y seis procesos en ese tribunal en los años comprendidos entre 149 y 50 a. C., de los cuales se fallaron veinte y dos absoluciones, veinte condenas y hubo cuatro casos donde el resultado no es claro. Es probable que el panorama esté distorsionado, porque las fuentes para algunas décadas son escasas o deficientes y tendían a mencionar más las condenas que las absoluciones.[23]

En general, el sistema favorecía a los exgobernadores. La acusación era menos honorable que la defensa, puesto que la aristocracia veía con malos ojos la destrucción de la carrera de otro hombre, y, en consecuencia, la acusación solía ser el coto de los jóvenes. Los senadores más experimentados y prestigiosos tendían a ocuparse de la defensa, y la lealtad a un amigo o aliado político era considerada digna de admiración, aunque este fuera evidentemente culpable. Un gran número de gobernadores que habían abusado de su poder evitaron incluso llegar a ser acusados, ya que su propio historial, el nombre de su familia y sus contactos garantizaban que nadie querría arriesgarse a ganarse su enemistad. En algunos casos, este temor se extendía a las comunidades de la provincia y era común que enviaran embajadas alabando al gobernador poco después de que la hubiera abandonado (de ahí la irritación de Apio Claudio Pulcro cuando Cicerón lo impidió). Como mínimo, esas embajadas podían

citarse como prueba de que cualquier cargo posterior había sido inventado.

El mandato de Verres en Sicilia entre 73-71 a. C. estuvo marcado por la especulación, la extorsión y el abuso de poder a una escala espectacular. Cicerón alegaba que el gobernador había contado en tono jocoso que el primer año se dedicó a hacerse rico, el segundo a reunir suficiente dinero para contratar a los mejores abogados y el tercero a conseguir el dinero que necesitaba para sobornar al juez y al jurado en el inevitable juicio contra él. La riqueza recién adquirida, así como las obras de arte y otros regalos valiosos ayudaban a comprar amigos que el magistrado en cuestión incorporaría a sus existentes contactos. El sistema político de Roma, donde el juez del tribunal cambiaba todos los años y había muchos días en lo que no se podían celebrar juicios debido a festivales o a algún otro asunto público, también era objeto de manipulación. Verres y sus partidarios, en primer lugar, intentaron poner a un desconocido en el papel de fiscal títere, pero en una audiencia pública Cicerón venció a ese aspirante, ganándose el derecho a llevar el caso. Después, trataron de limitar el tiempo del que disponía el fiscal para reunir testigos y pruebas y posponer el juicio hasta el año siguiente, cuando un asociado suyo presidiría el tribunal *repetundis*. Cicerón les ganó la mano también en estas ocasiones y, a continuación, rompió con la convención haciendo un discurso breve y feroz para iniciar el caso de la acusación en lugar de la larga alocución que era habitual. El orador principal del día presentó asimismo su defensa, pero la larga sucesión de testigos y testimonios pronto convencieron a Verres de que debía admitir la derrota y se exilió a Massilia, llevándose gran parte de su botín con él. Casi treinta años más tarde, a Marco Antonio le pareció que merecía la pena mandar ejecutar al antiguo gobernador para poder confiscar sus riquezas y su colección de arte.[24]

Cicerón manejó el caso de la fiscalía con gran habilidad y se aseguró de que todos fueran conscientes de ello publicando un discurso larguísimo en cinco partes, que habría pronunciado en público si Verres no hubiera huido. Ese rasgo de presunción no debe disminuir su logro ante nuestros ojos, o hacernos olvidar que si hubiera llevado la acusación alguien menos concienzudo y hábil, Verres bien podría haber escapado al castigo y proseguido con su carrera. Si el caso hubiera involucrado una provincia mucho más lejana, haciendo mucho más difícil obtener información fiable y convocar a los testigos —buena parte de las víctimas de Verres habían huido a Roma por propia voluntad—, las cosas también podrían haber sido diferentes. Todo el sistema favorecía a los gobernadores, pero aun así algunos hombres fueron procesados y algunos condenados. En el mejor de los casos, esta posibilidad servía para disuadir a futuros gobernantes de cometer crímenes similares (una amenaza que claramente no había disuadido a Verres y a muchos otros). Es evidente que las víctimas de su brutalidad no podían ser devueltas a la vida y que el único castigo para el gobernador fue el exilio y el final de su carrera. Resultaba difícil recuperar el dinero y demás cosas robadas por un hombre como Verres, y es dudoso que sus víctimas romanas y sicilianas recobraran demasiado de lo que habían perdido. Cicerón afirma que el gobernador había extorsionado más de cuarenta millones de sestercios, pero, al parecer, no se recuperaron más de tres millones.[25]

3. La paz y su precio

Cicerón afirmaba que las cualidades morales de los líderes de Roma entraron en franca decadencia tras el estallido de la primera guerra civil en el año 88 a. C. y la posterior dictadura de Sila. El resultado fue que había muchos más casos de goberna-

dores que abusaban de sus mandos provinciales. Antes de esa era:

> … nuestro *imperium* podía describirse con más precisión como un protectorado del mundo que como una dominación. Habíamos empezado a modificar gradualmente ese tipo de política aun antes de la época de Sila: pero a partir de su victoria nos hemos desviado de ella por completo. Porque ha pasado la época en la que cualquier opresión de los aliados podía parecernos mal, al ver las atrocidades tan escandalosas que eran cometidas contra los ciudadanos romanos.[26]

Los estudiosos modernos son reacios a dar crédito al énfasis de los romanos en la moral y el carácter a la hora de explicar los acontecimientos, pero la mayoría admitiría que había algo de verdad en su visión. Es muy improbable que algunos de los hombres que prosperaron en una época en la que los ciudadanos estaban matándose entre sí fueran capaces de exhibir un mejor comportamiento cuando se les asignaba el mando de una provincia. El coste siempre creciente de conseguir un cargo se sumaba a esta insalubre mezcla, creando más y más altos magistrados desesperados por obtener beneficios rápidos para hacer frente a sus deudas. Con todo, no debemos exagerar o pintar un panorama excesivamente desolador. En el pasado había habido gobernantes buenos y malos, y todavía había infinidad de senadores que compartían los puntos de vista de Cicerón sobre la rectitud de un gobernador. A lo largo de su carrera, Julio César defendió la causa de los habitantes de las provincias, poniéndose al frente de al menos dos juicios contra exgobernadores, si bien es cierto que sin éxito, y reestructurando la ley que regulaba su comportamiento en el año 59 a. C. En la actualidad, la tendencia generalizada es centrarse en las agresivas guerras que entabló durante su mandato en las Galias, pero, para los estándares romanos, su administración parece haber sido eficiente y honesta.[27]

Los hombres que lideraron la República en sus últimas décadas tenían una comprensión diferente del *imperium* romano a la de las generaciones anteriores, puesto que crecieron cuando el

imperium había llegado a significar no solo poder, sino también el territorio físico de las provincias gobernadas. Se jactaban de ejercer el poder sobre «el mundo entero» y hablaban de forma bastante abierta acerca de los beneficios y comodidades que eso reportaba al pueblo de Roma. En varios discursos, Cicerón señaló a Sicilia como el gran proveedor de grano para Italia y a Asia como la más rica de todas las provincias. En el año 66 a. C., pronunció un discurso a favor de una ley que concedía a Pompeyo el Grande un mando especial para luchar contra Mitrídates del Ponto y destacó la importancia de ese conflicto, ya que:

> … se trata de la gloria de Roma, que habéis heredado de vuestros antepasados, excelentes en todo, pero sobre todo en la guerra: se trata de la seguridad de sus aliados y amigos, en cuya defensa vuestros antepasados emprendieron muchas guerras grandes y graves: se trata de las fuentes más seguras e importantes de los ingresos públicos, la pérdida de las cuales haría que buscarais en vano los ornamentos de la paz o las municiones de la guerra: se trata de las propiedades de muchos ciudadanos cuyos intereses estáis obligados a tener en cuenta tanto por su propio bien como por el de toda la comunidad romana.[28]

Estos cuatro motivos eran interdependientes. Las provincias proporcionaban un rico botín para el Estado y los distintos empresarios que operaban en ellas. La gloria era importante, en buena medida debido a la creencia de que la fuerza y el poder de Roma eran el mejor método para disuadir a los atacantes. Además, existía la obligación de proteger a los aliados, puesto que si eran agredidos la gloria disminuiría y lo mismo harían los beneficios. Tanto Cicerón como Julio César asumieron que era el deber de la República mantener la paz en las provincias, protegiéndolas de la invasión, sofocando la rebelión declarada y reduciendo los niveles de violencia y bandolerismo. Ese deber había derivado desde la tradicional obligación de defender a los aliados, tantas veces utilizada para justificar guerras, hasta convertirse en la clara necesidad de mantener la integridad territorial de las provincias y promover la paz y la prosperidad dentro

de ellas. En el año 56 a. C., Cicerón le dijo al Senado que creía que la «asignación de las provincias debería tener como objetivo el mantenimiento de una paz duradera». Esa perspectiva era la más decente y la más rentable. El proceso fue gradual, y se seguía esperando tanto de los aliados como de las provincias que se hicieran cargo en gran parte de su propia seguridad. Roma intervenía solo cuando se hacía evidente que la amenaza superaba su capacidad para derrotarla como, por ejemplo, cuando estableció una guarnición en Macedonia.[29]

La presencia de tribus belicosas, con tendencia a realizar incursiones en busca de botín, era una amenaza obvia que debía ser frenada mediante «victorias y triunfos». En el mismo discurso, el orador atacó al procónsul de Macedonia, cuya corrupción y descuido a la hora de entrenar a su ejército había supuesto que:

> … esta provincia ahora esté tan acosada por los bárbaros, cuya codicia les ha hecho romper la paz, que el pueblo de Tesalónica, en el corazón de nuestro *imperium*, se ve obligado a abandonar su ciudad y fortificar su ciudadela, y que nuestra gran calzada militar [la vía Egnatia] que se extiende desde Macedonia hasta el Helesponto no solo esté en peligro por las razias de los bárbaros, sino incluso tachonada y salpicada de campamentos tracios.[30]

La paz que los tracios habían destruido de esa manera era la *Pax Romana* que había sido creada a través de la fuerza y la victoria de la República. Cicerón afirmó que, por lo demás, podía «hablar ahora de todas las regiones del mundo, de todo tipo de enemigos. No hay ninguna raza que haya sido tan totalmente destruida que apenas exista, o tan concienzudamente sometida que siga siendo sumisa, o de tal modo pacificada que se regocije de nuestra victoria y dominación».[31]

A la agresión había que responder con una fuerza mayor, pero aunque los recursos de Roma eran considerables, no eran infinitos. Hacer frente a los enemigos exigía tiempo, esfuerzo, gastos y, a menudo, sufrir derrotas y grandes pérdidas de vidas

romanas y aliadas. La victoria no era necesariamente permanente, como los recientes fracasos en Macedonia habían demostrado.

Algunos problemas tardaban mucho tiempo en ser tomados en serio y todavía más en ser resueltos. Como hemos visto, los romanos debilitaron los reinos helenísticos, que en el pasado habían puesto freno a la piratería, lo que permitió que esta se reavivara en el siglo II a. C. Las comunidades aliadas que habitaban a lo largo de las costas fueron presa de saqueadores que les robaban y los hacían prisioneros para venderlos como esclavos, muchos de los cuales pasaban por los mercados de Delos y eran vendidos a los romanos y los italianos. Con el tiempo, el problema se extendió más y más hacia el oeste, y puede que fuera eso lo que finalmente convenció al Senado de hacer algo al respecto. En los últimos años del siglo II a. C., a un procónsul se le asignó la tarea de constituir una flota y atacar a los piratas, y en el año 102 a. C. Cilicia fue constituida provincia romana. A largo plazo, la situación apenas cambió y otro esfuerzo realizado en el año 74 a. C. terminó en la derrota del comandante romano. La propia Italia fue asaltada, Ostia fue atacada y los piratas secuestraron a dos pretores y a todos sus asistentes. Cicerón se lamentó de que el poder romano hubiera caído tan bajo:

> Nosotros, que en los antiguos días, además de proteger toda Italia, éramos capaces de garantizar la seguridad de todos nuestros aliados en las costas más distantes con el prestigio de nuestro Imperio… Delos, aunque se encontrara lejos de Roma, en el mar Egeo, y fuera visitada por hombres de todos los países con sus mercancías y sus cargamentos, aunque la isla estuviera llena de riquezas, aunque fuera pequeña e indefensa, no tenía nada que temer.[32]

En el año 67 a. C., a Pompeyo el Grande se le otorgaron recursos y poder sin precedentes y barrió el Mediterráneo de piratas en solo seis meses. El castigo fue combinado con la generosidad y muchas de las comunidades piratas fueron reasenta-

das, alejándolas de la costa hacia mejores tierras para que no tuvieran que recurrir a asaltar a sus vecinos en el futuro. La piratería no fue totalmente erradicada, pero su escala quedó reducida de forma drástica, un logro que se vio reforzado a medida que más y más tierras alrededor de la costa mediterránea pasaban a estar bajo dominio romano directo.[33]

La dominación romana de una región apenas alteraba los patrones de guerra y otras formas de violencia a grande o a pequeña escala de sus habitantes, pero el establecimiento de las provincias sí cambiaba las cosas. Dentro de esas regiones, los romanos no estaban dispuestos a permitir que las disputas entre Estados se convirtieran en conflictos abiertos o que se produjeran violentos cambios de poder dentro de los Estados. Ocuparse del bandidaje, las insurrecciones de los esclavos y otros problemas seguían siendo tareas que recaían sobre las comunidades provinciales, pero ahora su actuación estaba bajo supervisión de los romanos y las provincias podían recibir el respaldo del poderío mucho más sustancial de las legiones. El control sobre los Estados que limitaban con las provincias y los reinos aliados no era tan grande, pero aun así los romanos se mostraban más propensos a intervenir en ellos que en épocas anteriores. Poco a poco, también fueron asumiendo la responsabilidad de garantizar la comunicación a larga distancia y las rutas comerciales, fomentando la paz en una zona más amplia. A mediados del siglo I a. C., las provincias eran más pacíficas que en el pasado y muchas eran más prósperas, y lo mismo podía decirse en mayor o menor medida de las tierras que las rodeaban.

Eso tenía un precio. Los métodos de guerra romanos eran brutales, y la época de conquista a menudo podía consistir en la destrucción de asentamientos, la devastación de tierras de labranza y la matanza y esclavización en masa de la población. Es difícil dar cifras precisas del número de muertos y esclavos que

se alcanzó durante la creación del Imperio de Roma. Después de la tercera guerra macedónica, el cónsul Lucio Emilio Paulo recompensó a sus soldados y les dio una dura lección objetiva sobre el peligro que entrañaba oponerse a Roma capturando a unas ciento cincuenta mil personas de las ciudades de Epiro. Aunque es posible que algunos de ellos fueran rescatados por sus familiares, proporcionando así a los romanos una inyección de dinero en efectivo a cambio de los cautivos, la mayoría fueron vendidos como esclavos. Los grandes conflictos eran raros y saturaban el mercado de esclavos baratos, pero la demanda era constante y tenía que ser alimentada por otros medios, incluyendo la piratería y el secuestro (los *publicani* también eran conocidos por reducir a la esclavitud a aquellos que no podían pagar los impuestos). Ninguna de estas prácticas era totalmente nueva, pero la llegada de Roma y la concentración de los beneficios del Imperio en Italia, donde se establecieron innumerables haciendas que utilizaban mano de obra esclava, incrementaron de forma considerable la demanda.[34]

Cientos de miles de personas fueron esclavizadas en el siglo II a. C. y más todavía en el siglo I a. C., pagando un precio muy alto para que Roma pudiera propagar su poder. Las condiciones eran peores para aquellos que eran enviados a trabajar en las minas de los *publicani* en Hispania y en otras regiones. La esperanza de vida solo era ligeramente mejor para los destinados a las fincas rurales, ya que algunos vivían encadenados en sus barracones, mientras las cifras de trabajadores iban creciendo por la llegada de ciudadanos libres que habían sido secuestrados durante los viajes de los romanos. Los esclavos domésticos eran los que salían mejor parados, pero carecían de derechos legales y no eran sino una mera propiedad a disposición de sus dueños. Los esclavos podían escapar, pero hacerlo era difícil y los castigos para aquellos que sus amos conseguían atrapar eran severos. Todas las rebeliones serviles fueron sofocadas y la de

Espartaco terminó con la crucifixión masiva de seis mil hombres a lo largo de la vía Apia, desde Roma hasta Capua: una espantosa advertencia para todos aquellos que estuvieran considerando rebelarse.[35]

No hay indicio alguno que sugiera que los romanos trataran a sus esclavos con mayor brutalidad que los griegos o los cartagineses, quienes también aceptaban la esclavitud como algo normal. Según los datos de los que disponemos, las rebeliones de esclavos estaban dirigidas a lograr la libertad personal, más que la abolición de la esclavitud como institución. En cierto sentido, los romanos eran más generosos que otros pueblos, porque liberaban a muchos más esclavos que ningún otro Estado de la Antigüedad y también concedían más derechos a los libertos. Se cree que, hacia el siglo I a. C., la mayoría de la población de Roma tenía a esclavos libertos entre sus antepasados. Ahora bien, la libertad era mucho más probable para los esclavos domésticos, que pasaban más tiempo cerca de sus dueños, y para artesanos o especialistas como profesores y actores. Para unos pocos la libertad llevaba en última instancia a una vida cómoda, incluso rica, pero eso no debe nunca hacernos olvidar el sombrío destino de la mayoría.[36]

En muchos momentos, la conquista era feroz y sus consecuencias terribles para muchos de los conquistados. No obstante, numerosos líderes y comunidades no llegaron nunca a luchar contra los romanos, aliándose con ellos desde el principio y logrando de forma paulatina que fueran implicándose cada vez más en los asuntos de su región. Después de su victoria en la segunda guerra macedónica, el procónsul Tito Quincio Flaminino proclamó la «libertad» de las ciudades de Grecia. En otras ocasiones, similares declaraciones habían sido hechas por los romanos respecto de otras partes del mundo helénico. Ese había sido un elemento frecuente en la propaganda utilizada en los reinos helenísticos y, en parte, su intención era excluirlos de

los asuntos de las ciudades-estado. Aun así, los romanos no interferían en los asuntos de estas comunidades ni les exigían que pagaran impuestos. Cuando se crearon las provincias todavía había un amplio abanico de estatus legales asignados a los distintos pueblos, basados principalmente en la naturaleza de sus relaciones con Roma en el pasado. Las ciudades libres estaban exentas del pago de impuestos, aunque podían estar obligadas a ayudar a sus aliados romanos y, a menudo, estaban sujetas a gravámenes menores, como el pago de peajes sobre el comercio. Otras comunidades eran gravadas directamente en dinero o productos.[37]

Las cargas impuestas a los habitantes de las provincias eran más o menos pesadas, además de estar sujetas a los abusos de los gobernadores y los *publicani* (y de sus propios líderes). Roma se lucraba gracias al Imperio y se jactaba de ello abiertamente. Sin embargo, aparte de obtener beneficios de ellos, apenas interfería en la vida de los pueblos de las provincias, que en su mayoría continuaron utilizando sus propios sistemas políticos y leyes. El poder de los gobernadores era tal que esos derechos y privilegios en ocasiones eran ignorados, aunque con tiempo y esfuerzo era posible enviar emisarios a Roma y persuadir al Senado para que esos derechos y prerrogativas fueran reafirmados, y los mejores gobernadores los respetaban sin necesidad de dichos recordatorios. Siempre que un funcionario romano participaba en algún asunto de las provincias, tenía la tendencia a formular las cuestiones legales de la forma que conocía del derecho romano, aunque la decisión en sí se basara en precedentes locales. La influencia de Roma fue creciendo paso a paso y acabó siendo inevitable. Cerca del final de su mandato en Cilicia, Cicerón bromeó diciendo que, por el hecho de que respetaba su edicto y dejaba que las ciudades resolvieran los conflictos de acuerdo con sus propias leyes con jueces venidos de

otras comunidades de la provincia, los griegos podían llegar a creer que «tenían autogobierno (literalmente *autonomía*)».[38]

Cicerón sabía que esa creencia no era más que una ilusión. Las provincias eran de Roma, eran explotadas para su beneficio y, aparte de la rebelión, los pueblos de las provincias no tenían medio alguno de cambiar esa situación. Las revueltas eran raras, el castigo por rebelarse era terrible y, durante la República, ninguna provincia logró liberarse de manera permanente utilizando la fuerza armada. Tampoco hubo ninguna potencia exterior capaz de invadir y de aferrarse a ninguna provincia durante más de unos años. A la larga, sencillamente, no les quedaba más remedio que someterse al poderío militar y a la determinación de dominio de la República romana. Esa aceptación incluía asumir la conducta imprevisible de los gobernadores y las actividades de los prestamistas y los *publicani*, que eran más o menos tolerables según las circunstancias. La renuncia a la independencia también iba asociada a la pérdida de la libertad a la hora de entablar batallas contra los vecinos y organizar asaltos al poder, mientras que, por otra parte, proporcionaba un mayor grado de paz y de estabilidad. En general, el aumento de la estabilidad fomentaba la prosperidad, lo que no quiere decir que todos se beneficiaran en igual medida de esa bonanza.

Con el tiempo, los líderes de la República romana empezaron a pensar en su *imperium* no solo como sinónimo de poder, sino como una entidad más próxima a nuestro concepto de imperio. Mantener la paz dentro de las provincias, así como la defensa de estas y de sus demás aliados era una de sus prioridades, aunque no siempre la más importante. Esa actitud protectora no tenía motivos altruistas, sino pragmáticos, dado que Roma era más rica gracias a sus territorios de ultramar y le convenía mantener y aumentar esa riqueza. En torno al final del siglo II y las décadas iniciales del siglo I a. C., parece que, ante los ataques de enemigos como los cimbros y los teutones y, des-

pués, de Mitrídates del Ponto, muchos senadores sintieron que su *imperium* se enfrentaba a una amenaza real. La guerra social contra los aliados italianos fue también un conflicto extremadamente grave y costoso. En retrospectiva y con mejores conocimientos sobre la limitación de las fuerzas con las que contaban dichos adversarios, podemos ver que tenían escasas posibilidades de destruir Roma, pero en aquel momento esa inferioridad frente a Roma no resultaba tan obvia. Hubo romanos de todas las clases que se sintieron amenazados, y es muy posible que, a partir de esta aparente crisis, la sensación de que el Imperio era algo que debían proteger quedara reforzada.[39]

Fue en aquel momento cuando comenzaron las guerras civiles de Roma que, durante el periodo comprendido entre 88 y 30 a. C., dieron lugar a las que constituyeron, con mucho, las mayores amenazas para la paz y la prosperidad de todo el mundo mediterráneo. La primera guerra se luchó principalmente en Italia, pero se extendió a Sicilia, África y el este, generando asimismo otro conflicto que duraría varios años más en Hispania. En el año 49 a. C., César cruzó el Rubicón, inaugurando el siguiente conflicto prolongado, que incluyó escasos combates en Italia pero dio lugar a dos campañas en Hispania, dos en África y al encuentro decisivo que se libró en Grecia. También desencadenó operaciones a gran escala en Asia y en Egipto. La serie de conflictos que estallaron de forma intermitente desde el magnicidio de César en el año 44 a. C. hasta el año 30 a. C. siguió un patrón similar. Las provincias se convirtieron en zona de guerra, e incluso aquellas que se libraban de ese destino sufrían también, porque Roma les exigía que suministraran soldados, equipos, monturas, naves de guerra, víveres y dinero para hacer frente a los esfuerzos bélicos de los comandantes rivales.[40]

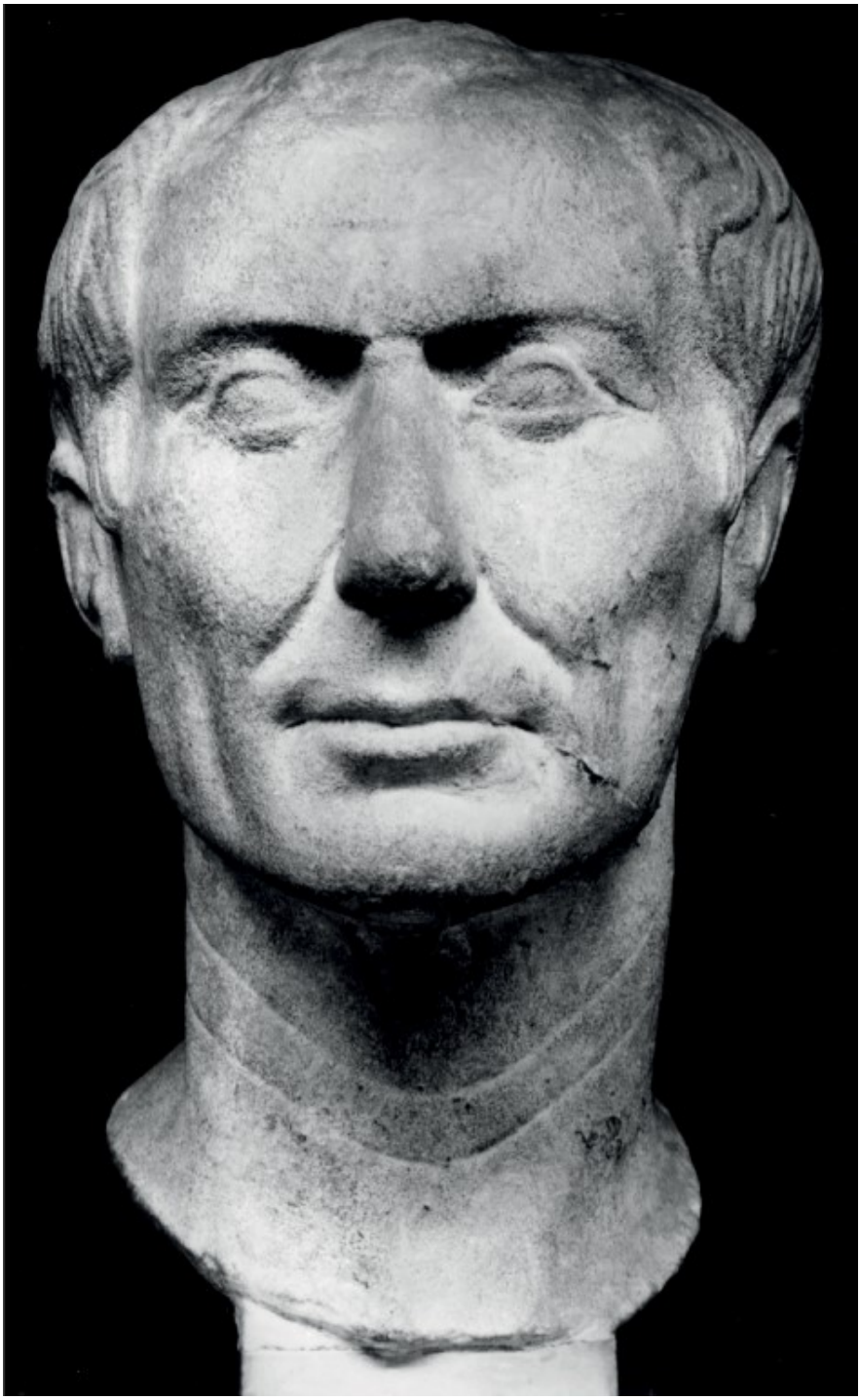
Siempre había sido difícil poner en contacto con suficientes hombres influyentes para convencer al Senado de que escucha-

ra una petición. Ahora la situación se complicó todavía más porque era enormemente difícil saber quién estaba al mando de la República y, además, siempre había una posibilidad de que, para cuando un acuerdo se hubiera firmado, los hombres implicados hubieran sido derrocados. La carrera de Cleopatra es instructiva: su breve gobierno conjunto con su hermano terminó con su expulsión y un fracasado intento de invadir Egipto. Si César no hubiera aparecido en su vida, convirtiéndose en su amante y restaurándola en el poder, lo más probable es que hubiera sido enviada al exilio o hubiera muerto asesinada a la edad de veintiún años. Cleopatra pagó un precio por el respaldo de César que salió de la fortuna y la rica cosecha de Egipto, pero quedó indefensa cuando fue asesinado. Tras haber llegado a Roma para confirmar su alianza, la reina permaneció en la ciudad durante un mes después del asesinato, tratando de averiguar quién estaba ahora en el poder para negociar con ellos. Cuando Bruto y Casio se dirigieron al este a reunir sus ejércitos, Cleopatra obedeció sus instrucciones de suministrarles recursos, aunque más tarde afirmó haberlo hecho solo a medias. Después de que estos fueran derrotados, se trasladó a Tarso rodeada de gran lujo y pompa y consiguió ganarse a Marco Antonio, actuando como una buena aliada para él (además de convertirse en su amante). Algún tiempo después, esa relación le supuso verse atrapada en otra guerra civil romana, que conduciría a la derrota en Accio en el año 31 a. C. Al final, ella trató de llegar a otro acuerdo con el vencedor, viviendo unos diez días más después del suicidio de Antonio. Solo cuando fue evidente que no se le permitiría conservar su trono o cedérselo a sus hijos, se quitó la vida.[41]

Cleopatra nunca se enfrentó a Roma, a pesar de que en la propaganda de la época de Augusto se la presentara como una gran amenaza. A lo largo de su carrera fue un aliado leal y si acabó en el bando equivocado fue, simplemente, debido a los

sangrientos cambios de poder que tuvieron lugar durante la República. Una historia muy similar podría contarse de otras comunidades y reyes clientes, que hicieron todo lo posible para prosperar bajo la dominación romana. En el caso de Cleopatra, aferrarse al poder era la única manera que tenía de asegurar su supervivencia en la feroz lucha política de la corte de Ptolomeo. Aparte del hermano que murió luchando contra César, la reina asesinó a un hermano menor y dio instrucciones a Marco Antonio de que ejecutara a su hermana y al último hermano que le quedaba. Con el fin de mantenerse en el poder, gastó con prodigalidad los recursos de su reino para satisfacer las exigencias de los sucesivos líderes militares romanos y sus subordinados. Actuando así, se mantuvo viva y también pudo incrementar su poder al recuperar territorios que habían pertenecido a su familia. Ese logro se produjo a expensas de otros aliados de Roma, como Herodes de Judea, un hombre que logró respaldar a Marco Antonio y, aun así, convencer a Augusto de que confiara en él. Consiguió mantenerse en el poder y sobrevivir para morir de causas naturales unas tres décadas más tarde. Entre los aliados y los líderes provinciales en las guerras civiles de Roma hubo ganadores y perdedores, pero todos se vieron afectados por ellas.[42]

En el último medio siglo de la República, los mayores enemigos de la paz y la estabilidad fueron los propios romanos. Todavía estaba por ver si el único de los señores de la guerra que había quedado en pie podría cambiar esa tónica.



Julio César: Cayo Julio César fue uno de los más grandes conquistadores de la historia de Roma, invadiendo la Galia entre los años 58-51 a. C. y llevando a cabo incursiones a través del Rin y a Britania. Se dice que un millón murieron durante estas campañas y que muchos más fueron esclavizados. Su éxito provocó rivales en el Senado romano, lo que llevó a la guerra civil y a su gobierno como dictador. (W&N Archive).

Pax: Esta moneda acuñada por el efímero emperador Galba en el 68 d. C. lleva el eslogan *Pax Augusta* en el reverso. Mantener la paz a través de la fuerza y el éxito romano era una de las tareas centrales del emperador. En el caso de Galba fue breve, y su asesinato precipitó una guerra civil que duró más de un año. (Guy de la Bédoyère).

Arles: El comercio precedió durante mucho tiempo a la llegada de las legiones romanas en la mayoría de las zonas. Este relieve de Arles representa una barcaza que comercia en el río Ródano y que transporta mercancías en barriles y ánforas. Grandes cantidades de vino de Italia viajaban al norte hasta la Galia mucho antes de que se convirtiera en una provincia romana.

Molino harinero de Puteoli: A finales del siglo I a. C. la población de la ciudad de Roma se había incrementado a alrededor de un millón de personas. La *Pax Romana* permitió que se trajera trigo y otros productos básicos de todo el imperio, pero especialmente de Sicilia, Egipto y el norte de África, para alimentar a la población. Estos molinos harineros del bullicioso puerto de Puteoli formaban parte del sistema desarrollado para transportar y preparar este suministro de alimentos.

Columna de Trajano, jefes germánicos: A lo largo de la historia romana, la diplomacia siempre acompañó a la fuerza militar, y muchos líderes y pueblos se aliaron de buen grado con Roma. En esta escena de la Columna de Trajano vemos a un grupo de embajadores de varias tribus bárbaras esperando para ver al emperador. Varios de estos caciques tienen el pelo largo atado en un nudo a un lado de la cabeza, un estilo asociado con los suevos.

Columna de Trajano, Decébalo: Mientras que algunos líderes dieron la bienvenida a los romanos, otros se negaron a someterse. El rey Decébalo creó un poderoso imperio basado en el reino de Dacia, hizo incursiones en el imperio romano y obligó a Domiciano a concederle generosas condiciones de paz. Atacado por Trajano, decidió suicidarse en lugar de ser capturado vivo, un momento representado en la Columna de Trajano.

Columna de Trajano, saqueos: La guerra agresiva podía ser rentable y los romanos se jactaban abiertamente de los despojos obtenidos tras la victoria sobre los enemigos extranjeros. Esta escena de la Columna de Trajano muestra un legionario romano cargando recipientes de metal saqueados sobre una mula de carga. El oro de su victoria daciana pagó por el lujoso y extenso complejo de foros de Trajano en el corazón de Roma.

Carroza reconstruida de Colonia:

En todas las épocas un gobernador romano pasaba gran parte de su tiempo en movimiento, realizando reuniones en las principales comunidades de su provincia. Aunque viajaban por

río o por mar cuando esto era posible, la mayoría de los viajes eran por tierra, utilizando una carroza como esta reconstrucción en el Museo de Arqueología Romana de Colonia. Estaba bien diseñada, y los artesanos romanos habrían tenido poco que aprender de los carruajes del siglo XVIII.

Muralla reconstruida de Kalkriese: En el año 9 d. C., la recién creada provincia de Germania estalló en una rebelión. En un complot cuidadosamente preparado, el líder rebelde Arminio condujo al legado provincial y a tres legiones a una trampa. Esta reconstrucción en el parque arqueológico de Kalkriese muestra la muralla que sus seguidores construyeron para canalizar la columna romana y destruirla. Esta fue la rebelión más exitosa jamás montada contra el dominio romano.

Masada: Herodes el Grande construyó una serie de lujosos palacios fortificados, incluyendo este en Masada, junto al Mar Muerto. Apresados al principio de la rebelión judía contra Nerón, una banda de disidentes se mantuvo aquí durante tres años después de la caída de Jerusalén. A pesar de sus inmensas defensas naturales, los romanos sitiaron y tomaron la fortaleza. De forma célebre, los defensores mataron a sus familias y luego se suicidaron en lugar de rendirse.

Murallas de la ciudad de Xanten reconstruidas: Algunas ciudades de las provincias romanas no se molestaron en construir fortificaciones. Otras lo hicieron, pero, al igual que esta reconstrucción en Xanten, tenían más función de aparentar que de prevenir cualquier ataque. En este caso, las torres apenas se proyectan delante del muro de cortina. Las murallas eran una marca de estatus, y en las condiciones de la *Pax Romana* era improbable que se produjera un ataque.

Cuenco sami con gladiadores: Este cuenco de cerámica roja samiana de Bath está decorado con un par de gladiadores en duelo. Los juegos gladiatorios eran populares en todo el imperio, ya fuera en anfiteatros construidos especialmente o en otros lugares permanentes o temporales. En algunos casos fue necesario legislar restringiendo la cantidad de dinero que las comunidades podían gastar en estos entretenimientos, ya que las ciudades rivalizaban entre sí tratando de superarse unas a otras.

Villa: Los romanos siempre estaban deseosos de ganarse a las aristocracias locales, animándoles a adoptar las costumbres romanas y a servir al imperio. Especialmente en las provincias occidentales, la llegada de Roma introdujo nuevos estilos de construcción en una región, como la lujosa villa de campo co-

mo pieza central de una finca. Esta reconstrucción en Wroxeter da una idea de una villa moderadamente grande. (© Martyn Richardson/Alamy Stock Photo).

Inscripción Cesarea Poncio Pilato:

Esta piedra, reutilizada posteriormente en la construcción de un teatro en Cesarea, lleva la única inscripción que menciona a Poncio Pilato, seguramente el más famoso de todos los gobernantes romanos. Algo torpemente ejecutado, sugiriendo a un hombre que no está dispuesto a gastar demasiado, registra la construcción de un *Tiberieum* —presumiblemente un edificio que honra al emperador Tiberio—. En los Evangelios, Pilato es presionado a ejecutar a Jesús porque se decía que el «Rey de los Judíos» era un rival del emperador.

Cabeza de Sulis Minerva: Los romanos raramente reprimían las religiones locales y más a menudo las animaban, incorporándolas al panteón de los dioses y diosas de Roma. Esta cabeza de estatua dorada de Bath representa a Sulis Minerva, la combinación de una antigua diosa celta y una romana que presidía las aguas termales y el complejo de baños de Aquae Sulis.

Escitópolis: La ciudad de Escitópolis (Beit Shean) fue la única de la Decápolis o «Diez ciudades» situada al oeste del río Jordán. Aunque abiertamente griega, tenía una minoría judía sustancial. En el 66 d. C., lucharon junto a otros habitantes de la ciudad para repeler un ataque de los rebeldes judíos. Sin em-

bargo, poco después fueron masacrados por algunos de sus vecinos gentiles.

Lápida de Colonia del flautista ateniense: Bajo el dominio romano, los bienes y también las personas se desplazaban con más libertad que nunca. Esta piedra conmemorativa de Colonia, en la Baja Alemania, fue colocada en honor al flautista de dieciséis años Ruphus por su padre, oriundo de Alejandría y ciudadano de Atenas.

Casa redonda de la Edad de Hierro: Las casas redondas eran típicamente británicas y tenían una larga historia antes de la llegada de los romanos. A lo largo de la ocupación romana, muchas personas continuaron viviendo en comunidades agrícolas situadas alrededor de varias de estas casas y de corrales de animales. Aún así, estos sitios muestran que los bienes del imperio estaban mucho más fácilmente disponibles que en el pasado, y es difícil describir tales asentamientos como una señal de que la gente rechazase el mundo romano. (© DJC/Alamy Stock Photo).

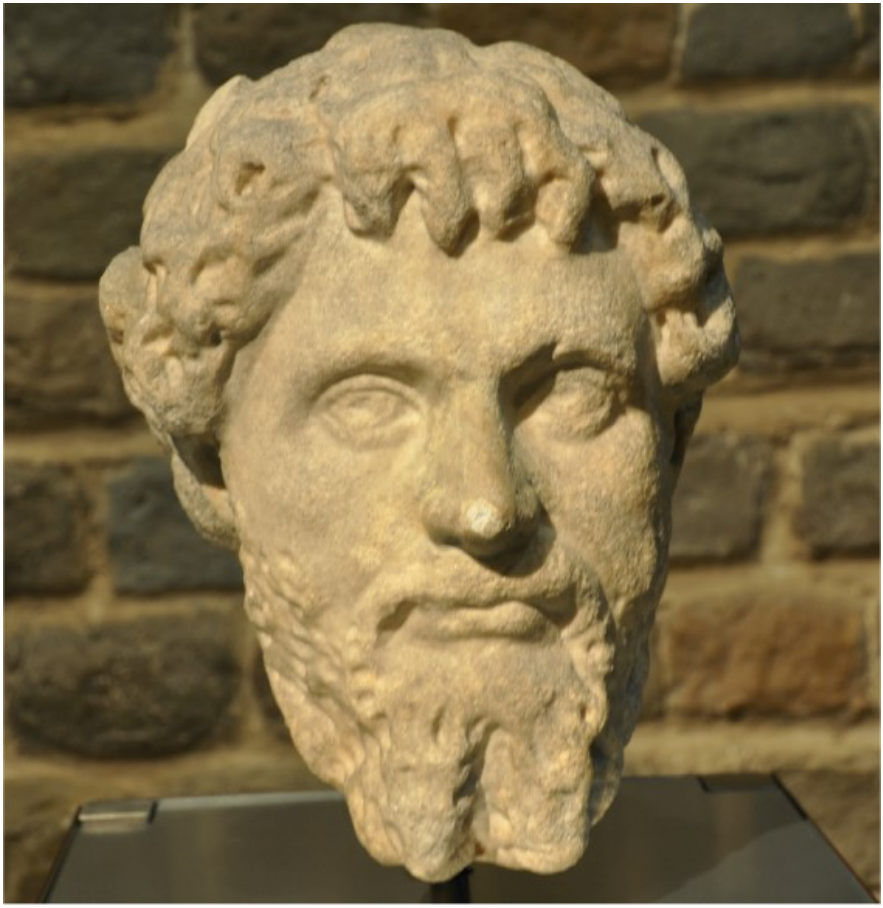
S
C

Victoria en Britania: Cómodo era hijo del admirado Marco Aurelio, pero a diferencia de su padre, pasó poco tiempo en las fronteras con el ejército, prefiriendo la vida en Roma y exhibir su destreza en el Coliseo. Esta moneda celebra una victoria obtenida en Britania por el legado provincial. Las victorias obtenidas por los ejércitos provinciales eran atribuidas al emperador, pero también lo eran las derrotas. (Guy de la Bédoyère).

Augusto: Augusto fue el primer emperador, o *princeps*, y el último y más grande conquistador en la historia de Roma. Aparte de algunas adiciones posteriores, como Britania y Da-

cia, la forma básica del imperio quedó establecida bajo su dominio. Gran parte de su reinado lo pasó recorriendo las provincias.

Trajano: Trajano llegó al poder con una modesta experiencia militar, y esto pudo haberle animado a expandir el imperio. En dos guerras, conquistó Dacia y la convirtió en una provincia. Más tarde, se embarcó en una gran campaña contra los partos, pero la mayoría de los logros se perdieron en una serie de rebeliones o fueron abandonados por su sucesor, Adriano.



Septimio Severo: Septimio Severo se abrió paso hasta el trono en una guerra civil con gobernadores provinciales rivales de Britania y de Siria. No fue una coincidencia que posteriormente lanzara ataques contra Partia y las tribus caledonias del norte de Britania. Si bien estas pudieron ser necesarias para reafirmar el dominio romano en las fronteras, también fueron un medio para confirmar la lealtad de las legiones en cada región.

Entrada reconstruida en el fuerte de South Shields: Esta entrada reconstruida en el fuerte romano de South Shields, cerca de la desembocadura del río Tyne, fue construida a finales del siglo XX. Es probable que pudiera ser un piso más alta. Las puertas romanas tenían un aspecto impresionante, pero una vez más las torres apenas se proyectan delante del muro de cortina.

Fuerte reconstruido de Saalburg: En el siglo XIX, el *Kaiser* promovió la reconstrucción de gran parte de un fuerte auxiliar

romano en el Saalburg. Aunque los arqueólogos de hoy en día cambiarían algunos aspectos de ella, da una buena impresión de la gran escala y grandeza de una de estas bases militares. Las fortalezas legionarias eran más de diez veces más grandes.

Lápida de la caballería de Colonia: La lápida de Tito Flavio Bassus de Colonia muestra al caballero *auxiliar* pisoteando a un bárbaro desarmado y semidesnudo. Por lo menos la mitad del ejército romano consistía en no ciudadanos o *auxiliares* que recibían la ciudadanía romana al final de sus veinticinco años

de servicio. Bassus murió a la edad de cuarenta y seis años, poco después de que se le concediera este honor y probablemente antes de ser dado de baja formalmente del ejército.

Columna de Trajano, muralla y cabezas cortadas: Esta escena de la Columna de Trajano muestra una fila de cabezas cortadas —algunas ya descompuestas— montadas sobre lanzas a lo largo de la muralla de una fortaleza daciana. La arqueología ha demostrado que trofeos similares a veces se levantaban en las murallas de los fuertes auxiliares romanos. La seguridad de las fronteras se basaba en demostraciones de fuerza destinadas a intimidar a posibles enemigos.

Muro de Adriano, *milecastle*: La Muralla de Adriano es el mayor monumento dejado por el ejército romano. De ochenta millas romanas de largo se extendía desde el Tyne hasta el Solway. Había un pequeño puesto de avanzada o *milecastle* como este a intervalos aproximados de una milla. Este es el *milecastle* 39, con el lago de Crag Lough al fondo.

Muro de Adriano - Puerta de entrada del *milecastle*: La Muralla de Adriano fue objeto de numerosos cambios de diseño. Aquí, en el *milecastle* 37, la puerta se abría hacia un acantilado. Aunque al principio se colocaron puertas en este arco, posteriormente se selló, salvo una puerta estrecha que permitía el acceso al exterior, probablemente para permitir el mantenimiento del muro.

Columna de Trajano, torres de vigilancia: La mayoría de las fronteras romanas no tenían una muralla continua como la muralla de Adriano. Siempre que era posible, las líneas fronterizas se situaban en un río principal, la orilla estaba bordeada de fuertes y pequeñas torres de vigilancia y puestos de avanzada entremedias. Esta escena de la Columna de Trajano muestra una torre de vigilancia sobre el Danubio. A su lado hay lo que parece ser heno apilado o madera, probablemente un faro de alerta.

Metopa de familia en carro: A veces grandes grupos de personas viajaban en busca de nuevas tierras, mientras que en otras zonas se producían movimientos estacionales de pastores y nómadas. Las fronteras romanas y los sistemas de torres ayu-

daban a asegurar que dicho movimiento fuera controlado y regulado por el imperio. Esta metopa del monumento romano de Adamklissi en Rumanía muestra a una familia bárbara viajando en un vagón.

Metopa de batalla en torno a carro: Los asaltantes victoriosos adquirían botín y necesitaban transportarlo a casa. Inevitablemente, esto los ralentizaba. Una y otra vez, los romanos solo interceptaban bandas de asaltantes mientras saqueaban o cuando se retiraban, cargados de botín y cautivos. Esta metopa de Adamklissi muestra a un legionario romano luchando contra un guerrero junto a un carro que transporta a una mujer y un niño.

Metopa de mujer y niño prisioneros: Varias esculturas de Adamklissi muestran cautivos tomados por los romanos, en este caso una mujer con un bebé en brazos. Los cautivos tenían un valor considerable como esclavos, y algunas incursio-

nes fuera y a través de las fronteras se sustentaban en los beneficios de la venta de prisioneros.

Caerwent, muros del siglo III: En el siglo III d. C., la *Pax Romana* fue socavada por frecuentes guerras civiles y problemas en las fronteras, ya que las guarniciones fueron despojadas de hombres para que fueran a combatir en las luchas de poder del imperio. Muchas ciudades se dotaron de murallas por primera vez o reforzaron las defensas existentes. Las murallas del siglo III de Caerwent tienen torres en voladizo, lo que permite a los hombres que las custodian disparar proyectiles contra el flanco de cualquiera que ataque los muros de cortina.

Parte dos.
EL PRINCIPADO

VII. LOS EMPERADORES

«Recuerda, romano —pues esas son tus artes— que debes regir a los pueblos por el imperio, imponer la buena costumbre de la paz, ser indulgente con los conquistados y vencer a los orgullosos en la guerra».

Virgilio, ca. 20 a. C.[1]

1. Poder sin límites

Los hombres que asesinaron a Julio César se llamaron a sí mismos «los libertadores» y afirmaron haber restaurado la libertad perdida cuando la República estaba siendo gobernada por un dictador. Pronto Casio estaba acuñando monedas con la efigie de la diosa Libertas, mientras Bruto producía una serie que representaba en el reverso el gorro de un liberto, el mismo símbolo que utilizara una vez Prusias II de Bitinia para mostrar su sumisión a Roma. Esa libertad no era para los habitantes de las provincias, sino para los romanos y, en realidad, solo para la aristocracia, que *debía* compartir el mando supremo y la toma de decisiones, en vez de ver cómo estos eran monopolizados por un solo hombre, fueran cuales fueran sus méritos personales. Esta fue la única ocasión en el largo ciclo de guerras civiles romanas en la que un bando aseguró estar actuando por principios y no simplemente enfrentándose con sus rivales en una lucha por el poder. Su idea de la libertad era una causa que no tenía ninguna importancia en la vida de las provincias y, sin embargo, como aliados leales tuvieron que desempeñar su papel en la guerra que estalló tras el magnicidio de César. Mientras reunían a sus ejércitos en el Mediterráneo oriental, Bruto y Casio trataron a las comunidades que no satisficieron sus deman-

das de recursos y dinero como rebeldes. Rodas fue atacada y obligada a someterse, varias comunidades de Judea fueron vendidas como esclavos y la ciudad de Janto, en Licia, fue asaltada y saqueada, lo que provocó el suicidio en masa de muchos de sus habitantes.[2]

Casio y Bruto fueron derrotados y se quitaron la vida en el otoño del año 42 a. C. Las comunidades que se habían resistido a ellos fueron elogiadas por los vencedores y fueron resarcidas en parte de las pérdidas sufridas. Marco Antonio ordenó que aquellos que habían sido vendidos como esclavos en Judea fueran liberados, le entregó un nuevo territorio a Rodas y se le concedió la exención de pagar impuestos a Roma a esta isla y a Licia. En una carta a Hircano, el gobernante aliado de Judea, Marco Antonio habló de Bruto y de Casio como «enemigos del pueblo romano» y «perjuros» (porque ambos, como todos los senadores, habían jurado proteger a Julio César) que habían cometido crímenes contra los hombres y contra los dioses:

> Ahora que estos hombres han sido castigados, esperamos que de aquí en adelante podamos disfrutar de la paz y darle a Asia un respiro de la guerra. Por lo tanto, estamos dispuestos a permitir que nuestros aliados participen también de la paz que nos ha dado Dios; así, debido a nuestra victoria, el cuerpo de Asia está ahora recuperándose, por así decirlo, de una grave enfermedad. Teniendo, pues, en mente promover tanto tu bienestar como el de tu nación, cuidaré de tus intereses.

No a todas las comunidades les fue tan bien, y las que habían satisfecho con menos resistencia las demandas de dinero y otros recursos de Bruto y Casio, fueron obligadas ahora a darles todavía más a los vencedores.[3]

El «respiro de la guerra» no duró mucho. En el invierno de 41-40 a. C., por fin se produjo la invasión parta que tanto temiera Cicerón. Asia fue asaltada en una serie de razias, mientras que Siria y Judea fueron invadidas. Muchos líderes y comunidades resistieron como pudieron, mientras que otros le dieron la bienvenida al invasor. Hircano fue depuesto por un rival respal-

dado por la caballería parta, que, a su vez, fue derrotado con ayuda de las legiones cuando los romanos se recuperaron y expulsaron a los invasores. Como siempre, las ambiciones locales fueron los factores determinantes a la hora de decidir qué acciones tomar. Para Judea, ese era un episodio más en una larga guerra civil librada fundamentalmente por los demandantes rivales del trono de la familia real asmonea, para la que solicitaron ayuda romana —y en este caso parta— con el fin de obtener una ventaja decisiva. Con todo, a pesar de las importantes luchas de poder que existían dentro de los reinos aliados, fueron las guerras civiles romanas las que dominaron esos años. Uno por uno, los generales rivales fueron eliminados, hasta que finalmente Marco Antonio luchó contra el heredero y homónimo de Julio César y fue derrotado, tras lo cual se suicidó el 30 de agosto a. C.[4]

El vencedor no había cumplido los treinta y tres años de edad, pero jamás volvería a enfrentarse a un desafío grave de su poder y se mantuvo al mando del mundo romano hasta su muerte en el año 14 d. C. Como *Imperator Caesar Augustus* —fue bautizado con ese nombre semirreligioso por el Senado en el año 27 a. C. —, en última instancia su poder descansaba en el control de un ejército que había crecido hasta contar con más de sesenta legiones en el momento en que derrotó a Marco Antonio. A muchos soldados les había llegado el momento de licenciarse, y fue Augusto quien los instaló en colonias y les dio tierras de labranza. El resto formaron unas veintiocho legiones permanentes, apoyadas por unidades navales y auxiliares de no ciudadanos. Todos eran profesionales con un largo periodo de servicio —al final de su reinado, los legionarios servían durante veinticinco años— y todos eran pagados por él, recompensados y ascendidos por él y prestaron un juramento solemne de serle fiel a él. La disciplina era estricta y las tropas eran tratadas con menos miramientos que durante los años de la guerra civil.

Era su ejército, y él y sus sucesores se cuidaron muy bien de mantener el monopolio de la fuerza militar. En el siglo II d. C., le preguntaron a un senador que era famoso por su oratoria por qué había permitido que el emperador Adriano corrigiera públicamente su uso de una palabra en particular. El hombre les dijo a sus amigos en tono de broma que sin duda todo el mundo debía «reconocer que el hombre que controla treinta legiones es el más sabio de todos».[5]

El *Imperator Caesar Augustus*, hijo del divino Julio, no se llamó a sí mismo rey o dictador. Augusto era el *princeps*: el primer senador, el primer ciudadano y el primer servidor del Estado. Su posición constitucional fue evolucionando con el tiempo, a través del ensayo y error más que siguiendo ningún tipo de plan a largo plazo, a medida que le fueron otorgados nuevos cargos, honores y privilegios. Cada vez con más frecuencia, los poderes que se le otorgaban eran personales, se le concedían directamente a él y no estaban ligados a una magistratura en particular para impedir que vencieran a la conclusión del cargo en cuestión. Cada uno de estos poderes le fue otorgado a través del debido proceso legal, pero no existía ningún medio por el que le pudieran ser retirados, y solo el propio Augusto podía optar por renunciar a ellos. Desde el principio, los griegos le llamaron *Autokrator*, o autócrata y, en realidad, a nadie le cabía ninguna duda de que era un monarca, independientemente del título que utilizara. Los investigadores se refieren al sistema que creó como el Principado y lo describen como una monarquía encubierta.[6]

El velo que la cubría era muy fino y es poco probable que realmente engañara a alguien. Durante el Principado de Augusto, se seguían convocando las asambleas populares para elegir a los magistrados y, a menudo, había auténtica competición por los cargos, frecuentes sobornos y ocasionales casos de intimidación en la peor tradición de las últimas décadas de la Repú-

blica. Sin embargo, Augusto recomendaba a un número significativo de candidatos y estos, invariablemente, salían victoriosos; finalmente, sus sucesores transfirieron las elecciones de las asambleas al Senado. Ese fue uno de los varios poderes adicionales adquiridos por el Senado, que siguió reuniéndose y siendo tratado con gran respeto y dignidad, pero había perdido toda su independencia. Hacia el año 30 a. C., el número de senadores había ascendido a casi mil miembros y Augusto expulsó a los hombres más inadecuados, que habían sido incorporados al Senado durante las guerras civiles, hasta que la cifra se situó en torno a los seiscientos. Las viejas familias aristocráticas estaban bien representadas, al menos una vez que una nueva generación alcanzó la edad adulta y cubrió las bajas sufridas durante las décadas de violencia. Los senadores ocupaban la vasta mayoría de los mandos de gobernadores provinciales, incluyendo todos los de las principales provincias con la excepción de Egipto, pero cuando comandaban un ejército era como legados del emperador, o *legatus Augusti*: representantes y subordinados de Augusto con *imperium* delegado de él. (África era una excepción y su procónsul estaba al mando de una sola legión, pero incluso eso cambió con la llegada al poder de los sucesores de Augusto).

El imperio romano en 60 d. C.

Todavía era posible obtener cargos y honores, pero para lograr una carrera de éxito se necesitaba la aprobación del *princeps*. Varios hombres nuevos alcanzaron el consulado y ennoblecieron a sus familias, mientras que los vástagos de las antiguas casas consiguieron ampliar el historial de sus linajes. No se permitía que nadie compitiera con Augusto o sus sucesores y las posibilidades políticas se habían limitado. El último triunfo obtenido por un hombre ajeno a la familia imperial se celebró en el año 19 a. C. y, después de ese momento, incluso los hombres que lograron los mayores éxitos tuvieron que conformarse con las insignias del triunfo —las *ornamenta triumphalia*— y no se les permitía desfilar por la ciudad. Augusto celebró tres triunfos y dos ovaciones (una forma menor de triunfo en la que el general iba montado a caballo y no en carro) y rechazó celebrar muchos otros triunfos que le fueron concedidos cuando alguna guerra fue ganada por uno de sus legados. También fue cónsul trece veces, hijo de un dios, padre de la patria y ostentó otra larga serie de cargos honoríficos.

La ciudad de Roma fue remodelada a una escala mucho mayor para celebrar la gloria de Augusto como líder del pueblo romano. A medida que pasaban los años, las comunidades de Italia y las provincias fueron erigiendo cada vez más monumentos dedicados a él y a su familia cercana. Algunos fueron construidos en las localidades provinciales como una gracia hacia sus habitantes, pero muchos más fueron levantados por iniciativa local. La imagen y el nombre de Augusto aparecían en todas y cada una de las monedas de oro y plata acuñadas en el Imperio, y en muchas de las de bronce. Tradicionalmente, las monedas romanas llevaban grabadas las cabezas de dioses y diosas, o de hombres distinguidos, pero ya fallecidos, de generaciones anteriores. Julio César fue el primer romano representado en vida en muchas de las monedas acuñadas durante su dictadura, aunque no en todas. Después de su muerte, otros líderes hicieron lo mismo, como Bruto, pero ningún caso era comparable a la inmensa cantidad de series de monedas emitida por Augusto. Ya fuera en una moneda o en un busto, en una estatua, un bajo relieve o una pintura, la imagen del *princeps* estaba por todas partes. Se trataba de una imagen idealizada, que era controlada con el máximo cuidado y mostraba la cara de un guapo joven que desprendía serenidad y nunca envejecía, en poderoso contraste con la tradición romana del retrato realista, a menudo de expresión adusta. Se conservan más imágenes de Augusto que de cualquier otro emperador romano del mundo antiguo, o, de hecho, de cualquier otro ser humano.[7]

En 27 a. C., el *princeps* aceptó un comando provincial de enorme envergadura. Augusto simuló reticencia ante la oferta de una responsabilidad tan onerosa, pero está claro que la farsa en el Senado estaba cuidadosamente orquestada, ya que le rogaron al primer servidor del Estado que asumiera las tareas más importantes del Imperio por el bien general. Al principio, Augusto controlaba toda Hispania, las Galias, Siria y Egipto, las

primeras tres, presumiblemente, porque eran las regiones donde el control romano era menos firme, ya fuera porque no estaban totalmente «pacificadas» o porque se cernía sobre ellas una amenaza exterior. El noroeste de Hispania todavía no había sido conquistado, las Galias estaban sufriendo incursiones de tribus germanas llegadas de la otra orilla del Rin y la estabilidad de Siria había quedado seriamente afectada tras las guerras civiles y, además, limitaba con Partia. El mando fue votado para un periodo de diez años, pero, a partir de entonces, fue prorrogado por periodos de cinco o diez años a lo largo de toda su vida. Las provincias restantes quedaron bajo el control del Senado, a cargo de procónsules que eran seleccionados por sorteo entre los antiguos magistrados a la manera tradicional.[8]

En el plazo de una década, la Galia Transalpina y la nueva provincia de Bética en el sur de Hispania pasaron a estar bajo control senatorial. Ambas eran regiones ya bien establecidas y pacíficas, lo que contribuyó a ratificar la afirmación de Augusto de que solo aceptó el mando de las provincias peligrosas movido por el sentido del deber hacia Roma y que no se aferraría a ellas una vez que fueran seguras. En su lugar, asumió la responsabilidad de algunas provincias recién adquiridas, entre las que destacaban, en especial, las de los Balcanes y Germania. Prácticamente todo el ejército estaba estacionado dentro de sus provincias y, así, se encontraba bajo su control directo o comandado por sus legados. Desde el año 54 a. C. en adelante, Pompeyo el Grande había controlado las provincias hispanas de esta misma forma distante, permaneciendo cerca de Roma y sin visitar las regiones a su cargo; en vez de eso, eran sus legados quienes gobernaban y comandaban las legiones. Durante los años de su alianza, Marco Antonio, Lépido y el joven Augusto se habían dividido el Imperio entre ellos de una manera similar, dejando que sus representantes actuaran en su nombre en las provincias que les fueron asignadas. El sistema de Augusto se inspiró en

esos modelos, pero llegó a alcanzar una escala muchísimo mayor.[9]

2. La paz y la guerra

El arte y la literatura de la época augusta —en buena medida alentados y patrocinados por el *princeps* y sus asociados— celebraban el retorno de la paz. Augusto se jactaba de que «había extinguido las llamas de la guerra civil». Entre las innumerables imágenes que se conservan de él, relativamente pocas, sobre todo en el caso de las estatuas, bustos y relieves, lo representan como general. El *ara pacis Augustae* —el altar de la paz augusta — cuya construcción fue decretada por el Senado en el año 13 a. C. y que fue dedicado en 9 a. C., es uno de los monumentos más llamativos que celebra sus logros y representa al *princeps* y a su familia caminando en procesión junto con los principales miembros del Senado. Los hombres visten togas, las mujeres están ataviadas con vestimentas formales —toda la indumentaria es característicamente romana—, pero también son presentados como civiles romanos que están honrando a los dioses en tiempos de paz. No hay ningún soldado en el monumento, y la única alusión directa a la vida militar es la capa usada por el hijastro de Augusto, Druso.[10]

Esta paz era una paz romana que había sido propiciada por Augusto. Ante todo, el establecimiento de la paz se debió a la conclusión de la guerra civil. El poeta Horacio habló de cómo los miembros de su propia «generación impía, cuya sangre está maldita» se habían vuelto unos contra otros, amenazando así con hundir Roma.

> ¿Por qué desenfundáis espadas que acaban de ser desenvainadas? ¿Acaso se ha derramado demasiado poca sangre latina en la tierra y en el mar —no para permitir al romano quemar la fortaleza arrogante de la arrogante Cartago, o para hacer que el britano, tan lejos de nuestro alcance, cami-

ne por la vía Sacra en cadenas—, sino para garantizar, en respuesta a las oraciones de los partos, que esta ciudad perecerá por su propia mano?[11]

Tanto Horacio como los demás poetas se regocijaron cuando la guerra civil terminó con la victoria final de Augusto en la batalla de Accio. Ovidio describió el *ara pacis Augustae* diciendo que estaba coronada por los «laureles accios» y, a pesar de sus ecos de la guerra civil, Accio fue evocada una y otra vez en el arte, la literatura y en los trofeos y los símbolos con los que se adornaban los edificios.[12]

La paz se había ganado a base de unas victorias, una fuerza y un prestigio tan abrumadores que, en el futuro, ningún agresor se atrevería a correr el riesgo de ir a la guerra contra Roma. Así fue como Augusto había puesto fin a la guerra civil, y así como él y los romanos finalmente lograrían la paz en el mundo. Aficionado a reintroducir arcaicos rituales como parte de su promoción del renacimiento religioso, cultural y moral de Roma, Augusto se enorgullecía en especial de una ceremonia que consistía en cerrar las puertas del Templo de Jano, un dios con dos caras, una mirando hacia delante y otra hacia atrás. Las puertas de ese pequeño santuario se cerraban cuando el pueblo romano no estaba en guerra, un rito que había sido celebrado solo en dos ocasiones antes de Augusto. Bajo su liderazgo, el Senado dio tres veces la orden de cerrar las puertas del templo, aunque, en el tercer caso, las noticias del reciente estallido de una guerra en una frontera lejana lo impidieron. En las otras dos ocasiones, las puertas fueron reabiertas en un plazo de apenas un año. A pesar de la continua mención de la paz, bajo su liderazgo Roma estuvo casi permanentemente en guerra en algún lugar en el mundo, tal como lo había estado durante la República.[13]

Estas guerras, en gran parte, eran ofensivas que llevaban a las legiones a regiones nunca antes pisadas por el ejército del pueblo romano. Augusto añadió más territorios al Imperio que ningún otro líder en la historia de Roma. En numerosas ocasio-

nes, eso significaba que las legiones tenían que emprender campañas difíciles en terrenos muy duros. Así conquistó el resto de la península ibérica y los Alpes, acabando con la extorsión a la que la tribu local sometía a los viajeros por pasar por la región. Las campañas en los Balcanes fueron igualmente reñidas y acarrearon importantes pérdidas humanas a los ejércitos romanos, pero ampliaron el control del Principado hasta el río Danubio. Más al norte, las legiones cruzaron el Rin y comenzaron a establecer una nueva provincia que llegaba hasta el Elba. En otras áreas del mundo, como Egipto y Arabia, los comandantes de Augusto descendieron el Nilo y atravesaron con dificultad los desiertos árabes, aunque en este caso las ganancias territoriales fueron mínimas.[14]

El ejército profesional creado por Augusto proporcionó a su régimen victoria tras victoria. Después del año 26 a. C., cuando cayó enfermo durante las operaciones en Hispania, el *princeps* nunca volvió a comandar un ejército en el campo de batalla, pero a menudo estaba presente en algún punto de retaguardia del teatro de operaciones. En casi todos los conflictos principales, el mando de las tropas se le concedió a un miembro de su familia, la mayoría de las veces a Agripa, su viejo amigo y, posteriormente, yerno, y a sus hijastros, Tiberio y Druso. Las operaciones de menor escala eran encomendadas a los legados, pero en todos los casos el crédito de la victoria era para Augusto. En cincuenta y cinco ocasiones, el Senado ordenó que se celebrara una acción pública de gracias para conmemorar una victoria reciente, lo que hace un total de ochocientos noventa días de celebraciones. En el *Res Gestae divi Augusti*, la lista que Augusto escribió enumerando sus propios logros y que ordenó situar en el exterior de su mausoleo, el *princeps* citó sus muchas victorias, y los mismos poetas que cantaron a la paz también cantaron a la victoria. Virgilio afirmó que era el destino de los romanos y del gran arte «ser indulgente con los conquistados y

vencer a los orgullosos en la guerra», mientras que Horacio escribió:

> Augusto será considerado un dios sobre la tierra cuando los britanos y los letales partos hayan sido incorporados a nuestro imperio.[15]

Las victorias se sucedían y las derrotas eran vengadas con posteriores triunfos. En el corazón del Foro de Augusto, dedicado en el año 2 a. C., se encontraba el Templo de Marte Ultor, el Dios de la guerra, Marte, en su papel de «vengador», en este caso tanto del César asesinado como del pueblo romano en su conjunto. El Imperio siguió creciendo y hacia el año 14 d. C., había veinticinco provincias en total, diecisiete de ellas asignadas al *princeps* y ocho bajo control senatorial. Aun así, como sucedía en el pasado, no todas las guerras ganadas conducían a un aumento territorial. Ni tampoco, a pesar del entusiasmo de los poetas, llegó Augusto a invadir Britania para seguir los pasos de Julio César o a atacar Partia como César había planeado hacer. En vez de eso, el *princeps* optó por ignorar Britania y emplear la diplomacia respaldada por un considerable despliegue de fuerza militar con el fin de negociar un tratado, que fue presentado de tal manera que pareciera que el rey de Partia se estaba sometiendo a Roma. El valioso estandarte del águila perdido por Craso y Marco Antonio fue devuelto y finalmente depositado con gran ceremonia en el Templo de Marte Ultor.

El orgullo quedaba restaurado, la derrota vengada y un antiguo enemigo reconocía con humildad la superioridad romana (haciendo que los partos pasaran de ser los orgullosos que debían ser vencidos a los conquistados ante los que se debían mostrar indulgencia). Como en el pasado, las victorias de Roma no requerían la ocupación permanente del territorio a menos que esa ocupación se considerara ventajosa. No era necesario que las muestras de sumisión rindieran importantes beneficios o resultados concretos, y en la *res gestae* había pueblos, entre otros, los indios y los britanos, que figuraban como parte del

Imperio de Roma simplemente porque habían enviado embajadas a Augusto.[16]

El *princeps* expandió el Imperio hacia donde le pareció que era necesario o que más convenía al bien común y lo hizo durante casi medio siglo de actividad militar. Si no fuera por lo que sucedió durante el gobierno de sus sucesores, cuando la conquista prácticamente se interrumpió, no nos preocuparíamos demasiado por los motivos de Augusto. Roma había librado guerras durante muchos siglos y también había ampliado su territorio, si bien hasta entonces las provincias habían sido añadidas solo de vez en cuando. En el siglo I a. C., hombres como Pompeyo y Julio César habían obtenido recursos sin precedentes y mandatos de larga duración y también habían invadido áreas enormes con gran rapidez y las habían convertido en provincias. Augusto hizo más o menos lo mismo y disponía de recursos todavía más abundantes, mucho más tiempo y la libertad de actuar exactamente como deseara. Augusto sostuvo que las guerras en las que había luchado eran justas, porque respondían a alguna agresión pasada o presente, de modo similar a como habían hecho Pompeyo y César, y, de acuerdo con los criterios romanos, probablemente lo fueran.

Augusto era un aristócrata romano y, como todos los de su clase, anhelaba la gloria, sobre todo la gloria militar. Para un hombre que se había hecho con el poder por la fuerza durante la guerra civil, las victorias sobre rivales extranjeros, enemigos de todos los romanos, le brindaban por fin un honor limpio, no mancillado por la sangre de sus conciudadanos. Augusto cumplía con la tradición al demostrar su valía derrotando a los enemigos de Roma, lo cual suponía un servicio al Estado y, al igual que hacían los vencedores en el pasado, el botín de las guerras ganadas se gastaba en obras públicas realizadas en la propia Roma. El *princeps* construyó templos, monumentos, acueductos, casas de baño y lugares de entretenimiento en la ciudad y, co-

mo en tantas de las cosas que hizo, en realidad solo superó a sus antecesores en la escala de tal actividad constructiva.

La gloria era importante y no cabe duda de que, en ocasiones, se comportó como un oportunista al aprovechar ciertas coyunturas para añadir gloria a su palmarés, pero, por lo que parece, había algo más detrás de sus acciones bélicas. Del mismo modo, mientras que Virgilio prometió a los romanos un *imperium sine fine*, la contención que mostró Augusto al abstenerse de invadir Britania o Partia deja claro que no quería la guerra en cualquier circunstancia, aun cuando muchos romanos consideraran que habría estado justificada. Parte de lo que hizo Augusto convirtió el Imperio en una entidad más coherente y segura, y la distribución del ejército es una guía que nos revela en qué áreas pensaban que era más probable se desatara algún conflicto en el futuro. En la conquista de Hispania tomaron parte al menos cinco legiones, pero a los pocos años de su finalización, la guarnición de toda la Península fue reducida a tres legiones y luego sería reducida a solo una bajo el gobierno de sus sucesores. La ocupación permanente de los Alpes había mejorado mucho las comunicaciones y solo gracias a sus campañas en los Balcanes se creó una ruta segura por tierra hacia las provincias orientales. Es probable que Augusto no estuviera siguiendo un plan rígido, pero no hay duda de que estas anexiones territoriales hicieron del Imperio una unidad más coherente. Por otro lado, resulta más difícil saber si una frontera basada en el Elba en vez de en el Rin habría sido más segura, teniendo en cuenta el poco tiempo que duró. La primera opción puede transmitir una sensación de mayor orden en el mapa, pero no está claro hasta qué punto los romanos comprendían la geografía física del mundo y, sin duda, prestaban más atención a la geografía política de las tribus y los pueblos.[17]

3. Los límites

Augusto sufrió muchas decepciones, sobre todo las muertes prematuras de muchos familiares cercanos y los escándalos que le llevaron a enviar al exilio a su hija Julia, la única de sus hijos que era legítima, y, más adelante, a dos de los hijos de esta; pero sus peores dificultades en el ámbito militar tuvieron lugar en los últimos años de su vida. En el año 6 d. C., cuando sus ejércitos ya se habían adentrado en el territorio de lo que hoy es Bohemia, estalló una rebelión en los Balcanes, obligando a las tropas a retirarse para poder dirigirse a aquella zona para hacer frente al conflicto. Sofocar la rebelión no fue tarea fácil, hicieron falta tres años de dura lucha antes de poder acabar con ella, y los romanos sufrieron incontables bajas. En un momento dado, al menos diez legiones, junto con numerosos contingentes auxiliares, se concentraron en un solo campo de batalla (una fuerza que representaba a más de un tercio de todo el ejército). Entonces, cuando por fin obtuvieron la victoria, un grupo de rebeldes le tendieron una emboscada y mataron al legado provincial Publio Quintilio Varo en la nueva provincia de Germania, aniquilando asimismo a tres de las legiones de Augusto, la XVII, la XVIII y la XIX. Los romanos retrocedieron hasta el Rin y lanzaron una sucesión de expediciones punitivas en los años que siguieron, pero nunca reconquistaron el territorio perdido. Por primera vez, una provincia se rebelaba contra Roma y conseguía la libertad permanente.[18]

Augusto rondaba los setenta años, su salud ya flaqueaba, y ese revés le afectó gravemente: a un hombre cuya carrera profesional se había basado en obtener victoria tras victoria se le hacía muy difícil afrontar la derrota. Pasó varias semanas sin afeitarse y se dice que vagaba por el palacio gritando: «Quintilio Varo, ¡devuélveme mis legiones!». Cuando falleció cinco años más tarde, dejó por escrito a su hijo adoptado Tiberio el conse-

jo de «mantener el Imperio dentro de sus límites actuales». El cínico historiador Tácito, él mismo un senador, reflexionó al respecto, preguntándose si Augusto le habría dado ese consejo a su hijo «por temor o por envidia». Tiberio heredó la posición y los poderes de Augusto, muchos de los cuales ya se le habían concedido antes de morir y, en gran parte, siguió su sugerencia. En general, lo mismo hicieron sus sucesores.[19]

En el año 43 d. C., el emperador Claudio emprendió la invasión de Britania y creó una provincia en la parte sur de la isla. La expansión continuó de manera intermitente durante el resto del siglo, sin que nunca llegara a haber una ocupación permanente del extremo norte de lo que ahora es Escocia, y buena parte de las tierras bajas estuvieron ocupadas solo unas cuantas décadas. En 101-102 d. C., el emperador Trajano atacó el poderoso reino de Dacia (que ocupaba una zona más o menos equivalente a la actual Rumanía) y, tras ganar una segunda guerra librada entre los años 105 y 106 d. C., estableció allí una nueva provincia. También incorporó Arabia al Imperio e invadió Partia, con la intención de crear las provincias de Mesopotamia y Media. No obstante, su control sobre estas nuevas conquistas era inestable y pronto se enfrentó con una serie de revueltas. En el año 117 d. C., Trajano murió por causas naturales mientras trataba de reprimir dichas insurrecciones, y sus nuevas provincias orientales fueron abandonadas. Marco Aurelio también parece haber albergado la intención de crear una o dos nuevas provincias, en su caso en Europa central, pero de nuevo los planes fueron abandonados a su muerte en 180 d. C. A principios de su reinado añadió a Siria algunos territorios partos. A finales del siglo II d. C., Mesopotamia fue convertida en provincia por Septimio Severo.

La expansión no se detuvo con la muerte de Augusto, pero pasó a ser mucho menos común, y el contraste entre esta etapa y el intenso periodo de expansión del reinado del primer empe-

rador resulta llamativo. En ese sentido, el reinado de Augusto fue muy semejante a las últimas décadas de la República. Pompeyo y César también fueron grandes conquistadores, aunque es cierto que la situación política les dio a ambos oportunidades sin precedentes en sus respectivos mandatos. Antes y después de ellos, la mayoría de los senadores que emprendían campañas como gobernadores provinciales se ocupaban de sofocar disturbios dentro de una provincia o de rechazar un ataque del exterior. Muchos de ellos atacaron pueblos que habitaban fuera del Imperio, pero —aparte de la adquisición de riqueza personal y gloria— su objetivo era hacer que estos enemigos se sometieran a Roma, no anexionarlos a ella. Las guerras de sometimiento se habían convertido en la forma más común de conflicto en cuanto los romanos empezaron a conquistar y mantener provincias en ultramar, y continuaron siéndolo durante el Principado. En ese sentido, Augusto fue una anomalía, como también Pompeyo y César en menor medida, por el hecho de ostentar el mando supremo en el momento de esa gran adquisición de nuevos territorios. Con todo, se registró mucha menos expansión después del año 14 d. C. que en el siglo II y, sobre todo, que en el siglo II a. C. Los reinos aliados pasaron a tener el estatus de provincias hasta que casi la totalidad de las tierras del Imperio eran gobernadas de forma directa, pero, en gran medida, su tamaño siguió siendo el mismo que había tenido durante el Principado de Augusto.[20]

Algo había cambiado, pero siempre ha existido entre los historiadores muy poco consenso sobre qué había cambiado y por qué. No está claro qué le quiso decir exactamente Augusto a Tiberio con su consejo y si creía que el Imperio no debería volver a expandirse o que no debía expandirse por el momento. La gran rebelión que estalló en el año 6 d. C., y la pérdida de Germania en el año 9 d. C. infligieron fuertes bajas en el ejército romano que no podían ser fácilmente cubiertas. En ambas oca-

siones, Augusto había comprado esclavos y los había liberado para que sirvieran en el ejército como unidades separadas. Estos conflictos tuvieron lugar después de décadas de guerra casi constante, durante las cuales él ya había ampliado la duración del servicio militar de dieciséis a veinte años y, por último, a veinticinco años, con vistas a ahorrar en los gastos que suponían los soldados que se licenciaban, así como a retener a esa mano de obra experimentada. Los recursos militares del Imperio habían descendido mucho después de la sobreutilización a la que se vieron sometidos. Tiberio ordenó el lanzamiento de tres campañas a través del Rin al comienzo de su reinado, pero, a finales del año 16 d. C., puso fin a estas operaciones. Una de las razones de su decisión fue que las Galias y las otras provincias occidentales ya no eran capaces de abastecer al ejército con monturas de reemplazo para la caballería o animales de tiro y carga. Por el momento, sencillamente, no había recursos suficientes para continuar con ese intensivo ritmo de campaña y, en consecuencia, se hacía necesario consolidar el poder.[21]

Eso explicaría la reducción temporal de la belicosidad romana, pero no un cambio a largo plazo, y algunos investigadores se han preguntado si lo que habría sucedido sería que el Imperio había alcanzado su tamaño natural. Una teoría más antigua era que Augusto conquistaba con el fin de establecer las fronteras mejores y más fácilmente defendibles, y que una vez que lo había logrado, consideró que la ampliación no era ni necesaria ni deseable. Esta es una extensión de la vieja visión del imperialismo defensivo y, por tanto, no concuerda con el énfasis más reciente en la belicosidad romana. Como mínimo, la actitud de aceptación ante la pérdida de la provincia germana sugiere que cualquier plan de conquista cambiaba con las circunstancias. Y lo que es más importante, en la Antigüedad no existe ninguna evidencia directa que respalde la existencia de dicho plan y numerosos estudiosos cuestionan el hecho de que los romanos

poseyeron los conocimientos geográficos y la capacidad para concebir y planificar una estrategia a tan gran escala. (Regresaremos sobre este tema cuando tratemos el funcionamiento de las fronteras).

El imperio romano a la muerte de Septimio Severo, 211 d. C.

Una visión alternativa es considerar que el Imperio había alcanzado sus límites naturales, a pesar de que nadie se diera cuenta. Hay voces que sugieren que el ejército romano no podría funcionar con la misma efectividad con la que funcionaba en otras regiones en los desiertos de Partia o en Germania y Europa central, donde la población tendía a no vivir en ciudades sino que estaba dispersa en muchos asentamientos de pequeñas dimensiones. Estos enemigos eran más difíciles de localizar y derrotar y no producían los suficientes excedentes agrícolas para alimentar a las legiones que Roma debía enviar para derrotarles. Sin embargo, en realidad los romanos sí combatieron y ganaron en circunstancias similares en otras partes, y su maquinaria militar, extremadamente flexible, estaba preparada para adaptarse a las situaciones locales. En otros tiempos ha-

bían sido capaces de abastecer a sus ejércitos durante periodos muy largos en zonas improductivas. Otro argumento es que, aun cuando las legiones ganaran la guerra en esas regiones, la organización política y social de los pueblos hacía imposible que pudieran ser incorporados al sistema romano de gobierno. Otra vez, la teoría se ve socavada por el éxito que los romanos tuvieron a la hora de absorber una gran variedad de culturas en otros lugares.[22]

Es poco probable que los romanos no pudieran haber conquistado más territorios. El autor griego Estrabón, que escribió durante el reinado de Tiberio, opinaba que el fin de la expansión fue una cuestión de elección. Al concluir los diecisiete libros de su obra *Geografía*, en la que describió las tierras y pueblos del mundo conocido, señaló que «los romanos ocupan las porciones más conocidas de él». En otra parte afirma:

> Aunque los romanos podrían haber conquistado Britania, despreciaron hacerlo, porque vieron que no había nada que temer de los britanos… No obtendrían ventajas correspondientes de tomar y sostener el país. Porque, en la actualidad, parece que se gana más de los aranceles sobre el comercio de lo que podría suministrar la imposición directa, si deducimos el coste de mantener un ejército como guarnición de la isla y recaudar los tributos. [23]

Aproximadamente un siglo después, Apiano, también griego y una persona que había trabajado en la administración imperial de Roma, expresó una opinión similar: «Poseyendo las mejores partes de la tierra y el mar, los romanos, en general, han buscado preservar su Imperio con el ejercicio de la prudencia, en lugar de extender su influencia sobre inútiles tribus de bárbaros». [24]

Impresiones similares fueron expresadas en otras ocasiones y puede que muchos más opinaran que a Roma le reportaría escaso beneficio expandirse más. A pesar de la opinión de Estrabón, Claudio invadió Britania. Se rumoreó que Nerón pensó en abandonar la isla porque el mantenimiento de la guarnición re-

sultaba demasiado caro en comparación con los ingresos de la provincia, pero finalmente decidió permanecer en ella. El balance de pérdidas y ganancias podía quedar anulado por otros problemas, y la gloria de la victoria y la conquista seguían siendo considerados motivos admirables para las acciones de un emperador.[25]

El Principado era una monarquía, y era el emperador el que controlaba el ejército y tomaba las decisiones claves sobre si Roma debía expandirse más o no. Augusto justificó su gobierno desde la perspectiva del servicio al Estado y, sobre todo, a través de sus victorias en guerras extranjeras. Al principio, había muchas personas a quienes Augusto no les gustaba porque recordaban su sangriento ascenso al poder, pero admitían que gobernaba bien Roma, que había paz y prosperidad en el interior del Imperio y éxito en el exterior, de forma que, con el tiempo, se acostumbraron a su dominio y a la existencia de un *princeps*. Después de cuarenta y cuatro años, el Principado se había convertido en el orden natural, puesto que no quedaba nadie que pudiera recordar cuando la República funcionaba bien. Un *princeps* era necesario, y se esperaba de él que dirigiera el Estado. Todos los *princeps* adoptaron el título de *imperator* y los ciudadanos esperaban que obtuvieran victorias en la guerra, ya fuera a través de sus legados o en persona. La aristocracia sentía una profunda nostalgia de los días de la República, cuando su clase había liderado el Estado y no había ningún hombre que estuviera por encima de ellos, pero nadie tenía expectativas de que esos días volvieran. Después del asesinato de Calígula en el año 41 d. C., el Senado debatió durante unas horas la posibilidad de restaurar la República, pero, en vez de eso, decidieron elegir a un sustituto del emperador entre sus propias filas.[26]

Augusto pasó la mayor parte de su reinado de Italia, recorriendo las provincias, organizándolas, ocupándose de las peti-

ciones que le hacían, viajando y trabajando mucho, y siguió realizando todas estas labores incluso cuando era viejo. Supervisó muchas de las campañas más importantes de Roma y el resto fueron lideradas por alguien próximo a él, generalmente un miembro de su familia extensa. Tiberio estaba a punto de celebrar su sexagésimo cumpleaños cuando sucedió a Augusto y tenía a sus espaldas un largo y exitoso historial de mandos militares, así que no tuvo que probar su valía como un general. Además, no le gustaba demasiado viajar o, de hecho, no le apetecía continuar la aburrida rutina que practicaba Augusto y, al cabo de unos años, empezó a pasar más y más tiempo en el país. En el año 27 d. C. se fue a vivir a la isla de Capri y no volvió a Roma en los últimos diez años de su vida. En los primeros años de su reinado, su sobrino e hijo adoptivo Germánico obtuvo el mando de los ejércitos en Germania y en el este, actuando en lugar del *princeps* de modo similar a como Tiberio y otros lo habían hecho para Augusto. Germánico murió en el año 19 d. C., y el propio hijo de Tiberio, Druso, realizó durante un breve periodo la misma función, pero murió a su vez cuatro años más tarde. El *princeps* ya no volvió a emplear a ningún otro miembro de la familia para ocuparse de sustituirle en esos casos.

Es importante subrayar hasta qué punto el estilo de gobierno de Tiberio se diferenció del de Augusto, porque eso tendría una enorme influencia en el comportamiento de los últimos emperadores. Augusto pasó gran parte de su largo reinado en movimiento, visitando casi todas las provincias por lo menos una vez y empleando a sus más próximos asociados y familiares para hacer lo mismo en otras partes del Imperio. De sus sucesores, solo Adriano viajó en una escala mínimamente comparable. Ninguno de ellos fue capaz de encontrar a tantos miembros de su familia que estuvieran dispuestos a actuar en su lugar. Por lo general, se trataba de una cuestión de confianza, porque Augusto era el hijo del divino Julio, el vencedor de

Accio, el padre de la patria. Sus parientes obtenían gloria para sí mismos, pero, al mismo tiempo, reforzaban su todavía mayor prestigio. No eran y no podían ser iguales o rivales, aun cuando se les concedieron algunos de los poderes de Augusto. En muchos sentidos, el Principado implicaba el gobierno de dos o más príncipes más que de un solo *princeps*, pero la autoridad de Augusto era incuestionable. Nadie estuvo nunca tan seguro en el poder.

A falta de familiares de confianza, las alternativas eran, o bien ir a presidir una gran guerra en persona, o bien confiarle esa misión a un legado senatorial, pero con esa opción el emperador corría el riesgo de que aquel hombre acumulara gran fama y gloria, lo que tal vez podría incluso permitirle subvertir la lealtad de los soldados bajo su mando. Tiberio había demostrado con creces su valía como general y ya estaba harto de la vida en el campo de batalla. No sentía ningún deseo de ir de campaña en persona, pero no tenía suficiente confianza en ningún familiar o senador para concederle muchos mandos importantes. Los legados provinciales normales nunca estaban al mando de más de cuatro legiones, cifra que posteriormente se redujo a tres, y, por su cuenta, no contaban con suficiente fuerza militar para derrocar al emperador. Solo habrían podido hacerlo si varios se hubieran unido y los instintos competitivos de los aristócratas romanos hacían la unión poco probable en la mayoría de los casos. Se libraron guerras para mantener el Imperio, pero una expansión significativa requeriría mayores recursos que aquellos de los que disponía un legado al cargo de una sola provincia.[27]

Calígula era joven, carecía de experiencia militar y había pasado algún tiempo con el ejército pero no había logrado nada. Claudio era más viejo, tan inexperto como Calígula y había sido proclamado emperador por la Guardia Pretoriana (tropas formadas por Augusto para tener una fuerza militar a su disposi-

ción inmediata, puesto que no quería que hubiera ninguna legión estacionada en Italia). En el año 43 d. C., dos años después de llegar al poder, Claudio lanzó una invasión sobre Britania, confiándole el mando a un legado, Aulo Plaucio. Con todo, el anciano y enfermo emperador viajó hasta la isla para liderar en persona la toma de la principal capital de la tribu. Claudio pasó solo dieciséis días en Britania, pero se aseguró de que el crédito principal de la victoria recayera en él, aunque también fue generoso en su concesión de honores a todos los senadores que, de algún modo, estuvieron involucrados en la conquista. Esta aventura satisfizo su necesidad de gloria. Unos años más tarde, Cneo Domicio Corbulón, uno de sus legados provinciales, había comenzado a adentrarse en el territorio de Germania cuando fue llamado a Roma por el emperador. Con tristeza, Corbulón hizo el siguiente comentario: «Qué suerte tenían los generales romanos en los viejos tiempos» de la República, pero obedeció.[28]

Nerón mostró escaso interés en los asuntos bélicos, aunque fue elogiado cuando emprendió una guerra contra los partos antes que aceptar una «paz vergonzosa» y confiarle un mando importante a Corbulón. Aun así, unos años más tarde hizo llamar a este último y le ordenó suicidarse. La muerte de Nerón en el año 68 d. C. provocó una guerra civil durante la cual Galba, Otón y Vitelio reinaron de forma alterna hasta que Vespasiano logró restablecer cierta estabilidad en el año 69 d. C. Un año más tarde, su hijo mayor Tito presidió la toma de Jerusalén, quebrando el centro de la rebelión judía, y este éxito fue presentado como justificación de sus gobiernos como emperadores (por ejemplo, con la construcción del Arco de Tito y el Coliseo). Comandantes curtidos ambos, ninguno de ellos decidió salir de campaña personalmente cuando fueron emperadores, pero sí permitieron la guerra ofensiva y la expansión a través de sus legados en Britania. Domiciano, el hijo menor de

Vespasiano, llegó al poder cuando Tito murió de modo repentino después de solo un corto reinado. No poseía un historial militar del que pudiera presumir y pasó varios años haciendo campaña contra las tribus germánicas y los dacios. Hubo algunas adquisiciones de territorio —o, por lo menos, un avance de la línea de campamentos que el ejército había levantado frente a las tribus germánicas—, pero sufrió al menos dos graves derrotas a manos de los dacios y aceptó un Tratado de paz que implicó pagar dinero al rey dacio y brindarle otro tipo de ayuda. Ese fracaso dañó aún más la mala fama que ya tenía entre la clase senatorial.[29]

Domiciano fue asesinado en el año 96 d. C. en una conspiración de palacio y el Senado eligió al anciano e inofensivo Nerva como *princeps*. A continuación, Nerva adoptó a Trajano, el legado que estaba al mando de una de las provincias del Rin y su ejército, quien le sucedió en el poder dos años más tarde. Aunque había pasado una cantidad de tiempo superior a la media sirviendo junto a las legiones, el nuevo emperador no podía alardear de haber obtenido ningún triunfo de importancia. Esto cambió poco después cuando se embarcó en una guerra contra los dacios que culminó en la creación de una nueva provincia. Dacia era rica gracias a sus depósitos minerales, y el oro dacio pagó la lujosa construcción del Foro de Trajano en Roma, que cubría un área más grande que el Foro de César y el de Augusto juntos. El prestigio ganado en el Danubio alentó a Trajano a lanzar su gran expedición oriental, al menos en parte inspirada por el sueño de alcanzar la gloria de Alejandro Magno. Los romanos llegaron al Golfo Pérsico y el emperador se comparó a sí mismo con Alejandro, pero pronto estallaron diversas rebeliones en buena parte del territorio recién conquistado y, al mismo tiempo, se produjo una revuelta organizada por las importantes poblaciones judías de Egipto, Cirenaica y Chipre.[30]

Trajano sufrió una apoplejía y murió. Se dijo que en sus últimos días había anunciado a su pariente Adriano que planeaba adoptarlo y nombrarle su sucesor, pero se sospechaba de que se trataba de una historia fabricada mientras su viuda y los funcionarios de palacio buscaban a alguien para suceder el *princeps*. Ante las dudas sobre los planes de Trajano con respecto a él, no es de extrañar que Adriano quisiera volver a Roma en vez de pasar años luchando en difíciles operaciones para sofocar las rebeliones, así que abandonó las provincias nuevas y se retiró. Pasó gran parte de su reinado recorriendo el Imperio, en especial las provincias militares, inspeccionando el ejército y observando cómo se entrenaban los soldados. En varios casos, esto condujo al redespliegue de las unidades y a la famosa construcción del muro de Adriano en el norte de Britania. No hubo nuevas guerras de conquista, pero sí se desarrollaron varias operaciones en las fronteras y una larga y difícil campaña para sofocar una rebelión que estalló en Judea.[31]

En el año 137 d. C., Adriano falleció —se decía que era un astrólogo tan experto que había predicho el día y la hora de su muerte— y fue sucedido por Antonino Pío, que se sentía tan seguro en su cargo pese a su falta de experiencia militar real que nunca abandonó Italia y dejó el mando de todas las guerras de su reinado en manos de los legados provinciales. Ninguno de estos conflictos incluyó alguna conquista sustancial, aunque el muro de Adriano fue abandonado casi inmediatamente después de que fuera terminado y el ejército se trasladó hacia el norte, al muro de Antonino, que se extendía desde el estuario de Forth hasta el golfo de Clyde. Al final del reinado de Antonino Pío, los partos atacaron las provincias orientales de Roma (tal vez la única vez durante el Principado en la que iniciaron un conflicto). Los sucesores de Antonino Pío, Marco Aurelio y Lucio Vero, gobernando juntos, respondieron al ataque, con Vero liderando una expedición que partió hacia territorio parto

y saqueó la capital de Ctesifonte, tal y como había hecho Trajano. No reactivaron las nuevas provincias de ese emperador, y la fuerza expedicionaria trajo consigo una plaga que devastó el Imperio a lo largo de los siguientes años. Vero murió joven y Marco Aurelio pasó la segunda mitad de su reinado casi permanentemente en campaña contra los pueblos germánicos que habitaban entre el Rin y el Danubio. Planeó la adquisición de nuevas provincias, que fueron ocupadas por un breve periodo, pero, cuando él murió en 180 d. C., fueron abandonadas debido a que su hijo Cómodo prefirió regresar a Roma. A pesar de ser un joven activo, el hijo de Marco Aurelio nunca llegó a conducir un ejército en el campo de batalla.[32]

El asesinato de Cómodo en el último día del año 192 d. C. condujo a la guerra civil en cuestión de meses y, en esta ocasión, pasaron cuatro años antes de que el conflicto, en el que tres legados provinciales competían por el poder, quedara resuelto. El vencedor, Septimio Severo, se embarcó dos veces en guerras extranjeras de importancia, primero en el este y luego en Britania. No era ninguna coincidencia que esas zonas hubieran sido las bases de sus dos rivales en la lucha por el trono imperial y uno de los propósitos de las campañas fue confirmar la fidelidad de los ejércitos que las guarnecían. Dión Casio, un senador de origen griego contemporáneo de Severo, nos cuenta que el emperador afirmó que su nueva provincia de Mesopotamia era una especie de «baluarte» o «escudo» para Siria, que hacía la provincia más segura. A Dión no le convencía esa visión y consideraba que la conquista de tanto territorio de los partos era una acción provocadora y demasiado cara.[33]

Durante el reinado de sus diversos emperadores, Roma justificó sus guerras como lo había hecho siempre, alegando que solo luchaba en defensa de sus intereses y sus aliados. Había incontables pretextos para entablar una guerra pero, como sucedía en tiempos de la República, las razones para embarcarse en

ella a menudo tenían más que ver con los entresijos de la política interior que con cualquier otra cosa. Varios líderes britanos en el exilio solicitaron la ayuda de Augusto para volver a instalarse en el poder, pero el *princeps* no había respondido a sus peticiones porque tenía muchas otras preocupaciones. Claudio recibió un llamamiento similar en un momento en el que se sentía inseguro y buscaba con desesperación alguna forma de obtener prestigio militar y, por ese motivo, decidió invadir. Nuestras fuentes no sugieren que ni los senadores ni ninguna otra persona opinaran que no se trataba de una causa justa. Dión también creía que Trajano había reaccionado ante una amenaza real al romper el tratado que Domiciano había firmado con Dacia e ir a la guerra, pero no se mostró tan convencido de que la expedición sobre Partia estuviera motivada por otra causa que no fuera la búsqueda de la gloria. El destino como *imperium sine fine* no anulaba el deber de Roma de actuar de forma honorable y los desafíos o incluso insultos auténticos a la supremacía romana eran una causa justificada para una guerra, mientras que emprender una guerra buscando la gloria y nada más que la gloria no era considerado honorable. Sin embargo, el sueño se seguía sosteniendo, porque los emperadores y los senadores continuaban leyendo a Virgilio y a otros autores que hablaban del destino de Roma, y se entusiasmaban con las historias de Alejandro Magno y sus victorias, así como, por supuesto, con las de César y Augusto. Como siempre, las guerras que incrementaban el poder romano no tenían por qué significar la adquisición de nuevas provincias, sino simplemente la humillación de los enemigos, así como la obtención de gloria y botín. **[34]**

La expansión territorial se convirtió en algo poco habitual a partir del año 14 d. C. Algunos emperadores necesitaban victorias militares y, por eso, conquistaron nuevas tierras, pero lo importante era asegurarse de obtener la mayor parte del mérito.

La mejor manera de conseguirlo era ir a la guerra en persona, pero la mayoría de ellos no solían hacerlo, a pesar de que, al mismo tiempo, temían las consecuencias de que un subordinado se hiciera cargo del liderazgo de la guerra. Ninguno de estos emperadores llegó a reunir un equipo de colegas y asistentes de alto rango comparable al de Augusto, y la guerra ofensiva a tan gran escala se hizo cada vez más rara. Con todo, la política y la guerra siempre habían estado íntimamente ligadas en Roma y los emperadores tenían que transmitir la impresión de ser militares de gran éxito. Si estallaba una guerra debían ganarla, y si no estallaba, entonces debía ser porque el poder de Roma era tan grande que nadie se atrevía a iniciar hostilidades contra ella. La creciente sensación de que el deber de Roma era mantener la paz y permitir que sus aliados y súbditos se ocuparan de sus asuntos cotidianos en un ambiente de seguridad se convirtió en un atributo central del emperador. Estrabón afirmó que «nunca habían prosperado los romanos y sus aliados en tal paz y abundancia como las que les brindó Augusto César, desde el momento en que asumió la autoridad absoluta, y las que ahora les está concediendo su hijo y sucesor, Tiberio».[35]

No solo se desterró la guerra de la mayor parte del mundo, sino que, internamente, las provincias eran más seguras y estaban más asentadas debido a la paz propiciada por Roma y sus emperadores. Veleyo Patérculo, que sirvió como oficial del ejército y senador durante los reinados de Augusto y Tiberio, habló en términos elogiosos del mundo bajo su mandato. «La *pax augusta*, que se ha extendido a las regiones del este y del oeste y hasta los límites del norte y del sur, mantiene todos los rincones del mundo a salvo del peligro del bandidaje». Los bandidos eran perseguidos, los piratas eran expulsados de los mares y por todas partes reinaban una paz y prosperidad basadas en la fuerza y el continuado poder militar del emperador. Eso

era, al menos, lo que alardeaba la orgullosa propaganda imperial.[36]

VIII. REBELIÓN

«Pasando a tu actual pasión por la libertad, digo que llega demasiado tarde. Ha pasado ya el tiempo en el que debías haberte esforzado por no perderla. Pues la servidumbre es una experiencia dolorosa y luchar para evitarla… es justo. Pero el hombre que, habiendo una vez aceptado el yugo, intenta liberarse de él es un esclavo rebelde y contumaz, no un amante de la libertad».

Versión de Josefo de la tentativa fracasada del rey Herodes Agripa II de disuadir a los rebeldes en Jerusalén en el año 66 d. C.[1]

1. «¿Debe todo el mundo aceptar la servidumbre?»

Aunque el ritmo de la conquista se redujo después de Augusto, cuando se emprendía alguna invasión el proceso era prácticamente el mismo de siempre, excepto que ahora estaba más controlado. Solo el emperador podía dar la orden y asignar los recursos necesarios para iniciar la conquista, que normalmente eran considerables. Para su invasión de Britania, Claudio reunió cuatro legiones respaldadas por contingentes auxiliares de infantería y caballería, así como varias embarcaciones destinadas al transporte junto con sus tripulaciones y algunos barcos de guerra. Si las unidades estaban cerca de contar con la cifra teórica de soldados que les correspondía, entonces entre cuarenta mil y cincuenta mil hombres participaron en la invasión. Julio César dispuso de un número similar de hombres, y quizá alguno más, en sus últimas campañas en las Galias, pero algunos procónsules que combatieron durante la República nunca estuvieron al mando de tantas tropas. Las fuerzas que operaron en la frontera con Germania después del año 9 d. C.

eran sustancialmente más grandes y la derrota de la rebelión de Panonia requirió el doble de soldados, pero, aun así, este era un contingente enorme, que representaba como mínimo el 15 por ciento de todo el ejército romano.[2]

Las guerras romanas se libraban contra grupos políticos —naciones, reinos, tribus— y no únicamente para hacerse con el control de algún territorio. En el año 43 d. C., el primer blanco de la gran fuerza expedicionaria de Claudio fue una confederación de tribus, constituida en torno a los catuvelaunos y los trinovantes, cuyo núcleo territorial se encontraba situado al norte del río Támesis. Las dos tribus fueron derrotadas en varias batallas y su capital, Camulodunum (cerca del actual Colchester), fue tomada al asalto. El emperador Claudio hizo su breve visita a Britania para estar presente en ese dramático momento, antes de volver a cruzar el canal en dirección a las Galias y comenzar el largo viaje hacia Roma y las celebraciones de su victoria. Una vez que la confederación se disolvió, la oposición al poder romano quedó en manos de tribus que actuaban de manera independiente y llevaban ejércitos más reducidos al campo de batalla.

Para hacer frente a la nueva situación, la fuerza expedicionaria se dividió en varios grupos de combate, cada uno formado en torno a una sola legión y sus correspondientes fuerzas auxiliares, adecuándose a un tipo de guerra librada a un nivel ligeramente inferior. Algunas tribus estaban unidas políticamente y podían ser derrotadas en una sola batalla o mediante la captura de una capital clave, mientras que otras poseían una estructura sociopolítica mucho más flexible. El futuro emperador Vespasiano comandó la *Legio II Augusta* y operó en el sur de Britania, donde «luchó treinta combates, venció a dos poderosas tribus, tomó más de veinte ciudades amuralladas, así como la isla de Vectis (la isla de Wight)». Una de las tribus eran los durotriges, cuyo territorio está hoy salpicado de restos de poblados fortifi-

cados sobre colinas, muchos de ellos grandes y rodeados de más de una línea de zanjas y murallas, todo lo cual sugiere la presencia de numerosos caciques rivales más que de un líder central. Los yacimientos de Maiden Castle y Hod Hill han revelado signos de haber sido atacados por los romanos, y la fortaleza de Hod Hill fue posteriormente guarnecida por un destacamento de hombres de Vespasiano.[3]

El ejército romano se adaptaba para derrotar a distintos oponentes, cambiando la escala de sus operaciones y el enfoque de su estrategia, pero no luchaba si no había necesidad. La diplomacia precedía a las legiones y, en Britania como en cualquier otro lugar, siempre había líderes locales y comunidades dispuestos a aliarse con Roma. La dominación de los trinovantes y los catuvelaunos en el sureste se logró solo después de las expediciones emprendidas por Julio César en Britania y el sometimiento de otros pueblos. Tanto Augusto como Calígula recibieron a gobernantes británicos exiliados que habían sido expulsados de sus tribus durante esas luchas de poder, y fue uno de esos fugitivos, el rey Verica, el que, en su huida, buscó refugio en la Roma de Claudio facilitándole a los romanos la justificación pública de su intervención. Cuando Camulodunum cayó, el emperador recibió en persona a once gobernantes britanos que presentaron su honorable rendición ante el Imperio. Algunos muy bien podrían haber sido aliados de los romanos antes de que estos invadieran la región, y tal vez estuvieran recibiendo un subsidio o algún otro tipo de ayuda. Otros seguramente decidieron unirse a la potencia más fuerte, o preferían aliarse con Roma a la dominación de la confederación tribal. Como en otros lugares, determinados líderes y sus respectivas facciones tomaban esas decisiones basándose en las ventajas personales que les reportaban o en el hecho de que un rival de su tribu o de alguna otra se comprometiera con el otro bando.

Parece que hubo numerosos líderes y algunas tribus enteras que nunca llegaron a combatir contra Roma.

Tampoco hay ninguna evidencia fidedigna que sugiera que los catuvelaunos y los trinovantes fueran hostiles a Roma antes del año 43 d. C. Existía una animada actividad comercial entre las tribus de Britania y el Imperio, y los dirigentes de la confederación estaban tan ansiosos como los demás caciques y reyes de beneficiarse de esas relaciones y de tener acceso a los bienes de lujo, que contribuían a reforzar su estatus. La comunidad de comerciantes romanos que vivía de manera semipermanente junto al Támesis en lo que llegaría a ser Londinium convivía sin problemas con sus vecinos. Todos los exiliados eran recibidos por los emperadores, y fue solo la necesidad de gloria de Claudio para probar su derecho a gobernar lo que motivó que los romanos iniciaran una intervención militar a gran escala en lugar de una actividad meramente diplomática. Es posible que los líderes de la confederación se quedaran tan sorprendidos como Ariovisto en 58 a. C. ante el repentino cambio de actitud de los romanos y la llegada de las legiones.

Dos hermanos, Carataco y Togodumno, estaban al frente de los catuvelaunos y los trinovantes cuando los romanos atacaron. Togodumno murió en los primeros combates, pero su hermano sobrevivió y continuó luchando. Las alianzas previas, algunas nuevas amistades o su reputación como líder de guerra y su carisma personal le permitieron pasar a lo que hoy es Gales y movilizar a las tribus de esa región, persuadiéndolas de que se unieran a sus propios seguidores. Ocho años más tarde fue derrotado en batalla, pero logró escapar una vez más, esta vez dirigiéndose al territorio de los brigantes, una tribu muy grande que vivía en el norte de Inglaterra. Su reina era aliada de Roma y decidió que mantener ese vínculo era lo que más le convenía, por lo que apresó al fugitivo y lo entregó. En Roma fue llevado ante Claudio, en cuya presencia se comportó con gran digni-

dad, declarando que, si las circunstancias hubieran sido diferentes, seguramente los romanos le habrían dado la bienvenida como un digno aliado. Tal y como estaban las cosas, su dura lucha no había hecho más que añadir lustre a la gloria de la victoria romana. «Tenía caballos y guerreros, armas y riqueza. ¿Acaso te sorprende que quisiera mantenerlos? Porque si vosotros deseáis gobernar el mundo, ¿debe todo el mundo aceptar la servidumbre?». Las palabras fueron escritas por el historiador romano Tácito, pero fuera lo que fuese lo que dijo en realidad, Claudio perdonó la vida de Carataco, su familia y sus seguidores y les ofreció un cómodo cautiverio. Derrotado, el líder había dejado de ser un peligro, lo que le dio al emperador la oportunidad de hacer esa exhibición pública de misericordia.[4]

2. La reina

Los icenos fueron una de las tribus que dieron la bienvenida a los invasores romanos. Vivían en East Anglia, al norte de los catuvelaunos y los trinovantes y, sin duda, consideraron que estos eran una amenaza mayor que los romanos. Desde el principio, se convirtieron en aliados de Roma y es más que probable que uno o más de los gobernantes que se rindieron públicamente ante Claudio procedieran de esta tribu. Al evitar la guerra con Roma, sus líderes mantenían el poder y prosperaban en calidad de aliados de la gran potencia. Otros habían hecho lo mismo antes que ellos, en particular un tal Togidubno, rey de los atrebates. (Su nombre fue originalmente recuperado como Cogidubno, pero esa grafía parece ahora menos probable). Una inscripción de Chichester pone de manifiesto que recibió la ciudadanía romana de Claudio y lo describe como «rey y legado del emperador Augusto en Britania» (*regis legati Augusti en Britannia*), mientras que Tácito nos dice que otras tribus queda-

ron sometidas a su dominio. Otro hombre que probablemente fuera un cacique al que se le concedió la ciudadanía en torno a la misma época fue Tiberio Claudio Catuaro, conocido solo por un anillo de oro encontrado cerca de un yacimiento en Fishbourne, Sussex.[5]

Algunos de los icenos vacilaron con respecto a su alianza con Roma cuando Aulo Plaucio, el líder de la invasión, fue reemplazado como gobernador en algún momento del año 47 d. C. Su sucesor decidió desarmar a aquellas comunidades de la provincia romana cuya lealtad estuviera bajo sospecha. No conocemos la base de sus sospechas, porque la única descripción de este incidente proviene de un pasaje breve y confuso de Tácito. Desarmar a la población de las provincias no era la práctica habitual romana. Una ceremonia de entrega simbólica de las armas podía formar parte de una rendición, pero el desarme total no era ni práctico ni deseable. Al igual que sucedía durante la República, se esperaba de las comunidades provinciales se ocuparan de mantener el control sobre sus propias tierras y, en muchos casos, se les solicitaba que suministraran soldados aliados o equipos para apoyar el ejército romano. Un grupo de icenos persuadió a algunos guerreros de otras tribus de que se unieran a ellos y se rebelaran, ocupando un asentamiento protegido con muros de tierra. No sabemos si sus líderes eran hombres que originalmente se habían posicionado junto a Roma, o líderes cuyos rivales habían apoyado a Roma, mientras que ellos, en consecuencia, habían salido perdiendo en la lucha política local. El gobernador romano respondió de inmediato al levantamiento, dirigiendo contra la ciudad una fuerza compuesta únicamente de auxiliares y tomándola al asalto. Ese triunfo puso fin a la rebelión, lo que en sí mismo sugiere que las cifras de rebeldes eran bajas, y que solo participó una parte de los icenos.[6]

Un líder que se mantuvo al margen de esta rebelión fue Prasutago, rey de todos (o de algunos) los icenos y que, según Tácito, «se distinguía por su larga prosperidad». No sabemos si también se le concedió la ciudadanía, pero cuando murió en el año 60 d. C. el rey nombró a sus dos hijas herederas conjuntas con Nerón, «una muestra de sumisión que pensó que pondría su reino y su casa fuera de todo peligro». Los emperadores no concedían de forma automática a los reyes aliados el derecho de nombrar un sucesor y es posible que con su gesto confiara en guiar la decisión romana. Por desgracia, los desmedidos gastos de Nerón hicieron que estuviera desesperado por aumentar los ingresos del Imperio; independientemente de si actuaron por órdenes directas o no, los funcionarios sobre el terreno decidieron interpretar el testamento como una autorización para efectuar la inmediata incautación de las propiedades reales. El mando de los funcionarios estaba en manos de Deciano Cato, el procurador imperial, una figura que Augusto creó para contar con alguien que trabajara para sus legados como los cuestores trabajaban para los procónsules en las provincias senatoriales. Sin embargo, a diferencia de un cuestor, el procurador era, en buena medida, un hombre de confianza del emperador, autorizado a informarle directamente y a quien se le podía asignar la tarea de supervisar el comportamiento del legado provincial. [7]

En el año 60 d. C., el legado de Britania era Cayo Suetonio Paulino, pero se encontraba en el lado opuesto de la provincia, liderando una campaña que culminó en un ataque sobre la isla de Mona (Anglesey) y la destrucción de los santuarios sagrados para la religión druídica. Además de ocuparse de los impuestos, el procurador era el responsable de la propiedad imperial de una provincia y, en este caso, también era el hombre sobre el terreno. Para empeorar las cosas, varios romanos prominentes exigieron que se satisficieran las deudas contraídas con ellos, in-

cluyendo algunas deudas con el asesor personal del emperador, el filósofo Séneca. Como en el caso de las ciudades y los líderes de la provincia de Cicerón, puede que la casa real no pudiera pagar, pero muchos caciques se encontraron con que tenían que hacer frente a demandas de reembolsos inmediatos. Es probable que Deciano Cato colaborara en algunos de estos casos, ayudando a amigos y a amigos de amigos, y sus acciones fueron a la vez insensibles y altamente agresivas, respondiendo con fuerza brutal ante cualquier resistencia mientras se apoderaba de la propiedad real «como si fueran despojos de enemigos». La viuda del rey, Boudica, fue azotada públicamente, y sus hijas fueron violadas. Puesto que la mayor parte del ejército provincial estaba fuera, su distante amenaza pesaba poco en comparación con una humillación tan terrible. Los icenos se rebelaron, liderados por Boudica.[8]

Pronto se les unieron otras tribus. Sus vecinos los trinovantes habían luchado contra Roma en el año 43 d. C., pero después de diecisiete años solo los ancianos podían recordar lo duro que era enfrentarse a las legiones en batalla y ser derrotados por ellas. Las personas de todas las edades estaban al tanto de lo que implicaba la realidad de la ocupación. Una legión había guarnecido Camulodunum hasta 48 d. C., año en que fue retirada de la plaza para reincorporarse a la campaña. En su lugar se había establecido una colonia para veteranos del ejército, y a los soldados licenciados se les entregaron tierras confiscadas a los trinovantes, para que pudieran cultivarlas y mantener a sus familias. Augusto había prohibido a los soldados que contrajeran matrimonio, pero algunos habían llevado consigo a la colonia a esposas extraoficiales, mientras que otros entablaron relaciones con jóvenes de la zona. Esa presencia extranjera, que desprendía la confianza propia de los conquistadores y mostraba una actitud a menudo bravucona y prepotente, era un constante recordatorio de la derrota. Para hurgar aún más en la herida, se

había erigido una gran estatua a la diosa de la victoria y el Templo del Divino Claudio (un edificio grandioso cuyos sólidos cimientos fueron utilizados más tarde por los normandos cuando construyeron el castillo de Colchester). Esta gran construcción y los sacrificios requeridos para honrar con la pompa que correspondía el culto al emperador divinizado eran caros y, tanto si los sacerdotes eran oficiales retirados elegidos de entre los colonos como si eran aristócratas tribales obligados a participar, el coste, en última instancia, era pagado por medio de los gravámenes impuestos a la tribu.[9]

La pesada carga de los impuestos también era fuente de malestar en otros lugares y es muy probable que fuera uno de los motivos que moviera a otros grupos a levantarse contra los romanos. Además, estaban los líderes a los que les habían ido mal desde la ocupación y que ansiaban recuperar el poder y los líderes a los que les había ido bien, pero que ahora albergaban la esperanza de mejorar otra vez su situación si los invasores eran expulsados. No es posible afirmar con certeza si el ataque sobre los druidas y sus arboledas sagradas despertó el odio generalizado hacia los romanos. Julio César escribió acerca de la importancia de los druidas en las Galias, sobre todo para la vida espiritual de las comunidades, pero también por su papel legal y diplomático en el arbitraje de disputas entre tribus, pero no dijo que encabezaran la resistencia contra él. Augusto prohibió a los ciudadanos romanos que participaran en el culto de los druidas y, presumiblemente, también prohibió los sacrificios humanos que formaban parte de sus ritos, pero esa fue su única actuación contra ellos. Tiberio declaró la religión ilegal y acabó con ella por la fuerza en las Galias, una medida que seguramente se aplicó a Britania después de la invasión. César afirmó que en su día algunos galos se desplazaban hasta Britania para recibir los niveles más altos de enseñanza druídica.[10]

Los romanos consideraban los sacrificios humanos desagradables (mientras asistían alegremente a las ejecuciones públicas y a las luchas de gladiadores) y, por otro lado, los druidas, con autoridad para regular la relación entre las diferentes tribus y el formidable poder de expulsar a alguna persona de la tribu de la participación en la vida ritual de su propia comunidad, representaban una alternativa al sistema político creado en las provincias. Los romanos preferían actuar a través de la amplia aristocracia de guerreros de las Galias y Britania, en lugar de con la élite separada y más reducida de los druidas. Suetonio Paulino destruyó los lugares de culto de Mona y ese fue claramente uno de los objetivos de las operaciones en Gales, si no el único. Es difícil creer que las noticias de este ataque contra la religión tradicional y las antiguas certezas sobre el mundo de las tribus no contribuyeran a exacerbar su estado de ánimo de ira, odio y desesperación. Lo que está claro es que, desde el principio, los rebeldes actuaron con un salvajismo extremo incluso para los brutales estándares del mundo antiguo. Es igualmente obvio que los romanos no se esperaban ese estallido de rabia.[1]

La colonia de Camulodunum fue el primer lugar en sentir esa furia. Carecía de defensas, ya que las murallas eran costosas y construirlas exigía mucho tiempo, y se había dedicado más esfuerzo a levantar los edificios públicos apropiados para una localidad de ciudadanos romanos. Los magistrados de la colonia pidieron ayuda al procurador, pero todo cuanto les envió fueron unos doscientos soldados desprovistos de equipo adecuado, probablemente hombres destacados de sus unidades para realizar tareas policiacas o de Estado Mayor. Sumados a la pequeña guarnición y a los veteranos, que se habían armado con todo lo que tenían a mano, constituían una fuerza patéticamente insuficiente para defender una ciudad sin murallas. Algunos se atrincheraron en el Templo de Claudio y resistieron durante dos días, pero no llegó más ayuda. La ciudad fue reducida a ce-

nizas, como demuestra la gruesa capa de materiales quemados hallados en un yacimiento de ese periodo, en la que los arqueólogos han encontrado monedas, cerámica y otros restos completamente calcinados. Los guerreros de las tribus no hicieron prisioneros. Lo mismo sucedió cuando los rebeldes avanzaron sobre Londinium —que ahora había dejado de ser una colonia comercial para convertirse en una ciudad grande y más oficial — y Verulamium, la capital tribal de lo catuvelaunos (la actual St. Albans), destruyendo ambas. Todo apuntaba a que la provincia estaba perdida para Roma.[12]

Deciano Cato huyó a las Galias, pero Tácito se hizo eco de un informe que habla de unas setenta mil personas fallecidas en esas masacres o cuando las comunidades rurales, más pequeñas, fueron destruidas. Un historiador posterior elevó la cifra hasta los ochenta mil muertos. Estas cifras no pueden ser probadas o refutadas, pero no cabe duda de que las pérdidas humanas fueron muy altas y un total de decenas de miles es más que probable. Tácito expresó su sorpresa ante el hecho de que los rebeldes no quisieran cautivos para vender o por los que pedir rescate como «es habitual en la guerra», sino que se dedicaran a matar, crucificar, ahorcar e incendiar. Escribiendo un siglo y medio después de los acontecimientos, Dión ofreció algunos detalles horripilantes que pueden o no ser exactos:

> La peor y más bestial atrocidad cometida por sus captores fue la siguiente. Colgaron desnudas a las más nobles y más distinguidas de las mujeres, les cortaron los pechos y se los cosieron a la boca, para que pareciera que las víctimas se los estaban comiendo; a continuación, empalaron a las mujeres en unas estacas afiladas que las atravesaron a lo largo todo el cuerpo. Todo esto lo hicieron con el acompañamiento de sacrificios, banquetes y conducta lasciva.[13]

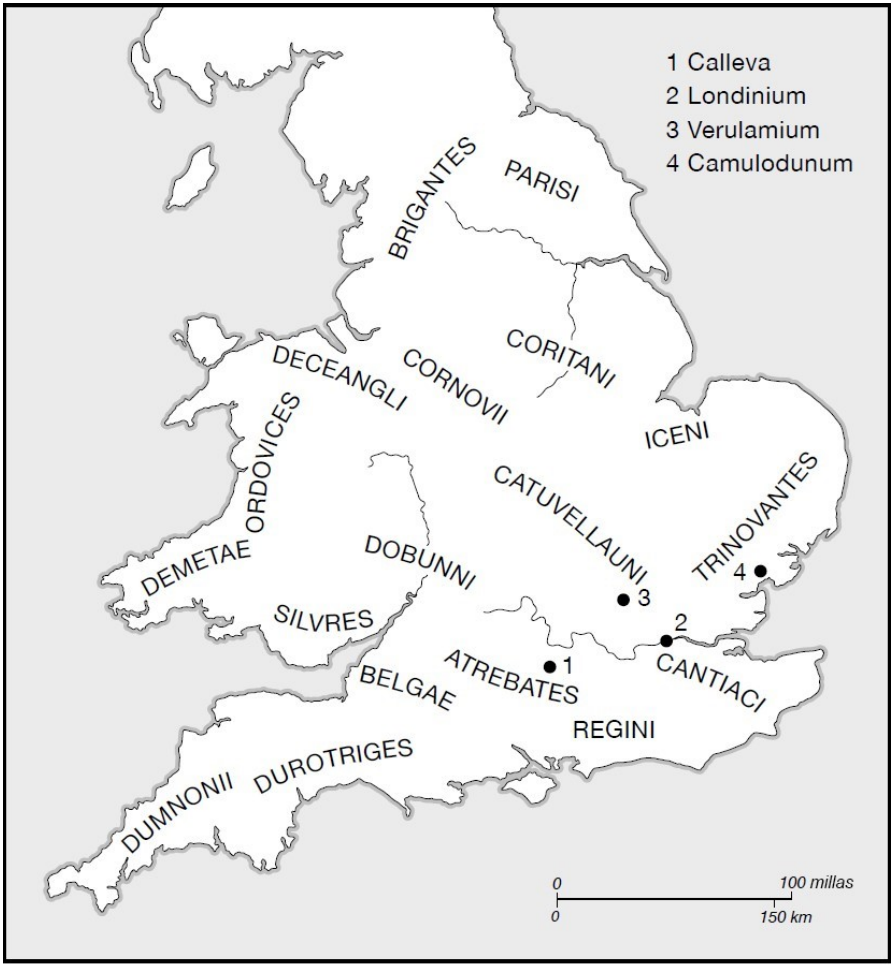
La primera respuesta importante del ejército romano se produjo cuando el legado al mando de la *Legio IX Hispana* dirigió parte de su ejército hacia el sur para atacar a los rebeldes. Se conocen pocos detalles de la operación, pero el resultado fue desastroso. El legado escapó con su caballería, pero todos los sol-

dados de infantería perdieron la vida a manos de los icenos y sus aliados. Unos meses más tarde, dos mil legionarios fueron enviados desde las guarniciones del Rin para reforzar a la *IX Hispana*, lo que puede darnos una idea de las pérdidas sufridas, aunque sin duda hubo fuertes bajas también entre los auxiliares. Pasó un tiempo hasta que las noticias de la rebelión llegaron a Suetonio Paulino y todavía más hasta que el ejército dio media vuelta y marchó en dirección a Britania a enfrentarse a los rebeldes. El gobernador y una pequeña escolta alcanzaron Londinium antes de que cayera, pero, al no contar con tropas suficientes para defender la ciudad, la abandonaron a su suerte, llevándose consigo solo a aquellos civiles capaces de seguir el ritmo de su avance.

Paulino contaba con apenas diez mil hombres cuando se enfrentó a las huestes mucho más numerosas de Boudica en un terreno elegido por él. Había tantos guerreros en las fuerzas de la reina que no podían quedarse en un único lugar durante mucho tiempo antes de que las provisiones se les agotaran, por lo que Boudica no podía permitirse una campaña prolongada. Los britanos estaban deseosos de luchar y llenos de confianza, pero junto a los aristócratas y sus séquitos había un número superior de agricultores enfurecidos, carentes del equipo o la formación apropiados. Detrás de las masas de combatientes, sus mujeres observaban desde una hilera de carros situada tras los guerreros. Los romanos eran soldados veteranos, acostumbrados a la victoria, así como disciplinados y habituados a trabajar en equipo. También ellos estaban furiosos por las imágenes e historias de las atrocidades cometidas por los rebeldes. La lucha fue dura y prolongada, pero al final los romanos fueron más fuertes y los britanos fueron aniquilados cuando intentaban huir. Los legionarios y los auxiliares mataron a guerreros y mujeres por igual e incluso sacrificaron a los animales que transportaban el equipaje del enemigo. Una matanza tan despiadada e indiscri-

minada era muy poco común, aunque solo fuera porque los esclavos y las bestias valían dinero y los soldados podían esperar recibir una parte del botín.

Se habían vuelto las tornas, aunque la guerra no había acabado. Boudica murió poco después de la batalla —ingiriendo veneno según una de las versiones y de enfermedad según otra— y en las fuentes no se mencionan los nombres de los líderes que continuaron la lucha. Paulino devastó las tierras de las tribus que se habían rebelado, matando e incendiando a diestro y siniestro. Había escasez de alimentos debido a los graves trastornos e interrupciones que habían sufrido las labores agrícolas, y el hambre y las enfermedades infligieron pérdidas aún mayores que los soldados enemigos. Es probable que el número de muertos de los icenos y sus aliados fuera mucho más alto que el de las víctimas que habían causado a los romanos. Un nuevo procurador llamado Julio Clasiciano había sustituido a Deciano Cato —lamentablemente no sabemos cuál fue el destino de este último— y este hombre no se llevaba bien con el legado. Se quejó al emperador de que Paulino había sido demasiado vengativo en su castigo de los rebeldes y un liberto imperial fue enviado a Britania a investigar el asunto. Paulino fue sustituido aunque, aparentemente, su destitución se debió a haber perdido algunos barcos de guerra a causa del mal tiempo más que a cualquier crítica de su estrategia. Su sucesor resultó mucho más conciliador —o perezoso y falto de espíritu según el cínico Tácito— y la paz retornó a la isla. Clasiciano falleció durante su mandato como procurador y la inscripción de su tumba se encuentra ahora expuesta en el Museo Británico de Londres.[14]



Las tribus de Britania y la rebelión de Boudica 60 d. C.

Con el tiempo, probablemente más rápido de lo que podríamos esperar, las ciudades quemadas fueron reconstruidas y pronto empezaron a florecer nuevamente. No sabemos cuántas tribus se unieron a los icenos y los trinovantes, pero sin duda hubo algunas que no lo hicieron. Líderes como Togidubno y Catuaro, y muchos otros cuyos nombres se han perdido, permanecieron leales a su alianza con los romanos. Si llegaron a luchar, lucharon contra los rebeldes y había numerosos britanos entre las víctimas del ejército de Boudica (la mayor parte

de la población de Verulamium eran nativos). Muchos, tal vez la mayoría, de los britanos no se rebelaron en el año 60 d. C., ya fuera por lealtad, por temor a las represalias o por miedo a la dominación de las otras tribus, o bien porque no habían tenido ninguna experiencia personal del comportamiento brutal de los magistrados romanos. Fueran cuales fueran las razones, la lealtad de una gran parte de la población provincial fue un factor clave en la victoria romana. Un dato incluso más sorprendente es el hecho de que, después de Boudica, no hay indicios de que estallara ninguna rebelión importante en las tierras bajas de Britania hasta el final de la dominación romana más de tres siglos más tarde. La mayor parte de esa zona muestra claros signos de estabilidad y prosperidad, si bien el territorio de los icenos se convirtió en una de las regiones más pobres del sur de Britania. **[15]**

3. Impuestos y abusos

Hay bastantes similitudes entre la rebelión de Boudica y el gran levantamiento encabezado por Vercingétorix en 53-52 a. C. En ambos casos, la iniciativa provino de las tribus y líderes que no habían combatido contra los romanos durante la primera época de conquistas, sino que eran aliados de Roma y, a menudo, habían obtenido poder, influencia y riqueza a través de dicha asociación. No fue hasta más tarde, al cobrar consciencia de que la dominación romana sería permanente, cuando se empezaron a plantear la rebelión. El asesinato de Dumnórix por orden de Julio César, la ejecución pública de Acón y, en el año 60 d. C., el saqueo y el brutal tratamiento de Boudica y la casa real de los icenos, demostró que nadie estaba a salvo si contrariaba a los representantes de Roma. La ocupación implicaba ese riesgo, representaba la pérdida de su libertad y tam-

bién de muchas de las oportunidades que brindaba la independencia. La natural ira que provocaron en Boudica los espantosos abusos sufridos tanto por ella como por sus hijas a manos de los romanos encendió su deseo de rebelarse, pero, en la mayoría de los casos, el frío cálculo de los pros y las contras iba indisolublemente unido a las emociones. Los líderes de la revuelta sabían que César estaba al sur de los Alpes en el invierno de 53-52 a. C. y, por tanto, lejos de su ejército. En el año 60 a. C., Paulino y el principal ejército de campo romano también estaban lejos, de campaña, por lo que no podrían intervenir durante algún tiempo. Se dice que la gran rebelión de Panonia que estalló bajo el mandato de Augusto obtuvo su impulso definitivo cuando los pueblos de la zona reunieron contingentes aliados para enviar al ejército romano y se dieron cuenta de lo inmensos que eran sus efectivos.[16]

La rebelión de Germania en el año 9 d. C. fue la revuelta que más éxito tuvo contra el dominio romano durante el Principado, y no fue ninguna coincidencia que comenzara exactamente cuando la guerra contra los Panonios llegó a su fin. El hecho de que la contienda de Panonia hubiera durado tres años, causando una cifra importante de bajas y haciendo necesario que más de un tercio de todo el ejército romano participara en el sofocamiento de la rebelión, sugería que los romanos no eran invencibles. Lo que era más importante aún, el conflicto había reclamado la participación de la mayor parte de los nuevos reclutas en un momento en el que estos eran difíciles de encontrar. Puesto que Germania no era la primera prioridad de los romanos en cuanto a seguridad, contaba con una proporción mucho menor de recursos y de oficiales de talento en todos los rangos. Con todo, poseía una guarnición considerable de cinco legiones, y el legado provincial era Publio Quintilio Varo, que había gobernado la provincia imperial de Siria y en el año 4 a. C. había encabezado el ejército que aplastó las insurrecciones

de Judea. Tenía cincuenta años y su esposa era sobrina nieta de Augusto, lo que bien puede haber sido el factor determinante en su selección.[17]

El principal avance sobre Germania había comenzado en el año 12 a. C. y, durante mucho tiempo, fue una invasión dirigida desde el ámbito familiar, ya que los cabecillas de los ejércitos fueron los hijastros de Augusto, Druso y Tiberio. Al principio, los ejércitos romanos operaron en la zona del Rin durante la primavera y el verano para luego regresar a las bases ubicadas en la región del Rin todos los inviernos. Transcurrió un tiempo antes de que se arriesgaran a pasar el invierno en la nueva provincia de Germania, que se extendía hasta el río Elba, pero después ese pasó a ser el procedimiento habitual. Alrededor de los fuertes se creaban asentamientos civiles y, cuando el ejército volvía a avanzar, se establecían comunidades más permanentes. Las excavaciones han revelado una ciudad entera en Waldgrimes, fundada a finales del siglo I a. C. o a principios del siglo I d. C. La mayor parte de la zona era tranquila y, tras el estallido de una serie de enfrentamientos en 5 d. C., solo se habían producido algunos brotes menores de violencia. Esa violencia no siempre estaba dirigida contra los romanos, ya que las tribus tenían una larga tradición de emprender razias unas contra otras, pero, a partir de la llegada de Varo en el año 7 d. C., el legado se sintió complacido al comprobar que las disputas entre líderes y pueblos eran dirimidas en los tribunales en lugar de en el campo de batalla.[18]

Es posible que Varo tratara de acelerar el proceso de establecimiento de la provincia y que impusiera un impuesto periódico sobre las tribus; probablemente el proceso fiscal incluía un censo destinado a evaluar sus propiedades y, así, cuánto estaban obligados a pagar, algo que solía ser una fuente de resentimiento. Aun cuando se llevara a cabo de manera justa, seguía suponiendo la imposición de nuevas cargas sobre las comunidades,

y siempre existía la posibilidad de que los funcionarios que se ocupaban del procedimiento aprovecharan la situación para sacar tajada. Algún tiempo antes, un liberto imperial que estaba trabajando en las Galias se había inventado dos meses adicionales por año, incrementando correspondientemente el importe del impuesto. Su excusa fue que el último mes del año se llamaba diciembre, que significa «el mes décimo». El nombre de diciembre procedía del viejo calendario lunar sustituido por Julio César ya en el año 46 a. C. por el calendario solar, que se ha venido utilizando desde entonces, y se había mantenido debido a las importantes fechas religiosas y políticas, como el 31 de diciembre, cuando los cónsules determinaban sus mandos. El liberto explicó a los provinciales que, evidentemente tenía que haber un undécimo y un duodécimo mes y les obligó a pagar por estos también.[19]

No hay ninguna evidencia de que Varo practicara nunca una usura tan descarada, aunque el historiador Veleyo Patérculo afirmó que durante su estancia en Siria «había llegado a una provincia rica como un hombre pobre y se había marchado de una provincia pobre siendo rico». Más tarde, se le condenó por haber dado por supuesto que la provincia germana estaba asentada y era segura, así como por despreciar a los miembros de la tribu, considerándolos «humanos únicamente en la forma y en el habla que, aunque no fueran sometidos por medio de la espada, se someterían, sin embargo, ante la ley». Por supuesto, su equivocación resulta clara al mirar las cosas en retrospectiva, pero es difícil saber si Varo fue especialmente desdeñoso y complaciente. La prepotencia, la brutalidad y la extorsión que eran tan comunes en el gobierno provincial durante la República no desaparecieron con la llegada del Principado. Uno de los jefes germanos de la gran revuelta de Panonia contra Augusto se quejó de que «vosotros los romanos os buscáis los proble-

mas solos. No enviáis perros y pastores para vigilar vuestros rebaños, sino que colocáis lobos hambrientos».[20]

Los impuestos eran una causa común de fricción, ya fuera por su magnitud o por la manera en que eran recaudados. Los frisios, uno de los varios pueblos germánicos que vivían al este del Rin que habían estado sometidos a la dominación romana desde el año 9 d. C., estaban obligados a pagar una tasa anual en pieles de buey que, al parecer, entregaron sin excesiva dificultad o resentimiento durante más de una generación. En el año 28 d. C., el oficial del ejército encargado de supervisar la recaudación anunció que de aquel momento en adelante cada piel debía tener un tamaño determinado y eligió los enormes uros de los bosques como medida estándar. Los frisios eran incapaces de suministrar pieles de ese tamaño en grandes cantidades (Tácito señaló que el ganado en Alemania era más pequeño que el del Imperio, algo que ha sido confirmado por la arqueología) y, cuando los frisios no pudieron cumplir con sus obligaciones, los romanos empezaron a apoderarse de sus tierras, así como de sus mujeres e hijos para venderlos como esclavos a cambio de las deudas. Como solía ser habitual, la explosión de resentimiento no fue instantánea pero, cuando se produjo, fue especialmente salvaje. Los soldados encargados de supervisar la recaudación del gravamen fueron crucificados, aunque, como sucedió en el caso de Deciano Cato, el oficial al mando consiguió escapar. El legado de Germania Inferior respondió lanzando una expedición punitiva, pero la campaña fue manejada con torpeza y dio lugar a un número muy alto de bajas. Dos destacamentos se quedaron atrás cuando la columna se retiró y uno de ellos fue aniquilado, mientras que el otro eligió el suicidio colectivo antes que dejarse capturar. Tácito acusó al emperador Tiberio de ocultar la escala de la masacre porque no deseaba confiarle a nadie la misión de liderar una guerra de envergadura en esa frontera para vengar la derrota.[21]

Los tributos podían exigirse en dinero, en especie o en forma de un contingente de reclutas para los *auxilia*. En Tracia estalló una rebelión bajo el mandato de Tiberio cuando se propagó el rumor de que los auxiliares tracios ya no servirían en provincias vecinas, sino que serían enviados a rincones remotos del Imperio. Algunas tribus se rebelaron, pero otras se mantuvieron leales y ayudaron al ejército romano, que llegó y quebró el espíritu de los rebeldes en una rápida campaña. En el año 70 d. C., los bátavos —una tribu germánica que había emigrado a través del Rin y se habían establecido en lo que ahora es Holanda—, que hasta el momento se habían mantenido leales, fueron provocados por la «codicia y la vida licenciosa» de los oficiales encargados del reclutamiento. Esa era la única carga impuesta sobre estas comunidades, y las fuerzas auxiliares de Batavia tenían la reputación de ser de los mejores soldados del ejército. Un truco que utilizaron los romanos fue reclutar a los ancianos y a los enfermos, obligando a sus familias a pagar para que fueran liberados y a proporcionarles un sustituto para que sirviera en su lugar. También hubo casos en los que reclutaron a niños menores de edad que, más tarde, fueron violados por el oficial de reclutamiento. La leva fue ordenada durante el caótico año y medio de guerra civil que siguió a la muerte de Nerón, y tal vez las circunstancias hicieron pensar a los hombres encargados de llevarla a cabo que eran libres de actuar como quisieran sin temor al castigo. La ira ante este maltrato fue incrementándose, compitiendo contra el largo hábito de la lealtad de los bátavos, y fue necesario que se sumaran los agravios y las ambiciones de varios de los líderes locales para que el descontento se convirtiera en rebelión. Todos esos hombres eran ciudadanos romanos, muchos de ellos équites y representantes de una aristocracia local que había ganado mucho al unirse al Imperio. [22]

Lo mismo sucedió en el año 9 d. C. Un sinfín de jefes germanos habían dado la bienvenida a los romanos en su calidad de amigos poderosos, o bien, después de resistirse a su dominio durante un tiempo, se había rendido y habían llegado a un acuerdo. Varios aristócratas germanos eran comensales habituales en la mesa de Varo. Arminio de los queruscos, a pesar de estar solo en la veintena, ya era ciudadano romano y pertenecía a la orden ecuestre, habiendo liderado a los soldados auxiliares de su pueblo en una serie de campañas. Se expresaba con fluidez en latín —es muy posible que hubiera sido educado en el Imperio o en la propia Roma— y todo hacía pensar que era el ejemplo perfecto del talento de Roma para ganarse a las élites locales. Sin embargo, en un momento dado, decidió volverse contra Roma y se puso al frente de un grupo de otros nobles que se reunían en secreto para organizar la rebelión. Otro cacique germánico lo acusó abiertamente ante Varo, pero el legado no le dio importancia, considerando que se trataba solo de descalificaciones mutuas entre rivales para conseguir su favor.[23]

El plan fue preparado y llevado a cabo con extremo cuidado, lo que refleja la gran habilidad de Arminio y los conocimientos que había acumulado en sus años de experiencia con el ejército romano. En el verano del año 9 d. C., Varo estaba recorriendo la provincia con una fuerza consistente en tres legiones y nueve unidades auxiliares para hacer una exhibición del poderío militar de Roma. Valiéndose de diferentes pretextos, Arminio y sus cómplices lo convencieron de que enviara pequeños destacamentos a varias comunidades distintas, debilitando así su fuerza, y, a continuación, le atrajo hacia el extremo oriental de la provincia con la excusa de hacer frente a un brote de rebelión que se desvaneció tan pronto como el ejército romano se aproximó. La temporada de campaña estaba ya a punto de concluir cuando la columna romana inició la marcha de regreso a sus cuarteles de invierno. Arminio los acompañó, llevando consigo

un contingente de hombres de la tribu que hicieron de guías y exploradores hasta que se marcharon para unirse a los rebeldes, que estaban aguardando en una serie de emboscadas preparadas con gran cuidado. A partir de que los rebeldes cayeron sobre ellos, la columna romana, que siguió avanzando con tremendas dificultades, fue mermada a lo largo de varios días de combates en terrenos donde todo favorecía a los germanos. Varo resultó herido, lo que acabó de hacerle perder las esperanzas, y se quitó la vida (algo que ningún noble romano debía hacer cuando luchaba contra un enemigo extranjero). La totalidad de las tres legiones — XVII, XVIII y XIX— fueron destruidas junto con las tropas auxiliares, y solo algunos fugitivos lograron escapar. Los altos oficiales que los germanos consiguieron hacer prisioneros fueron sacrificados, mientras que otros prisioneros fueron torturados hasta la muerte o bien conservados con vida para servir como esclavos.[24]

En las semanas siguientes, los destacamentos del resto de la provincia fueron masacrados o perseguidos hasta expulsarlos a la otra orilla del Rin. Roma había perdido la provincia que se extendía entre el Rin y el Elba y ya nunca la recuperaría. Los ejércitos romanos se adentraron en Germania varias veces en los siguientes siete años y Arminio fue derrotado en batalla, pero nunca de manera decisiva. La falta de recursos a corto plazo y la falta de voluntad política a largo plazo ocasionaron que la conquista de Germania nunca se reanudara. Arminio combatió y derrotó a un rival líder germánico, Marbod, de los suevos, solo para ser asesinado por un grupo de sus propios nobles a quienes no les gustaba que un único hombre ostentara el poder permanente. Al final del siglo I d. C., Tácito dijo que los romanos todavía no habían alcanzado la victoria en la lucha con los germanos, que ya duraba doscientos diez años, pero todavía parecía confiar en que un día alcanzarían la victoria. Nunca lo hicieron.[25]

Arminio obtuvo una gran victoria en el campo de batalla. Si Vercingétorix hubiera derrotado a Julio César o Boudica hubiera logrado destruir el pequeño ejército de Suetonio Paulino, entonces sus rebeliones también podrían haber tenido éxito. A los romanos les pilló por sorpresa el estallido de las tres rebeliones, en buena medida porque se iniciaron entre pueblos y líderes que consideraban firmemente sometidos a su dominación y porque su atención estaba centrada en otras áreas en aquel momento. Su respuesta militar fue siempre la misma, reunir cuantas tropas pudieron reunir y atacar el núcleo de la rebelión tan pronto como les fue posible. Varo lo hizo en el año 9 d. C., dirigiéndose de inmediato a donde le informaron que se había producido el levantamiento, en el este de la provincia. La temporada estaba muy avanzada, su ejército iba cargado con una cantidad mayor de lo habitual de impedimenta y de acompañantes porque estaban planeando regresar a los cuarteles de invierno, pero, aun así, su respuesta instintiva fue lanzarse contra la amenaza. El legado había hecho prácticamente lo mismo cuando intervino en Judea en el año 4 a. C.

Julio César también se apresuró a reunirse con su ejército e inició un contraataque inmediato contra Vercingétorix, del mismo modo en que se había precipitado a prestar ayuda a la legión sitiada por los rebeldes en el invierno de 54-53 a. C. En ambos casos, su ejército se hallaba disperso en distintos destinos en vez de concentrado para la campaña, de manera que contaba con menos soldados de lo que le hubiera gustado. Las fuerzas disponibles no estaban preparadas para operar en el campo de batalla, ya que habían dispuesto de poco tiempo para recoger suministros y tenían pocas oportunidades de recopilar víveres en el paisaje invernal. Uno de los motivos de César para atacar los *oppida* galos a principios del año 52 a. C. fue apoderarse de sus reservas de grano y alimentar a sus soldados.

En los inicios de una rebelión, gran parte de la población se quedaba observando para ver qué sucedía. En el pasado que los romanos habían demostrado ser imbatibles (después de todo, las revueltas solo podían producirse después de que hubieran llegado a dominar una región), de modo que solo los más desesperados y descontentos estaban dispuestos a correr el riesgo de resistirse abiertamente y sufrir el inevitable castigo de Roma. La marcha de Varo hacia Jerusalén en el año 4 a. C. estuvo marcada por la quema de poblados y las crucifixiones masivas. Si este tipo de castigos atroces se aplicaban con rapidez, servían para confirmar la invencibilidad de Roma y disuadir a aquellos que aún no se habían decidido por un bando o por otro de unirse a la rebelión en ciernes. Por el contrario, si los romanos esperaban para reunir sus fuerzas, entonces con cada día que pasaba la confianza de los rebeldes crecía y se extendía la creencia de que el levantamiento podía tener éxito.[26]

El retraso favorecía a los rebeldes, mientras que un contraataque rápido permitía una exhibición de confianza y fuerza por parte de los romanos que podía ser suficiente para aplastar el levantamiento antes de que cobrara impulso. Era un riesgo, ya que a menudo llegaban al campo de batalla con una fuerza pequeña y mal alimentada. A veces eso bastaba, como cuando los icenos y sus aliados fueron derrotados en el año 48 d. C. por una columna compuesta únicamente de auxiliares (el gobernador hizo incluso que algunos jinetes desmontaran para que pudieran ayudar a asaltar las murallas de la ciudad). Los soldados romanos eran profesionales, el ejército estaba bien entrenado y contaba con una estructura de mando clara, lo que lo hacía mucho más flexible que los poco manejables ejércitos tribales, por lo que a menudo su profesionalidad era suficiente para permitirles vencer a fuerzas rebeldes mucho más numerosas. En ocasiones apenas era necesario combatir y la mera aparición de los soldados romanos era capaz de intimidar a sus

oponentes. La reputación contaba mucho, e incluso una fuerza reducida representaba al ejército que había conquistado gran parte del mundo y era conocido por estar formado por hombres obstinadamente resueltos y despiadados en su búsqueda de la victoria.[27]

No obstante, el aura de invencibilidad del Imperio y de su ejército podía ser destruida. Los reveses militares sufridos en otras contiendas la debilitaban y los que le asestaban *in situ* podían arruinarla por completo. Ese era el motivo de su poderosa apuesta por responder lo más velozmente posible a una rebelión. En el año 60 d. C., todo cuanto pudieron hacer los doscientos hombres enviados por Deciano Cato a Camulodunum fue perecer con la guarnición y los colonos. La intervención de un destacamento de la *Legio IX Hispana* fue un esfuerzo mucho más serio y, si los icenos y sus aliados hubieran sido menos numerosos, menos determinados o hubieran tenido menos suerte, podría haber funcionado. Solo participó una parte de la legión, junto con algunas fuerzas auxiliares, pero habría unos mil hombres como máximo y es poco probable que estuvieran preparados para una larga guerra de maniobras. No fue suficiente y en vez de derrotar a sus rivales, estos los hicieron pedazos. El retraso romano permitió que los rebeldes se consolidaran y reforzó su confianza, pero un desastre como este era una manera más rápida incluso de conseguir que nuevos reclutas se incorporaran a las filas de los rebeldes.

Suetonio Paulino no contaba con un contingente tan numeroso como hubiera deseado cuando se enfrentó a Boudica. El legado había ordenado a una legión adicional que se uniera a él, pero la legión no llegó a presentarse porque su comandante interino decidió desobedecer la orden. No sabemos por qué este hombre actuó como lo hizo, aunque lo más probable es que creyera que no podía alejarse de la zona que estaba guarneciendo en el suroeste sin poner en peligro su seguridad. (Se quitó la

vida en algún momento tras la revuelta como penitencia por permitir que su legión no participara en la gran victoria). Fuera cual fuera la razón por la que no apareció, cuando Suetonio Paulino luchó la batalla más decisiva de la isla desde la del año 43 d. C., comandaba un ejército de menos de un cuarto del tamaño de la fuerza de invasión original. Hasta aquel momento, los guerreros de Boudica habían salido airosos dondequiera que habían ido. Evitar una batalla hubiera sido interpretado como un signo de miedo y les habría dado a los rebeldes impulsos renovados, tal vez incluso habría persuadido a las tribus todavía leales de unirse a la reina (los eduos desertaron y se unieron a los rebeldes cuando la campaña de 52 a. C. estaba muy avanzada). Paulino tenía poco que ganar con el retraso, ya que era casi improbable que contribuyera considerablemente a aumentar sus fuerzas, y Dión afirma que, además, se estaba quedando sin provisiones. El comandante romano apostó por entablar batalla y ganó. En el año 9 d. C., Arminio había orquestado la rebelión con tanta habilidad que Varo no dispuso de ninguna posibilidad real de derrotarle.[28]

4. Adquisición y pérdida de una provincia

La victoria de Arminio derrocó el poder romano entre el Elba y el Rin y la provincia nunca fue reconquistada. César acabó con la rebelión en el año 52 a. C. con su victoria en Alesia, y la derrota de Suetonio Paulino sobre Boudica hizo lo mismo en el año 60 d. C. Ambos comandantes romanos pasaron muchos meses atacando las patrias de las tribus rebeldes, obligándolas a que se rindieran una por una. El castigo por su rebelión fue terrible, pero junto al castigo vino la conciliación (aunque en Britania eso no sucedió hasta después de la destitución de Paulino). Es poco probable que toda la población de cualquier pro-

vincia se rebelara alguna vez, en especial porque las provincias eran creaciones artificiales de la potencia conquistadora que no tenían suficiente en común como para unificar a sus habitantes. Los romanos pensaban en términos de galos, germanos y britanos, pero ellos mismos tenían muy claro que eran miembros de una determinada tribu, clan, comunidad o leales a un determinado líder. Un líder carismático y el resentimiento compartido podían unirlos por un tiempo, pero lo más probable era que surgiera algún tipo de tensión entre ellos. En el año 52 a. C., algunos pueblos se rebelaron, pero prefirieron luchar por su cuenta antes que unirse al esfuerzo común, mientras que otros, como los eduos, discutieron sobre quién estaría al mando. Arminio no siempre fue capaz de persuadir a otros líderes de que siguieran su plan y al final fue asesinado porque intentó unir a varios pueblos bajo su propio liderazgo.[29]

En el año 9 d. C., el hermano de Arminio permaneció leal a Roma y continuó sirviendo en el ejército romano. El hombre que advirtió a Varo de la rebelión fue también un príncipe de los queruscos, y suegro de Arminio. Con todo, después del primer gran triunfo, se unió a la rebelión, sintiendo que no podía resistirse al entusiasmo de sus guerreros. Su hijo había sido aceptado como sacerdote del culto de Roma y de Augusto establecido para la nueva provincia, pero mostró un entusiasmo mayor que el de su padre y se unió a los rebeldes desde el principio; de hecho, se rumoreaba de él que había maltratado el cadáver de Varo cuando concluyó la masacre. Más tarde padre e hijo desertaron y se pasaron al bando de los romanos, instalándose en un cómodo exilio al oeste del Rin. Pocos líderes eran implacablemente pro o antirromanos, y la mayoría de estos últimos acababa recibiendo una oferta de reconciliación de sus conquistadores siempre que se mostraran dispuestos a someterse a Roma.[30]

Las tres rebeliones estallaron relativamente poco después de la conquista inicial: en el plazo de una generación. Arminio ganó su guerra mientras que Vercingétorix y Boudica perdieron las suyas. Las tierras bajas de Britania no volvieron a verse agitadas por ninguna otra revuelta grave. Aunque las Galias nunca volvieron a experimentar un levantamiento de la misma escala que el de 53-52 a. C., tardaron más tiempo en volver a estar totalmente pacificadas. Julio César logró retirar la mayor parte de su ejército para combatir en la guerra civil sin poner en peligro el control de Roma sobre la provincia recién conquistada. Los datos con los que contamos son escasos, pero se sabe que hubo problemas en las Galias durante la dictadura y en varias ocasiones bajo el mandato de Augusto. En ambos casos, los disturbios fueron provocados por apenas un puñado de tribus y no se creó ninguna gran alianza para expulsar a los ocupantes romanos. Las fuentes vinculan muchas de estas rebeliones con diversas razias de asaltantes germánicos que llegaron de la orilla opuesta del Rin. La incapacidad de los romanos para impedir dichos ataques, por un lado, les hizo parecer unos aliados menos fiables y, por otro, era un síntoma de que su dominación militar ya no era tan fuerte. Es más que probable que algunos de los germanos se adentraran en las Galias como aliados de algunos líderes ambiciosos, siguiendo los pasos de Ariovisto.[31]

Una sucesión de censos y los impuestos que se recaudaron a continuación provocaron un fuerte sentimiento de malestar entre la población. Muchos nobles se quejaron a Augusto del liberto que había recaudado dinero extra por dos meses que se había inventado en el calendario y fue detenido. El liberto alegó que había recogido ese dinero por el bien del Imperio, ya que de ese modo impedía que los nobles de las Galias tuvieran suficiente riqueza para financiar una rebelión. No sabemos si el dinero les fue devuelto o entró a formar parte del erario público. Los cabecillas de un brote de rebelión que tuvo lugar el año 21

d. C. eran todos aristócratas endeudados. Estos nobles tribales eran ciudadanos romanos y Tácito señala que sus familias habían obtenido ese honor cuando todavía era un hecho poco habitual. Mantener el protagonismo en sus tribus como parte de una provincia romana era caro, y es posible que fuera eso y no la carga total de impuestos lo que los llevara irrevocablemente al endeudamiento. No hay ningún indicio de que se produjeran abusos fuera de lo común en la recaudación de impuestos en las Galias en esa época.[32]

Aristócratas desesperados de numerosas tribus comenzaron a comunicarse y a reunirse en secreto, porque, una vez más, el levantamiento no fue un estallido espontáneo sino un plan lentamente madurado, organizado en la creencia de que el gobierno de Tiberio era impopular y que las legiones también estaban insatisfechas. Los líderes eran Julio Floro de los tréveros y Julio Sacrovir de los eduos —el Julio que acompañaba ambos nombres indicaba que la ciudadanía había sido otorgada por Augusto o por César—, pero al principio se mantuvieron entre bastidores. Varios grupos se rebelaron en las dos tribus y fueron eliminados con prontitud por el veloz contraataque de rutina de los romanos. En uno de los casos, la cohorte urbana —la fuerza paramilitar que custodiaba la fábrica de moneda imperial de Lugdunum (Lyon) con unos efectivos de más de mil hombres— fue suficiente para aplastar a los rebeldes. Un destacamento de legionarios de Renania se ocupó de acabar con la otra insurrección. Los renanos recibieron la ayuda de sus aliados locales, entre ellos un contingente dirigido por Sacrovir, que todavía se mostraba abiertamente leal y que luchaba con la cabeza descubierta, alardeando de que quería que su valentía fuera vista por todos. Los prisioneros afirmaron que lo hacía para ser reconocido por los rebeldes, que así evitarían herirle. Tácito culpó a Tiberio de ignorar esas advertencias.

Floro intentó sobornar a un regimiento de caballería o *ala* formado con miembros de su misma tribu, pero pocos se unieron a él para engrosar la banda compuesta por sus propios clientes y algunos deudores desesperados. Todos ellos fueron rastreados y localizados por unas columnas procedentes de los ejércitos del Rin, que incluían a muchos auxiliares leales. Uno de los oficiales más activos en la persecución de los rebeldes era un noble trévero, un tal Julio Indo, que era un antiguo rival personal de Floro. (Durante muchas generaciones, existió un regimiento de caballería conocido como *ala Gallorum Indiana* en el ejército romano; probablemente bautizado así en su honor). Los insurgentes fueron perseguidos por los ejércitos renanos que, o bien los mataron, o bien los hicieron prisioneros. Durante un tiempo, Floro logró escapar, pero finalmente fue acorralado y se quitó la vida.[33]

Los tréveros y los demás pueblos de la Galia Bélgica vivían a poca distancia de las poderosas guarniciones de Renania y, por tanto, eran especialmente vulnerables a las represalias. Los eduos vivían lejos de cualquier gran concentración de tropas y poseían las ventajas adicionales de ser muy numerosos y contar con mayor riqueza. Sacrovir reunió a suficientes partidarios para apoderarse de la capital tribal de Augustodunum (Autun) (la ciudad fundada por Augusto para reemplazar el antiguo *oppidum* de Bibracte). En la ciudad había muchos jóvenes aristócratas venidos de todas las Galias para recibir una apropiada educación romana y Sacrovir los tomó como rehenes, con la esperanza de persuadir a sus familias y comunidades de que se unieran a él (un eco de los eduos tomando rehenes del tren de bagaje de César en 52 a. C.). Pronto, el ejército rebelde ascendió a unos cuarenta mil hombres, pero, de estos, apenas ocho mil estaban debidamente equipados al estilo romano. Aparte de un contingente de gladiadores bien entrenados que habían sido liberados y se alistaron, el resto del ejército esgrimía lanzas de

caza y cualquier otra arma que pudieron improvisar. Como hemos visto, los romanos no desarmaban activamente a los habitantes de las provincias, pero a medida que la sociedad se tornó más pacífica, el equipo militar, de forma natural, fue convirtiéndose en una posesión cada vez más infrecuente. En las Galias, los aristócratas competían a través de sacerdocios, magistraturas locales, propiedades y riqueza, así como por los servicios prestados al Imperio, y su estatus ya no se basaba en el número de guerreros de que disponía su hogar. Aunque Sacrovir había conseguido organizar un sistema para fabricar armas en secreto, la necesidad de evitar sospechas había limitado el resultado de lo que podían lograr.[34]

Las cifras eran impresionantes, pero tanto la experiencia como el equipamiento adecuado escaseaban. La causa de la rebelión recibió impulso cuando los legados de Germania Superior e Inferior iniciaron una discusión sobre quién se haría cargo de la campaña, lo que retrasó la respuesta romana. Tácito dice que en las zonas vecinas la población estaba con los rebeldes en sus corazones, pero tenían miedo a comprometerse abiertamente con la rebelión, en parte, sin duda, movidos por un cálculo pragmático de sus posibilidades de éxito. Sin embargo, esa vacilación también sugiere que ni el endeudamiento ni el resentimiento estaban tan generalizados, o al menos no hasta el punto de poner a toda la población en una situación tan desesperada que buscaran cualquier forma de salir de ella que estuviera a su alcance sin importarles los riesgos. Cuando los comandantes romanos resolvieron sus diferencias, una fuerza fue enviada desde las guarniciones de Germania Superior y se dirigió con la máxima celeridad hacia Augustodunum. Como era de esperar en una batalla entre fuerzas tan terriblemente desequilibradas, los rebeldes resultaron aniquilados y la rebelión terminó en cuestión de horas. Sacrovir se suicidó. En Roma, Tiberio no había hecho ningún anuncio formal de las revueltas en las Ga-

lias, lo que había permitido que se propagara todo tipo de descabellados rumores. Esperó hasta que le dieron noticias de la victoria antes de escribir al Senado para informarle tanto de la rebelión como de su total sofocamiento.[35]

Este fue el último levantamiento en las Galias en el que se realizó una tentativa real de reunir a las tribus de forma masiva y, aun así, solo dos de las cuatro provincias galas tomaron parte en la revuelta y la empresa fue un fracaso absoluto. De hecho, después de esta se conservan escasos indicios de que hubiera otras rebeliones de tribus, ni siquiera a título individual. En el año 69 d. C., cuando el emperador Vitelio fue asesinado en la capital, los templos de la Colina Capitolina en Roma fueron incendiados y todos, incluyendo el santuario sagrado de Jupiter Optimus Maximus, resultaron seriamente dañados. Cuando la noticia se propagó, distintas profecías druídicas con respecto al fin del Imperio romano circularon por toda las Galias. La población las repetía con gran entusiasmo, pero no provocaron el estallido de ninguna rebelión. El año anterior, Marico de los Boyos había conseguido reunir unos ocho mil seguidores, proclamarse dios y el «defensor de las Galias». No pertenecía a la aristocracia de la tribu, sino que, por el contrario, se trataba de un líder místico. Resulta muy significativo que este levantamiento fuera derrotado sobre todo por los aristócratas de los eduos, que organizaron una milicia tribal respaldada por algunas cohortes auxiliares. Marico fue arrojado a las fieras en la arena del circo y su reputación revivió brevemente cuando estas se negaron a hacerle daño. Vitelio, que iba de camino a Renania para proclamarse a sí mismo emperador, tuvo la oportunidad de contemplar cómo, a continuación, el líder de la rebelión era ejecutado con medios más mundanos.[36]

La rebelión bátava del año 70 d. C. fue un asunto más serio, que comenzó como parte de la guerra civil romana y acabó desembocando en la autoproclamación de un Imperio galo. Su

territorio no se extendía mucho más allá de Renania, e incluso allí, muchas comunidades y dirigentes individuales permanecieron leales a Roma. Los rebeldes ganaron más aliados entre las tribus germanas del otro lado de las fronteras que en las propias provincias y, en poco más de un año, el levantamiento fue sofocado. Todo indica que la inestabilidad podía durar mucho más tiempo en una provincia que estuviera situada en la frontera que en una que estuviera rodeada por otras zonas del Imperio. Una vez que se estableció una fuerte presencia militar romana en el Rin, las Galias se convirtieron en provincias mucho más tranquilas, a pesar de la pérdida de la provincia germánica en el año 9 d. C. Algunas regiones, por ejemplo, ciertas partes del Norte de África o las tierras septentrionales de Britania en contraposición a las tierras bajas, no alcanzaron nunca esa estabilidad, pero en otros lugares simplemente no parece haber habido ninguna posibilidad real de rebelión a gran escala contra la dominación romana. Más tarde, especialmente del siglo III d. C. en adelante, las revueltas dejaron de ser antirromanas para pasar a ser esfuerzos destinados a instalar en el puesto de emperador a algún líder popular local.

Por lo que podemos deducir de los datos disponibles, después de la fase de conquista, que podía ser tan rápida como la de Britania o tardar generaciones en concluir como en el caso de Hispania y las Galias, con frecuencia estallaba una importante rebelión antes de que la provincia fuera completamente segura. Después, las revueltas graves eran extremadamente raras y en la mayoría de las provincias no se producían. Tiberio ocultó los levantamientos de las Galias hasta que fueron sofocados y, más adelante, ocultó también la gravedad del revés sufrido por Roma a manos de lo frisios, lo que ha movido a algunos estudiosos a preguntarse si el número de rebeliones contra la dominación romana mencionado en nuestras fuentes no será menor de las que ocurrieron en realidad. Una obvia debilidad de

esta teoría es que es precisamente una de esas fuentes la que nos cuenta lo que hizo Tiberio. Es cierto que la evidencia literaria es pobre para muchos periodos, incluyendo la mayor parte del siglo II d. C. Sin embargo, cuesta creer que se omitiera la mención de alguna de las principales rebeliones o que no dejaran algún rastro. Por otro lado, levantamientos más pequeños como el de Marico bien podrían haber desaparecido de la historia, y solo sabemos de él porque Tácito escribió un relato detallado de la época de la guerra civil después de la muerte de Nerón que se ha conservado (a diferencia del resto de sus *Historias*, que abarcaban desde el año 70 d. C. hasta la muerte de Domiciano, en el año 96 d. C.). Es decir, que sí es posible que hechos de esta magnitud que tuvieran lugar en otras provincias y en otros años no aparezcan en nuestras fuentes. Este tipo de incidentes no hacían peligrar la dominación romana y de hecho es posible que a menudo estuvieran orientados a derrotar a los líderes locales más que al conjunto del Imperio.[37]

Ninguna de las rebeliones organizadas contra el dominio romano obtuvo el apoyo de toda la población de una provincia. Incluso cuando la revuelta era liderada por los aristócratas locales que se habían beneficiado de la alianza con Roma pero ahora depositaban en otro lugar su lealtad, siempre había un número significativo de hombres que permanecían fieles. Poco importa si estos actuaban impulsados por un afecto genuino hacia Roma, por temor a las consecuencias de la rebelión, porque eran rivales o no les gustaban los líderes rebeldes o porque esperaban ser recompensados por su lealtad. La dominación romana nunca les resultaba tan insoportable a todos los habitantes de una provincia como para que todos optaron por rechazarla. Con el tiempo, parece que, en todas las distintas áreas, cada vez eran menos los que se querían arriesgar a emprender una rebelión activamente. Una vez más debemos recordar la ausencia de algo parecido a un sentimiento de nacionalismo en

las provincias. De igual modo, no hay ningún rastro de sentimiento de solidaridad entre las diferentes provincias que pudiera unirlas en su odio hacia el poder imperial. Si el ejército mostraba síntomas de debilidad o sencillamente parecía que estaba demasiado ocupado en algún otro punto del Imperio, los rebeldes solían interpretar que disponían de una oportunidad para actuar, pero sus objetivos seguían siendo locales. No existe constancia de que se llevara a cabo ningún tipo de planificación coordinada para dividir los recursos del Imperio o ninguna iniciativa de sumarse a otras fuerzas rebeldes para poder igualar los efectivos que el Imperio podía poner sobre el campo de batalla. Por sí sola, aunque una rebelión lograra incluir al grueso de su población, ninguna provincia podía hacer frente al poderío militar de Roma.

En el año 9 d. C., Arminio consiguió obtener una victoria lo suficientemente grande como para expulsar a los romanos al otro lado del Rin y, durante los siguientes años, logró evitar una derrota decisiva hasta que Tiberio decidió poner fin a las operaciones en Germania. Era posible abandonar una provincia en el borde del Imperio. Si Vercingétorix o Boudica hubieran alcanzado el triunfo bélico logrado por Arminio, es posible que los romanos no hubieran regresado para conquistar las Galias y Britania. Durante el Principado, la clave a este respecto era la actitud del emperador y su voluntad de dedicar recursos a recuperar un territorio perdido. Germania no fue reconquistada, pero las provincias que se encontraban en el corazón del Imperio eran un asunto diferente y era poco probable que su pérdida hubiera llegado a ser aceptada nunca. Podía llevar tiempo, hasta que las tropas y el apoyo logístico necesario estuvieran disponibles, pero simplemente no se planteaba la posibilidad de renunciar a una provincia perdida.

El historiador Josefo, que se había unido a una rebelión contra Roma antes de cambiar de bando, atribuyó a Herodes

Agripa II un discurso en el que el rey intentaba convencer a los habitantes de Jerusalén de que no se rebelaran en el 66 d. C. El argumento principal era que el poderío de Roma hacía que cualquier revuelta estuviera condenada a la derrota y a desencadenar una venganza atroz. Sería un disparate ir a la guerra únicamente por un gobernador cruel y codicioso. «Aun aceptando que los gobernadores romanos son insoportablemente duros, eso no significa que todos los romanos sean injustos contigo, ni tampoco que lo sea César». Tácito pone sentimientos similares en boca del hombre que sofocó la rebelión de los bátavos. Roma era tan poderosa que no podía ser derrotada y, aunque había gobernadores malos y ambiciosos también los había buenos. Es muy posible que el miedo, y la sensación de que, por regla general, la dominación romana era tolerable a pesar de ser más o menos opresiva, convenciera a la mayoría de habitantes provinciales de abstenerse de rebelarse.[38]

5. ¿Un mayor sentimiento de identidad?

La historia de Judea y los otros asentamientos judíos importantes en el este parece ofrecer una excepción parcial al patrón visto en las demás zonas del Imperio. Varo, como legado de Siria, intervino en Judea dos veces en el año 4 a. C., y uno de sus sucesores en el cargo hizo lo mismo en el año 6 d. C. Este último disturbio fue desencadenado por la ira que sintieron sus habitantes ante la imposición del censo romano. Judea era una provincia ecuestre gobernada por un prefecto que no comandaba ningún contingente de legionarios sino que estaba al mando de una fuerza de unas seis unidades auxiliares. Estas habían sido reclutadas localmente en Samaria y entre la población gentil de la región y de Siria. En numerosas ocasiones emprendieron operaciones cortas, generalmente unilaterales, para eliminar

a una mezcla de carismáticos líderes religiosos y unos hombres conocidos como jefes de bandidos. La profunda raigambre de la hostilidad entre las comunidades judía y samaritana, o entre las comunidades judía y gentil, especialmente en Cesarea en la costa de Judea y en Alejandría en Egipto, a veces se transformaba en violencia a gran escala, lo que ocasionaba la intervención militar de mano dura por parte de los romanos.

En el año 66 d. C. —sesenta años después de la imposición del gobierno romano directo— estalló una gran rebelión que comenzó con enfrentamientos entre judíos y gentiles en Cesarea y Alejandría. El gobernador —que en esta época ya se conocía más como procurador que como prefecto, pero con unas atribuciones distintas de las de los procuradores de las provincias imperiales más importantes— era un hombre impopular y brutal. Había sido enviado por Nerón con órdenes explícitas de aumentar los ingresos procedentes de la provincia, probablemente como parte de la misma necesidad desesperada de dinero que contribuyó a incitar la rebelión de Boudica. Al estallar la revuelta, manejó de forma penosa la situación y fue derrotado y obligado a retirarse de Jerusalén. El nivel de violencia entre comunidades había escalado rápidamente, extendiéndose alrededor de una zona muy amplia en torno a la capital. Cuando el legado de Siria reunió a todos los soldados disponibles, incluyendo a los contingentes aliados, y marchó sobre Jerusalén, se encontró con más resistencia de lo que esperaba. Entonces decidió retirarse, pero, mientras lo hacía, su columna quedó gravemente mermada, perdiendo más de cinco mil hombres y el águila de la *Legio XII Fulminata*. Judea era una provincia mediterránea y no se hallaba en ninguna frontera distante, de modo que en el año 67 d. C., un nuevo comandante, el futuro emperador Vespasiano, fue enviado con un ejército mucho más fuerte y mejor preparado para iniciar su reconquista. Retrasado por el estallido de la guerra civil un año después, en la que resultó

victorioso, Vespasiano no tomó Jerusalén hasta el año 70 d. C. y los últimos reductos no fueron neutralizados hasta unos años más tarde.[39]

Durante un tiempo existió un Estado judío independiente, que acuñaba sus propias monedas y, por otra parte, dedicaba buena parte de su tiempo y recursos a costosas luchas de poder. En el año 66 d. C., muchos miembros de la aristocracia de Jerusalén, centrada en torno a las familias de los sumos sacerdotes, eligieron unirse a los rebeldes —el joven Josefo, entre ellos—. No obstante, no todo el mundo estaba completamente comprometido con la rebelión: en Galilea, algunas comunidades con una población judía significativa lucharon contra los rebeldes, mientras que otros capitularon tan pronto como les fue posible. Los rebeldes nunca fueron capaces de formar un ejército de campo eficaz y dependían de las bandas de los principales líderes, pequeñas pero altamente motivadas, y de un gran número de voluntarios procedentes de la población en general, indisciplinados, inexpertos y mal equipados, que les servían a las bandas de fuerzas de apoyo. Cuando luchaban a campo abierto, no tenían posibilidades de resistir ni siquiera ante un pequeño contingente de legionarios romanos. La provincia perdida fue reconquistada mediante una sucesión de asedios, y la zona controlada por los rebeldes fue reduciéndose de forma constante. En cada etapa de la conquista, los romanos siguieron su costumbre de alentar la deserción y la rendición siempre que era posible. Cuando no lo era, su habilidad en la ingeniería y sus decididas ofensivas fueron tomando una a una todas las plazas fortificadas, incluida Jerusalén, después de un asedio de tres meses en que el templo resultó destruido. Las obras de asedio de Masada, una fortaleza emplazada junto al mar Muerto, dan una buena idea de la tenacidad del ejército romano. Dondequiera que fueran los rebeldes y sin importar cuán fuerte-

mente fortificada estuviera la posición que ocuparan, las legiones marchaban hasta allí y acababan aplastándolos.

A partir de 115-117 d. C., la población judía de Egipto, Cirenaica y Chipre se rebeló iniciando una guerra marcada por las atrocidades y las acusaciones de canibalismo. El desencadenante parece haber sido una vez más la animosidad mutua con sus vecinos gentiles. Fue necesario que Roma invirtiera una cantidad considerable de recursos en un momento en el que la mayoría del ejército estaba fuertemente comprometida con la expedición oriental de Trajano, pero una vez más la rebelión fue sofocada. No hay constancia de que se produjera ningún enfrentamiento en Judea o en Galilea y todo parece apuntar a que esas comunidades se mantuvieron en paz. Judea volvió a rebelarse en los años 132-135 d. C. bajo el liderazgo del carismático Bar Kochba. La información proporcionada por las fuentes es escasa o incompleta, pero, por lo visto, los romanos sufrieron enormes pérdidas humanas y se cree que, movido por tan graves circunstancias, el emperador Adriano escribió al Senado omitiendo la fórmula convencional de «estoy bien y mi ejército está bien». Este Estado judío independiente fue de más breve duración que el que se fundó tras la rebelión anterior, pero, durante un tiempo, acuñó monedas y puso en marcha un aparato burocrático básico. Parece que Galilea siguió estando prácticamente libre de rebeliones en esos años, y la evidencia arqueológica sugiere que sus comunidades sufrieron poco y continuaron prosperando. En la propia Judea, los romanos erosionaron la resistencia de los rebeldes a través de una larga sucesión de ataques y asedios de sus ciudades y pueblos amurallados —Dión afirma que cincuenta ciudades y novecientas ochenta y cinco aldeas fueron asaltadas y arrasadas—. Jerusalén pasó a ser una ciudad gentil, en la que se celebraba el culto de Júpiter en el Monte del Templo, lo que provocó que el corazón espiritual del

judaísmo se trasladara a Galilea, hasta entonces una ciudad marginal.[40]

Los judíos poseían un sentimiento de identidad que precedió con mucho la llegada de Alejandro Magno, y no digamos del Imperio romano. Su fe les había consolidado y había reforzado su sentimiento de nación, a la vez que dejaba diversos ejemplos de milagrosas victorias sobre enemigos más fuertes que ellos o de famosas huidas de la esclavitud. Los rituales judíos contribuían a hacer más difícil que fueran absorbidos por el sistema romano, ya que, por ejemplo, habían quedado exentos del servicio militar, lo que puso fin a una larga tradición de proveer a los ejércitos de mercenarios. Es posible que parte de esa conciencia de su propia diferencia ya hubiera comenzado a fortalecerse antes de la llegada de Roma, y la creencia en su capacidad para derrocar a un conquistador se vio considerablemente reforzada por el recuerdo de la victoria de los macabeos sobre los seléucidas en el siglo II a. C., que estableció el reino judío de los Asmoneos. Haciendo cualquier tipo de cálculo racional, las gentes de Judea, aunque se unieran y fueran capaces de ganarse para su causa a todos los galileos y los idumeos —y el que lograran todo eso era, como mínimo, poco probable—, no podían aspirar a derrotar el poder del Imperio romano. Estaban condenados a perder, y ese fue, por supuesto, el argumento que Josefo puso en boca de Agripa II en el año 66 d. C. Es posible que confiaran en recibir ayuda de los partos, ya que había una importante población judía en Babilonia y otros lugares de la región, y hasta la destrucción del Templo muchos de esos judíos se desplazaban a Jerusalén para participar de las grandes festividades. En el caso de que así fuera, esa esperanza nunca llegó a hacerse realidad, y hay que recordar que los partos jamás consiguieron tomar y mantener permanentemente ninguna zona del Imperio romano.[41]

Profesar la religión judía no era incompatible con la vida como súbdito de Roma. Después de 135 d. C. no hubo más revueltas, e incluso, antes de ese momento, la mayor parte del tiempo el estado de ánimo entre las poblaciones judías de Judea y las que estaban repartidas por el Imperio no se hallaba próximo a la revuelta. El brote de rebelión del año 66 d. C. distó mucho de ser inevitable. Las actitudes se endurecieron después de esa rebelión, pero antes de ella hay escasos indicios de fuerte antisemitismo en la sociedad romana y, en especial, en la actitud de su élite, que se caracterizaban más bien por el desinterés o por una ligera atracción hacia sus curiosas prácticas. Es muy probable que hubiera graves problemas económicos y sociales en la Judea del siglo I d. C., lo que habría provocado que la población rural estuviera desesperada y dispuesta a correr el riesgo de rebelarse en el momento en que surgieron líderes fuertes, pero resulta difícil saber si la situación era mucho peor allí que en otras áreas donde no tuvo lugar ningún levantamiento. El costo de la rebelión fue espantoso, pero no es fácil encontrar muestras de devastación permanente de gran parte del país en los vestigios arqueológicos. La población judía no fue expulsada de Judea después de las revueltas, aunque las pérdidas fueron terribles y algunos se marcharon al extranjero. Galilea continuó siendo manifiestamente judía, sobre todo en el campo, y en ambas áreas la población nunca más volvió a rebelarse a gran escala.[42]

A primera vista, las tres principales rebeliones judías parecen traslucir una lucha significativamente más prolongada y decidida por obtener la libertad de la dominación romana en comparación con la de otras provincias. Sin embargo, si consideramos las revueltas acaecidas durante el gobierno de Trajano por separado, entonces la diferencia es mucho menos llamativa. A la larga, los súbditos judíos del Imperio romano aceptaron la autoridad imperial y dejaron de rebelarse. Incluso durante las revuel-

tas, todo apunta a que su hostilidad estaba dirigida hacia sus vecinos no judíos tanto o más que hacia el Imperio.

IX. RESISTENCIA, DISTURBIOS Y ROBOS

«El pueblo de los búcolos dio comienzo a disturbios en Egipto y, bajo la dirección de un tal *Isidoro*, un sacerdote, hizo que el resto de egipcios se rebelaran. Al principio, vestidos con ropas de mujer, engañaron al centurión romano haciéndole creer que eran mujeres de los búcolos y que le iban a entregar oro como rescate por sus maridos, matándolo cuando se aproximó a ellos. También dieron muerte a su compañero y, tras pronunciar un juramento sobre sus entrañas, se los comieron. Isidoro superó a todos sus contemporáneos en valor».

Dión Casio, principios del siglo III d. C.[1]

1. Pacífica y tranquila

Con el tiempo, las grandes rebeliones contra la autoridad romana cesaron, aunque su desaparición tardara un poco más en Judea. En varias provincias se produjeron algunos levantamientos a pequeña escala, pero incluso estos eran raros. En el año 171 o 172 d. C., un grupo llamado los *boukoloi* (o búcolos) —«vaqueros» o «pastores»— se rebelaron en el Delta del Nilo. Nuestras fuentes, que son insuficientes —la más completa ofrece poco más de un párrafo de uno de los epítomes, muy posterior, del relato de Dión, cuyo recopilador se centra en los aspectos más espeluznantes y extraños—, afirman que algunos de los *boukoloi* se disfrazaron de mujeres con el fin de poder acercarse al centurión enviado a recaudar el dinero de su pueblo. El oficial romano fue tomado por sorpresa y asesinado a machetazos, mientras que su compañero fue despedazado para ser ofrendado como sacrificio, y los rebeldes se comieron sus

entrañas comprometiéndose mediante ese ritual en un horrible juramento.

Acompañados por un grupo liderado por un sacerdote llamado Isidoro —que es descrito como «el más valiente de todos ellos»—, el levantamiento cobró impulso. Los romanos respondieron de la manera habitual y atacaron, pero la fuerza enviada contra los rebeldes fue derrotada. En aquella época, la guarnición romana de Egipto estaba formada por una sola legión, respaldada por una docena de unidades auxiliares, como máximo. Algunas de estas tropas estaban estacionadas en la frontera sur de la provincia, vigilando la zona del Alto Nilo, mientras que otras patrullaban los caminos que llevaban a los puertos del mar Rojo o estaban desperdigadas en pequeños destacamentos encargados de custodiar las canteras o los graneros y que actuaban como policías y administradores. Tal despliegue hace parecer poco probable que la columna enviada a enfrentarse al levantamiento fuera grande o estuviera compuesta por las tropas mejor entrenadas y motivadas de Egipto, lo que hace que la derrota resulte menos sorprendente.[2]

El éxito animó a los rebeldes a avanzar sobre la gran ciudad de Alejandría, aunque es obvio que este avance tuvo lugar unos meses más tarde, porque fueron bloqueados por unas tropas enviadas desde Siria y lideradas por el legado de esa provincia, Cayo Avidio Casio (más conocido como Avidio Casio). A los senadores no se les permitía visitar Egipto, y esta intervención debe haber sido ordenada por el emperador Marco Aurelio, lo que habría requerido que un informe llegara hasta él, una orden fuera enviada a Siria y el tiempo necesario para que se reuniera una fuerza militar y, después, se trasladara a Egipto. Casio evitó librar una gran batalla y, por el contrario, fue cansando gradualmente a los rebeldes, entablando muchas acciones menores y derrotando a cada uno de los grupos rebeldes por separado, lo que sugiere que, o bien se habían dispersado formando bandas

de asaltantes, o bien que los rebeldes se habían establecido y cada grupo se concentraba ahora en defender sus propios hogares.[3]

Muchos detalles importantes del episodio se nos escapan. Por ejemplo, el ataque contra el centurión sugiere que los tributos impuestos por Roma habían provocado el resentimiento de los *boukoloi*, pero no está claro si esa fue la causa principal de la rebelión. Tanto el espantoso sacrificio humano como la mención del sacerdote Isidoro insinúan fervor religioso, ya sea simplemente como una fuerza unificadora y recordatorio de que estaban siendo gobernados por unos extranjeros procedentes de una cultura diferente, o como una promesa de ayuda divina como la que Marico ofrecía a sus seguidores boyos. Ahora bien, teniendo en cuenta la brevedad del relato con el que contamos, debemos ser prudentes en nuestras conclusiones. Los griegos y los romanos por igual consideraban que el pueblo de Egipto era excesivamente supersticioso y alegaban que practicaba rituales extraños y salvajes, por lo que eran proclives a describir su comportamiento en esa línea. El pueblo de los *boukoloi* aparece asimismo en la literatura antigua, transformado en una caricatura de salvajes bárbaros que practicaban los sacrificios humanos y el canibalismo, y esta imaginería de la ficción bien puede haberse filtrado a las narrativas históricas.[4]

A pesar de las dudas que podamos albergar sobre la rebelión, algunos aspectos son reveladores. Como ocurría a menudo, parece que los rebeldes pillaron a los romanos por sorpresa, tanto a largo como a corto plazo, puesto que la reducción gradual de tamaño de la guarnición de Egipto realizada a final del siglo I y en el siglo II d. C. sugiere que no se preveía ningún problema importante. Fueran quiénes fueran realmente los *boukoloi*, y tanto si eran como si no eran tan salvajes como afirman las fuentes, se trataba de un único grupo dentro de toda la población del Egipto rural. Otros se unieron a ellos, pero la re-

belión no estaba formada por un pueblo unificado con un sentimiento común de identidad, sino por varias comunidades unidas libremente. Aunque desconocemos con certeza la escala de la rebelión, no hay nada que sugiera que se tratara de algo más que una pequeña minoría de la población provincial y, si bien los rebeldes eran claramente hostiles a Roma, el ataque sobre Alejandría sugiere escasa empatía hacia otros súbditos del Imperio. En las referencias a la ciudad siempre se hablaba de Alejandría «cerca de Egipto» en vez de Alejandría «en Egipto» y era una metrópolis con una población de varios cientos de miles de habitantes. Fundada por Alejandro Magno, sus habitantes eran una mezcla de pueblos, pero el grupo dominante era legal y culturalmente —si no necesariamente desde el punto de vista étnico— griego. Grupos como los *boukoloi* y la población rural en general sentían escaso afecto hacia esa ciudad «extranjera», de igual forma que los alejandrinos no sentían ningún aprecio hacia ellos.[5]

La mezcla de pueblos dentro de una provincia era una de las razones principales por las que incluso a las principales rebeliones les costaba tanto unir a toda la población de una sola provincia contra el poder imperial. Las rebeliones de menor envergadura tendían a concentrarse en pequeñas regiones o grupos y les resultaba difícil propagarse, porque otras comunidades provinciales se mostraban insolidarias o abiertamente hostiles hacia ellos. Pocas de las regiones del Imperio habían experimentado la paz y la estabilidad antes de la llegada de los romanos, y el recuerdo de las luchas pasadas seguía estando fuertemente grabado en su memoria. La experiencia de la conquista había reforzado algunas divisiones entre la población indígena, al igual que todas las preferencias posteriores, ya fueran reales o percibidas, de ciertos dirigentes y sectores de la población. En el Mediterráneo oriental, donde los romanos fueron solo los últimos en una sucesión de conquistadores, su llegada no eliminó

las divisiones creadas o exacerbadas a lo largo de varios siglos por los imperios anteriores. Aun cuando tanto los alejandrinos como los egipcios que vivían en el campo se sintieron perturbados por la dominación romana al mismo tiempo y se rebelaron, no había ninguna perspectiva de que unieran fuerzas para luchar juntos. De hecho, era probable que, al deshacerse del dominio de Roma, sintieran deseos de retomar conflictos mucho más antiguos.

Durante la guerra civil que estalló tras la muerte de Nerón, el odio entre Lugdunum y Viennensis o Vienna (la actual Vienne), en las Galias, se reavivó y condujo a escaramuzas «demasiado salvajes y frecuentes para que nadie pudiera creer que luchaban en nombre de Nerón o de Galba». Más tarde, los líderes de Lugdunum trataron de persuadir a un ejército —que iba de camino desde la frontera del Rin y que luchaba por otro aspirante al trono— de que saqueara Viennensis describiéndola como «extraña y hostil» y también rica en botín. La población de Vienna logró aplacar a los soldados con una dramática exhibición de sumisión y entregándoles dinero y armas. Más adelante, durante la misma lucha por el poder, las ciudades de Oea y Lepcis Magna en el Norte de África pasaron de una serie de disputas entre campesinos, con robo de ganado y cosechas, a entablar «conflictos armados y enfrentamientos de ejércitos en batallas campales». Oea solicitó el respaldo de algunos de los garamantes que vivían en el sur, «un pueblo indómito habituado a asaltar a sus vecinos», consiguiendo así ganarle terreno a sus rivales. Finalmente, una fuerza de auxiliares llegó y expulsó a los garamantes, recuperando el botín que se habían llevado, excepto aquellos bienes que ya habían sido vendidos a comunidades distantes, y se restableció la paz.[6]

Ni siquiera Italia estaba libre de rivalidades entre ciudades. Durante algunos combates de esta misma guerra civil, el «más espléndido» anfiteatro construido fuera de las murallas de la

ciudad de Placentia (la actual Piacenza) fue incendiado. Nadie estaba del todo seguro de si el incendio había sido iniciado por los sitiadores o por los defensores, que habían lanzado proyectiles en llamas contra ellos, pero, *a posteriori*, la «gente llana del pueblo» empezó a afirmar que el edificio había sido rellenado de material combustible por unos agentes desconocidos provenientes de otras ciudades italianas que envidiaban de Placentia su magnífico monumento. Los juegos constituían una gran oportunidad para hacer ostentación de orgullo cívico, tanto por la grandiosidad del lugar donde se celebraban como por la escala y el estilo de las luchas de gladiadores y demás espectáculos. En el año 59 d. C., ese orgullo desembocó en un estallido de violencia entre la ciudad de Pompeya y su vecina y rival Nuceria durante un espectáculo representado en el anfiteatro de Pompeya. Unos fragmentos de grafiti de la ciudad sugiere que existían un historial de larga hostilidad entre ellas: «Buena suerte para el pueblo de Nuceria y abajo los pompeyanos y los de las Pitecusas». Al principio, el enfrentamiento consistió únicamente en cánticos e insultos recíprocos de los que son comunes entre aficionados rivales en muchos acontecimientos deportivos, pero Tácito dice que los insultos fueron seguidos por «las piedras y, finalmente, por el frío acero». Una famosa pintura mural de una casa de Pompeya, en la que se ve a unos gladiadores luchando en la arena mientras otras figuras se pelean en las calles seguramente representa los disturbios que se produjeron en aquella ocasión. Los pompeyanos, siendo del equipo de casa, eran mucho más numerosos que los aficionados nucerianos, que se llevaron la peor parte en la lucha y registraron numerosos muertos o heridos. Algunos de los heridos fueron llevados a Roma, y el asunto fue presentado ante Nerón, quien ordenó al Senado llevar a cabo una investigación sobre todo el incidente. El Senado encontró culpables a los pompeyanos y

prohibió a la ciudad la celebración de juegos durante diez años.[7]

Una pelea de estas proporciones era muy infrecuente en cualquier región del Imperio y especialmente en Italia, y sabemos demasiado poco de las circunstancias que rodearon el suceso para poder identificar con exactitud qué fue lo que desató la violencia. El Senado envió al exilio a varios de los principales culpables, entre los que se incluía el hombre que organizó los juegos, que había sido expulsado con deshonra de sus propias filas antes de este incidente. Aunque la competencia entre ciudades era común en todo el Imperio, por lo general se desarrollaba de forma pacífica, aunque solo fuera porque había contadas ocasiones en las que se juntaran en el mismo lugar las masas de dos comunidades mutuamente hostiles. Eran más comunes las discusiones sobre los límites de sus respectivas jurisdicciones, donde, como mucho, se podía llegar a algún brote de violencia y robos a pequeña escala. Una inscripción conservada en Cerdeña registra el final oficial de las hostilidades entre dos pueblos después de ciento ochenta y cinco años, en el año 69 d. C., cuando las autoridades romanas les impusieron la firma del acuerdo de paz, siglos después de que la región se convirtiera en una provincia. La paz se firmó únicamente porque los romanos amenazaron con usar la fuerza contra uno de los rivales. Para muchos habitantes de las provincias, Roma era una presencia distante, que les pesaba menos que la molestia constante de vivir cerca de viejos enemigos.[8]

2. Reyes y malos vecinos

La documentación más completa que se conserva sobre enemistades locales y la violencia que se derivaba de ellas proviene de Judea y de las comunidades judías en las provincias vecinas.

Los judíos eran diferentes, monoteístas en un mundo politeísta, tenían costumbres inusuales y se mantenían aparte del resto de la población, observando unas formas de pureza ritual que hacía que les resultara difícil mezclarse con los no judíos. No obstante, la hostilidad que despertaba en otras comunidades era más que simple antisemitismo, o que el temor y la desconfianza hacia un grupo tan obviamente diferente. La dinastía de los asmoneos, establecida cuando los macabeos se liberaron del dominio de los seléucidas, practicó una estrategia militar muy agresiva, conquistando Galilea al norte e Idumea en el sur y obligando a sus habitantes a convertirse al judaísmo. En Samaria, gran parte de la población era descendiente de los matrimonios entre judíos y miembros de otros pueblos, y habían acabado siguiendo una religión que había nacido a partir del judaísmo, pero que en aquel momento era considerada una religión distinta. Los Asmoneos los trataron como a enemigos y destruyeron el gran Templo de los Samaritanos en el monte Gezerim, el centro de su culto, del mismo modo que el Templo de Jerusalén lo era para los judíos. El odio mutuo entre samaritanos y judíos llegó a ser proverbial y subyace a la parábola de Jesús del hombre judío que, tras ser robado y golpeado, fue visto por un sacerdote y un levita que «pasaron de largo», para luego ser ayudado por un samaritano.[9]

Sumadas a la mezcla había varias comunidades de gentiles, supervivientes de anteriores poblaciones o de colonias más recientes establecidas por Alejandro Magno y sus sucesores. En varias ocasiones, muchas de ellas fueron sometidas a la dominación de los reyes judíos o expulsadas de su territorio. Otros monarcas y algunas de las grandes ciudades estaban igualmente deseosas de ampliar su propio territorio, de modo que el control de algunas regiones cambió de manos varias veces, y la suerte de las comunidades mejoró y empeoró dependiendo de cuánto les favoreció la potencia que gobernara en cada mo-

mento. Marco Antonio le quitó tierras a Herodes el Grande y al rey de Nabatea, al sur, para dárselas a Cleopatra cuando los tres eran aliados de Roma, pero no le dio todo lo que le pidió (en épocas anteriores, a veces los Ptolomeos habían reinado sobre gran parte de ese territorio). Bajo el gobierno de Herodes, Augusto recuperó todo lo que había perdido y fue recompensado con territorio adicional.[10]

Herodes era un monarca idumeo (y, por tanto, considerado no completamente judío por la élite de Jerusalén) con un profundo interés por la cultura helénica. Tanto Cesarea Marítima, situada en la costa, como Sebaste, en Samaria —ambos nombres elegidos como homenaje a César Augusto, ya que σεβαστό era el equivalente griego de Augusto— eran ciudades rotundamente gentiles, que el rey había llenado de estatuas y templos construidos en grandes dimensiones. Allí y en las demás áreas gentiles, Herodes hizo cuanto estuvo en su mano para dar una imagen de gobernante tolerante, benévolo y helenizado, además de realizar generosas donaciones a famosas comunidades griegas de territorios lejanos y para los Juegos Olímpicos. En su ejército había soldados tracios, germánicos y galos, y, cuando se licenciaban, sus veteranos recibían tierras cedidas por el Estado. Los judíos que habían huido de Babilonia también sirvieron con él en el ámbito militar y se les concedió su propia colonia. Los judíos de Judea o Galilea no servían en el ejército, que, con el tiempo, asumió un carácter cada vez más gentil y extranjero. Sin embargo, a pesar de todas sus divergencias de la norma, Herodes se preocupaba de obedecer la ley judía, y él y sus descendientes insistieron en que cualquier matrimonio de su familia con otra dinastía real solo podía tener lugar si la otra persona involucrada se convertía al judaísmo. Aunque había beneficiado mucho a los gentiles, Herodes había prodigado tanto o más dinero para la erección de monumentos en Jerusalén y, en concreto, para la terminación del Gran Templo.[11]

En reinos con poblaciones tan variadas era muy difícil para sus gobernantes conseguir que todas y cada una de las distintas comunidades estuvieran satisfechas —y no digamos entusiasmadas— con su gobierno, porque todas sospechaban de los honores o favores concedidos a las otras. Para complicar aún más la situación, las propias comunidades estaban divididas en facciones; algo documentado sobre todo acerca de los judíos, pero que probablemente sucediera asimismo en la mayoría de ellas. Como mínimo, en esas comunidades había líderes rivales compitiendo por el poder y la influencia sobre las altas autoridades y la población en general. Herodes el Grande intentó con escaso éxito equilibrar todas estas demandas, y sus sucesores raramente lo hicieron mucho mejor, a pesar de que ellos heredaron reinos más pequeños y menos heterogéneos. En el año 6 d. C., Augusto depuso a Herodes Arquelao, exiliándole de su reino, y convirtió Judea en una provincia, pasándole los problemas de tener que controlar su volátil población a un gobernador ecuestre. Galilea siguió estando gobernada por un rey y, entre los años 41 y 44 d. C., gran parte del reino de Herodes el Grande, incluyendo Judea y Samaria, fue reunida bajo el reinado de su nieto, Herodes Agripa I. La opinión de los judíos con respecto a él era mixta, pero algunos de sus súbditos gentiles creían que era projudío y, por consiguiente, lo detestaban. Cuando murió, muchedumbres enardecidas se reunieron en Cesarea y Sebaste para regocijarse públicamente de la noticia, y algunos de sus propios soldados —hombres que hasta hacía poco tiempo habían sido auxiliares en el ejército romano pero que habían sido reclutados principalmente en esas ciudades— se unieron a ellos en los festejos de celebración. Varias estatuas de las hijas del rey, que eran en sí mismas manifiestamente helénicas y contrarias a la costumbre judía, «fueron llevadas… a los burdeles, a cuyos tejados las subieron y las sometieron a to-

do tipo de insultos, haciendo con ellas cosas demasiado indecentes para ser contadas».[12]

Los reyes aliados dependían del apoyo romano, que estaba sujeto a los caprichos de los emperadores y sus asesores, pero, en última instancia, era a su propia capacidad a la que tenían que recurrir para mantener a sus súbditos bajo control. Las decisiones imperiales regulaban cuestiones clave como la cesión y retirada de territorios y tronos (Agripa era un íntimo asociado de Calígula y Claudio y se benefició de su afecto), por lo que era una situación con riesgos y oportunidades, en la que, de hecho, en el día a día, los romanos prestaban todavía menos atención a lo que sucedía en los reinos que a lo que sucedía en las provincias. Las disputas dentro del territorio nacional y las luchas de poder dentro de las casas reales continuaban y, durante el Imperio, se organizaron actos de oposición pública al gobierno de muchos reyes aliados. Bajo el mandato de Herodes el Grande, varias conspiraciones en la corte, probadas o basadas en sospechas, dieron lugar a una larga sucesión de asesinatos y ejecuciones de miembros de la familia y aristócratas, lo que movió a Augusto a bromear diciendo que «prefería ser el cerdo de Herodes que su hijo», y si bien este fue un caso extremo, estaba lejos de ser el único.[13]

A menudo las relaciones entre gobernantes vecinos eran malas y, en ocasiones, los desencuentros acababan desembocando en una guerra, aun cuando ambos fueran aliados de Roma. Herodes el Grande entabló una guerra contra el rey nabateo y la ganó, pero casi pierde la batalla cuando informó sobre los hechos a Augusto en Roma. El emperador era el árbitro final y su decisión podía confirmar o revertir las victorias militares. Herodes Antipas también se enfrentó a los nabateos y esta vez el desenlace fue una derrota. El legado de Siria estaba a punto de dirigir una expedición a Nabatea para imponer un tratado de paz cuando llegaron noticias de la muerte del emperador Tibe-

rio, tras lo cual se retiró a la espera de más instrucciones. Dos años más tarde, Calígula depuso a Antipas y lo reemplazó con Agripa I. Ambos conflictos comenzaron con una serie de razias a través de las fronteras entre ambos reinos, que cada bando acusaba al otro de haber amparado y tal vez incluso dirigido. [14]

Con frecuencia, Herodes el Grande emprendía operaciones militares contra dirigentes que eran descritos como bandidos, aunque en varios casos estos hombres eran, en realidad, rivales dinásticos con conexiones con los asmoneos. La mayoría de los prefectos y procuradores romanos también eliminaban a los bandidos, y varios mantenían relaciones espinosas con la población en general y especialmente con sus líderes. Poncio Pilato —prefecto desde el año 26 d. C. hasta ca. 36/37 d. C.— ofendió a su ciudadanía cuando llevó a una cohorte de auxiliares a la guarnición de Jerusalén y les encargó portar las *imagines* (imágenes del emperador) junto con sus otros estandartes. Probablemente la ofensa se debió a la ignorancia de las sensibilidades locales más que a un deseo de provocación deliberada, aunque el hecho de que la unidad entrara en la ciudad durante la noche fue visto como sospechoso. Tal vez simplemente se habían retrasado o deseaban evitar una entrada oficial que pudiera alterar la vida de la ciudad. Para cuando la noticia se hubo propagado por todas partes, el prefecto había regresado a Cesarea, donde pasaba buena parte de su tiempo, prefiriendo el más agradable entorno de esa ciudad gentil junto al mar. Una delegación de figuras de prestigio de Jerusalén fue a ver al gobernador, postrándose en su tribunal durante cinco días y cinco noches cuando se negó a ordenar la retirada de los estandartes. Pilato dio orden de rodear a la multitud con una línea de soldados, que desenvainaron sus espadas a una señal suya. La delegación judía se mantuvo pacífica y ofrecieron sus cuellos al filo de las espadas, diciendo que preferían morir que permitir que se violaran

sus leyes religiosas. Finalmente, Pilato cedió y ordenó que se retiraran los estandartes.[15]

Ese no fue el único ejemplo del uso efectivo de la resistencia pasiva. En el año 41 d. C., Calígula ordenó que su estatua y otros símbolos imperiales fueran erigidos en el Templo de Jerusalén, revirtiendo una política romana largamente establecida de respetar las sensibilidades judías. El emperador era plenamente consciente de que su actuación era provocadora, pero no estaba actuando movido solo por una vanidad desquiciada. Había recibido un informe de que los judíos habían destruido un altar construido por un grupo de griegos en una comunidad predominantemente judía cerca de la costa. El altar era una construcción improvisada y se había levantado como un insulto deliberado, pero el magistrado que le informó del incidente presentó una imagen muy desfavorable de los judíos, una actitud que fue reforzada por varios de los asesores del emperador, incluyendo uno de Alejandría y otro de Ascalón, una de las principales ciudades filisteas de la era del Antiguo Testamento. El legado de Siria fue enviado con su ejército para asegurarse de que la estatua era instalada pero fue recibido por una multitud de manifestantes, que una vez más declararon que estaban dispuestos a morir antes que permitir esa profanación de su lugar más sagrado. Hay que decir en su favor que el legado vaciló y escribió al emperador solicitando que revocara su decisión. Calígula ordenó la ejecución del legado, pero fue asesinado poco después. Afortunadamente, el barco que transportaba la orden se retrasó hasta después de que hubiera llegado otra carta, esta vez del emperador Claudio, cancelando la ejecución y las instrucciones originales respecto de la estatua.[16]

Las protestas pacíficas y resueltas como estas eran raras, como lo era la moderación que demostraron los romanos. Pilato hizo uso de fondos destinados al Templo para la construcción de un acueducto que mejoró el suministro de agua de Jerusalén.

Este era el tipo de servicio generalmente considerado bueno para toda la comunidad, pero en algún momento la fuente o la forma en la que se había utilizado el dinero provocó airadas manifestaciones. El prefecto hizo que varios grupos de soldados se disfrazaran de civiles, les mandó que se mezclaran con la multitud y entonces les dio la orden de atacar mediante una señal que habían determinado previamente. Los soldados se lanzaron sobre los manifestantes, golpeándoles con palos en lugar de con armas reglamentarias, pero, a pesar de este intento de evitar emplear métodos letales, algunos de los manifestantes murieron a consecuencia de los golpes y otros fallecieron tras ser pisoteados en la desbandada provocada por el pánico que desataron los ataques. Las acciones de Pilato fueron deliberadamente agresivas, pero no debemos olvidar los problemas que plantean el control y la dispersión de aglomeraciones. Aun utilizando invenciones modernas como los cañones de agua y los gases lacrimógenos, la respuesta de las autoridades con frecuencia es percibida como excesivamente dura.[17]

El mandato de Pilato en su provincia duró más de una década, y nuestras fuentes solo documentan los momentos de mayor fricción. En el último de estos incidentes estuvieron implicados los samaritanos en vez de los judíos y la agitación se concentró en el monte Gerizim. Un demagógico líder había reunido a un nutrido grupo de personas, la mayoría armadas, para luego llevarles al emplazamiento del santuario destruido, prometiéndoles que descubrirían los ricos tesoros que enterrara allí Moisés. Pilato les salió al paso con un contingente de caballería e infantería, bloqueando el camino hacia la montaña. La lucha comenzó cuando el primero de los samaritanos trató, en vano, de atravesar por la fuerza la barrera formada por los auxiliares. Entonces Pilato inició una enérgica operación, matando a muchos y haciendo prisioneros, algunos de los cuales fueron posteriormente ejecutados. Varios líderes de la comunidad samari-

tana se presentaron ante el legado de Siria y protestaron por esta durísima actuación y, en consecuencia, este le dio orden a Pilato de regresar a Roma para explicarse ante el emperador. Sin embargo, Tiberio murió antes de su llegada y ninguna de nuestras fuentes nos dice si el exprefecto llegó a ser investigado por dichas acciones.[18]

Las grandes aglomeraciones de personas en campo abierto parecen haber desencadenado una reacción agresiva por parte de los romanos más a menudo que las manifestaciones en las ciudades. Bajo el mandato de Cuspio Fado (procurador entre 44 y 46 d. C.), un «charlatán llamado Teudas convenció a las masas de que tomaran sus posesiones y le siguieran hasta el río Jordán. Teudas afirmaba que era un profeta y que, a una orden suya, el río se separaría en dos y les proporcionaría un vado por el que pasar con facilidad». Fado envió un *ala* de caballería a la zona, que mató o hizo prisioneros a los que habían seguido a Teudas, unas cuatrocientas personas según el Nuevo Testamento. Teudas fue ejecutado y su cabeza enviada a Jerusalén.[19]

Bajo el mandato de Félix (52-60 d. C.), otro falso profeta, esta vez un judío egipcio, reunió a una multitud aún mayor —treinta mil según Josefo, aunque en Hechos hablan de solo cuatro mil— y los llevó «al desierto». Su plan era marchar en dirección al monte de los Olivos y, a continuación, tomar Jerusalén al asalto; pero fueron detenidos en campo abierto por Félix y algunos soldados de la infantería auxiliar con el apoyo de un grupo de voluntarios civiles —y, por tanto, presumiblemente judíos— de la ciudad. El egipcio y algunos de sus socios más allegados escaparon de la masacre, mientras que el resto fueron matados, capturados o lograron huir y refugiarse en sus hogares. En este caso, casi con toda seguridad, el grupo involucrado estaba armado y ciertamente decidido a iniciar una revolución. La intención es menos clara en el caso de Teudas y de algunos de los otros líderes que aparecieron o, en especial, en el caso de

los samaritanos del monte Gerizim, pero las descripciones son demasiado breves como para explicar cómo comenzó el enfrentamiento. Grandes números de personas podían congregarse en el campo y escuchar a carismáticos líderes religiosos como Juan el Bautista o Jesús sin provocar una respuesta militar del gobernador romano o de uno de los soldados de Herodes si el encuentro se producía en su territorio. Ni el aristocrático Josefo, que escribía después del fracaso de la rebelión judía, ni los autores del Nuevo Testamento muestran compasión alguna por los que murieron o fueron detenidos en incidentes en los que un grupo recurría a la violencia.[20]

Las fuerzas auxiliares controladas por los gobernadores ecuestres estaban predominantemente formadas por hombres de la zona reclutados entre los gentiles de Cesarea y Sebaste. Ninguno de estos veía con buenos ojos a los judíos, y es poco probable que una leva de soldados de otras partes de Siria pudiera suponer algún cambio a ese respecto. Jerusalén estaba guarnecida por la mayor parte de una cohorte, reforzada por otra unidad para las grandes celebraciones, cuando la ciudad estaba llena de peregrinos de todo el mundo y el ánimo de la población era más inestable. En esas fechas, era una práctica habitual que los centinelas montaran guardia sobre los pórticos alrededor del Templo y la aneja Fortaleza Antonia y, en una ocasión, durante la procuraduría de Ventidio Cumano (48 d. C.-52 d. C.), uno de estos hombres fue visto inclinándose, levantándose los faldones de la túnica y emitiendo un ruido obsceno. Se presentaron varias quejas, pero Cumano, especialmente molesto porque circulaban rumores afirmando que él mismo había animado al soldado a cometer esa grosería, hizo caso omiso de ellas. Al día siguiente, Cumano hizo desfilar a todo su ejército ataviado con la armadura completa por los muros de la Fortaleza Antonia, causando el pánico entre los fieles y una estampida

en la que grandes cantidades de personas resultaron heridas o muertas (aunque no las decenas de miles que afirma Josefo).[21]

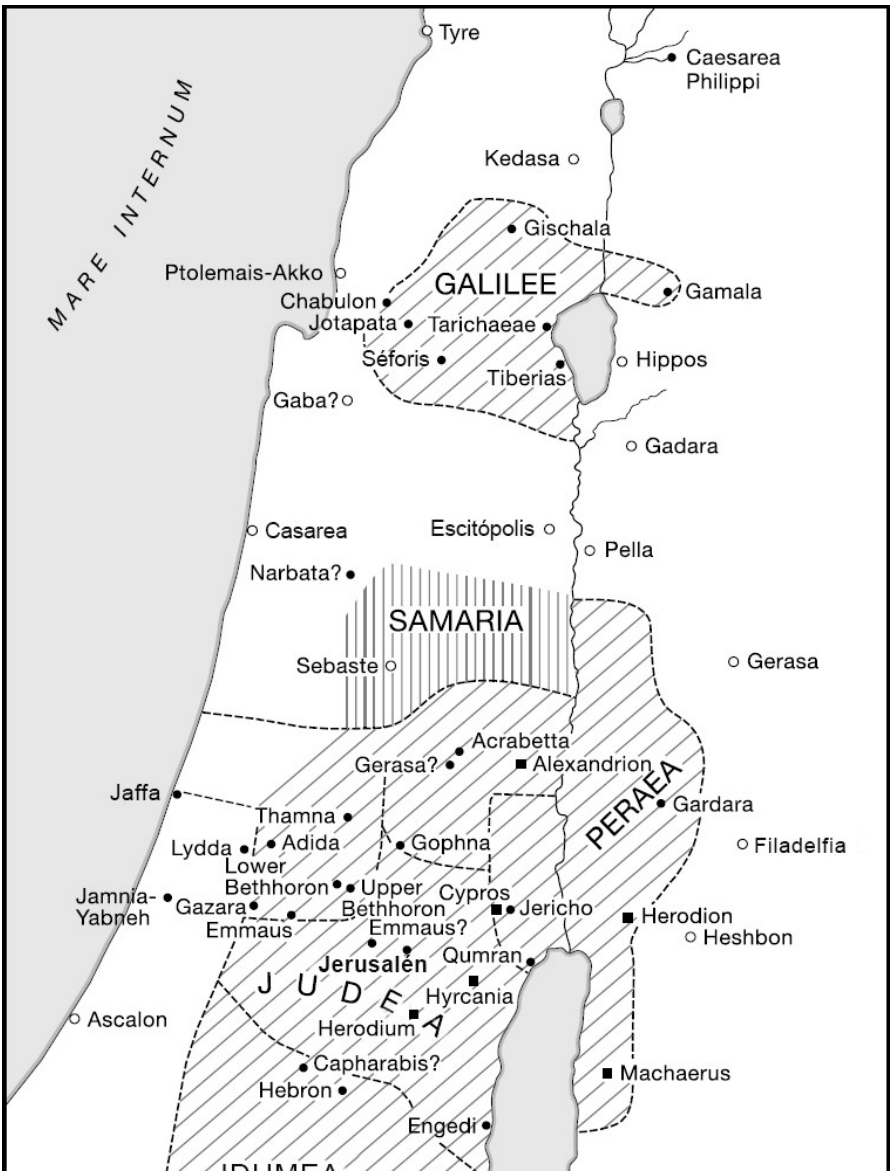
Poco después, una fuerza de auxiliares fue enviada a castigar a un pueblo por robar a un esclavo imperial que viajaba por una calzada cercana. Sus próceres fueron arrestados, probablemente bajo sospecha de haber amparado o ayudado a los criminales, y las casas fueron registradas y saqueadas. Uno de los soldados encontró una copia de las escrituras judías y lanzó una diatriba obscena contra los judíos, para, acto seguido, destrozar el pergamino y arrojar los restos al fuego. Las protestas que siguieron fueron tan fuertes y, seguramente, elevadas por tan gran número de hombres importantes de Jerusalén, que Cumano ordenó que el soldado fuera decapitado.[22]

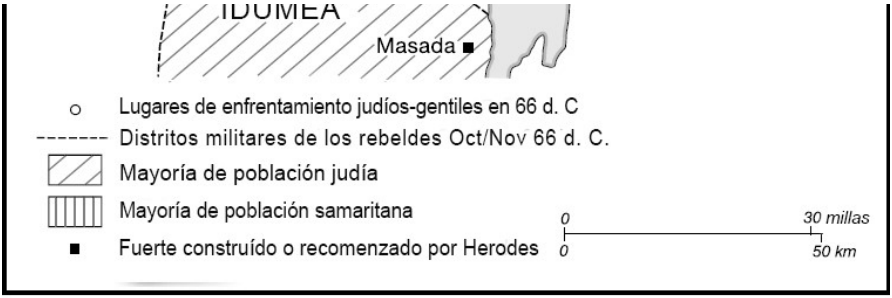
El siguiente incidente hizo que estallara toda la hostilidad latente entre los judíos y los samaritanos. Un grupo de galileos que estaba viajando a través de Samaria de camino a Jerusalén tuvieron algún tipo de problemas con los lugareños, y uno o varios de ellos fueron asesinados por los aldeanos. La queja formal que fue enviada al procurador no obtuvo respuesta alguna, ya fuera porque este estaba demasiado ocupado, o porque había escuchado a los samaritanos —y tal vez aceptado su dinero—. Frustrados, algunos de los galileos comenzaron a incitar a la población de Jerusalén a actuar por su cuenta. Las cuadrillas de vigilantes se reunieron y se unieron a jefes establecidos de grupos de bandidos para lanzar razias sobre Samaria. Algunos de los ataques se produjeron antes de que las protestas oficiales hubieran concluido su curso natural. Como tan a menudo ha sucedido a lo largo de la historia, estas represalias fueron infligidas sobre pueblos que no tenían ninguna relación con la ofensa original y fueron especialmente crueles, matando a jóvenes y mayores por igual. Cumano reunió contingentes de cuatro cohortes de infantería y su *ala* de caballería y derrotó a la banda más grande de judíos, haciendo incontables prisioneros.

Algunos líderes de Jerusalén contribuyeron a calmar la situación y persuadieron al resto de que se dispersaran y regresaran a casa. Entretanto, los samaritanos llevaron sus quejas sobre Cumano al legado de Siria, que se presentó en Samaria para investigar el asunto en persona por temor a que se estuviera gestando una rebelión. El legado culpó a los samaritanos del incidente inicial y mandó crucificar a varios de ellos, antes de ejecutar a otros tantos judíos por su responsabilidad en el enardecimiento de los ánimos que desencadenó las razias. Cumano fue enviado a Roma, junto con delegaciones de ambos bandos, para que Claudio pudiera investigar el asunto de manera exhaustiva.

El emperador estuvo de acuerdo con su legado en que la culpa recaía mayoritariamente sobre los samaritanos y ordenó varias ejecuciones más. También culpó a Cumano por no haber sabido manejar la situación y lo envió al exilio. Por fin, opinó que el comandante de su regimiento de caballería, el *ala Sebastinorum*, había mostrado un excesivo deseo de venganza a la hora de controlar a los militantes judíos, por lo que fue enviado a Jerusalén, donde fue humillado públicamente siendo arrastrado por las calles de toda la ciudad y, después, ejecutado (sin duda, un castigo muy severo para un oficial romano de estatus ecuestre). Al parecer, era una persona reputada en la zona o simplemente había absorbido la profunda aversión de muchos de sus soldados hacia sus vecinos judíos. Parece que Claudio había comprendido que estas tropas con mayoría de soldados de Sebaste y Cesarea constituían una fuente de problemas, ya que eran demasiado propensos a humillar y atacar a la comunidad judía. En una fase previa de su reinado, Claudio barajó la idea de estacionar todas las unidades auxiliares de Judea en el distante Ponto y reemplazarlas con otras unidades del ejército, menos proclives a participar en disputas locales, pero dio marcha atrás en su idea cuando las dos ciudades le enviaron emba-

jadores pidiéndole que la reconsiderara. Los soldados licenciados a menudo se establecían en la provincia donde habían servido, y, por lo visto, los ancianos de la ciudad temían perder a tantos de sus jóvenes y sus salarios regulares. Puede que también desearan mantener la influencia regional que proporcionaba ser los suministradores de la mayor parte de las fuerzas del gobernador.[23]





Judea en 66 d. C.

La mayoría de las veces, los sucesivos emperadores romanos daban preferencia a las peticiones de la comunidad judía y, sobre todo, a las de la aristocracia de Jerusalén. Esa actitud se vio reforzada por la influencia de la dinastía Herodiana, en especial de Herodes Agripa I y su hijo Agripa II, tanto si estaban en Roma como si gobernaban reinos en el este, y tanto si la propia Judea estaba en aquel momento a su cargo como si no. Su favor se extendía a los judíos que vivían en otras zonas, en particular a las grandes poblaciones como la de Alejandría, donde había una comunidad sustancial, próspera y bien establecida, gobernada por sus propios líderes electos y con una vida separada de la mayoría griega y la minoría egipcia. El hecho de que numerosos judíos alejandrinos hablaran griego con fluidez y estuvieran versados en literatura y cultura helénicas no servía para evitar la persistente hostilidad entre los griegos y los judíos. Hacía mucho tiempo que Alejandría llevaba siendo una ciudad turbulenta, sometida con frecuencia a disturbios que habían llevado al derrocamiento e incluso al magnicidio de algunos monarcas ptolemaicos. Poco había cambiado desde que los romanos estaban al mando, y había hombres que eran auténticos profesionales en el arte de manipular a las masas y utilizar a bandas organizadas de partisanos para crear agitación y tumulto. Cuando Agripa I visitó Alejandría de camino a su reino, algunos griegos organizaron una parodia de una procesión real, vistiendo a un loco de la ciudad en una caricatura de los ropajes

reales. La procesión desembocó en una serie de disturbios y el prefecto romano se puso de un lado de los griegos y culpó a los judíos de los problemas, castigándolos y robándoles sus posesiones. Finalmente, fue llamado a la capital, deshonrado y exiliado, aunque la desconfianza que le inspiraba a Calígula tuvo tanto que ver en ello como su conducta.[24]

Cesarea era otro punto de conflicto, donde una minoría judía más pequeña pero con riqueza y éxito comercial vivía junto a la mayoría gentil en una ciudad abiertamente pagana. El gobernador pasaba más tiempo allí que en cualquier otro lugar, lo que incrementaba las posibilidades que tenían los personajes importantes de la ciudad de influir en sus decisiones, y las tropas bajo su mando eran hombres locales o de Sebaste, a los que se percibía más proclives a ponerse del lado de los ciudadanos no judíos. En torno a la mitad del siglo I d. C., la sensación de que todo eso le daba una clara ventaja a sus rivales convenció a algunos de los líderes judíos de la ciudad para ejercer presión para lograr que Cesarea fuera declarada una comunidad judía. Su tenue argumento se basaba en su refundación y desarrollo por parte de Herodes el Grande, que ignoraba el hecho de que, desde el principio, fue obviamente «griega». Como en tantas ciudades divididas a lo largo de los tiempos, la tensión aumentó cuando partidarios de uno y otro bando se manifestaron e hicieron todo lo posible para intimidar a sus oponentes, permitiendo que asuntos menores y desaires reales o imaginarios fueran tratados como importantes. Los jóvenes formaron pandillas, burlándose los unos de los otros y, a veces, llegando a tirarse piedras o a pelearse, y, con el tiempo, las escaramuzas se fueron haciendo más y más frecuentes a pesar de los esfuerzos de los magistrados locales y de los líderes de más edad de cada comunidad. La principal pandilla judía obtuvo ventaja y, después de una victoria, se negaron a dispersarse cuando lo ordenó el procurador Félix. No cabe duda de que el hecho de que los sol-

dados que le acompañaban estuvieran asociados con sus odiados y recientemente vencidos rivales no ayudó en lo más mínimo. El gobernador ordenó a sus tropas que utilizaran la fuerza, y ellos le obedecieron con un gran celo, tal vez excesivo. Félix envió a delegaciones de ambos bandos a Nerón, que falló a favor de los gentiles. En el pasado, los emperadores generalmente habían favorecido las peticiones de los judíos, así que su decisión fue una sorpresa para los implicados, aunque esta vez su caso carecía de argumentos.[25]

Nerón declaró que Cesarea continuaba siendo una ciudad oficialmente gentil, pero su población estaba dividida y enfrentada. Algunos judíos adquirieron un terreno para una nueva sinagoga, pero intentaron sin éxito persuadir al dueño gentil de una parcela adyacente de que se la vendiera para poder levantar una construcción aún mayor. Al final se dieron por vencidos, modificaron los planos y para el año 66 d. C. ya habían construido hasta el límite de la tierra que poseían. Al mismo tiempo, el vecino decidió desarrollar su parcela para la industria, por lo que los asistentes a la sinagoga tenían que pasar a través de un estrecho callejón y pasar junto a hileras de talleres ruidosos y llenos de humo para acceder a ella. El propietario del terreno estaba en todo su derecho de hacerlo, y sus motivos pueden haber surgido de decisiones comerciales y no del deseo de provocar. Algunos jóvenes judíos intentaron expulsar a los obreros que construían los cobertizos, hasta que el procurador Floro se lo impidió. En ese momento, un grupo de judíos prominentes pagó al gobernador una suma sustancial para mantener la obra parada, pero Floro se embolsó el dinero y se marchó a Sebaste sin hacer nada para cumplir su parte del trato.

> Al día siguiente, que era sábado, cuando los judíos se reunieron en la sinagoga, se encontraron con que un hombre conocido por sus afrentas había colocado al lado de la entrada un recipiente, boca abajo, sobre el cual estaba sacrificando aves. Esta exhibición de lo que consideraban un atropello contra sus leyes y una profanación del lugar enfureció a los judíos

más allá de lo que podían soportar. Los miembros calmados y pacíficos de la congregación estaban a favor de recurrir de inmediato a las autoridades; pero la gente más airada y la juventud apasionada estaban deseando pelear. El partido cesariano, por su parte, estaba preparado para la acción, dado que, siguiendo un plan concertado, habían enviado a ese hombre para simular un sacrificio, y enseguida llegaron a las manos.[26]

Un oficial romano intervino, retirando el recipiente, pero no pudo evitar que los disturbios continuaran, tras lo cual algunos miembros de la comunidad judía huyeron de la ciudad.

Este fue el incidente que contribuyó a desencadenar la primera guerra judeoromana (también conocida como gran revuelta judía), cuando la ira ante las noticias, ante la continuada negativa de Floro a intervenir y, más adelante, ante el hecho de que este se apoderaba de unos fondos destinados al Gran Templo de Jerusalén, provocó graves disturbios y, a continuación, un conflicto armado. La dureza con la que actuaron los auxiliares reclutados entre hombres de la zona y el profundo odio que sentían hacia ellos muchos judíos exacerbaron la situación. Finalmente, una cohorte se rindió en Jerusalén, pero solo para ser masacrada con la única excepción de su comandante, un oficial ecuestre al que se le perdonó la vida tal vez porque no era de Sebaste o Cesarea y, también, porque se comprometió a convertirse al judaísmo. Cuando se propagó la noticia de que en Jerusalén se había desatado una rebelión abierta, una turba masacró a gran número de los judíos que todavía vivían en Cesarea. Esto provocó, a su vez, que «partidas de judíos» atacaran las ciudades griegas de la Decápolis —las diez ciudades de la Biblia del rey Jacobo— y cualquier otro asentamiento gentil que estuviera a su alcance, incluyendo ciudades como Gaza y Ascalón, situadas en la costa.[27]

Josefo nos cuenta que:

… en las inmediaciones de cada una de estas ciudades muchos pueblos fueron saqueados y un inmenso número de habitantes fueron capturados y sacrificados. Los sirios, por su parte, mataron a un número igual de judíos; ellos también sacrificaron a quienes capturaron en las ciudades, no

> solo movidos por el odio, sino para adelantarse al peligro que les amenazaba. El conjunto de Siria era escenario de un espantoso desorden; cada ciudad estaba dividida en dos campamentos… Pasaban sus días inmersos en sangre, las noches… en terror.[28]

Se sospechaba de los simpatizantes judíos, pero las lealtades no siempre eran sencillas, ni tampoco todas las ciudades sucumbieron a las luchas internas. Tiro mató a muchos de sus habitantes judíos y encarceló el resto, pero en la vecina Sidón no hubo ni ejecuciones ni encarcelamientos. Como era de esperar, los disturbios estallaron en Alejandría pero Antioquía se mantuvo pacífica. En Alejandría, la mafia judía fue ganándole terreno a la muchedumbre griega hasta que las tropas romanas fueron enviadas y los aniquilaron después de un duro combate. El gobernador de Egipto, un judío que había abandonado la práctica estricta de su fe para dedicarse al servicio imperial, ordenó la retirada de los soldados una vez que la paz fue restaurada, pero encontró más difícil conseguir que los civiles griegos se abstuvieran de lanzar nuevos ataques. En Escitópolis (la actual Beit Shean), la única ciudad de la Decápolis de la orilla occidental del río Jordán, los habitantes judíos de la ciudad se unieron a sus vecinos para eliminar a las bandas de asaltantes judíos. A pesar de su colaboración, a continuación, se les pidió que demostraran su lealtad trasladándose a campamentos en las afueras de la ciudad. Al cabo de tres días, algunos de sus vecinos se volvieron contra ellos y los masacraron. Es imposible saber qué determinó los acontecimientos que se produjeron en cada lugar, puesto que la historia local y las personalidades de los líderes del momento, sin duda, desempeñaron el papel principal en el desarrollo de los hechos. En opinión de Josefo, el miedo fue tan importante como el odio, y, a menudo, el desencadenante fue simplemente la avaricia, mientras que los problemas se utilizaron como un pretexto para asesinar y saquear a sus vecinos ricos sin temor a las consecuencias. El hombre que actuaba como regente mientras Herodes Agripa II estaba fuera

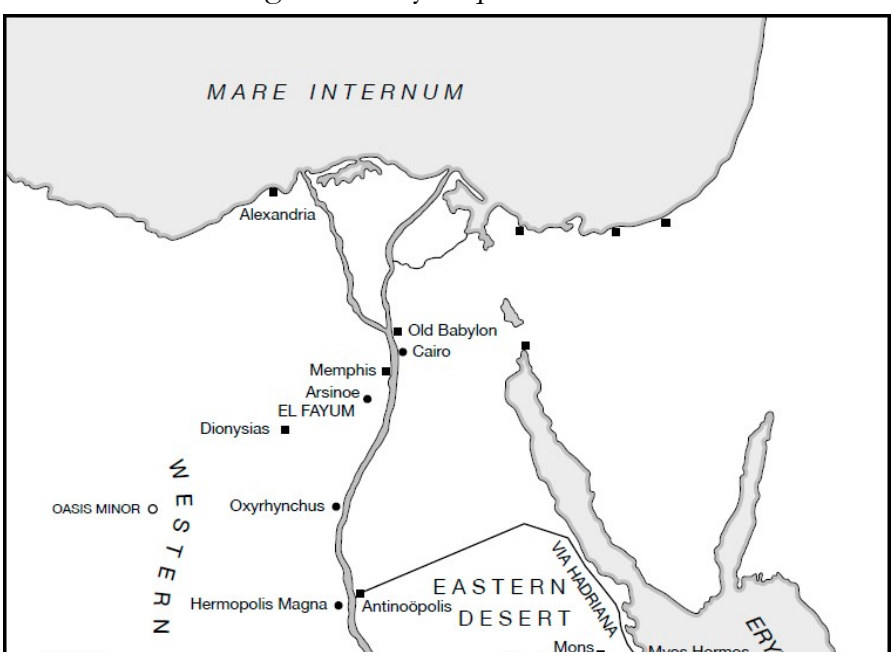
envió tropas para asesinar a una delegación de las comunidades judías de Batanea, que había llegado solicitando protección. Según Josefo, lo hizo simplemente para robarles.[29]

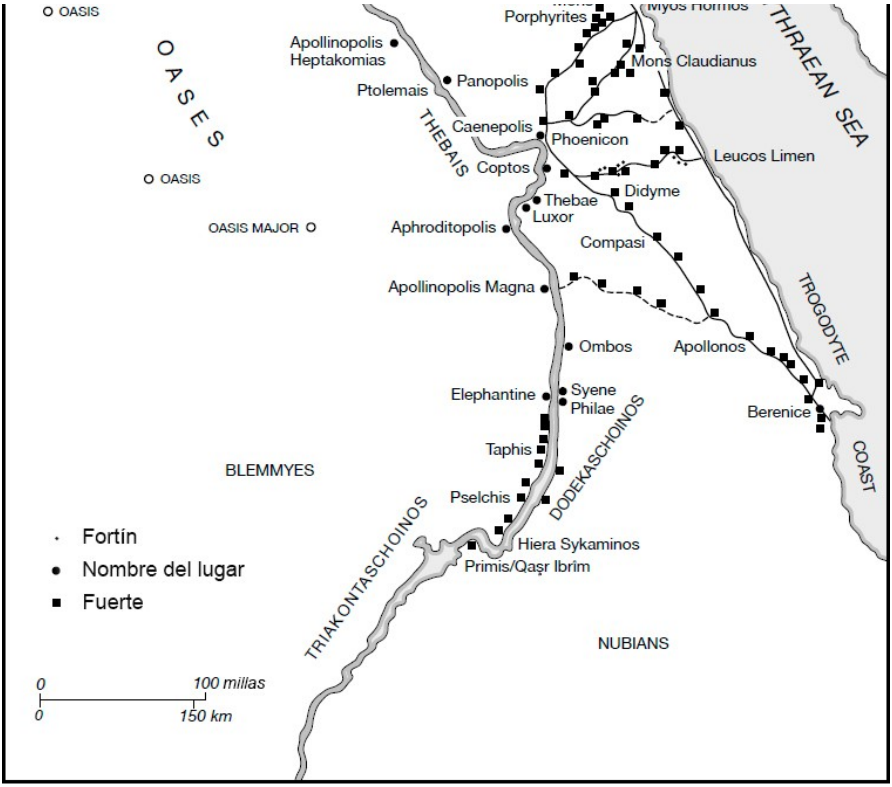
3. Asesinato, saqueo y política

La perturbación que las guerras civiles o las revueltas causaban en la rutina diaria daba lugar a nuevas oportunidades para el enriquecimiento, y es sorprendente constatar que el saqueo aparece en todos los incidentes que hemos comentado. Eso no significa que los odios y las rivalidades fueran menos reales, ya que el deseo de herir y matar a personas pertenecientes a los grupos de antagonistas es evidente en las fuentes. De alguna manera, se trataba de una reversión a las condiciones existentes en gran parte del mundo antes de que llegaran los romanos, donde las razias eran la forma normal de la guerra, en la que los pueblos se embarcaban siempre que surgía alguna oportunidad y aquellos vecinos por los que se sintiera aversión —o, de hecho, cualquier otro pueblo al que mereciera la pena robar y que no fuera considerado un amigo— se mostraban vulnerables. Cuando se debilitaba la autoridad central, ya fuera la dominación de Roma sobre una región o en zonas de las fronteras entre reinos aliados que no cooperaban bien entre ellos, entonces resurgían las razias, sobre todo en lugares donde las comunidades contaban con una larga tradición de hostilidad.

Este tipo de actividades podían estar dirigidas por jefes de grupos de bandidos bien establecidos, que disponían de más oportunidades gracias a la confusión de los tiempos. Durante la procuraduría de Cumano, los judíos que asaltaron Samaria recurrieron a la ayuda de Eleazar, hijo de Dinai, «un bandolero que durante muchos años había tenido su hogar en las montañas», para liderarlos. Hombres similares surgieron en el año 66

d. C. y, en todos los casos, otros se unieron a ellos. Cuando Josefo fue designado por el gobierno rebelde de Jerusalén para tomar el mando en Galilea, contrató a gran cantidad de bandidos para servir como mercenarios, sobre la base de que tenerlos alistados en sus filas le daba cierto control sobre ellos. En los turbulentos años que precedieron a la rebelión del año 66 d. C., muchos líderes aristócratas de Jerusalén, incluyendo los sumos sacerdotes, formaron bandas de seguidores armados. Otro grupo que apareció en aquella época fueron los *sicarii* —el nombre proviene del latín *sica* o daga—, sicarios que llevaban cuchillos ocultos con los que atacaban a su víctima para luego desaparecer entre la multitud. Sus blancos eran ciudadanos notorios, lo que sugiere que seguían una agenda política, aunque Josefo sostiene que muy posiblemente estuvieran contratados, llegando a afirmar que Félix les pagó para matar a un sumo sacerdote. También encontramos referencias a hombres capaces de manipular a las masas que trabajaban en ciudades como Alejandría, y a algunas bandas de jóvenes que parecen haber estado claramente organizados y orquestados.[30]





Egipto y los puertos del mar Rojo

El latín *latro* (plural *latrones*) y el griego *leistes* (plural *leistai*) se traducen a menudo como bandido —o pirata si operaban en el agua—, aunque la palabra actual carece de la fuerza de los antiguos términos. Estos hombres no eran simplemente ladrones, porque siempre existía la posibilidad de que usaran la violencia, y a menudo recurrían incluso al asesinato. Eran arquetipos que aparecían con regularidad en las novelas antiguas secuestrando a héroes y heroínas y exponiéndolos a un peligro terrible para que pudieran ser rescatados en el último momento. Cierto grado de romanticismo se filtraba a veces a los textos históricos y, de vez en cuando, el carismático líder de un grupo de bandidos, que superaba a Robin Hood en su audacia, dominio del disfraz e ingeniosos planes, aparece en las fuentes históricas como antagonista de un malvado emperador. Muestras de simpatía co-

mo estas eran muy infrecuentes y, aun cuando aparecían, eran solo parciales. *Latrones* y *leistai* eran términos peyorativos que designaban a hombres malos, que utilizaban de forma ilegítima la violencia. Según el derecho romano: «Enemigos son aquellos a quienes el pueblo romano ha declarado formalmente la guerra, o que han declarado ellos mismos la guerra al pueblo romano; el resto son descritos como bandidos o ladrones».[31]

Esta distinción daba por sentado que los bandidos eran criminales más que combatientes que representaran a un pueblo o Estado. No importaba si procedían de dentro del Imperio o de más allá de sus fronteras, ni tampoco si actuaban en grupos grandes o pequeños: a esta clase de grupos depredadores no se les concedían ni siquiera los derechos limitados otorgados a enemigos extranjeros, sino que, a todos los efectos, eran proscritos, sujetos a castigos mucho más severos. Un ciudadano apresado por el enemigo en una guerra perdía su estatus, convirtiéndose en un esclavo del captor y, si era liberado, tenía que someterse a un proceso para ser aceptado de nuevo por la sociedad. Alguien a quien los bandidos hubieran hecho prisionero, continuaba siendo un ciudadano porque la captura no había tenido lugar durante una guerra.[32]

Para los romanos, los bandidos y los piratas eran criminales y no enemigos legítimos merecedores de respeto, por lo que llegó a ser cada vez más común llamar a los adversarios forajidos para demonizarles, algo que el predominio de las razias como forma más común de actividad militar facilitó. Por ejemplo, la gran operación de Pompeyo contra los piratas en el año 67 a. C. implicó combatir contra muchas ciudades y Estados organizados, un gran número de los cuales estaban anexionados a Roma. Durante las guerras civiles de Roma, los romanos se referían a sus rivales con el apelativo de jefes de bandidos (Augusto describió a Sexto Pompeyo como un pirata que lideraba una flota de esclavos fugitivos). Los hombres que desafiaban el

trono de los reyes aliados de Roma eran igualmente tratados de bandidos, aun cuando sus fines fueran principalmente políticos.[33]

El bandolerismo surgió en muchas zonas del Imperio, aunque fue más común en las provincias fronterizas, o allí donde el terreno ofrecía lugares donde poder refugiarse. La conquista de Hispania fue concluida bajo el reinado de Augusto, pero bajo el de Tiberio se produjeron algunas incursiones lanzadas por los habitantes de la cordillera Cantábrica y es muy posible que estas razias continuaran de forma intermitente durante algún tiempo. Una legión permaneció en Hispania durante siglos, algo difícil de explicar puesto que en la provincia no existía ninguna frontera exterior ni ningún atisbo de rebelión generalizada. El área que se extendía en torno al monte Amano, donde Cicerón había hecho campaña, seguía siendo asimismo problemática, al igual que otras regiones montañosas o yermas e inaccesibles. En esas zonas, los indígenas continuaron asaltando y saqueando como lo habían hecho en el pasado a menos que se les impidiera por medio de la fuerza. Era una declaración de independencia, aunque menos un ataque contra el poder romano que un deseo de continuar con su tradicional costumbre de asaltar a los viajeros y a sus vecinos.[34]

Algo muy diferente era el bandolerismo en regiones más asentadas y urbanizadas, que, en épocas normales, permanecía latente pero aumentaba rápidamente cuando se producían disturbios. Josefo escribió sobre muchos *leistai*, a veces dando el nombre de la persona en concreto, pues consideraba que sus actividades contribuyeron a incrementar la tensión que provocó la rebelión del año 66 d. C. El historiador se mostró hostil en su descripción de todos ellos, pero admitió que, al menos, algunos afirmaron que actuaban movidos por una causa y no por el mero ánimo de lucro. Como hemos visto, varios se enfrentaron a Herodes para cuestionar su derecho a gobernar,

mientras que otros lo rechazaron por el hecho de considerarle un extranjero y asimismo porque se sentían resentidos por los tributos y la dominación romana. Un tema muy debatido en esas décadas era la cuestión de cómo debía actuar un buen judío en estos asuntos. «Dinos, por lo tanto, ¿qué crees tú? ¿Es lícito darle tributo al César o no?», era la pregunta que, según el Evangelio de Mateo, algunos fariseos y herodianos le preguntaron a Jesús. La gama de respuestas a esta y otras preguntas era muy amplia, pero una minoría significativa abogaba por la resistencia e incluso por la rebelión. Entre los discípulos de Jesús se encontraban Judas Iscariote —miembro de los *sicarii*, aunque Josefo sostiene que estos aparecieron más adelante— y los hermanos Santiago y Juan, llamados «los hijos del trueno», cuyos nombres sugieren que ambos pertenecieran a asociaciones revolucionarias en el pasado. Barrabás, el hombre liberado por Pilato en lugar de Jesús, era un *leistes* «que, por su labor sediciosa en la ciudad y por asesinato, fue metido en la cárcel». Los dos ladrones crucificados a ambos lados de Jesús también eran *leistai*, porque el robo sin violencia no era castigado con la ejecución.[35]

Herodes y sus herederos y, después de ellos, los sucesivos prefectos y procuradores, emprendieron campañas contra los bandidos y obtuvieron numerosas victorias, pero no solucionaron el problema y enseguida aparecían otros bandidos para sustituir a los que habían muerto o habían sido detenidos o ejecutados. Parte de esa tenaz resistencia procedía de la creencia en una causa, ya fuera política o religiosa; de hecho, las dos son difíciles de separar en la Judea de ese periodo. También había graves problemas económicos y sociales que transformaban a los hombres en bandidos, varios de los cuales odiaban más a los absentistas propietarios aristocráticos que a la distante Roma, aunque es igualmente evidente que algunos de los *leistai* no eran más que ladrones armados que solo buscaban el beneficio

personal. Estos factores subyacentes se alimentaban mutuamente, animando a la gente a buscar una salida a sus problemas a través de la protesta, la religión o la violencia, lo que contribuyó a que la situación acabara escapando a todo control. En las áreas gentiles había equivalentes de estos hombres, aunque posiblemente su número fuera menor, y menos de ellos, sin duda, deseaban la liberación de la dominación romana. En el año 66 d. C., los auténticos bandidos se unieron con los políticos revolucionarios y los miembros más entusiastas o desesperados de la población en general para propagar el desorden por una zona más amplia. Es muy probable que grupos similares desempeñaran un papel importante en las rebeliones que estallaron bajo el mandato de Trajano, durante el cual hubo ataques intercomunitarios ampliamente documentados; lo mismo sucedió bajo el mandato de Adriano.[36]

El bandidaje de motivación política aspiraba, a largo plazo, a producir un cambio político, lo que, con bastante probabilidad, implicaba la rebelión contra Roma. No obstante, después de Adriano no estalló ninguna otra rebelión judía, ni se produjeron revueltas en la mayoría de las demás provincias antes de ese momento. Ya durante el reinado de Tiberio, el soldado, senador e historiador Veleyo Patérculo se jactaba de que el mundo romano estaba «libre del peligro del bandidaje (*latrociniorum*)». Los sucesivos emperadores se vanagloriaron de la paz que su gobierno del Estado había traído al mundo, de un modo muy parecido a como los gobiernos modernos alegan haber reducido las cifras de delitos graves. A pesar de ello, la delincuencia continúa y no siempre se percibe como menos frecuente.[37]

Conservamos cuantiosa documentación de la época romana que demuestra que el bandolerismo continuó existiendo en muchas áreas y ese era ciertamente el caso en Judea. Una vez más, la evidencia con la que contamos sobre la experiencia judía ba-

jo la dominación romana es de mejor calidad que la conservada sobre la de otros grupos humanos, y algunos investigadores sugieren que, a pesar del fracaso de las rebeliones, algunos bandidos actuaron impulsados por el resentimiento ante el poder romano y no simplemente por el deseo de lucrarse. Es una consideración que merece la pena valorar, ya que si algunos bandidos judíos eran, en realidad, hombres que se estaban resistiendo al Imperio por una causa, entonces es posible que, en otras regiones, algunos de los bandidos de cuya existencia tenemos constancia estuvieran igualmente luchando contra la dominación romana. En tal caso, el hecho de que esa resistencia no acabase desembocando en una rebelión abierta puede sugerir que el ejército romano fue empleado con gran efectividad como fuerza de ocupación, logrando contener a las poblaciones de las provincias aun cuando no hubiera tropas estacionadas en una determinada área.[38]

El argumento se basa fundamentalmente en la literatura talmúdica, colecciones de refranes y sentencias pronunciados por los rabinos que no fueron plasmados por escrito hasta mucho tiempo después del periodo que nos ocupa, pero que, presuntamente, representan la sabiduría de los anteriores maestros. Su fecha tardía y el estilo moralista de estos textos hacen que nos resulte muy difícil fecharlos o juzgar si los incidentes relatados eran reales o hipotéticos. Los bandidos aparecen a menudo, mientras que la actitud hacia los extranjeros y, en particular, hacia los romanos es ambivalente. Aunque no de modo generalizado, algunos de estos escritos retratan claramente el ánimo de un pueblo ocupado por un imperio extranjero brutal y codicioso, por ejemplo, en este comentario sobre un pasaje del Deuteronomio:

> … Estos son los opresores que se han apoderado de la tierra de Israel… pero mañana Israel hereda su propiedad y la disfrutará como aceite y miel. «Mantequilla de vacas y leche de ovejas»: estos son sus cónsules y gobernadores; «grosura de corderos»: eso son sus tribunos; «Y carneros»:

> esos son sus centuriones; «manadas de Basán»: esos son su *beneficiarii* [soldados de alto rango enviados para un servicio especial fuera de sus unidades] que te quitan [la comida] de entre de dientes; «y machos cabríos»: esos son sus senadores; «con lo mejor del trigo»: esas son sus mujeres.[39]

Los soldados romanos rara vez son representados de manera positiva, excepto en una historia en la que la guarnición estacionada en Séforis acude para hacer frente a un incendio que se había desatado en una aldea vecina. Puesto que era sábado, el dueño de la propiedad incendiada les dice que se vayan y una tormenta apaga el incendio, pero aun así una vez que el sábado ha concluido, le envía a la guarnición una cantidad de dinero en agradecimiento. El hombre en cuestión parece haber sido uno de los próceres de la zona, por lo que algunos verían esto como una mera muestra del favor mostrado por las autoridades hacia los ricos y bien conectados. En todos los demás casos, las tropas son descritas como distantes y, a menudo, siniestras. Si una mujer era capturada por los soldados, se daba por sentado que muy probablemente habría sido violada o habría consentido tener relaciones sexuales con ellos, pero si era rehén de unos bandidos se daba por sentado que no iba a ser violada. A este respecto, los bandidos, son retratados como más proclives a comportarse mejor que los soldados. Con todo, los primeros mataban y robaban y la mayoría de sus víctimas es judía. Un bandido condenado mandó informar a un prominente rabino de que había asesinado a su hijo, con el fin de que la familia supiera que estaba muerto y no simplemente desaparecido; ahora bien, interpretar ese gesto como una señal de que los bandidos eran más que simples criminales y tenían un programa político o religioso es forzar la evidencia. Otro ejemplo ilustrativo es el de una llamativa sentencia sobre un hombre que había hecho un voto nazareno a quien unos ladrones habían afeitado por la fuerza para que violara su promesa; es posible que el fallo estuviera basado exclusivamente en hipótesis, pero, en cualquier ca-

so, sugiere un grado de brutalidad deliberada de su parte, aunque su intención solo fuera infundir miedo.[40]

Una idea comúnmente asociada a los bandidos era que utilizaban las cuevas para ocultarse, y las excavaciones realizadas en varios yacimientos de Judea han revelado la existencia de un complejo de túneles cuidadosamente excavados con espacio para habitar y cuartos de almacenaje debajo de algunos pueblos. Según Dión, durante la rebelión de Bar Kochba, los rebeldes «ocuparon posiciones ventajosas en el campo y las reforzaron con minas y paredes, para disponer de lugares bajo tierra donde refugiarse cada vez que estuvieran en algún aprieto y donde poder congregarse sin ser vistos; asimismo, desde arriba, perforaron estos pasajes subterráneos a intervalos para dejar entrar el aire y la luz». Puede que algunas de esas bases ocultas estuvieran asociadas con esa rebelión, pero por su naturaleza son muy difíciles de fechar y es más que probable que algunas fueran utilizadas en otras épocas y se mantuvieran en uso durante mucho tiempo.[41]

La guarnición de Judea aumentó sus efectivos a más del doble y mejoró su calidad de forma significativa después de la primera rebelión, creciendo hasta contabilizar en el siglo II d. C. dos legiones, a las que se sumaban las fuerzas auxiliares. Era una gran concentración de tropas para el tamaño de la provincia, incluso cuando fue ampliada y pasó a ser Siria Palestina, lo que, en sí mismo, sugiere que los emperadores consideraban que la zona era insegura. Se dice que Marco Aurelio habló sobre la intransigencia de los problemáticos judíos. Teniendo en cuenta, también, la naturalidad con la que en los textos talmúdicos se acepta el hecho de que hubiera bandidos acechando en los caminos y asaltando las aldeas incluso por la noche, parece justo decir que Judea tuvo un problema importante con el bandolerismo durante la mayor parte de la época romana. Puesto que eran judíos, los rabinos eran más propensos a hablar de

ellos como individuos que los demás autores y hablan de sus asuntos y de la conducta de sus familias (por ejemplo, de si la esposa de un hombre condenado debería tener relaciones sexuales con él o no). Parecen haber visto a algunos bandidos comportarse mejor, al menos en ciertas circunstancias, que los soldados romanos; o tal vez, comportarse menos mal sería más preciso. Pero no encontramos ningún apoyo rotundo a los bandidos como combatientes por el bien común contra un poder opresivo o como defensores de la cultura judía.[42]

En una de las historias, las tropas romanas rodean un pueblo y amenazan con saquearlo si los aldeanos no les entregan a un bandido buscado por las autoridades que se había refugiado entre ellos. Un rabino persuadió al hombre para que se entregara él mismo, pero la moraleja de la historia era que el cielo desaprobaba su acción. Es necesario interpretar con cierta precaución este y otros indicios de comprensión hacia los bandidos —o de compartida antipatía hacia las autoridades—, y recordar que los rabinos y los bandidos o los rebeldes provenían todos de la misma sociedad. Aunque existía una cierta solidaridad instintiva, también había una buena dosis de conocimiento profundo. La venganza romana era terrible, pero tendía a ser torpe. La venganza de un bandido enfurecido podía ser mucho más cruel en su precisión, especialmente cuando ese tipo de hombres se mezclaban con las comunidades o incluso vivían en un escondrijo debajo de sus pueblos. En numerosos focos de conflicto modernos sería difícil encontrar a alguien dispuesto a condenar abiertamente a la milicia armada o al grupo terrorista que mantuviera el control efectivo de la región en cuestión.[43]

Después de Adriano, no hay pruebas de que existiera ningún tipo de resistencia concertada dirigida únicamente contra los romanos o contra aquellos que fueran considerados sus colaboradores, y tampoco existe sensación de violencia organizada contra las comunidades gentiles en general. Los bandidos esta-

ban allí, pero atacaban al resto de la comunidad, robando y matando indiscriminadamente a judíos y gentiles. Aunque algunos alegaban estar luchando contra los opresores imperiales, eso no parece haber alterado su comportamiento, y ninguno adquirió nunca demasiado renombre ni tuvo ninguna posibilidad de incitar a la rebelión al resto de la población, incluso si se hubiera planteado hacerlo. Sin duda, a muchos judíos le indignaba la dominación romana y lamentaron la destrucción del Templo, pero no estaban buscando líderes que les ayudaran a liberarse de esa opresión, ni entre los bandidos ni en ningún otro sitio.

Es poco probable que el panorama fuera muy diferente en otros lugares, entre comunidades con menos sentimiento de identidad común y de su separación del resto del mundo. Sencillamente, en la mayoría de las provincias no hay constancia de ninguna resistencia concertada, e incluso, las pocas excepciones sugieren que era extremadamente limitada. Una colección de historias que hoy se conoce como *Acts of the Pagan Martyrs* [Las actas de los mártires paganos] da cuenta de ciertas personas de Alejandría que se levantaron contra las autoridades romanas y supuestamente se burlaron de sus represivos gobernadores —y hasta de malos emperadores, como Cómodo— cara a cara. Un antisemitismo subyacente impregna estos textos, y en ellos los romanos son condenados menos por ser una potencia ocupante y más por ser considerados projudíos. Las historias desprenden nostalgia por una época anterior al gobierno de Roma, pero es un sentimiento de añoranza y no promueve la rebelión. Para que un material como este fuera distribuido y sobreviviera, es evidente que algunos alejandrinos deben de haber compartido los sentimientos reflejados en estas historias, pero, como siempre, eso no bastó para persuadirlos de hacer algo al respecto, y menos aún de unirse con otros en una causa común contra el Imperio.[44]

En conjunto, no hay ninguna evidencia convincente de que el bandolerismo fuera una forma de resistencia prolongada a la dominación romana en ninguna zona del Imperio cuando la provincia en cuestión estaba asentada y establecida. Incluso en Judea, cualquier indicio de un programa político o religioso se convirtió en un mero pretexto para el robo y la violencia pura y dura una vez que se extinguieron las principales rebeliones. El bandolerismo era una amenaza constante, generalmente pequeña en escala en la mayoría de las áreas y durante la mayor parte del tiempo, pero que tendía a aumentar con rapidez cuando la autoridad central se veía afectada por algún tipo de crisis. Por lo que sabemos, los representantes de la autoridad romana no eran atacados ni más ni menos que cualquier otra persona o colectivo.

Gran parte de las fuentes utilizadas en este capítulo proceden de Judea o de otras áreas con importantes poblaciones judías. Hay mucha menos evidencia de enfrentamientos violentos entre comunidades en otras partes del Imperio, aunque, como hemos visto, tampoco son inexistentes. Esto puede ser debido a que la hostilidad local raramente fuera tan implacable, o tal vez a que había menos oportunidades para que pudiera desembocar en estallidos de violencia a tan gran escala. La región que acabó convirtiéndose en la provincia de Siria Palestina consistía en un batiburrillo de diferentes poblaciones que vivían una al lado de otra y, en ocasiones, en las mismas ciudades, pero divididas por la religión y una larga historia de conflictos. Puesto que el poder sobre cada una de estas regiones pasó de un rey aliado a Roma y de nuevo a un rey, su estructura a menudo carece de sentido desde el punto de vista administrativo. Por un tiempo, en el siglo I d. C., la Decápolis formó parte de la provincia de Siria, aunque no estaba unida al resto de la provincia, sino que, en realidad, era una especie de isla rodeada por territorios de gobernantes aliados. Alejandría era excepcionalmente

grande, y en su población había tres facciones principales, ninguna de ellas mantenía relaciones amistosas con las demás. Con todo, la frecuencia con que estallaban los disturbios en la ciudad no se debe exagerar, y, del mismo modo, es importante recordar que, a largo plazo, dejamos de oír hablar de violencia intercomunitaria en Judea y sus alrededores.[45]

Otras ciudades eran menos turbulentas, aunque seguía existiendo la posibilidad de que se produjeran disturbios. A menudo los tumultos tenían motivaciones políticas, en casos en los que, en su competencia por las magistraturas, los líderes empleaban todo tipo de medios para intimidar a sus oponentes y hacerse con el control de las elecciones. Otra amenaza para el orden público surgía de los periodos de escasez de alimentos, cuando las multitudes enfurecidas eran especialmente propensas a lanzarse contra cualquiera que creyeran que estaba acaparando reservas de grano con la esperanza de venderlo cuando el precio de mercado estuviera en su punto más alto. En ambos casos, las mismas causas habían desencadenado disturbios y violencia en otras ocasiones mucho antes de la llegada de los romanos. Como buena parte del bandolerismo y las razias de las tribus de la montaña o la piratería oportunista, estos incidentes eran muy comunes en la vida de gran parte del mundo antiguo. Ahora, ha llegado el momento de analizar cómo se regía el Imperio durante la época de los emperadores, y hasta qué punto era capaz de controlar ese tipo de problemas.

X. LOS GOBERNADORES IMPERIALES

«Se preocupó tanto de imponer restricciones a los magistrados de la ciudad y a los gobernadores de las provincias que en ningún momento fueron más honestos o justos, mientras que después de su reinado hemos visto a muchos de ellos acusados de todo tipo de delitos».

Suetonio, hablando del emperador Domiciano, a principios del siglo II d. C.[1]

1. «Firmeza y diligencia»

Unos ciento sesenta años después de que Cicerón aterrizara en la isla de Éfeso cuando iba de camino a asumir el gobierno de Cilicia, otro antiguo cónsul llegó allí de camino a su propio mando provincial de Bitinia y Ponto. Plinio el Joven (Cayo Plinio Cecilio Segundo) no se demoró tanto tiempo como el reacio Cicerón, pero aun así llegó más tarde de lo que él esperaba, ya que su nave sufrió un retraso debido al mal tiempo. Plinio continuó avanzando hacia su provincia, pero se produjeron nuevos retrasos. El calor era excesivo, lo que hacía que el viaje por tierra dentro de un carruaje resultara arduo, y Plinio cayó enfermo con fiebre y tuvo que permanecer unos días en Pérgamo. Cuando por fin consiguieron embarcarse en los navíos comerciales que operaban a lo largo de la costa, otra vez fueron retenidos por el mal tiempo. El nuevo gobernador no llegó a Bitinia hasta el 17 de septiembre del año 109 d. C., lo que le permitió celebrar el cumpleaños del emperador Trajano al día siguiente.[2]

Plinio era un «hombre nuevo», como Cicerón, su familia procedía de una de las ciudades de Italia, en su caso de Comum (el actual Como, junto al pintoresco lago del mismo nombre). También fue un abogado con gran éxito en los tribunales y un prolífico autor que publicó nueve libros de cartas publicados en consciente emulación de su famoso predecesor. Entre los corresponsales de Plinio se incluían muchos de los senadores más distinguidos de la época, por ejemplo Tácito, el famoso historiador, y las cartas trataban de asuntos nacionales, de literatura, del admirable comportamiento de hombres y mujeres prominentes y del desarrollo de algunos de los importantes juicios en los que participó; también había una serie de cartas en las que Plinio solicitaba favores para él mismo o para sus asociados. En las misivas, sin embargo, no encontramos rastro alguno del interés de Cicerón por el resultado de las elecciones, por establecer amistades políticas, por el cambiante equilibrio de poder y de influencias dentro del Senado o por los detalles de la legislación. El lector de las *Cartas* de Plinio no tendrá ninguna duda de que la Roma de ese periodo era un Estado controlado por un *princeps*, cuya influencia —maligna en el caso de Domiciano y benévola en el caso de Trajano— estaba por todas partes. No es casualidad que el único de los discursos publicados de Plinio que ha sobrevivido al paso del tiempo es un panegírico de Trajano, porque, durante el Principado, los senadores dependían del favor imperial en un grado que Cicerón nunca podría haber imaginado, ni siquiera durante la dictadura de César.[3]

Plinio fue a Bitinia como representante del emperador, en calidad de *legatus Augusti*, un cargo especial para el que fue designado directamente por Trajano, de modo que su nombramiento no estuvo sujeto a debate senatorial o al sorteo. A pesar de ello, su autoridad era mayor que la de cualquier otra persona en la provincia, excepto en el caso altamente improbable de que el *princeps* se presentara allí en persona. Ahora bien, el po-

der superior de Trajano no podía ser ignorado: Plinio se llevó consigo a Bitinia un conjunto de instrucciones (*mandata*) emitido por el emperador, que eran más largas y más prescriptivas que las sugerencias que le hizo el Senado a alguien como Cicerón. Los habitantes de las provincias lo tendrían difícil para apelar a Roma sin pasar por él a menos que tuvieran su permiso, pero, desde luego, no era imposible. Había también un procurador encargado de supervisar las haciendas imperiales y parte de los impuestos de la provincia, y este hombre intercambiaba correspondencia directamente con el *princeps* y sus asesores. En este caso, las relaciones entre ambos hombres eran buenas. [4]

Bitinia y Ponto no era una importante provincia militar y, como mucho, estaba guarnecida por un puñado de unidades auxiliares (es seguro que había una *cohors equitata*, que constaba de infantería y una pequeña fuerza de caballería, una segunda cohorte es muy probable, y es posible que hubiera otros regimientos). En tiempos normales, la provincia se encontraba bajo control senatorial y su gobernador era un procónsul elegido por sorteo de una lista que el Senado elaboraba con nombres suficientes para cubrir el número de puestos vacantes que hubiera en las provincias públicas. En ocasiones, se solicitaba el consejo del *princeps* para realizar la selección, y aun cuando no se le consultaba, quedaba claro que no se elegiría a nadie que hubiera caído en desgracia con él. En el cargo, estos gobernadores disfrutaban de una independencia limitada y sus decisiones podían ser anuladas por el *princeps* si alguien lo presentaba ante su consideración. También estaban obligados a obedecer las sentencias emitidas por los últimos emperadores y tenían que obtener aprobación para cambiarlas. Es posible que Augusto, en un principio, no emitiera *mandata* para los procónsules, pero probablemente comenzara a hacerlo en una etapa pos-

terior de su reinado y acabara convirtiéndose en la práctica normal bajo sus sucesores.[5]

A principios del siglo II d. C., la doble provincia de Bitinia y Ponto era una región turbulenta. Varios de sus antiguos gobernadores habían sido procesados por corrupción, además de que existían rivalidades irreconciliables por el poder dentro de sus principales ciudades y se había constatado la malversación generalizada del dinero público. Trajano decidió intervenir, añadiendo de manera temporal la región a sus provincias y enviando a Plinio allí como su legado. Trajano era *princeps* y el Senado no podía negarse, aunque en este caso es poco probable que su decisión les importunara, ya que, al fin y al cabo, era uno de los suyos a quien se le concedía el mando.[6]

En general, los procónsules y los legados imperiales desempeñaban prácticamente el mismo trabajo y los senadores de prestigio servían en ambas capacidades en distintas etapas de sus carreras. El papel esencialmente civil del procónsul era enfatizado mediante el uso de la toga en ocasiones solemnes, mientras que los legados, un cargo abiertamente militar, llevaban espada, coraza y capa militar. Los primeros iban acompañados por seis lictores que les precedían portando las *fasces*, mientras que los segundos probablemente iban acompañados por cinco, lo que denotaba su menor *imperium* en calidad de representantes que los legados, que eran magistrados por propio derecho. Ambos tipos de gobernador ostentaban una autoridad fundamentalmente idéntica sobre las guarniciones de sus provincias en todos los aspectos importantes, y la diferencia básica era que los procónsules tenían menos tropas a su disposición. Su mandato era también más corto, y a menudo no superaba los tradicionales doce meses. Por el contrario, era raro que un legado ostentara el cargo por menos de tres años, y muchos continuaban en el puesto durante todavía más tiempo con el fin de darle más continuidad al liderazgo de la provincia, lo que

permitía al gobernador abordar problemas más graves, ya fueran militares o civiles. Plinio murió antes de que concluyera su tercer año en el puesto y no sabemos cuánto tiempo estaba previsto que permaneciera en la provincia, pero, dado que fue enviado expresamente a restablecer el orden en sus finanzas y administración, puede que no se hubiera establecido un plazo fijo.[7]

La provincia de Plinio de Bitinia y Ponto

A lo largo de su estancia en la provincia, Plinio escribió muchas veces a Trajano, a menudo en busca de orientación sobre problemas específicos. El décimo libro de su correspondencia con el emperador fue publicado a título póstumo, y en él predominan las referencias a su periodo como gobernador: las cartas de Plinio enviadas desde Bitinia y las respuestas de Trajano ascienden a ciento siete de un total de ciento veintiuno cartas intercambiadas. Aunque desconocemos las circunstancias de su preparación y publicación, lo más seguro es que se llevara a cabo, como mínimo, con la aprobación y, tal vez, la participación activa de Trajano y sus consejeros. Aquella era una época en la que se escribieron muchos manuales técnicos y, desde ciertos

puntos de vista, las cartas de Bitinia poseen un aire similar, instructivo, mostrando la manera en que un buen gobernador debía afrontar su trabajo. La estrategia de Plinio para solucionar un problema incluía la búsqueda de precedentes y sentencias pasadas, el esfuerzo por encontrar la solución más beneficiosa para las comunidades de la provincia y la consulta al emperador para que decidiera qué hacer en aquellas cuestiones sobre las que no lograba dar con una solución que le satisficiera. Esa era evidentemente la imagen que Trajano deseaba que diera su Principado: eficiente, benévolo, respetuoso con las tradiciones locales y obediente tanto al espíritu como a la letra de la ley. El Trajano de estas cartas tiene el mismo tono de amistad y de interés en el bienestar de las comunidades de la provincia que puede encontrarse en muchas inscripciones que reproducen las respuestas de los emperadores a las peticiones de distintas ciudades e individuos.

Todos los legados imperiales enviaban informes y consultas al *princeps*, y no podemos saber si Plinio le escribió a Trajano más o menos cartas de lo que era normal; o incluso si originalmente había más cartas y algunas se consideraron demasiado breves o demasiado triviales para ser incluidas en la versión publicada. Es probable que la tendencia a abordar un único tema en cada carta pretendiera facilitarle a la secretaría imperial la verificación de los antecedentes y responder o aconsejar al *princeps* más que ser una señal de que las cartas fueron sometidas a un exhaustivo proceso de reescritura antes de la publicación. Es posible que algunas de las preguntas se formularan para permitir a Trajano dar la respuesta oficial, aunque eso implicaría que damos por sentado que la publicación de las cartas estaba planeada desde un principio. Un ejemplo de este tipo es la reiterada petición de Plinio de que le enviaran especialistas —arquitectos y aparejadores— desde Italia o desde una provincia militar (el ejército era una fábrica de técnicos especializados en to-

do tipo de campo). Solo en una ocasión el *princeps* accede a su petición, respondiéndole que dará instrucciones al legado de Mesia de que envíe a un hombre a supervisar un complejo proyecto de construcción de un canal. En todos los demás casos, Trajano le asegura a Plinio que no solo Bitinia sino cualquier provincia cuenta con competentes especialistas entre la población, una respuesta que se aplicaba de forma general a solicitudes semejantes.[8]

En conjunto, las cartas del décimo libro de Plinio parecen auténticas y nos brindan el mejor retrato de la vida de un gobernador provincial durante el Principado, siendo dignas de comparación con las cartas escritas por Cicerón desde Cilicia. Como siempre, son notorias las diferencias entre las circunstancias de principios del siglo II d. C. y las de mediados del siglo I a. C. No cabe duda de que Plinio escribió un sinfín de cartas a sus amigos, familiares y a otros contactos de su provincia, pero ninguno de estas fueron publicadas. Lo que importaba era la relación entre el *princeps* y el legado y las comunidades de la provincia. En todas las cartas, Plinio se dirigía a Trajano llamándole *domine* —maestro o señor— y, a su vez, Trajano se dirigía a él como «mi querido Segundo» (del nombre completo de Plinio: Cayo Plinio Cecilio Segundo). A Augusto no le habría gustado ser llamado *dominus*, pero bajo el mandato de sus sucesores —incluso los que eran considerados buenos gobernantes y respetuosos con el Senado— ese apelativo se convirtió en el tratamiento habitual. Algunas de las respuestas tienen un estilo formal que revela que fueron redactadas por los secretarios imperiales, pero, de vez en cuando, el tono de familiaridad o de exasperación ante el comportamiento de la población provincial deja traslucir sin lugar a dudas la auténtica voz del emperador.[9]

2. Bitinia y Ponto: despilfarro, corrupción y rivalidades

La provincia de Plinio se extendía a lo largo de la orilla asiática del mar Negro, desde el estrecho del Bósforo, en el oeste, al territorio de la ciudad de Amisus, en el este. Primero se había convertido en una provincia romana durante la reorganización de Pompeyo del Mediterráneo oriental que se produjo tras la derrota de Mitrídates, y muchos de los cambios que se establecieron en aquel momento continuaban vigentes. Aunque gran parte de la región era esencialmente rural, toda la administración importante se centraba en las ciudades, que estaban impregnadas de la cultura helénica y producirían varios de los más destacados escritores griegos del siglo II d. C. Antes de la dominación romana, las ciudades estaban controladas por sátrapas impuestos por los reyes regionales, de manera que tenían menos tradición de independencia que las comunidades griegas de algunas otras áreas. Al sur se encontraban las provincias de Asia gobernadas por un procónsul y Galacia, dirigida por un legado.[10]

Parte del litoral de la provincia era dirigida por un équite «prefecto de la orilla del Ponto» (*praefectus orae Ponticae*), que estaba bajo la supervisión del gobernador. Es posible que este hombre contara con algún contingente de tropas propias además de las fuerzas destacadas de la guarnición de la provincia, y también disponía de una flotilla de barcos de guerra, la *classis Pontica*. Con todo, es probable que en la provincia no hubiera ni dos mil militares y seguramente el total fuera muy inferior (tal vez unos mil o incluso menos si los efectivos de las unidades no se correspondían con las cifras teóricas sobre el papel). El ejército principal más cercano estaba en Capadocia y no podría intervenir con prontitud en caso de que surgiera algún problema, por lo que es evidente que los romanos no esperaban tener

graves problemas militares en una provincia que no era fronteriza, de ahí que hubiera sido asignada de modo regular a un procónsul. Las cartas de Plinio no contienen el menor indicio de que pensara que una rebelión fuera remotamente posible o que fuera a tener que pasar parte del verano de campaña. Si existía un problema con el bandidaje, este era de una escala mucho menor que el que tuvo que afrontar Cicerón en Cilicia. Las tropas de Bitinia y Ponto comandadas por Plinio funcionaban principalmente como cuerpo de policía paramilitar, además de como escoltas para el gobernador y otros magistrados y como administradores.[11]

Tras la creación del Principado, gran parte de las estructuras fundamentales del gobierno provincial romano permanecieron inalteradas. La mayoría de los asuntos cotidianos continuaron estando a cargo de las comunidades provinciales. Han llegado hasta nosotros muy pocos detalles sobre el personal de Plinio, pero es poco probable que fuera significativamente mayor que la cohorte de Cicerón en Cilicia. Plinio tenía un único legado como subordinado, Servilio Pudente, que probablemente había sido elegido por el emperador (en tiempos normales, era el Senado quien asignaba el legado al procónsul). Al igual que en la época de la República, los gobernadores también eran libres de llevarse consigo a amigos personales o contactos a su provincia. Era considerado correcto y oportuno que el gobernador contara con un grupo de personas que le asesoraran y constituyeran un consejo (*concilium*) para asistirle, como correspondía a cualquier cargo de magistrado, incluyendo el *princeps*. También era común que el procónsul les asignara a estos hombres tareas para que las realizaran en su nombre. En un momento posterior del siglo II d. C., a otro senador y escritor de cartas, Frontón, se le concedió el proconsulado de Asia y, de inmediato, empezó a reunir asociados para que le ayudaran:

> … para que los recursos de mis amigos me pongan en mejor posición para afrontar el exigente trabajo que el puesto implicaba. Convoqué desde casa a parientes y amigos de conocidos lealtad e integridad. Escribí a Alejandría a varios amigos íntimos diciéndoles que se dirigieran enseguida a Atenas y me esperaran allí… También insté a varios hombres de renombre a que vinieran desde Cilicia… [Frontón indica que actuaba en nombre de individuos y comunidades de esa provincia]. De Mauritania llamé a mi lado a Julio Senex, un hombre que me es extremadamente devoto y que me es igualmente querido, para que me ayudara, no solo por su lealtad y disposición a trabajar, sino por su energía incansable como soldado a la hora de expulsar a los bandidos y aplastarlos.[12]

Como sucedía en el pasado, el Estado les proporcionaba pocos funcionarios profesionales y, en gran medida, los gobernadores se veían obligados a recurrir a miembros de sus casas y a sus contactos personales para ayudarle en sus funciones. En algunos casos, este tipo de asociados eran idóneos para acometer las tareas que se les asignaba. Frontón señaló que sus amigos de Alejandría —entre los que, probablemente, se contara el historiador Apiano— eran «extremadamente cultos», por lo que se harían cargo de su correspondencia en griego, que conformaba la mayor parte de su trabajo en una provincia donde el latín apenas se utilizaba. Al parecer, algunos hombres hacían carrera asistiendo a los gobernadores en calidad de especialistas, como el cazador de bandidos Julio Senex. Al final, una enfermedad impidió a Frontón tomar posesión de su cargo y los preparativos se quedaron en nada.

Una inscripción que conmemora la visita el 1 de mayo del año 165 d. C. del procónsul de Macedonia al santuario de Samotracia menciona a su séquito de cuatro amigos, tres lictores y tres mensajeros (*viatores*), quince esclavos y cinco auxiliares, uno de ellos un oficial subalterno y otro apuntado como mensajero, por lo que podemos deducir que se trataba de un soldado de caballería. También había un esclavo imperial y tres o cuatro esclavos pertenecientes a otros miembros del grupo. Toda la comitiva tomó parte en los ritos que se celebraron en el templo. Seguramente el personal del prefecto contaría con

otros miembros que no estaban presentes, y el número de funcionarios —con solo tres en lugar de seis lictores— parece pequeño, al igual que su escolta militar, a juzgar por el número de soldados asignados a menudo a oficiales de menor rango. Se suponía que el prefecto de la orilla del Ponto debía contar con una escolta de diez soldados escogidos, dos jinetes y un centurión procedentes de las tropas comandadas por Plinio, pero de hecho tenía más y sostenía ante el gobernador y el emperador que los necesitaba. Plinio le permitió conservarlos hasta que Trajano tomara una decisión al respecto. Plinio menciona también que diez soldados selectos habían sido asignados a la procuraduría, pero que su ayudante, el liberto imperial Máximo, había insistido en que necesitaba seis más y parece que los había conseguido. Previa petición, Plinio le concedió dos jinetes como escolta en un viaje destinado a recoger el grano de Paflagonia. Trajano le dijo a Plinio que su decisión de «suministrarle soldados a mi liberto Máximo para su actual necesidad era totalmente correcta», pero que en el futuro este debería arreglárselas con solo cuatro hombres.[13]

Llama la atención que un gobernador escribiera al emperador sobre la concesión de un simple grupo de soldados rasos, y tal vez nos hallemos ante otro caso en el que se esperaba que Plinio preguntara para que Trajano pudiera darle la respuesta oficial. El *princeps* reitera su deseo de que tan pocos soldados como fuera posible fueran separados de sus unidades, pero estaba dispuesto a ser flexible con respecto a esta regla siempre que fuera necesario. Así, al parecer, a ambos funcionarios se les permitió contar con más soldados de los que se les había asignado en un principio. Por el contrario, ordena a Plinio poner fin a una medida temporal que consistía en utilizar soldados para custodiar las prisiones en lugar de los esclavos públicos, que no estaban haciendo bien el trabajo. También se negó a destacar a un centurión y algunos hombres más para regular el in-

tenso tráfico que pasaba por la ciudad de Juliopolis, objetando que si lo hacía sentaría un precedente peligroso que permitiría a muchas otras ciudades exigir el mismo favor. Sus decisiones reflejan tanto el objetivo de que las unidades contaran con los efectivos requeridos y que pudieran entrenar para desempeñar su papel militar, como la expectativa romana de que las comunidades locales gestionaran sus propios asuntos en lugar de dar por supuesto que el Imperio se ocuparía de ellos.[14]

Las provincias públicas como Bitinia y Ponto tenían guarniciones muy reducidas y, además, sus unidades se veían rápidamente despojadas de aquellos entre sus hombres, en especial de los oficiales, que estaban cualificados para servir como destacados. Los hombres con estudios eran necesarios para la administración del ejército (entre otras cosas, para llevar a cabo el seguimiento de todos los soldados destinados en diferentes lugares para la realización de distintas tareas). Por regla general, estas provincias contenían solo tropas auxiliares y los niveles de alfabetización entre esos soldados variaban dependiendo de la zona donde hubieran sido reclutados. Había algunas excepciones. Una cohorte de la *Legio III Augusta* era enviada anualmente desde Numidia para servir al procónsul de África. Los legados de las provincias militares tenían muchos más hombres a su disposición. Cada legión tenía un legado propio, así como un tribuno senatorial, cinco tribunos ecuestres y sesenta centuriones. Se estima que cerca de cien soldados de los rangos inferiores también habían sido formados y estaban disponibles para realizar tareas administrativas si así lo solicitaba el gobernador, uniéndose a su personal u *officium*. Eso significa que, en una provincia con tres legiones, el legado tenía a su servicio a un grupo de oficiales de diferentes rangos, algunos de los cuales podían haber sido destacados del ejército principal e incorporados a su personal o actuar de forma independiente, y unos trescientos burócratas militares, sin incluir a su escolta armada de

singulares de caballería y de infantería procedentes de las fuerzas auxiliares. Aunque, a primera vista, es un total impresionante —al que podrían añadirse amigos, esclavos y libertos, pero menos funcionarios públicos que un procónsul—, un mando así también requería mantener un nivel de preparación para una posible guerra y tal vez incluso para salir de campaña. El control, equipamiento y suministro de un ejército de tres legiones y sus respectivas fuerzas auxiliares era una tarea importante en sí misma, aun en tiempos de paz y, seguramente, absorbía buena parte de la atención del legado y de su personal.[15]

Con el Principado, hubo una nueva adición al personal de los gobernadores, aunque no se trató de una reforma deliberada que pretendiera aumentar su capacidad administrativa, ni era obligatoria. Bajo la República, un gobernador podía tener a sus hijos adolescentes o mayores en todo momento a su lado, pero el resto de su familia debía permanecer en Italia. Los gobernadores no se trasladaban con sus esposas a la provincia, aunque algunos de ellos tuvieron amantes o encontraron una esposa entre la población local. Durante las guerras civiles, esa costumbre empezó a cambiar y varios dirigentes, como Pompeyo y Marco Antonio, se llevaron a sus esposas a las provincias, aunque no cuando estaban de campaña. Livia acompañó a Augusto en la mayoría de sus viajes durante su Principado, una práctica que fue seguida por varios de los miembros más jóvenes de su familia y pronto se convirtió en la práctica habitual para la mayoría de los gobernadores y muchos oficiales del ejército, en especial cuando los viajes por las provincias empezaron a durar más tiempo. En el Evangelio de Mateo, la esposa de Poncio Pilato estaba con él en Jerusalén, y fue su sueño lo que le impulsó a lavarse las manos para dar a entender que se eximía de toda responsabilidad.[16]

Bajo el mandato de Tiberio, un senador con un largo historial de servicio militar propuso que el Senado votara para

prohibir a los gobernadores que se llevaran a sus esposas consigo a las provincias. Aquel hombre nunca se había llevado a su esposa a ninguna de sus cuarenta campañas o viajes de trabajo, a pesar de lo cual tuvieron seis hijos y —al menos en su opinión— eran un matrimonio feliz. Argumentó que la presencia de las mujeres obstaculizaba las operaciones militares, además de que algunas esposas estaban inclinadas a interferir en la disciplina militar o se dejaban cortejar por algún habitante de la provincia que buscaba utilizar su influencia sobre sus maridos. La propuesta despertó tanta oposición entre los magistrados que no llegó siquiera a ser sometida a votación. Plinio se llevó a su esposa Calpurnia con él a Bitinia, de modo que ella también tuvo que sobrellevar los viajes por mar, el calor y los largos traslados en carro.[17]

Durante el Principado no se registró ninguna actuación para crear capitales permanentes que funcionaran como centros administrativos de las provincias, aunque en algunos casos los gobernadores adquirieron cómodas residencias en una o más ciudades. Aun así, al igual que los gobernadores en la época de Cicerón, Plinio pasaba su tiempo viajando de ciudad en ciudad para asistir a las asambleas judiciales. Esa era una de las razones por las que el personal del gobernador seguía teniendo un tamaño modesto: porque era necesario que fuera itinerante para acompañarle en sus viajes laborales por las provincias. El estatus de centro de celebración de sesiones judiciales continuó siendo muy apreciado, y es poco probable que durante el Principado un gobernador pudiera haber seguido el ejemplo de Cicerón y celebrar audiencias en un solo lugar, haciendo que la gente viajara hasta donde él se encontraba. Un gobernador pasaba mucho tiempo en los caminos (o, de vez en cuando, viajando por río o por mar donde era posible).

Esos viajes fueron resultando cada vez más sencillos a medida que el sistema de calzadas —de calidad y adaptadas a todo

tipo de clima— se fue extendiendo a lo largo y ancho de las provincias y gracias a la creación del Correo Imperial, con postas para los relevos y vehículos para uso de quienes viajaban por asuntos oficiales. Las comunidades locales estaban obligadas a colaborar para mantener el sistema en marcha y los romanos podían requisarles sus caballos, transportes, conductores y guías, lo que, en ocasiones, representaba una carga considerable. Los salvoconductos para utilizar las postas eran emitidos por el emperador, que asignaba algunos a los gobernadores, pero, sin duda, el servicio se utilizaba con frecuencia de forma indebida. En la última carta de Plinio a Trajano le explica que le había dado un salvoconducto a su esposa, que debía ir a casa por la muerte de su abuelo, y el emperador le respondió mostrando su aprobación. Aparte de la mejora en el transporte, se construyeron algunas residencias oficiales en las principales ciudades, así como paraderos temporales o *mansiones*, destinadas a albergar a los grupos oficiales cuando se detenían a pasar la noche. Sin embargo, la infraestructura no cubría todas las regiones, y los gobernadores a menudo se alojaban en hoteles con viajeros civiles o acampaban al raso en el curso de sus viajes anuales. Plinio tenía alrededor de cincuenta años cuando llegó a su provincia y no era un hombre robusto, por lo que soportar las exigencias de su puesto de trabajo le resultaba muy arduo. Algunos gobernadores eran todavía más mayores y era raro que un hombre recibiera el mando de una provincia antes de alcanzar la mediana edad.[18]

Cada ciudad tenía sus propios tribunales y en ellos se resolvían la gran mayoría de disputas legales y juicios. El gobernador tenía que lidiar con los casos más graves, lo que incluía muchos crímenes capitales, los desafíos a la autoridad romana y los conflictos entre comunidades, o aquellos que implicaran a ciudadanos romanos o a otros hombres prominentes que no habían quedado satisfechos con la justicia local y confiaban en

poder revertir el resultado dirigiéndose a una autoridad superior. Los litigantes insatisfechos con un fallo del gobernador que favorecía a sus oponentes podían a su vez tratar de llevar el asunto directamente al emperador (o, como en los días de Cicerón, tratar de aplazar una resolución hasta que llegara su sucesor). El gobernador asignaba un número determinado de días a cada tribunal para celebrar los juicios. Normalmente los casos que se le iban a presentar eran anunciados por adelantado, aunque tenía libertad para abordarlos en el orden que escogiera y para tardar tanto como deseara o considerara necesario con cada uno. La impresión es que había mucho más trabajo de lo que podían abarcar, de modo que algunos litigantes tendrían que esperar, tal vez durante años o incluso en vano. Como siempre, los ciudadanos más influyentes disponían de más oportunidades de acceder al gobernador y conseguir lo que querían.[19]

Plinio estaba a punto de marcharse del tribunal de la ciudad de Prusa cuando un magistrado le pidió que se ocupara de la acusación presentada por un aristócrata local contra un rival, el prolífico orador Dión Crisóstomo. El caso tenía que ver con un proyecto de construcción de un edificio público, que Dión había iniciado pero no completado, y se centraba en la acusación de malversación de fondos, además de unas vagas alegaciones de que, como parte de la obra, Dión había erigido una estatua de Trajano cerca de algunos sepulcros familiares. Dada la importancia de los hombres involucrados, Plinio aceptó retrasar su partida para atender el caso. No obstante, Claudio Eumolpo, el abogado que representaba al oponente de Dión, quería tiempo para preparar el caso y pidió que se celebrara en el tribunal de otra ciudad. Plinio le dijo a Trajano que he:

> … dispuesto que se celebrara en Nicea, pero, cuando tomé asiento para conocer la causa, Eumolpo comenzó otra vez a pedir un aplazamiento basándose en que todavía no estaba suficientemente preparado, mientras que Dión exigía una audiencia inmediata. Después de mucha discusión por

> ambos lados, parte de la cual se refería al caso en sí, decidí conceder un aplazamiento para pedirte consejo, ya que es probable que el caso cree un precedente. Le he pedido a ambas partes que presenten sus demandas por escrito, puesto que quería que pudieras juzgar sus declaraciones a partir de sus propias palabras.

Los oponentes de Dión pensaron que la participación del emperador les perjudicaría y, para cuando Plinio escribió al emperador, no habían redactado su caso por escrito. Trajano pasó por alto la cuestión de su estatua —un cargo que podría haber tenido más peso para algunos de sus más nerviosos predecesores— y se centró en los cargos importantes, insistiendo en que Dión presentara las cuentas completas del proyecto a Plinio para que las inspeccionara. El intercambio de cartas entre Bitinia y Roma debe haber durado varios meses y no sabemos cuándo y cómo se resolvió el caso en última instancia. Entonces, como ahora, las disputas legales podían llevar mucho tiempo y con frecuencia se intentaba manipular el sistema a través de retrasos, presentando nuevas acusaciones para ganar tiempo y perjudicar a los oponentes, así como buscando a aquella autoridad que se considerara que tenía más probabilidades de ser favorable.[20]

La preocupación de Plinio por el hecho de que el juicio fuera a sentar precedente reflejaba todos los aspectos del gobierno romano. A veces, era una cuestión puramente formal, pero resultaba importante para todos los involucrados. La ciudad de Apamea era una colonia romana y, en épocas anteriores, los procónsules no habían inspeccionado las cuentas públicas. Plinio deseaba hacerlo —parte de su misión era garantizar que las finanzas de las ciudades de su provincia volvieran a estar en orden— y había sido informado por las autoridades de la ciudad de que no tenían ningún problema con que las revisara siempre que se dejara constancia de que, en el pasado, no habían tenido la obligación de someterse a tal escrutinio. Plinio remitió a Roma la documentación que le entregaron para apoyar dicha afir-

mación; Trajano respondió elogiando tanto a los apameanos como a Plinio. El legado debía llevar a cabo la inspección a petición del *princeps*, una circunstancia extraordinaria que no alteraba en modo alguno el estado de la colonia y no fijaba un precedente para el futuro.[21]

En varias ocasiones, Plinio consultó las leyes locales, la práctica establecida y las sentencias concretas, algunas de ellas falladas por Pompeyo, así como por distintos emperadores; también aplicó sus conocimientos de derecho romano. En muchos casos, las leyes y sentencias se referían a comunidades específicas y pocas veces eran aplicables a la provincia en su conjunto. Cada provincia tenía sus propias leyes, reglas y convenciones y no se había hecho ningún intento de imponer un sistema legal estándar y una organización cívica en todo el Imperio, por lo que a los gobernadores no les eran de ayuda los casos en los que habían trabajado en sus pasadas experiencias en otras localidades. Era raro que un hombre sirviera en la misma provincia dos veces a lo largo de su carrera, y hay escasos indicios de que se seleccionara para los puestos a algún magistrado por tener experiencia previa en una región.

Dado el carácter itinerante de los cargos de legado y procónsul, a su personal le resultaba imposible preparar una documentación exhaustiva sobre cada ley y regulación que podría aplicarse en las situaciones a las que se enfrentaban. Por lo tanto, recurrían a los litigantes y a las autoridades locales, que eran los encargados de llamar su atención sobre las leyes y sentencias aplicables y proporcionarles pruebas documentales de autenticidad; mientras que, en otras ocasiones, consultaban al emperador, cuya secretaría —aunque en un alcance limitado para los estándares modernos— tenía acceso a parte de las sentencias falladas en el pasado en Roma. En su correspondencia con Plinio, Trajano siempre respetó las decisiones tomadas por sus predecesores en este tipo de asuntos, incluso las de emperado-

res mal considerados como Domiciano, prefiriendo aplicar sus fallos a establecer una nueva regla. Es probable que la necesidad de remitir consultas a Roma fuera común entre todos los gobernadores y Plinio no fuera ninguna excepción, lo que sin lugar a dudas provocaba que numerosos casos se prolongaran durante largos periodos de tiempo. Las disputas entre los habitantes de las provincias hicieron que las autoridades romanas se ocuparan de cuestiones a las que no habrían prestado atención en otras épocas.[22]

En general, la iniciativa seguía partiendo de las poblaciones de las provincias, tal y como había sucedido durante la República. Se dirigían a Plinio para presentarle sus problemas y conflictos porque era él quien tenía el poder para actuar. No hay ningún atisbo de que los poderosos de Roma ejercieran presión sobre el legado para que les ayudara en sus negocios en Bitinia y Ponto. Por otro lado, las compañías de *publicani* continuaron ocupándose de la recaudación de ciertos gravámenes y peajes, pero el Estado se hizo cargo ahora de recaudar los impuestos directos, con la ayuda de las comunidades provinciales que, a su vez, a menudo externalizaban esa tarea a contratistas privados que operaban en el ámbito local. En el nuevo ambiente político del Principado, el dinero de los *publicani* y sus partidarios ya no era un factor importante en las elecciones y la lucha política de Roma. Sin duda, seguía existiendo mucha corrupción dentro del sistema, pero ya no había un único grupo influyente capaz de colaborar para presionar a los gobernadores. Como antes, había infinidad de intereses locales, y cada individuo hacía todo lo posible por establecer contactos con importantes personalidades romanas con el fin de utilizar su influencia ante el gobernador. Cada vez con mayor frecuencia, los principales hombres locales también eran ciudadanos romanos —aunque, al principio, esto era más común en las provincias occidentales— y, por

consiguiente, tenían derecho a ser tratados con mayor consideración.[23]

El objetivo del gobierno romano era que las comunidades provinciales se mantuvieran estables, lo suficientemente prósperas para pagar sus impuestos a largo plazo, que estuvieran en paz con las demás comunidades y provincias y que se sintieran satisfechas con la administración imperial. La preferencia de los romanos por permitir que los habitantes de las provincias gestionaran sus propios asuntos queda ilustrada de forma impactante por el intercambio más famoso entre Plinio y Trajano, dos cartas que hablan del caso de unos cristianos que habían sido arrestados y traídos ante el gobernador por las autoridades en una de las ciudades. El legado informa al emperador de que ha ejecutado a los cristianos que se habían negado a retractarse, excepto a los que eran ciudadanos romanos, que iban a ser enviados a Roma y sometidos a juicio. Todo aquel que negaba ser cristiano y daba prueba de su retractación prestando un juramento, haciendo un sacrificio o maldiciendo el nombre de Cristo quedaba en libertad. Trajano aprobó este procedimiento, pero agregó que «estas personas no deben ser perseguidas: si son traídas ante ti y se demuestra la acusación contra ellos, entonces deben ser castigadas».

Correspondía a los dirigentes provinciales la labor de encontrar y arrestar a los cristianos si decidían tratar de capturarlos. Si no sabían dónde se encontraban o no les importaba su presencia, entonces no pasaba nada. Nerón había declarado ilegal el cristianismo en un momento en que los cristianos le sirvieron como chivos expiatorios para el gran incendio de Roma del año 64 d. C. Trajano y la mayoría del resto de emperadores hasta mediados del siglo III d. C. consideraban que los cristianos no constituían una amenaza significativa, ya fuera porque su número seguía siendo pequeño o porque sus actividades eran poco importantes y no representaban ningún peligro. Las investi-

gaciones de Plinio le llevaron a concluir que eran un grupo inofensivo que solo era culpable de «superstición excesiva» (de ahí la curiosa disposición a ejecutar a los cristianos cuando eran llevados ante las autoridades mientras que, al mismo tiempo, no trataban de encontrarlos de forma deliberada). Las persecuciones tenían lugar solo cuando algún personaje importante de las provincias se mostraba preocupado al respecto, de modo que eran muy poco habituales y tenían un impacto exclusivamente local. La actitud fundamental de Roma en este tema era mantener a las comunidades contentas.[24]

El gobernador pasaba la mayor parte del tiempo solucionando los asuntos que las comunidades presentaban ante él (igual que, a un nivel superior, los emperadores se dedicaban a responder a constantes peticiones y apelaciones). Sin embargo, sería incorrecto reducir el carácter de los puestos de uno y otro a una actividad pasiva y reactiva. El cargo de legado especial de Plinio había sido creado para lidiar con el desorden y los problemas financieros en su provincia y, desde el principio, llevó a cabo diversas investigaciones de un amplio abanico de funciones cívicas. Ya hemos comentado su breve experimento del uso de soldados para supervisar a los esclavos públicos que custodiaban prisioneros. Trajano le ordenó poner fin a esa medida y le dio instrucciones de ocuparse, en cambio, de garantizar que los esclavos públicos cumplieran con su deber, asegurándole al legado que el asunto dependía de su «firmeza y diligencia». En otra ocasión, en Nicea y Nicomedia, descubrió a varios hombres que habían sido condenados por graves delitos y sentenciados a las penas de muerte *de facto* de las minas o la arena del circo, y, en vez de eso, estaban actuando como esclavos públicos, realizando trabajos para la comunidad e incluso recibiendo un salario anual. El examen de la documentación al respecto no reveló cómo habían escapado de sus sentencias. Trajano respondió diciendo que no podía permitirse que este fallo del sis-

tema judicial se prolongara por más tiempo. Todos aquellos que habían sido condenados en los últimos diez años fueron enviados a recibir su castigo correspondiente, pero se incorporó un elemento de misericordia a la resolución: «Si los hombres son ancianos y tienen condenas que datan de más de diez años, pueden ser empleados en trabajos que no estén demasiado alejados del trabajo penal, como la limpieza de los baños públicos y las alcantarillas o la reparación de calles y caminos, el puesto habitual para hombres de esa clase».[25]

Un área de especial preocupación para el Imperio era una serie de proyectos de construcciones civiles de gran envergadura que, o bien habían sido abandonados, o bien se habían retrasado o eran de dudosa calidad, todo ello a expensas del erario público. Nicomedia poseía dos acueductos que habían sido dejados sin terminar después de gastar en ellos 3 318 000 y 200 000 sestercios respectivamente. Nicea había gastado más de diez millones en un teatro que estaba sufriendo problemas por subsidencia del terreno sobre el que se había construido y no había sido terminado (Plinio señala que varios hombres prominentes habían prometido añadir adornos a la estructura básica, pero que no se había hecho nada). Pese al elevado coste de la obra, la misma ciudad tampoco estaba avanzando demasiado en la construcción de un gimnasio que debía sustituir el anterior, destruido por un incendio. En Claudiopolis se estaban realizando algunos pequeños progresos en la construcción de unos baños públicos y la preocupación del legado era sobre todo la financiación del proyecto. Las obras del edificio de Prusa que motivó los ataques contra Dión Crisóstomo también se habían estancado, puesto que el orador quería que el proyecto, y probablemente sus costes, fueran asumidos por las autoridades. La población esperaba que los magistrados y los aristócratas locales fueran generosos en la financiación de las obras públicas. Magistrados y aristócratas competían por el prestigio, mientras

que las ciudades competían entre sí por poseer los más grandiosos monumentos. Como algunos políticos de hoy en día, un buen número de ellos estaban más interesados en mejorar su reputación anunciando que se iba a realizar un gran proyecto que en la ardua tarea de preocuparse de que la obra llegara a buen puerto.

Por lo general, las respuestas de Trajano volvían a poner el tema en manos de Plinio, diciendo que la mejor manera de evaluar cualquier caso era sobre el terreno y que confiaba en el buen juicio de su legado. Así, el *princeps* dejó el destino del teatro de Nicea a su arbitrio, podía repararlo o demolerlo y empezar otra vez desde cero, lo que le pareciera más práctico, y solo insistió en que todos los adornos prometidos fueran proporcionados por los donantes una vez que el edificio principal estuviera terminado. Los nicenos necesitaban ser advertidos de que debían ser realistas con respecto al gimnasio, ya que era una institución que «los grieguitos» (*Graeculi* en latín) amaban profundamente, lo que hacía temer al emperador que sus planes fueran demasiado ambiciosos. Plinio recibió instrucciones de ir a visitar la obra de las termas previstas para Claudiopolis, pero una vez más Trajano le aseguró que no había necesidad de enviar a un arquitecto de Roma o de alguna de las provincias militares, puesto que en la provincia sin duda habría hombres capaces. También le dijo que, para asegurarse de que Nicomedia finalmente conseguía el acueducto, era necesario facilitarle un suministro de agua y estaba especialmente preocupado por la pérdida de tanto dinero, por lo que le pidió a Plinio que averiguara quién era el culpable.[26]

Plinio se mostró dispuesto a hacer llegar a Roma las peticiones de los líderes de la comunidad con respecto a los nuevos proyectos, por ejemplo, cuando Prusa pidió permiso para construir unos baños públicos que reemplazaran el edificio existente, que era viejo y estaba deteriorado. Normalmente, este tipo

de proyectos no habrían requerido la aprobación imperial, y el hecho de que la pidiera es un reflejo de la reciente serie de fallos y escándalos que habían rodeado la construcción pública de la provincia. En este caso, se decidió invertir en el edificio un dinero que se había apartado para otro propósito, la distribución gratuita de aceite de oliva entre los ciudadanos de la localidad, ya que la construcción de las termas sería beneficiosa para el «prestigio de la ciudad» y el «esplendor de tu liderazgo». Trajano le dijo a Plinio que les permitiera seguir con sus planes siempre y cuando hubiera fondos y el coste no supusiera una sobrecarga excesiva de las finanzas de Prusa o requiriera la introducción de nuevos impuestos.[27]

En otros casos, fue Plinio quien tuvo la idea de realizar un determinado proyecto en lugar de hacerlo a resultas de las peticiones de la población. Por ejemplo, le pareció que Sinope necesitaba un suministro de agua y, en consecuencia, sugirió construir un acueducto. Una vez más, la aprobación de Trajano fue inmediata, pero siempre que la ciudad pudiera hacerse cargo de los costes del proyecto (recordemos la furia que desató el hecho de que Poncio Pilato empleara los fondos del Templo para una obra similar en Jerusalén). En Amastris, Plinio se encontró con que una de las calles principales había sido construida con las mejores técnicas y materiales, salvo que una cloaca abierta discurría a lo largo de ella, y propuso sellarla para eliminar el mal olor y mejorar la salud pública. Le aseguró al *princeps* que la obra era asequible y, sobre esa base, recibió el permiso habitual. Su proyecto más grandioso fue un canal que conectaría un lago cerca de Nicomedia con el mar para transportar mercancías pesadas de forma mucho más fácil: una obra «digna de tu nombre y gloria inmortal y que sin duda combinará la utilidad con la magnificencia». Apropiadamente impresionado, esta fue la excepción antes mencionada en la que Trajano permitió a Plinio llamar a un ingeniero militar de Mesia. Ambos hombres desta-

caron la necesidad de llevar a cabo una planificación cuidadosa y precisa para lograr que un proyecto como ese tuviera éxito y advirtieron que cualquier error en el cálculo podría hacer un daño considerable, incluso drenar el lago.[28]

Los proyectos cuya ejecución implicaba controlar grandes cantidades de agua eran complejos por naturaleza. Una larga inscripción encontrada en África registra las experiencias de un especialista similar, en este caso un soldado veterano reenganchado, que había sido enviado a supervisar la construcción de un acueducto, para lo cual era necesario perforar un túnel en un terreno elevado. Nada le resultó sencillo a este hombre, Nonio Dato. Antes de su llegada fue atacado por bandidos y «escapó, desnudo y herido». Cuando llegó, el proyecto ya estaba en marcha y los nativos habían decidido comenzar el túnel por los dos lados opuestos de la montaña. La medición reveló que la longitud combinada de los dos túneles era superior a la anchura de la montaña, de modo que uno o ambos se habían desviado de su camino y no había ninguna posibilidad de que pudieran llegar a unirse. El estado de desesperación que reinaba entre los lugareños hacía probable que la empresa fuera abandonada (o, al menos, así lo afirmaba el ingeniero militar en su propio relato de los hechos). A través de un cuidadoso estudio, una estrecha supervisión y utilizando una fuerza de trabajo formada por unidades navales y auxiliares, a las que se animó a competir entre ellas mientras trabajaban, Dato fue capaz de terminar el túnel.[29]

Las mejoras en el suministro de agua aumentaban la calidad de vida de los habitantes de la ciudad a la que abastecía, aunque buena parte fuera canalizada hacia las casas de los ricos o se destinara a satisfacer la importante demanda de las casas de baños públicos. Desde luego, aquel que había proporcionado a la población un servicio como este, deseaba sus alabanzas y gratitud. Los arcos altos característicos de los acueductos romanos

no siempre eran necesarios, pero elevaban la estructura, de forma que destacaban en el paisaje y le recordaban a la gente su generosa donación. En su correspondencia, Plinio y Trajano muestran preocupación por el bienestar de los habitantes de la provincia, tanto con respecto a la infraestructura como a la situación de grupos tan desamparados como los bebés abandonados por padres demasiado pobres para mantenerlos que eran criados como esclavos. El legado también recomendó crear un cuerpo de bomberos en Nicomedia, que había sufrido un grave incendio que destruyó numerosas viviendas y algunos edificios públicos. Este incendio parece haber sido posterior al que produjo importantes daños en su gimnasio, lo que sugiere que los incendios eran un problema común, como lo era en ciudades más antiguas. Con todo, Trajano pensaba que la solución propuesta por Plinio podría ser todavía peor para los ciudadanos:

> Has tenido la idea… de formar una compañía de bomberos en Nicomedia… pero debemos recordar que han sido grupos como estos los que han sido responsables de los disturbios políticos de su provincia, sobre todo en las ciudades. Si la población se reúne para un propósito común, sea cual sea el nombre o el motivo que le den, pronto se convierten en un club político. Por tanto, una medida mejor es proporcionar el equipo necesario para enfrentarse a los incendios y darles instrucciones a los propietarios de que lo utilicen, solicitando la ayuda de la multitud que se congrega en torno a ellos si se cree que es necesario.[30]

En Roma, Augusto había implantado los *vigiles*, una policía paramilitar nocturna y cuerpo de bomberos, inducido en parte por un intento de golpe de Estado liderado por un hombre que había creado su propia fuerza de bomberos que tuvo lugar el año 19 a. C. Había mucho de verdad en la afirmación de Trajano de que era probable que cualquier banda o asociación organizada acabara convirtiéndose en una fuerza política, en especial en el caso de los bomberos, que tenían que ser físicamente fuertes, pero que solo trabajaban de forma ocasional. Los *vigiles* estaban sometidos a un estrecho control imperial y sus fuerzas estaban equilibradas por las de las otras unidades de

Roma que, además de ser la ciudad más grande del mundo, también contenía el mayor contingente de soldados y otros hombres uniformados reunidos en un solo lugar: unos veinte mil a finales del siglo II d. C. Un cuerpo de bomberos en Nicomedia, aunque estuviera formado por unos pocos cientos de hombres, habría representado una fuerza formidable y sin rival si hubiera decidido participar en la política local. La guarnición provincial era demasiado pequeña y estaba muy dispersa para poder neutralizarla de forma rutinaria.[31]

A Trajano le seguía preocupando el problema de los incendios, de ahí que le dijera a Plinio que se asegurase de que situaran el equipo en algún lugar de fácil acceso, pero eso era todo cuanto estaba dispuesto a hacer al respecto. La administración romana era reacia a desempeñar un papel directo en los asuntos locales asumiendo la organización y supervisión de servicios como este, pero, a la vez, temía las consecuencias de permitir que fueran los líderes locales los que se ocuparan de hacerlo, por lo que se siguió la práctica habitual de dejar que la población se hiciera cargo del problema de manera informal, no institucional. Es poco probable que esa fuera la manera más eficiente de hacer frente a un conato de incendio, aunque hay que señalar que la actuación de los romanos no fue la supresión de una brigada contra incendios existente, lo que habría sido más grave: Nicomedia y las demás ciudades no habían contado con esos cuerpos en ningún momento de su historia y fue el forastero romano Plinio quien planteó la idea. Trajano podría alegar, al menos desde su perspectiva, que, en conjunto, era mejor que las cosas siguieran como hasta ahora.

El *princeps* alude a la violencia y a las luchas políticas que se habían producido en el pasado reciente de esas ciudades, problemas alimentados por la competencia constante por el poder que existía dentro de las comunidades y la rivalidad por el estatus entre las principales ciudades. Como vimos en el pasado ca-

pítulo, ese tipo de rivalidad era común en muchas partes del Imperio. En este caso no había provocado estallidos de violencia entre comunidades, y mucho menos la resistencia a la dominación romana, sino que había intensificado las luchas aristocráticas dentro de las ciudades. Todos esos proyectos grandiosos que sobrepasaban sus posibilidades reales y fracasaban les brindaban a los aristócratas la oportunidad de anunciar nuevos proyectos con el fin de quedar por encima de sus rivales y de culparles de los problemas del pasado. Algunas de estas luchas pueden haber producido disturbios o cosas peores, algo que se insinúa en los discursos de Dión Crisóstomo. En uno se defiende contra las acusaciones de acaparamiento de las existencias de grano durante una escasez y cuenta que una turba atacó su casa. Dión era uno de los hombres más ricos de la región, que podía permitirse —al menos cuando gozaba del favor imperial— mostrarse generoso con más de una ciudad. Hombres así eran cortejados debido a las obras benéficas que llevaban a cabo, pero luego podían ser culpados si no hacían lo suficiente para ganarse los honores y alabanzas recibidas.[32]

Una vez más, el limitado tamaño de la guarnición provincial significaba que los recursos para hacer frente a los posibles disturbios simplemente no existían. Algunas ciudades empleaban a vigilantes o a policías profesionales, pero estas fuerzas no podían crecer demasiado por la misma razón que los cuerpos de bomberos estaban prohibidos, por lo que la única forma de contrarrestar una turba era, demasiado a menudo, otra turba. Las escoltas que acompañaban a los gobernadores y a otros funcionarios romanos ofrecían protección contra ladrones de la clase que había atacado a Nonio Dato, pero no contra las amenazas de mayor escala, de manera que la presencia de estas autoridades no podía sofocar los disturbios por la fuerza. Mientras servía como procónsul en África, el futuro emperador Vespasiano fue bombardeado con nabos por una multitud enojada.

Los gobernadores tenían que confiar en la protección que les brindaba la lejana amenaza de la abrumadora fuerza del Imperio. Incluso cuando estaban acompañados por un número mayor de tropas, estas seguirían siendo superadas en número por la población de cualquier ciudad importante. Ordenar a los soldados que atacaran a las multitudes era una estrategia que solía funcionar, pero si los manifestantes eran numerosos o incluían grupos organizados dispuestos a emplear la violencia, entonces el éxito no estaba garantizado y podía empeorar la situación, como sucedió en Jerusalén en el año 66 d. C. Los relatos evangélicos del juicio de Jesús que describen la actitud reacia de Pilato a rechazar las demandas de la multitud reflejan una realidad a la que se enfrentaban muchos gobernadores romanos, que sabían que la fuerza que les respaldaba se basaba tanto en una ilusión de poder como en el poderío real.[33]

3. Hombres malvados

Según el experto en leyes Ulpiano:

> Está bien que un gobernador competente y consciente se preocupe de que la provincia que está a su cargo sea pacífica y tranquila. Lo logrará sin dificultad si se asegura cuidadosamente de que los hombres malvados sean expulsados después de haberlos rastreado y localizado. Debe capturar a las personas sacrílegas, a los bandidos, a los secuestradores y a los ladrones, y castigar a cada uno según su delito, y también debería emplear la fuerza contra quienes los albergan, ya que un criminal no puede evitar ser localizado durante mucho tiempo sin su ayuda.[34]

El pasaje está relacionado con la contratación de Julio Senex por parte de Frontón debido a su experiencia en la caza de bandidos, además de plasmar con total claridad la suposición romana de que las personas que vivían cerca de la escena de un crimen tenían la obligación de ayudar a las autoridades o de lo contrario serían consideradas responsables de proteger a los criminales.

Los estudiosos modernos, de forma rutinaria, describen el bandidaje como endémico en el Imperio romano y, de vez en cuando, extienden esa afirmación a todo el mundo antiguo. Tienden a representar a las autoridades imperiales como incapaces de erradicarlo, y quizás incluso de mantenerlo bajo control.

Algunos van más allá y consideran que el *princeps* y sus representantes no se preocupaban por este problema a menos que los amenazara a ellos mismos, a otras personas de importancia o el funcionamiento de la administración y la recaudación de tributos. Era simplemente una realidad de la vida, aceptada por todos como algo inevitable. Las leyes tendían a clasificar la muerte o el secuestro a manos de los bandidos en el mismo epígrafe que desastres naturales como los incendios, las tormentas o las inundaciones —lo que ahora denominaríamos «actos de Dios»— en lo que respecta a la responsabilidad por daños y perjuicios.[35]

Una de las primeras cartas de Plinio menciona la desaparición de un amigo équite suyo mientras viajaba por el norte de Italia. Su hijo lo estaba buscando, pero Plinio se mostraba pesimista sobre sus posibilidades de encontrarlo, recordando a Metilio Crispo, un joven de Comum que había desaparecido algunos años atrás. Plinio le había concedido una comisión como centurión en una legión y le había dado cuarenta mil sestercios para adquirir el equipo que era propio de un oficial, pero cuando iba de camino a reunirse con el ejército se esfumó; «si fue asesinado por sus esclavos o junto con ellos, no se sabe: en cualquier caso, no hemos vuelto a ver ni a Crispo ni a ninguno de ellos». Como sería de esperar, algunos esclavos trataban de escapar de su vida de servidumbre; por ejemplo, en Bitinia, Plinio descubrió a dos que habían intentado ocultarse alistándose en el ejército, algo que estaba restringido a los nacidos libres. Los esclavos fieles ofrecían protección en un viaje, pero la po-

sibilidad de desaparecer en algún lugar tranquilo hacía que fuera más probable que escaparan mientras viajaban que cuando estaban en casa, sobre todo si trabajaban juntos. Es revelador que Plinio (que también poseía esclavos) considerara que ser asesinado por los propios esclavos era tan probable como morir a manos de los bandidos. El derecho romano decretaba la ejecución de todos los miembros de una familia de esclavos cuando, aunque fuera solo uno de ellos, matara o tratara de matar a su amo; fue una ley que Nerón aprobó, a pesar de que muchos senadores opinaban que era cruel castigar a los inocentes junto con los culpables. Se consideraba tan probable que los esclavos fugitivos se hicieran bandoleros, como los desertores del ejército.[36]

En algunas lápidas, los ladrones armados figuran como la causa de la muerte; por ejemplo, hay una en Mesia Superior dedicada a «Scerviaedus Sitaes, de treinta años de edad, asesinado por los bandidos», financiada por su hijo y su nuera, que, o bien se había casado joven, o bien había erigido el monumento en algún momento posterior. Aunque estos representan solo una pequeña fracción de los monumentos que se conservan de la época romana —la gran mayoría no dicen cómo murió el difunto en cuestión— algunas inscripciones son conmovedoras: por ejemplo, la de esposos y esposas asesinados juntos o la de una niña asesinada y despojada de sus joyas. San Pablo relató todos los apuros en los que se encontró durante sus viajes evangélicos, incluyendo el «peligro de los ladrones» junto a otros riesgos tales como «los peligros de las aguas», y los ataques por parte de judíos y gentiles a causa de su predicación. Nonio Dato y su séquito fueron robados y despojados de sus ropas, pero escaparon con vida, lo que demuestra que no todos los atacantes tenían la determinación de matar a sus víctimas, aunque parece que muchos estaban totalmente dispuestos a hacerlo. Epicteto —que fue esclavo, obtuvo la libertad y se con-

virtió en filósofo estoico— señaló que el viajero sabio no se aventuraba solo por un camino donde se rumoreaba que había ladrones armados, sino que, en vez de eso, «esperaba para viajar con un embajador, el asistente de un gobernador o un gobernador para poder viajar con seguridad», protegido por su escolta. Es obvio que Frontón preveía que el bandolerismo sería un problema que requeriría una atención especial en su provincia, y los gobernadores eran elogiados cuando eran capaces de reducir el número de delitos violentos.[37]

Los recursos que tenían a su disposición eran limitados, si tenemos en cuenta que este tipo de labor de vigilancia era solo una de las tareas requeridas de unas guarniciones dispersas y de reducido tamaño. Los «soldados selectos» mencionados anteriormente eran los *beneficiarii*, militares con experiencia que sabían leer y escribir, hombres que habían sido destinados a su puesto a título individual, a menudo en ciudades o aldeas situadas junto a las principales calzadas. Su función principal era regular el tráfico de personas y mercancías, pero podían tomar parte asimismo en la lucha contra la delincuencia. También había pequeños puestos de avanzada operados por otros soldados (*stationarii*), situados allí donde se juzgaba necesario. Una clase de centuriones conocidos como «agentes regionales» (*regionarii*) fueron puestos al cargo de algunos distritos y, gracias a una documentación hallada en Egipto, sabemos que la gente se dirigía a ellos en busca de auxilio cuando eran víctimas de robos o violencia. Sin duda, la eficacia de estos funcionarios individuales y destacamentos de soldados variaría dependiendo de la situación local y de su respectiva capacidad y, aún más, de cuántos efectivos hubiera por provincia. Un personaje en la novela de Apuleyo del siglo II d. C. *El asno de oro* se queja de las pandillas de jóvenes que deambulaban por las calles de noche en una ciudad de Tesalia, libres de hacer lo que les viniera en gana, ro-

bando y matando, porque las «tropas del gobernador están demasiado distantes para librar a la ciudad de sus ataques».[38]

Más adelante, en la misma historia, un joven rico se presenta en el campamento de una banda de forajidos que mantiene presa a su prometida y finge ser un famoso bandolero llamado Hemo. Les dice que había obtenido grandes botines hasta que asaltó una posada en la que, por casualidad, estaban pasando la noche un procurador, su esposa, sus esclavos y una escolta de soldados. Alertada por el ruido, «la esposa entró en la habitación y despertó a todos dando gritos y voces, llamando por sus nombres a los soldados y a sus criados y tratando de despertar a la vecindad entera para que fuera a socorrerla. Y solo gracias a que todos temían por sí mismos y se quedaron escondidos, nos marchamos de allí impunes». Luego la esposa del procurador apeló a César, quien: «[…] prohibió el gremio (*collegium*) del ladrón Hemo, y a partir de ese momento dejó de existir, porque todo lo puede la mera voluntad de un gran príncipe. Después, iniciaron la búsqueda de la banda, y cuando un regimiento de soldados (*militarium vexillationum*) nos acorraló y atacó, solo yo conseguí escapar», disfrazado de mujer y pasando entre las patrullas de soldados a lomos de un asno.[39]

Los bandidos y los piratas eran un verdadero filón para los escritores, por lo que no debemos olvidar que este relato es una ficción (que, de hecho, es presentada como una ficción dentro de la propia novela). No obstante, a pesar de fuertes elementos de misticismo y fantasía —el narrador del cuento es un humano convertido por arte de magia en un asno—, gran parte de los detalles parece reflejar la vida en el Imperio y el norte de Grecia en aquel momento. Por casualidad, una inscripción nos dice que, en efecto, en torno al año 176 d. C. —es decir, aproximadamente la época en la que Apuleyo escribió la novela— varias *vexilaciones* o destacamentos de las legiones de Mesia fueron enviados por el emperador a esa región para hacer frente a

una banda de forajidos tracios. La aparición de una fuerza de legionarios bien entrenados habría aumentado de forma drástica la fuerza y la capacidad de la guarnición de una tranquila provincia pública, que solía ser minúscula. Aunque es interesante que en la historia —no tenemos ni idea de qué fue lo que suscitó la intervención real— se supone que las tropas llegaron únicamente por la presencia del procurador en la venta y, así, las súplicas de su esposa y las suyas fueron escuchadas por el emperador, no deberíamos llevar este dato demasiado lejos. Las personas de influencia —en especial los funcionarios de alto rango, los senadores y las personas acaudaladas, más todavía si eran ciudadanos romanos— tenían más probabilidades de recibir ayuda tanto en un caso así con en todas las demás situaciones, pero eso no significa que solo se tomaran medidas en esas circunstancias. En buena medida, la reacción dependía de la disposición del gobernador provincial.[40]

El ejército romano estaba diseminado por un área demasiado amplia y, simplemente, no había suficientes soldados para vigilar, administrar y defender todos los rincones de ese vasto Imperio, y era responsabilidad de los individuos y las comunidades adoptar las medidas necesarias para su propia defensa. A menudo, los viajeros iban armados y trataban de viajar en grupos para aumentar la seguridad. Los pastores eran utilizados para proteger los rebaños de reses u otros animales tanto de sus depredadores como de los ladrones. Los propietarios de grandes fincas o sus capataces tenían la opción de llamar a sus trabajadores para ahuyentar o perseguir a los malhechores en caso de ser atacados. En *El asno de oro*, los lugareños advirtieron a una partida de viajeros inocentes de que debían estar preparados para defenderse de las manadas de lobos que deambulaban por los campos, pero se equiparon tan bien y avanzaban en tan perfecto orden que:

> Los trabajadores de aquellas fincas, por donde pasábamos, como vieron tanta gente armada, pensaron que éramos ladrones, y para proteger sus bienes y haciendas, con gran temor de ser robados, lanzaron a sus perros contra nosotros. Los perros eran más rabiosos y feroces que lobos o que osos, ya que habían sido criados para guardar sus casas y ganados […]. De pronto, a este peligro le sucedió otro mayor. Los granjeros, desde encima de los tejados y de una colina que estaba allí cerca, empezaron a arrojarnos piedras […].[41]

En las provincias de habla griega y, sobre todo de Asia, hay abundante documentación sobre los *eirênarchai*, unos magistrados o agentes de paz «que estaban a cargo de la disciplina pública y de la corrección del comportamiento». Aunque, como la mayoría de las magistraturas, era territorio exclusivo de los ricos, en este caso, al menos, se esperaba de ellos que cumplieran con su labor. El famoso orador —y famoso hipocondríaco— Elio Aristides tomó las debidas precauciones para evitar ser nombrado para ese puesto en una ciudad donde un funcionario, no hacía demasiado tiempo, había sido asesinado por los bandidos. Otros magistrados más jóvenes eran los *paraphylakes*, que posiblemente fueran profesionales más que ricos aristócratas que asumían el cargo durante un tiempo. Un par de esculturas, entre ellas una lápida de Prusa, representa a estos oficiales a caballo, acompañados por unos agentes de policía que aparecen armados y en uniforme. En este relieve los vemos portando unos escudos redondos y pequeños, porras y espadas cortas. Otro relieve de Éfeso los muestra con escudos más grandes, ovales, muy similar a los utilizados por muchos soldados auxiliares. Estos hombres fueron llamados a veces *diôgmitai* o «perseguidores» y no tenemos datos precisos sobre sus números, pero es más probable que rondaran las decenas que las centenas, dada la suspicacia de las autoridades imperiales ante las asociaciones. No existe evidencia real de que hubiera fuerzas policiales en las provincias occidentales y solo podemos suponer que habrían creado alguna fuerza vagamente similar a la de la zona oriental.[42]

Las torres de vigilancia eran comunes en las zonas de frontera y había sistemas de torres semejantes en otras partes del Imperio, especialmente a lo largo de los caminos importantes. Los únicos vestigios arqueológicos que se conservan son los cimientos, lo que hace difícil reconstruir su diseño y, excepto cuando están acompañados de una oportuna inscripción, su función. Encontramos la mejor evidencia en Egipto, donde los romanos heredaron y ampliaron un sistema bien establecido de vigilancia probablemente sin igual en otras áreas de Imperio. Los datos hallados en documentos escritos en papiro o en los *ostrakon* de cerámica nos permiten afirmar con certeza que tanto soldados como civiles eran empleados en esas torres, dependiendo de dónde estuvieran. Los civiles se presentaban voluntarios para el trabajo o eran reclutados para operar las plataformas elevadas o *skopeloi*, que servían para dar la alerta de la presencia de bandidos, cuatreros o saqueadores. Un texto encontrado en la cantera militar de Mons Claudianus que había sido escrito por un decurión, un suboficial al mando de una tropa de unos treinta y tantos jinetes, combina a la perfección la necesidad de garantizar que las torres contaran con una dotación adecuada con la intervención en un incidente reciente y, tal vez, criminal:

> Herenio Antonino, decurión, a Amatios, saludos. Puesto que el hijo de Balano que está en la torre de vigilancia es solo un niño, habla con el *dekanos* (un funcionario civil) para que ponga a un joven en su lugar; porque también le he dado instrucciones a él al respecto. Y mándame al civil que prendió fuego a las cañas cerca del nuevo *praesidium*. Adiós.[43]

Las torres —en este caso poco más que unas plataformas de piedra maciza, tal vez provistas con algún tipo de toldo como protección contra el sol, y muy numerosas— estaban ubicadas a lo largo de los caminos que conducían a los puertos del mar Rojo, y el ejército regulaba el movimiento por esas rutas. Allí y en otras regiones controladas, los arqueólogos han encontrado muchos fragmentos de cerámica que servían de salvoconducto,

con mensajes como «dejar pasar a Asklepiades» junto con otros que, con frecuencia, ni se molestaban siquiera en incluir los nombres, como «cuatro hombres y veinte burros» o «una mujer y dos niños». Estos pases solo eran válidos para un periodo de tiempo establecido y permitían a los soldados cobrar peaje a la gente que pasaba por ese camino, al tiempo que ayudaban a impedir el acceso no autorizado a un área donde los bandidos atacaban a veces a los viajeros.[44]

Unos cuantos soldados o civiles apostados en una torre de vigilancia no podían prevenir el ataque de unos ladrones. Lo único que podían hacer era avisar de su llegada, permitiendo a los viajeros huir y buscar refugio y dar la alarma para llamar a una fuerza más grande, suponiendo que esta existiera. Dotar tantas torres suponía un elevado coste en mano de obra, de aquí que se recurriera tanto a civiles como a soldados. Como mínimo, las torres, que por su naturaleza eran muy visibles, contribuían a crear una impresión de que la zona estaba siendo observada —de modo semejante a las cámaras de televisión de circuito cerrado situadas en los centros de las ciudades— y, de esta manera, disuadían a los delincuentes o, por lo menos, los impulsaban a dirigirse a un área que no estuviera tan bien vigilada. En Egipto, y sin duda también en otros lugares, el ejército cooperaba con los civiles locales para incrementar la seguridad. Por regla general, los soldados tenían instrucciones de proteger el comercio, las comunicaciones oficiales o el movimiento de recursos que necesitaban el Estado o el ejército y, por tanto, su actuación no era fundamentalmente altruista. No obstante, el sistema también servía para proteger a la población.[45]

Endémico es un término poco preciso. Está claro que, a pesar de los alardes de los sucesivos emperadores, los romanos nunca fueron capaces de librar por completo las tierras y los mares de bandidos o piratas. Ningún Estado ha logrado jamás erradicar los delitos violentos en su conjunto, por lo que no de-

be extrañarnos que los romanos no fueran una excepción. En el mundo moderno, tratar de acabar con la delincuencia es una eterna lucha, no una batalla que puede ser ganada de una vez y para siempre. Encontramos ejemplos de bandidos y ladrones armados dispuestos a matar y secuestrar en muchas fuentes distintas que hablan de las provincias romanas a lo largo de toda la historia del Imperio. Es obvio que ocupaban un lugar en la imaginación de la gente y también que eran vistos como una amenaza real, sobre todo para los viajeros, pero buena parte de las pruebas de su existencia es demasiado vaga para permitirnos cuantificarlos.

El concepto del «bandido social», desarrollado por el distinguido historiador moderno Eric Hobsbawm en un estudio muy influyente sobre el bandidaje en épocas más recientes, ha sido importado al mundo antiguo, pero no ha resultado demasiado útil. Se supone que el bandido social emerge de las sociedades de campesinos oprimidas por los terratenientes y los gobiernos, pero es una modalidad de bandido que ataca solamente a los opresores; «permanecen dentro de la sociedad campesina y son considerados por su gente como héroes… y, en todo caso, como hombres merecedores de admiración, ayuda y apoyo». Su aparición era, por consiguiente, inevitable si se daban unas determinadas condiciones económicas y sociales, y algunos dirían que el Imperio romano se ajusta como un guante al modelo, con aristócratas privilegiados y ricos actuando codo con codo con las autoridades imperiales, todos ellos dueños de grandes propiedades rurales trabajadas por esclavos o campesinos.

Esa descripción es simplista y discutible en muchos aspectos y, además, otros estudiosos han señalado la debilidad de la tesis de Hobsbawm. La mayor parte de su evidencia proviene de relatos populares sobre personajes como Robin Hood, dando por sentado que estos se basan, al menos en parte, en hechos reales, lo que más que nada demuestra que incluso unos serios

eruditos pueden tener sus momentos románticos, en este caso configurados según las tesis de la ideología marxista de Hobsbawm. Un detenido análisis de los periodos más recientes de la historia sugiere que los ladrones que atacaban a los campesinos eran más codiciosos, siendo el miedo la principal razón por la cual se les prestaba «ayuda y apoyo». Para la época romana, el modelo del bandido social es todavía más difícil de sostener. Si existió en realidad alguno de estos «Robin Hood», fueron excepcionalmente raros, e incluso los más pobres temían y odiaban a los bandidos. En la ficción, los héroes podían hacerse pasar por bandidos y piratas, pero los piratas y los bandidos auténticos no son representados con simpatía (en marcado contraste con la dilatada obsesión de Hollywood con los proscritos, los criminales y los mafiosos). El médico Galeno describió cómo en un viaje realizado por él y sus compañeros «vio el esqueleto de un bandido tirado en el suelo en un terreno elevado al borde del camino. Había sido asesinado por un viajero cuando se defendía de su ataque. Ninguno de los habitantes locales lo había enterrado, sino que, en su odio hacia él, se regodeaban viendo cómo su cuerpo era consumido por las aves».[46]

En el último capítulo hemos visto que la evidencia indica que la resistencia continuada contra los romanos por parte de bandidos con motivaciones políticas llegó a ser extremadamente rara con el tiempo y que, en algunas provincias, ni siquiera existió. Es razonable mostrar idéntica prudencia a la hora de considerar que delitos violentos tan graves como el bandidaje eran incidentes comunes y corrientes. Plinio únicamente podía citar el ejemplo de Crispo y sospechaba que lo mismo le había sucedido al équite desaparecido. Él no parecía ver ese tipo de incidentes como un suceso común; al fin y al cabo, tanto él mismo como muchos de sus corresponsales recorrían amplias zonas en sus viajes y solo esos dos habían desaparecido. San Pablo y los primeros misioneros cristianos cubrieron grandes

áreas del Mediterráneo oriental sin que fueran atacados ni asesinados por ladrones.

Un académico estableció una buena analogía entre el riesgo de los antiguos viajeros de caer presa de los bandidos y el del automovilista o pasajero moderno de verse involucrado en un accidente de tráfico. Para ambos, el peligro es genuino y es fácil imaginarse que les pueda suceder. A pesar de eso, los accidentes son muy poco frecuentes y el temor a sufrirlos rara vez nos disuade de viajar. La inmensa mayoría de los desplazamientos en automóvil no termina en accidente, y no digamos en lesiones graves o mortales. De la misma manera, solo una pequeña minoría de viajeros tenía un encontronazo con ladrones armados y algunos escaparían, mientras que solo unas cuantas viviendas o posadas llegaban a sufrir un atraco.[47]

No cabe duda de que los ladrones armados existían y representaban una amenaza para la población en general, incluso en las provincias situadas lejos de las fronteras. Las autoridades, ya sea en el nivel del gobernador y sus funcionarios o en el de los magistrados locales en las ciudades y otras comunidades, adoptaban actuaciones destinadas a solucionar el problema, pero los recursos eran limitados y, al final, lo que se intentaba era mantener el bandidaje bajo control más que erradicarlo. Reunir un mayor número de efectivos en la zona afectada, desplegando destacamentos de tropas o formando milicias locales, podía ser más eficaz a corto plazo, y hay un montón de crónicas que relatan la captura y ejecución de famosos bandidos, que, a menudo, se llevaba a cabo con métodos horripilantemente imaginativos en la arena del circo como una exhibición pública de venganza y una advertencia para los demás malhechores. Ahora bien, la concentración de la lucha contra el bandidaje en una sola región podía, simplemente, forzar a los criminales a trasladar sus actividades a otro lugar. Por otro lado, las crisis gubernamentales y las de la sociedad en general —debido a la guerra civil, las

grandes epidemias del siglo II d. C. o las hambrunas y desastres locales— tendían a incrementar la frecuencia y magnitud del bandolerismo a medida que más y más hombres desesperados recurrían al delito como medio de subsistencia.

Demasiado a menudo los investigadores han pintado un cuadro bastante sombrío de las provincias romanas, presentado el bandolerismo como un fenómeno inevitablemente presente y extendido. Desde luego, el bandolerismo existió, como había existido antes de que los romanos llegaran y como reaparecería cuando el Imperio cayó. Es dudoso que, de forma generalizada, la situación empeorara bajo la dominación romana, y es un error considerar que los emperadores y sus representantes eran indiferentes al problema. La propaganda exageraba la magnitud de su éxito a la hora de garantizar que los viajes por tierra o por mar fueran seguros, pero su afirmación tampoco era totalmente falsa. Por otro lado, de alguna manera, la propia prosperidad y estabilidad del Principado daba lugar a nuevas oportunidades y, dado que las personas y las mercancías viajaban en mucho mayor número, mucho más frecuentemente y recorrían distancias mayores que nunca, había más víctimas potenciales para los bandidos. Y, sin embargo, el comercio y el movimiento de personas continuó practicándose a un nivel muy alto, especialmente en los siglos I y II d. C., y los ataques de piratas y bandidos no los frenaron de forma significativa y, mucho menos, los paralizaron. Esta es solo una de las muchas diferencias importantes entre la vida en estos países antes y durante el gobierno romano.

XI. LA VIDA BAJO EL IMPERIO ROMANO

«Aunque a menudo provocados por vosotros, el único uso que hemos hecho de nuestros derechos como vencedores ha sido imponeros el pago de los gastos necesarios para el mantenimiento de la paz; porque no se puede garantizar la convivencia tranquila entre las naciones sin la fuerza de los ejércitos, ni mantener los ejércitos sin paga, ni dar paga sin impuestos: todo lo demás lo disfrutamos en común. A menudo estáis al mando de nuestras legiones; gobernáis esta y otras provincias… Disfrutáis de las ventajas de los buenos emperadores igual que nosotros… De igual manera que soportáis el derroche o la avaricia de vuestros gobernantes. Habrá vicios siempre que haya hombres, pero estos vicios no son perpetuos y se verán compensados con la venida de tiempos mejores».

Versión de Tácito del discurso hecho por el legado Cerialis ante los tréveros y los lingones, a principios del siglo II d. C.[1]

1. «Civilización» y «esclavitud»

En las cartas de Plinio y las respuestas de Trajano, el gobierno del Imperio es descrito como benévolo y respetuoso de las leyes locales y la tradición, centrado en garantizar no solo un gobierno estable y en paz, sino también el bienestar de la población provincial. El mismo tono se refleja en las acciones y palabras de otros emperadores y sus representantes y es evidente que representa el punto de vista oficial. Así era como los emperadores y gobernadores deseaban verse y tal vez incluso como algunos de ellos realmente se veían a sí mismos. Los signos de respeto en el trato y en las comunicaciones oficiales servían para mantener unido el Imperio, reconciliaba a los senadores con el hecho de ser gobernados por un emperador y a las

élites provinciales con el hecho de vivir bajo el gobierno de Roma. Un lenguaje similar —generalmente con un entusiasmo mucho más exagerado— era utilizado por la población provincial para alabar a sus gobernantes. La dominación de Roma dependía de su abrumador poderío militar, pero incluso eso podía añadirse a las alabanzas de los emperadores, ya que el ejército servía ahora para proteger el mundo civilizado.[2]

La rebelión, no solo era rara, sino que es difícil incluso encontrar manifestaciones abiertas de resentimiento contra el dominio de Roma. Tanto Plutarco como Dión Crisóstomo clamaron contra los griegos contemporáneos por no ocuparse de sus propios asuntos y recurrir enseguida a los romanos para que intervinieran. Su cólera estaba dirigida contra las comunidades que eran incapaces de autorregularse y no hacían un verdadero uso de la libertad que les concedía el poder imperial. Ninguno de ellos intentó nunca volver a la opinión pública contra Roma, aunque sí criticaron a los malos gobernadores y emperadores (a estos últimos solo después de su muerte). La preocupación por la cultura tradicional, ya fuera en el caso de los rabinos tratando de recomponer su religión después de la destrucción del Templo o en el de los griegos deleitándose en escribir sobre las glorias de su pasado prerromano, no era rechazada por el gobierno imperial. El hecho de la dominación romana era aceptado, pero no porque el Imperio gobernara con una mano tan ligera y a través de un cuerpo de administradores tan reducido que rara vez se introdujera en las conciencias de la gente, por no hablar de sus vidas.[3]

Todos y cada uno de los habitantes de las provincias sabían que eran gobernados por Roma. Gran parte de la administración diaria estaba en manos de las comunidades locales, pero todos sabían que el gobernador tenía más autoridad que el más alto magistrado o consejo local, que los reyes aliados reinaban solamente con la aprobación de Roma y que, por encima de los

gobernadores, los reyes y todos los demás, estaba el poder del emperador. En el Evangelio de san Mateo, cuando le preguntaron a Jesús: «¿Está permitido pagarle impuestos al César o no?», les respondió «—¿De quién son esta imagen y esta inscripción? —les preguntó. —Del César —respondieron. —Entonces dadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Los impuestos eran para el emperador, y su cabeza u otra imagen estaba en todas las monedas de oro y de plata, así como en la mayoría de las monedas de bronce. Incluso en las zonas rurales más remotas se empleaban en ciertos momentos las monedas (en buena medida porque algunos impuestos eran pagados en dinero en vez de en especie). Estrictamente hablando, estos impuestos eran para el Estado romano más que para el emperador, pero, comprensiblemente, distinciones tan sutiles significaban poco para las personas obligadas a pagarlos.[4]

El geógrafo Estrabón contó una historia que ilustraba la pobreza de la pequeña isla griega de Giaros. En el año 29 a. C., se encontraba a bordo de un barco que había anclado frente a la costa y, desde allí, podía ver un pueblo de pescadores.

> Cuando zarpamos, llevábamos a bordo a uno de los pescadores, que había sido elegido para ir desde allí a ver a César (Augusto) como embajador (César estaba en Corinto, de camino a celebrar el triunfo después de la victoria de Accio). Durante el viaje le dijo a quienes le preguntaron que había sido enviado como embajador para solicitar una reducción en sus impuestos; puesto que, según decía, pagaban ciento cincuenta dracmas cuando solo con dificultades conseguían pagar cien.

Los tributos de toda la isla ascendían a una suma sustancialmente menor que el salario anual de un legionario romano, y menor que el valor de una vaca lechera, tal y como estaba registrado en un papiro casi contemporáneo procedente de Egipto. Con todo, el impuesto debía ser pagado en moneda, lo que significaba que los pescadores tenían que vender parte de sus capturas a cambio de dinero y no simplemente utilizarlo para su propio consumo o trocarlas por otros bienes.[5]

No sabemos si el embajador logró obtener audiencia ante Augusto o ante alguien con autoridad delegada, de modo que no podemos decir si la petición de los pescadores fue atendida. Lo que llama la atención es la creencia de que incluso el representante de la más pobre y desconocida comunidad del Imperio podía ir y esperar su turno para ser escuchado por la máxima autoridad y tener esperanza de obtener una respuesta favorable. Adriano viajó casi tanto como Augusto, y «una vez, estando de viaje, cuando una mujer le hizo una petición según pasaba por su lado, al principio le dijo, «No tengo tiempo», pero luego, cuando ella gritó: «Pues, entonces, deja de ser emperador», se volvió y le otorgó una audiencia». Había una expectativa generalizada y profundamente arraigada de que los gobernantes, ya fueran reyes o emperadores, debían estar dispuestos a escuchar a sus súbditos y también hacer generosas donaciones.[6]

La mayoría de los emperadores rara vez viajaban a las provincias, en especial a las más distantes, independientemente de su riqueza e importancia militar. En el siglo I d. C., solo Augusto y Vespasiano visitaron Siria durante su reinado y, en el caso de este último, fue porque había sido proclamado emperador mientras estaba en el este sofocando la rebelión judía. Es decir, que la oportunidad de ver al emperador en persona le era concedida a unos pocos, ya que, por lo general, solamente los ricos podían permitirse viajar a Italia y esperar a ser recibidos. Sin embargo, aunque los propios dirigentes eran figuras distantes, sus nombres e imágenes estaban por todas partes. Aparte de las monedas, había hitos en las calzadas, las inscripciones adornaban prácticamente todos los edificios públicos, desde las casas de baño, los puentes y los acueductos, hasta las estatuas, los bustos, las esculturas y las pinturas. Arriano, natural de Nicomedia pero ciudadano romano y senador, fue enviado por Adriano para gobernar Capadocia como legado. Parte de sus

responsabilidades incluían inspeccionar los cuarteles y puertos de las costas del mar Negro, comprobar el estado de sus defensas y hasta qué punto estaban preparados para reaccionar ante un ataque. En uno de ellos, también notó que una estatua del emperador estaba mal ejecutada y ordenó que fuera sustituida por una mejor.[7]

Los retratos estaban idealizados y es muy posible que fuera difícil reconocer a la persona real a partir de ellos. La imagen de Augusto permanecía eternamente joven, mientras que las estatuas de Claudio ocultaban su enfermedad. Las estatuas del propio emperador no eran todas idénticas, pero está claro que una sucesión de representaciones estándar aprobadas fueron copiadas tal y como aparecían en los cuños de moneda. Eran representaciones reconocibles del emperador actual o de un predecesor, y por lo menos algunas personas se fijaban en los detalles que exhibían. Adriano fue el primer emperador que se dejó barba, una versión más arreglada de las pobladas barbas de los filósofos griegos, lo que motivó que se pusiera de moda el dejarse crecer el vello facial. Los peinados que mostraban las imágenes de las mujeres de la casa imperial fueron igualmente imitados por todo el Imperio por aquellas damas deseosas de estar a la última.

La mayoría de documentos oficiales están fechados con una indicación del número de años de poder tribunicio que había ostentado el emperador actual, un sistema creado por Augusto. En consecuencia, los nombres de los emperadores aparecían en numerosos contextos, sobre todo en las inscripciones sobre algún acontecimiento o sobre la construcción o reparación de algún proyecto. Sus títulos, o por lo menos algunos de ellos, también solían incluirse. Una inscripción muy larga de la ciudad de Enoanda en Licia registra la celebración del festival de la cultura y los deportes griegos, erigida y pagada por el aristócrata local Demóstenes. Comienza citando la carta en la que Adriano

da su aprobación para el proyecto. Él es «el emperador César Trajano Adriano Augusto, hijo del divino Trajano Pártico, nieto del divino Nerva Germánico, pontífice máximo, revestido de la potestad tribunicia por octava vez, cónsul por tercera vez». Las alabanzas e imágenes del emperador reaparecieron una y otra vez durante el festival. Muchas de las provincias occidentales adoptaron el calendario romano, imponiendo una nueva estructura en su año. En el Oriente griego conservaron los sistemas tradicionales, pero también indicaban la presencia de Roma y del emperador. En Egipto, se utilizaba un sistema de datación basado en el número de años de reinado del actual gobernante o gobernantes, como lo habían hecho durante la época de los faraones, y los nombres de los emperadores encajaban en este esquema tan perfectamente como lo había hecho la dinastía macedónica de los Ptolomeos. En el año 9 a. C., todas las ciudades de Asia adoptaron la sugerencia de un procónsul de la provincia de modificar sus calendarios para que el año comenzara el día del cumpleaños de Augusto, el 23 de septiembre, que se convirtió en el primer día del mes llamado César.[8]

Roma y su emperador se infiltraron en todos los aspectos de la vida pública hasta que llegó a resultar difícil imaginar un mundo donde no existieran. Fundaron nuevas ciudades o refundaron las antiguas (el arco de Adriano en Atenas rezaba por un lado: «Esta es Atenas, la antigua ciudad de Teseo», y por el otro: «Esta es la ciudad de Adriano, no de Teseo»). Algunas ciudades fueron nombradas Augusta Cesarea y Sebaste en honor del *princeps*. Todas contaban con monumentos erigidos en honor de los emperadores y, de forma regular, se celebraban sacrificios por su salud y su éxito, mientras que en las principales comunidades se levantaron importantes santuarios o templos al culto de Roma y el emperador. Estas ciudades también estaban conectadas por una inmensa red de vías y caminos, y aquellas

más próximas a los nudos de comunicaciones se beneficiaban enormemente de esta infraestructura de transporte.[9]

Los romanos se sentían cómodos con la ciudad como institución, un lugar central dotado de magistrados y todo tipo de maquinaria administrativa para gestionar las tierras que la rodeaban. Donde no existían dichas comunidades, los romanos alentaban su creación o su desarrollo. En la época de Julio César, había muchos pueblos u *oppida* en las Galias, generalmente situados en las colinas y defendidos por murallas. Bajo el mandato de Augusto y sus sucesores, estos asentamientos fueron abandonados en favor de nuevos pueblos y ciudades construidos en las llanuras al estilo romano. Al principio, la mayoría de los edificios estaban hechos de madera, incluyendo el fundamental foro y las basílicas donde se dirimían los asuntos públicos. Con el tiempo, el ladrillo y la piedra sustituyeron a la madera, las tejas substituyeron a la paja y se fueron añadiendo otros monumentos e instalaciones, tales como templos, casas de baño, teatros, anfiteatros y, en ocasiones, los grandes circos diseñados para albergar las carreras de cuadrigas. El ritmo de cambio variaba y no todas las comunidades podían permitirse tal magnificencia. Había también innovaciones regionales, como un edificio de doble función que era teatro a la vez que anfiteatro que se hizo muy popular en las Galias.[10]

Algunas ciudades nuevas eran colonias de veteranos licenciados a los que se les habían entregado granjas como recompensa. Al principio, las *colonia* estaban pobladas por ciudadanos, obedecían las layes romanas y todas funcionaban de acuerdo con el mismo régimen constitucional, una réplica a menor escala del de la propia República. Entre Julio César y Augusto enviaron a varios cientos de miles de antiguos soldados a estas nuevas fundaciones. Algunas conservaron el papel militar de las primeras colonias, y se esperaba que todas ellas fueran modelos de la vida ideal de la ciudad y que tuvieran un aspecto grandio-

so. Una década después de su creación, la colonia de Camulodunum ya poseía un teatro y el gran Templo de Claudio, así como un foro, una basílica y un centro de reuniones para su consejo. En las provincias occidentales, a las comunidades favorecidas se les concedió el estatus de *municipium* y cada una de ellas contaba con una Constitución redactada en latín y basada en los principios del derecho romano, pero sus habitantes no tenían que ser ciudadanos romanos. A los altos magistrados de tales ciudades se les otorgaba la ciudadanía al final de su año de mandato.[11]

En algunas provincias, especialmente en el mundo helénico, las ciudades ya eran habituales y en esta región se llevaron a cabo muchas menos nuevas fundaciones. Se crearon algunas colonias, pero no fue necesario concederles el estatus de municipio a otros asentamientos porque estos ya tenían constituciones y leyes propias. Pero ni siquiera en el oriente griego la ciudad-estado era un fenómeno universal. Egipto era fundamentalmente una tierra de pueblos más que de ciudades y los romanos no cambiaron esa tradición. En Galacia y las tierras altas de lo que actualmente es Anatolia apenas existían comunidades organizadas por ese patrón y, en vez de eso, abundaban las fortalezas amuralladas. Los gálatas eran descendientes de tres tribus galas que habían emigrado a Asia Menor en el siglo III a. C. y, a partir de ese momento, habían pasado mucho tiempo lanzando razias contra sus vecinos, extorsionándoles con la amenaza de nuevas razias y ofreciendo sus servicios como soldados mercenarios a los reyes de la región. Continuaron siendo poderosos aun después de su derrota a manos de Manlio Vulsón en 189 a. C. De forma similar a sus parientes de las Galias, no vivían en ciudades, de manera que los romanos decidieron fundar algunas, creando una capital para cada una de las tres tribus y, así, preservando sus nombres. La misma práctica se siguió en las Galias y Britania, proporcionándoles a los grupos tribales

un centro administrativo. En la mayoría de los casos es difícil saber hasta qué punto las regiones creadas de esta forma reflejaban las fronteras reales de las tribus antes de la conquista. En Galacia parece que la más grande de las tribus, lo trocmios, perdió parte de su territorio y, probablemente, la conveniencia administrativa fuera siempre el factor decisivo a la hora de delimitar las fronteras. Egipto ya poseía una de las burocracias más sofisticadas del mundo antiguo, así que no tenía ningún sentido cambiar su organización básica.[12]

Para griegos y romanos por igual, las ciudades eran esenciales para la civilización, pero la preferencia romana por las ciudades tenía una motivación mucho más práctica que ideológica. La ubicación de las nuevas ciudades de las Galias y Galacia fue elegida pensando en la facilidad de acceso y no en la defensa. Estas comunidades estaban concebidas para ofrecer a sus habitantes, y sobre todo la aristocracia, mayor comodidad y oportunidades para competir por el prestigio que representaban las magistraturas y los sacerdocios, así como para que resolvieran sus disputas en los tribunales, en vez de atacándose los unos a los otros. Cneo Julio Agrícola gobernó Britania durante un periodo inusualmente largo de más de siete años, y este mandato constituye el tema principal de la biografía que escribiría su yerno Tácito años más tarde. Según Tácito:

> Para que una población dispersa e incivilizada y proporcionalmente lista para la guerra pudiera acostumbrarse por comodidad a la paz y la tranquilidad, exhortaba a los individuos y ayudaba a las comunidades para que erigieran templos, plazas, casas: elogiaba a los enérgicos, reprendía a los indolentes y la rivalidad por obtener sus elogios sustituyó al empleo de la fuerza. Además, empezó a formar a los hijos de caciques en una educación liberal… Como resultado, la nación que solía rechazar la lengua latina comenzó a aspirar a la retórica: por otro lado, el uso de nuestras ropas se convirtió en una distinción, y las togas se veían por todas partes.[13]

Este pasaje aparece al principio del libro y se atribuye al segundo invierno de Agrícola en la provincia, porque los veranos se dedicaban por completo a las operaciones militares, pero

puede considerarse como característico de la totalidad de su mandato como legado y también refleja las acciones de otros legados. Tácito, siempre cínico y dispuesto a tener una visión pesimista de la sociedad romana en contraste con la moralidad superior y más simple de las naciones tribales, describió esta política presentándola como pura manipulación: «Y, poco a poco, los britanos se dejaron atraer hacia los seductores vicios: el paseo, el baño, la mesa de la cena equipada con todo lo que uno podía desear. En su simpleza, los nativos dieron el nombre de "cultura" a este factor de su esclavitud».[14]

Los aristócratas fueron los que más ganaron con el proceso de urbanización, pero otros también se beneficiaron si vivían en estas nuevas comunidades o cerca de ellas y, en consecuencia, tenían acceso a sus comodidades. Muchos aceptaron esas ventajas como una contraprestación razonable por la pérdida de independencia y la sujeción a los impuestos romanos. Sin embargo, la estrategia no siempre funcionó. Los intentos de desarrollo de pueblos y ciudades en Germania, al este del Rin, fueron frustrados por la victoria de Arminio en el año 9 d. C. Pero tampoco las florecientes ciudades eran en sí esenciales a la hora de imponer la paz en una región. En las Galias, la aristocracia de muchas áreas participaba en la vida urbana, pero seguían pasando mucho de su tiempo en el campo y nunca se apartaron de la vida rural. Pocas ciudades de Britania lograron igualar a las de las Galias, por no hablar de las de otras provincias, y muchas mantuvieron su pequeño tamaño y nunca adquirieron los grandiosos monumentos que eran tan admirados en otras regiones. Tal vez incluso más que en las Galias, la sociedad de Britania seguía estando esencialmente concentrada en la vida rural, lo que no significaba que estas áreas fueron menos pacíficas o estuvieran menos integradas en el Imperio que las regiones donde las ciudades eran más numerosas y más grandes.[15]

Desde el punto de vista romano, las ciudades eran también centros convenientes en temas administrativos, capaces de controlar y vigilar las tierras de su entorno, de calcular y recaudar los impuestos y de ocuparse de muchos conflictos legales. Los gobernadores y su limitado personal eran sencillamente incapaces de hacerse cargo de todo ese trabajo. Otras estructuras administrativas, como pueblos, agrupaciones de pueblos o grupos tribales, también fueron empleados para tales fines, pero, en general, los romanos preferían las ciudades, ya que era fácil llegar a ellas por tierra, río o mar, poseían archivos y se regían por instituciones que les eran familiares. Entre los pueblos y ciudades de una provincia, el gobernador podía elegir los lugares donde se celebrarían las asambleas judiciales en momentos determinados del año, y los que vivían en otras áreas sabían dónde dirigirse para presentar un caso ante él. Durante estas sesiones urbanas, las ciudades se llenaban de demandantes, de personas que buscaban favores o que les concedieran audiencia y un montón de curiosos que querían ver lo que sucedía, así como de mercaderes y comerciantes de todo tipo, artistas ambulantes, proxenetas, prostitutas y carteristas, todos ellos ansiosos por aliviar a la gente del peso de sus monederos. Estas sesiones eran uno de los mayores acontecimientos del año y se llevaban a cabo en un ambiente en el que abundaban los símbolos de Roma y de sus emperadores, además de tener a un oficial romano como centro de todo el proceso. 1[16]

Desde el principio, Roma explotó sus provincias para obtener recursos y dinero. Los ingresos que llegaban del Imperio le permitían mantener su caro ejército profesional. También hicieron posible la grandiosa reconstrucción de Roma y la edificación de muchos de los monumentos, caminos y servicios concedidos como dádivas a Italia y las provincias. Tácito afirma que Agrícola barajó la practicidad de enviar una expedición a Irlanda, pero concluyó que los ingresos recaudados por su con-

quista no cubrirían el costo de la legión y las unidades auxiliares que deberían permanecer allí como guarnición. Tanto Estrabón como Apiano afirman que la pobreza de los pueblos más allá de las fronteras disuadió a los emperadores de continuar expandiendo el Imperio, incluso cuando sus gobernantes se presentaban en Roma rogando ser aceptados como aliados.[17]

Roma se lucró abiertamente y sin reparos de su Imperio y, aunque a los romanos también les gustaba hablar de las ventajas que conllevaba su dominación para los conquistados, nunca pretendieron que su motivo principal para crear el Imperio hubiera sido el deseo de poner orden en un mundo caótico. Lamentablemente, hay muchos aspectos del sistema impositivo y, todavía más, de la economía del Imperio romano que, simplemente, no entendemos, y eso hace que sea muy difícil juzgar su impacto en las vidas de las personas que vivían en las provincias. Se ha argumentado que la obligación de pagar tributos al Imperio estimuló la agricultura en numerosas zonas, creando un excedente que, o bien era entregado directamente a las autoridades, o bien era vendido para obtener el dinero para pagarles. Como idea, esta tesis tiene mucho sentido, pero es necesario ser cautos antes que aceptarla sin reservas, puesto que no siempre entendemos el sistema agrícola de una región lo suficientemente bien como para ser capaces de rastrear con claridad la evolución de los cambios que experimentó tras su anexión a Roma. La arqueología ambiental ha demostrado que, en la Britania de la Edad del Hierro, se realizó una amplia deforestación con el fin de obtener tierra para las labores agrícolas antes de la conquista romana. Todo cuanto podemos hacer es especular sobre si, detrás de estos hechos, se encuentra el aumento de la población, la apertura de mercados por la presencia del Imperio al otro lado del Canal, los cambios políticos entre las tribus o algún otro factor. En otras partes del Imperio, las comunidades estaban acostumbradas a pagar impuestos o tributo

a otras potencias y en Egipto los romanos heredaron los mecanismos utilizados por los Ptolomeos para explotar su territorio. [18]

Aunque las sumas exigidas a través de los impuestos directos e indirectos bajo el Imperio eran elevadas, no eran tan elevadas como para dejar en la ruina a las provincias. Un enojado Tiberio les contó a sus gobernadores que lo que quería de ellos era que «trasquilaran a sus ovejas, no que las desollaran». El objetivo era obtener un flujo constante de ingresos año tras año, no vaciar una región de todo lo que poseía de valor en el menor tiempo posible. A veces, los gobernadores, procuradores y otros funcionarios iban demasiado lejos, por lo general para llenarse los bolsillos más que para aumentar los ingresos del Estado, y sus abusos provocaban una rebelión. Sin embargo, incluso un estudioso que ha intentado de forma consciente hacer hincapié en el coste de la dominación romana para los pueblos conquistados expresó su sorpresa al descubrir que ese tipo de rebeliones eran muy raras. Como tantas otras cosas, los niveles impositivos dependían de las circunstancias en que una comunidad había pasado a estar sometida a Roma. La carga fiscal no era uniforme ni igual para unos y para otros, sino que variaba considerablemente, no solo entre unas provincias y otras, sino también dentro de las propias provincias. En algunas zonas los tributos oficiales eran una novedad, aunque es posible que la mayoría también se hubiera visto obligada en el pasado a entregar parte de su producción a sus caciques. Bajo los romanos, a menudo el sistema era diferente, pero puede que no siempre implicara pagar mayores tributos y, aunque así fuera, en el plazo de una generación o dos el nuevo sistema pasaba a convertirse en el estado normal de las cosas.[19]

Aparte de los impuestos, se produjeron otros cambios en la vida económica, ya que gran parte del mundo quedó bajo la autoridad del emperador. Eso significaba que los hombres ricos

estaban mucho más seguros de que se respetaría el derecho de propiedad de lo que lo habían estado cuando el mundo consistía en un sinfín de Estados diferentes y, con frecuencia, hostiles. Muchos miembros de la clase pudiente compraban fincas en las provincias, porque la tierra era una inversión honorable, que también se consideraba segura, dado que no podía hundirse como un navío mercante y, en principio, podía generar beneficios a largo plazo. El ambiente del Imperio favorecía no solo a los ciudadanos romanos y en especial a los ricos senadores y a los équites, sino también a los habitantes de las provincias. Muchos empezaron a adquirir propiedades ubicadas lejos de su casa, en una tierra que buena parte de ellos ni siquiera habían visto, y a obtener ingresos de esas fincas tranquilamente. El terrateniente más grande de todos era el emperador, puesto que las fincas imperiales eran inmensas, con propiedades repartidas por todo el Imperio que, o bien habían sido adquiridas durante la conquista inicial, o bien confiscándoselas a senadores y a otros hombres ricos que hubieran caído en desgracia.

Los modelos de propiedad variaban y existían propiedades que estaban concentradas en un punto y otras formadas por numerosas granjas de menor tamaño distribuidas por toda una región. Fuera de Italia era muy poco habitual que existiera un uso generalizado de mano de obra esclava para realizar la mayor parte del trabajo, y en la propia Italia distaba mucho de emplearse en todas partes. En la mayoría de los casos, los terrenos eran alquilados a arrendatarios libres, a veces llamados *coloni*. Los propietarios estaban generalmente ausentes, y las haciendas eran dirigidas por su personal, muchos de ellos libertos o esclavos. A menudo se pinta un cuadro muy sombrío de la vida de los arrendatarios agrícolas —basado en gran medida en las leyes de la provincia de África, que les prohibían abandonar la provincia—, pero otras pruebas sugieren que su situación no era tan mala. En Asia sabemos que los arrendatarios dejaban

sus contratos de arrendamiento en herencia a sus hijos y algunos consiguieron amasar una fortuna considerable, uniéndose después entre ellos para organizar festivales y hacer frente a sus elevados costes. La impresión que transmite la documentación no es de hombres que llevaran una vida de siervos oprimidos sino una vida rural animada, con celebraciones anuales de fiestas religiosas en las que había sacrificios y banquetes. También había campesinos que eran propietarios de las tierras que trabajaban, más o menos frecuentes dependiendo de la región, pero, inevitablemente, dejan menos rastro en nuestras fuentes que las grandes haciendas, con sus enormes edificios centrales, su actividad industrial a pequeña escala y la mayor probabilidad de que los dueños decidieran encargar una inscripción.[20]

Uno de los cambios más importantes sobrevino a partir de la creación de nuevos mercados para nuevas mercancías. Muchas fincas se especializaron en la producción de cultivos comerciales específicos, a menudo aquellos que apenas se habían cultivado en la región en épocas anteriores y que, además, se habían utilizado solo a pequeña escala en el ámbito local. La viticultura se extendió por todas partes y, con el tiempo, los vinos de las Galias y de otras regiones se convirtieron en un artículo de exportación bien establecido, además de ser consumido en la zona donde era producido. La demanda de aceite de oliva también era enorme, porque no solo se utilizaba para cocinar sino también para ungir a los usuarios de las casas de baños y como combustible para las lámparas que había en grandes cantidades por todo el Imperio. La capacidad para explotar esos mercados dependía de disponer de un acceso fácil a los medios de transporte, idealmente fluviales o marítimos, para trasladar mercancías pesadas a largas distancias. El comercio a larga distancia por mar y tierra prosperó bajo el Imperio romano, alcanzando su punto máximo en los siglos I y II de nuestra era, aunque siguió siendo pujante más tarde. Algunas áreas se hicieron famo-

sas por productos concretos, como la fina lana de las tierras altas de Asia Menor o la salsa de pescado fermentada de Hispania, el famoso —y acre— *garum*. Al mismo tiempo, los recursos minerales eran extraídos de la tierra y utilizados en una escala mucho mayor que en el pasado. El examen de algunas muestras tomadas de los casquetes polares ha demostrado que, en la época romana, la contaminación causada por la industria era alta, sobre todo en los siglos I y II d. C., en una escala que no sería superada hasta la llegada de la Revolución Industrial. En gran medida, la polución era producida por las minas de propiedad estatal, tanto si eran operadas de forma directa o a través de contratistas. A pesar de las dificultades a las que nos enfrentamos a la hora de comprender la actividad económica de la época romana, no cabe lugar a duda de que su escala era enorme y sin precedentes.[21]

Además de surtir al comercio, había que suplir las demandas del Imperio, y el grano y otros productos alimenticios eran transportados desde las provincias a las guarniciones del ejército estacionadas en las fronteras, así como a Roma para proveer a su población. Abastecer a los soldados y a los habitantes de Roma eran objetivos prioritarios para el emperador, de modo que se fomentaron las rutas marítimas a Italia desde Sicilia y, más tarde, desde Egipto y también desde África y Hispania, mientras que en las provincias se construyeron calzadas, se excavaron canales y se mejoró la navegación fluvial para llegar a los ejércitos fronterizos. La mayoría, aunque probablemente no la totalidad, de los bienes transportados procedían del cobro de impuestos o venían de las haciendas imperiales, pero infinidad de personas se beneficiaron del trabajo como transportistas. Otras clases de comercio se beneficiaron también de estos inmensos envíos por mar y por tierra y, por ejemplo, el transporte a larga distancia de bienes de lujo, desde las especias a la vajilla fina y la artesanía en metal, es un hecho indiscutido. Segura-

mente habría mucho más transporte a granel de artículos de primera necesidad de lo que algunos investigadores creen. Es evidente que los caminos a través de las montañas de Anatolia estaban diseñados para ser utilizados por vehículos con ruedas y no solo para los peatones y los animales de tiro. Los habitantes de las provincias formaban parte de un mundo mucho más grande y, aquellos que podían pagarlas, encontraban sin grandes problemas mercancías traídas de muy lejos y otras que habían sido fabricadas con diseños creados en el extranjero. Inevitablemente, los más acaudalados tenían muchas más opciones de disfrutar de este tipo de cosas. Numerosos campesinos se dedicaban a producir cosechas destinadas a ser consumidas por personas de tierras lejanas en nombre de un terrateniente que nunca llegaban a conocer en persona. Pero incluso los sitios más pobres solían contar con objetos mundanos en los nuevos estilos, desde las herramientas hasta la joyería, de manera que, incluso en el día a día, la existencia del Imperio afectaba a las vidas de sus súbditos.[22]

2. Rebaños y pastores, romanos y nativos

Aunque Tiberio quería que los habitantes de las provincias fueran «trasquilados pero no desollados», sus comentarios dejan traslucir que era consciente de que algunos de sus representantes no obedecían sus deseos y reiteran la imagen subyacente al comentario del líder de la rebelión en Panonia de que los romanos enviaban «lobos» a cuidar a sus rebaños en vez de «perros o pastores». A partir del Principado, a los habitantes de las provincias empezó a resultarles un poco más fácil quejarse por el comportamiento de un gobernador, ya que ahora sabían que necesitaban llegar hasta el emperador en lugar de tratar de encontrar y persuadir a senadores con influencia suficiente para

que presentaran las demandas en su nombre. Todavía tenían que enviar una embajada a Roma, o a dondequiera que se encontrara el emperador en aquel momento, y ponerse a esperar confiando en recibir una audiencia y obtener una respuesta favorable. Cuando Filón llevó a una delegación de judíos de Alejandría a Roma y fueron conducidos ante Calígula, el emperador, de repente, se puso en pie de un salto y salió de la habitación, obligando a los delegados a perseguirle antes de que se les permitiera hablar. Los emperadores de un temperamento más serio no actuaban de esta manera, pero, aun así, podía pasar mucho tiempo antes de que una súplica fuera escuchada. Cualquier persona que fuera considerada capaz de influir en el emperador, era cortejada. La esposa de Augusto, Livia, le habló en nombre de las comunidades provinciales, mientras que Josefo nos dice que él y los demás embajadores de Judea recibieron la ayuda de la esposa de Nerón, Popea.[23]

Si se demostraban las acusaciones de conducta ilícita por parte de un gobernador, entonces la ley *repetundae* de Julio César seguía aplicándose, sobre todo en casos de extorsión o corrupción. Alternativamente, podía ser acusado de *maiestas*, es decir, de dañar la «majestad» de la República o del emperador. Los juicios no se celebraban en los tribunales públicos, donde la composición de los jurados había resultado tan controvertida políticamente, sino que los casos eran tratados por el Senado o por el emperador en persona (aunque solo los «malos» emperadores celebraban ese tipo de audiencias y se erigían en jueces privados). Eso significaba que los senadores eran juzgados por sus pares, que eran igual de propensos a ser comprensivos que como lo habían sido bajo la República. Plinio decidió asumir la fiscalía de un caso a pesar de que eso le obligaba a ir a Roma justo cuando había obtenido permiso para ausentarse de su puesto en la tesorería. Se sintió halagado porque el Senado había apoyado la petición de los representantes de la Bética en

Hispania de que fuera él quien actuara en su nombre como había hecho en el pasado. La tarea era más fácil porque en este caso el gobernador acusado había muerto, «lo que eliminaba la más dolorosa característica de este tipo de casos, la caída de un senador. Vi entonces que obtendría la misma gratitud por aceptar el caso que si estuviera vivo, pero sin incurrir en mala voluntad». La renuencia de Plinio a formar parte de un procesamiento que acabaría con la carrera de alguien resulta especialmente sorprendente porque no tenía duda alguna sobre la culpabilidad del hombre o la gravedad y crueldad de sus crímenes. [24]

Hay treinta y cinco casos documentados de procesamientos por conducta indebida de gobernadores o de su personal correspondientes al periodo comprendido entre los reinados de Augusto y de Trajano cuyos resultados conocemos. Veintiocho de ellos terminaron con la condena de algunos o todos los acusados y solo siete en absolución. Como en el pasado, las condenas y los casos más escandalosos tenían más probabilidades de aparecer en nuestras fuentes que aquellos en los que se habían desestimado los cargos. Hay constancia de otros cinco casos, pero ignoramos cuáles fueron los respectivos fallos. Los cargos tendían a centrarse en el mismo tipo de abusos que conocemos de los discursos de Cicerón. Tácito afirma que Agrícola había reformado la recolección del grano y otros tributos en especie tomando medidas drásticas contra los abusos de los funcionarios que se ocupaban de cobrarlos. Uno de los trucos empleados por estos funcionarios era hacer que los britanos les compraran el grano que necesitaran a las autoridades a un precio desorbitado. Otro era exigir que los víveres que debían entregar como tributo fueran transportados a alguna guarnición distante en vez de a la más cercana, haciendo que incurrieran en unos elevados costes de transporte (a menos que llegaran a un acuerdo privado con un funcionario). Ya hemos comentado el caso

del liberto imperial que alegó ante Augusto que si les había robado el dinero a los galos por unos meses inventados era con el fin de que fueran demasiado pobres para rebelarse.[25]

Aparte del sistema de impuestos y gravámenes, el favor del gobernador era muy apreciado y había muchísimas personas dispuestas a pagar para conseguirlo, haciéndole «regalos» a él o a los que le rodeaban. Durante el Principado, se convirtió en una práctica rutinaria que los miembros del personal y de la familia del gobernador fueran procesados junto a él. Por consiguiente, aunque el procónsul de la Bética estaba muerto, había personas a quienes procesar, como los amigos que lo habían acompañado a la provincia desde Roma, sus asociados de la provincia y su esposa (de cuya culpabilidad Plinio estaba seguro aunque dudaba que pudiera probarla). La fiscalía comenzó por establecer con claridad cuáles habían sido los delitos del difunto, una tarea que facilitaba el hecho de que el propio gobernador había llevado personalmente unas cuentas detalladas de todos los tratos y negocios que había llevado a cabo, incluyendo amañar el resultado de algunas causas judiciales. Había incluso una nota para su amante de Roma que rezaba: «¡Hurra, hurra, vuelvo a ti convertido en un hombre libre ahora que he vendido la mayor parte de los béticos por cuatro millones de sestercios!». Algunos miembros de su personal afirmaron que no habían tenido más remedio que obedecer las órdenes del gobernador, pero Plinio hizo cuanto pudo para demostrar que eso no constituía defensa alguna ante la ley.[26]

Bajo la República, Verres pudo exiliarse antes de que se pronunciara el veredicto, llevándose con él buena parte de su botín. Durante el Principado, la gama de castigos era más amplia y algunos juicios se ocupaban de cargos menores, centrándose únicamente en recuperar el dinero arrebatado a la provincia. En este caso, Plinio nos dice que la propiedad del procónsul muerto fue evaluada y todo lo que había poseído antes de que

fuera enviado a Bética fue separado y se le entregó a su hija, quien, a pesar de haber sido nombrada en la acusación, había sido hallada totalmente inocente. El resto fue devuelto a las comunidades y a las personas en cuestión según sus reclamaciones por pérdidas. Dos de los colaboradores del gobernador de la provincia fueron obligados a exiliarse durante cinco años y el comandante de una cohorte auxiliar fue enviado fuera de Italia durante dos años. El yerno del difunto fue absuelto, como varios otros —Plinio guarda silencio con respecto al destino de la esposa del gobernador, por lo que probablemente también resultara absuelta— mientras que otras personas de menor importancia fueron enviadas al exilio. Aparte de esos castigos, un hombre podía ser condenado a sufrir vergüenza pública (*infamia*) o se le podía prohibir ejercer cargos de alto rango. La condena podía terminar con la carrera de un hombre, pero no necesariamente de forma permanente, aunque algunos anticipaban la pena suicidándose. Aquellos que habían sido enviados al exilio por un periodo fijo de años podían reanudar sus carreras a su regreso, mientras que los que habían sido exiliados permanentemente podían ser llamados de nuevo a la capital cuando un nuevo emperador asumía el poder.

Nuestras fuentes contienen más críticas de gobernadores o procuradores ecuestres que de senadores, sin duda porque era más fácil destacar las flaquezas de los hombres de menor estatus social y con peores contactos. También se celebraron significativamente más juicios de antiguos procónsules que de legados imperiales. En parte, su mayor riqueza y el hecho de que estuvieran más establecidas hacían que las provincias senatoriales fueran más fáciles de saquear. La presencia en una provincia imperial de un procurador que informaba directamente al *princeps* y, con frecuencia, de grandes guarniciones con un senador al mando de cada legión y otro sirviendo como tribuno, hacía más difícil que los delitos pasaran inadvertidos, a menos que

el corrupto pudiera convencer a todos los demás de que se convirtieran en sus cómplices. Tácito da a entender que en Britania se habían producido abusos antes de que Agrícola asumiera el control, pero echa la culpa a un nivel inferior al de los gobernadores; también consideró que un procurador era el responsable de la rebelión de Boudica, pero no nos dice si el hombre fue castigado. Se conservan menos detalles de los juicios a gobernadores y otros funcionarios de la orden ecuestre.[27]

Las provincias con guarniciones importantes eran delicadas desde el punto de vista político y eran vigiladas estrechamente. Con el tiempo, los *frumentarii*, los soldados responsables de recopilar y suministrar el grano para el ejército, adoptaron un papel más amplio en el que también realizaban labores de inteligencia, lo que hacía más fácil para los emperadores estar al tanto sobre lo que estaba sucediendo en las principales guarniciones. Domiciano llamó y ejecutó a un legado que había sido destinado a Britania porque había permitido que un nuevo modelo de lanza fuera bautizado con su nombre. Este episodio fue considerado una crueldad cometida por un *princeps* demasiado suspicaz e inseguro, al igual que las instrucciones que les dio Nerón a varios comandantes de éxito, incluyendo al famoso Corbulón, de que se quitaran la vida. Augusto llegó al poder a través de la guerra civil, como hicieron Vespasiano y sus precursores de breve duración, así como, más adelante, Septimio Severo. Un informe que anunciaba erróneamente la muerte de Marco Aurelio incitó al legado sirio Avidio Casio a declararse *princeps*. Cuando supo la verdad ya era demasiado tarde para retroceder, pero no parece haber intentado luchar con verdadera energía contra el respetado Marco Aurelio. Con todo, el emperador se trasladó a la provincia oriental para confirmar que seguía siéndole fiel. Aunque Casio y su hijo fueron condenados a muerte, no se produjeron ejecuciones generalizadas después de ese desastroso error.[28]

En el año 19 d. C., Germánico, el hijo adoptivo de Tiberio, ostentó un amplio comando sobre las provincias del este y decidió relevar de su cargo al legado de Siria, Cneo Calpurnio Pisón. Cuando Germánico murió en medio de rumores de envenenamiento, Pisón no solo celebró la noticia dando una fiesta, sino que volvió a Siria y trató de reconquistar el mando de la provincia, reuniendo a algunos soldados de la guarnición y entablando escaramuzas con las tropas leales a su sucesor. Fue derrotado y luego sometido a juicio en Roma. Sus acusadores, que incluyeron a Druso, el hijo de Tiberio, le atacaron por su historial como legado antes de ser sustituido, así como por sus acciones posteriores, cuando inició una breve guerra civil. Se prestó especial atención a sus intentos de granjearse la lealtad de los soldados relajando la disciplina y mimándoles. Las comisiones y las promociones de los centuriones eran compradas o concedidas a sus favoritos, mientras que los oficiales experimentados y estrictos eran sustituidos. Su esposa Placina aparecía cuando pasaban revista y fue acusada de congraciarse con las tropas. Su conducta bien puede haber estado detrás del intento de prohibición de que «las esposas de los gobernadores les acompañen a sus provincias».

Pisón se suicidó y fue declarado culpable a título póstumo, y el decreto del Senado que atestiguaba este veredicto fue copiado y expuesto en lugares visibles por todo el Imperio, por lo que el texto ha sido encontrado en una inscripción de Hispania que confirma en gran medida el relato que hace Tácito del episodio. El deseo de dar a conocer su conducta era un recordatorio para todos y especialmente para el ejército, de la lealtad que le debían al *princeps*, así como un mensaje claro de que aquel que incumpliera ese mandamiento no quedaría impune. También puso de manifiesto que incluso los gobernadores provinciales estaban limitados por las leyes y sometidos a la autoridad del emperador. A pesar de sus numerosos gestos y pronuncia-

mientos, había mucha menos certeza de que los emperadores fueran a actuar si la conducta indebida no implicaba el intento de subversión del ejército o una rebelión. En general, es probable que, en los siglos I y II d. C., los gobernadores de todas las clases se comportaran con más honradez de lo que era típico en la República. No obstante, hubo excepciones que en ocasiones fueron hechos muy graves y, más a menudo, desfalcos de cuantía menor. Como en todos los sistemas en cualquier periodo de la historia, hay algunos individuos que están convencidos de que pueden infringir las reglas y, aun cuando las normas sean rigurosas, siempre hay una minoría que tiene éxito y refuerza la confianza de los demás. La aceptación de regalos y los favores a amigos eran habituales, sin duda justificados con la excusa de que «todo el mundo lo hace», común a cualquier periodo de la historia.[29]

Como sucedía bajo la República, los procesamientos de exgobernadores se producían después de que las comunidades provinciales hubieran elevado una queja formal, generalmente a través de una embajada. Con el paso del tiempo y gracias también a que la situación del Principado era más pacífica y organizada, la población provincial había aprendido a operar dentro del sistema. Dado que anteriormente Plinio había representado a los béticos en un caso similar, se dirigieron otra vez a él para que les representara. Plinio señaló que sabía que quienes deberían estar agradecidos olvidarían rápidamente su obligación si la nueva solicitud les era denegada y sintió que debía representarles una vez más con el fin de reafirmar la relación. El procesamiento de varios procónsules de Bitinia en los años previos al mandato de Plinio como legado sugiere no solo que había casos frecuentes de mala conducta por parte de los gobernadores, sino también que la población provincial estaba al tanto de cómo presentar cargos y lograr que los casos fueran llevados a juicio. Dado que podemos afirmar que la compraventa de favo-

res menores era un fenómeno muy común, es probable que la mayoría de los gobernadores diera algún motivo para ser acusados, aunque en general se hubieran comportado bien.[30]

Otra diferencia importante del Principado con respecto a la República era que había un mayor número de romanos viviendo o trabajando en las provincias, lo que también significaba que había más personas de prestigio que podían testificar en contra de un gobernador acusado de mala administración. El programa de colonización aplicado durante la época de la guerra civil y en el periodo posterior ubicó a cientos de miles de ciudadanos y a sus familias en distintas regiones de todo el Imperio. Sus descendientes —en el caso de los oficiales de rango superior, hombres que ya poseían cierta educación y riqueza— podían llegar a convertirse en hombres acaudalados. Al mismo tiempo, las concesiones de ciudadanía romana a los pueblos de las provincias se hicieron cada vez más comunes. Como mínimo desde la época de Claudio, a los soldados auxiliares que servían los veinticinco años reglamentarios y eran licenciados con honores se les concedía la ciudadanía (un derecho que se extendía a una esposa y a los hijos de ambos). A veces, algunos no ciudadanos fueron reclutados para las legiones, como, por ejemplo, de Galacia, y se les concedió la ciudadanía de manera inmediata. Los veteranos del ejército no eran necesariamente personas de gran riqueza: en un estudio basado en pruebas encontradas en diversas aldeas egipcias, resultó difícil distinguirlos de sus vecinos civiles y no ciudadanos. Sin embargo, eran numerosos, sobre todo en áreas tradicionales de reclutamiento tales como Hispania, Tracia, la Renania y partes de Siria.[31]

Menos numerosos, pero individual y colectivamente más importantes, eran los representantes de las élites locales a los que se les concedía la ciudadanía de forma individual (o, en el caso de magistrados en *municipia*, como recompensa por sus servicios públicos). En estos casos, se trataba de hombres que ya

poseían propiedades y un elevado estatus social, que solo se veía incrementado por este honor adicional. No debemos infravalorar sus números. A principios del siglo I d. C., Gades contaba con no menos de quinientos residentes que eran no solo ciudadanos sino también miembros de la orden ecuestre. Ese estatus ponía a su alcance la posibilidad de emprender una carrera en el servicio imperial, que solía comenzar ocupando el puesto de comandante de una cohorte de infantería auxiliar para, a continuación, ser uno de los cinco tribunos ecuestres de una legión durante un tiempo y, finalmente, hacerse con el mando de un *ala* de caballería auxiliar. Los hombres de más éxito pasaban a ocupar puestos al mando de las cohortes de la guardia pretoriana, de las cohortes urbanas y de los *vigiles* de Roma. Algunos llegaban a ser procuradores y, los que más destacaban, lograban ser nombrados gobernadores de alguna provincia ecuestre.[32]

Julio César había introducido a varios aristócratas de la Galia Cisalpina y Transalpina en el Senado y esta tendencia de promocionar a habitantes de las provincias prosiguió durante el Principado. Claudio dio un largo discurso en el que explicaba sus razones para admitir a los hombres de la antigua Galia «de larga melena», pero con el tiempo la presencia de hombres nacidos en las provincias dejó de requerir ningún tipo de comentario. Agrícola era de las Galias (como tal vez también lo fuera Tácito). Arriano y Dión Casio eran de Bitinia y Ponto. En el siglo II d. C. había emperadores, como Trajano y Adriano, que procedían de Hispania, o Septimio Severo, que nació en África. Había quien se burlaba del «provinciano» acento hispano de Adriano, pero nadie ponía en duda que fuera verdaderamente romano. Haber nacido fuera de Italia no siempre hacía que un hombre se mostrara más comprensivo hacia la población provincial. El procónsul de la Bética, cuyos delitos fueron llevados a juicio de la mano de Plinio, era de África. Irónicamente, al

mismo tiempo que este ostentaba su cargo de gobernador de Hispania, la provincia africana estaba siendo saqueada por un procónsul nacido en la Bética, que más tarde fue juzgado y declarado culpable. Según cuenta Plinio, los béticos citaban en tono de broma un viejo dicho: «Di tanto mal como recibí».[33]

Sin embargo, la existencia de familias de las que salían senadores y oficiales ecuestres sí tenía como consecuencia que hubiera provinciales cada vez más capaces de presentar una denuncia por mala conducta contra sus gobernadores. También desempeñaba un papel clave a la hora de conseguir que las poblaciones provinciales aceptaran la dominación romana. Ningún imperio reciente ha igualado a los romanos en su voluntad y habilidad para absorber a otros pueblos. Roma les ofrecía a las élites locales perspectivas de éxito, riqueza y fama en una escala muy superior a la que estaban habituados siempre y cuando se integraran en el sistema imperial, y aquellos que más éxito obtuvieran podían llegar a ser nombrados senadores, gobernadores o incluso emperadores. Esas oportunidades exigían estar dispuestos a aprender latín y a vestirse y actuar como un romano (todas las cosas que Agrícola animaba a hacer a la élite de las tribus britanas). Arminio, Floro, Sacrovir, Civilis y algunos otros siguieron ese camino solo para rechazarlo después, pero la gran mayoría aprovecharon estas oportunidades y luego compitieron entre sí para alcanzar el éxito. Tuvo que pasar más tiempo hasta que un número importante de hombres del Oriente helénico emprendiera esta carrera, lo que refleja su mayor apego a la política de su región y también una extensión más lenta de la ciudadanía, pero las élites de esa zona pronto se pusieron a la altura de las demás. Las restricciones religiosas impedían a los aristócratas judíos dedicarse al servicio imperial a menos que, como el alejandrino Tiberio Julio Alejandro, renunciaran a su fe, y eso claramente obstaculizó la absorción de

la élite de Judea y contribuyó a la rebelión que estalló durante el reinado de Nerón.

El hecho de que las élites provinciales fueran el colectivo que más se benefició de formar parte del Imperio, unido a que eran los líderes naturales de cualquier revuelta, ayudó a mantener el control sobre las provincias. Los hombres que estaban dispuestos a servir en el ejército adquirían la ciudadanía y, de ese modo, un cierto estatus y protección ante la ley. Es difícil saber hasta qué punto era sencillo para los hombres de orígenes humildes introducirse en las filas de las aristocracias locales. Probablemente era posible, aunque solo para unos pocos. Por lo visto, muchos centuriones auxiliares eran nativos de la zona y no eran necesariamente ciudadanos mientras servían en el ejército, pero su salario era sustancial y, cuando se licenciaban, se les concedía la ciudadanía si no la habían adquirido antes durante el servicio. Con el paso de las generaciones, una familia podía ascender al rango ecuestre y, a partir de ahí, incluso acceder al Senado. Paradójicamente, los esclavos de todo el mundo disponían de una ruta más rápida para mejorar su estatus. Los libertos ricos eran objeto de burla, pero a menudo eran figuras importantes en las comunidades locales y sus descendientes no tenían que hacer frente a ninguna restricción legal en sus propias carreras. Pertinax era el hijo de un liberto que, cuando no pudo conseguir el puesto de centurión de una legión, decidió hacerse maestro de escuela, pero más tarde adquirió estatus ecuestre, ocupó puestos de mando entre los équites, fue admitido en el Senado como reconocimiento de sus servicios distinguidos y llegó a comandar legiones, a gobernar provincias y, en el año 193 d. C., a ser proclamado emperador (aunque solo para ser asesinado después de tres meses en el trono).[34]

Hasta que Caracalla extendió la ciudadanía a prácticamente toda la población libre del Imperio en el año 212 d. C. —un

momento en el que las ventajas legales de ese estatus ya estaban siendo erosionadas—, la mayoría de habitantes de las provincias no la poseían, y menos aún disponían de la posibilidad de emprender una carrera en el servicio imperial. Los más acomodados, tanto la aristocracia privilegiada ya existente o los recién llegados que se unieron a ellos o usurparon sus prerrogativas bajo el dominio de los romanos, ganaron más con el Imperio que el grueso de la población; y, aunque esa diferencia no significaba que estuvieran aislados del resto de la sociedad provincial, sí podía significar que pasaban gran parte de sus vidas en otros lugares. Los senadores estaban obligados a poseer tierras en Italia aun cuando la mayor parte de su riqueza estuviera invertida en las provincias. Es muy posible que los viejos lazos de obligación y servicio hubieran cambiado y rara vez se encuentran vestigios sobre ellos, pero esto no perjudicó necesariamente a los menos acomodados: en conjunto, es probable que los habitantes pobres de las provincias fueran teniendo más oportunidades de encontrar a un patrón influyente a medida que más y más équites y senadores procedían de las provincias. A algunas áreas les fue mucho mejor que a otras en este sentido, en especial a aquellas que eran más prósperas, puesto que tanto el estatus ecuestre como el senatorial requerían que el candidato poseyera una riqueza considerable. Por lo que sabemos, nunca hubo un solo senador que procediera de Britania. Es imposible decir por qué, o si esa ausencia significaba que su población era tratada de manera diferente.

3. Integrados y excluidos

Muchas más pruebas documentales y vestigios de toda clase se han conservado sobre los ricos que sobre los pobres, sobre las ciudades que sobre los ambientes rurales, a pesar de que la

mayoría de las personas vivía en el campo y estaban asociadas de alguna manera al trabajo de la tierra. La mayoría de monumentos y los estilos más característicos de construcción se erigieron en las ciudades y, hacia finales de los siglos I y II d. C., las ciudades de todo el Imperio tenían un aspecto reconociblemente similar, del que no había duda que formaba parte de la misma cultura general. Esta cultura imperial no era ni puramente romana ni estática y fue ampliándose bajo la influencia de otras ideas y sociedades. La influencia más poderosa era la griega, pero también existían otras y la propia cultura «griega» era una entidad poco precisa que cambió como resultado de la dominación romana. Las modas en cuanto a la indumentaria, los alimentos y las bebidas, así como el gusto por acudir a las casas de baños, a las carreras de carros y a las luchas de gladiadores se extendieron por todo el Imperio, sumándose en vez de suplantar a instituciones establecidas como el *gymnasium*. Las ideas viajaron, así como también la literatura y las artes, desde los retratos oficiales a los mosaicos y las pinturas murales. Las variaciones locales en el gusto y los materiales son pequeñas comparadas con las abrumadoras similitudes. Las artes escénicas se extendieron del mismo modo, ya fuera la comedia o el drama en griego o latín, así como la que llegó a ser la más común de todas, los espectáculos de mimo: representaciones de historias mitológicas a cargo de bailarines con acompañamiento musical y vocal, donde el lenguaje y la alfabetización no eran lo principal. Resulta intrigante pensar que personas que vivían en lugares tan distantes como la cuenca del Tyne y del Éufrates pudieran haber visto las mismas historias y tarareado la misma música.

En el campo, el ritmo de cambio fue más lento, aunque, como hemos visto, también era considerable. La división entre campo y ciudad puede ser artificial, pues en algunas áreas los dos estaban estrechamente conectados y a menudo físicamente

cercanos, mientras que en otras regiones los pueblos y las ciudades estaban muy lejos unos de otros. En zonas como las Galias y Britania las aristocracias no transfirieron toda su atención a las ciudades y siguieron siendo una presencia importante en el campo. La convención moderna es utilizar el nombre de «villa» con un significado mucho más específico que los romanos, como el término que designa una residencia de campo importante en el centro de una gran hacienda. Aun así, la variación en tamaño, escala y lujo era considerable. Algunas de las villas eran esencialmente casas de campo en el sentido moderno, construidas para vivir con comodidad y para hacer ostentación de riqueza. En ese caso, podemos considerar que las casas seguían teniendo una función práctica, pero otras eran concebidas exclusivamente como centros para la agricultura y la actividad pastoral, y algunas de ellas no eran en absoluto grandes. Rara vez sabemos quiénes eran los dueños y si los que habían adquirido la tierra eran habitantes locales o extranjeros.[35]

Tendría que pasar más tiempo antes de que las nuevas técnicas de construcción, los nuevos materiales y estilos de edificación fueran adoptados por la mayoría de la población rural. La influencia en la construcción tampoco debe exagerarse, ya que el uso de la madera y del zarzo y barro persistió durante algún tiempo en muchos pueblos y ciudades, aunque los rastros de este tipo de técnica no siempre se han conservado debajo de los posteriores edificios de piedra. En las Galias transcurrieron varias generaciones antes de que las tejas llegaran a ser comunes en los pueblos y las pequeñas granjas. En Britania mucha gente continuó construyendo y viviendo en casas circulares con techos de paja como habían hecho sus antepasados de la Edad del Hierro y de épocas anteriores. Eran estructuras fuertes, a menudo amplias y altamente funcionales y, cuando varias se unían entre sí mediante un complejo de muros que servían como corrales, podían acomodar a una familia extensa que culti-

vaba la tierra que había alrededor de la vivienda. Por lo general, la costumbre era construir varias casas separadas a corta distancia unas de otras en lugar de juntas como en un pueblo; a menos que se realicen excavaciones, es imposible fechar este tipo de asentamientos. Sin embargo, a pesar de esta continuidad, los hallazgos demuestran que las personas que vivían en casas circulares a menudo tenían acceso a mercancías que eran muy raras o desconocidas en la Edad del Hierro. Es probable que los ocupantes de estas viviendas tradicionales vivieran igual de bien o incluso con más comodidad que los habitantes de los bloques de pisos de las barriadas de las ciudades, aunque con menos acceso a los placeres de la vida urbana.[36]

La vida en el mundo antiguo podía ser muy difícil. Una mala cosecha, o peor aún, una sucesión de malas cosechas, provocaba la escasez, lo que, a su vez, inflaba rápidamente el coste de los alimentos básicos. Los pobres no esclavos eran los que más riesgo corrían, al verse forzados a prescindir de ellos o a endeudarse para comprar lo suficiente para sobrevivir. Los esclavos eran una propiedad y tenían un valor, de modo que sus propietarios tendían a proteger su inversión y a suministrarles alimento incluso cuando los tiempos eran duros (es decir, siempre que los dueños no fueran ellos mismos pobres y se vieran obligados a vender esas bocas extras). Durante mucho tiempo, la hambruna fue una amenaza real en muchas provincias y algunos investigadores consideran que se trataba de un peligro universal. En ese sentido, la época romana no difiere de la época anterior o posterior, lo que demuestra que ese peligro no era exclusivo del Imperio.[37]

Los emperadores tuvieron que realizar un esfuerzo considerable y gastar una fortuna para asegurarse de que la población de Roma y el ejército profesional no se quedaba sin víveres, pero otros grupos menos importantes no fueron tan afortunados. Los magistrados locales y los ricos —dos grupos que se solapa-

ban— compraban reservas de alimentos para venderlos a un precio barato o entregárselos a la población de la ciudad y podían llegar a ser atacados por las multitudes si no lo hacían. La situación de las poblaciones urbanas, que disponían de más oportunidades para protestar, era mejor en estos casos que la de los desperdigados asentamientos rurales, aunque estos, al menos, tenían la posibilidad de procurarse alimento. Bajo el reinado de Augusto, Herodes el Grande pagó para que el grano de la provincia de Egipto fuera enviado a su reino cuando en una ocasión hubo escasez de alimentos. Ese tipo de acuerdos entre un rey aliado y el gobernador ecuestre de una provincia seguramente tenía sus precedentes, y es probable que las distintas provincias se ayudaran unas a otras. No obstante, transportar grandes cantidades de grano era un proceso difícil, lento y costoso, aun cuando parte del viaje podía hacerse por mar. La seguridad creada por el Imperio hacía que ofrecer este tipo de ayuda fuera más sencilla que en el pasado y significaba que la mayoría de las provincias estaban rodeadas por otras provincias o por Estados aliados. Seguían existiendo severos límites a lo que podía lograrse incluso cuando había suficiente voluntad política para hacer frente a un problema y, cuanto mayor fuera la escala de la hambruna o del correspondiente desastre natural, mayores eran la sangría y presión que soportaban los recursos y las buenas intenciones.[38]

Parte de la población se encontraba al borde de la inanición y algunas familias —e, inevitablemente, más aún las mujeres que se habían quedado solas— estaban lo suficientemente desesperadas como para abandonar a los bebés en la basura o sobre montones de estiércol, dejando que cualquier persona los recogiera, aunque los criaran como esclavos. En Egipto algunos fueron bautizados con el nombre de *kopros* o «estiércol» y unos pocos consiguieron ganarse la vida lo suficientemente bien como para obtener la libertad y convertir ese apodo en el

orgulloso apellido de una familia. Es muy difícil saber hasta qué punto era común el abandono de niños, pero realmente sucedía y sin duda era algo que todo el mundo podía imaginar como posible. Como hemos visto, Plinio emitió una decisión judicial que abordaba la situación de adultos que habían sido abandonados de esta manera cuando eran bebés. Algunas personas vivían en una pobreza extrema incluso cuando tenían un empleo remunerado. En el siglo I a. C., Varrón afirmó que las mujeres que trabajan la tierra en Liguria se tomaban un descanso para dar a luz, pero luego regresaban a su trabajo con el fin de no perder su exiguo sueldo. El senador romano había encontrado esa costumbre a la vez extraña y exótica, y es obvio que consideraba que se trataba de un fenómeno inusual y que merecía la pena ser contado. Buena parte de nuestras pruebas son anecdóticas, lo que hace que sea difícil generalizar, pero este tipo de relatos nos recuerdan que no debemos imponer estándares occidentales modernos en el pasado romano. La miseria existió en Italia y en las provincias, como lo había hecho en la mayor parte del mundo antes del Imperio, y como ha existido en gran parte de la historia de la humanidad, incluyendo el día de hoy. No hay pruebas que sugieran un mayor porcentaje de miseria durante la dominación romana que la que hubo en periodos anteriores.[39]

Los esclavos tenían valor como posesiones, pero no estaban en absoluto protegidos contra el castigo, la ejecución o el abuso sexual por parte de sus propietarios. Si para algunos la vida era tolerable, y tenían la posibilidad de alcanzar la libertad e incluso la prosperidad en un futuro, la frecuencia con que encontramos leyes que tratan sobre esclavos fugitivos demuestra que muchos otros aprovechaban cualquier oportunidad para intentar escapar. La población libre estaba dividida por la riqueza y por el estatus legal. La población provincial podía ser obligada a ayudar a trabajar en las obras públicas, ya fuera atendiendo las ne-

cesidades del correo imperial o actuando como mano de obra para un proyecto de construcción. Estas cargas no estaban repartidas de forma justa y podían resultar opresivas para las comunidades y muy perjudiciales para los individuos sobre los que recayeran, pero no era habitual que las exigencias fueran tan grandes.

A no ser que hubieran sido condenados por un delito grave, los miembros libres de la población no estaban obligados a ocupar los oficios más desagradables, como trabajar en las minas, donde la vida solía ser dura y corta. Este tipo de trabajo tan agotador se dejaba fundamentalmente a los esclavos y los delincuentes, aunque existen pruebas fehacientes de que un sorprendente número de hombres trabajaban voluntariamente en las minas porque la paga era alta. Algunos de estos hombres se ocupaban de las esenciales labores de experto, pero otros trabajaban en alguno de los muchos puestos básicos, que consistían en excavar y cargar pesos. Podemos intuir cómo eran las condiciones de una mina gracias a la extensa red de pozos y galerías que se conservan en un yacimiento en Jordania, donde la cámara más grande mide unos 390 pies por 180 pies (120 m por 55 m) y hasta 8 pies de altura (2,5 m). Ocupado antes y después de la época romana, pero utilizado con especial intensidad en ese periodo, hoy en día el paisaje circundante sigue estando fuertemente contaminado por una mezcla de venenos producidos por el lavado del mineral y la fundición.[40]

La mayoría de la población del Imperio no vivía ni trabajaba en un entorno tan duro y participaba en cierta medida de la mayor disponibilidad de bienes y de las comodidades ofrecidas por la economía y la sociedad de la Roma imperial. El escenario es complejo: en conjunto, los residentes de las ciudades estaban mejor ubicados para disfrutar de esas cosas, pero, al mismo tiempo, el medio ambiente urbano también hacía mucho más fácil la propagación de las enfermedades. La cloaca abierta que

Plinio se encontró en la calle principal de Amastris estaba lejos de ser única y solo fue cubierta después de varias generaciones de dominación romana. Aun en el mejor de los casos, los sistemas romanos de abastecimiento de agua, el alcantarillado y la eliminación de residuos distaban mucho de ser perfectos, de modo que las epidemias planteaban un peligro tan grande como las hambrunas. La tasa de mortalidad infantil era alta y la esperanza de vida era baja (al menos en comparación con países prósperos y estables de épocas más recientes, pero de nuevo se trata de la excepción en el amplio conjunto de la historia humana). Con todo, algunos eruditos han permitido que la precaución les haga demasiado pesimistas y es difícil creer a quienes afirman que la esperanza de vida en la época romana era tan baja como a principios del Neolítico.[41]

La población provincial podía tener que enfrentarse al uso arbitrario y al abuso de poder por parte de quien lo ostentara. En *El asno de oro* de Apuleyo, un soldado romano intenta confiscar el burro en el núcleo de la historia y, cuando es rechazado, vuelve con sus compañeros para llevarse al animal por la fuerza. Algunos soldados utilizaban el pretexto de la requisición oficial para robar lo que querían (recordemos que Juan el Bautista les pide a los soldados: «No extorsionéis a nadie ni hagáis denuncias falsas; más bien conformaos con lo que os pagan»). Si no había ninguna autoridad superior presente y dispuesta a actuar, los habitantes de las provincias no podían resistirse a sus demandas. En los Evangelios, los soldados que conducen a Jesús hacia la ejecución obligaron a un espectador, Simón de Cirene, a cargar con la cruz. Negarse a satisfacer esa petición implicaba arriesgarse a que le dieran una grave paliza y no había ninguna certeza de obtener algún tipo de recompensa.[42]

Presentar pruebas del propio estatus no era tarea fácil en una época en la que no existían los pasaportes y pocos llevaban

consigo algún tipo de documentación oficial. En Filipos, Pablo y Silas fueron arrastrados ante los magistrados de esta colonia romana tras haber sido denunciados por alborotadores. El autor de Hechos explica que los misioneros habían curado a una muchacha esclava poseída por un espíritu maligno de cuyas dotes de adivinación se habían beneficiado sus propietarios, quienes, furiosos por haber perdido esa fuente de ingresos, habían decidido capturar a los misioneros. Una multitud se había congregado para apoyar las acusaciones —no se sabe si por odio a los judíos o porque estuvieran asociados con los dueños de la niña— y eso impulsó a los magistrados a tomarse el asunto en serio. Sin que se hubiera celebrado audiencia alguna, Pablo y Silas fueron desnudados, golpeados y encarcelados. Al día siguiente, los magistrados de la colonia dieron orden de dejarlos marchar, probablemente porque infligiendo el castigo habían demostrado su autoridad y también habían calmado a la muchedumbre, así que consideraron que el asunto estaba cerrado. «Pero Pablo respondió a los guardias: ¿Cómo? A nosotros, que somos ciudadanos romanos, que nos han azotado públicamente y sin proceso alguno, y nos han echado a la cárcel, ¿ahora quieren expulsarnos a escondidas?». Los ciudadanos romanos no debían ser sometidos a castigo corporal y encarcelamiento arbitrarios, por lo que el descubrimiento de que los cautivos eran de un estatus superior a lo que habían creído impulsó a los magistrados a presentarse en la cárcel y liberarlos en persona.[43]

En Corinto, se produjo otro intento de enjuiciar a Pablo y a su grupo, esta vez ante el tribunal del procónsul de Acaya, que se encontraba casualmente en la ciudad celebrando una asamblea judicial. Sus acusadores eran compatriotas judíos y de nuevo se congregó una multitud que le apresó y lo llevó ante el gobernador. El relato de lo sucedido de Hechos es breve y carece de detalles, y no se sabe con certeza si el gentío lo presentó ante el gobernador como parte de una manifestación, abriéndose

camino a la fuerza hasta él o —lo que parece más probable— tras haber solicitado formalmente una audiencia y que se les hubiera concedido. De cualquier manera, el procónsul se negó a escucharlos porque «se trata de cuestiones de palabras, de nombres y de vuestra ley» y declaró que era un asunto sobre el que no le competía opinar. Pablo fue liberado y, en el tumulto que siguió a la liberación, una multitud de griegos le propinó una paliza al líder de la sinagoga a plena vista del tribunal del procónsul, que «no daba ninguna importancia al asunto». Este ataque deliberado y humillante a un líder judío sugiere que existía algún tipo de hostilidad previa entre los judíos y algunos miembros de la comunidad gentil, cuyo contexto no está claro. [44]

Más tarde, Pablo fue detenido por algunos de los soldados auxiliares que guarnecían la Fortaleza Antonia después de que hubieran estallado unos disturbios en el Templo de Jerusalén. El comandante de la cohorte había ordenado a sus hombres que le ataran y, a continuación, le flagelaran mientras era interrogado, lo que haría que pudiera confiar más en la sinceridad de sus respuestas. Antes de que llegaran a atarle, Pablo habló con el centurión que estaba a cargo de infligir el castigo y le informó de que era ciudadano romano, por lo cual no debía ser sometido a ese tipo de tratamiento. El comandante fue llevado ante el cautivo y le preguntó a Pablo personalmente si en realidad era un ciudadano romano. Aceptó la palabra del prisionero y, a partir de ese momento, Pablo fue tratado con más amabilidad y enviado bajo escolta a Félix, el gobernador ecuestre de Judea. El confinamiento de Pablo a su llegada y más tarde fue bastante cómodo, puesto que no solo era un ciudadano, sino también un hombre de cierta educación y, por tanto, quizá fuera rico o tuviera entre sus contactos a personas adineradas. Se ha alegado que Félix estaba seguro de que obtendría un pago a cambio de su liberación, pero este pago nunca llegó, por lo que

Pablo permaneció cautivo hasta que Festo asumió el cargo de gobernador. Al encontrarse con los cargos presentados por algunos de los sacerdotes de Jerusalén, Festo le concedió una audiencia en presencia de Herodes Agripa II y su hermana Berenice. Durante el transcurso de esa audiencia, Pablo apeló al juicio del emperador, de modo que tuvo que ser enviado a Roma, a pesar de que Festo ya estaba dispuesto a liberarlo.[45]

El emperador como el último tribunal de apelación para los ciudadanos era una innovación del Principado (recordemos que Plinio envió a los cristianos que eran ciudadanos romanos a Trajano para que los juzgara). Pablo y otros prisioneros fueron enviados bajo escolta de un pequeño destacamento de tropas comandado por un centurión de una *cohors Augusta*, una unidad auxiliar que, al parecer, había servido como escolta de Herodes Agripa. No se les facilitó un medio de transporte oficial, sino que tuvieron que conseguir un pasaje en uno de los barcos iba en la dirección correcta. Los capitanes de estos navíos estaban obligados a llevarlos, pero no a desviarse de su ruta prevista para comodidad de los pasajeros oficiales. El viaje a Roma resultó largo y peligroso porque el barco en el que navegaban naufragó y, cuando por fin consiguieron llegar, pasaron varios años antes de que el emperador —que, en aquella época, era Nerón— decidiera hacerse cargo del caso. En Hechos la narrativa termina antes de que este le concediera audiencia, por lo que únicamente contamos con los textos posteriores de la tradición de la iglesia, que afirman que Pablo fue ejecutado durante la gran persecución de los cristianos que comenzó cuando el emperador los convirtió en sus chivos expiatorios por el gran incendio de Roma del año 64 d. C.[46]

El episodio subraya el ritmo lento, casi letárgico, de la administración del Imperio. En lo que respectaba a los gobernadores, el caso de Pablo no era un asunto urgente. Félix mantuvo a Pablo bajo arresto menor con la esperanza de obtener un bene-

ficio económico y para contentar a los sacerdotes que le habían acusado de alborotador. Eran hombres influyentes, con quien todo gobernador necesitaba trabajar, por lo que lo mejor era no enemistarse demasiado con ellos. Es evidente que la desgana que dejaba traslucir su actuación no les satisfizo, de ahí que volvieran a apelar ante Festo cuando llegó, pero sin duda los sacerdotes tendrían otros favores o peticiones para el procurador, de modo que podrían utilizar su inacción en este caso para presionarle para que actuara en otros asuntos. Fue durante los años de cautiverio de Pablo en Cesarea cuando se llevó a cabo el intento de hacer que Nerón declarara judía la ciudad, y también fue en ese momento cuando Josefo se presentó allí como parte de una delegación que quería abogar ante Nerón por unos sacerdotes que habían sido arrestados por Félix. Los adversarios de Pablo también tendrían que enviar a sus representantes a Roma si deseaban defender su causa ante el emperador y, como Pablo, no tenían otra opción que esperar hasta que el *princeps* tuviera el tiempo y el deseo de tratar el tema. Al final, pasaron entre tres y cuatro años, y podrían haber sido más todavía si Nerón no se hubiera embarcado en la ejecución en masa de los cristianos de Roma.[47]

Todo fue mucho más rápido en el juicio y ejecución de Jesús, que no era ciudadano romano, ni provenía de una familia rica o con buenos contactos. Al expulsar a los mercaderes del Templo, había desafiado públicamente la autoridad de los sacerdotes que estaban a cargo del lugar, algo que los guardias del Templo no habían podido evitar. Un grupo de estos sacerdotes aristocráticos se sintieron amenazados por su acción, así como por sus otros actos y su popularidad, así que decidieron actuar. Solo el Evangelio de Juan menciona la presencia de soldados romanos junto a los guardias y a los seguidores de los sacerdotes cuando Jesús fue arrestado, pero ese detalle sugiere que los sacerdotes habían obtenido la aprobación del gobernador antes

de actuar. El prisionero fue interrogado e implícitamente condenado por estos altos sacerdotes, después de lo cual fue llevado ante el gobernador romano. En algunas circunstancias, el sanedrín, o consejo supremo de los judíos, podía mandar ejecutar a alguien por blasfemia y también organizar linchamientos, pero en este caso no deseaba asumir esa responsabilidad, tal vez porque no se había reunido de forma adecuada o porque prefirió escurrir el bulto y echarle la culpa de un acto polémico a los romanos.[48]

Poncio Pilato tenía que trabajar con la aristocracia de los sumos sacerdotes de Jerusalén y dependía de ellos para controlar a la población en general. Por lo tanto, estaba obligado a prestar atención a sus preocupaciones, de igual manera que, después de la crucifixión, se mostró dispuesto a acceder a la petición de José de Arimatea, un hombre rico y miembro del sanedrín, de que le entregara el cuerpo de Jesús para darle sepultura. Las acusaciones fueron respaldadas por una multitud congregada y orquestada por los sacerdotes implicados, y la acusación principal era que Jesús había afirmado que era el rey de los judíos y, por consiguiente, desafiaba la autoridad de Roma. Tal y como lo cuenta Juan: «Si sueltas a este, no eres amigo del César; todo el que se hace rey se opone al César». Pilato no podía permitirse ser visto haciendo caso omiso de cargos de ese tipo, en especial cuando los presentaban hombres que poseían tanto la riqueza como la educación para ser capaces de elevar su petición al legado de Siria o directamente a Roma. El clima político durante el reinado de Tiberio era peligroso: por un lado, estaban las maquinaciones del prefecto pretoriano Sejano, que se había deshecho de numerosos senadores y équites ricos en su intento por convertirse en el sucesor del *princeps* y, por otro, su sangrienta caída posterior, que desencadenó una dura purga entre sus amigos. No es casualidad que la única inscripción en la que figure el nombre de Pilato recuerde la construcción en Ce-

sarea del Tiberieum, un edificio erigido para honrar al emperador.[49]

Como sucedió con la detención de Pablo bajo Félix y Festo, el juicio de Jesús fue solo un episodio en una relación larga y a menudo difícil entre Pilato y la élite de Jerusalén, que, a su vez, competían entre sí por la influencia y no eran un grupo unido. Como gobernador, no podía permitirse que se distanciaran por completo de él, pero también necesitaba afirmar su poder y tratar de que se enfrentaran entre sí para que fueran menos propensos a unirse contra él. Los relatos evangélicos sugieren que no se llevaban bien entre ellos y pueden ser leídos como una muestra de que cada grupo estaba deseoso de hacer a los otros abiertamente responsable de las acciones contra Jesús. No se conocen más detalles que las vagas referencias de los Evangelios a la insurrección en la ciudad y al *leistes* Barrabás, pero en ellas se intuye algún tipo de violencia reciente. Jerusalén tenía una población grande e inestable, que aumentaba durante la Pascua cuando visitantes de toda la provincia y más allá se dirigían a la ciudad para celebrar un festival que conmemoraba la liberación de la esclavitud en Egipto. Si se formó una multitud que pedía la ejecución de Jesús, también es verdad que, en los días previos, se había formado una multitud que le aclamaba y era bien sabido que tenía seguidores (que no fueron tratados como rebeldes ordinarios y reprimidos con la rauda brutalidad habitual mostrada por las autoridades romanas). Pilato parece haber querido que quedara constancia en las actas que los supremos sacerdotes y las personas reunidas en el exterior de su residencia en el viejo palacio Herodiano exigieron la ejecución de aquel hombre. Él no tuvo reparos a la hora de azotar y humillar al acusado, a la vez que declaraba que no hallaba pruebas que justificaran una sentencia de muerte. En el relato de Lucas, Pilato dice: «le daré una paliza y después lo soltaré», una mane-

ra muy romana de afirmar su autoridad y, por la vía sumaria, le infligió un castigo al «alborotador», aunque no mortal.

Sin embargo, su liberación no llegó a producirse porque figuras clave de la élite local y una muchedumbre enardecida, que podría tomarse como la voluntad de la comunidad, exigieron que fuera más lejos. Fuera de los relatos evangélicos no hay prueba alguna de que existiera la tradición de liberar a un preso en Pascua, así que no podemos añadir nada sobre cómo funcionaba esa costumbre o durante cuánto tiempo estuvo en vigor. De los gobernadores se esperaba que escucharan, y que escucharan sobre todo a hombres de riqueza y de noble cuna, los líderes de las comunidades provinciales. La intervención de su esposa nos brinda un ejemplo de la influencia, alegada con frecuencia, que ejercían familiares y amigos sobre los gobernadores. Pilato ordenó la ejecución de un hombre del que se decía que era una amenaza para César, pero se aseguró de que quedara claro que había sido persuadido de hacerlo por la comunidad y sus líderes y que no había actuado en forma arbitraria. El letrero que proclamaba al hombre que ordenó matar como «El rey de los judíos» en latín, griego y arameo constituía una provocación para los líderes judíos y la población en su conjunto y fue otra reafirmación de su poder como gobernador, recordándoles que no podían controlarle y que estaban sujetos a su poder y juicio. También dejaba claro que se trataba de un oficial romano que hacía frente a una amenaza para el emperador.[50]

El juicio y crucifixión de Jesús es el acto más famoso realizado por un gobernador romano, a pesar de que el gobernador en cuestión era un prefecto ecuestre a cargo de una provincia menor y que el acto en sí únicamente puede ser fechado de manera aproximada, a principios de los años 30 d. C. No se sabe nada de Pilato aparte de su mandato como prefecto de Judea, mientras que su innominada esposa —sin lugar a dudas la mujer más famosa de un gobernador romano— solo aparece en el

Evangelio de Mateo. Aun así, todo, desde la forma en que se desarrollaron los acontecimientos, pasando por las presiones ejercidas sobre el gobernador hasta su reafirmación de su autoridad, encaja con lo que sabemos del gobierno provincial romano. El episodio es asimismo una útil ilustración de la brutalidad con la que se mantenía el control de las provincias. Una salvaje flagelación seguida por la muerte por crucifixión —que en la mayoría de los casos se convertía en una experiencia aún más larga y dolorosa cuando a las víctimas no les rompían las piernas, acelerando su muerte, sino que las dejaban morir poco a poco— era una forma común de castigo y muchos millares de personas perecieron de este modo. Sin duda, los soldados de Sebaste y Cesarea se regodearon especialmente en la humillación y flagelación de Jesús, dado su profundo odio hacia los judíos (y seguramente también experimentaron satisfacción al maltratar a un rey rechazado por su nación, confirmando todos sus prejuicios de que los judíos eran seres perversos). Sin embargo, el hecho de que al destacamento que llevó a cabo la ejecución le apeteciera sentarse y ponerse a apostar mientras tres hombres morían lentamente junto a ellos muestra hasta qué punto era trivial y habitual ese tipo de violencia.[51]

Independientemente de que la administración romana tuviera una voluntad o pretensiones genuinas de mostrar benevolencia y atender las necesidades de la población provincial, el poder del emperador y del Imperio era demostrado por medio de la fuerza, y los soldados del ejército romano eran los representantes de ese poder.

XII. EL EJÉRCITO Y LAS FRONTERAS

«Porque su nación no espera a que estalle la guerra para darles a los hombres su primera lección en armas… Por el contrario, como si hubieran nacido con las armas en la mano, nunca tienen tregua en la formación, nunca esperan que las emergencias surjan. Además, sus maniobras de paz no son menos vigorosas que la verdadera guerra; cada soldado pone toda su energía en su ejercicio a diario, como si estuviera luchando. De ahí el perfecto ánimo con el que soportan el sufrimiento de la batalla; ninguna confusión desordena su formación habitual, no los paraliza el pánico ni los agota la fatiga y, como sus rivales no pueden igualar estas cualidades, la victoria es la invariable y segura consecuencia».

Josefo, describiendo al ejército romano, c. 80 d. C.[1]

1. «Un gran círculo de campamentos»

El ejército profesional creado por Augusto no tenía parangón con ningún otro que hubiera habido hasta entonces en Europa, África y Próximo Oriente, porque ningún otro reino o Estado había mantenido nunca tantos soldados en pie de guerra de forma permanente. Cuando Augusto murió había veinticinco legiones —las tres perdidas en el año 9 d. C. no habían sido reemplazadas— con una fuerza teórica de alrededor de ciento veinticinco mil soldados. Apoyados por un número similar de auxiliares, así como varias flotillas navales, la guardia pretoriana y las otras unidades estacionadas en Roma, había tal vez una cuarta parte de un millón de hombres movilizados. Con el tiempo, el total creció de forma sustancial y, a pesar de la pérdida o disolución de otras legiones, a comienzos del siglo II d. C.

había treinta legiones en servicio, y treinta y tres bajo Septimio Severo cuando el siglo estaba a punto de finalizar. Aunque las unidades más pequeñas de los *auxilia* son más difíciles de rastrear que las legiones, parece que el incremento de sus efectivos fue todavía más considerable. Hacia el año 200 d. C., el tamaño del ejército sobre el papel era de, como mínimo, trescientos cincuenta mil hombres, todos los cuales habían prestado juramento de servir al emperador, y eran pagados y ascendidos por él. No fue hasta que la Revolución francesa provocó el reclutamiento masivo que un ejército de cualquier nación europea superó ese total y, aun así, pocos mantenían tantas tropas en armas fuera de las grandes movilizaciones de tiempos de guerra. [2]

Las cifras son impresionantes, pero la verdad es que el Imperio romano era mucho mayor que cualquier otro Estado de la Antigüedad —y, de hecho, más grande que las principales potencias europeas hasta bien entrada la era moderna—, y el tamaño de su ejército era pequeño en comparación con la vasta extensión de territorio conquistado y controlado por Roma. Los cálculos de la población del mundo antiguo se basan en conjeturas, ya que la evidencia es fragmentaria y a menudo difícil de interpretar. Por ejemplo, es probablemente correcto suponer que la cifra de más de cuatro millones de ciudadanos romanos registrados en los censos durante el reinado de Augusto incluye a todos los adultos, pero no es imposible que se circunscribiera solamente a los hombres, lo que, por supuesto, supondría que el total era, como mínimo, el doble, incluso antes de que se incluyeron los recién nacidos.

La estimación más común para la población total del Imperio bajo el Principado es de unos sesenta millones. Seguramente se trata de una cifra demasiado baja, basada en suposiciones pesimistas sobre la esperanza de vida y la población máxima que podía sustentar la agricultura en un área determinada. Año

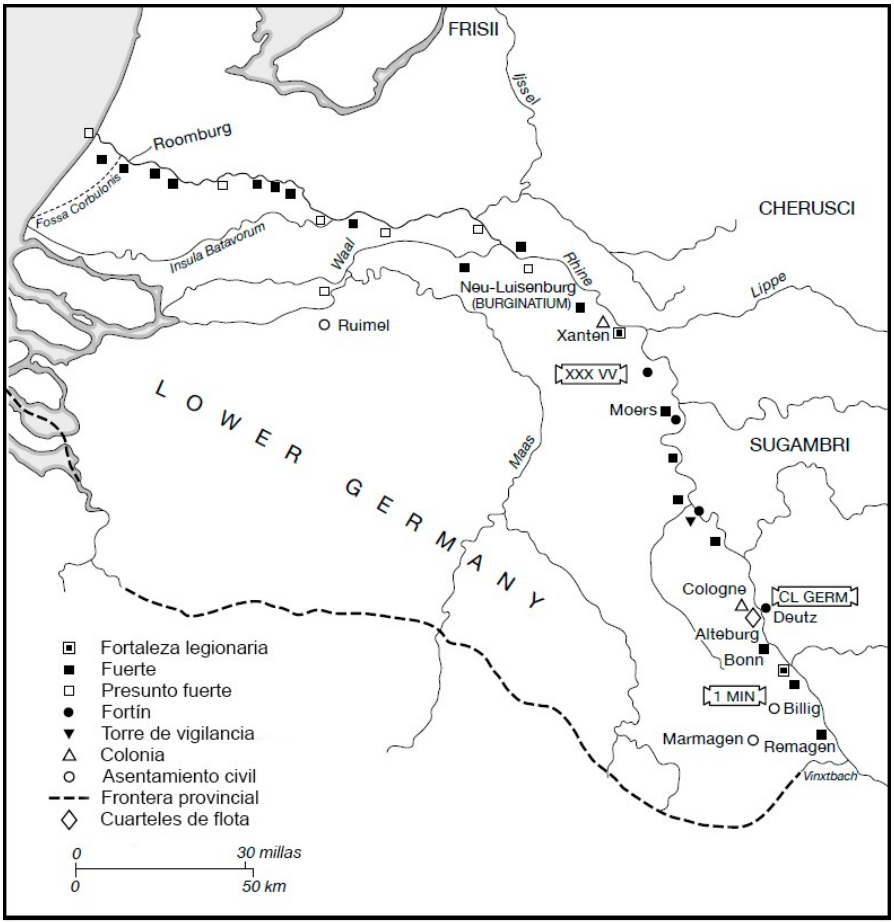
tras año, los arqueólogos identifican cada vez más asentamientos de periodos prerromanos y romanos gracias a la ayuda de las mejoras en las técnicas y tecnologías de prospección. Todavía son tecnologías en ciernes, pero con el tiempo es probable que conduzcan a mayores cifras poblacionales para ese periodo. Incluso si aceptamos sesenta millones como hipótesis de trabajo, al final del siglo II había más de ciento setenta civiles por cada soldado. La relación fue sin duda superior en el siglo I d. C., y probablemente durante todo el periodo, ya que no solo es probable que la población fuera considerablemente mayor, sino que la evidencia sugiere que, la mayor parte del tiempo, las unidades del ejército estaban muy por debajo de sus efectivos teóricos.[3]

No hubo ningún periodo en el que el ejército estuviera distribuido de manera uniforme por todo el Imperio, por lo que, de hecho, la relación entre soldados y civiles variaban dependiendo del momento y la región. Tácito en su relato sobre el año 23 d. C. nos ofrece un práctico mapa que muestra la disposición de las legiones en aquel momento. La «fuerza principal», compuesta por ocho legiones, estaba en el Rin, mientras que había dos en Panonia y Mesia, las provincias bañadas por el Danubio, respaldadas por otras dos en la vecina Dalmacia. Otras cuatro legiones estaban en Siria, tres en las provincias hispanas, dos en Egipto y dos en África. Esta distribución refleja las principales áreas de actividad militar del reinado de Augusto, con concentraciones de tropas en los territorios que habían sido conquistados recientemente, como Egipto, Hispania y, sobre todo, las provincias balcánicas. Las legiones del Rin estaban listas para defender al Imperio contra los ataques de las tribus germánicas o para avanzar si el emperador decidía reanudar el intento de conquista. Tácito señala que estaban igualmente bien situadas para hacer frente a posibles problemas en las Galias, como demostraron con ocasión de la rebelión de

Floro y Sacrovir. El despliegue de las tropas no seguía patrones rígidos. A finales del siglo I una legión en Germania Superior fue desplazada al oeste de Renania durante varias décadas, antes de volver a ser trasladada a una posición más cercana a la frontera. El poderoso ejército de Siria ayudó a controlar un área que experimentó muchos disturbios durante las guerras civiles y la invasión de Partia en las últimas décadas de la República.[4]

Las prioridades fueron cambiando con el tiempo. La presencia de dos legiones en África en el año 23 d. C. fue muy breve y estuvo motivada por la lucha contra Tacfarinas, un antiguo auxiliar que se había convertido en líder militar y se dedicó a lanzar razias sobre la ya asentada provincia durante varios años. Antes de que fuera derrotado, la unidad extra fue retirada y, después de eso, durante siglos la zona estuvo guarnecida por una sola legión, la *Legio III Augusta*, con su refuerzo de auxiliares. La península hispánica también fue pronto considerada más segura, y su guarnición se redujo a una legión, al igual que acabó sucediendo con la guarnición de Egipto. Claudio envió cuatro legiones para conquistar Britania y tres fueron consideradas necesarias para mantener la ocupación a partir de finales del siglo I d. C. Más o menos en la misma época, varias unidades fueron cambiadas de posición desde el Rin hasta el Danubio, y la guarnición de Renania quedó dividida en cuatro legiones, un par en cada una de las dos provincias alemanas. En las provincias del Danubio hubo diez legiones durante la mayor parte del siglo II d. C. Otro incremento notorio se produjo en las provincias orientales, donde el total ascendió a ocho legiones en Capadocia, Siria, Judea y Arabia. En ocasiones, los ejércitos provinciales fueron reforzados mediante el desplazamiento de tropas desde otras provincias. No existía ninguna reserva central de legiones, ya que la lentitud de movimientos ha-

cía la idea impracticable, por lo cual las unidades se desplegaban donde se consideraba que eran necesarias.[5]



La frontera del Bajo Rin

La mayor parte del ejército estaba estacionada en las fronteras del Imperio o cerca de ellas. En el siglo II d. C., el orador Elio Aristides afirmó que los romanos «no descuidaron las murallas, sino que las pusieron alrededor de tu Imperio, no de tu ciudad. Y las erigisteis tan lejos como os fue posible… al igual que una zanja rodea los campamentos del ejército». Un poco antes, Apiano había expresado una idea similar, diciendo que los romanos «rodean el Imperio con grandes ejércitos y guarne-

cen todo el tramo de tierra y mar como un único bastión». Cien años más tarde, otro autor griego afirmó que Augusto «estableció un sistema defensivo de fortalezas» guarnecidas por soldados profesionales asalariados «para actuar como una barrera para el Imperio romano». Esta descripción deja a un lado las décadas de expansión del primer *princeps*, pero resulta reveladora con respecto a los ideales del siglo III d. C.[6]

Sin embargo, el ejército romano no estaba concebido para actuar como fuerza defensiva estática. Bajo el gobierno de Augusto, el grueso del ejército pasaba la primavera y el verano durmiendo en tiendas de campaña, operando en el campo de maniobras, cuando no inmersos en alguna campaña. Después, en el otoño y el invierno, como ya era familiar para César y Cicerón y anteriores generaciones de comandantes romanos, volvían a los cuarteles de invierno o *hiberna*. En las provincias asentadas y urbanizadas, las tropas se instalaban a veces en las ciudades como habían hecho durante la República (algo que suele ser imposible de rastrear en las pruebas arqueológicas). De lo contrario, levantaban campamentos fortificados y edificios de madera para alojarse. En las Galias, las legiones de César raramente volvían al mismo lugar en inviernos sucesivos. Durante el reinado de Augusto, regresar al mismo cuartel de invierno fue haciéndose más y más común, sobre todo a lo largo del Rin, por lo que los *hiberna* pasaron a ser construcciones más permanentes y más sólidamente construidas, adoptando un diseño básico que se empleó por todo el Imperio. La ubicación de los campamentos se elegía de modo que pudiera sacarse el mayor partido al emergente sistema vial y a los medios de transporte de hombres y suministros por agua. A menos que la situación local cambiara drásticamente, o la unidad fuera trasferida a otra provincia, trasladar el emplazamiento de una guarnición y soportar el coste y el esfuerzo de crear un nuevo campamento tenía poco sentido. Con el tiempo, los cuarteles de in-

vierno acabaron convirtiéndose en bases a largo plazo y albergando el cuartel general de la unidad y toda su documentación, talleres y demás instalaciones. Por otro lado, estas bases eran el lugar donde el ejército vivía cuando no era requerido para el servicio activo o para las muchas otras tareas que los soldados tenían que realizar, y, en principio, no se esperaba que el combate llegara nunca hasta allí, a menos que la situación fuera calamitosa. Al observar un plano de este tipo de campamentos, son los barracones, las casas de los oficiales, los graneros y otros edificios los que dominan, y no las fortificaciones.[7]

Las legiones habían sido diseñadas para luchar en batallas campales. La unidad táctica básica era la cohorte, con una fuerza de cuatrocientos ochenta hombres sobre el papel, y había diez de ellas en cada legión. En algún momento durante el siglo I d. C., algunas legiones aumentaron los efectivos de su primera cohorte a ochocientos hombres, y es posible que los soldados de esta unidad fueran más altos o más experimentados. Una pequeña fuerza de caballería de ciento veinte hombres actuaba como escolta para los altos oficiales, como exploradores o jinetes mensajeros y también podían servir como unidad de refuerzo. De otro modo, las diez cohortes estaban formadas por soldados de infantería en formación cerrada, protegidos por un casco, un escudo alargado y una armadura que les cubría el torso (que a veces era complementada por grebas para las piernas y una pieza articulada para el brazo derecho). Las armas ofensivas eran el *pilum* —una jabalina pesada con un alcance efectivo de unos quince metros— respaldada por una espada de corte y estocada muy equilibrada, la *gladius*, con una hoja que medía entre cincuenta y sesenta centímetros. Incluso en situaciones defensivas, la táctica clásica era lanzar el *pilum* y continuar el combate con una carga espada en mano. Además de proteger el cuerpo desde el hombro hasta las rodillas, el pesado escudo estaba diseñado para ser utilizado como arma ofensiva, clavándo-

le al oponente el *umbo* de metal en forma de cúpula del escudo para desequilibrarlo y dejarle expuesto a la estocada de la espada.[8]

Como refuerzos de las legiones, las fuerzas auxiliares proporcionaban un contingente considerable de caballería, disciplinado y con buenas monturas —algo de lo que a menudo el ejército de la República carecía—, así como arqueros equipados con sofisticados arcos compuestos. También había honderos y otros hostigadores, pero la mayoría de los soldados auxiliares de infantería luchaban en un estilo muy similar al de los legionarios en formación cerrada. No empleaban ni el *pilum* ni llevaban el escudo semicilíndrico, ni hay pruebas de que los auxiliares utilizaran la famosa armadura de bandas metálicas hoy conocida como *lorica segmentata*, pero esta tampoco fue nunca utilizada de forma generalizada por los legionarios. En su lugar, los auxiliares tenían escudos largos y planos y llevaban una variedad de lanzas y jabalinas. Todos llevaban casco y, o bien una cota de malla, o bien una armadura de escamas, por lo que es un error verlos como una fuerza de «infantería ligera» que luchaba de forma radicalmente diferente a sus homólogos ciudadanos. Josefo describe ambos tipos de soldado como «hoplitas» y, con frecuencia, en su narrativa resulta difícil distinguirlos (un detalle especialmente significativo, si tenemos en cuenta que Josefo había luchado en persona contra el ejército romano). En el año 84 d. C., en la batalla de Mons Graupius contra las tribus de Caledonia, el comandante romano dirigió su ataque principal con seis cohortes auxiliares reclutadas en la región del Rin dando orden de:

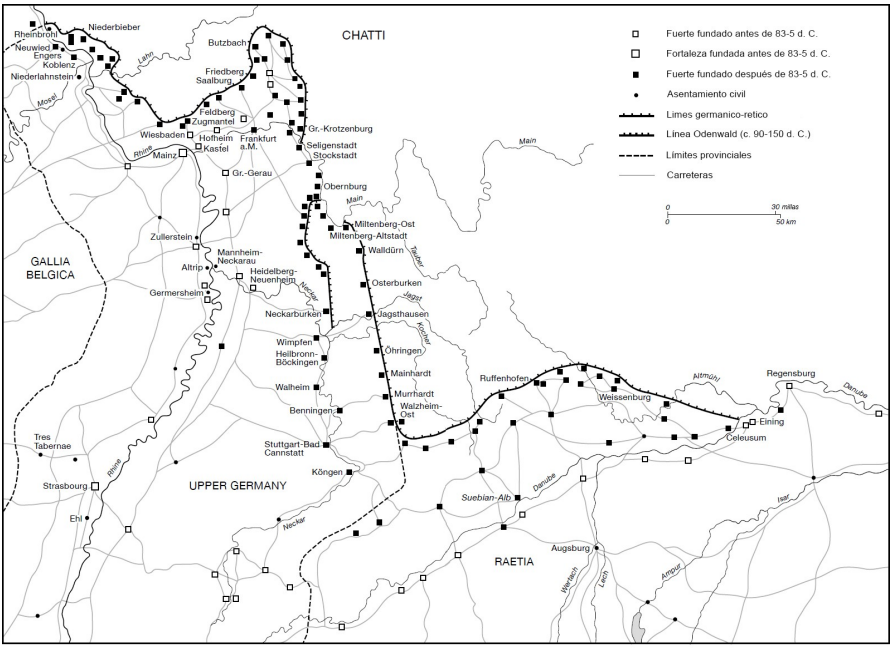
> … llevar las cosas al punto de tener que usar la espada y la lucha cuerpo a cuerpo; una maniobra familiar para ellos que habían servido muchos años en el ejército y que incomodaba al enemigo, cuyos escudos eran pequeños y sus espadas demasiado largas; … Por consiguiente, cuando los bátavos comenzaron a intercambiar golpes con el enemigo, a empujarlos con los umbos de sus escudos, a apuñalarlos en la cara y después a derribar al enemigo con la espada, empujando sus líneas colina arriba… en su

afán por obtener la victoria se dejaban atrás a muchos de ellos medio muertos, o incluso ilesos.

Para la mayoría de sus contrincantes, la infantería legionaria y la auxiliar eran muy semejantes: ambas eran tropas organizadas y ofensivas, bien protegidas por la armadura, con capacidad de arrojar proyectiles de corto alcance y muy peligrosas en el cuerpo a cuerpo. Tanto los legionarios como los auxiliares eran soldados bien entrenados y altamente disciplinados.[9]

Los *auxilia* suministraban al ejército nutridos contingentes de buena caballería, útiles tropas lanza-proyectiles y un elevado suplemento de hombres a los efectivos de legionarios, lo que daba lugar a una fuerza de combate equilibrada y flexible. En las unidades auxiliares no existía estructura de mando permanente por encima del nivel de las distintas *alas* de caballería o cohortes de infantería, que tenían una décima parte del tamaño de una legión. Eso implicaba que la clara jerarquía de una legión establecía una división importante en cualquier ejército de campo de cierta envergadura. La doctrina romana hacía hincapié en el uso de las fuerzas de reserva en batalla, y los ejércitos solían formar en al menos dos y, más a menudo, en tres o más líneas de unidades. La caballería se desplegaba en los flancos, a veces dejando algunas unidades adicionales en la reserva, y la infantería se situaba en el centro. La infantería auxiliar, o bien era situada en los flancos de las legiones, uniéndolas a la caballería, o delante, constituyendo la primera línea. Tácito elogió a su suegro Agrícola por haber ganado la batalla de Mons Graupius en el año 84 d. C. sin llegar a perder ni un solo legionario, pero la reticencia a sufrir bajas de ciudadanos romanos fue menos importante que la tranquilidad que suponía tener una legión bajo control hasta que fuera necesaria para la lucha. El objetivo era disponer de refuerzos para apoyar un triunfo o cerrar una brecha en caso de que se formara, ejerciendo presión sobre el enemigo hasta que se derrumbaba. A continuación, la caballería —

idealmente jinetes auxiliares que todavía estuvieran frescos—salía en pos de los fugitivos en una persecución controlada para convertir la retirada en una derrota.[10]



La frontera del Alto Rin

El ejército romano era una fuerza sofisticada, sus distintos elementos habían sido diseñados para apoyarse mutuamente y estaban acostumbrados a adaptarse a las distintas condiciones locales. Era un ejército excelente en la batallas y también a la hora de capturar posiciones fortificadas, cuando sus habilidades en tareas de ingeniería y el uso de una amplia gama de máquinas de asedio le daba una gran ventaja sobre sus enemigos. Las catapultas ligeras que arrojaban dardos se utilizaban a veces en batalla abierta, pero estas y otras piezas más pesadas resultaban todavía más valiosas en los asedios. Los muros de las fortalezas eran perforados por los arietes, socavados o superados mediante el uso de escalas y torres de asalto móviles, permitiendo el ataque directo de la infantería romana. Detrás de todo esto se encontraba el organizado sistema de abastecimiento que posi-

bilitaba que una fuerza permaneciera en el campo de batalla o acampara alrededor de un lugar fortificado tanto tiempo como fuera necesario. El ejército romano era una fuerza especialmente adaptada a la confrontación directa con el contingente principal del enemigo —tanto si se trataba de un ejército de campo o de una fortaleza—, lo que significaba que las estrategias y las tácticas en todos los niveles eran ofensivas, presionando para obtener un resultado decisivo tan pronto como fuera posible. Esta agresividad se combinaba con una enorme disposición a aprender de sus errores y una obstinada determinación que les movía a continuar la lucha hasta que lograban la victoria. La combinación resultaba muy eficaz, y durante los siglos I y II d. C., los romanos ganaron la gran mayoría de las batallas que lucharon y rara vez perdieron una guerra.

Los legionarios y los auxiliares eran profesionales cuyos periodos de servicio eran muy largos. La mayoría eran voluntarios, aunque el servicio militar obligatorio se empleaba a veces, quizás sobre todo para formar las tropas auxiliares de las tribus aliadas. Durante veinticinco años los soldados eran sometidos a una estricta disciplina militar y cuando no estaban en servicio activo recibían formación tanto individualmente como por unidades para desempeñar adecuadamente su papel durante la guerra. «Como si hubieran nacido con las armas en la mano, nunca tienen tregua en la formación, nunca esperan que las emergencias surjan. Además, sus maniobras de paz no son menos vigorosas que la verdadera guerra… No se equivocaría quien dijese que sus maniobras son como batallas incruentas y sus batallas como maniobras con derramamiento de sangre». Esa, por lo menos, era la teoría, pero la descripción de Josefo es demasiado simplista y ya hemos visto que los requerimientos que debían atender durante su servicio como soldados, labores como constructores, administradores o policías los alejaban de sus unidades matrices, disminuyendo su preparación militar. El

ejército romano no era perfecto, ni se encontraba de manera permanente en el mejor estado de preparación para la guerra a gran escala, pero aun cuando otras exigencias a las que era sometido su personal debilitaban las unidades, y el letargo y el descuido socavaran la instrucción, solo hacía falta cierto esfuerzo y un poco de tiempo para restaurar su eficiencia. Si la condición ideal de unidades raramente podía mantenerse durante demasiado tiempo, el nivel medio de preparación se mantenía alto, apoyado por las normas y un estrecho control por parte del Imperio.[11]

El ejército era probablemente la institución más burocrática del mundo romano, en parte porque suponía, con mucho, el mayor gasto en el presupuesto del Imperio, y también porque mantener un estricto control sobre él era importante para todos los emperadores. El registro de sus actividades acompañaba a un soldado a lo largo de toda su carrera. Así, el 24 de febrero del año 103 d. C., el *cornicularius* o secretario de una cohorte auxiliar hizo una copia de un documento que registraba a seis nuevos reclutas, incluyendo a «C. Longino Prisco, 22, cicatriz en la ceja izquierda» y a «Cayo Julio Máximo, 25, sin marcas distintivas».[12] Los animales, especialmente las monturas de la caballería, se inscribían asimismo en los libros.

> Mario Máximo a Valentino
>
> Recibida el 16 de marzo, 208 d. C.
>
> Incluir en los registros de acuerdo con el procedimiento regular un caballo de cuatro años de edad, color rojizo, con una mancha en la cara, sin marcas, aprobado por mí; asignar a Julio Baso, soldado de la *cohors Palmyrenorum XX* bajo tu mando, a 125 denarios…[13]

La paga, los ascensos, los destinos y las misiones como destacados están documentados en su totalidad, hasta el final del servicio. Así, tenemos soldados licenciados antes de tiempo por motivos de salud, como en el caso de «Trifón, hijo de Dionisio, un tejedor de la ciudad de Oxirrinco, que sufre de cataratas y problemas de visión». En el registro de la unidad, la letra griega

theta (θ) era utilizada como abreviatura para *thanatos* o «muerte» (equivalente al DD o *«discharged dead»*, licenciado muerto, de la Royal Navy de la época de Nelson), que, a su vez, dio lugar a la palabra de argot en latín *thetatus*.[14]

Los registros se mantenían a nivel de unidad, mientras que las copias de algunos documentos y resúmenes de otros eran enviados al personal administrativo del legado provincial. Inspeccionar el ejército y las bases de su provincia era una parte importante de sus funciones. Arriano, el senador romano nacido en Nicomedia, sirvió como legado de Capadocia bajo el gobierno de Adriano y dejó un relato de un recorrido que efectuó por las guarniciones de la costa oriental del mar Negro. Su *Periplus* era un ensayo literario, escrito en griego, y menciona en dos ocasiones el informe en latín, más completo y más formal, que lamentablemente no se ha conservado. Con todo, su obra nos permite hacernos una idea de sus actividades: «Antes del mediodía llegamos a Apsaros, donde están estacionadas cinco cohortes. Entregué al ejército su paga e inspeccioné sus armas, los muros, el foso, a los enfermos y los suministros de alimentos». En Fasis:

> … la fortaleza en sí, en el que cuatrocientas tropas selectas están acuarteladas, me pareció, debido a la naturaleza de su ubicación, muy segura y se encuentra en el lugar más conveniente para la seguridad de los que naveguen hasta aquí. Además, posee una doble zanja tan amplia como la otra. La pared era de tierra y pusieron torres de madera sobre ella, y ahora tanto el muro como las torres son de ladrillo cocido. Y sus cimientos son firmes y hay máquinas de guerra instaladas; y, en definitiva, está equipada para impedir a los bárbaros acercarse siquiera, y no digamos para proteger a su guarnición contra el peligro de un asedio.

Como Plinio, Arriano buscaba cómo introducir nuevas mejoras y, en este caso, ordenó la excavación de una nueva zanja alrededor del asentamiento civil establecido en las afueras de la fortaleza y protegiendo el puerto. Menciona dos veces que les da su paga a las guarniciones —que se abonaba tres veces al año— y habla sobre cómo inspecciona hombres, equipos y ca-

ballos, así como de sus visitas a los hospitales. Hay pocos detalles sobre los ejercicios que las tropas debían llevar a cabo. Arriano menciona que le pidió a un pequeño destacamento de caballería que lanzara jabalinas y a otra unidad de jinetes que hicieran una demostración de cómo se subían de un salto sobre sus caballos (una habilidad importante, ya que el estribo todavía no había sido inventado).[15]

Una larga inscripción de la base de la *Legio III Augusta* estacionada en Lambaesis, Numidia, nos da cierta idea del tipo de ejercicios y ejercicios realizados en esas ocasiones. Registra los discursos de Adriano después de ver personalmente cómo el ejército de la provincia demostraba de lo que era capaz durante su visita. Su veredicto fue altamente favorable —de ahí, el deseo de conmemorarlo— y, en muchos sentidos, sus comentarios podrían haber sido hechos por un oficial superior de muchos ejércitos a lo largo de los tiempos. Adriano demuestra un conocimiento cercano de la situación local, informando a la *III Augusta* de que era consciente de que su fuerza estaba mermada. Sabía que:

> … una cohorte está fuera porque, por turnos, todos los años se envía una al personal del procónsul [de África]; que hace dos años disteis una cohorte y cinco hombres de cada centuria a la tercera legión, que muchos puestos avanzados remotos os mantienen esparcidos por distintos territorios, que dos veces dentro de nuestra memoria no solo habéis cambiado de fortaleza sino construido algunas nuevas.

Todo esto habría excusado algunas deficiencias en su demostración, pero esas excusas no fueron necesarias y Adriano alabó a la legión, a sus oficiales y el cuidado del legado. Durante el ejercicio, la legión se desplegó en orden de batalla, marchó, construyó un campamento de campaña que poseía defensas más sólidas de lo habitual, cuidaron de sus armas y cocinaron como si estuvieran de campaña. Las unidades auxiliares fueron puestas a prueba de una manera similar. Adriano observó a los arqueros de infantería disparando y a la caballería maniobran-

do, saltando obstáculos y lanzando jabalinas. Hubo constantes advertencias sobre el valor del entrenamiento riguroso, salpicadas con críticas ocasionales y detalladas, allí donde creía que era necesario. Los hombres de un *ala* de caballería fueron advertidos de que no debían atacar o perseguir con excesiva audacia, puesto que «nada debe nunca ser hecho imprudentemente». A Adriano le pareció que la caballería de la *III Augusta* había hecho algunos de los ejercicios muy difíciles con la esperanza de impresionarle, pero elogió su espíritu. El *Ala I Tampiana* le impresionó especialmente. «Si le hubiera faltado algo, lo habría señalado; si algo hubiera destacado, lo mencionaría. Uno se sentía complacido durante toda la maniobra».[16]

Sin duda una visita imperial era una importante motivación para que un ejército provincial hiciera una exhibición tan espectacular como les fuera posible, en especial si, como era el caso de Adriano, el *princeps* era famoso por su profundo interés en los ejercicios y su habilidad con las armas y el equipo. Seguramente les habrían avisado de la visita con mucha antelación y habrían tenido tiempo para prepararse, del mismo modo que sin duda el emperador habría sido informado cuidadosamente sobre la situación local para poder demostrar su interés y conocimiento de sus soldados. Es probable que los ejercicios preparados para la visita del legado provincial fueran de menor escala, pero, aun así, se centrarían básicamente en las mismas pruebas: el lanzamiento de jabalina y el salto sobre la silla de montar mencionado por Arriano aparecen asimismo en los discursos de Adriano en Lambaesis. No sabemos con qué frecuencia se esperaba que un legado pasara revista a las unidades bajo su mando, si era algo que llevaba a cabo a su llegada a la provincia o se trataba de un acontecimiento anual. El testimonio de Arriano sugiere que, al concluir la visita, se enviaba un informe escrito al *princeps* dando un veredicto sobre el estado de cada

unidad y sus comandantes (información que probablemente influía en la carrera de este último).[17]

Está claro que las unidades enviaban regularmente documentación detallada informando sobre sus efectivos al delegado provincial, mientras que el hecho de que existiera una cultura de la inspección hacía que las legiones y las fuerzas auxiliares se esforzaran para estar preparadas con antelación. Una tablilla de escritura de principios del siglo II d. C. encontrada en Carlisle, Britania, nos permite entrever el mecanismo de una comprobación interna rutinaria:

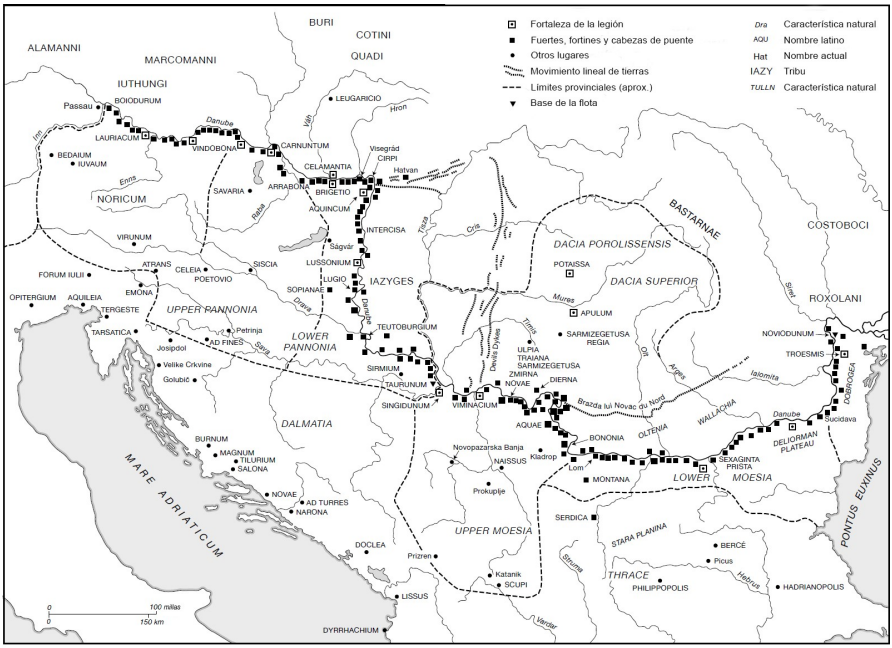
> Docilis a Augurino su prefecto, saludos. Como ordenó, hemos incluido más abajo todos los nombres de los lanceros que no tienen lanzas, a los que no poseían lanzas de combate, o a quienes (no tenían) los menores *subarmales* [probablemente un tipo de jubón que se llevaba bajo la coraza] o a quienes (no tenían) espadas reglamentarias.

No se aporta ninguna razón por la cual los soldados no poseen los artículos mencionados, con lo cual, no podemos saber si se perdieron durante el servicio activo, debido al desgaste natural, por negligencia o por robo.[18]

Las cifras de efectivos y la condición en la que se encontraban las unidades del ejército, sus monturas y otros equipos eran motivo de preocupación para todos los emperadores. Las victorias militares ganadas por sus legados eran atribuidas al *princeps*, aunque él estuviera lejos cuando el combate tuviera lugar, pero, del mismo modo, también era responsable de cualquier derrota que sufriera su ejército. Los gobernadores de las provincias militares debían preservar la lealtad, la preparación y la eficiencia del ejército bajo su mando. Para ayudarlos en esa tarea, la burocracia del ejército los mantenía en contacto regular con los distintos comandantes y unidades. Los documentos generados en estos intercambios se depositaban en archivos centrales (en algunos legajos que se han conservado se observa claramente que han sido actualizados y muchos hacen referencias a copias). Al parecer, en épocas anteriores, la mayoría de

los legados establecía su cuartel general y este tipo de archivos en una base de legionarios, pero, con el paso del tiempo, se empezaron a construir instalaciones específicas dedicadas a preservarlos. A finales del siglo I d. C., un palacio y un fuerte que contaba con barracones fueron construidos en Londinium para el legado de Britania. Aunque el legado pasó gran parte de su tiempo viajando para celebrar sesiones judiciales o cumplir con su papel militar, esos centros se convirtieron en una especie de capitales de provincia y empezaron a actuar como centros administrativos para el ejército que estuviera acantonado allí.[19]

Es más difícil saber cuánta información pasaba de forma rutinaria desde los cuarteles generales de la provincia a Roma. Los legados informaban al emperador sobre muchos temas y no hay duda de que el estado del ejército provincial figuraba entre ellos, pero está menos claro cuánto detalle incluían sus informes a menos que se hiciera una solicitud específica de información. Había algunos asuntos cuyos datos se archivaban de forma centralizada en Roma. A partir del reinado de Claudio, todos los auxiliares obtenían la ciudadanía cuando eran licenciados con honores. Estas adiciones al censo de ciudadanos romanos fueron documentadas en Roma (y al soldado se le entregaba una copia de bronce del texto que confirmaba la concesión). En el año 6 d. C., Augusto creó el *aerarium militare* o tesorería militar para hacer frente al gasto que suponían las pagas del conjunto de los soldados y las recompensas o las tierras que se les entregaba a los legionarios desmovilizados. Como mínimo, para abordar esta tarea, era necesario llevar algún tipo de recopilación y verificación de los beneficios a los que tenían derecho los soldados, aunque gran parte de la administración de los salarios era realizada por la propia unidad.



La frontera del Danubio

Ciertamente, existía un control centralizado de los cargos de oficiales, incluyendo los puestos asignados a los senadores como tribunos superiores, a los legados de las legiones y a los legados provinciales, así como a los más de quinientos mandos militares ecuestres. Había unos mil ochocientos legionarios centuriones en todo momento, una mezcla de hombres que habían sido llamados después de servir en la tropa y de aquellos que habían sido nombrados centuriones directamente. La mayoría pasaba el grueso de su carrera militar como centuriones, puesto que el de centurión era un grado de oficial y no un rango específico y los puestos de centurión variaban considerablemente en responsabilidad y prestigio, así como sus salarios y bonificaciones, que se situaban en una escala de entre unas cinco a diez veces por encima de los salarios de la tropa. Una proporción significativa de centuriones servía en más de una legión, ya fuera para obtener un destino mejor o para obtener ascensos. Por ejemplo, Cayo Octavio Honorato fue un équite cuyos servicios fueron solicitados directamente desde la *Legio II*

Augusta en Britania. Después fue transferido de forma sucesiva a la *Legio VII Claudia pia fidelis* en Mesia Superior junto al Danubio, a la *XVI Flavia firma* en Siria y finalmente a la *X Gemina* en Panonia Superior, una vez más en el Danubio, para acabar como *princeps posterior* de su quinta cohorte. Ese fue el cuarto grado de alto rango del centurión de una cohorte ordinaria y es posible que Honorato fuera ascendiendo posiciones en su rango cada vez que se incorporaba a una nueva legión. El espectro de grados fue incluso más amplio en el caso de Petronio Fortunato, que fue centurión durante no menos de cuarenta y seis años, sirviendo en una docena de legiones diferentes, estacionadas en Siria, Germania Inferior, Panonia Superior, Britania, Numidia, de nuevo Siria, de nuevo Germania Inferior, Britania, Arabia, Capadocia, Italia y finalmente en Panonia Superior o Inferior. Su hijo también era un centurión, pero murió solo seis años después de obtener el cargo, tras haber servido en dos legiones.[20]

Los centuriones a menudo eran destinados a posiciones situadas lejos de su legión, como el hombre mencionado por Plinio que fue enviado a Bizancio para regular el tráfico de personas y mercancías. Por tanto, es posible que algunas de esas transferencias fueran nominales, y que el oficial no viajara realmente para unirse a cada una de esas unidades, sino que permaneciera donde estaba y simplemente fuera ascendiendo grados con cada nuevo destino. Las carreras de ambos hombres están registradas en sus lápidas y en ellas no se explica cómo funcionaba el sistema. Había seis centuriones en las cohortes comprendidas entre la dos y la diez y cinco en la primera cohorte de una legión, y tal vez hubiera otro a cargo de la caballería legionaria, lo que hace un total de cincuenta y nueve o sesenta por legión. Nuestra evidencia no sugiere que ese total fuera superado en algún momento, o que hubiera centuriones en activo que no estuvieran agregados a una legión. En algunos casos, los

hombres eran transferidos entre las legiones estacionadas en la misma provincia, pero otros, como Honorato y Fortunato, fueron destinados desde un extremo del Imperio al otro. Los registros de las unidades informan sobre la incorporación de oficiales designados desde fuera, señalando que había sido por orden del gobernador provincial. No obstante, resulta difícil creer que gobernadores de diferentes provincias organizaran las transferencias bajo su propia autoridad, y carreras como esas sugieren fuertemente que existía una administración central que mantenía un registro de vacantes y nombramientos.[21]

No sabemos cómo funcionaba el sistema, y es muy poco probable que el emperador seleccionara personalmente todos y cada uno de los centuriones u oficiales ecuestre del ejército y siguiera de cerca sus carreras. Los nombramientos, a todos los niveles, estaban determinados tanto o más por el clientelismo como por el talento de los individuos en cuestión. Plinio escribió en una ocasión al legado de una provincia militar en nombre de un amigo ecuestre pidiéndole un cargo de oficial, probablemente como tribuno *angusticlavii* de una legión. «El hecho de que estés al mando de un ejército grande te da la oportunidad de proporcionar una abundante fuente de beneficios y, en segundo lugar, tu mandato ha sido suficientemente largo para que ya hayas favorecido a tus propios amigos. Piensa ahora en los míos, no son muchos». La recomendación de un gobernador de que a alguien le dieran un cargo o un ascenso, ya fuera sobre la base de sus propias observaciones o a instancias de un amigo, tenía muchas posibilidades de ser confirmada por el *princeps*, siempre que el gobernador contara con su favor y no hubiera realizado demasiadas peticiones. Ese tipo de cuestiones eran gestionadas por los responsables de la correspondencia imperial, los *ab epistulis*. Una extensión del personal doméstico y la secretaría de un aristócrata, durante gran parte del siglo I

d. C. este cargo fue responsabilidad de un liberto imperial. Más tarde, el puesto se le concedía a un procurador ecuestre.[22]

La lealtad del ejército era la máxima garantía del poder del emperador. Un signo de rebelión era derribar las *imagines*, las imágenes del *princeps* y su familia que se guardaban junto con los estándares (que habían causado tal alboroto cuando Pilato los llevó a Jerusalén). Ningún emperador dejaría que un gobernador provincial se hiciera demasiado popular entre las tropas de su provincia y, sobre todo, entre sus oficiales. Esa fue una de las principales acusaciones contra Calpurnio Pisón, el legado de Siria destituido por Germánico en el año 19 d. C. Según Tácito, durante su mandato como gobernador, Pisón puso en marcha un esfuerzo concertado para conquistar a sus soldados, ayudado por su esposa que asistía a las revistas y los ejercicios de la tropa:

> … mediante recompensas y sobornos, colmando de atenciones hasta al soldado más humilde, despidiendo a los centuriones veteranos y a los tribunos más estrictos, a quienes reemplazó con subordinados suyos o con hombres del peor carácter, que permitían la indolencia en el campamento, la licencia en las ciudades y en el campo que la soldadesca vagara sin control, llevó la corrupción a tal extremo que en la lengua del vulgo era conocido como el padre de las legiones (*parens legionum*).[23]

El decreto del Senado que condenó a Pisón mencionaba su intento ilegal de reasumir el mando de Siria, que desembocó en una breve guerra civil. Los soldados que se le oponían, eran ejecutados:

> … muchos sin escuchar sus casos, sin consultar a su personal y crucificando no solo a extranjeros, sino también a un centurión, un ciudadano romano; había destruido la disciplina militar establecida por el divino Augusto y mantenida por Tiberio César Augusto, no solo permitiendo que los soldados no obedecieran de la manera tradicional a los que mandaban sobre ellos, sino también dándoles donativos en su propio nombre que sacaba del *fiscus* [erario público] de nuestro *princeps*, un acto que, como comprobó complacido, provocó que algunos soldados fueran denominados «pisonianos» y otros «cesarianos», y, además, confiriendo distinciones a quienes, después de usurpar un nombre así, le habían mostrado obediencia…[24]

En el año 14 d. C., unos legionarios amotinados del ejército del Rin intentaron proclamar emperador a Germánico para sustituir a Tiberio, oferta que Germánico rechazó. Se produjeron un par de levantamientos frustrados por parte de varios legados provinciales contra Claudio y Domiciano. El legado de Britania ejecutado por este último por permitir que el nuevo diseño de una lanza fuera bautizado con su nombre, fue visto tratando de congraciarse con las tropas. Los oficiales, y en especial los centuriones, eran la clave para controlar a las legiones. El emperador era la fuente principal de clientelismo y el árbitro de las carreras de todos, y no podía permitirse que otra persona obtuviera demasiada influencia sobre su ejército. Los senadores necesitaban poder manejar un porcentaje de favores para concedérselos a sus clientes, pero a ningún senador —y menos aún una familia u otro grupo estrechamente unido— se le podía permitir decidir sobre una proporción demasiado alta de ascensos y nombramientos, sobre todo en la guarnición de una provincia en particular.[25]

El departamento de los *ab epistulis* expedía los cargos de oficial y llevaba un registro de todos los nombramientos en sus archivos, lo que suponía que los que trabajaban en esa oficina y especialmente su responsable, podían influir en las decisiones que se adoptaban y eran susceptibles de recibir presiones para conceder favores. El poeta Estacio menciona a un liberto que servía en este puesto bajo el reinado de Domiciano y le describe recomendando a ciertos hombres para los cargos de centurión o tribuno ecuestre. Además de este departamento y sus archivos, estaban los *frumentarii* u «hombres del grano», cuya misión original era supervisar el suministro de alimentos para el ejército. Los *frumentarii*, legionarios trasladados de sus unidades y adscritos al personal del legado, se convirtieron en mensajeros que iban y venían de Roma llevando despachos, pero también estaban capacitados para informar sobre los principales

sucesos y las condiciones de cada provincia. En todo momento, la mitad de ellos estarían estacionados en Roma esperando para ser enviados a alguna misión y, con el tiempo, su papel se amplió. En años posteriores, especialmente hacia el siglo III d. C., se ganaron una mala reputación actuando como espías imperiales, ocupándose de denunciar cualquier atisbo de deslealtad por parte de los gobernadores o de otros oficiales, pero desde el principio constituyeron una fuente de información para el emperador y sus asesores.[26]

2. El otro lado de la colina

El poder de los emperadores dependía de su capacidad para mantener el monopolio de la fuerza militar. Los legados senatoriales eran necesarios para dirigir los ejércitos y gobernar las provincias, pero cada uno de estos hombres podía convertirse en un rival si era respaldado por las legiones que tenía bajo su mando. Es decir, el ejército representaba a la vez una amenaza potencial y la base de su poder: una situación que el emperador Tiberio describió como «sujetar al lobo por las orejas». Augusto estableció el tamaño del ejército de manera que fuera conveniente tanto para su necesidad de garantizar su dominio como para obtener gloria militar mediante la expansión. Mantener el ejército era costoso, y la carga crecía cada vez que aumentaba de tamaño. Sin embargo, no era necesario tener más legiones para asegurar la posición del emperador contra rivales internos sino que, de hecho, aumentar el número de legiones les daría más oportunidades a aquellos gobernadores provinciales con exceso de ambición que se plantearan desafiar el poder del *princeps*. Una excepción parcial fue la ampliación de los pretorianos y otras unidades estacionadas en Roma o cerca de ella,

aunque hasta el reinado de Septimio Severo no fueron equivalentes en efectivos a un ejército provincial.[27]

Con el tiempo, se fueron creando más legiones y tropas auxiliares a pesar de su coste. La paga militar cambió poco: Domiciano aumentó la soldada anual de los legionarios de los doscientos veinticinco denarios introducidos por Julio César a trescientos. Era una cifra que estaba lejos de ser generosa, pero que se complementaba con primas periódicas o donativos, entregados para conmemorar ocasiones especiales como la subida al trono de un emperador. Septimio Severo, que había resultado vencedor en una guerra civil, temiendo perder el apoyo de sus tropas, aumentó tanto los salarios como las bonificaciones. Supuestamente, el consejo que les dio desde su lecho de muerte a sus hijos y sucesores fue «mimad a los soldados y despreciad a todos los demás».[28]

Como hemos visto, la inmensa mayoría de este ejército tan costoso estaba acantonada en las fronteras del Imperio o en sus inmediaciones y, evidentemente, es fundamental entender por qué. En las últimas décadas, se ha mantenido un intenso debate académico sobre el papel del ejército y la naturaleza de las fronteras de Roma. Aunque fructífero en muchos sentidos, demasiado a menudo el debate se ha polarizado y el tema se ha simplificado demasiado, de forma que el papel del ejército es representado ya sea como ofensivo o como defensivo, en lugar de como un papel que variaba con el tiempo y que, a veces, combinaba aspectos de ambos. De modo similar a lo sucedido con la discusión sobre el imperialismo romano, ha habido una tendencia lamentable a centrarse exclusivamente en los objetivos, ideología, métodos y recursos de los romanos y a hacer caso omiso de los de sus vecinos. Por nuestra parte, no nos cabe la menor duda de que merece la pena detenerse a considerar el resto del mundo antes de analizar la función del ejército romano.[29]

No existía ninguna potencia extranjera capaz de igualar la fuerza de Roma. En gran medida, el vecino más grande y más sofisticado era Partia, gobernada por la dinastía arsácida, unos aristócratas, antiguamente nómadas, que se habían apoderado de gran parte del antiguo Imperio seléucida. Los primeros contactos con Roma, en el siglo I a. C., fueron diplomáticos y estuvieron marcados por el desdén arrogante que era habitual en la actitud de los romanos hacia los extranjeros. Después se produjo el ataque no provocado de Craso sobre los partos, su posterior derrota en Carras y la inminente amenaza de invasión parta del Oriente romano que preocupaba a Cicerón y más tarde se hizo realidad en los años 41-40 a. C. Siria fue atacada por los partos y sus aliados invadieron Asia, instalándose en el poder en Judea. Aunque fueron expulsados de todas esas áreas algunos años después, el contraataque de Marco Antonio a través de Armenia concluyó en desastre.[30]

Las guerras civiles distrajeron a ambos imperios durante este periodo, y a lo largo de toda su existencia la monarquía parta fue sacudida por sangrientas luchas de poder entre los miembros de la casa real. Su imperio estaba dividido en reinos menores y satrapías, y cada uno de estos líderes locales era una figura poderosa y un soporte potencial de sus rivales. El *Surena* —probablemente un título más que un nombre— derrotó a Craso, solo para ser ejecutado unos meses más tarde por su rey, que no quería que un subordinado acumulara demasiada gloria. Los ejércitos de Partia consistían en un núcleo de tropas reales, pero dependían en gran medida de los contingentes que les proporcionaban los reyes y los otros gobernantes de menor rango. Algunas de estas tropas estaban compuestas por soldados a tiempo más o menos completo, pero la gran mayoría eran reclutados en tiempos de guerra y servían por obligación a sus nobles. Se dice que el Surena llevaba consigo a diez mil jinetes cuando iba de campaña o viajaba en misión oficial.[31]

Apenas se menciona a los soldados partos de a pie en nuestras fuentes, aunque es probable que hubiera un número significativo de tropas de infantería. Algunos eran arqueros u otro tipo de hostigadores. No parece que el ejército contara con un número significativo de infantería en formación cerrada capaz de estar a la altura de los legionarios o auxiliares en combate cercano. La fuerza principal de todos los ejércitos partos era su caballería. Una minoría de los jinetes —tal vez alrededor del diez por ciento— eran catafractos, una unidad de caballería pesada en la que tanto el caballo como el jinete portaban armadura. Los catafractos llevaban arcos, pero su táctica principal era una carga —realizada al trote, dado el peso de la armadura— en la que utilizaban una lanza larga, esgrimida a dos manos, que se llamaba *contus*. Por el contrario, los arqueros a caballo eran extremadamente móviles, portaban poca o ninguna armadura protectora y, en su lugar, dependían de la velocidad para evitar los proyectiles enemigos. Llevaban un potente arco compuesto recurvado —llamado así porque, cuando no está tensado, el arco se dobla en la dirección opuesta— con el que disparaban concentrándose menos en la exactitud que en abrumar al enemigo con un aluvión de flechas. Solo cuando sus oponentes estaban debilitados por las bajas y desmoralizados, los arqueros a caballo intentarían cargar contra ellos y alcanzarlos al galope. La efectividad de la caballería pesada y ligera era mayor cuando estaban estrechamente coordinadas, con los catafractos esperando el momento adecuado para lanzar su ataque. Mientras tanto, los tamborileros partos golpeaban sus timbales para intimidar al enemigo.

Bien liderados y en campo abierto, un ejército parto era una fuerza formidable, como había demostrado Carras. Craso y Marco Antonio descubrieron que era muy difícil emprender la retirada ante ese enemigo tan móvil, y Marco Antonio solo pudo escapar tras haber sufrido fuertes bajas. Por su parte, cuan-

do fue el turno de Marco Antonio de registrar una victoria sobre los partos, no llegó a infligir pérdidas decisivas en su ejército porque su caballería se dispersó y huyó a toda velocidad. Sin embargo, era posible obtener claras victorias. Su legado Ventidio batió dos veces a los partos engañando a los catafractos para que cargaran de forma precipitada contra unas posiciones fuertes en una colina antes de que las fuerzas de sus legionarios hubieran sido suficientemente mermadas por los arqueros. Muchos encuentros entre los ejércitos romano y parto terminaron en un punto muerto, mientras cada bando esperaba que el otro cometiera un error. Aunque eran difíciles de derrotar, a los partos con frecuencia les costaba ganar. Con un ejército formado por una mayoría de soldados no profesionales, había un límite para el tiempo que un ejército parto podía permanecer en el campo antes de que los contingentes tuvieran que dispersarse y regresar a sus hogares. El abastecimiento era otro problema, agravado por la necesidad de alimentar y cuidar a tantos caballos. Sus conocimientos rudimentarios de las técnicas de asedio y la dificultad de mantener un ejército en un solo lugar durante demasiado tiempo suponían que les resultaba difícil tomar pueblos o ciudades fortificados o utilizar la falta de comida como coerción para que se rindieran.[32]

Bajo el reinado de Augusto, el río Éufrates quedó confirmado como el límite efectivo entre los imperios romano y parto. No representaba un límite natural cultural o étnico. Muchas personas hablaban arameo a ambos lados de la frontera y había comunidades griegas de considerable tamaño viviendo bajo la dominación de los partos (después de Antioquía y Alejandría, Seleucia era probablemente la ciudad griega más grande del mundo). Había también gran número de judíos en Babilonia, que mantenían lazos con la comunidad judía y, hasta su destrucción, se desplazaban a Jerusalén para rezar en el Templo. El comercio entre Roma y Partia fue siempre habitual, la frontera

nunca estuvo cerrada, aunque la gente que la cruzaba solía ser consciente de cuándo la había atravesado. Reinos como Comagene, Osroene y Armenia estaban situados entre los dos imperios y sus relaciones con las comunidades de ambos se remontaban muy atrás. Aunque los seléucidas y, antes de ellos, los persas habían llegado a ocupar en ocasiones un territorio que se extendía hasta la costa del Mediterráneo, esta región más amplia no era una unidad natural en mayor medida que el reino del monarca parto o las provincias orientales de Roma. De vez en cuando, las fuentes romanas representan a los partos reclamando las tierras de estos antiguos imperios, pero hay pocos indicios de que tuvieran una profunda ambición de hacerse con ellas.[33]

Los partos sabían que el Imperio romano era grande y muy fuerte. La propia Roma estaba tan distante que era inalcanzable por cualquier ejército parto, mientras que el núcleo de las tierras del rey parto, en los valles del Éufrates y del Tigris, estaba al alcance de los ejércitos romanos. Los romanos dejaron muy claro que no consideraban a los partos como sus iguales. Ningún emperador romano se reunió nunca con un rey parto o lo reconoció como su par. Una larga sucesión de hijos de reyes partos fueron enviados a Roma como rehenes y fueron educados en la casa imperial, mientras que numerosos aspirantes al trono que habían desafiado el poder de algún monarca, junto con sus seguidores, habían sido aceptados en el Imperio. Nunca existió un tráfico similar en la otra dirección. La posición de muchos reyes de Partia en el trono era muy insegura, una situación que los romanos explotaron apoyando y dando cobijo a potenciales rivales. Además, la frontera con Roma no era la única amenaza a la que el rey se enfrentaba, dado que siempre existía el riesgo de que estallara una rebelión interna, mientras que las zonas del norte y el este limitaban con pueblos peligrosos y agresivos. En el noreste, los nómadas alanos dieron pro-

blemas tanto a Partia como a las provincias romanas durante largo tiempo. En comparación, era mucho más fácil mantener la paz con el Imperio romano mediante la negociación y la firma de tratados.

Los alanos amenazaban Capadocia de forma periódica, y eran solo uno de los numerosos pueblos a los que los romanos se enfrentaban a lo largo de sus fronteras. Como los partos, eran famosos por su caballería, con algunos jinetes fuertemente blindados y armados con lanzas como los catafractos y otros hostigadores. Aunque usaban arcos compuestos, eran considerados arqueros menos eficaces, y sus ejércitos carecían de la disciplina y la organización de los partos, aunque seguían siendo peligrosos y sus razias, enérgicas. Eran un pueblo sármata, y otros grupos similares vivían en torno al mar Negro y a lo largo de ciertas partes de la frontera romana del Danubio.[34]

Otros pueblos europeos combatían principalmente con guerreros que luchaban a pie, mientras que solo una pequeña cantidad, a menudo los nobles, peleaban a caballo. Había muchas tribus, clanes y reinos diversos viviendo cerca de las fronteras del Imperio, como los dacios en el Danubio, los pueblos germánicos en el Danubio y el Rin, y los britanos. Pese a las grandes diferencias que había entre sus lenguas y sus culturas, tenían algo en común: la falta de unidad política. Incluso tribus consideradas como un grupo bien delimitado por los romanos a menudo estaban divididas en facciones que apoyaban a diferentes líderes. Con frecuencia, la competencia dentro de las tribus era violenta, y la hostilidad hacia sus vecinos era común. Hombres como Sulpicio Galba y Julio César únicamente habrían notado pequeñas diferencias entre las sociedades tribales con las que habían encontrado en su época y las que vivían fuera del Imperio en los siglos I y II d. C.

Tanto los caciques, como los reyes y los príncipes mantenían en su hogar un séquito de guerreros a tiempo completo. Tácito

afirma que era común que, cuando sus tribus estaban en paz, los guerreros germanos más inquietos se dirigieran a los líderes de otros pueblos para contratarse a su servicio en su séquito o *comitatus*, y habla de cómo los caciques recompensaban a sus guerreros más valientes con oro, armas o regalándoles un caballo. Estos guerreros domésticos o *comites* demostraban y mantenían el poder de un hombre, y sus efectivos y fama eran un signo visible de su estatus. Siendo guerreros profesionales de facto, estaban bien equipados para los estándares de las tribus, eran hábiles con sus armas y estaban altamente motivados. Tácito dice que los caciques competían entre sí demostrando sus habilidades ante sus *comites*, y que los guerreros quedaban humillados si no eran capaces de igualar su valor. Augusto formó un escolta especial de guerreros germanos porque eran famosos por su lealtad. Tras ser disuelta después del año 9 d. C., fue reformada bajo sus sucesores. La unión entre el cacique y los guerreros de su escolta a menudo era igual de fuerte entre otros pueblos tribales. Eran lo más selecto de un ejército tribal, pero sus números eran relativamente bajos. Diversas fuentes transmiten la impresión de que, excepto en raras ocasiones, ni siquiera un rey tenía más que algunos cientos de guerreros en su *comitatus*.[35]

Muchas tribus eran capaces de formar grandes ejércitos, pero la mayor parte estaban compuestos por todos los hombres libres que pudieran hacerse con un arma y estuvieran dispuestos o fueran obligados a alistarse. Eran agricultores y pastores y no guerreros profesionales, lo cual no quiere decir que fueran inexpertos. En este tipo de culturas guerreras, la mayoría de los hombres crecía acostumbrada a manejar armas y a la posibilidad de la violencia. Sin embargo, lo más probable es que su equipo fuera básico: pocos tenían armadura y menos aún cascos. Las espadas solían estar reservadas para los nobles y sus *comites*, y aun entre estos es probable que la armadura fuera rela-

tivamente poco habitual. La mayoría utilizaba lanzas o jabalinas y su única protección era un escudo. Es posible que algunos usaran hondas o arcos, pero estos proyectiles de largo alcance no eran más que un apoyo para la masa de guerreros que luchaban en formación cerrada. Existe un marcado contraste con el ejército romano, en el que los legionarios y auxiliares de la tropa llevaban armadura y casco, un escudo, y cada uno de ellos blandía una espada de buena factura. En los ejércitos tribales, solo un cacique o un guerrero especialmente destacado podía igualar ese tipo de equipo.

Los grandes ejércitos tribales eran lentos y torpes. A los caciques les costaba bastante tiempo reunirlos y no era ninguna coincidencia que los ejércitos romanos que atravesaban las tierras tribales como un destructivo ciclón se enfrentaran generalmente con un ejército enemigo solamente después de que hubieran iniciado la retirada hacia la frontera. El mando y el control eran rudimentarios, sobre todo porque podía haber varios líderes en lugar de un solo comandante general. El abastecimiento era responsabilidad de los propios guerreros —o a menudo de sus esposas y familias, que los seguían cuando el ejército se reunía—, y eso significaba que, después de un par de semanas, habrían consumido la comida que habían traído consigo y se verían obligados a dispersarse. Tácito señaló a los catos como los únicos entre los pueblos germánicos que contaban con un sistema organizado para alimentar a sus guerreros, obedecían a comandantes y se sometían a un cierto grado de disciplina. «Otros germanos pueden verse yendo a la batalla, pero los catos van a la guerra».[36]

No era un sistema apropiado para librar guerras prolongadas y lanzar ataques a gran escala a largas distancias. Los grandes ejércitos se reunían para defender su propio territorio de sus atacantes o a veces para luchar por el dominio sobre sus vecinos emprendiendo breves campañas en primavera o en verano.

Algunos conflictos entre tribus condujeron a la dispersión o el desplazamiento de un grupo, pero la mayor parte de la actividad era de menor escala y posiblemente consistiera en las razias que eran tan comunes en gran parte del mundo antiguo. Los *comitatus* de un cacique eran ideales para esto, y las expediciones victoriosas le brindaban al líder la oportunidad de recompensar a sus seguidores. Varios caciques podían unirse para formar un grupo más grande, reforzado por voluntarios de la comunidad atraídos por la perspectiva de la aventura y el botín. Las violentas razias generaban odio y provocaban incursiones de represalia por parte de las víctimas, pero si eran suficientemente exitosas servían para disuadir a otros de atacar. Como hemos visto, César nos dice que las tribus intentaban mantener una franja de tierra despoblada alrededor de su propio territorio para poner de manifiesto su fuerza y advertir a posibles agresores de que se mantuvieran alejados.[37]

Cada cierto tiempo, surgía algún líder que, gracias a su carisma y a sus triunfos, lograba unir a su tribu e incluso persuadir o forzar a otros a incorporarse a esa confederación. Arminio, de los queruscos, y Marbod, de los marcomanos, son ejemplos de ese tipo de líderes que fueron capaces de unir a varias tribus de forma temporal. El primero basaba su dominación en el desafío al poder de Roma, el segundo en evitar los conflictos con el Imperio y en obtener el reconocimiento de los romanos. Los ejércitos que comandaban eran más grandes y más controlados que las habituales fuerzas tribales. Sus guerreros también estaban mejor equipados, Tácito afirma que poseían un abundante suministro de equipo romano y que adoptaron tácticas de estilo romano. Veleyo Patérculo atribuye a Marbod un ejército de «setenta mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería» que «preparaba asiduamente ejercitándolo en constantes guerras contra sus vecinos». Arminio y él obtuvieron innumerables triunfos y, con el tiempo, se convirtieron en rivales y se enfren-

taron en un conflicto que dejó a Marbod irremisiblemente debilitado. Poco después, fue expulsado por otro adversario y terminó su vida en un cómodo exilio dentro del Imperio. Arminio fue asesinado por unos caciques que resentían que las tribus fueran gobernadas por un solo hombre, y en ninguno de los dos territorios apareció un líder de preponderancia semejante durante varios siglos. El poder de estos señores de la guerra era precario y raramente les sobrevivía.[38]

En la época de Julio César, Burebista unió a los dacios y creó un reino formidable, pero este se derrumbó cuando Burebista murió, aproximadamente sobre las mismas fechas que el dictador romano. Tendría que transcurrir más de un siglo para que un rey de una fortaleza similar emergiera en las provincias. Se trataba de Decébalo, cuyo poder se extendió más allá de su propio pueblo e incluyó a los vecinos sármatas y a grupos germánicos, como los bastarnos. Durante esos años, Dacia contaba con multitud de imponentes defensas, desde bastiones hasta ciudades fortificadas defendidas por murallas de piedra que exhibían una mezcla de técnicas locales, galas y helenísticas, que, con el tiempo, se fueron combinando con ingeniería romana aportada por los desertores y los expertos que los romanos le prestaron al rey como parte de su tratado con Domiciano. Muchos desertores le sirvieron como soldados, sumándose al gran contingente de hombres que mantenía en pie de guerra de forma permanente. Decébalo resultó ser un peligroso rival que invadió y saqueó las provincias del Danubio, infligiendo varias graves derrotas a los romanos. Con todo, líderes tan poderosos eran raros y la mayor parte del tiempo, a lo largo de las fronteras de Europa y el Norte de África, hasta los más importantes líderes tribales ejercían una autoridad de una escala mucho menor y tenían unas fuerzas mucho más modestas bajo su mando.[39]

3. Ataque y defensa

Durante el reinado de Augusto, los poetas cantaron al *imperium sine fine* —poder sin límite y sin fin— y ese sueño pervivió durante siglos. La ampliación del poder de Roma era percibida como una empresa admirable tanto por los emperadores como por los aristócratas de la época, aunque, como en periodos anteriores, en ocasiones podía llevarse a cabo sin que se produjera anexión territorial. Sin embargo, para sus sucesores, la expansión no era la única prioridad, y ni siquiera la primera, ni por lo general se opinaba que fuera una necesidad urgente e inmediata. Algunos emperadores ordenaron o lideraron guerras ofensivas y buscaron la gloria que proporcionaban las nuevas conquistas. De vez en cuando, ese impulso bélico surgía de un deseo personal de fama o de la voluntad de igualar los logros de los grandes conquistadores del pasado, tanto los de los generales romanos como los de Alejandro Magno. Más a menudo la búsqueda de gloria personal procedía de la necesidad sentida por gobernantes inseguros y por aquellos que carecían de un historial de logros militares de probarse a sí mismos. Aun así, los emperadores que no ampliaban las fronteras romanas no perdían popularidad de manera automática o eran condenados por ello, siempre que se tuviera la impresión de que el poderío militar y la dominación de Roma seguían intactos. Los académicos modernos suelen presentar la expansión y la defensa como mutuamente excluyentes, pero se trata de un constructo artificial. El *imperium* de Roma solo podía aumentar si los romanos conservaban lo que ya tenían, lo que significaba que el control de las provincias existentes siempre era al menos tan importante como conquistar nuevos territorios. Los Estados aliados necesitaban mantenerse dentro de la esfera de influencia de Roma y los romanos no podían permitir que estos o las provincias que gobernaban de forma directa se desestabilizaran a causa de

una rebelión o de ataques del exterior. En el reinado de Augusto hubo tanta labor de consolidación como de conquista.[40]

El Imperio romano, en el momento de su muerte, tenía fronteras que se extendían a lo largo de miles de kilómetros a través de los tres de los continentes conocidos del mundo. Al otro lado de esos confines, vivía una gran variedad de diferentes sociedades y grupos, algunos grandes, otros pequeños, pero nunca estuvieron unidos, por lo que era muy raro que, aunque solo fueran unos cuantos vecinos, actuaran de manera concertada. Roma no se enfrentaba a una o más grandes potencias rivales, que hubieran entrado inevitablemente en conflicto con sus propios intereses, ni a ningún oponente potencial capaz de igualar sus recursos económicos y militares y, menos aún, con alguna posibilidad real de paralizar o destruir el Imperio. Esto puede no haber sido siempre evidente para todos sus vecinos, que tal vez únicamente tenían noticia de la provincia imperial más cercana a ellos. Bajo el gobierno de Augusto, los guerreros de la reina Candace de Etiopía atacaron la provincia romana de Egipto al menos en dos ocasiones. El primer contraataque romano había logrado poco, pero después de una segunda invasión, que penetró más en sus territorios, la reina se mostró dispuesta a negociar la paz. Cuando el prefecto de Egipto informó a sus embajadores de que debían presentarse ante César Augusto, estos protestaron alegando que no sabían «quién era César o dónde tenían que ir a buscarlo» y se les dio escolta para que visitaran al emperador que, por casualidad, se encontraba en la isla de Samos cuando llegaron hasta él.[41]

Ningún oponente poseía una fuerza equivalente a la de Roma, pero la verdad es que ninguno se enfrentaba nunca a todo el poderío del Imperio porque sus efectivos siempre estaban comprometidos en alguna guerra más —o como previsión al estallido de alguna guerra— en otros lugares. Después del año 9 d. C., Arminio combatió contra ocho de las veinticinco legio-

nes restantes. Fue incapaz de evitar que marcharan a través de las tierras de las tribus, destruyendo sus granjas y sacrificando o robando ganado para luego regresar a sus bases en el Rin. Por su parte, ellos no pudieron quebrar la determinación del líder querusco ni la de sus aliados de continuar luchando contra Roma y finalmente Tiberio ordenó que cesaran los ataques de envergadura al este del Rin. La mayoría de las tropas romanas permanecieron en su lugar en la ribera occidental del río, pero su comandante, su hijo adoptivo Germánico, fue enviado al poco tiempo a Siria, a la frontera del este, convirtiéndose en el último de una sucesión de príncipes imperiales enviados a negociar con los partos.

A pesar del entusiasmo de los poetas, Augusto no intentó conquistar el Imperio parto y evitó tener confrontaciones importantes con ellos. En su lugar, se centró en la negociación, si bien estas conversaciones siempre tenían lugar acompañadas de una exhibición del poderío romano. Los ejércitos se reunían y marchaban hasta las fronteras del Imperio, liderados por el *princeps* o un miembro de su familia: es decir, que la diplomacia utilizaba para sus fines la amenaza de la fuerza. Finalmente, las águilas perdidas fueron devueltas e instaladas en el Templo de Marte Ultor y se erigió un arco de triunfo para celebrar el sometimiento de los partos. A partir de entonces, Augusto presentaba Partia —y, de hecho, India y Britania sobre la base de que le habían enviado a sus embajadores— como parte del *imperium* de Roma.[42]

Ese modelo de diplomacia respaldada por la amenaza de la fuerza se repitió durante el reinado de Tiberio y la mayor parte del siglo I d. C., con la diferencia de que, después de Germánico, por regla general las negociaciones fueron gestionadas por un legado, en lugar de por un miembro de la familia imperial. Las relaciones pacíficas entre Roma y Partia perduraron hasta el reinado de Nerón, cuando el rey de Partia, Vologases I, inter-

vino en Armenia e instaló a su hermano en el trono. Esa acción provocó una guerra que implicó a fuerzas substanciales de ambos bandos, pero el foco de la contienda se mantuvo limitado a territorio armenio. Los romanos no lanzaron una invasión hacia el centro de Partia, ni los partos emprendieron ningún esfuerzo serio para invadir las provincias romanas. Inicialmente, los romanos obtuvieron una ventaja, pero la perdieron cuando el legado de Capadocia fue derrotado y se rindió; sin embargo, a continuación la recuperaron, lo que les permitió negociar desde una posición de mayor fuerza. El resultado fue un acuerdo en el que ambos bandos transigieron parcialmente: el recién instalado soberano viajaría a Roma y aceptaría su corona de manos de Nerón. Aun cuando ese ritual, en parte, era una farsa, ya que los romanos no habían elegido a ese rey sino que se habían visto obligados a aceptarlo, la voluntad de los partos de someterse a esa ceremonia era una manifestación pública de respeto a la supremacía de Roma.

Durante todo el siglo I d. C., el equilibrio de poder favoreció a Roma. La mayoría de los monarcas partos no estaban lo suficientemente seguros en su posición para arriesgarse a iniciar una confrontación con su poderoso vecino. Evidentemente, una guerra con Roma sería difícil y corrían el riesgo de registrar una aplastante derrota, algo que podía muy bien destruir la credibilidad de un gobernante. Sus temores se veían reforzados por la habilidad romana a la hora de absorber y sacar partido de los miembros exiliados de la familia real. Entre los partos, existía un persistente deseo de conservar su influencia en Armenia, idealmente colocando en el trono a un pariente de su familia real, pero su ambición no iba mucho más allá de eso, o si lo hacía, quedaba refrenada por el respeto que les inspiraba el poder romano. Durante la guerra civil que se desencadenó a la muerte de Nerón, el monarca parto no trató de explotar la debilidad romana, sino que se comprometió a mantener la paz e

incluso ofreció tropas a Vespasiano para respaldar su intento por erigirse en *princeps*. Su oferta fue declinada, pero hizo más fácil la transferencia de parte de las fuerzas romanas de las provincias orientales a zonas más al oeste para luchar en la guerra civil.[43]

A lo largo de ese mismo siglo I d. C., los romanos mantuvieron guarniciones importantes en las provincias orientales, con legiones en Siria y, más adelante, en Capadocia, así como en Judea a partir de 70 d. C. Estas unidades y sus auxiliares no se ocupaban únicamente de la defensa y de realizar labores disuasorias ante la posible amenaza parta. Como hemos visto, el ejército de Siria llevó a cabo una serie de intervenciones sucesivas en Judea y también fue empleado para hacer cumplir la voluntad de Roma en los reinos aliados, anexionando varios de ellos. La guerra de Nerón contra los partos, en esencia, fue otro ejemplo más de este tipo de estrategia: un conflicto entablado para mantener a Armenia como aliado dentro de la esfera de la influencia de Roma. La intervención de Vologases I estaba integrada dentro de sus esfuerzos más amplios para obtener el control de varios reinos de la zona. Según Tácito, Armenia fue «una vez propiedad de sus antepasados» y ahora estaba en manos de un usurpador. Sus acciones no pretendían provocar a Roma y al principio se mostró conciliador, retirando sus tropas y ofreciendo rehenes —Tácito sugiere que se trataba de un modo de eliminar a algunos aristócratas de los que desconfiaba— cuando Roma le amenazó con su habitual mezcla de diplomacia respaldada con poderío militar. Solo su negativa a ver a su hermano despojado de su corona o instalado por los romanos desencadenó la reanudación de la guerra abierta y, al final, aceptó transigir en el segundo punto.[44]

Los romanos poseían un conocimiento razonable de Partia y había frecuentes intercambios diplomáticos que consistían fundamentalmente en el envío de embajadas por parte de los par-

tos a los legados provinciales y a Roma. Por lo general, los centuriones eran los encargados de entregar las cartas romanas y estaban capacitados para negociar e informar sobre el resultado de las conversaciones (una señal de la importancia de los papeles que desempeñaba este grado de oficial). El azar quiso que uno de ellos se encontrara en el tribunal de Vologases cumpliendo con otra misión cuando se solicitó que el rey entregara a los rehenes, de forma que también se hizo cargo de esa cuestión. Se produjeron varios momentos de tensión y de afectación de poses por ambos bandos que no condujeron a la guerra y, en cualquier caso, es difícil identificar ningún rastro en los romanos de un deseo realmente arraigado de conquistar ese rico y poderoso vecino, y en cambio se mantuvo la estrategia de Augusto de reafirmar la dominación. Esa actitud se vio reforzada por un aumento gradual del tamaño de la guarnición oriental: se establecieron nuevos puestos de avanzada romanos que se fueron situando cada vez más adelante y, cuando Trajano anexionó Arabia, fue el último reino aliado que pasó a ser regido por gobierno directo.[45]

En el siglo II d. C., ambas potencias se tornaron más agresivas. Las invasiones a gran escala de Trajano marcaron una ruptura fundamental con la cautelosa diplomacia del pasado. Mientras que puede haber habido alguna provocación y pretexto para su actividad ofensiva, nuestras fuentes sugieren que su principal motivación era la búsqueda de gloria. El intento de conquista fracasó en medio de una rebelión generalizada y Adriano abandonó las nuevas provincias, aunque es evidente que varios gobernantes aliados, con respaldo romano, se mantuvieron en el poder en un área muy amplia. Una generación más tarde, un ambicioso rey parto comenzó a recuperar parte de ese territorio, tal vez alentado por la renuencia del ya anciano Antonino Pío a autorizar la acción militar ofensiva. En el año 161 d. C., los partos invadieron Siria, pero después de algunos éxitos ini-

ciales fueron expulsados y en la ofensiva romana contra su capital, Ctesifonte, esta fue saqueada por segunda vez. Los romanos establecieron algunas bases al otro lado del Éufrates e impusieron la paz en Partia, pero no hubo ninguna tentativa por su parte de ampliar las anexiones.

A finales de siglo, las legiones de Septimio Severo volvieron a tomar Ctesifonte. Fue una guerra que se libró tanto para lograr gloria y garantizar la lealtad de los ejércitos orientales como para mantener bajo control cualquier amenaza percibida proveniente de los partos. Con ella, Severo añadió al Imperio la nueva provincia de Mesopotamia, afirmando que sería un «baluarte» para las provincias orientales, pero Dión se mostró escéptico ante su alarde. Dos de las tres guerras que se produjeron estallaron claramente debido a una acción ofensiva de los emperadores romanos, la tercera por las ambiciones de un monarca parto (aunque, obviamente, de un gobernante que estaba al tanto de los ataques previos de Roma). Entre cada uno de estos conflictos pasaron cuatro décadas durante las cuales la relación volvió a seguir el patrón del siglo anterior, con una paz que siempre era cautelosa, a veces inquieta o tensa, pero considerada como beneficiosa para ambos bandos. La superioridad militar romana continuó creciendo, pero no llegó a ser tan abrumadora como para mover a los romanos a incrementar la frecuencia de los conflictos, lo que sugiere que, a su vez, el atractivo de la conquista y la expansión tampoco era tan fuerte como para que la mayoría de los emperadores fueran incapaces de resistirse a su canto de sirena.[46]

En otros lugares, las relaciones entre el Imperio romano y sus vecinos se vieron complicadas por la ausencia de una autoridad central fuerte, entornos en los que cada provincia lindaba con las tierras de numerosas comunidades y líderes. A los emperadores les era imposible estar al corriente de todos ellos de la misma manera que podían observar los acontecimientos que

se desarrollaban en Partia y hacerse a la idea de la probable actitud de su rey. Los legados, con la ayuda del personal de su cuartel general y su archivo de registros y experiencia acumulada, estaban en mejor posición que ellos, aunque sin duda eran necesarios tiempo y diligencia por su parte para familiarizarse con la situación local durante su mandato. Contamos con un pequeño fragmento de un informe destinado al comandante de la guarnición o al legado provincial —o a ambos— que puede proceder de una de las tablillas de Vindolanda, que datan de finales del siglo I d. C. Por desgracia, solo se conservan unas frases, que declaran que «los britanos luchan sin protegerse con una armadura. Hay muchos jinetes. La caballería no utiliza espadas ni los *Brittunculi* van a caballo [¿o permanecen sobre el caballo?] cuando lanzan sus jabalinas». El diminutivo despectivo «los britanitos» no aparece en otras fuentes y puede o no reflejar un desdén generalizado hacia los soldados indígenas.[47]

Dada la lentitud de las comunicaciones, los emperadores no podían dirigir la actividad diplomática y militar en las provincias en el día a día, por lo que a los legados se les concedía una buena dosis de iniciativa y libertad de acción. Esa autonomía estaba encuadrada dentro de su *mandata* y delimitada por el intercambio regular de correspondencia con el emperador. A menudo actuaban primero y luego pedían la aprobación del *princeps* a sabiendas de que solo tenían posibilidad de obtenerla si se habían ceñido al espíritu de sus órdenes. Aun así, estos hombres comandaban ejércitos que ascendían a un total que podía oscilar entre los diez mil y los cuarenta mil hombres, huestes tan grandes o más que las de la mayoría de los gobernadores durante la República. Por regla general, los legados habían servido en los últimos años de su adolescencia o a principios de la veintena como tribuno laticlavio de una legión y, más tarde, con treinta y tantos años, habían sido puestos al mando de una legión. En el caso de aquellas provincias que estaban

guarnecidas con una sola legión, el puesto se combinaba con el de delegado provincial. Las provincias más grandes eran asignadas una década más tarde, a hombres que estuvieran a principio de los cuarenta, mientras que los preciados y prestigiosos comandos de Britania, Panonia Inferior y Siria, que poseían los ejércitos más grandes, tendían a concedérseles a hombres que ya hubieran gobernado una provincia militar ordinaria. Algunos hombres adquirían experiencia adicional en las artes de gobernar y salir de campaña sirviendo en el Estado Mayor de un familiar o de un amigo. Tomando en consideración todos estos factores, los legados del Principado poseían, como término medio, apenas un poco más de experiencia militar que los gobernadores de la República. Eran seleccionados por el emperador, que tenía en cuenta el talento y la experiencia, pero también se dejaba influir por la familia y los contactos del candidato y, sobre todo, por el grado de lealtad que percibiera en él.[48]

En caso necesario, Augusto dejaba gran parte de sus tropas agrupadas y listas para llevar a cabo operaciones ofensivas de envergadura. Ese procedimiento se dio en más ocasiones en la zona del Rin, donde incluso después del año 16 d. C. había varias bases que contaban con dos legiones y sus respectivas tropas auxiliares. Dos de las legiones de Hispania estaban asimismo unidas en el mismo cuerpo y es probable que la práctica también fuera seguida en otras partes. Concentraciones tan fuertes de tropas, muy en la tradición de los *hiberna* donde los ejércitos se alojaban hasta que se reanudaba la guerra móvil, se hizo menos común a finales del siglo I d. C. El último campamento de dos legiones fue cerrado por Domiciano, que trasladó las guarniciones a localizaciones separadas movido por el miedo al poder de una fuerza tan nutrida después de que un legado de Germania Superior hubiera utilizado los ahorros acumulados en dicha base para financiar una rebelión contra él. Aunque el temor puede haber sido uno de los factores que pro-

pició las anteriores dispersiones de estas guarniciones dobles, es más probable que fueran trasladadas porque las tropas eran más útiles en otros lugares.[49]

Las operaciones ofensivas a gran escala, y más aún las operaciones de conquista, tenían que ser ordenadas por el emperador, que también mantenía el control de los recursos militares del Imperio. Solo él podía transferir legiones, tropas auxiliares o destacamentos de una provincia a otra, o autorizar el reclutamiento de tropas regulares. Por lo general, las nuevas legiones se reclutaban en Italia bajo supervisión imperial, mientras que las unidades auxiliares, como es natural, se formaban en las provincias. De ese modo, el emperador era quien tomaba las decisiones sobre cuáles eran las prioridades en cada momento y desplazaba a los hombres y los suministros en consecuencia. Sin duda, existía una cierta inercia en el sistema, las unidades solían permanecer donde estaban aun cuando la razón original para su ubicación en ese lugar hubiera desaparecido, pero el despliegue no era rígido. Las unidades eran reubicadas dependiendo de las necesidades y, con el tiempo, el tamaño del ejército se incrementó para estar a la altura de sus nuevos objetivos.

La conquista era poco frecuente y únicamente se iniciaba por orden del *princeps*. La invasión a gran escala de las provincias también era rara, aunque solo fuera por la desunión política de los pueblos vecinos. De vez en cuando, el poder de un líder o una tribu aumentaba, o varios se unían para crear grandes ejércitos capaces de lanzar ofensivas. Líderes como Decébalo tenían ese potencial y si la guerra estallaba lo más probable es que fuera a gran escala, pero, al mismo tiempo, el hecho de que formaran una unidad hacía que fueran más fáciles de observar y simplificaba las negociaciones con ellos. A la larga, del mismo modo que los partos, nunca lograron igualar la fuerza y recursos de Roma. Las luchas de poder en el seno y entre los pueblos que vivían fuera del Imperio son casi invisibles para noso-

tros, debido a que esas cuestiones quedaban fuera del alcance y el interés de nuestras fuentes literarias, que fueron escritas en su totalidad dentro del Imperio. La arqueología es capaz de detectar rupturas en el patrón de asentamiento de una tribu o cambios importantes en la cultura material, pero tales cambios pueden explicarse en más de una forma. Entre los académicos, se ha puesto de moda volverse contra las interpretaciones basadas en las migraciones generalizadas de los pueblos que, al llegar a nuevos territorios, suplantaban a los antiguos moradores creando, a veces, un efecto dominó que hacía que varias tribus se pusieran en movimiento. Si se menciona que había mujeres acompañando a los ejércitos tribales, la interpretación de su presencia se limita al ámbito de la relevancia política, considerándolas exclusivamente como las esposas e hijas de caciques y reyes. Como tan a menudo ocurre, el péndulo de la opinión ha oscilado demasiado lejos. Es un error imaginar una oleada inmensa e interminable de «bárbaros» acumulándose contra las fronteras del Imperio, huyendo de sus enemigos y desesperados por hallar nuevas tierras. Sin embargo, a veces grandes grupos de personas se desplazaron a lo largo de distancias considerables y solicitaron ser admitidos en el Imperio o intentaron ocupar tierras controladas por los romanos.[50]

Gran parte de la actividad que se desarrollaba en las fronteras era relativamente de pequeña escala e, incluso en los periodos para los que contamos con fuentes narrativas detalladas, estas prestan menos atención a los márgenes del Imperio que a la política de Roma y la corte imperial. Nos ponen al tanto de las grandes operaciones y guerras que tenían lugar ocasionalmente, pero muy rara vez nos hablan de alguna otra cosa. Una inscripción conmemorativa que recuerda la carrera del senador Tiberio Plaucio Silvano Eliano nos narra algunos de los eventos acaecidos durante su mandato como legado de Mesia bajo el mandato de Nerón:

> … trajo a más de cien mil de los pueblos de la otra orilla del Danubio para pagar tributo, junto con sus esposas, hijos y caciques o reyes; sofocó un incipiente movimiento de los sármatas, aunque había enviado una porción considerable de su ejército a tomar parte en la invasión de Armenia; trajo a esta orilla del río bajo su protección a monarcas hasta ahora desconocidos u hostiles al pueblo romano para rendir homenaje a las normas romanas; a los reyes de los bastarnos y roxolanos les devolvió a sus hijos, al rey de los dacios a sus hermanos, capturados o raptados por el enemigo; recibió de ellos rehenes, y gracias a tales logros aseguró las condiciones pacíficas de la provincia y las hizo avanzar, al obligar al rey de los escitas a retirarse de su asedio de Quersoneso más allá del Dniéper.[51]

Vespasiano otorgó honores triunfales a Plaucio Silvano por su mandato en Mesia, elogiando su conducta. No cabe duda de que el texto presenta su historial bajo la luz más favorable, pero, en cualquier caso, sus actividades son interesantes. No está claro si su ejército se enfrentó realmente contra alguien o no, pero sin duda atravesaron el Danubio y la amenaza de la fuerza respaldó la intensa actividad diplomática. El equilibrio de poder entre los pueblos y líderes fuera del Imperio quedó reestructurado por sus acciones, haciendo que algunos de ellos devolvieran rehenes que habían tomado mientras que otros líderes les entregaron rehenes a los romanos. Las ceremonias en las que líderes extranjeros reconocían públicamente su sumisión a Roma frente a un gobernador y sus soldados en formación eran una costumbre de larga tradición del imperialismo romano. El número de miembros de la tribu y sus familias que fueron conducidos a través del río y asentados dentro de la provincia puede ser exagerado, aunque en esas circunstancias es, al menos, posible que se llevara a cabo un recuento preciso.

En conjunto, la mayor parte de lo que hizo este legado imperial recuerda a las acciones de Julio César en las Galias, con la diferencia de que este último no utilizó sus intervenciones como punto de partida para continuar invadiendo y ocupando amplias franjas de nuevos territorios. Desde los últimos días de Augusto, las fronteras del Imperio habían quedado establecidas, cambiando solo de vez en cuando. Dichos cambios son impor-

tantes y necesitan ser entendidos, pero es igualmente relevante conocer el funcionamiento de las fronteras en general, donde gran parte del ejército estaba estacionado.

XIII. GUARNICIONES Y RAZIAS

«Además de estas batallas, muchas otras menos dignas de mención se libraron en varias partes de las Galias, que sería superfluo describir, tanto porque sus resultados no condujeron a ningún logro de valor, como porque no es conveniente extender en exceso una historia con detalles insignificantes».

Amiano Marcelino, finales del siglo IV d. C.[1]

1. Cruces clandestinos

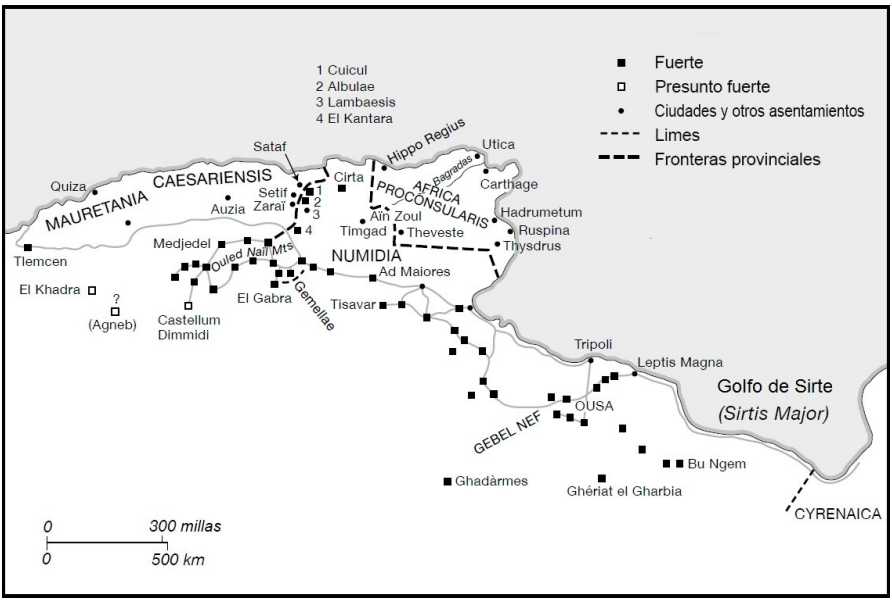
En el año 17 d. C., Tacfarinas y sus seguidores comenzaron a lanzar razias sobre la provincia de África. Tacfarinas pertenecía a los musulamios, un pueblo que vivía al margen de la provincia en unas tierras que hoy están a caballo entre las fronteras de Argelia y Túnez. Los musulamios eran una de las varias tribus mencionadas en nuestras fuentes, junto a grupos más amplios como los númidas, los moros y los getulos, pero la impresión que transmiten las fuentes es que los observadores griegos y romanos no comprendían en absoluto la relación entre ellos, y mucho menos eran capaces de valorar su estructura social y política. Muy poco se sabe acerca de Tacfarinas, excepto que había servido en las tropas auxiliares y luego había desertado. Es posible que, como Arminio, fuera miembro de una familia aristocrática y liderara un contingente de su pueblo al servicio de los romanos hasta que las relaciones con Roma le decepcionaron y se volvió contra sus antiguos aliados. Por lo que sabemos, no le fue concedida la ciudadanía ni otros honores, algo que, en sí mismo, podría ser motivo de ira. Por otro lado, puede que sirviera en la tropa y decidiera desertar tras haber sufri-

do alguna injusticia, desprecio, mala pasada o por su creciente resentimiento con respecto a la ocupación romana. Independientemente de cuál fuera su historia, Tacfarinas era un formidable soldado y un líder de talento y sus tempranos éxitos persuadieron a más y más hombres de unirse a él. Con desdén, Tácito describe a sus primeros seguidores como parias, y tal vez algunos de ellos lo fueran, pero admite que, en muy poco tiempo, Tacfarinas se convirtió en el caudillo reconocido de todos los musulamios.[2]

Durante el reinado de Augusto, se llevaron a cabo en el área varias campañas, siendo la más reciente la que concluyó en el año 6 d. C. A partir de entonces, los romanos habían empezado a estudiar la zona y a organizarla para iniciar el cobro de impuestos, colocando piedras como mojones para delimitar las fronteras de las regiones y construyendo calzadas a través del territorio tribal. Tal vez eso había alimentado el resentimiento de las tribus, pero aquella era la primera fase de la conquista, en la que la resistencia y la rebeldía eran comunes en muchas regiones. Es posible que los romanos también hubieran interferido o intentado restringir las costumbres establecidas entre los pueblos tribales a la hora de emprender razias y guerras, puesto que la mayoría de las víctimas de Tacfarinas y sus hombres eran nativos de la zona más que colonos romanos u otros representantes del poder imperial. El botín del pillaje y la gloria fueron dos motivos por los que los hombres decidieron unirse a él tanto como cualquier otra causa, y pronto se alió con Mazipa, un líder árabe. Más tarde, se les unió otro grupo, los cinitios, unión que Tácito dice que se logró a través de la coerción, dándoles a elegir entre ser objeto de ataques o participar en ellos. Tacfarinas aspiraba a crear una sólida base de poder, y parte de sus hombres fueron organizados en unidades formales, equipados y entrenados según el modelo romano. Estas unidades eran mantenidas como reserva en el campamento mientras que los

moros y otros pueblos, agrupados en bandas de asaltadores, se internaban en distintos territorios propagando el «fuego, la masacre y el terror».[3]

El África del Norte romana



Los primeros triunfos alcanzados crearon en Tacfarinas un exceso de confianza y, cuando el gobernador romano reunió su ejército y avanzó hacia él, el líder africano estaba deseoso de enfrentarse con él en batalla abierta. El procónsul romano —África era todavía una provincia senatorial por esas fechas— tenía la *Legio III Augusta*, como mínimo dos *alae* de caballería y algunas cohortes de infantería auxiliar. Sus oponentes los superaban ampliamente en número pero, como tan a menudo sucedió en el pasado, la confianza, la disciplina y la organización de los bien equipados romanos resultaron decisivas. El ejército de Tacfarinas sufrió una derrota total, y al procónsul romano se le otorgaron las *insignia* de un triunfo.

El prestigio de Tacfarinas había sufrido un revés, pero tanto él como muchos de sus hombres escaparon y su resolución a continuar la lucha se mantuvo. En el año 18 d. C., Tacfarinas

reanudó las razias, al principio a pequeña escala, con bandas de pequeño tamaño que se movían demasiado deprisa para ser capturadas. De nuevo, sus triunfos le ayudaron a captar a nuevos seguidores para su banda. Los ataques adquirieron mayor envergadura, y pueblos enteros fueron invadidos y saqueados. Animado ante tales resultados, Tacfarinas se arriesgó a atacar a un objetivo más peligroso y puso bajo sitio a una cohorte que guarnecía una posición cerca del río Pagyda. El lugar no puede ser identificado y no está claro si la «cohorte romana» era una fuerza destacada de la legión o era una unidad auxiliar. Su comandante, un oficial experimentado llamado Decrio, respondió a la amenaza con la confianza típica del ejército romano y desplegó a sus hombres en formación fuera de las murallas para combatir al enemigo en campo abierto. Su entusiasmo no era compartido por sus hombres, que rompieron filas y huyeron en desbandada cuando los númidas cargaron sobre ellos. Tal vez Decrio fuera un líder impopular o, fuera nuevo en el mando y, como tal, un extraño para sus hombres, pero, por la razón que fuese, hicieron caso omiso de él cuando intentó que volvieran a formar. Fue herido en dos ocasiones, perdiendo un ojo, pero siguió luchando hasta la muerte.

Las bajas totales de las tropas romanas son desconocidas, pero el nuevo procónsul ordenó que los supervivientes de esa derrota fueran sometidos a la *decimatio*. Un soldado de cada diez fue elegido por sorteo y golpeado hasta morir por los demás —cuya ración de trigo fue sustituida por cebada, la comida de esclavos o animales— y que fueron obligados a acampar separados del resto del ejército hasta ser redimidos. La *decimatio* era un castigo arcaico, reinstaurado por varios comandantes como Marco Antonio y Augusto durante las guerras civiles y considerado de gran dureza incluso para los estándares romanos. Tácito afirma que el atroz castigo reforzaba la moral del resto del ejército. Un poco más tarde, la misma fuerza que había aplasta-

do a los hombres de Decrio atacó a otra guarnición, esta vez compuesta por unos quinientos veteranos (legionarios que habían cumplido sus veinte años de servicio pero continuaban en el ejército durante otros cinco años realizando tareas más ligeras). El relato de Tácito es poco preciso, por lo que no sabemos con certeza si salieron a luchar a campo abierto o se mantuvieron en el campamento defendiéndolo, pero de cualquier manera que los númidas emprendieron la huida. Durante los combates, un legionario llamado Marco Helvio Rufo salvó la vida de otro soldado y fue condecorado, y posteriormente se le adjudicó la *corona civica*. Es posible que no se tratara de un veterano, por lo que podemos deducir que tal vez hubiera otros soldados presentes. En aquel momento o algo más adelante, Helvio Rufo también fue promocionado al cargo de centurión para finalmente ser nombrado *primus pilus* y el honorable término «Cívica» fue añadido a su nombre. Una inscripción de Tívoli, en Italia, registra su regalo de unas termas a esa comunidad.[4]

Este revés persuadió a Tacfarinas de evitar asentamientos protegidos por guarniciones. En su lugar, sus hombres empezaron a atacar exclusivamente las comunidades desprotegidas y a eludir encuentros con cualquier fuerza notable de soldados. A pesar de sus intentos, los romanos eran demasiado pocos para poder proteger todos y cada uno de los asentamientos provinciales y se veían obligados a elegir a partir de conjeturas las que les parecían las posiciones más apropiadas para estacionar sus guarniciones. Persiguieron a los guerreros, haciendo largas marchas a través de terrenos inhóspitos, pero no lograron atraparlos ni causar daños de importancia en las ágiles bandas. Esta tónica continuó durante varios años y, una vez más, el éxito volvió a ocasionarle problemas al caudillo cuando comenzó a atacar las zonas más fértiles cerca de la costa. Los despojos eran considerables, pero era necesario recogerlos, transportarlos y

protegerlos. Tacfarinas construyó un campamento destinado a servir de base desde la que lanzar las razias y donde se custodiaba el botín mientras se iba acumulando. Los romanos averiguaron la existencia de ese centro de operaciones y una fuerza de auxiliares respaldada por algunos de los mejores legionarios del ejército fue encomendada al hijo del gobernador y enviada contra ellos. Actuaron con gran rapidez, de manera que Tacfarinas no fue alertado con tiempo suficiente para concentrar a sus hombres y llevarse el botín a tiempo. Los númidas sufrieron una grave derrota y se dispersaron, y un segundo procónsul romano recibió las *insignia* de un triunfo.[5]

Pese a todo, Tacfarinas se recuperó de nuevo y reanudó sus ataques. Tiberio escribió al Senado aconsejándole elegir a un hombre de probada capacidad militar para asumir el cargo de procónsul de África en el siguiente mandato. A la propuesta del candidato más probable, Quinto Junio Bleso, contribuyó el hecho de que este, además de avezado militar, también era el tío del prefecto del pretorio, Sejano. La sugerencia del emperador fue debidamente aprobada por el Senado y la *Legio IX Hispana* fue trasladada desde Panonia para unirse a las fuerzas de África y proveer a Bleso de recursos adicionales. Cuando se apercibió de la situación, Tacfarinas trató de negociar, enviando una embajada amenazando con entablar una «guerra interminable» a menos que los romanos entregaran tierras a él y a sus hombres. Tiberio se mostró indignado ante la «arrogancia» de un bandido que pretendía dictarle condiciones a Roma en el apogeo de su poder y ordenó a Bleso que intensificara vigorosamente la guerra. Tacfarinas fue excluido de la oferta, pero a otros líderes se les ofreció una amnistía y muchos optaron por rendirse.[6]

Bleso dividió su ejército en tres columnas móviles para avanzar desde diferentes direcciones y forzar a las bandas de guerreros a dirigirse hacia una red de puestos fortificados (una versión temprana del uso de los blocaos en las etapas finales de la

segunda guerra bóer). Se registraron varios triunfos: atraparon a algunos grupos y otros quedaron encajonados. A continuación, el procónsul dividió sus columnas en fuerzas todavía más reducidas al mando de centuriones y acosó a Tacfarinas y a sus aliados durante todo el verano. El procónsul mantuvo a sus fatigados hombres en el campo bastante tiempo después de que hubiera finalizado la temporada normal de campaña. Se construyeron más puestos de avanzada fortificados, y las móviles fuerzas, cada vez más habituadas a las condiciones del desierto, continuaron hostigando al enemigo. Tacfarinas fue perseguido de un campamento a otro y, aunque él logró evadir la captura, su hermano cayó en manos de los romanos; en este punto, Bleso anunció el fin de las operaciones activas y el ejército se retiró a sus cuarteles de invierno. Se proclamó la victoria, un tercer comandante romano recibió los *ornamenta triumphalia* y, en este caso, el raro honor adicional de ser aclamado como *imperator* por sus hombres. A Bleso se le permitió mantener el título, pero no llegó a celebrar un triunfo cuando regresó a casa. La *Legio IX Hispana* regresó al Danubio aproximadamente en las mismas fechas.[7]

Tacfarinas alegó que la retirada de esas tropas era una señal de que el Imperio romano se estaba derrumbando y ya había comenzado a abandonar África por completo. Los nativos no tenían forma de saber que lo que decía era falso, y el caudillo reanudó una vez más sus razias, incrementando el número de sus seguidores con cada nuevo éxito. En Mauritania, el viejo rey murió y fue sucedido por su joven hijo, que se mantenía igualmente firme en su alianza con Roma pero era mucho menos popular. El rechazo hacia el nuevo gobernante enseguida alimentó la hostilidad hacia los romanos y el entusiasmo por las razias y el pillaje, lo que brindó a Tacfarinas nuevos aliados. Otro que se unió a él fue el rey de los garamantes, que aportaron guerreros y un mercado para los despojos vendibles. Los

ataques contra la provincia romana fueron aumentando hasta culminar en el sitio de la ciudad de Tubusco, en la frontera con Mauritania. Publio Cornelio Dolabela, el nuevo procónsul y otro hombre con gran experiencia militar, se precipitó en su ayuda y rompió el asedio. Varios caciques de los musulamios fueron ejecutados bajo sospecha de estar planeando unirse a la guerra contra Roma. Imitando a su predecesor, Dolabela dividió su ejército en cuatro columnas principales y numerosos destacamentos móviles, reforzando sus efectivos con los aliados suministrados por el rey de Mauritania, hombres que estaban habituados a seguir la pista de sus enemigos y combatir en el desierto.

En 24 d. C., el octavo año desde que comenzara su lucha con Roma, Tacfarinas finalmente fue acorralado. Dolabela recibió un informe en el que le notificaban que el caudillo númida estaba acampado en un lugar llamado Auzea, un área boscosa donde se sentía seguro. Se creó una columna especial que llevaba solamente el equipo y los pertrechos esenciales y se dirigió a marchas forzadas al lugar. Los romanos pillaron a los númidas por sorpresa, con sus caballos atados o pastando, y no pudieron escapar u organizar defensa alguna. Las frustraciones de años persiguiendo a un enemigo tan escurridizo enardecieron los ánimos de los soldados romanos, a los que se les ordenó capturar a Tacfarinas vivo o muerto por encima de todo. Los legionarios hicieron prisionero a su hijo, masacraron a su guardia personal y, después de una feroz lucha, también acabaron con la vida del líder. La derrota y muerte de este carismático hombre pusieron punto final a la larga guerra, aunque, dado que la victoria ya había sido declarada y Bleso había sido generosamente honrado, Tiberio se negó a otorgar ornamentos triunfales a Dolabela.[8]

2. Guarniciones, fuertes y murallas

La guerra contra Tacfarinas suele describirse como una rebelión, dado que las tierras de los musulamios ya formaban parte de la provincia romana cuando la insurrección estalló y se ajusta al patrón común de que se produjera al menos una rebelión importante cuando había pasado aproximadamente una generación desde la conquista. No hay ninguna evidencia de que estallara un levantamiento en una escala similar en la misma zona en los siguientes siglos, del mismo modo que las tierras bajas de Britania se mantuvieron en paz tras la revuelta de Boudica. En el futuro, la mayor concentración de tropas romanas estaría en Mauritania Tingitana, después de que Calígula anexionara ese reino aliado al Imperio. En cuanto al resto de territorios, un número comparativamente pequeño de unidades y bases amparaba un área geográfica mucho mayor. Si hubo algún problema que requiriera que el ejército romano emprendiera operaciones activas, parece que en su mayoría fueron de pequeña escala. En cualquier caso, la región no estaba totalmente desprovista de tropas y no solo se crearon bases militares, sino que se construyeron importantes sistemas de *fossatum* o zanjas y murallas como barreras tanto frente al movimiento de los animales como de las personas. El sistema servía para canalizar el movimiento estacional de los pastores nómadas que conformaban el grueso de la población, dirigiéndolos a zonas donde podían ser controlados y gravados. El foco de la presencia militar había cambiado, la frontera había avanzado, y era evidente que en aquel momento los romanos consideraban que contar con puestos avanzados militares repartidos por una amplia zona era provechoso.[9]

Las provincias romanas de África estaban rodeadas de territorios no controlados por el Imperio, de los cuales una parte considerable era desierto o zonas semidesérticas con poca o

ninguna población establecida en ellas. Esta frontera era larga y estaba abierta, aun cuando la frontera se trasladó hacia adelante, y eso significaba que conflictos como la rebelión de Tacfarinas también tenían mucho en común con las campañas que se luchaban en las fronteras y que atraían a pueblos que vivían fuera del Imperio. Tácito describe la guerra con mayor detenimiento que muchos conflictos en los que estuvieron implicados ejércitos más grandes, utilizando esos pasajes casi como signos de puntuación en su narrativa principal, que hace un seguimiento del gobierno de Tiberio, que fue haciéndose más y más despótico con el tiempo. A pesar de que el historiador con frecuencia describe con vaguedad ciertos detalles importantes, especialmente de índole geográfica, su relato nos brinda una imagen fascinante de una prolongada contienda entre el ejército romano y un resuelto pueblo indígena cuyo principal modo de guerrear era la razia. Muestra a los romanos adaptándose a la situación local, experimentando con distintas estrategias, a veces durante el mismo año, y combinando las columnas móviles con fortificaciones fijas para presionar a sus oponentes.

Es necesario tener en cuenta esa flexibilidad y la velocidad con la que podía cambiar la situación local cuando se estudia la actuación del ejército romano en las fronteras, zonas donde buena parte de la evidencia sobre su despliegue procede de fuentes arqueológicas. En muchos casos, eso nos permite trazar en el mapa líneas de fuertes, fortalezas e instalaciones más pequeñas como fortines y torres, pero es extremadamente raro que cualquiera de esos sitios sea mencionado en nuestras fuentes. Las inscripciones nos brindan cierta información sobre las guarniciones de algunas bases y las excavaciones revelan detalles acerca de la evolución de estas instalaciones y nos permiten vislumbrar pedazos de la vida de los soldados y los civiles que vivían en ellas y en sus alrededores. No obstante, nos dicen mucho menos sobre las actividades de las guarniciones y por

qué estaban estacionadas allí. El hecho de que el muro de Adriano se mencione solo media docena de veces en la literatura griega y latina, incluso si incluimos a Beda el Venerable y a otros autores que escribieron después de la época romana, da que pensar. La afirmación de que fue construido «para separar a los romanos de los bárbaros» procede de una fuente muy tardía y a menudo poco fiable, pero es la única declaración explícita acerca de su propósito con la que contamos.[10]

Hoy en día, el muro de Adriano ha sido declarado Patrimonio de la Humanidad, y es considerado uno de los más grandiosos monumentos dejado por los romanos. Aun así, no solo apenas figura en nuestras fuentes literarias, sino que, además, se trató de un proyecto muy inusual, muy diferente de la mayoría de las fronteras imperiales. Aunque hubo otras barreras lineales, en general realizadas con tierra, tepes y madera en lugar de con piedras, eran construcciones raras y cubrían solo una pequeña proporción de las fronteras. Si era posible, los romanos preferían con mucho emplear la barrera natural de un río, con los ejemplos más obvios de las fronteras del Rin y el Danubio, así como ríos más pequeños como el Meno y, en cierta medida, el Éufrates. Los ríos fomentan la comunicación, impulsando el comercio y el intercambio cultural, de forma que los pueblos que viven a ambos lados del río a menudo tienen mucho en común, y eso había conducido a un mito lamentablemente persistente de que los ríos no son apropiados como fronteras. En realidad, los ríos ofrecen límites claros y constituyen obstáculos significativos a cualquier desplazamiento a gran escala. Con pocas excepciones, la mayoría de las bases del ejército se encontraban en la orilla romana y, al parecer, los puentes sobre los ríos no formaban parte del sistema. El gran puente de Trajano sobre el Danubio fue parcialmente desmantelado a las pocas décadas de su construcción a pesar de que servía de conexión con la provincia de Dacia. No hubo ningún puente per-

manente sobre el Rin en la zona de la frontera después de principios del siglo I d. C. Sin embargo, los ríos eran mantenidos bajo estricto control, patrullados por flotillas de barcos, y el ejército era perfectamente capaz de construir un puente cuando lo necesitaba. Una de las ventajas de estacionar las guarniciones cerca de un río era que los artículos voluminosos, como el grano, podían viajar por sus aguas para mantenerlas abastecidas.[11]

Ahora bien, no siempre había ríos apropiados en un lugar conveniente, de modo que algunas fronteras carecían de esa característica natural tan clara. A finales del siglo I d. C. y principios del siglo II d. C., los romanos adelantaron la frontera de Germania Superior y Recia, creando un vínculo más directo entre las principales líneas del Rin y del Danubio. No parece que ese cambio se efectuara sencillamente por el deseo de acortar el frente, y es más probable que estuviera relacionado con la necesidad de controlar a los pueblos de la zona y a los que moraban al otro lado de los territorios de estos. En Britania, la primera frontera organizada fue establecida en lo que ahora es la Escocia meridional, pero fue abandonada y el ejército la volvió a trasladar a la línea de la calzada de Stanegate. El muro de Adriano fue erigido cerca de esa frontera, pero, poco después de la conclusión de la obra, cuando se produjo un nuevo avance, el muro fue abandonado; en su lugar, se construyó el muro de Antonino en la línea entre los estuarios de los ríos Forth y Clyde. Sin embargo, tiempo después, el muro de Antonino, a su vez, fue abandonado y los soldados reocuparon el muro de Adriano, que permaneció en uso hasta la caída de la Britania romana más de doscientos años más tarde. Aparte de unos cuantos comentarios vagos o ambiguos, ninguna de nuestras fuentes explica por qué se produjeron estos cambios, lo que nos deja como única opción observar las propias instalaciones e intentar deducir su propósito.[12]

La frontera en el norte de Britania y el Muro de Adriano

Aunque eran los emperadores quienes asignaban los recursos a cada área y daban las órdenes de llevar a cabo cualquier avance o retirada significativa, la aplicación detallada de estas instrucciones quedaba en manos de los gobernadores provinciales, que, a continuación, presentaban un informe explicando lo que habían hecho. El hombre sobre el terreno tenía que adoptar decisiones acerca multitud de temas, ya que aquel era un mundo casi totalmente desprovisto de mapas tal y como los entendemos hoy en día. Había algunos mapas dibujados a esca-

la que se aproximaban al ideal moderno, como el famoso plano de la ciudad de Roma, pero estos cubrían solo algunas áreas. Ptolomeo de Alejandría fue uno de los varios geógrafos que se dedicó a recabar datos para elaborar un mapa del mundo con una cuadrícula superpuesta con el fin de mostrar la verdadera relación entre los continentes y, en general, su resultado fue bastante preciso. El geógrafo alejandrino llevó a cabo una obra ardua y a gran escala y es difícil saber con cuánta frecuencia llegaron a realizarse mapas de esa calidad. Más comunes eran los mapas basados en itinerarios escritos, que se centraban en las rutas, indicando las principales vías, las ciudades y pueblos que había a lo largo de dichas vías y las distancias entre las distintas localidades. En este tipo de mapas no se pretendía en absoluto mostrar la relación correcta de tamaños entre los lugares representados, por lo que las zonas de campo que había entre pueblos y ciudades eran reducidas o ampliadas para mayor comodidad. El mejor ejemplo que se conserva, la Tabla de Peutinger (*Tabula Peutingeriana*), es una representación comprimida para poder plasmar todo el Imperio en un largo pergamino. Este tipo de planos eran funcionales, porque mostraban la manera de llegar de un lugar a otro e incluían indicaciones sobre las distancias de cada tramo del viaje. No habían sido concebidos como guías para viajes por rutas no establecidas y resultaban inútiles para ese fin, pero, al fin y al cabo, lo cierto es que, en un viaje largo, ningún funcionario público, ningún oficial a cargo de cualquier cuerpo significativo de tropas y, desde luego, ningún viajero corriente elegiría avanzar campo a través en vez de utilizar las calzadas. Tampoco servían para ofrecer información fiable sobre las posiciones relativas de las provincias y de otros territorios entre sí.

Algunos historiadores consideran la ausencia de mapas detallados como una prueba de que en el Imperio romano había escasa planificación estratégica central. Esa opinión forma parte

de una tendencia más amplia de las investigaciones académicas de destacar el primitivismo de los romanos, una reacción contra algunos de los estudios más antiguos —y la opinión popular profundamente arraigada— que destacaban la modernidad de la antigua Roma y veían a los romanos básicamente «como nosotros». Cuestionar las ideas comúnmente aceptadas es una práctica muy saludable y, a menudo, resulta reveladora. Los estudios realizados sobre las fronteras que se fundamentan en tomar un mapa moderno y declarar las fronteras basadas en elementos naturales como las «mejores» posiciones y luego juzgar a los romanos a partir de lo bien o lo mal que se adaptaban a ese criterio son desestimados con razón. El intento de Augusto de crear una provincia en Germania que llegara hasta el Elba no fue el resultado de haberse sentado a estudiar el mapa y decidir que aquella era una línea de frontera más corta para establecer una conexión con la frontera del Danubio que una situada en el Rin. La realidad es que no sabemos hasta qué punto Augusto y sus asesores conocían la geografía de la región, especialmente antes de que los ejércitos romanos llegaran hasta ella. Por otro lado, la geografía política —las divisiones en los pueblos y los seguidores de líderes particulares— era un factor mucho más importante en el pensamiento romano que la geografía física. Eran los pueblos, más que la tierra en sí, los que se sometían a Roma, y eran los pueblos, tanto si se trataba de sus aliados o las tribus de las provincias, los que debían ser controlados y defendidos. La información sobre ellos puede expresarse con la misma rapidez y claridad con palabras que en la forma esquemática de un mapa o plano.[13]

No obstante, poner un énfasis excesivo en el primitivismo de los romanos resulta poco convincente. En efecto, los mapas modernos son muy modernos: la *Ordnance Survey*, la agencia cartográfica nacional del Reino Unido comenzó su labor principal cuando la Francia revolucionaria y napoleónica amenazaba con

invadir Gran Bretaña, y gran parte del país no fue cubierta hasta finales del siglo XIX. Otras partes de Europa, y no digamos del resto del mundo, no fueron representadas en mapas precisos hasta bien entrado el siglo XX. Es un error dar todo esto por sentado, al igual que sería un error preguntarse cómo podía alguien orientarse o tomar decisiones estratégicas en el pasado antes del advenimiento del GPS y de las imágenes por satélite. Haciendo una estimación generosa, hasta los dos últimos siglos los estadistas y líderes militares no han tenido acceso a más información sobre el resto del mundo de la que disponían los emperadores romanos. Napoleón y Wellington a menudo tuvieron que vérselas con mapas incompletos y poco fiables, en vista de lo cual enviaban a sus oficiales en misiones sobre el terreno con el fin de obtener mapas más precisos, aun cuando, inevitablemente, ese era un proceso lento. Los ejércitos que están en campaña necesitan información topográfica muy detallada e, incluso ahora, complementan la información que obtienen de los mapas modernos con la observación directa.

Aun cuando hubieran poseído los niveles de información proporcionados por los mapas modernos, no habría tenido sentido que fueran los emperadores quienes se encargaran de dirigir los pormenores de las disposiciones del ejército y de las operaciones en las fronteras, dada la lentitud de las comunicaciones. Los gobernadores provinciales tenían más oportunidades de llegar a entender la situación local, en particular en áreas donde la presencia militar establecida existía desde hacía mucho tiempo. Hay varios sistemas de torres construidos por el ejército en las fronteras que nos brindan una clara evidencia de que sus posiciones habían sido cuidadosamente estudiadas y elegidas. Por lo que podemos observar, cada torre había sido emplazada en un lugar en el que pudiera ser vista desde una base de mayor tamaño, permitiendo el intercambio de señales entre ellas. El campo de observación de la torre también era fun-

damental, pero tenía una importancia secundaria respecto de ese objetivo principal. En las raras ocasiones en las que se construía una torre en un punto clave que era invisible desde cualquier guarnición más grande, se levantaba una segunda torre para actuar como una especie de «estación de relevos» entre las dos. Las capacidades y destrezas del ejército romano a la hora de comprender y ejecutar obras topográficas se ponen de manifiesto a la perfección en la construcción de estas líneas de torres, algo que solo podía ser realizado por equipos sobre el terreno. Es poco probable que ni siquiera el mejor mapa mostrara áreas propensas a sufrir inundaciones o zonas donde la línea de visión estuviera bloqueada por árboles o algún otro tipo de vegetación.[14]

Tácito elogió a su suegro Agrícola por su habilidad a la hora de elegir los emplazamientos de las fortalezas y por proveerlos de graneros bien surtidos, lo que tuvo como resultado que ninguno de los fuertes erigidos por él fueran perdidos ante un ataque enemigo. Se trataba de un elogio convencional, lo que en sí mismo es un indicio de lo importante que era la comprensión del terreno para los comandantes romanos. La defensa era una consideración esencial: la fortaleza necesitaba proporcionar a su guarnición un lugar donde estar seguros, así como también permitirle cumplir con la función general para la que las tropas eran requeridas allí. Aunque una posición elevada ofrecía ventajas, no importaba si el lugar elegido no estaba en el punto más alto del terreno. Hasta el desarrollo de un cañón efectivo, el hecho de que el fuerte estuviera rodeado por colinas más elevadas, siempre que se hallara fuera del alcance de las ballestas, no constituía una desventaja significativa (algo demasiado a menudo olvidado por los arqueólogos, tanto cuando hablan sobre las bases militares romanas como cuando lo hacen sobre los poblados fortificados o castros de la Edad del Hierro).[15]

La mayoría de los fuertes parecen diseñados para acomodar a una unidad completa, aunque hay excepciones en las que la guarnición parece haber consistido en una serie de destacamentos. Es necesario mostrar cierta precaución al establecer nuestros juicios al respecto. Las excavaciones arqueológicas son procesos lentos y costosos, e incluso un fuerte auxiliar ocupa un espacio muy amplio, mientras que las dimensiones de las fortalezas destinadas a los legionarios son más de diez veces mayores. Ninguna base legionaria ha sido completamente excavada hasta el día de hoy, y solo unos cuantos fuertes han sido explorados de forma sustancial o completa. Tomando como punto de partida el hecho de que el ejército romano construyó estas bases de acuerdo con un patrón bastante estándar, muchos planos de excavación representan un conjunto de conjeturas que relacionan con optimismo los hallazgos obtenidos en pequeñas zanjas de muestra para trazar el plano que se supone se siguió para construir los edificios. La comprensión de la ubicación de los fuertes y otras bases militares es difícil, puesto que tendemos a saber muy poco acerca de las circunstancias locales. Esas circunstancias bien podrían haber cambiado con el tiempo, pero, a menos que dichos cambios impidieran que la guarnición desempeñara sus funciones más importantes, el fuerte podía permanecer en el mismo lugar. La fortaleza de Arbeia (la actual South Shields sobre el Tyne) ha sido completamente excavada y ha revelado cambios sustanciales en su diseño y, probablemente, su función. En un determinado momento, gran parte de la fortaleza fue destinada a albergar veintidós hórreos, lo que sugiere que actuaba como depósito de suministros de una amplia zona.[16]

A pesar de la indiscutible habilidad de los romanos en temas de ingeniería y su comprensión del terreno, sin duda hubo numerosos casos en los que la ubicación de los fuertes se eligieron mal y, en ocasiones, las excavaciones revelan drásticas mo-

dificaciones. El diseño del muro de Adriano fue alterado varias veces. Antes de su conclusión, la anchura del muro fue reducida de tres a algo más de metro y medio (las secciones pequeñas se unieron a los fortines, mientras que algunos cimientos que ya se habían construido según el plan original se dejaron como estaban y pueden verse todavía hoy). También en una etapa temprana de la construcción, se decidió situar algunos fuertes en la propia línea del muro y, en Housesteads, eso supuso construir encima de una torre. Más tarde, las puertas septentrionales de la mayoría de los pequeños fuertes (los *milecastles*, erigidos a una milla romana unos de otros) fueron tapiadas, dejando solo una estrecha puerta que daba acceso a la parte frontal de la muralla. Las ideas cambiaron, y las bases y fortificaciones se adaptaron a esos cambios. Unas recientes excavaciones del primer sistema de fronteras establecido en Escocia, y en particular de las torretas y puestos de avanzada de Gask Ridge, sugieren que fue ocupado durante mucho más tiempo de lo que habíamos supuesto, tal vez durante casi dos décadas, y en ese periodo hay indicios de que se llevaron a cabo algunas obras de reconstrucción. En la inmensa mayoría de las bases del ejército romano se ha realizado muy poco trabajo de campo, sobre todo con técnicas modernas, y es poco probable que el mero hecho de dibujarlos en un mapa y tratar de adivinar su función nos vaya a decir algo útil.[17]

También es erróneo pensar que las guarniciones de los fuertes auxiliares, por no hablar de las de las grandes fortalezas de legionarios, pasaban la mayor parte de su tiempo en su interior, contemplando por encima de la muralla un entorno hostil mientras esperaban nerviosamente una embestida de los enemigos. Las legiones permanecían en los fuertes solo en algunos casos y por periodos limitados de tiempo. Cuando el ejército combatía, solía hacerlo al aire libre, seguros de su superioridad sobre el enemigo (una confianza desacertada en el caso de De-

crio, pero generalmente válida). Cuando se organizaban campañas, buena parte o la totalidad de la guarnición se unía a otras unidades del ejército para operar sobre el terreno. Cuando parecía menos posible que se fueran a emprender grandes operaciones, los soldados eran enviados a patrullar, a servir de escoltas, a realizar todo tipo de construcciones y a ocuparse de la administración de algún otro lugar. Una de las tablillas de Vindolanda indica con cuántos efectivos contaba en ese momento la *cohors I Tungrorum*, la cohorte auxiliar de tamaño doble o miliar que guarnecía la fortaleza a partir de 92-97 d. C. aproximadamente, y tenía una fuerza nominal de poco más de 800 hombres. El 18 de mayo (año desconocido) la unidad contaba con 752 soldados de todos los rangos, incluyendo a 6 centuriones, pero no menos de 5 centuriones y 456 soldados estaban en aquel momento fuera de la guarnición. El destacamento más grande estaba formado por 337 hombres y (probablemente) 2 centuriones, no se encontraban demasiado lejos, en Coria (el actual Corbridge). El resto estaba repartido en grupos más pequeños, algunos en Londres, otros 46 hombres sirviendo como guardias personales del legado provincial, por lo que tal vez también estuvieran en Londres o escoltando al gobernador en algún otro punto de la provincia. De los soldados que estaban en Vindolanda, 31 se encontraban en el hospital de la guarnición y, por tanto, no estaban en condiciones para el servicio, lo que dejaba a 265 y un centurión como fuerzas efectivas de la guarnición.[18]

Otros informes sobre efectivos que han sobrevivido al paso del tiempo presentan una imagen similar de unidades ampliamente dispersas. El 31 de diciembre, a principios del siglo II d. C., la cohorte mixta *cohors I Hispanorum Veterana quingenaria* acantonada en el Danubio tenía a 546 soldados en sus libros, «… incluyendo a 6 centuriones, 4 decuriones; 119 jinetes; también había __ *duplicarii*, 3 *sesquiplicarii*, 1 soldado de infantería

duplicarius, __ infantería *sesquiplicarii*» y se le incorporaron otros 50 hombres, incluyendo los rezagados que retornaban, en las primeras semanas del nuevo año. En ese momento se registraron también las reducciones permanentes de efectivos, como las referidas a aquellos hombres que habían sido transferidos a otras unidades y a los fallecidos, uno de ellos un soldado asesinado por bandidos y uno o más ahogados. Había otros que seguían perteneciendo a la guarnición, pero en ese momento estaban en una misión como destacados, enviados por ejemplo a recopilar grano y ropa de las Galias, o bien a por caballos, y otro grupo aún mayor había sido destinado a otros puestos, o servía a varios funcionarios. Una partida de soldados estaba «en la otra orilla del Danubio en una expedición», mientras que otros se habían unido a una fuerza de exploradores dirigida por un centurión y varios destacamentos separados estaban custodiando barcos de grano, el suministro de trigo y animales de tiro, o trayendo ganado de las montañas Haemus. A diferencia de lo que vimos en la cohorte de Vindolanda, la mayoría de los centuriones se encontraba en la unidad principal, aunque tres de cuatro decuriones —los comandantes de las cuatro *turmae*, o tropas de jinetes— estaban ausentes.[19]

Los cuarteles generales de las legiones solían permanecer en el mismo lugar durante largos periodos, a veces durante varios siglos. Las unidades auxiliares también aparecen en el mismo fuerte generación tras generación, aunque en este caso debemos ser más prudentes, ya que las inscripciones que atestiguan su presencia, pero separada por décadas, no implican necesariamente que la unidad estuviera estacionada allí todo el tiempo. Incluso cuando vemos que las unidades se quedaron en el mismo lugar durante mucho tiempo, puede que esa permanencia no signifique más que ese lugar servía como depósito. Las bases de las legiones eran centros administrativos y el edificio del cuartel general o *principia* de cada base alojaba los registros de la

unidad. Las fortalezas de legionarios y, en menor grado, los fuertes auxiliares, también albergaban talleres destinados a la fabricación y mantenimiento de los equipos. Es posible que, entre todas las bases, algunas desempeñaran asimismo la función de centros de instrucción, porque realmente no llegamos a entender cómo entrenaba el ejército a los reclutas y si esto se realizaba a nivel de la unidad o de forma colectiva. Buena parte del tiempo, tal vez sobre todo en primavera y verano, la mayoría de los soldados de una guarnición se encontraba lejos de su base. Las excavaciones han revelado que importantes secciones de la base de la *Legio XX Valeria Victrix* en Deva (la actual Chester) en Britania fueron abandonadas en el siglo II d. C., dejando al descubierto edificios vacíos, demolidos o reemplazados con estructuras inusuales. Es probable que hubiera algún tipo de presencia militar continuada en todo momento, aunque fuera poco más que suficiente mano de obra para ocuparse del mantenimiento del lugar, tener en orden la documentación de la unidad, realizar tareas menores y cuidar de los enfermos y heridos. Seguramente habría un punto en el cual una base llegara a ser completamente abandonada y la unidad se trasladara a otro sitio si no había ninguna posibilidad de volver y el sitio no realizara ya ninguna función útil.[20]

En las fronteras bien estudiadas, especialmente en Britania y Germania y cada vez más en las provincias del Danubio, podemos localizar las fortalezas de legionarios y la mayoría de fuertes auxiliares, así como instalaciones más pequeñas, como fortines y torres de vigilancia. Lo cual no es lo mismo que saber dónde estaban la mayor parte de sus guarniciones y lo que estaban haciendo. En ocasiones, había destacamentos de envergadura o *vexilaciones* en otra provincia, y el hecho de que grupos más pequeños o individuos estuvieran lejos era todavía más común. Estar de servicio en otras partes de la misma provincia era incluso más probable. Eso no significa necesariamente que

las fortalezas estuvieran vacías salvo por un grupo de personal administrativo. Un fuerte construido originalmente para alojar a una unidad auxiliar en concreto tenía capacidad de albergar a otra del mismo o de otro tipo. Los legionarios podían vivir en barracones concebidos para auxiliares y viceversa, aunque sería difícil estacionar a una unidad de caballería en una fortaleza sin instalaciones de estabulación adecuada, al menos durante un largo periodo o durante el invierno. Hay infinidad de indicios de hombres de diferentes unidades que entraban o pasaban por otras bases. Nada de esto debería habernos sorprendido, pero las grandes lagunas que existen en nuestras pruebas con respecto al ejército romano han fomentado que los académicos junten las piezas del puzle bajo la suposición de que formaban parte de una realidad sencilla y regular. En vez de eso, la imagen es de una situación mucho más dinámica, siempre cambiante y a menudo confusa, al igual que la de los ejércitos de periodos más recientes. Cabe resaltar que los destacamentos rara vez consistían en subunidades oficiales como centurias o *turmae*, y menos aún en los *contubernium*, con sus ocho hombres que compartían una tienda de campaña y un par de habitaciones en los barracones. En cambio, tantos hombres como se juzgara necesario eran situados bajo mando temporal para cumplir una tarea en particular.

Los registros de las unidades hacían un seguimiento individual de los movimientos de cada soldado. Por ejemplo, un papiro del siglo I d. C. de Egipto registra el servicio destacado del legionario Tito Flavio Celer, «… que se marchó al granero, el 11 de febrero de 80. Volvió el mismo año, (*fecha perdida*). Salió con la patrulla del río (*mes perdido, 81*). Volvió el mismo año, el 24 de mayo. Salió (*destino perdido*) el 3 de octubre de 81. Regresó el 20 de febrero de 82. Salió con el convoy del grano, el 19 de junio de 83. Volvió (*fecha perdida*)».

Las solicitudes de hombres para realizar un servicio eran individualizadas e incluían el nombre del soldado. Por ejemplo, «Aponio Didimiano, decurión, a Juliano el *curador*, saludo. Por favor, envíame rápidamente a Atridas, jinete de la *turma* de Antonino, cuando recibas el ostrakon que te he mandado, ya que el prefecto ha pedido que se ponga a su servicio. Adiós». Y «Claudio Archibio a Aristoboulos su colega, saludos. He enviado Paprenis de la *turma* de Antonino y Julio Antonino de la *turma* de Tulio a Aphis… en lugar de Aponio Petroniano y Julio Apollinaris. Espero que te encuentres bien».[21]

Era raro que toda la unidad de una base estuviera en ella, sobre todo cuando hablamos de grandes formaciones como una legión. Los sitios más pequeños, como los fortines y las torres de vigilancia, solían contar con una ocupación más parecida al tamaño de la guarnición para la cual habían sido diseñados, aunque solo fuera porque era más fácil abandonarlos cuando ya no eran necesarios. Con todo, incluso en estas pequeñas instalaciones, no hay ninguna necesidad de presuponer que los hombres apostados allí pasaban todo el tiempo en la torre o detrás de las murallas de un fortín, o incluso que estos estuvieran ocupados durante todo el año. Como hemos visto, era común que hubiera sistemas de torres a la orilla de las calzadas, así como en las fronteras, y en Egipto encontramos evidencia de que se ocupaban de ellas tanto civiles como soldados. La participación de civiles parece menos probable en los casos en que las torres formaban parte de un sistema fronterizo más amplio, lo que significa que a las guarniciones más grandes también les pedían hombres para estacionarlos en esos puestos de avanzada.

El diseño del muro de Adriano demuestra que a veces se consideró útil concentrar un gran número de tropas en una zona fortificada específica. No se sabe con certeza si la muralla en sí poseía parapeto y paseo de ronda, lo que habría permitido a

los hombres patrullar a lo largo de ella, o si era simplemente una barrera, como las empalizadas levantadas en Germania Superior y Recia. Incluso cuando el diseño fue alterado y el muro de Adriano se estrechó, era sin duda lo suficientemente amplio como para alojar un paseo de ronda, así que esa característica parece probable pero no puede ser probada. Erigido a cada una de las ochenta millas romanas de su longitud (unos ciento dieciocho kilómetros) había un *milecastle*, capaz de acomodar, como máximo, a unas cuantas docenas de hombres y, entre los fortines, tres torretas. Había quince fuertes, cada uno concebido para una sola unidad auxiliar, en la propia muralla y varios más, incluyendo Vindolanda, situados en sus inmediaciones o detrás o delante del muro. Una zanja ancha y de paredes empinadas formando un terraplén, conocida hoy como el *vallum*, se situó al sur, sellando la zona militar. Por lo visto, el *vallum* no fue mantenido con el suficiente cuidado durante el tiempo que la muralla estuvo ocupada, pero aun hoy resulta un obstáculo formidable a lo largo de gran parte de su extensión. Delante del muro se excavó una zanja más estrecha, excepto en algunos lugares donde comprobaron que la roca era demasiado dura para poder romperla o en zonas donde la propia naturaleza suministraba una cuesta muy escarpada o un acantilado. Entre la zanja y el muro había varias filas de estacas afiladas, algunas montadas sobre vigas o escondidas en hoyos: el equivalente antiguo del alambre de espino.[22]

Ninguna de estos obstáculos fue concebido para actuar como una barrera que frenara el movimiento del ejército romano. Cada fortín tenía puertas en sus lados norte y sur, permitiendo el paso a través de la muralla, aunque, en algunos casos, estas daban a laderas que resultaban poco prácticas para los hombres a pie o a caballo, y mucho menos para el paso de un vehículo. Poco se perdió cuando muchas de estas puertas fueron selladas. Más importantes eran las puertas de entrada al fuerte: al menos

una y a veces hasta tres de las cuatro puertas dobles de cada fuerte estaban situadas al norte de la muralla. Había también otros dos lugares de cruce principales que pueden haber sido construidos en parte para permitir el tráfico de civiles y que habían sido emplazados en una posición adelantada respecto a los únicos puntos de cruce del *vallum*. Siempre que deseara, el ejército podía reunir una o más columnas y abandonar la muralla de Adriano. También había puestos de avanzada permanentes, entre ellos, varios fuertes capaces de alojar una unidad auxiliar completa, ubicados antes de la muralla, a bastante distancia. En la mayoría de los aspectos, estas bases poseen las características típicas de las fortalezas construidas en otros lugares, y no hay rastro de defensas excepcionales que sugieran que las tropas se enfrentaran a una amenaza permanente y grave de ataque. La actividad diplomática llegaba todavía más al norte. Hay evidencia de que algunos centuriones participaron en consejos tribales celebrados en otras fronteras. Las tablillas de Vindolanda mencionan a un *centurio regionarius* en Carlisle, un tipo de oficial que encontramos en otros lugares del Imperio y cuyas responsabilidades, probablemente, combinaban lo político y lo militar. Los tesoros de monedas de plata romanas recién acuñadas encontrados en distantes regiones del norte de lo que ahora es Escocia bien podrían ser ayudas monetarias pagadas a los caciques para garantizar su alianza con Roma.[23]

La negociación y el soborno eran respaldados por la amenaza permanente y el uso ocasional de intervenciones militares de importancia. Es posible que el primer ejército romano que operaba en una región tuviera escasa información fiable sobre el país o sus pueblos hasta que llegaba allí (del mismo modo que Julio César no logró averiguar gran cosa sobre Britania antes de lanzar su primera expedición a la isla). Buena parte de la información se descubría durante la campaña y más aún si el ejército se instalaba en el mismo territorio o en sus inmediaciones. La

mayoría de las fronteras del Imperio fueron ocupadas durante un periodo muy prolongado. Algunos nativos les daban la bienvenida a los romanos desde el principio, mientras que otros acababan aceptando su presencia como una realidad de la vida y hacían todo lo posible para llegar a una situación que fuera aceptable para ambos; estos dos tipos de poblaciones eran las fuentes de información principales de los romanos. Esto se veía reforzado por la observación directa, así como por el intercambio y los encuentros pacíficos. Un número considerable de bases y todavía más torres y fortines se construyeron cerca de asentamientos indígenas. Una inscripción encontrada en África registra la construcción de un «puesto de avanzada de exploradores» (*burgus speculatorius*) que brindaba «nueva protección para la seguridad de los viajeros», un caso inusual en el que un lugar era bautizado con el nombre de su función. Las fronteras romanas no eran una «cortina de acero» pensada para mantener a los dos lados separados, como tampoco para separar las redes de bases militares, cuarteles, tropas móviles o los oficiales y hombres destinados a observar, controlar y dominar un área. La función de las fronteras era la misma tanto si la línea principal se situaba en un río como cuando se trataba de un límite artificial.[24]

3. Anatomía de una razia

La razia era la forma más común de guerra en el mundo antiguo e incluso se podría decir que algunas invasiones a gran escala fueron incursiones a gran escala, en las que la ocupación y la conquista permanente no eran el objetivo principal, sino que, en cambio, lo que perseguían los atacantes era robar o hacer prisioneros. El prestigio también era importante, porque el hecho de que un ejército fuera capaz de marchar arriba y abajo a

voluntad por territorio enemigo demostraba que el atacante era fuerte y el defensor, débil. Había quienes decidirían librar una batalla para evitar esa humillación, pero, con frecuencia, eso era precisamente lo que un atacante más fuerte quería que hicieran. La derrota en la batalla o la devastación de su territorio persuadía a algunos pueblos de tratar de firmar un acuerdo de paz, por lo que le ofrecerían al atacante rehenes, riqueza y otras recompensas para conseguirlo. Aun cuando no se llegara a esa situación y esperaran a que el invasor se retirara, la percepción de su debilidad hacía que el mismo enemigo lanzara nuevos ataques y alentaba ataques de otros saqueadores. Las razias también tenían consecuencias sobre la política interna y el poder. Un líder que no había podido proteger a la comunidad del saqueo perdía su reputación y se volvía más vulnerable a los desafíos a su poder. El *Táin Bó Cuailnge*, una epopeya irlandesa que unos monjes pusieron por escrito en la Alta Edad Media, pero que hacía referencia a un mundo de una Edad del Hierro temprana repleta de antiguos dioses, héroes en carros y cazadores de cabezas, incluye esta conversación carente del más mínimo tacto entre un rey y su reina:

> «Me llamó la atención, —dijo Ailill—, que ahora eres mucho más rica que el día que me casé contigo».
>
> «Ya estaba bien situada antes de ti», contestó Medb.
>
> «Entonces no es que supiera ni oyera mucho hablar de tu riqueza, —dijo Ailill—. A excepción de tus cosas de mujer y los enemigos vecinos escapando con el botín de su saqueo».

A continuación, la pareja compara sus posesiones, y la reina Medb descubre que su marido es más rico, pero solo porque es dueño de un toro de mejor calidad que ella. La reina rápidamente reúne un ejército e invade el reino vecino de Ulster para hacerse con el mejor animal de su gobernante. El poema, cuyo título se traduce como *El robo de ganado de Cooley*, se encuentra en el Ciclo de Ulster y cuenta la historia de esta incursión motivada por el pillaje (en este caso, un robo muy específico). En

ese sentido, el argumento no es muy diferente de la historia de Troya, en la que la gran guerra se desencadena a raíz del robo de una esposa. En la *Odisea*, cuando el héroe Odiseo visita el inframundo y se sorprende al encontrarse allí con el espíritu del rey Agamenón, le pregunta: «Glorioso hijo de Atreo, rey de hombres, Agamenón, ¿qué destino de la despiadada muerte te venció? ¿Poseidón te abordó tus naves, tras levantar a una furiosa ráfaga de vientos crueles? O ¿los hombres hostiles te hicieron daño en la tierra, mientras estabas robando su ganado y excelentes rebaños de ovejas, o estabas luchando para conquistar su ciudad y sus mujeres?». Se da por supuesto que existe la intención de atacar y saquear, lo que sin duda explica la recepción «hostil».[25]

Muchas guerras en el mundo griego y romano se centraron en incursiones de saqueo, que, en ocasiones, podían dar lugar a una batalla. Numerosas operaciones romanas, por ejemplo, las campañas de Germánico al otro lado del Rin en los años 14-16 d. C., fueron en esencia incursiones a una escala inmensa. Por eso resulta desafortunado que los académicos tiendan a ver las grandes guerras y las razias como dos entidades claramente diferenciadas y sin relación entre sí. A menudo denominadas guerras de «alta intensidad» y guerras de «baja intensidad», solo las primeras son consideradas importantes y motivo de preocupación para los emperadores. Pero también fueron muy infrecuentes durante gran parte de los siglos I y II d. C. en la mayoría de las fronteras. Un estudio de la frontera del Rin en ese periodo y en periodos posteriores niega que existiera ninguna amenaza a gran escala, a la vez que admite repetidamente que, en comparación, las razias lanzadas contra el Imperio eran comunes. Las razias son desestimadas como amenaza, lo que lleva al autor a afirmar que los emperadores crearon una imagen artificial de las tribus más allá de la frontera, describiéndolas como

poderosas y agresivas para satisfacer su necesidad de ganar victorias militares.[26]

Es cierto que una incursión emprendida por unas cuantas decenas de hombres, o unos pocos cientos o unos pocos miles, no llegaría a hundir el Imperio. Es igualmente cierto que la disposición de los fuertes y fortificaciones en las zonas fronterizas no estaba bien pensada para detener invasiones de envergadura. Unas guarniciones distribuidas a todo lo largo de la línea de una frontera habrían permitido a un enemigo fuerte concentrar una fuerza abrumadora en un único punto y abrir una brecha en las defensas. Sin embargo, esta perspectiva pasa por alto todas las pruebas con las que contamos sobre la gran movilidad de las guarniciones. Las líneas de frontera no estaban destinadas a detener los ataques principales, de eso se ocuparía un ejército de campo formado a partir de las tropas acantonadas en la zona y todos los refuerzos disponibles. Teniendo en cuenta la actividad diplomática y de exploración que se llevaba a cabo al otro lado de la frontera, en la mayoría de los casos confiaban en ser avisados con suficiente antelación para reunir a un ejército capaz de enfrentarse y vencer al enemigo en campo abierto, tal vez incluso antes de que atravesara la frontera. Tampoco se puede decir que las razias no fueran motivo de preocupación; un indicio de que sí eran consideradas un problema es la práctica común de repartir pequeños destacamentos de tropas por distintas torres y fortines, algo que, llegado el momento, habría dificultado la tarea de reunir una gran fuerza para una campaña a gran escala. Varias inscripciones de la zona del Danubio registran cómo el emperador Cómodo «protegió toda la orilla del río con puestos fortificados [*burgis*] construidos sobre el terreno y también con guarniciones [*praesidiis*] colocadas en lugares ventajosos para prevenir los cruces clandestinos de ladrones».[27]

Estos ladrones (*latrunculi*) venían a través del río de las tierras que se extendían fuera del imperio. Denominarlos bandidos y delincuentes en vez de enemigos formales contribuyó a difamarlos, aunque sin duda sus víctimas no necesitarían ningún estímulo en ese sentido. Por otro lado, esa denominación respetaba la distinción legal entre los «enemigos enemigos» en una guerra declarada oficialmente y aquellos que empleaban la violencia de forma intermitente. El hecho de que un emperador quisiera que se supiera que había tomado amplias medidas para hacer frente a ese tipo de bandas deja muy en claro que las autoridades no ignoraban las razias de baja intensidad. El ejército romano se enfrentaba a estas incursiones hostiles y a veces lanzaba sus propias incursiones, pero los académicos apenas se han detenido a reflexionar acerca de la naturaleza de esos ataques de pillaje. Aunque ningún incidente individual ha sido registrado con verdadero detalle, es posible recomponer una imagen general a partir de los factores en juego y de la forma de comportarse de ambos bandos, y, a grandes rasgos, esa imagen general es aplicable tanto a los bandidos que actuaban dentro del Imperio como a los que venían de más allá de las fronteras.

Buena parte de su actuación dependía del objetivo del ataque. El motivo más común era el saqueo: el ganado bovino, ovino y otros animales podían ser consumidos o trasladados al hogar de los atacantes para aumentar sus rebaños o para comerciar con ellos y obtener dinero u otros beneficios. Algunas comunidades dependían para su supervivencia de complementar lo que podían producir con alimentos robados a otros pueblos. Tácito señaló que los germanos se enorgullecían mucho de su ganado, lo que significaba que obtener más cabezas les resultaba atractivo por sí mismo además de suponer un golpe para el prestigio de la víctima. Otra variedad de ganado eran los cautivos humanos, en especial aquellos que podían ser utilizados o vendidos como esclavos. También estaban los objetos de

valor, entre los que se contaban desde el dinero, las joyas y las estatuas o vasijas hechas de materiales preciosos, pasando por ropa y telas, hasta las herramientas, sobre todo las de metal, junto con otros artículos prácticos. Ese tipo de objetos eran útiles y tenían el prestigio añadido de haber sido obtenidos por la fuerza. Otro de los motivos de las razias era matar o capturar a personas como prueba de valor, quizás para confirmar el estatus de guerrero. La caza de cabezas era común en muchas sociedades de la Edad del Hierro. El deseo de matar no era incompatible con el deseo de robar, pero el hecho de que uno u otro fuera el motivo predominante podía influir en la manera en la que se llevaba a cabo la razia. Alternativamente, ambos deseos podían ser secundarios si el propósito primordial de la incursión era hacerle la guerra a un enemigo, ya fuera Roma o sus comunidades provinciales y aliadas. En ese caso, el objetivo era infligir daño y humillación en la víctima, y el pillaje sería empleado como un medio para lograr ese fin y para alimentar a la banda de asaltantes.[28]

El líder que planeaba lanzar una razia necesitaba reclutar seguidores. Los guerreros domésticos de un cacique estaban obligados a acompañarle y, por otro lado, contaban con hacerse con las recompensas que deparaba la guerra. Dependiendo de la importancia del cacique, eso podía representar desde una fuerza de unas pocas decenas de hombres hasta contingentes de doscientos o trescientos. Otros hombres de la tribu podían ser inducidos a unirse a la razia, lo que dependería de su actitud y obligaciones respecto del cacique, así como de su evaluación de las posibilidades de éxito. Aquellos guerreros ya expertos, con un historial de haber obtenido botín y gloria, eran los que más oportunidades tenían de atraer a otros guerreros. Otra opción era aliarse con otros dirigentes que trajeran a sus propios guerreros domésticos y a cualquiera que estuviera dispuesto a unirse a la partida. Los guerreros que se unían a los *comites* de

los aristócratas solían estar peor equipados, y probablemente irían a pie en lugar de a caballo (excepto en los pueblos nómadas o de pastores como los sármatas y los númidas). La guerra no era la ocupación primordial de estos hombres, que eran principalmente agricultores o pastores, por lo cual solo estaban disponibles para periodos cortos y en determinadas épocas del año. Por último, estaban los ladrones de ganado, los cuatreros y los bandidos, para quienes las razias eran su principal ocupación. Algunos se hallaban al margen de la comunidad, otros atacaban a sus enemigos. Estos hombres podían unirse para emprender una incursión más grande, pero también operaban por su cuenta, generalmente en grupos pequeños (de hecho, las grandes bandas acababan convirtiéndose en grupos de seguidores liderados por un cacique o eran perseguidos por los caciques como amenaza a las comunidades que gobernaban).[29]

Algo que todos los tipos de atacantes potenciales tenían en común era el deseo de permanecer con vida. Si alguna vez hubo bandas para las que las bajas fueron menos importantes que matar al enemigo, estas fueron excepcionalmente raras. Aun cuando la razia fuera un medio de hacer la guerra, los participantes no esperaban ganar esa guerra con su ataque, sino contribuir con él a desgastar al enemigo. Los guerreros a tiempo completo de la casa de un aristócrata eran seleccionados de un grupo reducido de guerreros dentro de las tribus, y dichos hombres cualificados eran difíciles de reemplazar. Otros hombres que se ofrecían de manera voluntaria para tomar parte en una razia lo hacían por la aventura, la gloria o los beneficios y naturalmente querían sobrevivir para disfrutar de esas cosas, mientras que los bandidos a tiempo completo actuaban con vistas a lucrarse y no con la esperanza de encontrar una muerte heroica. Los hombres que participaban en las razias estaban muy motivados, puesto que la mayoría había elegido tomar parte en la expedición y muchos eran hábiles y feroces combatien-

tes, pero se preocupaban de evitar sufrir fuertes bajas. En épocas posteriores, prácticamente lo mismo podía decirse de los vikingos o los apaches. El objetivo era tomar al enemigo por sorpresa, golpeándole con una violencia abrumadora, robar lo que querían y, a continuación, escapar. Buscaban siempre evitar que el enemigo tuviera tiempo de reunir un contingente suficiente para enfrentarse a ellos, ya que no querían arriesgarse a entablar una batalla cuyas condiciones no les favorecieran y obtener una victoria pero con altas pérdidas —y no digamos sufrir una derrota—, que podía paralizar una banda y desprestigiar a un líder.

La sorpresa era vital, de modo que elegir el momento oportuno era siempre el factor clave. Para salir airosas, las partidas debían atacar y escapar antes de que los defensores pudieran reunir una fuerza suficientemente grande para hacerles frente (algo especialmente peligroso cuando había una guarnición del ejército romano en el área). Una vez que se había tomado la resolución de organizar una expedición, la siguiente decisión importante era la elección de objetivos. Si los asaltantes querían ganado necesitaban saber dónde tenían más probabilidades de encontrarlo, algo que, a menudo, dependía de la estación del año. Durante el invierno, los animales tendían a reunirse en un lugar pequeño más que deambular en busca de pasto. El mejor momento para robarlos, cuando solían estar más sanos y bien alimentados, era cuando los bajaban de las zonas de pastos estivales a principios del otoño, antes de perder peso debido a la alimentación invernal. Si los invasores querían esclavos, necesitaban averiguar dónde estaban ubicadas las casas, granjas, pueblos (y ciudades, en caso de que la incursión fuera muy grande). Lo mismo ocurría si querían robar objetos de valor, lo que sumaba templos y santuarios a la lista, aunque en ocasiones podía existir un tabú que prohibiera robar en los lugares sagrados.

Todo lo que hemos mencionado sobre la falta de mapas y conocimientos geográficos precisos de los romanos se cumple igualmente en el caso de los pueblos que habitaban fuera del Imperio. Tanto la narrativa como el cine han alimentado una falsa imagen que sugiere que las partidas de saqueadores confiaban en el azar, atacando a cualquiera que se cruzara en su camino: las naves alargadas de los vikingos saliendo sigilosamente de la niebla, los comanches apareciendo de la nada en el desierto… La verdad es muy diferente. Los saqueadores llevaban solo comida suficiente para un corto periodo de tiempo y no cabe duda de que errar por los caminos con la esperanza de detectar objetivos probables para luego atacarlos les habría tomado demasiado tiempo. Lo que es aún más importante, esa estrategia habría aumentado la posibilidad de que les descubrieran, dando a los defensores la oportunidad de esconderse, huir a los lugares fortificados donde estarían seguros y reunir una fuerza de importancia para hacerles frente. A menos que los defensores fueran considerados tan débiles como para no suponer amenaza alguna, era esencial que los saqueadores supieran claramente hacia dónde se dirigían y cómo llegar allí antes de atacar, sobre todo si venían por mar.

Aquellos asentamientos que habían sido saqueados en el pasado tenían la ventaja de ser lugares conocidos, pero, con el tiempo, acabarían siendo abandonados, proporcionarían cada vez menos despojos o serían fortificados, lo que los haría más difíciles de conquistar. En el siglo IV d. C., leemos la historia de un comandante romano que envió a un tribuno que hablaba con fluidez los idiomas nativos en una misión diplomática a las tribus, pero con la intención secreta de descubrir sus intenciones, espiarlos y averiguar cuanto pudiera sobre sus tierras. En otra ocasión, el mismo general ordenó a algunos oficiales que capturaran a un miembro de la tribu de los alamanes y le obligaran a guiar a una columna romana hacia su territorio para

asaltarlo. Se trataba de un método muy utilizado en el mundo antiguo, pero para que tuviera éxito era necesario encontrar a alguien que estuviera dispuesto a cooperar y, a la vez, fuera capaz de ayudarles. En una ocasión, el ejército de Aníbal fue enviado por un camino equivocado por un error a la hora de pronunciar el nombre de un lugar. En el año 53 d. C., una banda de guerreros germánicos respondió al anuncio de Julio César de que cualquiera que lo deseara podía saquear el territorio de los eburones. Dos mil de ellos cruzaron el Rin y capturaron gran cantidad de galos que estaban huyendo de otros ataques. Al haberse hecho con gran cantidad de ganado y cautivos, los germanos se sentían muy satisfechos con ese trabajo de aliados «por cuenta propia» de los romanos, hasta que:

> Uno de los cautivos dijo: «¿Para qué os cansáis en perseguir esta presa miserable y ruin, siendo así que tenéis la mayor fortuna al alcance de las manos? En tres horas podéis llegar a Atuatuca; aquí tiene el ejército romano todas sus riquezas; la guarnición es tan escasa que ni siquiera basta a cubrir el muro, ni se atreve nadie a salir de las fortificaciones». Tentados por esta esperanza, los germanos dejan escondida la presa que habían hecho y se dirigen a Atuatuca, llevando como guía al mismo que les había descubierto todo aquello.[30]

En este caso la información no era totalmente precisa. Aunque los germanos sorprendieron a los romanos y lograron aislar a un destacamento que había salido en busca de víveres, así como a un grupo de comerciantes que estaban comprando y vendiendo sus mercancías fuera de la muralla, el campamento en sí tenía unas defensas demasiado fuertes para poder tomarlo con sus efectivos. Abandonando el ataque, recuperaron el botín y los prisioneros que ya habían hecho y se retiraron cruzando el Rin en dirección a su patria.

César empleaba a comerciantes romanos que trabajaban entre las tribus como fuentes de información y, de la misma manera, los comerciantes procedentes de áreas que no pertenecían al Imperio pero trabajaban en las provincias eran una fuente valiosa para los líderes tribales. Tácito señala que, de todas las

tribus germánicas, los hermunduros eran los únicos «leales a Roma y solo con ellos de entre los germanos se hacen negocios no solo en la orilla del río, sino en zonas más allá de la frontera en la colonia más próspera de la provincia de Recia [Augusta Vindelicum, la actual Augsburgo]. Cruzan el río por todas partes sin ser supervisados». En cambio, a otros pueblos germánicos solo se les permitía cruzar por los lugares predeterminados y utilizar exclusivamente una serie de mercados determinados, muy vigilados, lo que hacía que les resultara más difícil hacerse una idea acerca del aspecto y configuración de la provincia en general. En el siglo II d. C., incluso a una tribu considerada más digna de confianza se le prohibió realizar operaciones fuera de los mercados designados, porque los romanos tenían miedo de que miembros de otras tribus, similares en apariencia pero hostiles, pudieran infiltrarse entre ellos.[31]

Aunque es difícil datarlos con precisión, varios pasajes del Talmud claramente dan por sentado que las razias eran un riesgo habitual, sobre todo para las comunidades de Idumea, lindando con el reino nabateo. Por ejemplo: «Se ordena que si unos gentiles atacan en sábado a algún pueblo que se encuentre cerca de la frontera, los habitantes se presenten ante ellos completamente armados y que regresen completamente armados. [Esta ley se aplicará] incluso en el caso que vengan solo a robar paja y madera. Si atacan a pueblos del interior, solo se podrá salir armado a recibirlos si atacan con la intención de matar». Otras disposiciones hacen referencia a las torres de vigilancia y a los vigilantes que hacían guardia para alertar a las comunidades si se acercaba algún desastre natural como las tormentas, pero también si venían animales salvajes y bandas de saqueadores. La ley judía requiere que los esclavos se conviertan a la fe de su amo, pero «si alguien compraba un esclavo de un gentil y este no está dispuesto a someterse a la circuncisión, el nuevo amo puede aguardar a ver si se convence durante doce meses y

si permanece firme en su negativa debe ser vendido a un no judío. El rabí Simón ben Eleazar dijo… en una ciudad de la frontera se recomienda no quedárselo [al esclavo], ya que podría contarle a sus parientes cosas que hubiera oído».[32]

Los esclavos fugitivos y los desertores del ejército se llevaban consigo una información que era muy útil para unos atacantes potenciales; esa es una de las razones por las cuales los tratados de paz al final de las guerras a menudo estipulaban que ambos grupos fueran devueltos junto con los cautivos que habían sido apresados durante los combates. Al igual que sucedía con los datos sobre sus enemigos que recopilaban los romanos, no todo lo que les decían los comerciantes, los fugitivos o los espías era exacto. Varias tribus germánicas llegaron a creer que Claudio había dado a sus legados provinciales instrucciones estrictas de no cruzar al Rin o emprender ninguna operación ofensiva. En consecuencia, empezaron a establecerse en un terreno que estaba situado al este del río pero que, hasta ese momento, el ejército romano había mantenido despejado y, al ser descubiertos, fueron desalojados por la fuerza. En el siglo IV d. C., las historias que contaban los auxiliares reclutados más allá de la frontera que habían vuelto a sus hogares de permiso motivaron una incursión de envergadura. Repetían el rumor de que el grueso del ejército romano estaba a punto de trasladarse al este. Ante tal oportunidad, las tribus atacaron, solo para descubrir que la información era errónea. En el año 68 d. C., los roxolanos sármatas derrotaron a dos cohortes auxiliares. Esta victoria y el hecho de darse cuenta de que gran parte del ejército provincial había salido para combatir en la guerra civil de Roma les animaron a cruzar el Danubio y emprender razias en la provincia de Mesia. En este caso su información era correcta, pero la llegada casual de una fuerza romana procedente de Siria, que marchaba a través de la región de camino para participar en la lucha por el trono, provocó su derrota.[33]

Una vez que los saqueadores habían elegido sus objetivos, necesitaban llegar a ellos rápidamente. Si había un río o un mar en su camino tenían que cruzarlo, y los barcos o balsas que hubieran empleados tenían que quedar ocultos y protegidos para utilizarlos de nuevo en el viaje de vuelta. Los saqueadores marítimos solían ser reacios a alejarse demasiado de sus barcos por temor a que fueran destruidos o a encontrarse con que la ruta de vuelta hacia ellos había sido cortada. Los fortines romanos erigidos en la costa con frecuencia daban a zonas apropiadas para desembarcar. Las guarniciones eran demasiado pequeñas para impedir que una fuerza importante llegara a tierra, pero estaban en buena posición para amenazar a los hombres que se quedaban en los barcos para custodiarlos. Las fronteras artificiales como el muro de Adriano o el *Limes Germanicus* presentaban un problema diferente: un grupo de hombres a pie podían cruzarlos, especialmente con la ayuda de una cuerda o una escalera de mano, pero hacerlo llevaría tiempo, sobre todo si se trataba de superar obstáculos como las estacas y otros ingenios defensivos colocados delante del muro de Adriano. Era mucho más difícil conseguir que los caballos u otras monturas las atravesaran sin hacerse previamente con el control de una de las puertas, y estas estaban custodiadas por soldados. Las guarniciones de las torres, los *milecastles* o de otros fortines eran reducidas, por lo que es probable que una banda nutrida pudiera vencerlos. Sin embargo, el enfrentamiento inevitablemente llevaría tiempo, suponía arriesgarse a sufrir bajas y a que se diera la alarma. Las zonas fronterizas sin ríos u otro tipo de barreras eran más fáciles de cruzar. Las torres, los fortines y las guarniciones que patrullaban la zona aumentaban la posibilidad de que la banda fuera detectada, por lo que el uso cuidadoso del terreno o avanzar al abrigo de la oscuridad eran esenciales para evitar ser visto.

Ninguna de las fronteras romanas podía evitar que todos los atacantes, en especial los más resueltos, la atravesaran. Conseguían detener a algunos y al resto les dificultaban la tarea, a la vez que incrementaban la posibilidad de que el enemigo fuera avistado a tiempo de dar la alarma. En nuestras fuentes, las bandas de salteadores eran interceptadas mientras estaban saqueando o cuando regresaban a casa, pero casi nunca cuando iban de camino hacia una provincia. Los atacantes tenían la opción de escoger cuándo y por dónde atravesaban, mientras que las tropas romanas se encontraban ampliamente repartidas, tratando de cubrir todos los posibles accesos. Es decir, que incluso cuando las bandas decidieran lanzar una razia sobre una provincia, la mayoría de las guarniciones de las torres y fortines se encontrarían en el lugar equivocado, vigilando y esperando a que sucediera algo que no iba a producirse en su área. En general, en esas circunstancias, los números totales importaban mucho menos que las fuerzas capaces de reaccionar ante una determinada incursión. Cuanto más rápido se diera la voz de alarma, más oportunidades tendrían los defensores para responder al ataque.

Cuando avanzaban, los ejércitos quemaban de forma rutinaria los asentamientos que se encontraban a su paso. En una ocasión, César provocó la sorpresa generalizada por no hacerlo, capturando a muchos miembros de la tribu a la que estaba atacando mientras trabajaban los campos (dado que no habían sido alertados de que debían huir y buscar refugio en alguna fortificación). Las bandas de saqueadores de mayor tamaño solían actuar de manera igualmente destructiva, conscientes de que sus grandes números los hacían visibles a distancia y, por tanto, el sigilo era imposible. También se movían con más lentitud que las fuerzas más pequeñas y, si estaban compuestos de numerosos grupos e individuos diferentes, a sus líderes les resultaba más difícil controlarlos. Podían ser las comunidades civiles

quienes dieran la voz de alarma cuando los vieran aproximarse. Cicerón cuenta cómo los guardias y vigilantes de un templo de Sicilia alertaron a la gente del pueblo con sus gritos cuando unos ladrones atacaron el recinto (en este caso enviados por Verres). En otro incidente en un pueblo diferente, los guardias del templo hicieron sonar un cuerno de vaca para avisar a sus vecinos, que cogieron las armas y se reunieron para resistir el ataque. El Talmud menciona a un aldeano que había sido encargado de hacer guardia y tocar una trompeta de cuerno de carnero para dar la alarma. Había también perros guardianes y los rabinos decretaron que «nadie criará un perro, a menos que lo mantenga encadenado, excepto en los pueblos junto a la frontera, en los que se permite que el perro esté suelto, pero solo por la noche».[34]

Todas las torres de vigilancia —ya estuvieran en un pueblo, formaran parte de una gran villa, estuvieran situadas a lo largo de un camino o pertenecieran a un sistema de puestos avanzados militares— tenían una función defensiva, en el sentido de que ofrecían una plataforma elevada para observar y detectar la llegada de atacantes potenciales. Algunas torres construidas por el ejército habían sido concebidas claramente para enviar señales y contaban con un faro o una bandera que se izaba para avisar del peligro o, en algunos casos, con un sistema tipo semáforo que permitía un mensaje más detallado. Incluso una simple alarma alertaba a todo aquel que pudiera ver la señal, ya fueran civiles o el puesto de guarnición más grande de las inmediaciones. El medio más detallado de transmitir la información era mandar un mensaje escrito que llevaría hasta su destinatario un jinete correo. Es muy probable que en los fortines hubiera caballos y es posible que también fuera común contar con un soldado de caballería y su montura en alguna de las torres. En caso contrario, sería necesario que la guarnición principal enviara a un jinete para averiguar lo que habían visto los guardias de la

torre y luego regresaran al galope con la información. Es posible que ese fuera el procedimiento, teniendo en cuenta que, excepto en momentos de la máxima urgencia, una guarnición tardaba tiempo en preparar una patrulla o un contingente de refuerzos para hacer frente a la incursión. Lo más probable es que los tiempos de respuesta se midieran en horas más que en minutos.

Parte de un informe de esta naturaleza perteneciente a uno de los puestos de avanzada de las rutas hacia los puertos egipcios del mar Rojo se ha conservado hasta nuestros días. Lo que tenemos es una copia, escrita en una zona bastante plana de un ánfora usada. Este tipo de piezas de cerámica u *ostraka* eran una alternativa barata y popular al papiro, pero en este caso falta un fragmento del ánfora, que en algún momento debió partirse, llevándose con él una sección del texto. Sin duda, el informe real fue escrito en papiro, que era más fácil de transportar o en una tablilla de escritura de madera. Fue escrito y enviado por Antonio Céler, un jinete de la centuria de Próculo en la *cohors II Ituraeorum equitata*, a Casio Víctor, centurión de la misma cohorte auxiliar, y describe el ataque de «sesenta bárbaros» sobre el puesto de avanzada/estación de paso de Patkoua. Su ubicación es desconocida, pero se trataba de uno de una serie de pequeños puestos de avanzada situados a lo largo de las calzadas, todos ellos provistos de pozos y protegidos por una alta muralla de piedra de forma cuadrangular. Por lo visto, Céler no poseía ningún rango oficial y era un soldado ordinario que había sido nombrado comandante interino de una guarnición que constaba de unos diez o doce hombres. El incidente involucraba asimismo a un grupo de viajeros civiles que estaban refugiados dentro de la fortaleza o en sus alrededores y que, probablemente, fueran el principal objetivo de los atacantes. Una mujer y dos niños habían sido secuestrados y, más adelante, o bien uno de estos dos u otro niño había sido encontrado muerto. El

«ataque comenzó en la décima hora del día y continuó hasta la segunda hora de la noche y se reanudó aproximadamente al amanecer del día siguiente. Hermógenes, un soldado de infantería de la centuria de Sereno, ha sido asesinado». Por lo menos otros dos soldados habían resultado heridos, entre ellos «Damanais, jinete de la centuria de Víctor y Valerio… y su caballo… de la centuria de Próculo». El informe fue enviado por mensajero por la calzada que llevaba a la principal guarnición ubicada en el puerto de Myos Homos y luego distribuido a todos los puestos de avanzada, al mando de prefectos, centuriones, decuriones, *duplicarii, sesquiplicarii* y comandantes de puesto (es de suponer que, como Céler, carecían de otro rango oficial). **[35]**

Otros documentos registran el robo de animales perpetrado en una cantera del desierto egipcio operado por el ejército, y en varios *ostraka* del Norte de África se menciona el avistamiento de grupos de nómadas. Como podemos constatar, la información era registrada y distribuida. En el caso del ataque de Patkoua, todas las estaciones militares de la zona fueron advertidas de la presencia de los atacantes «bárbaros». Las avisaron de que debían ponerse en guardia, de modo que podían alertar del peligro a los viajeros, mientras que las guarniciones más grandes se preparaban para perseguir a los saqueadores. Una vez prevenidos, los civiles solían esconderse o reunirse para ofrecerse mutua protección, preferentemente en edificios. Incluso una simple granja de la Edad del Hierro, con unas cuantas casas rodeadas de corrales para animales, les ofrecía a sus ocupantes más posibilidades de salir indemnes que si los saqueadores los sorprendían en campo abierto. Al verlos preparados y alerta, un puñado de asaltantes bien podía decidir buscar otros lugares que atacar en lugar de correr el riesgo de entablar una lucha. Las zanjas y corrales que rodeaban los edificios hacían mucho más difícil llevarse el ganado o hacer prisioneros de ma-

nera furtiva. La sólida vivienda y edificios de trabajo de una villa, defendida por los propietarios, las familias, los trabajadores y los esclavos armados con todo lo que tuvieran a mano, eran capaces de oponer una fuerte resistencia, algo que demuestra muy bien el pasaje de Apuleyo, en el que los viajeros fueron confundidos con bandidos y atacados por perros y bombardeados con proyectiles. Las cerraduras y las puertas resistentes presentaban barreras para pequeños grupos de atacantes aunque normalmente no se considerarían defensas «militares». Los atacantes podían superar ese tipo de cosas, pero les demoraban y corrían el riesgo de sufrir bajas. Era poco probable que las grandes bandas de salteadores se dejaran disuadir, sabiendo que las villas más grandes también contenían muchos objetos de valor que merecía la pena robar. Las excavaciones arqueológicas de una villa cerca de Regensburg-Harting en Renania revelaron que fue saqueada a principios del siglo III d. C. y se encontraron trece esqueletos que habían sido arrojados a un pozo. Varios estaban desmembrados y les habían arrancado parte del cuero cabelludo (uno de los raros ejemplos de esa brutal práctica en la Edad del Hierro europea).[36]

Si se llegaba a la lucha, entonces los salteadores eran los que tenían más probabilidades de ganar, porque eran más hábiles en el uso de la violencia y estaban mejor equipados que la mayoría de los civiles. Los pequeños destacamentos de soldados también eran vulnerables, si bien eran capaces de oponer una resistencia mucho más dura. El puñado de hombres que estaban apostados en una torre de vigilancia eran incapaces de resistir mucho tiempo ante un ataque importante. Su protección se basaba en la renuencia de los saqueadores a invertir el tiempo necesario para acabar con ellos y a sufrir bajas, teniendo en cuenta los mínimos despojos que podían obtener, aparte de las armas de los soldados. El fortín de Patkoua resistió un ataque

largo, aunque probablemente consistente en asaltos esporádicos, a pesar de que su guarnición era pequeña.

Terminada la lucha, el saqueo de las víctimas llevaba su tiempo. Cuando César quiso castigar a los eburones en el año 53 a. C., se mostró renuente a encargarles la tarea a sus legiones. La tribu vivía en casas y granjas dispersas, difíciles de encontrar para quien no conocía bien la zona. «Estos parajes eran solo conocidos por los comarcanos y era necesaria gran cautela, no para defender el grueso del ejército… sino para salvar la vida de cada soldado… Pues muchos se alejaban demasiado, impulsados por la codicia del botín». Reacio a arriesgar la vida de sus propios hombres, César envió «mensajeros a los pueblos limítrofes; invitándolos a todos, con la esperanza de botín, al saqueo de los eburones, con el fin de que peligrara más en aquellas breñas la vida de los galos que la de sus legionarios».[37]

Las vacas, las ovejas u otro tipo de ganado tenían que ser reunidos y después sometidos a vigilancia para impedir que se dispersaran. Los cautivos tenían que ser atados o encadenados y también había que vigilarlos para impedir que escaparan. Hallar los escondrijos de los objetos de valor donde sus dueños los mantenían ocultos requería tiempo e ingenio. Algunos de los tesoros de monedas encontrados en la era moderna fueron enterrados como ofrendas, pero seguramente la mayoría fueron enterrados para mantenerlos a salvo por dueños que nunca volvieron a recuperarlos. La mutilación de los habitantes de la villa de Regensburg-Harting puede haber sido salvajismo puro y duro, pero también es posible que fueran sometidos a tortura para obligarlos a revelar sus secretos. La guerra en el mundo antiguo era extremadamente brutal y los prisioneros de guerra eran sometidos a violencia o ejecutados de forma rutinaria —en el caso de las mujeres, además, eran violadas— y casi la única protección de esos cautivos era el rescate que sus captores podían

obtener a cambio de liberarlos o la posibilidad de obtener beneficio de ellos si los vendían como esclavos.

Aunque fuera de poco consuelo para las víctimas, cuando los saqueadores estaban ocupados robando y celebrando eran muy vulnerables. Como César señaló, la búsqueda de botín hacía que los hombres se dispersaran —ya fuera campo través por terrenos abruptos o por las callejuelas de una ciudad o pueblo— y que fueran descuidados y bajaran la guardia. En Britania, dos cohortes auxiliares cayeron en una emboscada y fueron aniquiladas por los siluros, que utilizaron la perspectiva del pillaje para atraerlos hacia una trampa. Bajo el reinado de Claudio: «Una incursión de merodeadores catos causó el pánico en Germania Superior. Como respuesta, el legado Publio Pomponio envió a las tropas auxiliares de vangiones y nemetes, apoyados por un *ala* de caballería, con instrucciones de frenar a los salteadores, o, si se dispersaban, de rodearlos y atacarlos por sorpresa». Las tropas romanas «se separaron en dos columnas; una de las cuales, marchando hacia la izquierda, atrapó a un destacamento que acababa de regresar y, que, después de gastarse su botín en una orgía, estaban durmiendo bajo los efectos de sus excesos». En el año 366 d. C., unos exploradores romanos localizaron una banda de salteadores germánicos que estaba descansando después de haber saqueado varias villas. Los romanos se acercaron con cuidado, ocultos a la vista por una zona de bosques, y lograron pillarles totalmente por sorpresa. Algunos de los guerreros estaban bebiendo, otros se estaban dando un baño y otros se estaban tiñendo el pelo de rojo.[38]

Cuando volvían a casa, inevitablemente, los saqueadores avanzaban mucho más despacio que cuando se dirigían hacia su blanco. El ganado que habían robado tenía que ser guiado, mientras que a los cautivos —algunos jóvenes, otros viejos, otros desacostumbrados a hacer viajes largos— tenían que obligarles cada cierto tiempo a que continuaran caminando y

mantenerlos bajo estrecha vigilancia. Se ha conservado una atroz descripción del siglo IV d. C. de cómo los persas, cuando su ejército regresaba de alguna incursión en las provincias romanas, les cortaban el tendón de la corva a los prisioneros demasiado viejos o débiles para seguir el ritmo de avance y los abandonaban a su suerte. Puesto que el botín también debía ser transportado y, a menudo, era pesado o voluminoso, tenía que ser llevado por porteadores humanos, por animales de carga o en carros. En los últimos años se han encontrado carros cargados de despojos que se hundieron en el lodo del río Rin cuando algún grupo de invasores germánicos trataban de llevarlos a casa. Cuanto mayor había sido el éxito de una incursión, más lentamente avanzaba la partida. El transporte sobre ruedas les obligaba a viajar solo por buenos terrenos y, con frecuencia, a elegir calzadas o caminos conocidos, lo que hacía que su ruta fuera previsible. Los carros, el ganado y los cautivos también se suponía que tenían que cruzar los ríos por los puentes, o en un vado sencillo, o utilizando una buena cantidad de botes y balsas. Las barreras lineales —ya fuera una zanja, una empalizada, un muro o una combinación de estas cosas— resultaban obstáculos mucho más imponentes para una banda de guerreros cargados que intentaban escapar del Imperio.[39]

Tacfarinas fue sorprendido por una columna volante romana cuando estaba levantando un campamento para proteger el botín que había acumulado. En la razia lanzada por los catos sobre Germania Superior, la segunda fuerza romana:

> … que había tomado la ruta más corta por la derecha, infligió graves pérdidas sobre el enemigo, que avanzó hacia ellos, arriesgándose a luchar. Cargados con su botín y honores, volvieron a la cordillera del Taunus, donde esperaba Pomponio con las legiones, con la esperanza de que los catos, ansiosos de venganza, le dieran la oportunidad de entablar batalla. Sin embargo, ante el temor de verse atrapados entre los romanos por un lado y sus eternos enemigos, los queruscos, por el otro, enviaron delegaciones a Roma con rehenes, y el Senado votó que se le otorgaran *ornamenta triumphalia* a Pomponio.[40]

A menos que los saqueadores no hubieran llegado a adentrarse demasiado en una provincia antes de retirarse, era muy probable que, en circunstancias normales, fueran interceptados por algún elemento del ejército romano. En un altar del muro de Adriano leemos que fue erigido por «Quinto Calpurnio Concesinio, prefecto de caballería, que, después de la matanza de una banda de *corionototae*, cumplió su promesa a Dios de actuar con la más eficaz potencia». Los *corionototae* no aparecen en ninguna otra fuente y es muy posible que se tratara de un pueblo pequeño, pero la inscripción, como el *ostrakon* de Patkoua, nos brinda una imagen de escaramuzas de escasa importancia en las fronteras que nuestras fuentes literarias, probablemente, nunca llegarían a mencionar.[41]

4. Miedo, reputación y dominación

El establecimiento de sistemas de torres y fortines empezó a ser más común a partir de finales del siglo I d. C. y, posteriormente, fue complementado en algunos lugares por barreras lineales. Todo esto implica que las unidades que guarnecían las fortalezas más grandes estaban considerablemente dispersas. El grueso del ejército romano estaba desplegado en las zonas fronterizas —o en zonas montañosas u otras áreas de difícil acceso dentro de las provincias— y un número significativo de soldados estaban desperdigados por el terreno en dotaciones mínimas. El movimiento a través de estas zonas fronterizas y áreas controladas, como las vías que llevaban a los puertos del mar Rojo, estaba restringido y regulado por el ejército romano, que también era responsable de recaudar los peajes, impuestos y otros gravámenes aplicados a los pueblos que pasaran por estas rutas. Esta función financiera era importante, pero no puede en sí justificar la magnitud de la presencia militar y las es-

tructuras y bases construidas para ayudarle en esa tarea. El control del movimiento también conseguía que los invasores potenciales lo tuvieran más difícil a la hora de obtener información útil sobre las provincias. Ninguno de los sistemas de las fronteras eran capaces de impedir que los atacantes las cruzaran, pero ningún sistema defensivo de la historia ha sido inexpugnable a todo tipo de agresión. Las defensas de las fronteras romanas tenían sentido porque dificultaban el paso a los atacantes, los retrasaban y aumentaban las posibilidades de detectar su presencia, tras lo cual la banda en cuestión tenía muchas menos posibilidades de escapar.

Una vez que la banda de salteadores había sido descubierta, el ejército podía mantenerlos bajo observación, mientras se reunía una fuerza para enfrentarse a ellos y derrotarlos en campo abierto. Era imposible defender todos los lugares del Imperio, algo que quedó demostrado en las campañas contra Tacfarinas, y, por otro lado, la gran fortaleza del ejército romano era su habilidad en batalla. Como ocurría en las primeras etapas de una rebelión, existía un precario equilibrio entre esperar a reunir las tropas necesarias para estar seguros de lograr la victoria y actuar con la suficiente rapidez como para atrapar a los invasores. Sin embargo, una incursión solamente era un éxito si los saqueadores llegaban a su patria con el botín del pillaje y se jactaban de sus logros. Con esa premisa, no importaba si los invasores eran capturados y derrotados cuando iban de camino a una provincia o cuando salían de ella. Esta última opción era siempre mucho más probable, dado que los despojos acumulados hacían que los saqueadores fueran más lentos y mucho más fáciles de localizar. Si la provincia estaba bien guarnecida, entonces cuanto más tiempo permaneciera en ella una banda, inevitablemente, más favorables se tornaban las probabilidades para los romanos.

El mismo patrón familiar de ataque es visible durante todo el periodo que estamos analizando y, por lo visto, era típico del mundo antiguo en su conjunto. Si un vecino parecía estar débil, entonces era probable que sufriera ataques en busca de botín, y cada incursión de éxito fomentaría que las razias se hicieran cada vez más frecuentes y de mayor escala. En cambio, cada banda que no conseguía abrirse paso hasta su blanco, y todavía más cada banda que era interceptada y sufría muchas bajas o era destruida, disuadía a los saqueadores de realizar futuros ataques. No había división clara entre las guerras a gran escala y las razias y las escaramuzas menores, porque unas conducían de manera natural a las otras. La presencia física del ejército y sus fortalezas, las torres e incluso más las largas barreras lineales poseían por sí mismas un efecto disuasorio, como las franjas despobladas de tierra en el territorio de las tribus germánicas. Una construcción como el muro de Adriano era una presencia muy visible, que atravesaba el paisaje todo lo que alcanzaba la vista. En algunas fronteras, el ejército mantenía una franja de tierra despoblada que se extendía una cierta distancia — los tratados mencionan tanto ocho como quince kilómetros—, empleando un símbolo de fuerza entendido por las tribus.[42]

Pero la política romana en este campo no se reducía exclusivamente a la defensa estática y a mantener a los enemigos fuera de las provincias asentadas. Aparte de la actividad diplomática fuera de las fronteras, el ejército actuaba de manera ofensiva fuera del Imperio. Pomponio, el legado de Germania Superior, confiaba en conseguir que los catos entablaran una gran batalla después de haber destruido sus bandas de saqueadores. En cambio, la tribu eligió negociar un tratado de paz y aceptó las condiciones impuestas por Roma porque tenían miedo de los queruscos. Los romanos respaldaban a una tribu o a un líder para luchar contra otra u otro y también lanzaban ataques por propia iniciativa contra los territorios tribales, incendiando, sa-

queando, matando o haciendo prisioneros. Ese comportamiento reforzaba su reputación como enemigos de terrible poderío y determinación. Las comunidades más cercanas a la frontera eran las más expuestas a las expediciones de castigo de los romanos, porque eran fáciles de alcanzar y la ubicación de sus asentamientos y las rutas de esas tribus a través de su territorio les eran conocidas. Adentrarse en lo profundo de las tierras que se extendían más allá de las fronteras, aunque no imposible, era más difícil y más arriesgado para los romanos y, en consecuencia, lo más probable era que el trato con los líderes de esas áreas se basara en la entrega de regalos y otras formas de diplomacia.

La seguridad de las fronteras de Roma se basaba en la dominación de sus vecinos, una actitud que estaba muy en consonancia con la creencia de que la paz provenía de la victoria romana. Roma debía ser temida, por lo cual los romanos hacían exhibiciones de su poderío como un recordatorio constante de su fuerza, mientras que los atacantes eran tratados sin piedad y las comunidades sospechosas de apoyarlos eran devastadas con el fuego y la espada. Tales métodos eran efectivos, pero no contribuían demasiado a granjearse el afecto de sus víctimas y, por el contrario, reforzaban viejos odios. Por ende, eso aumentaba las probabilidades de que se produjeran ataques siempre que diera la impresión de que las defensas de las provincias se habían debilitado. El traslado de tropas a otros lugares, para sofocar una rebelión, combatir en otra frontera o tomar parte en una guerra civil, era uno de los signos de esa debilidad que las tribus percibían, como también la inercia o la inactividad por parte de las guarniciones. De los gobernadores recién llegados se esperaba que fueran más lentos a la hora de responder a los ataques, y de algunos emperadores se creía que eran cautelosos. **[43]**

En algunas ocasiones, un nutrido grupo de atacantes atravesaba una frontera y derrotaba a las fuerzas que le salían al paso. Dicha derrota, o la reducción sustancial del tamaño de una guarnición provincial cuando las tropas eran destinadas fuera de su provincia, dejaban las defensas en una situación vulnerable, de modo que los saqueadores se enfrentaban a menos restricciones de lo habitual y no era necesario escapar lo antes posible. Los invasores tenían tiempo para instalarse, buscar los objetivos más interesantes y dedicarse a saquear con una meticulosidad que normalmente era imposible para las bandas que deseaban escapar antes de que los romanos salieran tras ellos y les dieran alcance. Ese tipo de situaciones se dieron varias veces en el norte de Britania y en el Danubio a finales del siglo I d. C. y de nuevo durante las guerras marcomanas de Marco Aurelio. En este último caso, el ejército había quedado debilitado por las terribles plagas que habían devastado el Imperio y que se propagaron especialmente deprisa en las ciudades muy pobladas y las bases militares.

Con todo, era raro que sufrieran fracasos de tanta envergadura. Los ataques de importancia eran poco frecuentes y en la mayoría de los casos la respuesta militar romana los castigaba severamente *a posteriori*. Las fronteras eran mantenidas generación tras generación, y es eso lo que a veces ha llevado a los eruditos a retratarlas no como líneas defensivas, sino como unas estructuras concebidas para regular y gravar la circulación de personas y animales. Es muy probable que los sistemas fronterizos creados y operados por una parte tan grande del ejército romano efectivamente realizaran esa función, pero es poco probable que los ingresos obtenidos cubrieran los inmensos gastos. Extrañamente, el éxito de los sistemas de frontera en términos militares ha convencido a algunos académicos de que no había ninguna amenaza seria frente a ellos. El despliegue del ejército en las regiones fronterizas tiene mucho sentido cuando

se consideran los problemas planteados por las razias. Las legiones estaban muy bien diseñadas para hacerles frente y eran, en conjunto, altamente eficaces. Eso suponía modificar los hábitos de un ejército concebido para la guerra a gran escala, pero los romanos se adaptaban y se ajustaban a las condiciones cambiantes de su entorno. No fue hasta el siglo III d. C. cuando amplias partes del sistema se vieron amenazadas por un incremento de la presión en las fronteras.

XIV. MÁS ALLÁ DE LA «PAX ROMANA»

«Porque Irlanda, creo, que se encuentra entre Britania e Hispania y también domina el mar gálico, uniría, para beneficio mutuo, las regiones más valiosas de nuestro Imperio». «La isla, en comparación con Britania, es de dimensiones más pequeñas… En cuanto al suelo, el clima y el carácter y formas de vida de sus habitantes, no es muy diferente de Britania; estamos bien informados, gracias al comercio de los mercaderes, sobre los accesos a la isla y sus fondeaderos».

Tácito, a finales del siglo I d. C.[1]

1. El exterior

Roma pretendía dominar a los pueblos que vivían más allá de sus fronteras a través de una combinación de diplomacia y fuerza militar. Aunque los mojones y otras marcas de fronteras han sobrevivido y dan testimonio de la clara delimitación de las áreas sometidas a diferentes ciudades o comunidades dentro de las provincias, entre las provincias y con los reinos aliados, no hay ninguna señal semejante que marcara las fronteras exteriores donde terminaba el Imperio. Como habían hecho en el pasado, los romanos se negaban a ver otros pueblos o a sus gobernantes como sus iguales y no les concedían ningún derecho. El *imperium* de Roma no terminaba y no podía terminar en un punto fijo. Aun cuando la realidad del poder de Partia era innegable, la ideología imperial presentaba a los partos como aliados que se habían sometido al *imperium* de Roma. En ese sentido formaban parte del Imperio, a pesar de que los romanos les «permitían» gobernarse a sí mismos. Era totalmente aceptable que existiera una frontera entre la tierra gobernada directamen-

te por los romanos y un reino aliado en el que se regían por otras leyes y obedecían la autoridad de un rey.[2]

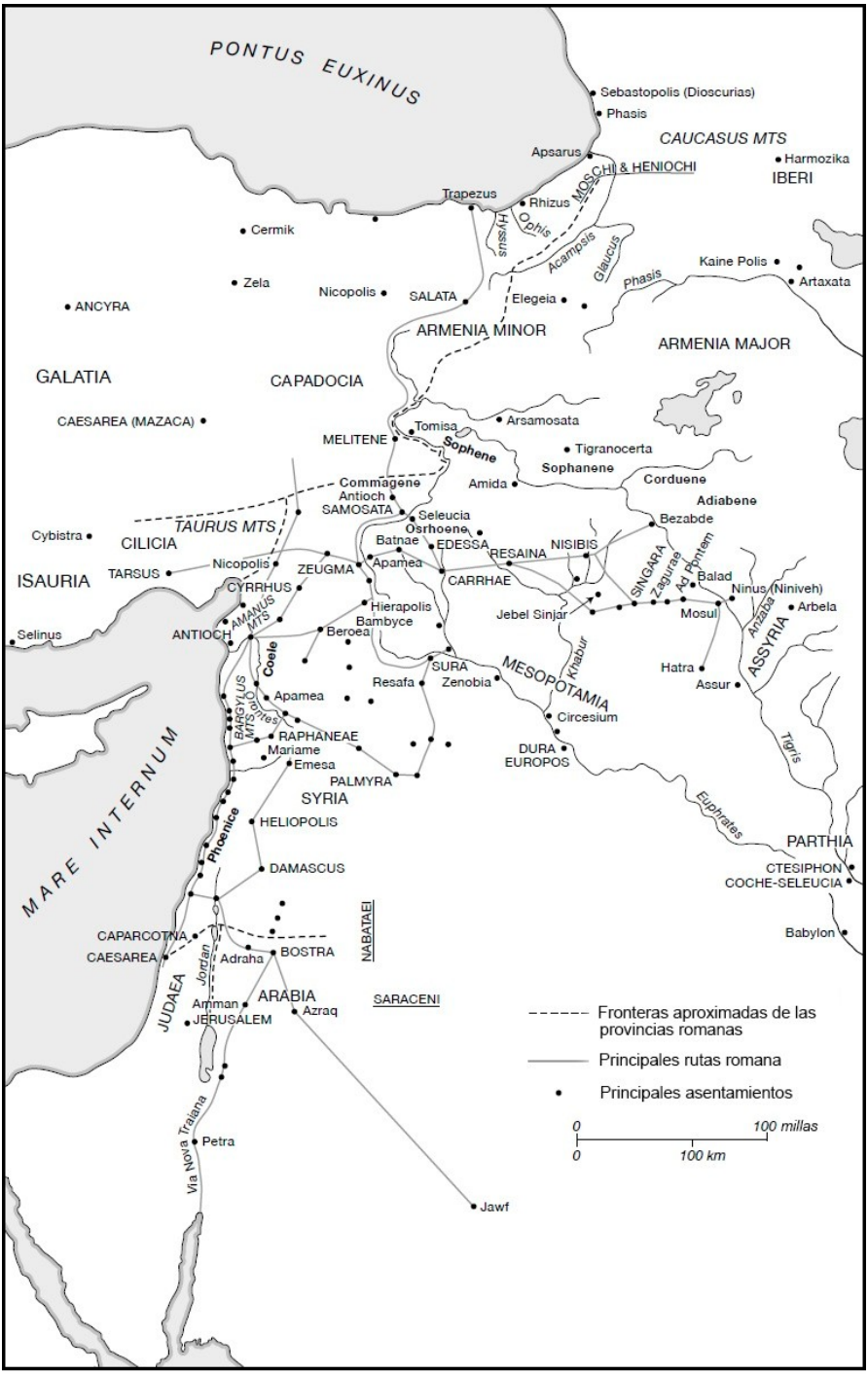
Nada de eso significaba que no estuviera claro dónde estaban situados los límites de las provincias fronterizas ni que los viajeros no supieran cuándo entraban o salían del Imperio. Esas zonas estaban bien controladas y reguladas por el ejército, tanto si estaban delimitadas por la línea de un río, por una barrera física artificial, como si estaban marcadas por la presencia de puestos de avanzada de soldados. Los romanos y sus vecinos conocían claramente la extensión de las franjas de tierra despoblada que se mantenían antes de algunas fronteras. A veces, las tribus ocupaban partes de este territorio, pero nunca por ignorancia, sino como un desafío consciente de la prohibición. Todos los que habitaban junto a las fronteras del Imperio eran muy conscientes de las restricciones impuestas por Roma y de su unilateralidad. Los romanos mantenían la tierra libre de colonos y restringían el acceso a las provincias, pero no aceptaban que se impusieran límites a sus propias acciones, interviniendo cuando les placía más allá de las fronteras del Imperio. Los líderes y los pueblos tenían que valorar hasta qué punto sus acciones podían provocar una respuesta hostil de Roma, conscientes de que las probabilidades variaban dependiendo de la agresividad de los legados que estuvieran en el poder y, sobre todo, de la actitud y prioridades del *princeps*.

La intención de las fronteras del Imperio nunca fue la de actuar como líneas fortificadas impenetrables, que mantuvieran a la población provincial y a los pueblos del exterior totalmente separados unos de otros. Los romanos no solo aspiraban a que su poder llegara a zonas mucho más allá de sus fronteras, sino que confiaban y deseaban que la gente pudiera entrar y salir del Imperio, siempre y cuando ese desplazamiento tuviera lugar bajo su control. En ocasiones, eso significaba admitir la entrada de grupos grandes, incluso de tribus enteras, para que se esta-

blecieran en unas tierras dentro de las provincias, como ocurrió, por ejemplo, durante el mandato de Plaucio Silvano en Mesia. Inmigraciones masivas de este tipo eran muy infrecuentes y, en el día a día, los desplazamientos eran de menor escala y en la mayoría de los casos estaban relacionados con el comercio. Las razias y el comercio iban de la mano en la época romana, del mismo modo que en la época vikinga y durante gran parte de la historia humana. El comercio pacífico siempre fue más común, ya que, como sucedía con los bandidos, un área y una economía solo eran capaces de soportar un número limitado de saqueadores antes de tornarse inestable, forzando a su población a abandonarla o a recurrir al pillaje (esa fue la situación que se produjo en grandes zonas de Lusitania e Hispania Ulterior a mediados del siglo II a. C.). Durante el Principado, la fuerte presencia militar en las zonas fronterizas impedía que se desarrollaran ese tipo de escenarios. Los atacantes eran disuadidos o neutralizados, y en las raras ocasiones en que el sistema colapsaba, era restaurado rápidamente.

Los sistemas fronterizos permitieron a los romanos dominar esas áreas y controlar el movimiento, frenándolo solo cuando era considerado una amenaza. Las personas, las mercancías —y, por supuesto, las ideas— pasaban en ambas direcciones a través de las fronteras del Imperio, pero lo hacían bajo supervisión oficial. Esa supervisión era difícil de eludir, aunque no imposible, y parece que se instauraron y aplicaron prohibiciones a muchos miembros tribales de entrar en el Imperio por cualquier lugar que no fueran los mercados designados. En 70 d. C., durante la revuelta de Civilis en Renania, el éxito de los rebeldes permitió a sus aliados de la orilla oriental del río cruzar libremente. Tácito dice que los téncteros estaban muy contentos, dado que ahora podían cruzar por donde les placía y ya no entraban en las comunidades provinciales «desarmados y casi desnudos, vigilados y pagando un precio por el privilegio».

Ahora aliados a la colonia romana de Colonia, los embajadores de los téncteros intentaron persuadir a la ciudad de que demoliera sus murallas como un signo de amistad. Prudentemente, los colonos se negaron a hacerlo por el momento y continuaron insistiendo en que, cuando la tribu fuera a la ciudad por negocios, solo lo hicieran durante las horas del día y sin llevar armas consigo.[3]



La frontera en el este y Partia

Tanto los ríos, los pasos de montaña, como los caminos y las líneas fortificadas contribuían a canalizar el flujo de comerciantes y demás viajeros hacia los puntos de cruce que eran observados y controlados por puestos militares. Eso permitía a los soldados detener a ciertos grupos y, o bien hacerles dar media vuelta, o bien permitirles acceder solo a un mercado en particular, mientras que a otros se les concedía más libertad. Todos los viajeros eran anotados en el registro, así como sus animales y sus cargas, mientras que, en determinados lugares, se les obligaba a pagar un peaje o tasa para poder continuar su viaje. A los téncteros les había molestado ese gravamen, pero habían tenido que pagar (y pronto tuvieron que someterse nuevamente el sistema después del fracaso de la rebelión y la restauración del gobierno provincial habitual). En los caminos que llevaban a los puertos de mar Rojo a través del desierto egipcio, los viajeros tenían que pagar un peaje durante su viaje y otra vez a su llegada al puerto, antes de que se les permitiera embarcarse con sus mercancías, y sus movimientos eran controlados mediante los pases que estaban obligados a llevar consigo mientras viajaban. El sistema estaba bien establecido y era claro, dándoles la oportunidad a los transportistas y a los conductores de animales de ganarse la vida transportando personas y mercancías, mientras que otras personas se dedicaban a ofrecer distintos servicios a lo largo de la ruta. Un *ostrakon* de cerámica registra el alquiler de una prostituta por un puesto militar o *praesidium*:

> … a Ptolema, muchos saludos… He alquilado a Procla para el *praesidium* de Maximianon por 60 dracmas con la quintana [un impuesto de un quinto sobre las transacciones y bienes]. Por favor, envíala con el conductor de burros que te trae este *ostrakon*. He recibido el depósito de 12 dracmas con el que he pagado la tarifa de 8 dracmas. El conductor del burro te dará los [falta] dracmas. Dale a Procla el manto. Yo le daré la túnica. Haz como te digo. Saludos.

Podemos suponer que el escritor es un chulo que escribe a su agente local y se conservan otros *ostraka* que registran la contratación de una prostituta para un puesto de avanzada ubi-

cado en el desierto. Aparte de los soldados de la guarnición, los viajeros rutinariamente se detenían a descansar y sacaban agua de los pozos en estos fortines, así que había buenas oportunidades de hacer negocio. No sabemos si las mujeres como Procla eran contratadas por el ejército, por grupos de soldados que pagaban juntos por sus servicios o por algún otro que quisiera beneficiarse de su actividad. El peaje exigido para que una prostituta pasara por una calzada era mayor al que se cobraba por que pasara la esposa de un soldado u otra mujer.[4]

La propia presencia de tantísimos soldados romanos en las zonas de frontera daba lugar a nuevas demandas y nuevos mercados. El comercio sacaba partido del sistema organizado por el Estado para abastecer a los ejércitos y pronto cobró su propio impulso. La venta y compra de comida, de bebida y de ropa figuran en un lugar destacado en la correspondencia de los oficiales y los soldados de guarniciones en extremos opuestos del Imperio. En zonas como la región del Rin, las inmensas concentraciones de tropas y animales no podían sobrevivir únicamente a base de consumir los productos de la zona y, prácticamente desde el principio, esas guarniciones recurrían para su manutención a los recursos de los pueblos del otro lado de la frontera. A veces esta costumbre adoptaba la forma de un gravamen sobre una tribu como parte de su alianza con Roma, como ocurría, por ejemplo, con el ganado de los frisios. Más a menudo, los agricultores y ganaderos se percataban de que existía una poderosa demanda de sus productos y que los romanos les pagaban un buen precio, aun después de descontar los peajes y los cánones. Aparte de cereales y carne, el ejército requería un suministro constante de pieles animales para fabricar con el cuero tiendas de campaña, sillas de montar y arneses para los animales, cinturones, botas, ropa y fundas para los escudos.[5]

Los comerciantes seguían a las unidades de ejército cuando marchaban de campaña. A pesar de la prohibición de que los legionarios contrajeran matrimonio instaurada por Augusto, muchos soldados tomaban «esposas» y formaban familias que los seguían adonde fueran, de manera que, casi inmediatamente después de que se concluyera la construcción de un fuerte, un asentamiento civil se desarrollaba a su alrededor. Si la base acababa siendo permanente, estos *canabae* crecían y, gradualmente, iban estando más y más organizados y, con el tiempo, muchos adquirían el estatus formal de un *vicus* (un asentamiento que a menudo ocupaba un área más grande que la propia fortaleza). Si el ejército se marchaba, algunas de estas antiguas bases se convertían en pueblos de pleno derecho o se establecían como colonias. En consecuencia, aparte de por la llegada de los soldados y los esclavos propiedad del ejército, el establecimiento del ejército romano en una región incrementaba enormemente su población. En las regiones del Rin y el Danubio, con sus numerosas guarniciones, la densidad de población era más elevada en las zonas de las fronteras ocupadas por el ejército que en el interior de las provincias.[6]

Todos estos soldados y civiles requerían artículos de primera necesidad y lujos, algunos de los cuales procedían del Imperio. Este tráfico era demasiado útil como para detenerlo e incluso es posible que fuera esencial para la manutención de las poblaciones militares y civiles de las zonas de frontera, lo que significa que aceptar el riesgo de que los comerciantes pasaran información útil a algún atacante potencial, o que los espías entraran haciéndose pasar por comerciantes, era mejor opción que bloquear todo el comercio. Al restringir el acceso a determinados grupos, el peligro quedaba reducido, pero incluso en ese caso las autoridades imperiales querían que el comercio continuara. Aparte de los productos alimenticios y otros bienes, puede que algunas comunidades también utilizaran a trabajadores del exte-

rior del Imperio, incluyendo el ejército, que reclutaba a soldados auxiliares de más allá de las fronteras. Además, por lo visto, los pastores trashumantes de la frontera del Norte de África mantenían una relación simbiótica con algunas comunidades más asentadas. Cada una de ellas contaba con alguna mercancía que poner a la venta, mientras que los pastores eran parte importante de la tan necesitada mano de obra estacional en la época de la cosecha. Todos se beneficiaban del intercambio, de manera que, en el transcurso de un año, algunos de estos grupos entraban y salían repetidas veces de las provincias directamente gobernadas por los romanos, y sus movimientos eran canalizados por las zanjas *fossatum* y las murallas y supervisadas por el ejército.[7]

Las razias eran episodios dramáticos en el contexto más amplio del pacífico intercambio y movimiento de personas y bienes que se producía a través de las fronteras, tanto si el ataque se centraba en las provincias como cuando eran lanzadas por los romanos como una reafirmación de su poder. En algunas áreas, las razias eran extremadamente raras por parte de cualquiera de los bandos debido a las inclinaciones de los pueblos que lindaban con el Imperio o a la efectividad de la presencia del ejército romano como elemento de disuasión. Dado que las líneas de frontera permanecían en su lugar durante generaciones, hay indicios de que algunas comunidades de fuera de las provincias se adaptaron para satisfacer las necesidades de las guarniciones y de los asentamientos civiles, dedicándose con más intensidad a la agricultura o realizando excavaciones para extraer recursos naturales. Sin embargo, el panorama no es simple: en algunas áreas se conocen pocos asentamientos de nativos en las tierras del otro lado de la frontera romana y en el resto de lugares las granjas y aldeas que estaban ocupadas muestran escasos signos de contacto.[8]

2. Comercio y tratados

Los bienes romanos —entendido en el sentido de las cosas producidas dentro del Imperio— viajaban un largo camino. Puertos como el de Berenike y el de Myos Homos en la costa del mar Rojo de Egipto florecieron principalmente por el comercio con la India y Sri Lanka, aprovechando los vientos del monzón para emprender este gran viaje y en ocasiones recalando en algunos puertos de la costa sur de Arabia. Una descripción anónima del siglo I d. C. enumera las mercancías más demandadas en un puerto indio:

> … vino, principalmente italiano pero también de Laodicea y Arabia, cobre, estaño y plomo; coral y peridoto [una piedra preciosa verde]; todo tipo de ropa sin adornos o de tela estampada; fajas multicolores, […] de dieciocho pulgadas de ancho; dinero romano, de oro y de plata, que al cambio producía algún beneficio frente a la moneda local… Para el rey se importaba en esos tiempos preciosas cuberterías, músicos esclavos, hermosas jóvenes como concubinas, buen vino, ropa cara sin adornos y ungüentos selectos.[9]

Las grandes ganancias se obtenían regresando al oeste con las embarcaciones cargadas de los lujos de Oriente, sedas y algodón, gemas, marfil, ónix y perlas, aromas y especias (los romanos se aficionaron mucho a la pimienta). La India no era un solo Estado, sino que estaba dividida en muchos reinos y existían marcadas diferencias regionales y locales. Los reinos del norte tendían a ser más grandes y poseían una economía monetizada, además de haber tenido contacto con la cultura y los colonos griegos durante mucho tiempo, algo que se vio enormemente reforzado por la incursión de Alejandro Magno en el siglo IV a. C. Este intercambio e influencia previos a veces hacen que resulte difícil saber cuál es la fuente de las influencias occidentales en las obras de arte. Han aparecido muchas más monedas romanas en tesoros enterrados en el sur de la India, donde el dinero raramente era utilizado en los intercambios comerciales, y parece que gran parte del oro y monedas de plata ro-

manas adquiridas por los nativos fueron utilizadas como lingotes en vez de como moneda. En el siglo I d. C., Plinio el Viejo expresó preocupación por la cantidad de dinero que abandonaba el Imperio cada año para comprar lujos de Oriente. Esa preocupación no redujo en absoluto la escala de las importaciones y no hay ninguna prueba convincente de que los gastos tuvieran un impacto negativo serio en la vida económica del Imperio. En general, todas las partes salían beneficiadas. Los cambios en el equilibrio de poder del norte de la India crearon condiciones favorables para el comercio con Roma y pusieron mayor énfasis en las rutas marítimas que en las rutas por tierra a lo largo de la antigua Ruta de la Seda.[10]

Los comerciantes romanos y sus empleados establecieron asentamientos más o menos permanentes en la India y Sri Lanka, mientras que hay evidencia de varias comunidades indígenas que residían en los puertos situados a lo largo de la costa del mar Rojo. Muchos romanos —tanto ciudadanos como habitantes del Imperio en el sentido más amplio del término— atravesaron las fronteras en busca de provecho, tal como lo habían hecho en la época de la República. A principios del siglo I d. C., había una comunidad de dimensiones considerables viviendo en las tierras del rey Marbod de los marcomanos, «que habían abandonado sus respectivos hogares y se habían instalado en suelo hostil primero por los privilegios comerciales, luego por el señuelo del aumento de los beneficios hasta que, finalmente, habían olvidado su propio país». Durante el reinado de Nerón un équite romano viajó por tierra desde la frontera del Danubio hasta el mar Báltico, visitando mercados y factorías coloniales y adquiriendo importantes cantidades de ámbar que fue utilizado como ornamento en una serie de juegos que se celebraron en Roma. Una lápida encontrada en Eslovaquia, muy lejos del Imperio, conmemora a Quinto Atilio Primo, que sirvió en la *Legio XV Primigenia* como intérprete y centurión. Al

concluir el servicio en el ejército se convirtió en comerciante o empresario (*negociator*) —sin duda ayudado por su manejo de los idiomas locales— y vivió entre los cuados, muriendo a la elevada edad de ochenta años. Hasta las grandes guerras que estallaron durante el reinado de Marco Aurelio, los marcomanos y los cuados, por lo general, habían mantenido buenas relaciones con los romanos y podían acceder con facilidad a muchos productos del interior del Imperio. Las excavaciones arqueológicas han revelado edificios construidos en estilo romano e incluso alguno que disponía de una o dos casas de baños. Es probable que algunos fueran las casas de hombres como Atilio, pero otras reflejan el entusiasmo de los líderes locales por algunos aspectos del cómodo estilo de vida romano.[11]

No todos querían lo mismo del Imperio. Los griegos y los romanos llamaban al pueblo del Sahara los garamantes, y les retratan a veces como invasores y enemigos, contando fantasiosas historias sobre sus extrañas costumbres, pero admitiendo también que tenían una capital, que estaban gobernados por uno o más reyes y que comerciaban con piedras semipreciosas y otros productos. La arqueología presenta un escenario de comunidades estables de casas de piedra, así como grandes templos, edificios públicos y tumbas monumentales, aunque también confirma sus proezas guerreras, con representaciones de guerreros a pie y a caballo, e incluso montados en carros. En ese duro entorno, solo podían existir asentamientos cerca de los manantiales y los oasis, pero los garamantes crearon sistemas de riego para poder cultivar la tierra en un área más amplia. Las fuentes romanas subrayan lo lejos que vivían de la fértil costa mediterránea, y el geógrafo Ptolomeo llega a mencionar viajes de veinte y treinta días para llegar a sus aldeas.[12]

Durante el reinado de Augusto, se emprendieron varias campañas contra el territorio de los garamantes, y algunos de ellos se aliaron con Tacfarinas, pero, en general, las grandes opera-

ciones militares del ejército romano eran raras en esta área. A pesar de las distancias, el comercio y otras formas de contacto pacífico eran comunes (por ejemplo, en el año 69 d. C., cuando los dirigentes de Oea reclutaron garamantes para ayudarles en su disputa con Lepcis Magna, era evidente que sabían cómo ponerse en contacto con sus líderes). Las monedas son hallazgos raros en los asentamientos de garamantes, lo que sugiere que el dinero no era la base de su comercio que, o bien empleaba algunos símbolos alternativos de riqueza, o bien se basaba en el trueque. Durante el reinado de Domiciano volvieron a surgir conflictos que concluyeron con la firma de unos tratados impuestos por los romanos. En una etapa posterior de su reinado, un representante romano había acompañado al rey de los garamantes en una campaña contra los etíopes, marchando durante cuatro meses hasta llegar a lago Chad.[13]

La capacidad para recorrer largos trayectos de los garamantes era una ventaja que se sumaba a los atrayentes productos de sus tierras que podían ofrecer, tales como piedras preciosas, perlas trabajadas y sal. También suministraban animales africanos exóticos para los espectáculos romanos, y algunos comentarios sobre la persecución de los pueblos situados al sur de sus territorios sugieren que eran esclavistas. Es probable que algunos de sus prisioneros trabajaran duramente en las granjas de los garamantes, pero muchos eran enviados al norte a los mercados de la provincia romana. Las fuentes antiguas describen a los garamantes como hombres de piel oscura, pero los consideraban distintos de los etíopes, cuya tez era aún más oscura, y es probable que se parecieran a la población mixta de los bereberes modernos. Sus actividades como cazadores de esclavos proporcionaban al Imperio buena parte de los esclavos negros del África subsahariana mencionados ocasionalmente en nuestras fuentes. Los garamantes eran comerciantes y saqueadores, como muchos de los pueblos del mundo antiguo, siendo el co-

mercio la forma más común de contacto con otros pueblos, aunque, ciertamente, en ocasiones lo que vendían eran cautivos o el botín de sus razias. Aquí como en otras partes, los romanos intentaron mantener la hegemonía militar en la región, a la vez que se dedicaban a actividades comerciales mutuamente beneficiosas.[14]

Contamos con escasos vestigios de romanos que vivieran o viajaran a zonas situadas fuera de Imperio y, por lo general, la referencia no suele ser más que una mera mención, que nos dice muy poco del trasfondo histórico. Por otra parte, vastas cantidades de objetos del Imperio romano se han encontrado en tierras que no pertenecían a Roma como, por ejemplo, en yacimientos de Escandinavia, el Báltico e incluso Rusia, aparte de en África y en Oriente. El comercio con esas partes del mundo recibe poco o nada de atención en nuestras fuentes, por lo que la evidencia es casi exclusivamente arqueológica, lo que presenta sus propios problemas de interpretación. Gran parte del material, especialmente los objetos prestigiosos y caros como la vajilla fina o las joyas, ha sido hallado en enterramientos. En algunas tumbas de Rusia se han descubierto productos del Imperio junto a artefactos de la China de la dinastía Han, casi tan distante como el Imperio. Armas de factura romana, sobre todo espadas, son también hallazgos sorprendentemente comunes aun a distancias considerables de la frontera (de hecho, se han descubierto más espadas romanas en yacimientos fuera del Imperio que dentro de él). Uno de los motivos de esa alta cifra de espadas son los depósitos a gran escala de equipos militares que se han hallado en decenas de pantanos daneses que en el pasado fueron lagos (con no menos de cien espadas en uno de los yacimientos). La mayoría de las espadas poseían un diseño romano, casi todas habían sido fabricadas dentro del Imperio y, en ocasiones, llevaban una inscripción con el nombre del fabri-

cante o símbolos del poder romano, mientras que había otras que eran copias locales.[15]

Tácito menciona que, antes de una batalla, algunas tribus germanas prometían a los dioses que les entregarían los despojos de la victoria, sacrificando prisioneros y deshaciéndose de todo su equipo cuando ganaban. El lanzamiento deliberado de armas y otros objetos —que, a veces, rompían previamente de forma ritual— a algunos lagos de Dinamarca refleja la misma idea, y esta práctica, combinada con las condiciones locales, que han contribuido a conservar los depósitos, brinda una imagen mucho más detallada de las armas utilizadas en esas regiones de lo que puede obtenerse únicamente de los ajuares funerarios. La mayoría de los hallazgos de los pantanos datan del siglo III d. C., poco después de nuestro periodo de estudio, y los investigadores coinciden en que representan los despojos obtenidos de un enemigo derrotado, probablemente invasores de otra tribu, dedicados a los dioses en agradecimiento por la victoria. La interpretación general de los investigadores con respecto a los yacimientos de mayor tamaño es que el equipo encontrado pertenecía a unos doscientos o trescientos guerreros, de los cuales entre un quinto y un cuarto empuñaban espadas, así como lanzas y jabalinas. Ilerup Ådal en Dinamarca, un depósito de equipo militar de principios del siglo III d. C., también contenía peines de hueso de Reno y otros artículos del sur de Noruega o Suecia, lo que parece sugerir que los atacantes se desplazaron desde allí en busca de botín. Se trata del depósito más grande de un yacimiento donde, a lo largo de sucesivas generaciones, se celebraron varias de estas ceremonias de ofrenda.[16]

La combinación de estas dedicatorias rituales y las condiciones ambientales, que convirtieron los lagos en turberas, preservando así muchos de los objetos, nos ofrece hallazgos inusualmente espectaculares para esta región. No tenemos la misma

suerte en otras áreas situadas fuera del Imperio, y en aquellas regiones donde no tenían la tradición de enterrar los cadáveres o las cenizas con ajuares funerarios encontramos muchos menos tesoros romanos (o ninguno). La distribución de los objetos romanos más allá de las fronteras no es uniforme, lo que puede reflejar las prácticas culturales de los pueblos en cuestión o a qué nivel se han emprendido investigaciones arqueológicas modernas en un país, tanto como auténticas diferencias en cuanto a la facilidad de acceso a los artículos y en cuanto a los gustos. Durante el Principado, buena parte del vino y otras sustancias que antes se transportaban en *amphorae* pasaron a enviarse en barriles, que, por su propia naturaleza, tienen más probabilidades de no dejar rastro alguno en el registro arqueológico, por lo que no podemos confiar en lograr rastrear las rutas comerciales de la misma manera que durante la época republicana. Los objetos que se depositaban en un sepulcro solían ser de gran valor y, por lo tanto, prestigio y, en la mayoría se descubren pocos indicios de que hubieran sido muy usados. En la muerte como en la vida, la posesión de tales cosas era una marca de estatus. Por el contrario, entre los hallazgos de los asentamientos es más probable encontrar artículos rotos o perdidos y es posible descubrir trazas de modificaciones y reparaciones. Los fragmentos de cerámica romana pisoteadas encontrados en el suelo de una casa o de un patio sugieren que eran utilizados en la vida cotidiana. En el pasado, los arqueólogos se sentían atraídos hacia los ricos rendimientos potenciales de los sepulcros y no han comenzado a investigar en mayor detalle los asentamientos hasta fechas más recientes.

Con estas salvedades, encontramos patrones discernibles en los distintos tipos de mercancías que salían del Imperio. Es obvio que los artículos de prestigio eran importantes y muy valorados por las élites de muchas regiones. En Europa en particular, el hecho de que se haya descubierto multitud de piezas de

vajilla elaborada para banquetes y, sobre todo para beber en común, apunta a la importancia que tenían esas reuniones para la élite de muchas sociedades. Los recipientes finamente decorados de cerámica, plata, ocasionalmente de oro y, mucho más a menudo, de bronce, empleados para contener, servir y beber el vino acrecentaban la grandiosidad de las reuniones a las que los caciques invitaban a los líderes de menor rango y a su séquito, sirviendo de exhibición de su riqueza y generosidad. Los grupos de enterramientos en los que se han hallado ese tipo de objetos sugieren que en el área hubo dinastías establecidas durante muchas generaciones. Las armas son otro indicativo del poder y relevancia de los príncipes y los caciques. Las tumbas que contienen equipos militares revelan las gradaciones de estatus: desde el hombre que iba armado solamente con una o más lanzas a los miembros del Estado Mayor, que poseían una buena espada, pasando por las espuelas que indican que se trataba de un jinete. La inmensa cantidad de espadas encontradas en las turberas deja claro el importante número de guerreros bien equipados que componía el séquito de algunos líderes.

Los tesoros de moneda son otro indicio de que algunas personas habían entrado en posesión de considerables cantidades de riqueza, pero saber cómo la utilizaron resulta más complejo. Tácito afirma que las tribus ubicadas más cerca de la frontera utilizaban más el dinero y preferían las monedas de plata más antiguas. Desde luego, por los datos que barajamos, parece que muchas personas de fuera del Imperio valoraban las monedas más puras, es decir, con mayor contenido en plata (con el tiempo, el contenido en metal fue disminuyendo, las monedas romanas fueron degradadas y se convirtieron en símbolos de valor, en vez de objetos intrínsecamente valiosos). Las monedas de plata son las más comunes, mientras que las monedas de bronce del tipo usado para realizar pequeñas compras son raras, lo que sugiere que estas últimas no fueron utilizadas como

moneda activa. Por otro lado, su menor valor hace menos probable que las monedas de bronce aparezcan en un tesoro y, además, las prácticas seguramente variaron de región a región y con el tiempo. Si un jefe le entregaba a uno de los favoritos de su séquito monedas de plata y de oro, se consideraba un regalo impresionante, aunque no fueran realmente utilizadas como dinero. Hay pruebas de que los germanos emplearon las monedas como lingotes, para ser fundidas y convertidas en otros objetos de valor. No obstante, ese no parece haber sido el caso en Escocia, donde han aparecido varios tesoros de plata. Puesto que no tenemos duda de que esta región carecía de una economía monetizada, se cree que las monedas eran valoradas como riqueza portátil, que no se gastaba, sino que era aceptada y entregada como un regalo conspicuo.[17]

En Britania septentrional, los rituales funerarios no exigían ajuares lujosos, por lo que la región no ha dejado espléndidas colecciones de objetos de prestigio que puedan rivalizar con los hallazgos del continente. Sin embargo, es evidente que cantidades considerables de artículos de la provincia romana de Britania y de otras zonas del Imperio llegaron a lo que hoy es Escocia. Su aparición en los asentamientos es tan común que sugiere que el acceso a este tipo de cosas era sencillo y normal y no estaba limitado a una pequeña élite. Encontramos restos de cerámica samia —recipientes que no eran baratos, pero no eran artículos de lujo tampoco dentro del Imperio—, aunque no en la cantidad o variedad hallada en yacimientos situados dentro de la provincia romana. Eso puede reflejar su costo en relación con el poder adquisitivo de los nativos, o un gusto local. Había también variaciones regionales. La costa occidental y las islas estaban menos pobladas y tenían peor acceso a las importaciones que las tierras bajas. Dondequiera que se encuentren, siempre es mucho más difícil decir cómo se utilizaron estos y otros objetos, y si emplear vajilla o broches romanos significaba de

algún modo que habían adoptado un estilo romano de cocinar o de vestir. Muchos de los artículos encontrados están reparados o han sido convertidos en otra cosa (por ejemplo, alguien cortó la base de una olla grande para hacer un recipiente más pequeño, menos profundo). Algunas piezas de cerámica decorativa y fragmentos de cuencos de cristal han sido remodelados, dándoles forma de espiral, de fichas de juego o de cuentas para collares. Estos eran ávidamente codiciados por los habitantes de Escocia, que poseían escasos recursos minerales, de modo que la mayoría de trabajos realizados en cobre y bronce necesitaban utilizar metal originalmente traído del Imperio. Unas excavaciones recientes en el yacimiento de una aldea cerca de Friensted en Alemania han revelado el almacenamiento por parte de los herreros locales de fragmentos de metal de desecho de las provincias para su reutilización.[18]

El uso de los materiales romanos variaba considerablemente dependiendo de si eran valorados por —o a pesar de— su asociación con Roma, de si se trataba de un material raro y precioso, de algún objeto de uso cotidiano o simplemente era una materia prima que sería transformada en otra cosa. En cada uno de dichos casos, tenía que haber alcanzado las tierras de fuera del Imperio en una de estas tres maneras: como un regalo, a través del comercio o a través del pillaje, pero en muy pocas ocasiones el propio material o el contexto en que se descubrió dan alguna pista al respecto. Dos tazas de plata ricamente decoradas encontradas en una tumba en Hoby, Dinamarca, tenían un nombre, Silio, grabado en sus bases, así como el nombre de su fabricante, Cheirisophos. Un senador llamado Cayo Silio mandó una flota que navegó alrededor de la costa en el Báltico durante el reinado de Augusto y, unos años más tarde, bajo el gobierno de Tiberio, fue legado de Germania Superior, de modo que hay bastantes posibilidades de que las copas fueron su regalo a un líder amigo. Si es así, es un recordatorio de

que la actividad diplomática llegaba hasta mucho más allá de las fronteras.[19]

Los regalos, y quizá también las ayudas regulares, eran una forma de ganarse y de mantener la buena voluntad de los líderes importantes de las naciones de fuera del Imperio y muchos de los prestigiosos objetos encontrados más allá de las fronteras de Roma llegaron allí de esa forma, tal como lo habían hecho en la República. Por regla general, eran entregados por los representantes del Imperio, aunque, como se hacía ya en épocas anteriores, es probable que los comerciantes que deseaban operar en un área dieran regalos semejantes para ganarse el favor de los líderes locales. Otros artículos costosos eran adquiridos a través del comercio a cambio de pieles, animales, esclavos y cualquier otra cosa que fuera requerida en la región en cuestión. Es probable que la vajilla más mundana, los trabajos en metal y otros artículos llegaran a través del comercio, aunque no deberíamos dar por sentado que las cosas que eran corrientes en el Imperio no alcanzaban un valor mucho mayor en las regiones donde eran raros. A veces, se restringía la venta de armas a través de las fronteras, pero seguramente las restricciones no se aplicaban siempre, sobre todo si eran enviadas a reinos aliados, mientras que también es posible que fueran enviadas de contrabando.[20]

Una espada, además de ser un arma, era un símbolo importante, y servía para identificar a un hombre como guerrero. Una espada romana de buena calidad era especialmente valiosa y también muy eficaz, y la calidad de los equipos de los guerreros, junto con el número de hombres que lo formaran, acentuaba el prestigio del *comitatus* de un cacique. El hecho de que hubiera mayor disponibilidad de espadas, así como un mayor suministro de objetos de prestigio para celebrar banquetes y hacer ostentación de riqueza, intensificaron la competencia entre los aristócratas del otro lado de las fronteras. Con riqueza un

hombre podía captar a más seguidores y recompensarlos generosamente. Los caciques que controlaban el acceso a los bienes del Imperio se hacían ricos y poderosos, mientras que aquellos que eran capaces de abastecer a los comerciantes romanos de lo que querían los atraían hacia ellos y también se beneficiaban. Es muy posible que la caza de esclavos practicada por los garamantes fuera común en muchas áreas fuera del Imperio. Ahora que la expansión era mucho menos común, la captura de prisioneros resultante de la actividad bélica romana no podía proporcionar el número de nuevos esclavos necesario para satisfacer las demandas del Imperio. La posibilidad de cambiar esclavos por espadas o lujos del Imperio constituía un aliciente extra para la guerra entre las tribus. Un código de derecho romano describe un episodio en el que:

> Una mujer condenada a causa de un delito a realizar trabajos forzados en las minas de sal fue capturada posteriormente por los bandidos de una raza extranjera; en el curso de un intercambio comercial lícito fue vendida y, por medio de una recompra, volvió a su situación original. El precio de compra debió ser reintegrado al centurión Coceyo Firmo de la tesorería imperial.[21]

Sabemos de un centurión llamado Coceyo Firmo que inauguró varios altares en el norte de Britania, por lo que es muy posible que la captura y venta de esta mujer ocurrieran en la frontera de la provincia. En este caso, los «bandidos» habían venido del exterior del Imperio, habían hecho prisionera a esta mujer en una razia realizada por la provincia y, posteriormente, ellos o alguna tercera o cuarta parte la habían vendido a un comprador dentro del Imperio. Sin duda es una historia que se repitió en otros lugares y que era aún más común fuera del Imperio.

Los ajuares funerarios de gran riqueza, en especial tras una larga sucesión de enterramientos en la misma zona, y las grandes bandas de guerreros bien equipados lanzando razias a largas distancias revelan la presencia de líderes poderosos, a me-

nudo en competencia o en conflicto directo. Nuestras fuentes literarias indican que los romanos respaldaban a los gobernantes amigos con dinero, regalos, ayuda diplomática y, de vez en cuando, militar. Después de su derrota a manos de Arminio, el prestigio de Marbod quedó gravemente dañado. El hombre que le asestó el golpe de gracia fue alentado y apoyado por Roma, a pesar del hecho de que Marbod había tratado siempre de ser un aliado leal y evitar conflictos con el Imperio. Sin embargo, los romanos habían invadido su territorio en el año 6 d. C., y no se sabe con certeza si el recuerdo de la amenaza que podía representar les había persuadido ahora de que era conveniente deshacerse de él o si actuaban movidos por un deseo pragmático de respaldar a un ganador. El hermano de Arminio, Flavo, había permanecido leal a Roma, bautizando incluso con el nombre de Itálico a su hijo. El muchacho era un ciudadano, educado en Roma, pero también era un príncipe de su pueblo. Cuando algunos de los queruscos apelaron a Claudio, el joven fue enviado a casa y se convirtió en el rey de la tribu. Otros líderes queruscos se mostraron menos entusiastas, aunque no está claro si desconfiaban de sus contactos romanos o simplemente eran partidarios de sus rivales en la lucha por el poder. A pesar del apoyo financiero y moral romano, Itálico fue expulsado y solo regresó y recuperó el poder con la ayuda de los guerreros de otra tribu germánica, los longobardos.[22]

La diplomacia romana era cínica y egoísta y, por consiguiente, sus motivos no se diferenciaban de las ambiciones de los líderes de las tribus que habitaban fuera del Imperio. El respaldo romano no siempre era suficiente por sí solo para instalar a un líder en el poder y mantenerlo allí y había otras fuerzas en juego; simplemente porque nunca llegara a ser escrita no debemos dar por sentado que la historia de las comunidades de la Edad del Hierro fue menos dinámica. Las tribus y los líderes florecían y declinaban como lo habían hecho en el pasado, y la pre-

sencia del Imperio era solo uno de los elementos que influían en los acontecimientos, un factor importante cerca de las fronteras que iba perdiendo fuerza poco a poco a medida que aumentaba la distancia. No deberíamos sucumbir a la tentación, natural aunque engañosa, de ver la presencia de artefactos del Imperio en tierras remotas como un signo de contacto directo, aunque es posible que muchos artículos pasaran a través de muchas manos diferentes. Los regalos, el comercio o el pillaje eran las formas más probables de que esos objetos cambiaran de dueño, aun cuando ninguno de los implicados fuera romano.

Los asentamientos germánicos que han sido excavados revelan que fueron ocupados de forma estable, durante largos periodos. Con el tiempo, el tamaño y el número de casas iba aumentando, y hay signos de mayor distinción social, como puede ser, por ejemplo, que una vivienda y sus instalaciones estén construidas en una escala notablemente más grande que la de las demás viviendas. En algunas zonas excavadas, se han descubierto instalaciones especializadas en la crianza y comercialización de ganado o en la fabricación de objetos, ambas en una escala mucho mayor de lo que necesitaba la población local, lo que hace suponer que estaban pensadas para comerciar con extranjeros. El comercio con el Imperio es probable, pero también lo es el intercambio con otras comunidades tribales. La capacidad de establecer este tipo de negocios demuestra que las regiones tenían un entorno estable y seguro, probablemente creado por la fuerza a través de la protección de líderes bien establecidos y sus *comites*. En Dinamarca había caciques capaces de reunir suficiente mano de obra y recursos para construir varias fronteras lineales. Los fondeaderos estaban protegidos con defensas de madera, mientras que en tierra se construyeron zanjas, empalizadas y murallas.[23]

La barrera de Olgerdiget se extiende a lo largo de casi trece kilómetros, con múltiples empalizadas de madera —un promedio de cuatro hileras de vigas— y una zanja y un terraplén que abarcaban alrededor de dos tercios de su extensión. Debido a que, en ciertos aspectos, se asemeja a una versión en miniatura del *limes* romano de Germania Superior, hay quien ha sugerido la posibilidad de que alguien de Dinamarca sirviera como auxiliar allí y se llevara a su hogar esa idea para construir sistemas fronterizos. Sin embargo, nunca debemos infravalorar el ingenio humano, puede que a los nativos se les ocurriera la idea de manera totalmente independiente (al fin y al cabo, hay numerosos ejemplos de vallas o terraplenes de gran longitud en la prehistoria europea, de función a menudo confusa, mientras que, durante las campañas emprendidas bajo Augusto y Tiberio, los romanos se enfrentaron a los terraplenes defensivos construidos por las tribus). El propósito de la línea de Olgerdiget y de otras similares construidas en Dinamarca parece el mismo que el de las fronteras romanas, una declaración de poder, un obstáculo para los saqueadores y un medio de canalizar el movimiento hacia los lugares específicamente designados para cruzar las fronteras. Es otra indicación de que la vida fuera del Imperio distaba mucho de ser pacífica.[24]

3. Guerra civil y paz

En el año 211 d. C., Septimio Severo murió en Eboracum (York) en el norte de Britania, después de pasar varios años haciendo campaña contra las tribus de Caledonia. Fue sucedido por sus hijos Caracalla y Geta, pero el deseo pronunciado por su padre en su lecho de muerte de que vivieran en armonía no logró hacer que vencieran su mutuo odio. En menos de un año, Caracalla había asesinado a su hermano y estaba gobernando

solo, tras lo cual inició diversas campañas. Una de ellas fue una gran ofensiva contra los partos. En 217 d. C., uno de sus oficiales apuñaló mortalmente al emperador cerca de Carras, el escenario de la gran derrota de Craso en el año 53 a. C., pero ahora en territorio romano. La conspiración fue dirigida por Macrino, su prefecto del pretorio, que convenció al ejército de que le proclamaran emperador. Era la primera vez que un hombre que no solo no pertenecía a la familia imperial, sino que tampoco pertenecía a la clase senatorial era elevado a la púrpura imperial. Su reinado resultó breve: otras unidades del ejército salieron en apoyo de un muchacho de catorce años de edad que alegó ser hijo ilegítimo de Caracalla y que en realidad era su sobrino. Estas tropas derrotaron a los hombres de Macrino, que murió en los últimos coletazos de los combates. A lo largo de los siguientes años, varios golpes de Estado breves y fallidos estallaron en Siria, pero el magnicidio del joven emperador fue obra de su propia familia, que lo reemplazó con su primo, Alejandro Severo, en 222 d. C.[25]

Las guerras civiles fueron una eterna amenaza y una realidad frecuente durante el resto de la historia del Imperio, hasta que su mitad occidental desapareció en el año 476 d. C. Las décadas intermedias del siglo III fueron particularmente agitadas, con decenas de emperadores yendo y viniendo en rápida sucesión. Claudio Gótico logró la rara distinción de morir de causas naturales, en este caso un brote de peste, en el año 270 d. C., pero todos los demás sufrieron muertes violentas. Decio murió a manos de los godos en 251 d. C., mientras que Valeriano fue capturado por los persas sasánidas y falleció en cautiverio. El resto de emperadores fueron asesinados por rivales romanos o se quitaron la vida tras ser derrotados. Más tarde, caudillos militares como Diocleciano y Constantino dieron al Imperio sendos periodos de relativa estabilidad, aunque tampoco debemos exagerar la magnitud de esa estabilidad; tanto tras la retirada de

Diocleciano como tras la muerte de Constantino, se desataron violentas luchas de poder y la guerra civil. Resulta aleccionador observar que en el periodo comprendido entre 218 y 476 d. C. hubo solo tres periodos de diez años en los que no se produjera una usurpación o una guerra civil a gran escala.

En los siglos III, IV y V d. C., la propensión de los líderes romanos y sus ejércitos a enfrentarse entre sí en reiteradas ocasiones destruyó la *Pax Romana*. El ejército romano y el Estado romano perdieron su fuerza debido a estas luchas internas. No se trataba de conflictos motivados por problemas o causas concretas sino que, más aún que las guerras civiles de la República Tardía, fueron puras luchas por el poder, que solo terminaron con la muerte de uno de los líderes rivales. Las provincias fueron despojadas de sus guarniciones para reunir los ejércitos necesarios para proclamar a un hombre emperador. Cuando los adversarios se enfrentaban entre sí con las mismas tácticas, equipo, estructura de mando y disciplina, la victoria solía ser del ejército más grande, de modo que los números eran vitales. Por lo general, los soldados del bando perdedor estaban dispuestos a prestar juramento de lealtad al vencedor, pero esa normalización de la situación no debe hacernos pasar por alto las vidas humanas perdidas en las batallas y la catastrófica dislocación de los sistemas de reclutamiento, instrucción, promoción y organización del ejército.

Hay varias cuestiones destacables en este periodo, incluyendo el hecho de que hubo algo que claramente no llegó a producirse. Como consecuencia del debilitamiento de las defensas de las fronteras del Imperio provocado por las disensiones internas y la guerra civil, durante el siglo II d. C., varios grupos de saqueadores cruzaron el Rin y el Danubio y se adentraron en lo profundo de las provincias occidentales, llegando hasta Italia, Grecia y Hispania. En el este, los persas emprendieron amplias incursiones de pillaje en Siria, alcanzando Antioquía en el año

253 d. C. Las regiones situadas más cerca de las fronteras sufrieron especialmente y fueron atacadas una y otra vez. Puesto que los efectivos ejércitos fronterizos estaban muy mermados por la necesidad de luchar en las guerras civiles, los sistemas defensivos eran incapaces de hacer frente a los saqueadores. Una serie de triunfos pronto alentó el lanzamiento de más y más incursiones, y los caciques y sus seguidores volvían a casa cargados de gloria y de despojos. Algunos ataques fueron provocados por líderes romanos que estaban reclutando a aliados o tratando de convencer a las tribus de que atacaran a sus rivales. Es posible que la retirada de las guarniciones fronterizas también hubiera perjudicado unas relaciones comerciales que llevaban desarrollándose desde hacía mucho tiempo, al eliminar el gran mercado que constituían tanto el ejército como los soldados a título individual. Grupos como los godos pasaron a figurar de manera mucho más prominente en nuestras fuentes en el siglo III, mientras que pueblos como los alamanes y los francos aparecen por primera vez. Ninguno de estos pueblos estaban unidos políticamente, y su comportamiento parece no diferir del de las tribus de siglos anteriores. Aunque el comercio y la diplomacia romanos contribuyeron a aumentar el poder que los dirigentes que contaban con su favor tenían en los territorios fuera el Imperio, no hay indicio alguno de que esa influencia les proporcionara un control más amplio y duradero sobre las tribus, de modo que se crearon confederaciones permanentes de tribus que representaban una amenaza mucho mayor que en el pasado. Hombres como Ariovisto, Marbod y Decébalo seguían siendo muy infrecuentes y las tribus estaban tan desunidas y enfrentadas entre sí como lo habían estado en el pasado. Lo que había cambiado eran las oportunidades para atacar las provincias romanas y saquear sus riquezas.[26]

Durante el siglo III d. C., se construyeron murallas en torno a la mayoría de pueblos y ciudades que todavía no las tenían,

mientras que los que ya estaban fortificados reforzaron sus defensas. Las partidas de saqueadores venidos de fuera del Imperio amenazaban una amplia área y, en algunas regiones, el bandidaje se convirtió en un fenómeno mucho más común que en épocas anteriores. Tras el hundimiento de los sistemas establecidos en las fronteras, los atacantes ya no se enfrentaban a la necesidad de actuar con rapidez y escapar antes de que fuerzas romanas los atraparan y, en cambio, disponían de tiempo para establecerse y dedicarse al pillaje con una estrategia más metódica. A partir del siglo III d. C., las fuentes mencionan con frecuencia el peligro que planteaban los esclavos fugitivos, los desertores y los cautivos que ayudaban a los saqueadores, guiándoles a los asentamientos y a los lugares que la población utilizaba para ocultarse. Algunos salteadores continuaron siendo interceptados y derrotados, como de costumbre cuando iban de regreso a su territorio. Una inscripción encontrada en Augusta Vindelicum en Recia conmemora una de esas victorias:

> En honor de la casa divina, (y) de la santa diosa Victoria porque los bárbaros de la raza de los semnones o yutungos fueron aniquilados y puestos en fuga en los días octavo y séptimo antes de las calendas de mayo [24-25 de abril] por soldados de la provincia de Recia, por soldados de Germania y por milicias, liberando a muchos miles de prisioneros italianos, (y) en cumplimiento de su voto, Marco Simplicinio Genial, *vir perfectissimus*, actuando en representación del gobernador, con el mismo ejército, (y), con adecuado agradecimiento, erigió y dedicó este altar en el tercer día antes de los idus de septiembre cuando el emperador Augusto Póstumo y Honoraciano eran cónsules [260 d. C.].[27]

Los emperadores no se cruzaban de brazos ante la amenaza que representaban los pueblos del exterior del Imperio. Muchos de ellos emprendían campañas en las zonas fronterizas o perseguían a las partidas que saqueaban las provincias, pero siempre estaban más preocupados por sus rivales romanos. Cada vez que la hegemonía romana sobre las fronteras se perdía —como había sucedido bajo Marco Aurelio— era necesario entablar campañas durante años y obtener nuevas victorias para

restaurarla. A partir del siglo III d. C., Roma sufrió demasiadas crisis y nunca dispuso de suficiente tiempo ni continuidad de liderazgo para volver a establecer la supremacía que mantuvo durante la mayor parte del Principado. Cada vez que en una frontera se restablecía la calma, algún problema estallaba en otra y se conseguían recursos militares de aquí y allá para afrontar la nueva crisis, debilitando la seguridad de esas otras zonas. Los *limes* más adelantados que conectaban el Rin y el Danubio fueron abandonados, al igual que la provincia de Dacia, porque el Imperio ya no contaba con recursos para dotarla de una guarnición. En el siglo V d. C., las provincias centrales del oeste fueron perdidas una por una hasta que no quedó ninguna bajo control romano. El proceso se prolongó durante mucho tiempo, y hasta cerca de su final, el Imperio seguía siendo más grande y considerablemente más poderoso que cualquiera de sus oponentes. Las guerras civiles disminuyeron la fuerza de Roma y minaron sus sistemas fronterizos, tornando vulnerable al Imperio, que poco a poco fue siendo erosionado por sus enemigos.

Y, sin embargo, hay algo que brilla por su ausencia en esta época: las rebeliones y la resistencia a la dominación imperial en las provincias. Cuando el ejército y el gobierno se volvieron contra sí mismos y los líderes rivales combatían para hacerse con el poder, no hubo ningún aumento repentino de los movimientos de independencia en las provincias. No podría haber prueba más clara del grado de consentimiento que contribuyó al éxito del gobierno provincial. Según los datos de los que disponemos, ninguna provincia se rebeló con la esperanza de librarse del dominio romano, ni —por lo menos hasta muy tarde— ninguna comunidad dio la bienvenida a invasores extranjeros. Cuando las poblaciones provinciales se rebelaron, lo hicieron en calidad de romanos, apoyando a un aspirante a la púrpura imperial. Póstumo, mencionado en la inscripción de Augs-

burgo, fue un emperador romano, aunque ostentó el poder únicamente en algunas de las provincias occidentales, entre ellas en las Galias, las dos Germanias, Recia y, por un tiempo, Britania. Él y sus sucesores, a menudo llamados los emperadores galos, se veían a sí mismos como los legítimos gobernantes de todo el Imperio, pero todavía no habían logrado imponer su hegemonía sobre el resto de provincias. Aproximadamente en la misma época, la reina Zenobia de Palmira dirigió a sus ejércitos contra las provincias sirias, Egipto y Asia Menor, ocupándolas en nombre de su hijo. A pesar de todo el boato de esta antigua ciudad junto a un oasis, ella y su hijo eran ciudadanos romanos además de ser miembros de la realeza de Palmira y se proclamaron emperadores de Roma y no reyes. En ninguno de ambos casos eran dirigentes que abrigaran el objetivo de forjar reinos que fueran independientes de forma permanente, ni tampoco lideraban movimientos separatistas de base étnica. Ambos confiaban en que sus triunfos actuaran como trampolines en su camino para hacerse con el control de todo el Imperio romano.

Cuando el poder romano se debilitó, los pueblos sometidos a su *imperium* no se precipitaron a liberarse del yugo imperialista y, todavía en el siglo V, existía un profundo deseo de ser romano. En parte ese deseo se debía a la gran longevidad del Imperio —y, en consecuencia, habían pasado muchas generaciones desde la conquista— y a la falta de cualquier alternativa atractiva a la civilización romana. No obstante, también tenía que ver con la realidad diaria y el éxito de la paz romana. Cuando el poder del Imperio flaqueó en el siglo III d. C., la frecuencia de las incursiones de pueblos del otro lado de la frontera experimentó un claro aumento, al igual que el bandidaje interno. Como el propio Imperio, la *Pax Romana* fue decayendo gradualmente más que desaparecer de un día para otro. Mantenerla siguió siendo la ambición de los emperadores y un logro sobre el que

alardearon a menudo durante siglos, y había algunas áreas y algunas provincias enteras que solo excepcionalmente se vieron afectadas por la guerra civil o sufrieron razias por parte de extranjeros. La vida dentro del Imperio seguía siendo relativamente segura y más próspera que la vida fuera de él, al menos en gran parte del mundo (la diferencia entre el Imperio y Partia y Persia siempre fue menos marcada). Si la vida había empezado a ser menos segura y cómoda que a la altura del Principado, se trataba de una diferencia de grado y, con el paso de las generaciones, el lento declive no resultaba obvio. La población quería ser romana y las tribus germánicas que forjaron el Imperio occidental en el siglo V d. C. estaban desesperadas por alcanzar el confort y la prosperidad de Roma.

En el siglo V, el Imperio occidental cayó. El Imperio oriental sobrevivió, preservando el ideal de paz interna junto con muchos otros aspectos de la cultura, las costumbres, la ideología y la ambición romanas. Tras sufrir importantes recortes en tamaño y recursos, en especial después de las conquistas árabes del siglo VII, la influencia del Imperio del este se extendía sobre un área mucho más pequeña que la del Imperio unido de la época del Principado. El mundo había cambiado.

Conclusión.
PAZ Y GUERRA

Los romanos eran agresivos. Bajo la República libraron guerra tras guerra, lo que, con el tiempo, les permitió dominar un área cada vez mayor. Durante las organizadas campañas del reinado de Augusto y las periódicas guerras de conquista emprendidas bajo los gobiernos de los emperadores subsiguientes, el proceso culminó en la creación de un imperio que abarcaba la mayor parte del mundo conocido. Pueblo tras pueblo y nación tras nación fueron sufriendo derrotas militares o aceptaron la dominación romana porque se dieron cuenta de que no podían igualar el poderío de Roma.

No existía un plan concertado y sistemático para crear este imperio, un proceso que llevó siglos, pero los romanos tampoco ocultaron en ningún momento lo que estaban haciendo. La guerra desempeñaba un papel central en la vida pública, y las victorias se celebraban con alabanzas, acciones de gracias públicas y la construcción de monumentos conmemorativos. Las guerras constituyen uno de los temas principales de todos los textos de historia escritos por romanos o por griegos sobre Roma. En general, los romanos fueron capaces de convencerse a sí mismos de que casi todas las guerras que entablaron fueron justas (el hecho de obtener victorias casi continuas les confirmaba que tenían un relación especial con los dioses).

La romana era una sociedad cómoda con la idea de «pacificar» a pueblos que habitaban en tierras lejanas y que no aceptaba a ninguna otra nación como a un igual. Era importante actuar con justicia y con *fides*, porque eso era lo correcto y contri-

buía a que mantuvieran una relación apropiada con los dioses, no porque los demás tuvieran derechos. Las opiniones de los forasteros importaban solo en la medida en que facilitaran o dificultaran a los romanos la consecución de sus objetivos. Aquel era un mundo en el que no existía el derecho internacional ni la idea de una comunidad internacional que observa y juzga. La actitud de los romanos ante la atrocidad era tan pragmática como su actitud ante las opiniones de otros dirigentes y naciones. Las esclavizaciones, ejecuciones o mutilaciones en masa —César ordenó que les cortaran las manos a los guerreros que se rindieron ante él en el año 51 a. C.—, así como la devastación de tierras y asentamientos eran aceptables si ayudaban a conseguir la victoria. La misericordia y la generosidad hacia los que se sometían eran igual de apropiadas si lograban el mismo fin. La fuerza brutal y la disposición a negociar iban de la mano en todas las guerras que libraban contra un enemigo extranjero («ser indulgente con los conquistados y vencer a los orgullosos en la guerra». Lo que importaba era ganar).[1]

Los romanos eran muy buenos ganando guerras y, digamos lo que digamos de ellos, no podemos dudar de esa verdad fundamental. Su Imperio fue creado y, a continuación, mantenido mediante el uso frecuente de la fuerza militar y su siempre presente amenaza. Las circunstancias en las que cada comunidad se convirtió en parte del Imperio fueron muy diversas e influyeron a la hora de establecer los detalles de su relación con Roma, pero todos debían darle algo a los romanos, tanto si las legiones les habían obligado a someterse por la fuerza como si se habían sometido al poder romano sin luchar. Del mismo modo que admitían su disposición a hacer la guerra y a «vencer a los orgullosos», los romanos eran igualmente abiertos a la hora de admitir que explotaban y se beneficiaban de su Imperio. Su renuencia a emprender más conquistas se debió a que los costes

superaban a las ganancias, no a pensar que la expansión en sí misma pudiera estar mal desde el punto de vista moral.

A pesar del discurso de la pacificación, los romanos no negaron en ningún momento que labraron su Imperio con el único motivo de beneficiar a Roma. La dominación y la fuerza romana eran buenas en sí mismas, porque les daban mayor seguridad y les hacían más ricos. No anexionaban provincias ni hacían aliados por su bien, sino por el bien de Roma. Una vez adquiridos, a Roma le convenía mantenerlos para conservar su prestigio y sus beneficios, lo que significaba sofocar las rebeliones, evitar que estallara la guerra civil u otras formas de violencia entre las comunidades de la provincia y protegerlas de ataques del exterior. En origen, estas tareas eran egoístas, pero, a la larga, condujeron al desarrollo de la *Pax Romana*.

Espero que los capítulos anteriores hayan demostrado que la paz romana era una realidad. Los romanos no conquistaron su Imperio siguiendo un plan preconcebido destinado a forjarlo, ni tampoco se creó de forma instantánea, sino que fue creciendo lentamente. Durante el Principado y ciertamente a finales del siglo I d. C., la mayor parte del Imperio de Roma estaba escasamente guarnecida y la posibilidad de rebelión era remota o inexistente. Se dedicaron considerables recursos al mantenimiento de la dominación romana en las zonas fronterizas, gracias a lo cual los ataques contra el resto del Imperio casi nunca tuvieron éxito. La *Pax Romana* no era perfecta, y en algunas áreas el riesgo de revuelta tardó mucho más tiempo en eliminarse que en otras. El riesgo de bandidaje nunca llegó a desaparecer por completo. En algunas partes de las provincias, generalmente las áreas montañosas o algún otro tipo de terreno de difícil acceso, siempre fue un problema, que a menudo requería presencia militar permanente. En otros lugares, el bandidaje existía en los márgenes de la sociedad y su escala aumentaba rápidamente cada vez que las autoridades, ya fueran las locales o

las provinciales e imperiales, se debilitaban. Con todo, la mayoría de las veces, en la mayor parte del Imperio, fue mantenido bajo control: era un hecho de la vida, pero no un peligro constante y grave para la mayoría de la población.

Las salvedades presentadas a la *Pax Romana* no deben hacernos olvidar hasta qué punto se trataba de un inmenso logro. No cabe duda de que las zonas que estaban sujetas a la dominación romana experimentaron muchas menos guerras y ejemplos de violencia organizada durante ese periodo que en los siglos antes o después de formar parte del Imperio. La paz no era absoluta, pero la era del Principado fue más pacífica y, por tanto, fue más estable. La prosperidad estaba más extendida, aunque no alcanzaba a todo el mundo, y las mercancías, las personas y las ideas podían viajar más y más a menudo que nunca, algo que en sí mismo es una de las principales pruebas del éxito de la *Pax Romana*. Ese era el mundo creado por el Imperio romano, aunque su creación fuera una consecuencia más que una causa del imperialismo romano. Tal y como lo veían los romanos, era una paz conseguida por medio de la fuerza y la victoria militar, lograda gracias a una violencia prolongada y a gran escala que era costosa para los romanos y todavía más costosa para las víctimas de la maquinaria de guerra romana.

Para muchos es difícil reconciliar la barbarie inherente al auge de Roma, que también era necesaria para mantener su dominación del mundo y su explotación a largo plazo de las provincias, con la estabilidad y seguridad de la *Pax Romana*. El autor de un estudio sobre la Britania romana sugiere que a partir de 43-84 d. C., los invasores romanos mataron a entre cien mil y doscientas cincuenta mil personas de una población de unos dos millones. Como casi todas las cifras que barajamos para ese periodo, se trata en buena medida de conjeturas y son imposibles de probar o refutar. Un crítico comentó en su reseña que, si eran correctas, esas cifras representaban menos de «un tercio

del uno por ciento» por año y se preguntaba «¿cuántos britanos morían anualmente en las guerras intertribales que precedieron a la invasión romana?», aparte de los que fueron víctimas de los rebeldes de Boudica en el año 60 d. C. En una respuesta escrita en un libro posterior, el autor reprochó al crítico el tratar de «desviar la crítica de Roma insinuando que las cosas podrían haber sido igual de violentas o malas si los romanos nunca hubieran llegado a Britania».[2]

Ambos bandos de la discusión tienen parte de razón. Aunque sacarse una cifra de la manga tiene poco sentido, se puede afirmar con certeza que durante la conquista romana de Britania un número muy elevado de personas en la isla resultaron muertos o heridos, mientras que otros fueron esclavizados o maltratados. Lo más probable es que la flagelación de Boudica y la violación de sus hijas no fuera el único caso de abusos que se produjo, aunque también cabe destacar que Tácito no consideraba que esos actos estuvieran justificados y acusó al procurador y a su personal de conducta inapropiada. Sin embargo, ese tipo de incidentes tenían lugar, y la llegada de soldados y funcionarios extranjeros y el poder que ejercían sobre las tribus inevitablemente creaban oportunidades para el abuso y la crueldad más allá de los castigos o represalias aprobados por las autoridades. La conquista romana de Britania, como las conquistas de Roma en otros lugares, implicó un uso considerable de violencia e intimidación. Algunos dirigentes y comunidades dieron la bienvenida a los invasores y sufrieron poco o ningún daño, pero para muchos la experiencia debió de ser terrible.

Por otro lado, es igualmente evidente que, en Britania como en el resto del mundo, el periodo anterior a la llegada de los romanos no era pacífico. La guerra entre las tribus era común y muchas personas eran asesinadas, esclavizadas, heridas y maltratadas en el curso de esos conflictos. Esa realidad de ninguna manera exonera los romanos de sus propios actos de violencia

y crueldad, pero sí los sitúa en contexto. El talento demostrado por Roma a la hora de hacer la guerra y de forjar un imperio es único, pero otras naciones y pueblos contemporáneos demostraron una y otra vez ser exactamente igual de agresivos y salvajes. Es posible que la maquinaria bélica de los romanos, de gran escala, altamente organizada y llena de determinación infligiera mucha mayor violencia sobre sus víctimas que los anteriores conflictos, pero esto no es algo probado en absoluto. Es cierto que, en última instancia, en Britania y otros países, la consecuencia de la conquista romana fue la erradicación de la guerra entre las tribus. Una vez más vale la pena repetir que no hay evidencia de que estallara ninguna rebelión o perturbación grave en las tierras bajas de Britania después de la revuelta de Boudica. Se estableció la *Pax Romana* y las comunidades y las tribus vivían en paz, sin emprender razias ni salir a cazar cabezas. Pese a que es imposible saber qué habría sucedido si los romanos nunca hubieran invadido ningún territorio, nada sugiere que esta paz y estabilidad fueran inevitables y hubieran surgido de todos modos. Lo más probable es que las guerras entre las tribus hubieran continuado.

Uno de los temas principales de este libro ha sido el activo papel que desempeñaron en el desarrollo de los acontecimientos los líderes de los pueblos con los que los romanos entraron en contacto. Desde los periodos más tempranos, cuando algunos optaron por luchar contra Roma, hubo siempre al menos el mismo número de líderes que decidieron aliarse con los romanos. A veces se trataba de un reconocimiento de la abrumadora fuerza de Roma y, a veces, su esperanza en poder aprovechar esa fuerza para su propio beneficio. Estos hombres —y, en ocasiones, mujeres— fueron igual de capaces de mostrar ambición, habilidad, crueldad, alevosía, egoísmo, codicia, competitividad, cinismo, miedo y coraje que los romanos. Uno de los mayores errores que podemos cometer es suponer que estos lí-

deres actuaban principalmente porque sus instintos eran pro- o antirromanos. Por el contrario, la presencia de Roma como vecino más o menos lejano o como potencia ocupante fue solo uno de los muchos factores que determinaron su comportamiento. A menudo resultaba imposible ignorar a Roma, pero incluso en esos momentos las rivalidades locales eran un motivo de preocupación más directo. La dominación romana simplemente cambió la forma en la que estas luchas por el poder se llevaban a cabo.

La *Pax Romana* se estableció después de la conquista y fue impuesta independientemente de si la población de las provincias la quería o no. A largo plazo, las rebeliones contra la dominación romana cesaron. El miedo a las terribles represalias infligidas a los rebeldes fue una de las razones de su desaparición, pero la ausencia de rebeliones indígenas durante las guerras civiles y la caótica situación del siglo III d. C. sugiere que, en un momento dado, dejó de ser el principal factor. A la mayoría de habitantes de las provincias y, en especial, a las aristocracias locales, la pérdida de independencia y la explotación a que eran sometidas por parte de las autoridades imperiales les resultaban tolerables. Con el tiempo, la dominación romana se convirtió en algo normal y cualquier alternativa parecía poco realista o poco atractiva. Eso no significa que algunas personas no sufrieran grandes dificultades bajo la dominación romana, pero sin duda algunos también vivieron vidas llenas de penurias antes de la llegada de los romanos, aunque eso, como hemos dicho, no es excusa para los romanos. Ahora bien, tampoco debemos presuponer que ser explotado por unos extranjeros era automáticamente peor que ser explotado por una élite local.

Cuando echamos la vista atrás para observar el Imperio romano y destacamos el primitivismo de su sociedad y su economía en comparación con nuestros días y la dureza de la vida en aquella época, corremos el riesgo de olvidarnos de adoptar un

enfoque similar al considerar los demás pueblos y culturas del mundo antiguo. Lo que es más importante aún, no debemos olvidar que la experiencia del mundo occidental después de la Segunda Guerra Mundial es atípica en casi todos los aspectos de la historia humana considerada en una perspectiva amplia. No debe sorprendernos que los romanos difirieran en muchos aspectos de nosotros. Muchas cosas que actualmente damos por sentado son innovaciones bastante recientes, desde los contactos diplomáticos permanentes entre los Estados, pasando por los mapas detallados, los periódicos y los medios de comunicación, hasta los principios del derecho internacional (que, en cualquier caso, sigue siendo muy difícil hacer cumplir).

Al comienzo del libro dije que no escribí este libro con la intención de dar lecciones para vivir en el mundo moderno a partir de la experiencia romana, y mi opinión no ha cambiado. Sería una necedad aconsejar a los responsables políticos que hicieran las cosas de una cierta manera porque los romanos descubrieron que funcionaba. La combinación de poder militar y civil que poseía la persona de un gobernador provincial romano presenta una claridad de propósito y aplicación que está en marcado contraste con las confusas y contradictorias estructuras de mando que hemos visto recientemente en Afganistán e Irak, donde las fuerzas armadas y numerosas agencias civiles trabajaban en paralelo, en comunicación directa y en tiempo real con sus gobiernos. Sin embargo, es imposible imaginar que cualquier democracia moderna confiara tanta autoridad a una sola persona, y mucho menos a un comandante militar. Además, es obvio que el pragmatismo romano en cuanto a la comisión de atrocidades para lograr un fin no podría —y, por supuesto, no debería— ser contemplado. Debería haber sido evidente desde el principio que la gran mayoría de las personas y líderes en estos y otros países no eran fundamentalmente pro o anti-Occidente ni pro o antiamericanos, sino que sus motiva-

ciones tenían mucho más que ver con las presiones de la política local, las amistades y las rivalidades. Recordemos una vez más, por otro lado, que los romanos nunca intentaron invadir un país con la intención de establecer una democracia, ponerla en marcha y luego retirarse. Los romanos solían quedarse, lo que al final suponía que la mayoría de la población tenía que llegar a algún tipo de acuerdo con ellos.

Los romanos demostraron un gran talento a la hora de ganar guerras y de absorber a otros pueblos para crear su inmenso y duradero Imperio. No obstante, un análisis más detenido de todos los procesos implicados revela que su creación y consolidación llevó mucho tiempo. En el camino, los romanos sufrieron derrotas, perdieron momentáneamente el interés en algunas regiones, fueron poco coherentes en el tratamiento tanto de sus aliados como de sus enemigos y cometieron incontables errores. Todo eso ocurrió cuando los agentes de la República y el Principado se comportaron de la manera que se suponía que debían comportarse, es decir, antes incluso de incluir en la ecuación la incompetencia, la crueldad y la codicia de algunos de los hombres sobre el terreno. Entonces como ahora, las intervenciones en el extranjero solían ser operaciones complicadas y confusas. Era raro que la conquista romana llevara menos de una generación y, muy a menudo, era necesario que pasaran varias generaciones antes de que un área fuera considerada segura.

Nuestro mundo es muy diferente del mundo de la época romana y, sin duda, debemos estar agradecidos por ello. En el mundo antiguo la guerra era frecuente y fue necesario que un imperio como Roma impusiera su hegemonía para que hubiera paz en una zona tan amplia. Pensemos lo que pensemos de los imperios en general y de los romanos en particular, la *Pax* fue un logro notable que merece nuestra admiración, tanto si nos parece que compensa la barbarie de la conquista romana como

si no. En el mundo antiguo, la paz y la estabilidad no eran la condición natural e inevitable de las naciones cuando eran libres de organizarse por su cuenta. Aunque la situación en el siglo XXI ha mejorado, la paz sigue siendo difícil de alcanzar en gran parte del mundo y no es algo que simplemente se establezca por sí solo. Este libro no es en absoluto un llamamiento a la creación de un nuevo Imperio romano sino, por el contrario, un recordatorio de que la paz es un bien muy preciado por el que es necesario trabajar.

Cronología

753 a. C.	Fecha tradicional de la fundación de Roma por parte de Rómulo.
509	Fecha tradicional de la expulsión del último rey de Roma y la creación de la República. Primer tratado con Cartago.
496	Los romanos derrotan a la Liga latina en la batalla del lago Regilo.
396	Toma de Veyes; los romanos introducen la paga para el ejército.
390	Roma es saqueada por los galos.
340-338	La liga de ciudades latinas se rebela contra Roma y es derrotada.
296	Los romanos derrotan a una alianza de samnitas, etruscos y galos en Sentino.
280-275	Guerra contra el rey Pirro de Epiro.
264-241	Primera guerra púnica.
225	Ejército invasor galo derrotado en Telamon.
218-201	Segunda guerra púnica.
214-205	Primera guerra macedónica.
200-196	Segunda guerra macedónica.
192-189	La guerra siria contra el rey seléucida Antíoco

III.

189	Manlio Vulsón ataca a los gálatas.
172-167	Tercera guerra macedónica.
151-150	Sulpicio Galba gobierna Hispania Ulterior y masacra a los lusitanos.
149-146	Tercera guerra púnica.
149-147	Cuarta guerra macedónica.
147-139	Carrera de Viriato.
146	Destrucción de Cartago y saqueo de Corinto.
135-132	Importante rebelión de esclavos en Sicilia.
133	Caída de Numancia en Hispania.
118	Colonia fundada en Narbona en la Galia Transalpina.
113	Los romanos acuden en ayuda del rey de Nórico y son derrotados por cimbrios y teutones.
112-106	Guerra contra el rey Yugurta de Numidia.
105	Los cimbros y los teutones destruyen un gran ejército romano en Arausio.
102-101	Mario derrota a los cimbros y a los teutones.
91-88	La guerra social, la última gran rebelión de los aliados italianos de Roma.
88	Sila marcha con sus legiones sobre Roma. Mitrídates ordena la matanza de unos romanos en Asia.
88-85	Primera guerra mitridática.

83-82	Sila gana la guerra civil.
83-82	Segunda guerra mitridática.
74-66	Tercera guerra mitridática.
74	Cicerón es nombrado cuestor en Sicilia.
73-71	Verres gobierna Sicilia.
73-70	Rebelión de Espartaco.
67	A Pompeyo se le concede el mando extraordinario contra los piratas.
66-63	Pompeyo derrota a Mitrídates, que se suicida.
61	Ariovisto y los secuanos derrotan a los eduos.
59	Ariovisto es reconocido como rey y amigo del pueblo romano.
58-50	Campañas gálicas de César.
58	César derrota a los helvecios y se enfrenta y derrota a Ariovisto.
53	Craso es derrotado y muere a manos de los partos comandados por Surena en Carras.
52	Importante rebelión gala liderada por Vercingétorix.
51-50	Cicerón gobierna Cilicia como procónsul.
49-45	Guerra civil entre César y Pompeyo.
44	César muere asesinado en una conspiración encabezada por Bruto y Casio.
44-31	Repetidas guerras civiles, primero entre los partidarios de César y los conspiradores y luego

entre Marco Antonio y Octaviano.

41-40 Los partos invaden Siria y las provincias vecinas.

38 Los partos son expulsados de las provincias romanas.

36 Marco Antonio invade Armenia y los partos le obligan a efectuar una retirada muy costosa.

31 Marco Antonio es derrotado por Octavio en la batalla naval de Accio. Octavio (que pronto recibirá el nombre de Augusto) se convierte de manera efectiva en el único gobernante del Imperio romano.

27-14 d. C. Principado de Augusto.

16-15 Conquista de las tribus alpinas.

12-7 Conquista de Panonia y Germania.

4 Muerte de Herodes el Grande. Varo conduce a un ejército hasta Judea para hacer frente a unos disturbios.

6 d. C. Los romanos atacan a Marbod, pero se retiran cuando llega la noticia de que hay problemas en los Balcanes.

6-9 Importante rebelión en Panonia.

9 Importante rebelión en Germania. A Varo y a las legiones XVII, XVIII y XIX les tienden un emboscada y son masacrados en el bosque de Teutoburgo.

14-37 Principado de Tiberio.

14-16 La guerra contra Arminio continúa hasta ser

	detenida por Tiberio.
17-24	Rebelión de Tacfarinas.
19	Muerte de Germánico. Juicio de Calpurnio Pisón.
c. 19	Arminio es asesinado por sus propios caciques.
21	Revuelta de Floro y Sacrovir. Rebelión de algunas tribus tracias.
26-36	Poncio Pilato gobierna Judea como prefecto.
28	Revuelta de los frisios.
37-41	Principado de Cayo (Calígula).
40-44	Mauritania se rebela y es completamente conquistada por Suetonio Paulino y más adelante por Hosidio Geta.
41-54	Principado de Claudio.
43	Invasión de Britania.
47	La rebelión de un grupo de icenos es sofocada por Ostorio Escápula. Corbulón inicia una campaña al este del Rin, pero Claudio le hace volver.
54-68	Principado de Nerón.
55-64	Guerra con Partia por el control de Armenia.
59	Violentas confrontaciones entre multitudes rivales de Pompeya y Nuceria.
60-61	Rebelión de Boudica en Britania.
66-74	Primera guerra judeoromana.

68-69	Guerra civil: «El año de cuatro emperadores». Galba, Otón y Vitelio se apoderan del trono en una serie de rápidas sucesiones, pero la guerra finalmente es ganada por Vespasiano.
70-79	Principado de Vespasiano.
70	Jerusalén es tomada después de un largo asedio. Rebelión bátava.
73-74	Masada es sitiada y tomada.
78-84	Agrícola gobierna Britania y sale de campaña hacia el norte.
79-81	Principado de Tito.
81-96	Principado de Domiciano.
85-89	Guerra contra el rey Decébalo de Dacia.
96-98	Principado de Nerva.
98-117	Principado de Trajano.
101-102	Primera guerra dacia de Trajano.
105-106	Segunda guerra dacia de Trajano.
109-111	Plinio es enviado como legado a Bitinia y Ponto.
113-117	Guerra parta de Trajano.
115-117	Rebelión de la población judía de Egipto, Cirenaica y Chipre.
117-138	Principado de Adriano.
122	Comienza la construcción del muro de Adriano.
131-135	Revuelta de Bar Kochba en Judea.

138-161	Principado de Antonino Pío.
140-143	Comienza la construcción del muro de Antonino.
161-180	Reinado de Marco Aurelio.
162-166	Lucio Vero, corregente de Marco Aurelio, entabla la guerra con Partia y la gana.
167-180	Guerra contra las tribus germanas del Danubio.
171/2	Rebelión de los *boukoloi* o búcolos.
180-192	Reinado de Cómodo.
193-197	Guerra civil, finalmente ganada por Severo.
197-211	Reinado de Septimio Severo.
211-217	El reinado de Caracalla termina con su magnicidio, al que sigue otro periodo de guerra civil.
222-235	Reinado de Severo Alejandro.
476	Rómulo Augusto, el último emperador de Occidente, es depuesto.

Glosario

Accensus: el secretario/empleado de mayor rango a cargo del personal administrativo de un procónsul o propretor. Estos hombres a menudo estaban bien educados y eran esclavos o libertos de confianza.

Aerarium militare: la tesorería militar o *aerarium militare* fue fundada por Augusto en el año 6 d. C. para financiar el ejército y en particular para poder hacer frente a la paga y a las bonificaciones entregadas a los soldados cuando se licenciaban. Aunque Augusto ponía la mayor parte del dinero inicial de su propia fortuna, se creó un impopular impuesto sobre la herencia para financiar el pago de la soldada en el futuro.

Ala:

i. República: un ala era una formación de tamaño similar a la legión compuesta de soldados latinos o de otros italianos. Por lo general, un ala acompañaba a cada legión en el campo de batalla.
ii. Principado: un ala era una unidad de caballería auxiliar de tamaño más o menos equivalente a una cohorte de infantería.

Aquilifer: el suboficial que portaba el estandarte de la legión (*aquila*), una estatuilla de un águila de plata o dorada montada sobre un báculo.

Asmoneos: en el siglo II a. C., Judea se rebeló con éxito contra los seléucidas. Se creó un reino independiente, que fue gobernado por la dinastía de los Asmoneos. Más tarde, Marco Anto-

nio y Octavio instalarían en el trono a Herodes el Grande reemplazando a la antigua familia real.

Auctoritas: el prestigio y la influencia de un senador romano. La *auctoritas* se veía enormemente acentuada por los logros militares.

Auxilia (auxiliares): los soldados no ciudadanos reclutados por el ejército durante la República tardía y el Principado solían ser conocidos como auxiliares o tropas de apoyo.

Ballesta o balista: una catapulta con dos brazos de torsión capaz de disparar piedras o dardos con considerable exactitud. Las ballestas se construían en varios tamaños y eran utilizadas sobre todo en los asedios.

Beneficiarius: soldado experimentado adscrito al personal de un gobernador provincial. A menudo realizaban funciones policiales y eran destacados, o bien a título individual, o bien en grupos pequeños.

Catafracto: soldados de caballería pesada que a menudo montaban caballos también protegidos por armadura. Eran un componente importante del ejército parto.

Centuria: la centuria era la subunidad básica del ejército romano, estaba comandada por un centurión y, por lo general, estaba compuesta por ochenta hombres.

Centurión: importante grado de oficiales del ejército romano durante la mayor parte de su historia; originalmente, los centuriones comandaban una centuria de ochenta hombres. El centurión de más rango de una legión era el *primus pilus*, un puesto de enorme estatus que se ocupaba solamente durante un año.

Cohorte (cohors): la unidad táctica básica de la legión, que constaba de seis centurias de ochenta soldados, lo que constituía una fuerza total de cuatrocientos ochenta soldados.

Cohortes urbanas: Augusto formó tres cohortes urbanas cuya función era actuar como fuerza policial paramilitar en la propia

Roma. Eran comandadas por el prefecto urbano. Es posible que durante el reinado de Augusto se creara una cuarta cohorte para custodiar la fábrica de moneda imperial de Lugdunum, en las Galias, ya que hay constancia de que la unidad se encontraba allí en la época en la que Tiberio era princeps.

Cónsul: los dos cónsules del año eran los altos magistrados electos de la República romana y comandaban los ejércitos en campañas importantes. En ocasiones, el Senado ampliaba su poder al concluir su año en el cargo, en cuyo caso eran conocidos como procónsules.

Cornicularius: secretario adscrito al personal de un oficial de unidad o de un gobernador provincial.

Cuestor: los cuestores eran magistrados cuyas funciones eran principalmente financieras y que actuaban como delegados de los gobernadores consulares, además de ostentar, con frecuencia, mandos militares subordinados.

Cursus honorum: nombre que recibía la secuencia establecida de magistraturas que constituía la carrera política en Roma. La legislación que determinaba la edad mínima y demás requisitos que debían cumplir los magistrados electos fue reafirmada y reforzada por Sila durante su dictadura y posteriormente modificada por Augusto.

Decurio (decurión): oficial de caballería que, originalmente, estaba al mando de un grupo de diez hombres. Durante el Principado, un decurión comandaba una turma, un contingente de unos treinta hombres.

Dekanos: funcionario civil en Egipto.

Denario: la moneda de plata básica del Principado. Era el *«penny»* (céntimo) de la Versión Autorizada del rey Jacobo de la Biblia; de ahí la abreviatura, previa a la decimalización, de d para peniques.

Dictator: en épocas de crisis extrema, el Senado nombraba a un dictador por un periodo de seis meses durante los cuales ejercía el poder supremo civil y militar. Más adelante, los vencedores de las guerras civiles, como Sila y Julio César, utilizaron el título como base para obtener un poder más permanente.

Diôgmitai: agentes de la policía en muchas ciudades helénicas. Literalmente, el nombre significaba «cazadores o perseguidores».

Duplicarius: soldado que recibía paga doble y que, probablemente, realizaba funciones de oficial de rango inferior.

Edil: los ediles eran magistrados responsables de los aspectos de la vida cotidiana de la ciudad de Roma, incluyendo la organización de diversos festivales anuales. Era un puesto que los magistrados solían ocupar entre la cuestura y la pretura; había menos ediles que pretores y el cargo no era una parte obligatoria del *cursus honorum*.

Eirênarchai: magistrados electos en muchas ciudades helénicas cuyas funciones incluían la vigilancia del territorio.

Ephebe: en las ciudades griegas, los varones adolescentes (o efebos) acudían al gimnasio para pasar por un proceso de entrenamiento supervisado por el Estado. Este entrenamiento se ocupaba fundamentalmente de mejorar la condición física de los muchachos, pero con frecuencia incluía elementos de formación específicamente militar.

Equites (sing. eques): los équites o «caballeros» eran el grupo con la calificación de propiedad más alta registrada en el censo. A partir de la época de los Gracos, se les concedió un papel público más oficial como jurados en los tribunales, un tema que provocaría una enorme polémica. Solo durante el reinado de Augusto, fueron una orden senatorial independiente creada como una clase separada.

Escorpión: la ballesta ligera que disparaba dardos empleada por el ejército romano tanto en el campo de batalla como en los asedios. Eran armas de largo alcance, además de permitir una gran precisión y tener la capacidad de penetrar cualquier tipo de armadura.

Fasces (sing. fascis): un haz ornamental de varillas de aproximadamente un metro y medio de largo en cuyo centro había un hacha o segur. Eran portadas por los lictores y constituían los símbolos más visibles de poder y estatus del magistrado.

Forum Augustum: el foro construido por Augusto, con el Templo de Mars Ultor en su centro.

Forum Romanum: el corazón político y económico de la ciudad de Roma, situado entre las colinas Capitolino, Palatino, Quirinal y la Velia. Las reuniones públicas a menudo se celebraban alrededor de la *Rostra*, o en el extremo oriental del foro. El *Concilium plebis* y los *Comitia tributa* también se solían reunir en el foro para legislar.

Frumentarii: soldados que habían sido destacados para supervisar el suministro de grano militar. Entre sus funciones se incluía viajar con regularidad entre Roma y las provincias. Con el tiempo, también adoptaron la función de servicio de inteligencia interna.

Gladius: gladius es una palabra latina que significa espada y que se utiliza normalmente para referirse al *gladius hispaniensis*, la espada hispana que fue el arma estándar de los legionarios romanos hasta bien entrado el siglo III d. C. Fabricada con acero de alta calidad, esta arma podía ser utilizada para cortar, pero estaba concebida sobre todo para lanzar estocadas.

Guardia pretoriana: Augusto formó nueve cohortes pretorianas permanentes que constituían su guardia personal. En esta etapa no contaban con cuarteles establecidos en Roma y solo tres de dichas cohortes estaban destinadas en la capital. Esa

norma fue reformada bajo el reinado de Tiberio, cuando las nueve cohortes fueron concentradas en un fuerte en la propia Roma. En la mayoría de los casos los pretorianos solo salían de campaña si el emperador o un miembro de la familia imperial lideraban el ejército.

Imagines: estandartes militares con la imagen del princeps o de su familia.

Immunis: soldado exento de realizar los trabajos manuales más desagradables o pesados, a menudo porque poseían alguna habilidad especial práctica o comercial.

Imperium: el poder de mando militar que ostentaban los magistrados y promagistrados durante su mandato. A Augusto y a sus sucesores se les concedía el *maius imperium proconsulare*, es decir, un poder de procónsul que era superior al de los demás procónsules.

Legatus (pl. legati): oficial subordinado que poseía *imperium* delegado en vez de ejercer el poder por propio derecho y actuaba como sustituto del gobernador. Bajo la República, los *legati* eran elegidos por un magistrado, no por votación. Durante el Principado algunos eran nombrados por el *princeps*. Los legados también se dividían en dos grados principales, conocidos como el *legatus legionis*, que comandaba una legión, y el *legatus Augusti*, que comandaba una provincia.

Legión (legio): la legión —término que, originalmente, significaba «leva»— se convirtió en la unidad principal del ejército romano durante buena parte de su historia. Bajo el Principado la fuerza teórica de una legión era alrededor de 4800-5000 hombres, divididos en diez cohortes de 480 hombres, aunque a veces la primera cohorte era ampliada a 800 hombres. Había también un contingente de 120 jinetes y cada legión contaba con equipamiento de artillería e incluía a numerosos especialis-

tas en sus filas. La fuerza efectiva de una legión en campaña era a menudo muy inferior a su fuerza teórica.

Librarius: escriba de rango menor asignado al cuartel general de una unidad.

Lictor: los lictores eran los asistentes oficiales de un magistrado encargados de llevar las fasces, que simbolizaban su derecho a dispensar la justicia y a infligir castigo corporal y la pena capital. Doce lictores acompañaban a un cónsul, mientras que un dictador normalmente contaba con veinticuatro.

Optio: delegado del centurión que ocupaba el puesto de segundo al mando de una centuria.

Ornamenta triumphalia: Augusto introdujo la concesión de los «ornamentos» del triunfo, como recompensa que sustituía al triunfo en sí. Después del año 19 a. C., a nadie fuera de su familia extensa se le concedió un triunfo completo y, en su lugar, a los gobernadores de las provincias que habían obtenido una victoria se les otorgaba esta distinción.

Ovatio (ovación): la ovación era una forma menor del triunfo, en la que el general atravesaba la ciudad a lomos de un caballo en vez de montado en un carro.

Paraphylakes: comandantes de la policía profesional en algunas ciudades helénicas.

Pilum (pl. pila): la jabalina pesada que era el equipo estándar del legionario romano durante gran parte de la historia de Roma. Su estrecha cabeza estaba diseñada para perforar el escudo del enemigo y el mango largo y fino contribuía a darle suficiente alcance al lanzamiento como para golpear al hombre que se protegía tras el escudo.

Praesidium: una guarnición militar, cuyas dimensiones variaban desde pequeños puestos de avanzada a instalaciones ocupadas por miles de hombres.

Pretor: los pretores eran magistrados elegidos anualmente que, bajo la República, gobernaban las provincias menos importantes y lideraban las guerras de menos envergadura de Roma. Cuando servían como gobernadores, su mando podía ser ampliado, en cuyo caso se les daba el título de propretores.

Prefecto (praefectus):

i. Uno de los tres altos oficiales que lideraban un ala republicana; su cargo era, de facto, equivalente al de un tribuno de una legión.
ii. Gobernador de una provincia ecuestre, por ejemplo, Judea hasta el año 66 d. C. y Egipto.
iii. Comandante de un ala o cohorte auxiliar durante el Principado.

Primi ordines: los centuriones de la primera cohorte de una legión. Estos hombres eran los más veteranos en el cargo de centurión y disfrutaban de un estatus considerable.

Primus pilus: el comandante de la primera centuria de la primera cohorte y el centurión de más rango de la legión.

Princeps: primer ciudadano y líder del Senado, del Pueblo y del Estado. Princeps era el término preferido de Augusto para referirse a su propia condición. En el pasado el cuadro senatorial estaba encabezado por un *princeps senatus*, elegido por los censores supuestamente por ser el miembro más prestigioso y respetado del consejo. En todos sus usos, el término de princeps no poseía ningún poder especial, sino que era una señal de estima y respeto.

Principado: término moderno para denominar el régimen creado por Augusto, que significa el gobierno del princeps; a veces, de manera menos precisa, el princeps es llamado asimismo emperador.

Procurador:

i. Título de gobernador de las provincias ecuestres a partir de c. 40, que reemplazó al anterior título de prefecto.
ii. administrador financiero similar a un cuestor, pero que servía en las provincias imperiales.

Regionarius: (el nombre completo era *centurio regionarius*) centurión a cargo de una región o distrito.

Sesquiplicarius: soldado que recibía una paga y media del salario normal y probablemente ocupaba un puesto de especialista o actuaba como oficial subalterno.

Signifer: el oficial subalterno que portaba la enseña de una centuria o *signum*. En el ejército imperial también era responsable de diversas funciones administrativas dentro de la unidad, en especial de custodiar la paga y los ahorros de los soldados.

Singulares: bajo el Principado, los singulares eran la escolta de élite de los altos funcionarios romanos, como un legado de una legión o de una provincia. Por lo general, los singulares eran auxiliares que habían sido transferidos desde sus unidades y destinados a ese puesto. Los *singulares Augusti* eran una unidad de caballería de élite cuyos miembros eran escogidos entre los jinetes de todo el Imperio; estaba adscrita a la Guardia Pretoriana.

Stationarii: soldados destacados de su unidad para servir en una guarnición.

Talento: el tamaño real de esta medida de peso griega —y por extensión, una moneda— varió considerablemente, desde 57 a 83 kg aproximadamente. Rara vez se puede deducir con claridad de las fuentes que emplean el término qué estándar estaba en uso en ese momento.

Tesserarius: uno de los oficiales de rango inferior de una centuria, cuyo nombre se deriva de la tablilla o *tessera* en la que se escribía la contraseña de cada día.

Tribuni aerarii: los tribunos del tesoro eran el grupo situado por debajo de la orden ecuestre en el censo. Se sabe relativamente poco acerca de ellos.

Tribunus militum (tribuno militar): en la República, se votaban o se nombraban seis tribunos militares para cada legión, que se alternaban en el mando por parejas. Durante el reinado de Augusto, la cifra de tribunos militares se mantuvo en seis, pero uno de ellos estaba siguiendo la carrera senatorial y era de rango superior. Este hombre, el *tribunus laticlavius* (llamado así por la banda ancha que llevaba alrededor de su coraza) era el segundo en el mando tras el legado de cada legión. Los otros cinco tribunos, los *tribuni angusticlavii* (que llevaban una banda estrecha), eran de la orden ecuestre y normalmente ya habían servido al mando de una cohorte auxiliar.

Triunfo: el triunfo, el gran honor que el Senado concedía a los generales que obtenían una victoria importante, era una procesión que avanzaba a lo largo de la vía Sacra, la principal calle ceremonial de Roma, con el fin de hacer ostentación del botín y de los cautivos apresados en la batalla. El comandante iba montado en un carro, vestido con la misma indumentaria que las estatuas de Júpiter, mientras un esclavo, cuya función era recordarle en susurros al general su condición de simple mortal, sostenía la corona de laurel de la victoria sobre su cabeza. El festejo culminaba con la ejecución ritual del líder enemigo capturado.

Triunviro: en el año 43 a. C. Antonio, Lépido y Octavio fueron nombrados *triumviri rei publicae constituendae* (junta de tres magistrados encargada de reconstituir el Estado) en virtud de la *lex Titia* propuesta por un tribuno y aprobada por el *Concilium plebis*. Al triunvirato se le concedieron poderes dictatoriales, inicialmente para cinco años.

Vergobret: magistrado electo de rango superior de muchas tribus galas, como, por ejemplo, los eduos.

Vexilación (vexillatio):

i. Destacamento de tropas que era separado de su unidad o unidades de origen para cubrir determinada función.
ii. Nombre dado a algunas unidades de caballería en el ejército romano tardío.

Vexillum: bandera cuadrada que se colgaba de un travesaño horizontal sujeto al mástil. Se utilizaba para marcar la posición del general en el campo de batalla y, además, era el estandarte que identificaba a los destacamentos de tropas apartados de su unidad. El vexillum de los generales solía ser de color rojo.

Vigiles: las siete cohortes de vigiles fueron creadas por Augusto en el año 6 d. C. para servir como cuerpo de bomberos y policía nocturna de la ciudad de Roma. Cada cohorte controlaba dos de los catorce regios o distritos administrativos, en los que, en la misma época, el princeps dividió la ciudad.

Abreviaturas utilizadas en las notas

ANRW = *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt.*

Apiano, *BC* = Apiano, *Guerras civiles.*

Apiano, *Bell. Hisp.* = Apiano, *Guerra de Hispania.*

Apiano, *Mitr.* = Apiano, *Guerras mitridáticas.*

Broughton, *MRR 2* = Broughton, T., y Patterson, M., *The Magistrates of the Roman Republic*, volumen 2 (1951).

César, *BC* = César, *Guerra civil.*

César, *BG* = César, *Guerra de las Galias.*

CAH² IX = Crook, J., Lintott, A., y E. Rawson (eds.), *The Cambridge Ancient History* 2.ª ed., volumen IX: *The Last Age of the Roman Republic, 146-43 BC* (1994).

CAH² X = A. Bowman, E. Champlin y A. Lintott (eds.), *The Cambridge Ancient History* 2.ª ed., volumen X: *The Augustan Empire, 43 BC - AD 69.*

Cicerón, *ad Att.* = Cicerón, *Cartas a Ático.*

Cicerón, *ad Fam.* = Cicerón, *Cartas a familiares.*

Cicerón, *ad Quintum Fratrem* = Cicerón, *Correspondencia con su hermano Quinto.*

Cicerón, *Verr.* = Cicerón, *Verrinas.*

CIG = *Corpus Inscriptionum Graecarum*

CIL = *Corpus Inscriptionum Latinarum*

Dión = Casio Dión, *Historia romana.*

Estrabón, *Geog.* = Estrabón, *Geografía.*

Galeno, *Comm. In Hipp. Epid.*, CMG = C. Kühn, *Galenus Medicus* (1821-1833), complementado por H. Diels et alii (1918-).

Hist = Historias.

ILLRP = A. Degrassi (ed.) (1963-5), *Inscriptiones Latinae Liberae Rei Republicae*.

ILS = H. Dessau (1892-1916), *Incriptiones Latinae Selectae*.

JARCE = Journal of the American Research Center in Egypt.

Josefo, *Ant.* = Josefo, *Antigüedades judías*.

Josefo, *BJ* = Josefo, *La guerra de los judíos*.

JRA = Journal of Roman Archaeology.

JRS = Journal of Roman Studies.

Tito Livio, *Pers.* = Tito Livio, *Historia romana. Períocas*.

OGIS = W. Dittenberger, Orientis Graeci Inscriptiones Selectae (1903-1905).

PCPS = Proceedings of the Cambridge Philological Society.

Plinio el Joven, *Epistulae* = Plinio el Joven, *Cartas*.

Plinio el Viejo, *HN* = Plinio el Viejo, *Historia natural*.

Salustio, *Bell. Cat.* = Salustio, *Conjuración de Catilina*.

Salustio, *Bell. Jug.* = Salustio, *Guerra de Yugurta*.

SEG. = P. Roussel, M. Todd, E. Ziebarth y J. Hondius (eds.), *Supplementum Epigraphicum Graecum* (1923-).

Tácito, *Ann.* = Tácito, *Anales*.

Valerio Máximo = Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*.

Veleyo Patérculo = Veleyo Patérculo, *Historia romana*.

ZPE = *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*.

Bibliografía

Alföldy, G., (trad. al inglés de A. Birley), *Noricum*, 1974.

Alston, R., *Soldier and Society in Roman Egypt. A Social History*, 1995, pp. 20-38.

——, «*The ties that bind: soldiers and societies*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community*. JRA Supplementary Series 34, 1999, pp. 175-195.

Austin, B. y Rankov, B., *Exploratio. Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic War to the Battle of Adrianople*, 1995.

Badian, E., *Roman Imperialism in the Late Republic*, 1968.

——, *Publicans and Sinners*, 1972.

Bagnall, R., «*Army and police in upper Egypt*», JARCE 14, 1976, pp. 67-88.

—— y Frier, F., *The Demography of Roman Egypt*, 1994.

Barlow, J., «*Noble Gauls and their other*», en K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, 1998, pp. 139-170.

Barnes, T., «*The Victories of Augustus*», JRS 64, 1974, pp. 21-26.

Baronowski, D., «*Roman military forces in 225 BC (Polybius 2. 23-4)*», Historia 42, 1993, pp. 181-202.

Barrett, A., *Livia. First Lady of Imperial Rome*, 2002.

——, «*Aulus Caecina Severus and the Military Woman*», Historia 54, 2005, pp. 301-314.

Beard, M., *The Roman Triumph*, 2007.

Beloch, K., *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt*, 1886.

Bennes, L. y Hillard, T., «*Rei Militaris Virtus… Orbem Terrarum Parere Huic Imperio Coegit: The transformation of Roman Imperium*», en D. Hoyos, *A Companion to Roman Imperialism*, 2013, pp. 141-153.

Bidwell, P., *Roman Forts in Britain*, 2007.

——, «*Systems of obstacles on Hadrian's wall and their relationship to the turrets*», en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de Gladius 13, Vol. 3*, 2009, pp. 1119-1124.

Billows, R., «*The religious procession of the Ara Pacis Augustae: Augustus's supplicatio in 13 BC*», JRA 6, 1993, pp. 80-92.

Birley, E., «*Marcus Cocceius Firmus: an epigraphic study*», en E. Birley (ed.), *Roman Britain and the Roman Army. Collected papers*, 1953, pp. 87-103.

——, «The origins of legionary centurions» y «Promotion and transfer in the Roman army II: the centurionate», en E. Birley, *The Roman Army*. Papers 1929-1986, 1988, pp. 189-220.

——, «*Senators in the emperor's service*» y «*Promotion and transfers in the Roman army: senatorial and equestrian officers*», en E. Birley, *The Roman Army*. Papers 1929-1986, 1988, pp. 75-114.

Bishop, M., «*Praesidium: social, military, and logistical aspects of the Roman army's provincial distribution during the early Principate*», en A. Goldsworthy e I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community in Peace and War*. JRA Supplementary Series 34 (1999), pp. 111-118.

—— y Coulston, B., *Roman Military Equipment. From the Punic Wars to the Fall of Rome* , 2006.

——, *Handbook to Roman Legionary Fortresses*, 2012.

Boardman, J., *The Greeks Overseas: Their Early Colonies and Trade*, 1999.

Le Bohec, Y., *The Imperial Roman Army*, 1994.

Bond, H., *Pontius Pilate in History and Interpretation. Society for New Testament Studies* Monograph Series 100, 1998, pp. 94-207.

Bowersock, G., «*The mechanics of subversion in the Roman Provinces*», en *Opposition et résistance à l'empire d'Auguste à Trajan*, Entretiens sur L'antiquité classique, 1987, pp. 291-317.

——, *Augustus and the Greek World*, 1965.

Bowman, A., «*A letter of Avidius Cassius?*», JRS 60, 1970, pp. 20-26.

Bradley, K., «*Slavery in the Roman Republic*», en K. Bradley y P. Cartledge (eds.), *The Cambridge World History of Slavery, Vol. 1: The Ancient Mediterranean*, 2011, pp. 241-264.

Braund, D., «*The Aedui, Troy, and the Apocolocyntosis*», Classical Quarterly 30, 1980, pp. 420-425.

Breeze, D., *Handbook to the Roman Wall*, 2006.

——, *The Frontiers of Imperial Rome*, 2011.

Breeze. D. y Dobson, B., *Hadrian's Wall*, 2000.

Broughton, T., *The Magistrates of the Roman Republic, Vol. 3*, 1986.

Brunt, P., «*Charges of provincial maladministration under the early principate*», Historia 10, 1961, pp. 189-227.

——, *Italian Manpower 225 BC - AD 14*, 1971.

——, «*Did Imperial Rome disarm her subjects?*», Phoenix 29, 1975, pp. 260-270.

——, *The Fall of the Roman Republic and Related Essays*, 1988.

Burns, T., *Rome and the Barbarians, 100 BC - AD 200*, 2003.

Burton, G., «*Proconsuls, assizes, and the administration of justice under the empire*», JRS 65, 1975, pp. 92-106.

——, «*The issuing of mandata to proconsuls and a new inscription from Cos*», ZPE 21, 1976, pp. 63-68.

Callwell, C., *Small Wars. A Tactical Textbook for Imperial Soldiers*, 1990.

Camp, J., *The Archaeology of Athens*, 2001.

Campbell, J., «*Who were the viri militares?*», JRS 65, 1975, pp. 11-31.

——, *The Emperor and the Roman Army, 31 BC - AD 235*, 1984.

——, *«War and diplomacy: Rome and Parthia, 31 BC - AD 235»*, en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World*, 1993, pp. 213-240.

Carandini, A., Rome. *Day One*, 2011.

Casson, L. (ed.), *The Periplus Maris Erythraei: Text with Introduction, Translation and Commentary*, 1999.

Cherry, C h., *Frontier and Society in Roman North Africa*, 1998.

Conlin, D., *The Artists of the Ara Pacis. Studies in the History of Greece and Rome*, 1997.

Conole, P. y Milns, R., «*Neronian frontier policy in the Balkans: the career of Ti. Plautius Silvanus*», Historia 32, 1983, pp. 183-200.

Cornell, T., «*The end of Roman imperial expansion*», en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World*, 1993, pp. 139-170.

——, *The Beginnings of Rome. Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars (c. 1000-264 BC)*, 1995.

Corsten, T., «*Estates in Roman Asia Minor: the case of Kibyratis*», en S. Mitchell y C. Katsari (eds.), *Patterns in the Economy of Roman Asia Minor* (2005), pp. 1-51.

Cowan, R., *Roman Conquests - Italy*, 2009.

Crawford, M., *Roman Republican Coinage*, 1974.

——, *The Roman Republic*, 1978.

Cunliffe, B., *Hengistbury Head, Vol. 1*, 1987.

——, *Greeks, Romans and Barbarians: Spheres of Interaction*, 1988.

——, *Facing the Ocean: The Atlantic and its Peoples 800 BC - AD 1500*, 2001.

Cuvigny, H., *Ostraca de Krokodilô. La correspondence militaire et sa circulation* (O. Krok. 1-151). *Praesidia du désert de Bérénice II. Fouilles de l'IFAO* 51, 2005.

Davies, R., «*The investigation of some crimes in Roman Egypt*», en R. Davies, D. Breeze y V. Maxfield, (eds.), *Service in the Roman Army*, 1989, pp. 175-185.

Dawson, D., *The Origins of Western Warfare. Militarism and Morality in the Ancient World*, 1996.

Decharneux, B., «*The Carabas affair (en Flacc 36-39): An incident emblematic of Philo's political philosophy*», en P. Tomson y J. Schwartz (eds.), *Jews and Christians in the First and Second Centuries: How to Write their History*, 2014, pp. 70-79.

Delbrück, H., *History of the Art of War, Vol. 1: Warfare in Antiquity*, 1975.

Derks, T., *Gods, Temples and Ritual Practices: The Transformation of Religious Ideas and Values in Roman Gaul*, 1998.

Derow, P., «*Polybius, Rome and the east*», JRS 69, 1979, pp. 1-5.

Dmitriev, S., *City Government in Hellenistic and Roman Asia Minor*, 2005.

Dobson, B., «*Legionary centurion or equestrian officer? A comparison of pay and prospects*», *Ancient Society* 3, 1972, pp. 193-207.

——, «*The significance of the centurion and primipilaris in the Roman army and administration*», ANRW 2. 1, 1974, pp. 392-434.

——, «*The role of the fort*», en W. Hanson (ed.), *The Army and the Frontiers*. JRA Supplementary Series 74, 2009, pp. 25-32.

Drinkwater, J., *The Alamanni and Rome 213-496 (Caracalla to Clovis)*, 2007.

Dyson, S., «*Native Revolts in the Roman Empire*», Historia 20, 1971, pp. 239-274.

——, «*Native Revolt Patterns in the Roman Empire*», ANRW 2. 3, 1975, pp. 138-175.

——, *The Creation of the Roman Frontier*, 1985.

——, Rome. *A Living Portrait of an Ancient City*, 2010.

Eck, W., *The Age of Augustus*, 2003.

Eckstein, A., *Mediterranean Anarchy, Interstate War, and the Rise of Rome*, 2006.

——, «*Hegemony and annexation beyond the Adriatic 230-146 BC*», en D. Hoyos (ed.), *A Companion to Roman Imperialism*, 2013, pp. 79-97.

Edwards, E. y Woolf, G., (eds.), *Rome the Cosmopolis*, 2003.

Errington, R., *The Dawn of Empire: Rome's Rise to World Power*, 1971.

Esdaile, C h., *Outpost of Empire. The Napoleonic Occupation of Andalucía*, 1810-1812, 2012.

Faulkner, N., *Apocalypse. The Great Jewish Revolt against Rome AD 66-73*, 2002.

Fentress, E., *Numidia and the Roman Army*. BAR International Series 53, 1979.

Ferrary, J., «*The powers of Augustus*», en J. Edmondson (ed.), *Augustus*, 2009, pp. 90-136.

Frank, T., (ed.), *An Economic Survey of Ancient Rome, Vol. 1*, 1933.

Frazel, T., «*The composition and circulation of Cicero's "In Verrem"*», *The Classical Quarterly* 54. 1, 2004, pp. 128-42.

Freyne, S., «*The Revolt from a regional perspective*», en A. Berlin y J. Overman (eds.), *The First Jewish Revolt. Archaeology, History, and Ideology*, 2002, pp. 43-56.

Frier, B., «*Roman Demography*», en D. Potter y D. Mattingly (eds.), *Life, Death and Entertainment in the Roman Empire*, 1999, pp. 95-109.

Fuhrmann, C., *Policing the Roman Empire. Soldiers, Administration and Public Order*, 2012.

Galinsky, K., *Augustus. Introduction to the Life of an Emperor*, 2012.

Gardner, J., *«The "Gallic menace" in Caesar's Propaganda», Greece and Rome* 30, 1983, pp. 181-189.

Garland, R., *The Wandering Greeks: The Ancient Greek Diaspora from the Age of Homer to the Death of Alexander*, 2014.

Garnsey, P., *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World*, 1988.

Gelzer, M., *Caesar. Politician and Statesman*, 1968.

Gibson, R., «*On the nature of ancient letter collections*», JRS 102, 2012, pp. 56-78.

Gichon, M., «*Life on the borders reflected in rabbinical sources*», en A. Morillo, N. Hanel y Martín, E., (eds.), *Limes XX. Estudios Sobre La Frontera Romana Roman Frontier Studies, Vol. 1*, 2009, pp. 113-118.

Goldsworthy, A., *The Roman Army at War 100 BC - AD 200*, 1996.

——, *The Punic Wars*, 2000. Existe traducción al español: *La caída de Cartago: las Guerras Púnicas, 265-146 a. C.*, 2008, Editorial Ariel.

——, *The Complete Roman Army*, 2003. Existe traducción al español: *El ejército romano*, 2005, Ediciones Akal.

——, *In the Name of Rome*, 2003. Existe traducción al español: *En el nombre de Roma. Los hombres que forjaron el imperio*, 2010, Editorial Ariel.

——, *Caesar: The Life of a Colossus*, 2006. Existe traducción al español: *César. La biografía definitiva*, 2006, La Esfera de los Libros.

——, «*War*», en P. Sabin, H. van Wees y M. Whitby (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare, Vol. 2: Rome from the Late Republic to the Late Empire*, 2007, pp. 76-121.

——, *The Fall of the West. The Death of the Roman Superpower*, 2009. Existe traducción al español: *La caída del Imperio romano. El ocaso de Occidente*, 2009, La Esfera de los Libros.

——, *Antony and Cleopatra*, 2010. Existe traducción al español: *Antonio y Cleopatra*, 2012, La Esfera de los Libros.

——, *Augustus. From Revolutionary to Emperor*, 2014. Existe traducción al español: *Augusto. De revolucionario a emperador*, 2014, La Esfera de los Libros.

——, «*"Men casually armed against fully equipped regulars": The Roman military response to Jewish insurgence 63 BCE-135 CE*», en P. Tomson y J. Schwartz (eds.), *Jews and Christians in the First and Second Centuries: How to Write their History*, 2014, pp. 207-237.

Goodman, M., *The Ruling Class of Judaea. The Origins of the Jewish Revolt against Rome AD 66-70*, 1987.

Goudineau, C., *César et la Gaule*, 1995.

Green, P., *Alexander to Actium*, 1990.

Grenfell, B., Hunt, A., y Bell, H. *et alii* (eds.), *The Oxyrhynchus Papyri*, 1898.

Griffin, M., «*The Senate's story. Review of Das Senatus Consultum de Cn. Pisone Patre*», W., Eck; A., Caballos y F., Fernández, JRS 87, 1997, pp. 249-263.

Gruen, E., *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, 1984.

——, «*Material rewards and the drive for empire*», en W. Harris (ed.), *The Imperialism of Mid-Republican Rome*, 1984, pp. 59-82.

——, «*Roman perspectives on the Jews in the age of the Great Revolt*», en A. Berlin y J. Overman (eds.), *The First Jewish Revolt*. Archaeology, History, and Ideology, 2002, pp. 27-42.

Grünewald, T., *Bandits in the Roman Empire. Myth and Reality*, 2004.

Hammond, N., «*The western part of the via Egnatia*», JRS 64, 1974, pp. 185-194.

Harding, D., *The Iron Age in Northern Britain. Celts, Romans, Natives and Invaders*, 2004.

Harris, W., *War and Imperialism in Republican Rome 327-70 BC*, 1979.

——, «*Demography, Geography, and the supply of slaves*», JRS 89, 1999, pp. 62-75.

Hassall, M., Crawford, M. y Reynolds, J., «*Rome and the Eastern Provinces at the end of the Second Century BC*», JRS 64 (1974), pp. 195-220.

Hatzfield, J., «*Les Italiens résidant à Délos*», Bulletin de Correspondance Hellénique 36, 1912, p. 143.

Haynes, I., *The Blood of the Provinces. The Roman Auxilia and the Making of Provincial Society from Augustus to Severus*, 2013.

Hind, J., «*A. Plautius' campaign in Britain: an alternative reading of the narrative in Cassius Dio (60. 19. 5-21. 2)*», Britannia 38, 2007, pp. 93-106.

Hobsbawm, E., *Bandits*, 1969.

Hodgson, N., «*Gates and passages across the frontiers: the use of openings through the barriers of Britain, Germany and Raetia*», en Z. Visy, Limes XIX. *Proceedings of the XIXth International Congress of Roman Frontier Studies* held in Pécs, Hungary, September 2003, 2005, pp. 183-187.

Hölbl, G., *A History of the Ptolemaic Empire*, 2001.

Hopkins, K., *Conquerors and Slaves*, 1978.

——, «*Rome, taxes, rent and trade*», en W. Scheidel y S. von Reden (eds.), *The Ancient Economy* (2002), pp. 190-230.

Horsley, R., «*Power vacuum and power struggle 66-7 CE*», en A. Berlin y J. Overman (eds.), *The First Jewish Revolt. Archaeology, History, and Ideology*, 2002, pp. 87-109.

Hunter, F., «*Iron age hoarding in Scotland and northern Britain*», en A. Gwilt y C. Haselgrove (eds.), *Reconstructing Iron Age Societies*, 1997, pp. 108-133.

——, «*Roman and native in Scotland: new approaches*», JRA 14, 2001, pp. 289-309.

——, «*The lives of Roman objects beyond the frontier*», en P. Wells (ed.), *Rome Beyond its Frontiers; Imports, Attitudes and Practices*, JRA Supplementary Series 95 (2013), pp. 15-28.

Ilkjaer, I., «*Danish war booty sacrifices*», en B. Stoorgard y L. Thomsen (eds.), *The Spoils of Victory. The North in the Shadow of the Roman Empire*, 2003, pp. 44-65.

Isaac, B., *The Limits of Empire*. The Roman Army in the East, 1992.

James, S., *Rome and the Sword. How Warriors and Weapons Shaped Roman History*, 2001.

Jensen, X., Jorgensen, L. y Hansen, U., «*The Germanic army: warriors, soldiers and officers*», en B. Stoorgard y L. Thomsen (eds.), *The Spoils of Victory. The North in the Shadow of the Roman Empire*, 2003, pp. 310-328.

Johnson, A., *Roman Forts*, 1983.

Johnson, M., *Boudicca*, 2012.

Jorgensen, A., «*Fortifications and the control of land and sea traffic in the Pre-Roman and Roman Iron Age*», en B. Stoorgard y L. Thomsen (eds.), *The Spoils of Victory. The North in the Shadow of the Roman Empire*, 2003, pp. 194-209.

Kallet-Marx, E., *Hegemony to Empire. The Development of the Roman Imperium in the East from 148 to 62 BC*, 1995.

Kennedy, D., «*Parthia and Rome: Eastern Perspectives*», en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East*. JRA Supplement 18, 1996, pp. 67-90.

Kinsella, T., *The Táin. From the Irish Epic Táin Bó Cuailnge*, 1969.

Kokkinia, C., «*Ruling, inducing, arguing: how to govern (and survive) a Greek province*», en L. de Light, E. Hemelrijk y H. Singor (eds.), *Roman Rule and Civic Life: Local and Regional Perspectives. Impact of Empire, Vol. 4*, 2004, pp. 39-58.

Lacey, W., *Augustus and the Principate. The Evolution of a System*, 1996.

Lancel, S., *Carthage*, 1995.

Lazenby, J., *The First Punic War*, 1996.

——*Hannibal's War. A Military History of the Second Punic War*, 1998.

Lendon, J., *Empire of Honour. The Art of Government in the Roman World*, 1997.

——, *Song of Wrath. The Peloponnesian War Begins*, 2010.

Lepper, F. y Frere, S., *Trajan's Column*, 1988.

Levick, B., «*The Veneti Revisited: C. E. Stevens and the tradition of Caesar the propagandist*», en K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, 1998, pp. 61-83.

——, *The Government of the Roman Empire. A Sourcebook*, 2000.

Liebeschuetz, J., «*The settlement of 27 BC*», en C. Deroux, *Studies in Latin Literature and Roman History*, 2008, pp. 346-353.

Lintott, A., «*Leges Repetundae and associate measures under the Republic*», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte: Romanistische Abteilung* 98, 1981, pp. 194-195.

——, *Imperium Romanum. Politics and Administration*, 1993.

——, *The Constitution of the Roman Republic*, 1999.

Luttwak, E., *The Grand Strategy of the Roman Empire: From the First Century AD to the Third*, 1976.

Keppie, L., *The Making of the Roman Army*, 1984.

Kraus, C., «*Bellum Gallicum*», en M. Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, 2009, pp. 159-174.

Ma, J., «*Peer Polity Interaction in the Hellenistic Age*», Past & Present, 180, 2003, pp. 9-39.

MacMullen, R., *Enemies of the Roman Order*, 1966.

——, *Roman Government's Response to Crisis AD 235-337*, 1976.

Madsen, J., *Eager to be Roman. Greek Response to Roman Rule in Pontus and Bithynia*, 2009

Manley, J., *AD 43. The Roman Invasion of Britain - A Reassessment*, 2002.

Marshall, A., «*The Structure of Cicero's Edict*», *American Journal of Philology*, 85, 1964, pp. 185-191.

——, «*Governors on the Move*», Phoenix 20, 1966, pp. 231-246.

——, «*The Lex Pompeia de provinciis (52 BC) and Cicero's Imperium in 51-50 BC: Constitutional aspects*», ANRW 1. 1, 1972, pp. 887-921.

——, «*Tacitus and the governor's lady: a note on Annals III. 31-4*», *Greece and Rome* 22, 1975, pp. 11-18.

Marichal, R., *Les Ostraca du Bu Njem*, 1979, pp. 436-452.

Mason, S., «*Why did Judaeans go to war with Rome in 66-67 CE? Realist-Regional perspectives*», en P. Tomson y J. Schwartz (eds.), *Jews and Christians in the First and Second Centuries: How to Write their History*, 2014, pp. 126-206.

Mattern, S., *Rome and the Enemy. Imperial Strategy in the Principate*, 1999.

Mattingly, D., (ed.), *The Archaeology of the Fazza-n, Vol. 1: Synthesis*, 2003.

——, *An Imperial Possession. Britain in the Roman Empire*

——, *Imperialism, Power, and Identity. Experiencing the Roman Empire 54 BC - AD 409*, 2011.

Matyszak, P., *Mithridates the Great. Rome's Indomitable Enemy*, 2008.

Maxfield, V., *The Military Decorations of the Roman Army*, 1981.

——, «*Ostraca and the Roman army in the eastern desert*», en J. Wilkes (ed.), *Documenting the Roman Army. Essays in Honour of Margaret Roxan* (2003), pp. 153-173.

Mayor, A., *The Poison King. The Life and Legend of Mithridates, Rome's Deadliest Enemy*, 2010.

McKechnie, P., «*Judaean embassies and cases before Roman Emperors, AD 44-66*», *Journal of Theological Studies* 56, 2005, pp. 339-361.

Meier, C., *Caesar*, 1996.

Meyers, E., «*Roman Sepphoris in the light of new archaeological evidence and recent research*», en L. Levine (ed.), *The Galilee in Late Antiquity*, 1992, pp. 321-328.

Miles, R., *Carthage Must Be Destroyed. The Rise and Fall of an Ancient Civilization*, 2010.

Millar, F., *The Emperor in the Roman World (31 BC - AD 337)*, 1977.

——, «*The world of the Golden Ass*», JRS 71, 1981, pp. 63-75.

——, «*Emperors, frontiers and foreign relations, 31 BC to AD 378*», Britannia 13, 1982, pp. 1-23.

——,«*The Mediterranean and the Roman Revolution: Politics, war and the economy*», Past & Present 102, 1984, pp. 3-24.

——, «*State and Subject: the impact of monarchy*», en F. Millar y E. Segal (eds.), *Caesar Augustus. Seven Aspects*, 1990, pp. 37-60.

——, *The Roman Near East 31 BC - AD 337*, 1993.

Mitchell, S., «*Requisitioned transport in the Roman empire: a new inscription from Pisidia*», JRS 66, 1976, pp. 106-131.

——, *Anatolia. Land, Men, and Gods in Asia Minor, Vol. 1: The Celts in Anatolia and the Impact of Roman Rule* , 1993.

——, «*Olive oil cultivation in the economy of Roman Asia Minor*», en S. Mitchell y C. Katsari (eds.), *Patterns in the Economy of Roman Asia Minor*, 2005, pp. 83-113.

Morillo Cerdán, A., «*The Augustean Spanish Experience: The origin of the limes system?*», en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana*. Roman Frontier Studies. Anejos de Gladius 13, Vol. 1, 2009, pp. 239-251.

Morley, N., *The Roman Empire. Roots of Imperialism*, 2010.

Murdoch, A., *Rome's Greatest Defeat. Massacre in the Teutoburg Forest*, 2006.

Musurillo, H., *The Acts of the Pagan Martyrs, Acta Alexandrinorum*, 1954.

Nappo, D. y Zerbini, A., «*Trade and taxation in the Egyptian desert*», en O. Hekster y T. Kaizer (eds.), *Frontiers in the Roman World. Proceedings of the Ninth Workshop of the International Network Impact of Empire* (Durham, 16-19 April 2009), 2011, pp. 61-77.

North, J., «*The development of Roman imperialism*», JRS 71, 1981, pp. 1-9.

Oakley, S., «*The Roman conquest of Italy*», en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World*, 1993, pp. 9-37.

Oliver, J., «*A Roman governor visits Samothrace*», *American Journal of Philology* 87, 1966, pp. 75-80.

Osgood, J., *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire*, 2006.

——, «*The Pen and the Sword: Writing and Conquest in Caesar's Gaul*», *Classical Antiquity* 28, 2009, pp. 328-358.

Palmer, E., *Carthage and Rome at Peace*, 1997.

Parkin, T., *Demography and Roman Society*, 1992.

Pekàry, T., «*Seditio: Unruhen und Revolten im römischen Reich von Augustus bis Commodus*», *Ancient Society* 18, 1987, pp. 133-150.

Picard, G. y Picard, C., *Carthage*, 1987.

Pitts, L., «*Relations between Rome and the German "kings" on the Middle Danube in the first to fourth centuries AD*», JRS 79, 1989, pp. 45-58.

Pomeroy, S., «*Coprynyms and the exposure of infants in Egypt*», en A. Cameron y A. Kuhrt (eds.), *Images of Women in Antiquity*, 1983, pp. 207-222.

Potter, D., «*Empty areas and Roman frontier policy*», *American Journal of Philology* 113, 1992, pp. 269-274.

——,«*Emperors, their borders and their neighbours: the scope of imperial mandata*», en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East*. JRA Supplementary Series 18, 1996, pp. 49-66.

Prag, J., «*Auxilia and gymnasia: A Sicilian model of Roman Imperialism*», JRS 97, 2007, pp. 68-100.

——, *Sicilia Nutrix Plebis Romanae. Rhetoric, Law, and Taxation in Cicero's Verrines*, 2007.

Preston, R., «*Roman questions, Greek answers: Plutarch and the construction of identity*», en Goldhill, S. (ed.), *Being Greek under Rome. Cultural Identity, the Second Sophistic and the Development of Empire*, 2001, pp. 86-119.

Purcell, N., «*The creation of provincial landscape: the Roman imprint on Cisalpine Gaul*», en T. Blagg y M. Millet (eds.), *The Early Roman Empire in the West*, 1990, pp. 7-29.

Quesada Sanz, F., *Armas de la Antigua Iberia. De Tartesos a Numancia*, 2010.

Rankov, B., «*The governor's men: the officium consularis*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Commu-*

nity in Peace and War. JRA Supplementary Series 34, 1999, pp. 15-34.

——, «*Do rivers make good frontiers?*», en Z. Visy, Limes XIX. *Proceedings of the XIXth International Congress of Roman Frontier Studies* held in Pécs, Hungary, September 2003, 2005, pp. 175-181.

——, «*A "secret of empire" (imperii arcanum): an unacknowledged factor in Roman imperial expansión*», en W. Hanson (ed.), *The army and the frontiers of Rome: papers offered to David Breeze on the occasion of his sixty-fifth birthday and his retirement from historic Scotland*. JRA Supplementary Series 74, 2009, pp. 163-172.

Rathbone, D., «*Villages, land and population in Graeco-Roman Egypt*», PCPS 36, 1990, pp. 103-142.

Rawlings, L., «*Caesar's portrayal of the Gauls as Warriors*», en K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, 1998, pp. 171-192.

Rawson, E., «*Caesar's Heritage. Hellenistic kings and their Roman equals*», JRS 65, 1975, pp. 148-159.

Rea, J., «*Lease of a Red Cow called Thayris*», *The Journal of Egyptian Archaeology* 68, 1982, pp. 277-282.

Reseña de G. de la Bédoyère de D. Mattingly, *An Imperial Possession. Britain in the Roman Empire 54 BC - AD 409*, 2006, en History Today (agosto 2006), p. 62.

Rice Holmes, T., *Caesar's Conquest of Gaul*, 1911.

Rich, J., «*Fear, greed and glory: the causes of Roman war-making in the middle Republic*», en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World*, 1993, pp. 38-68.

——, «*Augustus, War and Peace*», en J. Edmondson (ed.), Augustus (2009), pp. 137-64 = L. de Blois, P. Erdkamp, G. de Kleijn y S. Mols (eds.), *The Representation and Perception of Roman Imperial Power: Proceedings of the Third Workshop of the International*

Network, Impact of Empire (Roman Empire 200 BC to AD 476). Netherlands Institute in Rome, March 20-23, 2002, 2003, pp. 329-357.

Richardson, J., «*The Tabula Contrebiensis: Roman law in Spain in the early first century BC*», JRS 73, 1983, pp. 33-41.

——, *Hispaniae. Spain and the Development of Roman Imperialism, 218-82 BC* , 1986.

——, «*The purpose of the Lex Calpurnia de Repedundis*», JRS 77, 1987, pp. 1-12.

——, *Augustan Rome 44 BC to AD 14. The Restoration of the Republic and the Establishment of the Empire*, 2012.

Ritterling, J., «*Military forces in senatorial provinces*», JRS 17, 1927, pp. 28-32.

Robert, L. y Robert, J., *Claros Vol. 1: Décrets hellénistiques* , 1989.

Rosenstein, N., «*Marriage and Manpower in the Hannibalic War: Assidui, Proletarii and Livy 24. 18. 7-8*», Historia 51 (2002), pp. 163-191.

——, *Rome at War: Farms, Families, and Death in the Middle Republic*, 2004.

——, «*General and imperialist*», en M. Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, 2009, pp. 85-99.

——, *Rome and the Mediterranean 290 to 146 BC. The Imperial Republic*, 2012.

Rost, A., «*The Battle between Romans and Germans in Kalkriese: Interpreting the Archaeological Remains from an ancient battlefield*», en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana*. Roman Frontier Studies. Anejos de Gladius 13, Vol. 3, 2009, pp. 1339-1345.

Roymans, N., *Tribal Societies in Northern Gaul: An Anthropological Perspective*. Cingula 12, 1990.

Rutledge, S., «*The Roman destruction of sacred sites*», Historia 56, 2007, pp. 179-195.

Safrai, Z., «*Socio-economic and cultural developments in the Galilee from the late first to early third century CE*», en P. Tomson y J. Schwartz (eds.), *Jews and Christians in the First and Second Centuries: How to Write their History*, 2014, pp. 278-310.

Scheidel, W., *Measuring Sex, Age, and Death in the Roman Empire. Explorations in Ancient Demography*. JRA Supplementary Series 2, 1996.

——, «*Germs for Rome*», en C. Edwards y G. Woolf (eds.), *Rome the Cosmopolis*, 2003, pp. 158-176.

——, «*The Roman slave supply*», en K. Bradley y P. Cartledge (eds.), *The Cambridge World History of Slavery, Vol. 1: The Ancient Mediterranean*, 2011, pp. 287-310.

Schmidt, C., «*Just recycled? New light on the Roman imports at the "central farmstead"" of Friensted (central Germany)*», en P. Wells (ed.), *Rome Beyond its Frontiers: Imports, Attitudes and Practices*. JRA Supplementary Series 95, 2013, pp. 57-70.

Schürer, E., Vermes, G. y Millar, F., *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ, Vol. 1*, 1973.

Schwartz, S., *Studies in the Jewish Background of Christianity*, 1992.

——, «*The Rabbi in Aphrodite's bath: Palestinian society and Jewish identity in the High Roman Empire*», en S. Goldhill (ed.), *Being Greek under Rome. Cultural Identity, the Second Sophistic and the Development of Empire*, 2001, pp. 335-361.

Scott, K., «*The Political Propaganda of 44-30 BC*», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11, 1933, pp. 7-49.

Sebastian Sommer, C., «*The Roman army in SW Germany as an instrument of colonisation: the relationship of forts to military and civilian vici*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community*. JRA Supplementary Series 3, 1999, pp. 81-93.

Serafina, C., «*A Roman engineer's tales*», JRS 101, 2011, pp. 143-165.

Sharar, Y., «*The underground hideouts in Galilee and their historical meaning*», en P. Schäfer (ed.), *The Bar Kokhba War Reconsidered: New Perspectives on the Second Jewish Revolt against Rome*, 2003, pp. 217-240.

Shaw, B., «*Bandits in the Roman Empire*», Past & Present 105, 1984, pp. 3-52.

——, «*The bandit*», en A. Giardina (ed.), *The Romans*, 1993, pp. 3-52.

——, «*Tyrants, bandits and kings: personal power in Josephus*», *Journal of Jewish Studies*, 44, 1993, pp. 176-204.

——, «*Fear and Loathing: the nomad menace and Roman Africa*», en B. Shaw, *Rulers, Nomads, and Christians in Roman North Africa*, 1995, VII, pp. 25-46.

——, (ed.), *Spartacus and the Slave Wars. A Brief History with Documents*, 2001.

Sheldon, R., *Rome's Wars in Parthia: Blood in the Sand*, 2010.

Sherwin-White, A., *The Letters of Pliny. A Historical and Social Commentary*, 1966.

——, «*The date of the Lex Repetundarum and its consequences*», JRS 62, 1972, pp. 83-99.

——, «*Rome the aggressor?*», JRS 70, 1979, pp. 177-181.

——, *The Roman Citizenship*, 1996.

Shotter, D., *Caesar Augustus*, 1991.

Siani-Davies, M., «*Ptolemy XII Auletes and the Romans*», Historia 46, 1997, pp. 306-340.

Sidebotham, H., International Relations, en P. Sabin, H. van Wees y M. Whitby (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare, Vol. 2: Rome from the Late Republic to the Late Empire*, 2007, pp. 3-29.

Smith, R., *Service in the Post-Marian Roman Army*, 1958.

Souza, De, P. *Piracy in the Graeco-Roman World*, 1999.

——, «*Pirates and politics in the Roman world*», en V. Grieb y S. Todt (eds,), *Piraterie von de Antike bis zur Gegenwart*, 2012, pp. 47-73.

Spaul, J., *Ala2*, 1994.

Spawforth, A., *Greece and the Augustan Cultural Revolution. Greek Culture in the Roman World*, 2012.

Speidel, M., «*The Roman army in Judaea under the Procurators*», en M. Speidel, *Roman Army Studies, Vol. 2: Mavors*, 1992, pp. 224-232.

——, *Emperor Hadrian's Speeches to the African Army - A New Text*, 2006.

——, «*The missing weapons at Carlisle*», Britannia 38, 2007, pp. 237-239.

Stockton, D., *Cicero: A Political Biography*, 1971.

Strickland, T., «*What kind of community existed at Chester during the hiatus of the 2nd c.?*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community*. JRA Supplementary Series 34, 1999, pp. 105-109.

Syme, R., *The Roman Revolution*, 1960.

——, «*Who was Vedius Pollio?*», JRS 51 (1961), pp. 23-30.

——, «*Military Geography at Rome*», *Classical Antiquity* 7, 1988, pp. 227-251.

Tchernia, A., «*Italian wine in Gaul at the end of the Republic*», en P. Garnsey, K. Hopkins y C. Whittaker (eds.), *Trade in the Ancient Economy*, 1983, pp. 87-104.

Temin, P., *The Roman Market Economy*, 2013.

Thomas, J. y Davies, R., «*A new military strength report on papyrus*», JRS 67, 1977, pp. 50-61.

Thorne, T., «*The Chronology of the Campaign against the Helvetii: A Clue to Caesar's Intentions?*», Historia 56, 2007, pp. 27-36.

Todd, M., *The Northern Barbarians*, 1987.

——, *Roman Britain*, 1999.

——, *The Early Germans*, 2004.

Tomber, R., «*Pots, coins and trinkets in Rome's trade with the East*», en P. Wells (ed.), *Rome Beyond its Frontiers: Imports, Attitudes and Practices*. JRA Supplementary Series 95, 2013, pp. 87-104.

Tomlin, R., «*Making the machine work*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community*. JRA Supplementary Series 34, 1999, pp. 127-38.

Torelli, M., *Typology and Structure of Roman Historical Reliefs*, 1982.

Trümper, M., *Greaco-Roman Slave Markets. Fact or Fiction?*, 2009.

Utley, R., *The Last Days of the Sioux Nation*, 2004.

Van Nijf, O., «*Local heroes: athletics, festivals and elite self-fashioning in the Roman East*», en S. Goldhill (ed.), *Being Greek under Rome. Cultural Identity, the Second Sophistic and the Development of Empire*, 2001, pp. 306-334.

Vasaly, A., «*Cicero, domestic politics and the first action of the Verrines*», *Classical Antiquity* 28. 1, 2009, pp. 101-137.

Walbank, F., «*Polybius and Rome's eastern policy*», JRS 53, 1963, pp. 1-13.

——, *A Historical Commentary on Polybius, Vol. 1*, 1970.

Watson, G., *The Roman Soldier*, 1969.

Webster, G., *The Roman Invasion of Britain*, 1993.

——, *Rome against Caratacus*, 1993.

——, *The Roman Imperial Army of the First and Second Centuries AD*, 1998.

Webster, J., «*At the end of the world: Druidic and other revitalization movements in post-conquest Gaul and Britain*», Britannia 30, 1999, pp. 1-20.

Van Wees, H., *Greek Warfare - Myths and Realities*, 2004.

Wellesley, K., *The Year of Four Emperors*, 2000.

Wells, C., *The German Policy of Augustus*, 1972.

Wells, P., *The Barbarians Speak. How the Conquered Peoples Shaped Roman Europe*, 1999.

——, *The Battle that Stopped Rome*, 2003.

Wheeler, E., «*Methodological limits and the mirage of Roman Strategy. Parts 1 & 2*», *The Journal of Military History* 57, 1993, pp. 7-41 y 215-240.

Whittaker, C., *Frontiers of the Roman Empire. A Social and Economic Study*, 1994.

——, *Rome and its Frontiers. The Dynamics of Empire*, 2004.

Wilbers-Rost, S., «*The site of the Varus Battle at Kalkriese. Recent Results from Archaeological Research*», en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de Gladius 13, Vol. 3*, 2009, pp. 1347-1352.

Wilson, A., *Emigration from Italy in the Republican Age of Expansion*, 1966.

——, «*Machines, power and the Ancient Economy*», JRS 92, 2002, pp. 1-32.

Winkler, J., «*Lollianos and the desperadoes*», *Journal of Hellenic Studies* 100, 1980, pp. 155-181.

Wiseman, P., «*The publication of the De Bello Gallico*», en K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, 1998, pp. 1-9.

Wolters, R., *Die Schlacht im Teutoburger Wald*, 2008.

Woolf, G., «*Roman Peace*», en J. Rich y G. Shipley, *War and Society in the Roman World*, 1993, pp. 171-194.

——, *Becoming Roman. The Origins of Provincial Civilization in Gaul*, 1998.

——, «*Pliny's province*», en T. Bekker-Nielsen (ed.), *Rome and the Black Sea Region: Domination, Romanization, Resistance*, 2006, pp. 93-108.

Wooliscroft, D., *Roman Military Signalling*, 2001.

—— y Hoffman, B., *Rome's First Frontier. The Flavian Occupation of Northern Scotland*, 2006.

Zanker, P., *The Power of Images in the Age of Augustus*, 1988.

Ziolkowski, A., «*Urbs direpta, or how the Romans sacked cities*», en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World*, 1993, pp. 69-91.

Notas

[1] Virgilio, *Eneida*, I. 278-279. (Traducción a partir de la versión en inglés de la Biblioteca Clásica Loeb; desde ahora «Traducción a partir de la versión de Loeb»). <<

[2] E. Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano. Vol. 1* (1776) (traducción de la edición de Penguin Classics 1995), p. 103; al parecer, este pasaje fue inspirado por unos comentarios muy similares de William Robertson algunos años antes, véase R. Porter, Gibbon (1988), pp. 135-6. <<

[3] En el Reino Unido, se organizaron importantes protestas contra la guerra en Irak, sin que eso impidiera en absoluto que la mayoría del electorado votara al mismo gobierno en las siguientes elecciones. A principios de este año ha habido elecciones generales. La violencia en Ucrania, Irak y Siria y tantos otros lugares apenas fue mencionada por ninguno de los partidos, que se centraron casi enteramente en cuestiones domésticas. Claramente las encuestas de opinión que guían a los partidos no sugerían que a los votantes les preocuparan ese tipo de cosas. Sin embargo, dado que las encuestas de opinión resultaron haberse equivocado de forma drástica en su predicción del resultado, esto podría servir como un recordatorio más de sus muchos defectos. <<

[4] Ovidio, *Fasti* 1. 709-18. La traducción al español es de José Miguel Parra Ortiz en A. Goldsworthy, *Augusto. De revolucionario a emperador* (2014), La Esfera de los Libros, Madrid. <<

[5] Virgilio, *Eneida* 6. 851-3 - *tu regere imperio populos, Romane, memento (Hae tibi erunt artes) pacisque imponere morem, parcere subiectis et debellare superbos.* <<

[6] G. Woolf, «*Roman Peace*», en J. Rich y G. Shipley, *War and Society in the Roman World* (1993), pp. 171-94, 189; «robbery with violence», véase N. Faulkner, *The Decline and Fall of Roman Britain* (2.ª ed., 2004), p. 12. <<

[7] N. Morley, *The Roman Empire. Roots of Imperialism* (2010), p. 69. <<

[1] Polibio 1. 2. 7, 3. 6. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[2] Sobre la historia temprana de Roma, T. Cornell, *The Beginnings of Rome. Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars (c. 1000-264 bc)* (1995) es una introducción excelente, véase esp. pp. 1-30 sobre las fuentes, y pp. 48-80 sobre los orígenes de Roma. A. Carandini (trad. de la versión inglesa de S. Sartarelli) ofrece una visión animada y provocadora a cuestiones similares en *Rome. Day One* (2011). Casi todos los aspectos de este periodo y las pruebas que se poseen al respecto siguen siendo objeto de acalorado debate entre los estudiosos. <<

[3] Sobre la guerra en épocas tempranas, véase S. Oakley, «*The Roman conquest of Italy*», en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World* (1993), pp. 9-37, esp. pp. 12-14; sobre el tratado con Cartago, véase Polibio 3. 22. 1-23.6, 26. 1-2 con comentarios en F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius Vol. 1* (1970), pp. 337-55, donde se ofrece un análisis detallado del tema. <<

[4] Tito Livio 1. 6, 9-10, 2. 16, 4. 4. <<

[5] Cornell (1995), pp. 304-9; la cita es de Heródoto 7. 170. <<

[6] Cornell (1995), pp. 309-13; sobre la paga, véase Diodoro Sículo 14. 16. 5, Tito Livio 4. 59. 11. <<

[7] Cornell (1995), pp. 313-22. <<

[8] Encontramos una narración reciente de calidad sobre la conquista romana de Italia en R. Cowan, *Roman Conquests - Italy*

(2009), con Cornell (1995), pp. 322-6, 345-68 y Oakley (1993), pp. 14-33. <<

[9] Sobre el rechazo de las comunidades latinas a aceptar la ciudadanía romana, véase Tito Livio 23. 20. 2-3; encontramos un raro ejemplo de la concesión de la emancipación por parte de Atenas a los supervivientes de Platea en J. Lendon, *Song of Wrath. The Peloponnesian War Begins* (2010), pp. 202-3, p. 472, n. 3; sobre la mano de obra ateniense, véase H. Van Wees, *Greek Warfare - Myths and Realities* (2004), pp. 241-3. <<

[10] Plinio el Viejo, *HN* 33. 16 con comentarios en Cornell (1995), p. 208; Polibio 2. 24. 1-15, con Walbank (1970), pp. 196-203, y, más recientemente, D. Baronowski, «Roman military forces in 225 bc (Polibio 2. 23-4)», Historia 42 (1993), pp. 181-202. <<

[11] Sobre el ejército romano, véase L. Keppie, *The Making of the Roman Army* (1984), pp. 14-56. <<

[12] Sobre el ámbito político, véase el útil estudio de M. Crawford, *The Roman Republic* (1978), pp. 30-37, 74-83, Cornell (1995), pp. 242-71, 327-44; encontrará un análisis más detallado del papel de los magistrados en A. Lintott, *The Constitution of the Roman Republic* (1999), esp. pp. 94-120. <<

[13] Sobre el triunfo, véase en general M. Beard, *The Roman Triumph* (2007); sobre el autobombo de los aristócratas, véase en particular Polibio 6. 53. 1-54. 5. <<

[14] Sobre las obligaciones militares de los ciudadanos y su impacto en la sociedad, véase N. Rosenstein, *Rome at War: Farms, Families, and Death in the Middle Republic* (2004). <<

[15] Cowan (2009), pp. 103-47, Cornell (1995), pp. 363-8. <<

[16] Sobre las guerras púnicas en general véanse J. Lazenby, The First Punic War (1996), *Hannibal's War. A Military History of the Second Punic War* (1998) y A. Goldsworthy, *The Punic Wars* (2000) (= The Fall of Carthage, 2003) como visiones generales

e introducciones a la vasta literatura existente sobre el tema. <<

[17] Véase S. Dyson, «*The Creation of the Roman Frontier* (1985), esp. pp. 7-125 sobre el norte de Italia y pp. 174-98 sobre Hispania; sobre las guerras contra el mundo helenístico véase E. Gruen, *The Hellenistic World and the Coming of Rome* (1984), F. Walbank, *Polibio and Rome's eastern policy*», JRS 53 (1963), pp. 1-13 y P. Derow, «*Polibio, Rome and the east*», JRS 69 (1979), pp. 1-15, que son solo algunos de los numerosos textos existentes sobre el tema. <<

[18] N. Purcell, «*The creation of provincial landscape: the Roman imprint on Cisalpine Gaul*», en T. Blagg y M. Millet (eds.), *The Early Roman Empire in the West* (1990), pp. 7-29. <<

[1] Salustio, *Bell. Cat.* 7. 3-6. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[2] Sobre la edad de los soldados en servicio, véanse las plausibles sugerencias de N. Rosenstein, *Rome and the Mediterranean 290 to 146 bc. The Imperial Republic* (2012), pp. 94-6, 112-16 y «Marriage and Manpower in the Hannibalic War: Assidui, Proletarii and Tito Livio 24. 18. 7-8», Historia 51 (2002), pp. 163-91; sobre las condecoraciones militares, véase Polibio 6. 39. 1-11, junto con la visión general de V. Maxfield, *The Military Decorations of the Roman Army* (1981). <<

[3] Sobre los centuriones, véase el caso de Espurio Ligustino en Tito Livio 42. 34. 1-35. 1 y el análisis de R. Smith, *Service in the Post-Marian Roman Army* (1958), pp. 4-6; sobre los gobernadores véase A. Lintott, *Imperium Romanum. Politics and Administration* (1993), pp. 43-69. <<

[4] Sobre Galba y su campaña, encontramos el relato más completo en Apiano, *Bell. Hisp.* 55-60, con comentarios en S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier* (1985), pp. 203-9, J. Richardson, *Hispaniae. Spain and the Development of Roman Imperial-*

ism, 218-82 bc (1986), pp. 126-7, 136-7; sobre los lusitanos, véase Estrabón, *Geog.* 3. 3. 3-8, junto con 3. 3. 7 sobre la costumbre de llevar el pelo largo. <<

[5] Sobre el temor a Cartago existente en el año 149 a. C., véase J. Rich, «*Fear, greed and glory: the causes of Roman war-making in the middle Republic*», en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World* (1993), pp. 38-68, esp. 63-64, y sobre el curso de la guerra véase A. Goldsworthy, *The Punic Wars* (2000) (= The Fall of Carthage, 2003), pp. 331-56; Polibio 35. 1 sobre la «feroz guerra» y 4. 3-14 sobre los problemas de reclutar y el papel desempeñado por Escipión Emiliano, el joven y popular noble romano. <<

[6] Apiano, *Bell. Hisp.* 56-57 sobre los estandartes robados a los romanos y la penetración en África. <<

[7] Encontramos la cita en Apiano, *Bell. Hisp.* 59 (traducción a partir de la versión de Loeb); Galba había servido en la tercera guerra macedónica, véase Tito Livio 45. 35. 8-39. 20, pero no se sabe nada más de ningún otro periodo con el ejército; sobre la utilización del reasentamiento, véase Dyson (1985), pp. 54-5, 100-01, 104-5, 213-14, 226. <<

[8] Suetonio, *Galba* 3. 2 habla sobre un total de 30 000 lusitanos, mientras que, más tarde, Apiano, *Bell. Hisp.* 61 afirma que se reunieron 10 000 supervivientes en 148 a. C.; sobre la vestimenta de las mujeres véase Estrabón, *Geog.* 3. 3. 7. <<

[9] Sobre Wounded Knee, véase la concienzuda reconstrucción de R. Utley, *The Last Days of the Sioux Nation* (2.ª ed., 2004), pp. 200-30. <<

[10] Frontino, *Estratagemas* 1. 12. 4 sobre la sangre en los escudos y en el pecho de los caballos; Tito Livio 31. 34. 4-5. (Traducción a partir de la versión de Loeb) nos ofrece una descripción de las heridas infligidas por la espada hispánica en una escaramuza durante la segunda guerra macedónica. <<

[11] Tito Livio, *Pers.* 49, Estrabón, *Geog.* 3. 3. 6-7 nos hablan sobre los sacrificios humanos y encontramos comentarios en Dyson (1985), pp. 204-6. <<

[12] Existe una práctica lista de los templos y demás monumentos consagrados y construidos por encargo de comandantes victoriosos en la lista de las edificaciones realizadas en Roma durante los primeros siglos de su existencia en S. Oakley, «*The Roman conquest of Italy*», en Rich y Shipley (1993), pp. 9-37, 33-5. <<

[13] Polibio 1. 1. 5. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[14] Sobre Polibio véase F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius Vol. 1* (1970), pp. 1-6. <<

[15] Sobre la opinión tradicional, véase E. Badian, *Roman Imperialism in the Late Republic* (1968), R. Errington, *The Dawn of Empire: Rome's Rise to World Power* (1971); la crítica más enérgica de esta visión procede del influyente libro de W. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome 327-70 bc* (1979), pero hay otras importantes contribuciones, como K. Hopkins, *Conquerors and Slaves* (1978) y Richardson (1986) que analiza la experiencia hispánica haciendo hincapié en la agresión y el oportunismo de los gobernadores provinciales, ávidos de botín y gloria. <<

[16] Véase Harris (1979), pp. 9-53 sobre las actitudes con respecto a la guerra; Richardson (1986), pp. 128-37 sobre el cambio de modelo a la hora de enviar gobernadores consulares o pretorianos a las provincias de Hispania. <<

[17] Sobre el cambio de la fecha de inicio del año consular, véase Richardson (1986), pp. 12-129. <<

[18] Sobre la primera guerra púnica, véase Polibio 1. 11. 1-3; sobre la segunda guerra macedónica, véase Polibio 18. 1. 1-12. 5 y Tito Livio 32. 32. 1-37. 6; sobre la tercera guerra macedónica, véase Tito Livio 43. 1. 4-12. <<

[19] Apiano, *Bell. Hisp.* 50-55, con Dyson (1985), pp. 202-3, Richardson (1986), pp. 136-7 donde encontramos distintas visiones contrastadas. <<

[20] Tito Livio 38. 44-50. <<

[21] Véase, por ejemplo, Tito Livio 39. 6, 45. 40, Plutarco, *Aemilius Paullus* 34. <<

[22] Sobre los triunfos, véase Rich (1993), pp. 4-53; sobre los 1 192 000 muertos en las campañas de César, véase Plinio el Viejo, *HN* 7. 92, aunque Veleyo Patérculo 2. 47. 1 ofrece una cifra de 400 000; sobre la espada romana véase el provocativo estudio realizado por S. James, *Rome and the Sword. How Warriors and Weapons Shaped Roman History* (2011), passim. <<

[23] Polibio 10. 15. 4-5. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[24] Sobre el énfasis en la ferocidad de los romanos, citando este pasaje, véase Harris (1979), pp. 50-53. <<

[25] Sobre el pillaje romano, véase A. Ziolkowski, «*Urbs direpta, or how the Romans sacked cities*», en Rich y Shipley (1993), pp. 69-91. <<

[26] P. Brunt, *Italian Manpower 225 bc - ad 14* (1971), pp. 391-472, Harris (1979), pp. 44-6. <<

[27] La cita es de Polibio 31. 13. 7 (traducción a partir de la versión de Loeb); encontramos un análisis más general de los beneficios de la expansión en Harris (1979), pp. 54-104, Hopkins (1978), pp. 1-98 y E. Gruen, «*Material rewards and the drive for empire*», en W. Harris (ed.), *The Imperialism of Mid-Republican Rome* (1984), pp. 59-82. <<

[28] Encontramos la referencia a la «violencia masiva» en Harris (1979), p. 53; encontramos un buen análisis de los problemas de la tesis de Harris en Rich (1993). <<

[29] Rich (1993), pp. 47-55 sobre los triunfos; Harris (1979), pp. 189-90 sobre el uso de las alianzas como pretexto para la

guerra y 201-05 con Richardson (1986), pp. 20-30 sobre Sagunto y el inicio de la segunda guerra púnica. <<

[30] Con diferencia, la más destacada contribución reciente al debate sobre el imperialismo romano es A. Eckstein, *Mediterranean Anarchy, Interstate War, and the Rise of Rome* (2006) que, de forma sistemática y minuciosa, echa por tierra la idea de que Roma fuera la única nación agresiva. <<

[31] Sobre las guerras de los griegos en general, véase H. Van Wees, «*Greek Warfare - Myths and Realities* (2004), esp. pp. 77-85, 115-50, D. Dawson, *The Origins of Western Warfare. Militarism and Morality in the Ancient World* (1996), pp. 47-107, y Eckstein (2006), pp. 37-180; sobre la piratería y el comercio en Atenas, véase van Wees (2004), pp. 202-3; la intención no es en ningún caso afirmar que los Estados griegos estuvieran en permanente conflicto. También se producían cooperaciones pacíficas como vemos, por ejemplo, en J. Ma, *Peer Polity Interaction in the Hellenistic Age*», Past & Present 180 (2003), pp. 9-39. <<

[32] Eckstein (2006), pp. 200-04 compara la fiereza romana con la de los demás pueblos y señala que Polibio creía que los macedonios y no los romanos eran los soldados más naturalmente feroces y eficaces. <<

[33] César, *BG* 6. 15, 23, cf. 1. 2. <<

[34] Véase, por ejemplo, la evidencia de que se libraron combates de importancia en el *oppidum* (ciudad fortificada) de la Edad de Hierro de Manching, muy grande y organizado, en P. Wells, *The Barbarians Speak. How the Conquered Peoples Shaped Roman Europe* (1999), pp. 28-31, 77-79; sobre la caza de cabezas véanse Posidonio citado en Estrabón, *Geog.* 4. 4. 5, y Diodoro Sículo 5. 29. 2-5; sobre el uso de cabezas y otras partes del cuerpo en los rituales, encontramos un ejemplo en Ribemont-sur-Ancre; para obtener información al respecto véase T. De-

rks, *Gods, Temples and Ritual Practices: The Transformation of Religious Ideas and Values in Roman Gaul* (1998), p. 48, 234-5. <<

[35] Eckstein (2006), pp. 244-316. <<

[36] Harris (1979), pp. 175-254 ha realizado un estudio de las guerras de Roma en el periodo que cubre su obra, en el que presenta los hechos como si casi todas se debieran a la agresión romana. Esta, generalmente, ha sido considerada la sección más débil de su libro tanto por sus críticos como por sus partidarios, por ejemplo, A. Sherwin-White, «*Rome the aggressor?*», JRS 70 (1979), pp. 177-181 y J. North, «*The development of Roman imperialism*», JRS 71 (1981), pp. 1-9. <<

[37] Diodoro Sículo 5. 34. 6-7. <<

[38] Estrabón, *Geog.* 3. 3. 5. <<

[39] Sobre el armamento, véase F. Quesada Sanz, *Armas de la Antigua Iberia de Tartesos a Numancia* (2010), con las pp. 171-80 sobre el servicio como mercenarios. <<

[40] Sobre el intento de permitir a los propietarios reclamar el botín recapturado en 193 a. C., véase Tito Livio 35. 1. <<

[41] Tito Livio, *Pers.* 49. <<

[42] Catón citado en Cicerón, *de Oratore* 1. 228. (Traducción a partir de la versión de Loeb), véase también Cicerón, *Bruto* 89, Tito Livio, *Pers.* 49, Apiano, *Bell. Hisp.* 60, con comentarios y más referencias en Dyson (1985), pp. 205-6. <<

[43] Valerio Máximo 6. 4. 2. <<

[44] Sobre Viriato véase Apiano, *Bell. Hisp.* 61-75, con Dyson (1985), pp. 206-13; sobre el hecho de que los nativos más que los romanos eran el principal foco de sus ataques; es destacable que las estratagemas que se le atribuyen, Frontino, *Estratagemas* 2. 5. 7, 13. 4, describen tácticas usadas contra los romanos, pero 3. 10. 6, 11. 4, 4. 5. 22 se ocupan de la lucha contra los segobrigenses. <<

[45] Dyson (1985), pp. 220-24 sobre la disminución de la guerra primero en Hispania Citerior y luego en Hispania Ulterior, a la vez que hace notar las repetidas menciones del bandolerismo, por ejemplo, en Diodoro *Sículo* 3. 54. 7 y Plutarco, *Mario* 6. <<

[1] Cicerón, *ad Att.* 1. 19. <<

[2] César, *BG* 1. 44. <<

[3] En general, véase César, *BG* 1. 31-43, 6. 12. <<

[4] César, *BG* 1. 42, y sobre el nombre de equestris véase L. Keppie, *The Making of the Roman Army* (1984), pp. 84, 204. <<

[5] Sobre la datación de los Comentarios véase M. Gelzer, «*Caesar* (1968), pp. 170-72, C. Meier, *Caesar* (1996), pp. 254-64. Sobre los argumentos a favor de la publicación anual, véase K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar As Artful Reporter* (1998), y sobre todo el artículo de P. Wiseman, *The publication of the De Bello Gallico*», pp. 1-9, así como T. Rice Holmes, «*Caesar's Conquest of Gaul* (1911), pp. 202-9. Véase también César, *BG* 8 prefacio y Suetonio, *César* 56. 3-4. En general también C. Kraus, «*Bellum Gallicum*», en M. Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar* (2009), pp. 159-74, y J. Osgood, *The Pen and the Sword: Writing and Conquest in Caesar's Gaul*», Classical Antiquity 28 (2009), pp. 328-58. <<

[6] Sobre la evidencia arqueológica, véase S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier* (1985), pp. 126-73, B. Cunliffe, *Greeks, Romans and Barbarians: Spheres of Interaction* (1988), esp. pp. 38-58 y 80-105, N. Roymans, *Tribal Societies in Northern Gaul: An Anthropological Perspective.* Cingula 12 (1990), esp. pp. 17-47, P. Wells, *The Barbarians Speak* (1999), pp. 48-85 y T. Burns, *Rome and the Barbarians, 100 bc - ad 200* (2003), pp. 88-139. <<

[7] Sobre cómo el poder de los nobles era expresado por el número de miembros de su séquito, véase César, *BG* 6. 15; sobre el comercio de vino, véase Cunliffe (1988), pp. 59-105, esp.

74, y Roymans (1990), pp. 147-67 y A. Tchernia, «*Italian wine in Gaul at the end of the Republic*», en P. Garnsey, K. Hopkins y C. Whittaker (eds.), *Trade in the Ancient Economy* (1983), pp. 87-104. <<

[8] Estrabón, *Geog.* 4. 3. 2 sobre el conflicto para controlar el Saona y su ruta comercial. Encontramos un tratamiento más general en Dyson (1985), pp. 141-3, 172. <<

[9] Véanse los análisis de Wells (1999), pp. 44-7, 75-85, y de Burns (2003), pp. 76-87. <<

[10] César, *BG* 1. 3, 4-5, 31, 6. 12, Cicerón, *ad Att.* 1. 19. 2. <<

[11] Sobre la *amicitia* en general véase P. Brunt, «*The Fall of the Roman Republic and Related Essays* (1988), pp. 351-81, C. Steel, *Friends, associates, wives*», en Griffin (2009), pp. 112-25, esp. 112-14; sobre los eduos véase D. Braund, «*The Aedui, Troy, and the Apocolocyntosis*», Classical Quarterly 30 (1980), pp. 420-25. <<

[12] Sobre Diviciaco en Roma, véase Cicerón, *de Divinatione* 1. 41. 90, cf. *ad Att.* 1. 19. 2-3, y César, *BG* 1. 31, 35, 43 y 6. 13-14 sobre los druidas y la formación druídica; Plinio el Viejo, *HN* 2. 67 describe un encuentro entre un tal Metelo, procónsul, con un rey de los suevos. El propósito de la anécdota es narrar la improbable historia de que el líder germano le entregó unos marineros que habían venido de la India y habían sido depositados en su territorio por el mar. <<

[13] Véase Dyson (1985), pp. 169-71. <<

[14] César, *BG* 1. 3-4, 18; encontramos visiones diversas sobre los planos de los helvecios y sus líderes en T. Rice Holmes, *Caesar's Conquest of Gaul* (1911), pp. 218-24, y H. Delbrück (trad. al inglés de J. Renfroe), *History of the Art of War Vol. 1: Warfare in Antiquity* (1975), pp. 459-78, y A. Goldsworthy, *Caesar: The Life of a Colossus* (2006), pp. 205-11. <<

[15] Sobre el deseo de César de ser el primero, Plutarco, *César* 11; sobre su deseo de concentrar su atención en los Balcanes,

véase C. Goudineau, *César et la Gaule* (1995), pp. 130-48. <<

[16] César, *BG* 1. 9; en general véase el útil análisis de J. Thorne, «*The Chronology of the Campaign against the Helvetii: A Clue to Caesar's Intentions?*», Historia 56 (2007), pp. 27-36. <<

[17] César, *BG* 1. 11 sobre las razias; para leer una narración de la campaña, véase Goldsworthy (2006), pp. 212-23. <<

[18] César, *BG* 1. 17-20. <<

[19] César, *BG* 1. 30-33. <<

[20] César, *BG* 1. 34-6; la cita es de 1. 35. <<

[21] Véase N. Rosenstein, *«General and imperialist»*, en Griffin (2009), pp. 85-99, esp. 88-91; sobre la descripción de los germanos, véase J. Gardner, *«The "Gallic menace" in Caesar's Propaganda»*, Greece and Rome 30 (1983), pp. 181-9; véase M. Todd, *The Northern Barbarians* (1987), pp. 11-13, *The Early Germans* (1992), pp. 8-13, C. Wells, *The German Policy of Augustus* (1972), pp. 14-31 y Wells (1999), pp. 42-7, 99-121, y Burns (2003), pp. 111-18. <<

[22] César, *BG* 1. 39-41; Dión 38. 35. 2 afirma que algunos consideraron que César se estaba excediendo sus atribuciones como gobernador al conducir a su ejército tan lejos de su provincia. <<

[23] César, *BG* 1. 47. <<

[24] César, *BG* 1. 43-47. <<

[25] César, *BG* 1. 47-54; sobre las mujeres 1. 51, cf. Tácito, *Germania* 7-8, con comentarios innecesariamente escépticos en Burns (2003), p. 120-22; posterior muerte de Ariovisto, César, *BG* 5. 29. <<

[26] César, *BG* 1. 54; sobre las muestras de sumisión, véase H. Sidebotham, «*International Relations*», en P. Sabin, H. van Wees y M. Whitby (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare Vol. 2: Rome from the Late Republic to the Late Empire* (2007),

pp. 3-29, esp. 16-22; sobre la inexperiencia de César en 58 a. C. véase Goldsworthy (2006), pp. 184-5, Rosenstein (2009), pp. 86-8. <<

[27] César, *BG* 2. 1, 3-5. <<

[28] César, *BG* 2. 6-7, 12-15. <<

[29] Véase, por ejemplo, César, *BG* 4. 21 y 7. 76 sobre los favores a Comio, de los atrebates, y otros casos véase 5. 25, 27. <<

[30] César, *BG* 5. 6-7. <<

[31] César, *BG* 5. 2-4. <<

[32] César, *BG* 5. 24-25, 26-27, 54, 55-58; encontramos las narrativas de las campañas en Goldsworthy (2006), pp. 297-312 o M. Sage, *Roman Conquests: Gaul* (2011), pp. 84-95. <<

[33] César, *BG* 5. 54, 6. 2, 4, 9. <<

[34] César, *BG* 7. 1-2; sobre la actitud de César hacia los galos, véase J. Barlow, «*Noble Gauls and their other in Caesar's propaganda?*» y L. Rawlings, «*Caesar's portrayal of the Gauls as warriors*», ambos en K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: the War Commentaries as Political Instruments* (1998), pp. 139-170, y 171-192 respectivamente. <<

[35] César, *BG* 7. 4, 6. 6, 7. 76; sobre las relaciones amistosas entre Vercingétorix y César, véase Dión 40. 41. 1, 3. <<

[36] César, *BG* 7. 32-3, 37-43, 54-5, 59. <<

[37] César, *BG* 7. 63 sobre los eduos tratando de liderar la rebelión; sobre la campaña global, véase Goldsworthy (2006), pp. 315-342, Sage (2011), pp. 105-40. <<

[38] César, *BG* 8. 49. <<

[39] Sobre Comio, véase César, *BG* 8. 6, 7, 22-23, 47-48, y Frontino, *Estratagemas* 2. 13. 11; la cita está en 8. 48. <<

[40] Sobre la «pacificación» véase, por ejemplo, César, *BG* 3. 7, 20. <<

[1] Cicerón, *Verrinas* 2. 5. 167-8 (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[2] Fue galardonado con veinte días de acción de gracias pública, véase César, *BG* 4. 38; sobre el entusiasmo, véase Cicerón, *ad Att.* 4. 17, *ad Quintum Fratrem* 2. 16. 4. <<

[3] Sobre Marco Mecio, véase César, *BG* 1. 47, 53. <<

[4] Véase César, *BG* 1. 1 sobre el hecho de que los comerciantes casi nunca visitaban a los belgas, 2. 15 sobre la negativa de los nervios a admitir a comerciantes y 4. 2 sobre los germanos, con comentarios en J. Barlow, «*Noble Gauls and their other in Caesar's propaganda*» en K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments* (1998), pp. 139-70; el recurso a la supuesta moralidad de los sencillos pueblos germánicos en contraste con la decadencia de la sociedad «sofisticada» de Roma es especialmente pronunciado en Tácito, *Germania*. <<

[5] César, *BG* 4. 20-21; véase en general M. Todd, «*Roman Britain* (3.ª ed., 1999), pp. 1-3, B. Cunliffe, *Hengistbury Head, Vol. 1* (1987) y *Facing the Ocean: The Atlantic and its peoples 800 bc - ad 1500* (2001) pp. 261-310, sobre César y los vénetos, véase B. Levick, *The Veneti Revisited: C. E. Stevens and the tradition on Caesar the propagandist*», en Welch y Powell (1998), pp. 61-83. <<

[6] Encontramos intentos muy diversos de comprender los acontecimientos en Britania después de 54 a. C. en G. Webster, *The Roman Invasion of Britain* (ed. rev., 1993), pp. 41-74, y en J. Manley, ad 43. *The Roman Invasion of Britain - A Reassessment* (2002), pp. 37-50. <<

[7] Cicerón, *ad Att.* 4. 17; sobre César y las perlas, véase Suetonio, *César* 47; y Estrabón, *Geog.* 4. 6. 12 sobre Escipión Emiliano; sobre la falta de motivos comerciales en la toma de decisiones de los romanos, véase W. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome 327-70 bc* (1979), pp. 54-104. <<

[8] Polibio 34. 10. 10, con Estrabón, *Geog.* 4. 6. 12. <<

[9] Véase Apiano, *Celtica* 13, con S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier* (1985), pp. 75-6; véase G. Alföldy (trad. al inglés de A. Birley), *Noricum* (1974), pp. 44 sobre Pompeyo como senador y 44-47 sobre el asentamiento de Magdalensberg. <<

[10] Sobre los romanos en el extranjero, véase A. Wilson, *Emigration from Italy in the Republican Age of Expansion* (1966); sobre la colonización griega, véase en general R. Garland, *The Wandering Greeks: The Ancient Greek Diaspora from the Age of Homer to the Death of Alexander* (2014), J. Boardman, *The Greeks Overseas: Their Early Colonies and Trade* (4.ª ed., 1999). <<

[11] Polibio 3. 22. 1-23. 6; sobre los tratados con Cartago. F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius, Vol. 1* (1970), pp. 337-56; sobre Cartago en general, véase G. Picard y C. Picard, *Carthage* (ed. rev., 1987), S. Lancel, Carthage (Oxford, 1995) y R. Miles, *Carthage Must be Destroyed. The Rise and Fall of an Ancient Civilization* (2010), pp. 1-176. <<

[12] Estrabón, *Geog.* 3. 5. 11. <<

[13] Sobre los romanos en Cartago, véase Apiano, *Las guerras púnicas* 92; y E. Palmer, *Carthage and Rome at Peace* (1997), pp. 32-62. <<

[14] Sobre el trueque de un esclavo por un ánfora, véase Diodoro Sículo 5. 26. 3-4; sobre las monedas, véase C. Howgego, «*The Monetization of Temperate Europe*», JRS 103 (2013), pp. 16-45, esp. 26-31, 35-7. <<

[15] Tito Livio 44. 13. 1; Cunliffe (2001), pp. 311-64. <<

[16] Polibio 2. 8. 1-4, con T. Frank (ed.), *An Economic Survey of Ancient Rome Vol. 1* (1933), pp. 102-3 y Harris (1979), pp. 195-7, que comenta que los romanos parecen haber dejado que esta piratería continuara durante algún tiempo antes de actuar; Cicerón, *Verrinas* 2. 5. 149-50, 167-8. <<

[17] Sobre la colonización véanse Wilson (1966), pp. 44-5, 64-5; y la inscripción de Sicilia, ILS 1. 864 = CIL 1 2. 612; sobre Cosucio, véase *Inscriptiones Graecae* 3. (1) 561 y Vitruvio, *De architectura* 8. 160, con Wilson (1966), pp. 96-7. <<

[18] Estrabón, *Geog.* 14. 2. 5; sobre Delos en general, véase Wilson (1966), pp. 99-121, con J. Hatzfield, «*Les Italiens résidant à Délos*», Bulletin de Correspondance Hellénique 36 (1912), 143 1 sobre los romanos que comerciaban con aceite; sobre el ágora de los italianos véase M. Trümper, *Greaco-Roman Slave Markets. Fact or Fiction?* (2009), pp. 34-49 que se muestra escéptico, pero presenta una buena bibliografía sobre el debate respecto de Delos. <<

[19] A. Sherwin-White, *The Roman Citizenship* (2.ª ed., 1996), pp. 399-402. <<

[20] Véase César, *BG*. 6. 37 sobre los mercaderes que quedaron atrapados fuera del campamento; y *BG* 7. 3, 38, 42, 55 sobre las masacres de romanos en los años 53-52 a. C. <<

[21] Apiano, *Iberica* 38. 115, con J. Richardson, *Hispaniae. Spain and the Development of Roman Imperialism, 218-82 bc* (1986), pp. 53, 57; Carteia, véase Tito Livio 43. 3. 1-4, con Richardson (1986), pp. 118-19. <<

[22] Estrabón, *Geog.* 4. 1. 5, con Wilson (1966), pp. 64-7. <<

[23] Véase Cicerón, *pro Fronteio* 11-12, cf. *pro Quinctio* 11 que describe cómo los romanos compraban el ganado de la provincia, y, *in Catilinam* 2. 14 y Salustio, *Bell. Cat.* 34. 2 sobre un comerciante que había hecho negocios con la tribu de los alóbroges. <<

[24] César, *BG* 7. 3, 38, 42, 55; Cicerón, *pro Fronteio* 46; sobre el reclutamiento de fuerzas con ciudadanos romanos de las provincias; véase Josefo, *Antigüedades judías* 14. 84 sobre los civiles armados en Judea, y Cicerón, *ad Fam.* 15. 4 sobre los soldados desmovilizados que volvían a alistarse en Cilicia. <<

[25] Salustio, *Bell. Jug.* 21, 23-7, 47, 67. <<

[26] Apiano, *Mitr.* 22. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[27] Apiano, *Mitr.* 22, Ateneo frag. 5. 213, Tácito, *An.* 4. 14; Valerio Máximo 9. 2. 3 presenta una cifra de muertos de 80 000, aunque Plutarco, *Sila* 24 afirma que el total fue de 150 000; los siguientes textos ofrecen prácticas introducciones a los antecedentes de la masacre: P. Matyszak, *Mithridates the Great. Rome's Indomitable Enemy* (2008), pp. 43-7 y A. Mayor, *The Poison King. The Life and Legend of Mithridates, Rome's Deadliest Enemy* (2010), pp. 170-75. <<

[28] Cicerón, *de imperio Cn. Pompei* 11; sobre la cifra de 20 000 masacrados en Delos y en otras zonas griegas, véase Apiano, *Mitr.* 28; sobre el odio generalizado hacia los romanos, véase Sherwin-White (1996), pp. 399-402, hace referencia a la circulación de oráculos sibilinos en el Mediterráneo oriental. Sin embargo, debe señalarse que profecías similares habían predicho en el pasado la humillación de otras naciones, en concreto de los macedonios. <<

[29] Cicerón, *Verrinas* 2. 1. 63-76. <<

[30] Sobre la opinión de que los romanos de las provincias se mostraban codiciosos, véase Cicerón, *ad Quintum Fratrem* 1. 1. 16. <<

[31] Sobre la humillación y ejecución de Q. Opio por parte de Mitrídates, véase Apiano, *Mitr.* 20-21; en Matyszak (2008), pp. 43-8 encontramos un buen análisis de los motivos de Mitrídates. <<

[32] Sin embargo, la ira ante una barbarie tal sí podía hacer que los legionarios romanos lucharan con más furia de lo habitual, como sucedió, por ejemplo, en Avaricum 52 a. C., César, *BG* 7. 17, 29. <<

[1] Cicerón, *ad Fam.* 15. 5. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[2] En Cicerón, *ad Att.* 5. 1-15 encontramos cartas escritas sobre el viaje y su itinerario. El mes de julio todavía no había sido nombrado así en honor de Julio César y todavía se llamaba Quinctilis, pero he utilizado el término posterior para evitar confusión. <<

[3] En general véase A. Lintott, *Imperium Romanum. Politics and Administration* (1993), pp. 22-7, 46-8. <<

[4] Sobre la carrera de Cicerón en general y su nombramiento como gobernador de Cilicia véase D. Stockton,« *Cicero: A Political Biography* (1971), esp. pp. 225-6; encontramos una descripción detallada de su nombramiento en A. Marshall, *The Lex Pompeia de provinciis (52 bc) and Cicero's Imperium in 51-50 bc: Constitutional aspects*», ANRW 1. 1 (1972), pp. 887-921. <<

[5] Cicerón, *ad Att.* 5. 15. es la referencia de la cita; en Cicerón *ad. Att.* 5. 14, 15, 18, 20, 21, 6, 1, 3, encontramos referencias a sus peticiones para impedir que ampliaran su mando, con cartas enviadas a los nuevos magistrados en *ad Fam.* 15. 7, 8, 9, 12. <<

[6] Cicerón, *ad Fam.* 2. 12. <<

[7] Sobre Petreyo véase Salustio, *Bell. Cat.* 59. 6 que le describe en el año 62 a. C., pero probablemente se refiere a toda su carrera; sobre César véase A. Goldsworthy, *Caesar. The Life of a Colossus* (2006), pp. 184-5; Catulo 10. 8. <<

[8] Cicerón, *pro Cn. Plancio* 64-6. <<

[9] Cicerón, *ad Att.* 6. 1. 15, Valerio Máximo 8. 15. 6; sobre los edictos, véase Lintott (1993), pp. 60-62, A. Marshall, «*The Structure of Cicero's Edict*», The American Journal of Philology 85 (1964), pp. 185-91. <<

[10] Encontramos un estudio general de la provincia y de la labor de gobernador de Cicerón en Stockton (1971), pp. 227-53;

sobre las relaciones con los partos, véase D. Kennedy, «*Parthia and Rome: Eastern Perspectives*», en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East*. JRA Supplementary Series 18 (1996), pp. 67-90. <<

[11] Sobre los subalternos y el personal, véase Lintott (1993), pp. 50-52, y sobre los cuestores, véase A. Lintott, *The Constitution of the Roman Republic* (1999), pp. 133-7; sobre el *accensus*, Cicerón, *ad Quintum Fratrem* 1. 1. 13. <<

[12] Lintott (1993), pp. 53-4; Cicerón, *Verrinas* 2. 5. 29, 39-42. <<

[13] A. Marshall, «*Governors on the Move*», Phoenix 20 (1966), pp. 231-46, Lintott (1993), pp. 54-65; sobre el pretor capturado que fue asesinado porque era viejo y gordo, véase Apiano, *Bell. Hisp.* 63. <<

[14] Marshall (1966), p. 246; sobre César, véase Suetonio, *César* 56-7. <<

[15] Cicerón, *ad Att.* 5. 14, 15, 16, 17, *ad Fam.* 3. 6, 15. 4. <<

[16] Sobre las asambleas judiciales celebradas mientras estaba de viaje, Cicerón, *ad Att.* 5. 20. <<

[17] Encontramos la cita en Cicerón, *ad Att.* 5. 20, y sobre la campaña en general véase asimismo *ad Fam.* 2. 7, 10, 15. 1, 2, 4, con un tratamiento detallado en A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 bc - ad 200* (1996), pp. 95-7, 99-100. <<

[18] Enemigos «perpetuos», Cicerón, *ad Fam.* 2. 10, sobre la derrota de Bíbulo, *ad Att.* 5. 20; sobre las tribus de los Alpes, véase César, *BG* 3. 1. <<

[19] Véase, por ejemplo, Lintott (1993), pp. 53-4, Marshall (1966), pp. 239-40. <<

[20] Cicerón, *ad Att.* 5. 21. <<

[21] Cicerón, *Verrinas* 2.4 passim sobre los presuntos robos o compras forzadas de obras de arte por parte de Verres. <<

[22] Cicerón, *ad Att.* 5. 21. <<

[23] Las citas son de Cicerón, *ad Att.* 5. 15; sobre los esfuerzos por mantener los gastos bajo control, por ejemplo, *ad Att.* 5. 15, 16, 17, 21 (sobre la mancha en su historial), 6. 2, 3. <<

[24] Cicerón, *ad Att.* 6. 1, con R. Syme, «*Who was Vedius Pollio?*», JRS 51 (1961), pp. 23-30. <<

[25] Polibio 6. 17. 1-9, y en general véase E. Badian, *Publicans and Sinners* (1972). <<

[26] Sobre la segunda guerra púnica, véase Tito Livio 23. 48. 4-49. 4, 25. 3. 9-5. 1, con Badian (1972), pp. 17-20; véase Estrabón, *Geog.* 3. 2. 10 sobre la minería, con una cita de un pasaje perdido de Polibio, con Badian (1972), pp. 31-6; sobre la visita de este último a la zona, véase Polibio 3. 59. 7; sobre las minas en Macedonia, véase Tito Livio 45. 18. 3-5, con Badian (1972), pp. 40-41, 127-8 ns. 40-41. <<

[27] Cicerón, *ad Att.* 1. 17. 9, 18. 3, 2. 1. 8, con Badian (1972), pp. 101-04. <<

[28] Sobre las cifras alcanzadas en los contratos, véase Badian (1972), pp. 67-70; la cita es de Cicerón, *ad Quintum Fratrem* 1. 1. 32-5, cf. *ad Att.* 6. 1 sobre sus propias relaciones con los publicani en Cilicia. <<

[29] Cicerón, *Verrinas* 2. 3 aborda con detenimiento el tema del abuso del diezmo sobre el grano; 2. 182, 3. 167, 182 habla sobre los registros que guardaban las empresas. Esta alocución nunca fue pronunciada en los tribunales porque Verres se había marchado al exilio. Encontramos un debate reciente sobre el tema en la colección de ensayos de J. Prag, «*Sicilia Nutrix Plebis Romanae. Rhetoric, Law, and Taxation in Cicero's Verrinas* (2007); la cita es de Tito Livio 45. 18. 4; sobre Rutilio Rufo, véase Badian (1972), pp. 90-92, y sobre las insinuaciones de un cierto grado de culpabilidad véase A. Lintott, *Leges Repetundae and associate measures under the Republic*», ZSS 98 (1981) pp. 194-5. <<

[30] Badian (1972), pp. 102-5. <<

[31] Cicerón, *Verrinas* 2. 5. 158-73. <<

[32] Cicerón, *ad Fam.* 13. 55, 53, y 56 respectivamente. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[33] Cicerón, *ad Fam.* 8. 9, 2. 11, *ad Fam.* 5. 21. <<

[34] Cicerón, *ad Att.* 5. 21, 6. 1, 2, 3. <<

[35] La cita es de Plutarco, *Bruto* 6. <<

[36] Sobre Ariobarzanes véase Cicerón, *ad Fam.* 15. 2, *ad Att.* 5. 20, 6. 1. <<

[37] Cicerón, *ad Fam.* 3. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13 y la cartas a Apio, *ad Att.* 5. 15, 16, 6. 1, 2; en 6. 1 encontramos el chiste de un médico que se irrita cuando otro cura a su paciente. <<

[38] Cicerón, *ad Att.* 6. 2 sobre la corrupción entre los magistrados locales. <<

[39] Cicerón, *ad Fam.* 15. 4, 5, 6 sobre el intercambio de cartas con Catón. <<

[40] En 44 a. C. Décimo Bruto Albino, uno de los asesinos de César y en aquella época gobernador de la Galia Cisalpina, envió una expedición punitiva a los Alpes «no tanto en busca del título de imperator como por el deseo de satisfacer a mis hombres y hacer que se mantengan firmes para la defensa de nuestros intereses», véase Cicerón, *ad Fam.* 11. 4. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[41] Sobre el riesgo de hambruna, Cicerón, *ad Att.* 5. 21. <<

[42] Sobre el hecho de que Cicerón tuvo que dejar a su cuestor al mando, véase Marshall (1972), pp. 899-921. <<

[1] Polibio 31. 20. (Traducción a partir de la versión de Loeb, contrastada con una traducción clásica al español). <<

[2] Sobre el establecimiento de una presencia permanente en Macedonia véase el análisis de E. Kallet-Marx, *Hegemony to Em-*

pire. The Development of the Roman Imperium in the East from 148 to 62 bc (1995), pp. 11-41, y sobre Asia véase pp. 97-122. <<

[3] Kallet-Marx (1995), pp. 30-40, E. Gruen, «*The Hellenistic World and the Coming of Rome* (1984), pp. 429-36, y A. Eckstein, *Hegemony and annexation beyond the Adriatic 230-146 bc*», en D. Hoyos (ed.), «*A Companion to Roman Imperialism* (2013), pp. 79-97; sobre el recorrido de la Vía Egnatia véase Kallet-Marx (1995), pp. 347-9 y N. Hammond, *The western part of the via Egnatia*», JRS 64 (1974), pp. 185-94. <<

[4] M. Hassall, M. Crawford y J. Reynolds, «*Rome and the Eastern Provinces at the end of the Second Century bc*», JRS 64 (1974), pp. 195-220, esp. pp. 201-7 donde aparece el texto y 207-29 donde hay una traducción de la ley. <<

[5] Plutarco, *Cimon* 1. 2-2. 1, cuenta la historia, pero no da con claridad la fecha de los hechos. En ese sentido, véase Kallet-Marx (1995), pp. 280-81, y esp. p. 280, n. 77. <<

[6] Sobre la homosexualidad en el ejército, véase Polibio 6. 37 y el incidente en Plutarco, *Mario* 13-14, cuando un soldado recibió el premio más alto al valor, la *corona civica*, por matar a su comandante después de que este hubiera abusado de su autoridad en un esfuerzo por seducirle. <<

[7] En general véase Gruen (1984), pp. 523-8 sobre Greece, pp. 529-610 sobre Asia, véase Kallet-Marx (1995), pp. 223-334. <<

[8] Véanse Polibio 31. 2. 1-6, Apiano, *Las guerras sirias* 45-46, con Gruen (1984), p. 664 esp. fn. 244, que hace referencias más completas y pp. 714-15 sobre otra gira de una delegación encabezada por un senador distinguido, en este caso, Escipión Emiliano. <<

[9] Encontramos un buen estudio en Kallet-Marx (1995), pp. 161-83; sobre los antecedentes, véase J. Ma, «*Peer Polity Interac-*

tion in the Hellenistic Age», Past & Present 180 (2003), pp. 9-39. <<

[10] Sobre la declaración de la segunda guerra macedónica, véase Tito Livio 31. 5. 1-8. 4; encontramos comentarios y dudas sobre el auténtico motivo en W. Harris, «*War and Imperialism in Republican Rome 327-70 bc* (1979), pp. 212-18, F. Walbank, *Polibio and Rome's eastern policy*», JRS 53 (1963), pp. 1-13, P. Derow, «*Polibio, Rome and the east*», JRS 69 (1979), pp. 1-15 y, en general, J. Rich, *Declaring War in the Roman Republic in the Period of Transmarine Expansion*. Collection Latomus 149 (1976); sobre Popilio Laenas, véase Tito Livio 44. 20. 1, 29. 1-5, 10. 45. 2-15, 12. 1-3, con Gruen (1984), pp. 656-60. <<

[11] Sobre el rechazo de ofertas de ayuda, véase el caso de los Ptolomeos en Gruen (1984), pp. 672-85; sobre las prioridades y decisiones romanas a la hora de actuar, véase T. Hillard y L. Bennes, «*Choosing friends, foes and fiefdoms in the second century bc*», en Hoyos (2013), pp. 127-40. <<

[12] En general, véase Kallet-Marx (1995), pp. 162-77; sobre la recepción de embajadas en febrero, véase T. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic, Vol. 3* (1986), pp. 97-8. <<

[13] Sobre César y Cicerón como estudiantes, véase Cicerón, *Bruto* 316, Suetonio, *César* 4; la cita es de Horacio, *Epístolas* 2. 1. 156-7. <<

[14] Sobre Atenas, véase Kallet-Marx (1995), pp. 203-5, con Cicerón, «*de Oratore* 3. 75 sobre Craso; sobre los Ptolomeos y el incidente del gato, véase Diodoro Sículo 1. 83. 1-9, 1. 44. 1; en general, véase M. Siani-Davies, *Ptolemy XII Auletes and the Romans*», Historia 46 (1997), pp. 306-40, esp. 317-22, y G. Hölbl (trad. al inglés de T. Saavedra), *A History of the Ptolemaic Empire* (2001), pp. 225-7. <<

[15] Sobre la delegación encabezada por filósofos, véase Pausanio 7. 11. 4-8, Polibio 33. 2, Plutarco, Catón el Viejo 22; sobre

Menipo, véase L. Robert y J. Robert, *Claros, Vol. 1: Décrets hellénistiques* (1989), Menipo 23-44 con Kallet-Marx (1995), p. 128. <<

[16] Cicerón, *ad Att.* 15. 15; Salustio, *Bell. Jug.* 35. 10; sobre la prohibición a una delegación de senadores de pedir más préstamos de dinero, véase Diodoro Sículo 40. 1. 1. <<

[17] Salustio, *Bell. Jug.* 33. 1; Polibio 30. 18. 1-19. 17, cf. Gruen (1984), p. 574; sobre las actitudes romanas hacia los reyes, véase E. Rawson, «Caesar's Heritage. Hellenistic kings and their Roman equals», JRS 65 (1975), pp. 148-59. <<

[18] Valerio Máximo 5. 1f, Diodoro Sículo 31. 18. 1-2, con comentarios en Gruen (1984), pp. 694-6. <<

[19] En general véase J. Prag, «*Auxilia and gymnasia: A Sicilian model of Roman Imperialism*», JRS 97 (2007), pp. 68-100; sobre César y los piratas y Mitrídates, véase Suetonio, *César* 4. 2, 74, Plutarco Caesar 2. <<

[20] Sobre las rebeliones de esclavos en Sicilia, véase la útil colección de fuentes de B. Shaw (ed.), *Spartacus and the Slave Wars. A Brief History with Documents* (2001), pp. 79-129; sobre una o dos revueltas de esclavos contra Atenas, véase Orosius 5. 9. 5, Ateneo 6. 272e; sobre la casa en Segesta, véase Prag (2007), pp. 98-9 con referencias. <<

[21] Cicerón, *Verrinas* 2. 2. 95-100, cf. 2. 4. 41; sobre Silano, véase Valerio Máximo 5. 8. 3, Cicerón, *de finibus* 1. 7. 24, Tito Livio, *Pers.* 54. <<

[22] Ref. a Popilio Laenas de Lintott in 173 atacando a los ligures; Tito Livio 43. 2-3. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[23] Sobre el tribunal para los procesos de *res repetundae*, véase A. Lintott, «*Leges Repetundae and associate measures under the Republic*», ZSS 98 (1981), pp. 162-212 e «*Imperium Romanum. Politics and Administration* (1993), pp. 97-107, J. Richardson, *The purpose*

of the Lex Calpurnia de Repedundis», JRS 77 (1987), pp. 1-12 y A. Sherwin-White, *«The date of the Lex Repetundarum and its consequences»*, JRS 62 (1972), pp. 83-99; véase Lintott (1981), pp. 209-12 sobre los resultados de los juicios celebrados entre 149-50 a. C. <<

[24] El comentario sobre Verres de Cicerón, *Verrinas* 1. 14; en general véase T. Frazel, «*The composition and circulation of Cicero's 'In Verrem'*», The Classical Quarterly 54. 1 (2004), pp. 128-42, A. Vasaly, «Cicero, domestic politics and the first action of the Verrines», Classical Antiquity 28. 1 (2009), pp. 101-37 y los textos en J. Prag, *Sicilia Nutrix Plebis Romanae. Rhetoric, Law, and Taxation in Cicero's Verrines* (2007). <<

[25] Sobre las sumas de dinero que salieron a colación en el proceso de Verres, véase Lintott (1993), pp. 106-7, citando a Cicerón, *Verrinas* 1. 56 cuarenta millones y Plutarco, Cicerón 8, tres millones. <<

[26] Cicerón, *de Officiis* 2. 26-7. (Traducción a partir de la versión de Loeb, ligeramente modificada). <<

[27] Sobre César, véase A. Goldsworthy, *Caesar. The Life of a Colossus* (2006), pp. 70-74; sobre el tema del cambio de actitudes del Imperio, véase L. Bennes y T. Hillard, «*Rei Militaris Virtus… Orbem Terrarum Parere Huic Imperio Coegit: The transformation of Roman Imperium*», en Hoyos (2013), pp. 141-53. <<

[28] Cicerón, *de imperio Cn. Pompei* 2. 6 (traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[29] Encontramos referencias al poder de Roma sobre el mundo, por ejemplo, en Cicerón, *de Republica* 3. 35, con Bennes y Hillard (2013), pp. 142-3, cf. Sobre el tema del triunfo de Pompeyo en 61 a. C., véase Plinio, *HN* 7. 97, Plutarco, *Pompeyo* 45, Dión 37. 21. 1-4, Apiano, *Mitr.* 116-17; Sicilia véase Cicerón, *Verrinas* 2. 2, 3. 12; Cicerón, *de prov. consularibus* 31 (traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[30] Cicerón, *de prov. consularibus* 4. (Traducción a partir de la versión de Loeb, ligeramente modificada). <<

[31] Cicerón, *de prov. consularibus* 31. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[32] Cicerón, *de imperio Cn. Pompei* 55. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[33] Sobre el problema de los piratas, véase Apiano, *Mitr.* 91-3, Plutarco, Pompeyo 24-5, y sobre la campaña de Pompeyo, véase Apiano, *Mitr.* 94-6, Plutarco, Pompeyo 26-8. <<

[34] Sobre Epiro, véase Polibio 30. 15, Tito Livio 45. 34. 1-6, Plutarco, *Aemilius Paullus* 29. 1-3; sobre César en las Galias, véase Plutarco, *César* 15, Plinio, *HN* 7. 92, Veleyo Patérculo 2. 47. 1, con comentarios en C. Goudineau, *Cesar et la Gaule* (1995), pp. 308-11; sobre la esclavización de los deudores por parte de los *publicani*, véase Diodoro Sículo 36. 3. 1-2. <<

[35] Sobre el suministro de esclavos, véase W. Harris, «*Demography, Geography, and the supply of slaves*», JRS 89 (1999), pp. 62-75; sobre Espartaco, véase Apiano, *BC* 1. 118. <<

[36] Sobre la esclavitud en general, véase K. Bradley, «*Slavery in the Roman Republic*», en K. Bradley y P. Cartledge (eds.), «*The Cambridge World History of Slavery Vol. 1: The Ancient Mediterranean* (2011), pp. 241-64 y W. Scheidel, *The Roman slave supply*», en Bradley y Cartledge (2011), pp. 287-310. <<

[37] Sobre Flaminino, véase Polibio 18. 46. 1-15, con Gruen (1984), pp. 133-47, 448-9; sobre las ciudades libres y otras comunidades, véase Lintott (1993), pp. 36-41. <<

[38] Sobre la formulación de cuestiones legales al estilo romano, véase la ley analizada en J. Richardson, «*The Tabula Contrebiensis: Roman law in Spain in the early first century bc*», JRS 73 (1983), pp. 33-41; la cita es de Cicerón, *ad Att.* 6. 1, con Kallet-Marx (1995), pp. 130-35. <<

[39] Véase Hillard y Bennes (2013), pp. 138-40, Hillard y Bennes (2013), pp. 141-53. <<

[40] F. Millar, «*The Mediterranean and the Roman Revolution: Politics, war and the economy*», Past & Present 102 (1984), pp. 3-24. <<

[41] Sobre la carrera de Cleopatra, véase A. Goldsworthy, *Antony and Cleopatra* (2010), *passim*. <<

[42] Encontramos una introducción a la descripción de Cleopatra en A. Goldsworthy, «*Augustus. From Revolutionary to Emperor* (2014), pp. 180-85, con más detalle en K. Scott, *The Political Propaganda of 44-30 bc*», Memoirs of the American Academy in Rome 11 (1933), pp. 7-49, esp. 33-49, J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 335-49, Pelling en CAH² X, pp. 40-48, y R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 276-8. <<

[1] Virgilio, *Eneida* 6. 851-3. (Traducción a partir de la versión de Loeb, ligeramente modificada). <<

[2] Dión 47. 25. 3, y Apiano, a. C. 4. 100-01; encontramos ejemplos de las monedas acuñadas por Bruto en M. Crawford, *Roman Republican Coinage* (1974), pp. 498-508. <<

[3] Josefo, *Antigüedades judías* 14. 314-16, y 14. 301-12 (traducción a partir de la versión de Loeb); véase también en general J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 105-6. <<

[4] Sobre la invasión parta, véase D. Kennedy, «*Parthia and Rome: eastern perspectives*», en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East*. JRA Supplementary Series 18 (1996), pp. 67-90, esp. 77-81, Osgood (2006), pp. 185, 225-8, G. Bowersock, «The mechanics of subversion in the Roman Provinces», en *Opposition et résistance à l'empire d'Auguste à Trajan, Entretiens sur L'antiquité classique* (1987), pp. 291-317, esp. 295-6. <<

[5] *Historia Augusta, Adriano* 15. 13; sobre el emperador y el ejército en general, véase J. Campbell, *The Emperor and the Roman Army 31 bc - ad 235* (1984), passim; sobre Augusto y el ejército, véase A. Goldsworthy, *Augustus. From Revolutionary to Emperor* (2014), pp. 245-53, 436-7. <<

[6] Encontramos una concisa introducción a la carrera de Augusto y al sistema que creó en D. Shotter, *Caesar Augustus* (2.ª ed., 1991), W. Eck, *The Age of Augustus* (2003), K. Galinsky, *Augustus. Introduction to the Life of an Emperor* (2012), J. Richardson, *Augustan Rome 44 bc to ad 14. The Restoration of the Republic and the Establishment of the Empire* (2012). Si se desea información en más detalle, véase Goldsworthy (2014). <<

[7] Encontramos el análisis más completo de la imaginería del régimen de Augusto en P. Zanker (trad. al inglés de A. Shapiro), *The Power of Images in the Age of Augustus* (1988). <<

[8] Dión 53. 12. 2-16. 3, con W. Lacey, «*Augustus and the Principate. The Evolution of a System* (1996), pp. 89-95, J. Liebeschuetz, *The settlement of 27 bc*», en C. Deroux, Studies in Latin Literature and Roman History (2008), pp. 346-53, J. Ferrary, «*The powers of Augustus*», en J. Edmondson (ed.), «*Augustus* (2009), pp. 90-136, esp. 90-99; sobre el papel de las provincias y de la guerra en general para la justificación del princeps de su posición, véase J. Rich, *Augustus, War and Peace*», en Edmondson (2009), pp. 137-64, esp. 153-7. <<

[9] Dión 53. 13. 1. <<

[10] Encontramos la cita en «*Res Gestae* 34 (traducción a partir de la versión de Loeb, ligeramente modificada), sobre el *ara pacis Augustae*, véase D. Conlin, *The Artists of the Ara Pacis. Studies in the History of Greece and Rome* (1997), M. Torelli, *Typology and Structure of Roman Historical Reliefs* (1982), pp. 27-61, Zanker (1990), esp. pp. 158-60, 179-83, 203-4, K. Galinsky, Augustan Culture (1996), pp. 141-55, and R. Billows, *The religious procession of the Ara Pacis Augustae: Augustus' supplicatio in 13 bc*», JRA 6 (1993), pp. 80-92. <<

[11] Horacio, *Epodos* 7. 1-10 (traducida a partir de la versión de Loeb); sobre el deseo popular de obtener una victoria sobre los partos y conquistas en Britania véase Rich (2009), pp. 137-64, esp. 143-6, = L. de Blois, P. Erdkamp, G. de Kleijn y S. Mols (eds.), *The Representation and Perception of Roman Imperial Power: Proceedings of the Third Workshop of the International Network, Impact of Empire* (Roman Empire 200 bc to ad 476). Netherlands Institute in Rome, March 20-23, 2002 (2003), pp. 329-57. <<

[12] Ovidio, *Fasti* 1. 709-18 (Traducida a partir de la versión de Loeb) sobre el *ara pacis*. <<

[13] Dión 51. 20. 4-5, 53. 26. 1-5, 27. 1-2 y 54. 36. 2 (se ordenó una tercera apertura, pero luego fue revocada porque estalló una nueva guerra), Suetonio, «*Augusto* 22, *Res Gestae* 13, con co-

mentarios en T. Barnes, *The Victories of Augustus*», JRS 64 (1974), pp. 21-6. <<

[14] Rich (2009), pp. 137-64, y E. Gruen, «*The expansion of the Empire under Augustus*», en CAH² X, pp. 147-97. <<

[15] Virgilio, *Eneida* 6. 853, Horacio, *Odas* 3. 5. 2-4. (Traducción a partir de la versión de Loeb, ligeramente modificada). <<

[16] Sobre el Foro de Augusto y el Templo de Mars Ultor, véase Zanker (1990), pp. 81-2, 113-14, 193-215, S. Dyson, *Rome. A Living Portrait of an Ancient City* (2010), pp. 128-31, y Lacey (1996), pp. 193, 197-202; embajadas de India y Britania, *Res Gestae* 31-2. <<

[17] R. Syme, «*Military Geography at Rome*», Classical Antiquity 7 (1988), pp. 227-51. <<

[18] Véase el relato de las campañas en Goldsworthy (2014), pp. 433-9, 446-55; sobre las diez legiones concentradas, véase Veleyo Patérculo 2. 113. 1. <<

[19] La cita sobre Varo es de Suetonio, *Augusto* 23. 2; en Tácito, *An.* 1. 11, encontramos el consejo de Augusto. <<

[20] Hay una reflexión especialmente útil sobre esta cuestión en T. Cornell, «*The end of Roman imperial expansion*», en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World* (1993), pp. 139-70. <<

[21] Véase Suetonio, *Augusto* 25. 2, Veleyo Patérculo 2. 110. 6-111. 2, con L. Keppie, *The Making of the Roman Army* (1984), pp. 168-9; véase Tácito, *An.* 2. 5 sobre las Galias y otras provincias. <<

[22] Cornell (1993), pp. 145-9 presenta un estudio con buenas referencias al debate sobre estas cuestiones, y B. Rankov, «*A "secret of empire" (imperii arcanum): an unacknowledged factor in Roman imperial expansion*», en W. Hanson (ed.), *The army and the frontiers of Rome: papers offered to David Breeze on the occasion of his sixty-fifth*

birthday and his retirement from historic Scotland. JRA Supplementary Series 74 (2009), pp. 163-72. <<

[23] Estrabón, *Geog*. 17. 3. 24, y 2. 5. 8. <<

[24] Apiano, *Praef* 7. <<

[25] En Suetonio, *Nerón* 18 encontramos la afirmación de que consideró abandonar Britania, y M. Todd muestra escepticismo al respecto en M. Todd, *Roman Britain* (3.ª ed., 1999), pp. 67-8. <<

[26] B. Levick, *Claudius* (1990), pp. 29-39 sobre el debate de las circunstancias de su ascenso al trono. <<

[27] Campbell (1984), pp. 59-69, 417-27. <<

[28] Tácito, *An*.. 11. 20; encontramos una amplia gama de puntos de vista sobre la invasión de Britania en Todd (1999), pp. 45-6, G. Webster, *The Roman Invasion of Britain* (ed. rev., 1993), pp. 84-5, y Levick (1990), pp. 137-44. <<

[29] La mención de la «paz vergonzosa» está en Tácito, *An*. 15. 25; sobre el suicidio de Corbulón, son interesantes los comentarios de Bowersock (1987), pp. 316-17. <<

[30] Sobre las comparaciones con Alejandro Magno, véase Dión 68. 29. 1-4. <<

[31] Dión 69. 1. 1 negaba la adopción de Adriano. <<

[32] Sobre la predicción de Adriano de su propia muerte, véase *Historia Augusta*, Adriano 16. 7; sobre las campañas de Marco Aurelio, véase A. Birley, *Marcus Aurelius* (ed. rev., 1987), pp. 159-79, 206-10. <<

[33] Dión 75. 3. 2-3 <<

[34] Contrastar Dión 68. 6. 1-2, con 68. 17. 1. <<

[35] Estrabón, *Geog*. 6. 4. 2 (traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[36] Veleyo Patérculo 2. 126. 3. <<

[1] Josefo, *BJ* 2. 356. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[2] Sobre el ejército encargado de la invasión de 43 d. C., véase G. Webster, The Roman Invasion of Britain (ed. rev., 1993), pp. 85-92. <<

[3] Dión 60. 19. 1-22. 2, Suetonio, «*Vespasiano* 4. 1, con análisis en Webster (1993), pp. 94-110; sobre el ejército romano en el campo de batalla y los distintos niveles de la lucha, véase A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 bc - ad 200* (1996), pp. 79-105 y *War*», en P. Sabin, H. van Wees y M. Whitby (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare Vol. 2: Rome from the Late Republic to the Late Empire* (2007), pp. 76-121, esp. 85-9. <<

[4] Tácito, *An.* 12. 34-37; cita sacada de 12. 37. <<

[5] Sobre Togidubno, véase «*Roman Inscriptions in Britain 91*, Tácito, *Agricola* 14, con G. Webster, *Rome against Caratacus* (ed. rev., 1993), pp. 24-7, 124-30, J. Manley, ad 43. The Roman Invasion of Britain - A Reassessment (2002), pp. 64-5, 114-15, 120-21; J. Hind, *A. Plautius' campaign in Britain: an alternative reading of the narrative in Cassius Dio (60. 19. 5-21. 2)*», Britannia 38 (2007), pp. 93-106, esp. 96-100, sostiene que Togidubno era Togodumno, hijo de Cunobelino, que luchó contra los romanos en el año 43 d. C., pero luego firmó la paz y se convirtió en un rey clientelar. Aunque es una hipótesis posible, la evidencia es insuficiente para demostrar cualquiera de las dos posiciones. <<

[6] Tácito, *An.* 12. 31-2 sobre la rebelión; en general, véase P. Brunt, «*Did Imperial Rome disarm her subjects?*», Phoenix 29 (1975), pp. 260-70. <<

[7] Tácito, *An.* 14. 31. <<

[8] Los principales relatos de la rebelión son ofrecidos por Tácito, *An.* 14. 29-39 y *Agricola* 5, 14-16, Dión 62. 1. 1-12. 6; M.

Johnson, *Boudicca* (2012) proporciona un estudio conciso y crítico de la evidencia. <<

[9] Tácito, *An.* 12. 32, 14. 31-2. <<

[10] César, *BG* 6. 13-14, 16-18; encontramos una evaluación meditada del papel cambiante de los druidas antes y después de la conquista por Roma en J. Webster, *«At the end of the world: Druidic and other revitalization movements in post-conquest Gaul and Britain»*, Britannia 30 (1999), pp. 1-20; sobre las actitudes romanas hacia el culto druídico, véase asimismo M. Goodman, *The Ruling Class of Judaea. The Origins of the Jewish Revolt against Rome ad 66-70* (1987), pp. 240-48. <<

[11] Sobre la hostilidad romana al sacrificio humano, véase Plinio, *HN* 30. 13, comentarios y otras referencias en Webster (1999), p. 13; sobre la destrucción de los bosques de Mona, véase S. Rutledge, «*The Roman destruction of sacred sites*», Historia 56 (2007), pp. 179-95, esp. 191-2; sobre la tendencia a que la rebelión pillara a los romanos por sorpresa, véase S. Dyson, «*Native Revolts in the Roman Empire*», Historia 20 (1971), pp. 239-74, esp. 250, 252-4, 263-4. <<

[12] Sobre estos pueblos y la rebelión en general, véase J. Wacher in CAH² X, pp. 508-9, 511-13. <<

[13] Dión 52. 7. 2 (traducción a partir de la versión de Loeb). Cabe señalar que este espeluznante pasaje proviene de un epítome posterior de la historia de Dión. El autor de esta versión resumida tenía la tendencia de incluir los pasajes más dramáticos y darles mayor protagonismo que el que tenían en la versión original, pero es improbable que se los inventara; véase Tácito, *An.* y 14. 33 sobre las víctimas y el hecho de que los rebeldes no querían hacer prisioneros. <<

[14] RIB 12. <<

[15] M. Todd, *Roman Britain* (3.ª ed., 1999), pp. 71-3. <<

[16] Sobre las rebeliones en general, véase S. Dyson, «*Native Revolts in the Roman Empire*», Historia 20 (1971), pp. 239-74 y «*Native Revolt Patterns in the Roman Empire*», ANRW 2. 3 (1975), pp. 138-75. <<

[17] En A. Goldsworthy, *Augustus. From Revolutionary to Emperor* (2014), pp. 446-53 encontramos una visión general del año 9 d. C.; hallamos más detalles en P. Wells, *The Battle that Stopped Rome* (2003) y A. Murdoch, *Rome's Greatest Defeat. Massacre in the Teutoburg Forest* (2006). <<

[18] Sobre Lanhau-Waldgirmes, véase R. Wolters, *Die Schlacht im Teutoburger Wald* (2008), pp. 65-9. <<

[19] Dión 54. 21. 1-8. <<

[20] Sobre Varo, véase Veleyo Patérculo 2. 117. 2-4 incluyendo las citas, Dión 56.l 18. 1-5; sobre Panonia, véase Dión 56. 16. 3 (traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[21] Tácito, *An.* 4. 72-4; sobre el tamaño de las reses y el ganado, véase M. Todd, *The Early Germans* (2.ª ed., 2004), pp. 76-8. <<

[22] Tácito, *An.* 4. 46-51; encontramos la cita en Tácito, *Hist.* 4. 14; sobre los orígenes del batallón de los bátavos, véase Dyson (1971), pp. 264-7 y K. Wellesley, *The Year of Four Emperors* (3.ª ed., 2000), pp. 168-83. <<

[23] Sobre Arminio y la historia de su vida, véase esp. Veleyo Patérculo 2. 118. 1-3, Tácito, *An.* 2. 9-10, 88. <<

[24] Encontramos dos intentos de interpretar los interesantes vestigios arqueológicos de parte de esta batalla en A. Rost, «*The Battle between Romans and Germans in Kalkriese: Interpreting the Archaeological Remains from an ancient battlefield*» y S. Wilbers-Rost, «*The site of the Varus Battle at Kalkriese. Recent Results from Archaeological Research*», ambos en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana*. Roman Frontier Studies. Anejos de Gladius 13 Vol. 3 (2009), pp. 1339-45, 1347-52;

las principales fuentes antiguas son Dión 56. 19. 1-22. 2, Veleyo Patérculo 2. 119. 1-5 y Tácito, *An.* 1. 61-2. <<

[25] Tácito, *Germania* 37. <<

[26] Josefo, *BJ* 2. 39-79 sobre Varo en 4 a. C.; hay mucha información relevante sobre la forma en que se desarrollan las rebeliones en el manual de principios del siglo XX de C. Callwell, *Small Wars. A Tactical Textbook for Imperial Soldiers* (ed. rev., 1990), pp. 26, y esp. 71-84. <<

[27] Tácito, *An.* 12. 31. <<

[28] Tácito, *An.* 14. 37, Dión 62. 8. 1. <<

[29] Tácito, *An.* 2. 88. <<

[30] Tácito, *An.* 1. 57-9, Veleyo Patérculo 2. 118. 4. <<

[31] Por ejemplo, Dión 54. 20. 4-6, Suetonio, *Augusto* 23. 1, con Dyson (1975), pp. 154-6. <<

[32] Dyson (1975), pp. 156-8. <<

[33] Véase J. Spaul, *Ala 2* (1994), pp. 52-3. <<

[34] Véase César, *BG* 6. 15 sobre cómo los aristócratas basaban su poder en el número de guerreros de su guardia personal. <<

[35] Encontramos la narración completa en Tácito, *An.* 3. 41-7. <<

[36] Tácito, *Hist.* 4. 54 sobre las profecías druídicas y 2. 61 sobre Marico. <<

[37] Por ejemplo, G. Woolf, «*Roman Peace*», en J. Rich y G. Shipley, «*War and Society in the Roman World* (1993), pp. 171-94, esp. 186-8, y S. Mattern, *Rome and the Enemy. Imperial Strategy in the Principate* (1999), pp. 100-03, esp. 101 fn. 95, citando a T. Pekàry, *Seditio: Unruhen und Revolten im römischen Reich von Augustus bis Commodus*», Ancient Society 18 (1987), pp. 133-50, pero de su lista en pp. 136-45, solo un puñado de incidentes podría describirse como rebeliones contra la dominación romana. <<

[38] Encontramos el discurso de Herodes Agripa II en Josefo, *BJ* 3. 348-404, con la cita en 3. 352; sobre Petilio Cerialis véase Tácito, *Hist.* 4. 43-4. <<

[39] La literatura sobre este tema es vasta y hay un amplio abanico de opiniones sobre casi cada detalle. Sobre el punto de vista militar romano, véase A. Goldsworthy, «*"Men casually armed against fully equipped regulars": The Roman military response to Jewish insurgence 63 BCE-135 CE*», en P. Tomson y J. Schwartz (eds.), *Jews and Christians in the First and Second Centuries: How to Write their History* (2014), pp. 207-37; encontramos un relato animado y provocador de la rebelión de 66 -73 d. C., en N. Faulkner, *Apocalypse. The Great Jewish Revolt against Rome ad 66-73* (2002). <<

[40] Dión 69. 14. 1; sobre Galilea, véase S. Freyne, «*The Revolt from a regional perspective*», en A. Berlin y J. Overman (eds.), «*The First Jewish Revolt. Archaeology, History, and Ideology* (2002), pp. 43-56, y R. Horsley, «*Power vacuum and power struggle 66-7 CE*», en Berlin y Overman (2002), pp. 87-109 y otros ensayos del mismo volumen, Z. Safrai, *Socio-economic and cultural developments in the Galilee from the late first to early third century CE*», en Tomson y Schwartz (2014), pp. 278-310, E. Meyers, «*Roman Sepphoris in the light of new archaeological evidence and recent research*», en L. Levine (ed.), *The Galilee in Late Antiquity* (1992), pp. 321-8. <<

[41] F. Millar, *The Roman Near East 31 bc - ad 337* (1993), pp. 337-74. <<

[42] Encontramos algunas reflexiones notables sobre las causas de la rebelión en Goodman (1987) y S. Mason, «*Why did Judaeans go to war with Rome in 66-67 CE? Realist-Regional perspectives*», en Tomson y Schwartz (2014), pp. 126-206; sobre las actitudes romanas, véase E. Gruen, «*Roman perspectives on the Jews in the age of the Great Revolt*», en Berlin y Overman (2002), pp. 27-42. <<

[1] Dión 72. 4. 1. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[2] Sobre la guarnición de Egipto, véase R. Alston, *Soldier and Society in Roman Egypt. A Social History* (1995), pp. 20-38. <<

[3] Sobre la rebelión, véase Dión 72. 24, con Alston (1995), pp. 77-8; encontramos un documento que posiblemente demuestra la conexión de Avidio Casio con Egipto en A. Bowman, «*A letter of Avidius Cassius?*», JRS 60 (1970), pp. 20-26. <<

[4] Encontramos un análisis del tema en J. Winkler, «*Lollianos and the desperadoes*», Journal of Hellenic Studies 100 (1980), pp. 155-81, esp. 180-81. <<

[5] Diodoro Sículo 20. 100. 3-4, y en P. Green, *Alexander to Actium* (1990), pp. 80-91 encontramos un buen estudio de los orígenes y la cultura de Alejandría. <<

[6] Tácito, *Hist.* 1. 65-6 sobre las Galias, 4. 50 sobre África. <<

[7] Tácito, *Hist.* 2. 21 sobre Placentia; Tácito, *An.* 14. 17 sobre Pompeya y Nuceria, con R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order* (1966), pp. 169-70. <<

[8] ILS 5947 = CIL 10. 7852, con B. Shaw, «*Bandits in the Roman Empire*», Past & Present 105 (1984), pp. 3-52, 7 fn. 12. <<

[9] Véase S. Mason, «*Why did Judaeans go to war with Rome in 66-67 CE? Realist-Regional perspectives*», en P. Tomson y J. Schwartz (eds.), *Jews and Christians in the First and Second Centuries: How to Write their History* (2014), pp. 126-206, esp. 170-74, y sobre la historia en general E. Schürer, G. Vermes y F. Millar, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ, Vol. 1* (1973), pp. 125-232; el buen samaritano en Lucas 10. 30-35, cf. Juan 4. 4-30 sobre la mujer samaritana en el pozo. <<

[10] Sobre Cleopatra, véase Plutarco, *Antonio* 36, Dión 49. 32. 5, Estrabón, *Geog.* 14. 669, 671, con M. Grant, Cleopatra (1971), pp. 135-41, G. Hölbl (trad. al inglés de T. Saavedra), *A*

History of the Ptolemaic Empire (2001), p. 242; sobre Herodes, véase Schürer, Vermes y Millar (1973), pp. 287-329. <<

[11] Sobre los Juegos Olímpicos, véase Josefo, «*Antigüedades judías* 16. 149, *La guerra de los judíos* 1. 427, y su propio festival de estilo helénico 15. 268-71; sobre los regalos de Herodes a las comunidades griegas, véase G. Bowersock, *Augustus and the Greek World* (1965), pp. 54-6, y A. Spawforth, *Greece and the Augustan Cultural Revolution. Greek Culture in the Roman World* (2012), pp. 84-6; sobre las tropas de Herodes, véase M. Speidel, *The Roman army in Judaea under the Procurators*», en M. Speidel, *Roman Army Studies Vol. 2: Mavors* (1992), pp. 224-32. <<

[12] Josefo, *Ant.* 19. 356-9 sobre la alegría ante la muerte de Herodes Agripa I; sobre la región en general, véase F. Millar, *The Roman Near East 31 bc - ad 337* (1993), pp. 43-69, 337-66. <<

[13] Sobre la broma de Augusto, véase Macrobio, *Saturnalia* 2. 4. 11; sobre un acto público de oposición a Herodes y las posteriores ejecuciones, véase Josefo, *BJ* 1. 648-53. <<

[14] Sobre la guerra de Herodes, véase Josefo, *Ant.* 16. 271-99; sobre la campaña de Herodes Antipas contra los nabateos, véase *Ant.* 18. 109-15, 120-25. <<

[15] D. Schwartz, *Studies in the Jewish Background of Christianity* (1992), pp. 182-217 ha sugerido que Poncio Pilato ocupó el cargo durante un periodo aún más largo, desde el año 18 d. C. hasta 36/37; sobre los estandartes, véase Josefo, *BJ* 2. 169-74, *Ant.* 18. 55-9. <<

[16] Josefo, *BJ* 2. 184-7, 192-203, *Ant.* 18. 257-309, Filón, *Legatio* 199-205; encontramos un análisis en Mason (2014), p. 178. <<

[17] Josefo, *BJ* 175-7, *Ant.* 60-62. <<

[18] Josefo, *Ant.* 18. 85-9. <<

[19] Josefo, *Ant.* 20. 97-9 (traducción a partir de la versión de Loeb), Hechos 5. 36. <<

[20] Josefo, *BJ* 2. 261-3, *Ant.* 20. 97-8 y Hechos 21. 38. <<

[21] Josefo, *Ant.* 20. 106-12, *BJ* 2. 224-7. <<

[22] Josefo, *Ant.* 20. 113-17, *BJ* 2. 228-31, y en general Mason (2014), pp. 180-82. <<

[23] Josefo, *BJ* 2. 232-46, *Ant.* 20. 118-36; sobre la idea de Claudio de estacionar las guarniciones en Ponto, *Ant.* 19. 365-6, con Mason (2014), p. 180. <<

[24] Sobre las embajadas y decisiones a favor de los líderes judíos, véase P. McKechnie, «*Judaean embassies and cases before Roman Emperors, ad 44-66*», Journal of Theological Studies 56 (2005), pp. 339-61; sobre los agitadores, véase Filón, «*in Flaccum* 20; sobre el incidente de Alejandría, véase Filón, *in Flaccum* 18-114, con B. Decharneux, *The Carabas affair (in Flacc 36-39): An incident emblematic of Philo's political philosophy*», en Tomson y Schwartz (2014), pp. 70-79. <<

[25] Josefo, *BJ* 2. 1. 408-16, 266-70, *Ant.* 20. 173-8, 182-4, con McKechnie (2005), pp. 353-6. <<

[26] Josefo, *BJ* 2. 289-90. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[27] Josefo *BJ* 2. 285-92, con Mason (2014), pp. 184-7; sobre la masacre de la cohorte en Jerusalén, pero a cuyo comandante se le perdonó la vida, véase *BJ* 2. 450-554. <<

[28] Josefo, *BJ* 2. 460-62. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[29] Josefo, *BJ* 2. 461-80. <<

[30] Josefo, *Ant.* 20. 121, *BJ*. 2. 235 también menciona a un tal «Alejandro» como uno de los líderes de estas incursiones; sobre los bandidos contratados como mercenarios en Galilea, véase

Josefo, *BJ* 3. 581-3; sobre los *sicarii*, véase *BJ* 2. 254-7, 425, *Ant.* 20. 162-6, 186, 204. <<

[31] Digesto 49. 15. 24. <<

[32] Sobre bandidos y piratas en general, véase R. MacMullen, «*Enemies of the Roman Order* (1966), pp. 192-212, 255-68, B. Shaw, *Bandits in the Roman Empire*», Past & Present 105 (1984), pp. 3-52, «*The bandit*», en A. Giardina (ed.), The Romans (1993), pp. 3-52, T. Grünewald (trad. al inglés de J. Drinkwater), *Bandits in the Roman Empire. Myth and Reality* (2004), P. de Souza, *Piracy in the Graeco-Roman world* (1999), y C. Fuhrmann, *Policing the Roman Empire. Soldiers, Administration and Public Order* (2012). <<

[33] Véase Grünewald (2004), pp. 72-90, P. de Souza, «*Pirates and politics in the Roman world*», en V. Grieb y S. Todt (eds.), *Piraterie von de Antike bis zur Gegenwart* (2012), pp. 47-73, esp. 61-73. <<

[34] Estrabón, *Geog.* 3. 3. 8, y A. Morillo Cerdán, «*The Augustean Spanish Experience: The origin of the limes system?*», en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana*. Roman Frontier Studies. Anejos de Gladius 13, Vol. 1 (2009), pp. 239-51, esp. 244-7. <<

[35] Grünewald (2004), pp. 91-109, B. Shaw, «*Tyrants, bandits and kings: personal power in Josephus*», Journal of Jewish Studies 44 (1993), pp. 176-204; Mateo 22. 17, «hijos del trueno», Marcos 3. 17, y sobre Barrabás, véase Lucas 23. 19. <<

[36] Encontramos un análisis sobre los problemas sociales y económicos en M. Goodman, *The Ruling Class of Judaea. The Origins of the Jewish Revolt against Rome ad 66-70* (1987), pp. 51-75. <<

[37] Veleyo Patérculo 2. 126. 3. <<

[38] Véase B. Isaac, *The Limits of Empire. The Roman Army in the East* (ed. rev., 1992), pp. 68-100. <<

[39] Sifre Deuteronomio, 318 (ed. Finkelstein) citado en Isaac (1992), p. 115. <<

[40] Los ejemplos han sido extraídos de Isaac (1992), pp. 83-4, 85-8, 117-18. <<

[41] Dión 69. 12. 3 (traducción a partir de la versión de Loeb); Y. Sharar, «*The underground hideouts in Galilee and their historical meaning*», en P. Schäfer (ed.), *The Bar Kokhba War Reconsidered: New Perspectives on the Second Jewish Revolt against Rome* (2003), pp. 217-40. <<

[42] Isaac (1992), p. 85-9 sugiere cierta ambigüedad en la actitud rabínica hacia los bandidos, pero ningún tipo de apoyo activo o entusiasta; el comentario de Marco Aurelio es mencionado porque fue citado de forma inexacta por el emperador Juliano en el siglo IV d. C., Amiano Marcelino 22. 5. 5. <<

[43] Isaac (1992), pp. 116-17. <<

[44] MacMullen (1966), pp. 84-90, en cuanto a los textos, véase H. Musurillo, *The Acts of the Pagan Martyrs, Acta Alexandrinorum* (1954). <<

[45] Millar (1993), pp. 337-66, 408-14. <<

[1] Suetonio, *Domiciano* 8. 2. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[2] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 15-18. Las cartas de Plinio no están fechadas y hay dudas sobre si su comando provincial comenzó en el año 109, 110 o 111 d. C., pero no tenemos medio de resolver este debate ni tampoco afecta a nuestro propósito. Sobre su nombramiento y antecedentes sobre la provincia y las cartas, véase A. Sherwin-White, *The Letters of Pliny. A Historical and Social Commentary* (1966), pp. 526-55. <<

[3] Sherwin-White (1966), pp. 1-84; véase también R. Gibson, «*On the nature of ancient letter collections*», JRS 102 (2012), pp. 56-78, esp. 67-9. <<

[4] Sobre los mandata, véase G. Burton, «*The issuing of mandata to proconsuls and a new inscription from Cos*», ZPE 21 (1976), pp. 63-8, y D. Potter, «*Emperors, their borders and their neighbours: the scope of imperial mandata*», en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East*. JRA Supplementary Series 18 (1996), pp. 49-66. <<

[5] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 106-7, donde menciona a un centurión de la *cohors VI equitata*, y en general, véase J. Ritterling, «*Military forces in senatorial provinces*», JRS 17 (1927), pp. 28-32, esp. 28. <<

[6] Por ejemplo, Plinio el Joven, *Ep.* 4. 9, 5. 20, 6. 5, 13, 7. 6, 10, con P. Brunt, «*Charges of provincial maladministration under the early principate*», Historia 10 (1961), pp. 189-227, esp. 213-14, 227. <<

[7] Encontramos un resumen de principios del siglo III d. C. de los dos tipos de gobernadores en Dión 3. 13. 2-14. 4; sobre las carreras senatoriales, véase E. Birley, «*Senators in the emperor's service*» y «*Promotion and transfers in the Roman army: senatorial and equestrian officers*», en E. Birley, «*The Roman Army. Papers* 1929-1986 (1988), pp. 75-114, con J. Campbell, *Who were the viri militares?*» JRS 65 (1975), pp. 11-31. <<

[8] Nótese el escepticismo mostrado al respecto en G. Woolf, «*Pliny's province*», en T. Bekker-Nielsen (ed.), *Rome and the Black Sea Region: Domination, Romanization, Resistance* (2006), pp. 93-108. <<

[9] Suetonio, *Augusto* 53. 1. <<

[10] Sobre la provincia, véase J. Madsen, *Eager to be Roman. Greek Response to Roman Rule in Pontus and Bithynia* (2009), esp. pp. 11-57. <<

[11] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 21-2. <<

[12] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 25, cf. Sherwin-White (1966) pp. 394-5 sobre los legados; Frontón, *Correspondence with Antoninus Pius* 8. 1 con traducción y comentarios en B. Levick, *The Gov-*

ernment of the Roman Empire. A Sourcebook (2.ª ed., 2000), p. 14. <<

[13] J. Oliver, *«A Roman governor visits Samothrace»*, American Journal of Philology 87 (1966), pp. 75-80; sobre el prefecto de la orilla del Ponto, Plinio el Joven, *Ep.* 10. 21-2; Máximo, Plinio el Joven, *Ep.* 27-8. <<

[14] Plinio el Joven, *Ep.* 19-20, 77-8. <<

[15] Véase B. Rankov, «*The governor's men: the officium consularis*», en A. Goldsworthy e I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community in Peace and War*. JRA Supplementary Series 34 (1999), pp. 15-34, esp. 23-5 on numbers, A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 bc - ad 200* (1996), pp. 22-5 sobre los hombres destacados para realizar tareas específicas; sobre la Legio III Augusta véase M. Speidel, *Emperor Hadrian's Speeches to the African Army - A New Text* (2006), p. 8, campo 2, líneas 3-4 de la inscripción; encontramos un análisis de la alfabetización y la importancia de la palabra escrita para los auxiliares en I. Haynes, *The Blood of the Provinces. The Roman Auxilia and the Making of Provincial Society from Augustus to Severus* (2013), pp. 313-36. <<

[16] Mateo 27. 19, 24. <<

[17] Tácito, *An.* 3. 33-4, con A. Marshall, «*Tácito and the governor's lady: a note on Annals III. 31-4*», Greece and Rome 22 (1975), pp. 11-18 y A. Barrett, «*Aulus Caecina Severus and the Military woman*», Historia 54 (2005), pp. 301-14. <<

[18] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 120-21 sobre el uso del correo imperial por parte de la esposa de Plinio; véase asimismo S. Mitchell, «*Requisitioned transport in the Roman empire: a new inscription from Pisidia*», JRS 66 (1976), pp. 106-31. <<

[19] G. Burton, «*Proconsuls, assizes, and the administration of justice under the empire*», JRS 65 (1975), pp. 92-106, A. Lintott, *Imperium Romanum. Politics and Administration* (1993), pp. 148-60. <<

[20] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 81-2. <<

[21] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 47-8. <<

[22] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 58-9, 79-80, 112-15. <<

[23] Encontramos una visión general de la organización de los publicani en Lintott (1993), pp. 122-3, y E. Badian, *Publicans and Sinners* (1972). <<

[24] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 96-7 (citas traducidas a partir de la versión de Loeb), con Sherwin-White (1966), pp. 691-712. <<

[25] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 19-20, 32-3 (cita traducida a partir de la versión de Loeb). <<

[26] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 37-41 sobre estos proyectos. <<

[27] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 22-3. <<

[28] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 41-2, 60-61, 90-91, 98-9. <<

[29] AE 1954, 137, y véase C. Serafina, «*A Roman engineer's tales*», JRS 101 (2011), pp. 143-65, donde se presenta un análisis al respecto. <<

[30] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 34-5 (cita traducida a partir de la versión de Loeb). <<

[31] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 34-5 (cita traducida a partir de la versión de Loeb), con Sherwin-White (1966), pp. 606-10; 10. 65-6 sobre los niños abandonados. <<

[32] Dión Crisóstomo, *Discursos* 46. esp. 8, 11-14; sobre Dión véase Madsen (2006), pp. 107-19. <<

[33] Suetonio, *Vespasiano* 4. 3. <<

[34] Digesto 1. 18. 13. <<

[35] Sobre el bandolerismo, véase en especial R. MacMullen,« *Enemies of the Roman Order* (1966), pp. 192-241, 255-68, y B. Shaw, *Bandits in the Roman empire*», Past & Present 105 (1984), pp. 3-52 y «*The Bandit*», en A. Giardina (ed.), *The Romans* (1993), pp. 300-41. <<

[36] Plinio el Joven, *Ep.* 6. 25 (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[37] CIL 3. 8242, y sobre otras lápidas, véase Shaw (1984), pp. 10-12, fn. 25; 2 Corintios 11. 26; Epicteto, Diss. 4. 1. 91, encontramos los elogios al gobernador en Apuleyo, Florida 9. 36 y un análisis del tema en C. Fuhrmann, *Policing the Roman Empire* (2012), pp. 182-4. <<

[38] Sobre los soldados, véase Fuhrmann (2012), pp. 186-94, 201-38, R. Davies, «*The investigation of some crimes in Roman Egypt*», en R. Davies, D. Breeze y V. Maxfield (eds.), *Service in the Roman Army* (1989), pp. 175-85; Apuleyo, *Las metamorfosis* o *El asno de oro* 2. 18. (Traducción a partir de la versión de Loeb, ligeramente modificada). <<

[39] Apuleyo, *Las metamorfosis* o *El asno de oro* 7. 7-8 (Traducción a partir de la versión de Loeb, ligeramente modificada). <<

[40] AE 1956, 124 y F. Millar, «*The world of the Golden Ass*», JRS 71 (1981), pp. 63-75, 66-7. <<

[41] Apuleyo, *Las metamorfosis* o *El asno de oro* 8. 16-17 (traducción a partir de la versión de Loeb, ligeramente modificada); Elio Aristides, véase Fuhrmann (2012), pp. 67-8, fn. 76, citando *Orations* 50. 63-94. <<

[42] Shaw (1984), pp. 14-18, Fuhrmann (2012), pp. 66-87. <<

[43] Ostrakon de Florida 2, cf. O. Mons Claudianus 175 solicita que se envíe a un hombre a servir en una torre de vigilancia como *skopelarios*. <<

[44] Cita del ostrakon de Mons Claudianus 48; en general véase R. Bagnall, «*Army and police in upper Egypt*», JARCE 14 (1976), pp. 67-88, V. Maxfield, «*Ostraca and the Roman army in the eastern desert*», en J. Wilkes (ed.), *Documenting the Roman Army. Essays in Honour of Margaret Roxan* (2003), pp. 153-73. <<

[45] M. Bishop, «*Praesidium: social, military, and logistical aspects of the Roman army's provincial distribution during the early Principate*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Com-*

munity in Peace and War. JRA Supplementary Series 34 (1999), pp. 111-18. <<

[46] Galeno, «*On anatomical procedures* 1. 2 (trad. al inglés de C. Singer, 1956); sobre los bandidos sociales véase E. Hobsbawm, *Bandits* (1969), con comentarios críticos en Shaw (1984), pp. 4-5, y *The Bandit*», en A. Giardina (ed., trad. L. Cochrane), *The Romans* (1993), pp. 300-41, y Fuhrmann (2012), pp. 134-6, 156 con las historias de ficción sobre Bulla Félix y Materno; sobre otro periodo, véanse los comentarios sobre Hobsbawm en C. Esdaile, *Outpost of Empire. The Napoleonic Occupation of Andalucía, 1810-1812* (2012), pp. 119-23, 158-9. <<

[47] Shaw (1984), pp. 9-10. <<

[1] Tácito, *Hist.* 4. 74. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[2] Sobre la importancia de la cortesía en el trato con la población provincial, especialmente en las provincias del este, véase C. Kokkinia, «*Ruling, inducing, arguing: how to govern (and survive) a Greek province*», en L. de Light, E. Hemelrijk y H. Singor (eds.), *Roman Rule and Civic Life: Local and Regional Perspectives. Impact of Empire, Vol. 4* (2004), pp. 39-58; sobre la importancia de la formalidad y la cortesía en general, véase J. Lendon, *Empire of Honour. The Art of Government in the Roman World* (1997), passim. <<

[3] Véase S. Schwartz, «*The Rabbi in Aphrodite's bath: Palestinian society and Jewish identity in the High Roman Empire*», en S. Goldhill (ed.), «*Being Greek under Rome. Cultural Identity, the Second Sophistic and the Development of Empire* (2001), pp. 335-61, esp. 337 hace hincapié en lo raro que es que la literatura rabínica exprese hostilidad hacia el entorno pagano; sobre los griegos, véase Dión Crisóstomo, *Oraciones* 45. 6, 48. 2, Plutarco, *Praecepta gerendae reipublicae* 17, con S. Dmitriev, *City Government in Hellenistic and Roman Asia Minor* (2005), esp. pp. 289-328, R. Preston, *Roman*

questions, Greek answers: Plutarco and the construction of identity», en Goldhill (2001), pp. 86-119. <<

[4] Mateo 22. 17-22, con F. Millar, «*State and Subject: the impact of monarchy*», en F. Millar y E. Segal (eds.), *Caesar Augustus. Seven Aspects* (ed. de bolsillo corregida, 1990), pp. 37-60, esp. 44-5. <<

[5] Estrabón, *Geog.* 10. 5. 3 (traducción a partir de la versión de Loeb), con Millar (1990), pp. 44-5 y J. Rea, «*Lease of a Red Cow called Thayris*», The Journal of Egyptian Archaeology 68 (1982), pp. 277-82. <<

[6] Dión 69. 6. 3 (traducción a partir de la versión de Loeb.); sobre los emperadores en su papel de benefactores, véase F. Millar, *The Emperor in the Roman World (31 bc - ad 337)* (1977), pp. 135-9. <<

[7] Arriano, Periplus 1. <<

[8] SEG 28. 1462. 1-3, véase O. van Nijf, «*Local heroes: athletics, festivals and elite self-fashioning in the Roman East*», en Goldhill (2001), pp. 306-34, esp. 318; sobre las ciudades de Asia Menor, véase R. Sherk, *Roman Documents from the Greek East* (1969), n.º 65. <<

[9] Sobre los edificios de Adriano en Atenas véase J. Camp, *The Archaeology of Athens* (2001), pp. 199-208. <<

[10] Véase G. Woolf, *Becoming Roman. The Origins of Provincial Civilization in Gaul* (1998), pp. 48-76, 112-41. <<

[11] D. Mattingly, *An Imperial Possession. Britain in the Roman Empire* (2006), pp. 271-2. <<

[12] S. Mitchell, Anatolia. *Land, Men, and Gods in Asia Minor Vol. 1: The Celts in Anatolia and the Impact of Roman Rule* (1993), pp. 80-98, esp. 87-8 sobre las fronteras tribales. <<

[13] Tácito, *Agricola* 21. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[14] Tácito, *Agricola* 21. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[15] Woolf (1998), pp. 135-68, Mattingly (2006), pp. 255-350. <<

[16] Dión Crisóstomo, *Discursos* 35. 15. <<

[17] Tácito, *Agricola* 24, Estrabón, *Geog.* 17. 24, Apiano, *Praef.* 7. <<

[18] Algunos estudios importantes sobre impuestos y economía en general son: K. Hopkins, «*Rome, taxes, rent and trade*», en W. Scheidel y S. von Reden (eds.), *The Ancient Economy* (2002), pp. 190-230, que reafirma su argumento anterior de que los impuestos estimulan la producción, y el reciente P. Temin, *The Roman Market Economy* (2013); sobre la deforestación, véase Mattingly (2006), pp. 363-6. <<

[19] Encontramos la cita en Suetonio, *Tiberio* 32. 2; sobre la sorpresa ante lo raras que eran las rebeliones provocadas por el exceso de impuestos, véase D. Mattingly, *Imperialism, Power, and Identity. Experiencing the Roman Empire* (2011), pp. 137-8. <<

[20] Encontramos un interesante estudio sobre varias fincas de una provincia del este en T. Corsten, «*Estates in Roman Asia Minor: the case of Kibyratis*», en S. Mitchell y C. Katsari (eds.), *Patterns in the Economy of Roman Asia Minor* (2005), pp. 1-51, esp. 17-27. <<

[21] Sobre el aceite de oliva, véase S. Mitchell, «*Olive oil cultivation in the economy of Roman Asia Minor*», en Mitchell y Katsari (2005), pp. 83-113; sobre los niveles de contaminación, véase A. Wilson, «*Machines, power and the Ancient Economy*», JRS 92 (2002), pp. 1-32, esp. 17-29. <<

[22] Sobre los caminos de Anatolia, véase Mitchell (1993), pp. 124-36, 245-53. <<

[23] Josefo, *Vitae* 16, sobre el papel de Livia como defensora de la población provincial, véase A. Barrett, *Livia. First Lady of*

Imperial Rome (2002), pp. 195-9. <<

[24] P. Brunt, «*Charges of provincial maladministration under the early Principate*», Historia 10 (1961), pp. 189-227, con A. Lintott, *Imperium Romanum. Politics and Administration* (1993), pp. 120-21; Plinio el Joven, *Ep.* 3. 9. 4. 7, 9. 2-3, cita de la traducción de Loeb. <<

[25] Las cifras son de Brunt (1961), pp. 224-7; Tácito, *Agricola* 19, Licinio en las Galias de Dión 54. 21. 2-8. <<

[26] Plinio el Joven, *Ep.* 3. 9. 13. Encontramos la cita y la carta completa sobre el caso. <<

[27] Sobre la efectividad general, véase la pesimista evaluación de Brunt (1961), pp. 206-23. <<

[28] Sobre los *frumentarii*, véase N. Austin y B. Rankov, *Exploratio. Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic War to the Battle of Adrianople* (1995), pp. 136-7, 150-54; sobre Lúculo, véase Suetonio, *Domiciano* 10. 3; sobre Avidio Casio, véase A. Goldsworthy, *The Fall of the West (=How Rome Fell)* (2009), p. 51. <<

[29] Sobre Pisón, véase Tácito, *An.* 2. 55, 57-8, 69-81, 3. 7-18, con M. Griffin, «*The Senate's story*», encontramos la inscripción en JRS 87 (1997), pp. 249-63. <<

[30] Plinio el Joven, *Ep.* 3. 4. 5-6. <<

[31] I. Haynes, «*The Blood of the Provinces. The Roman Auxilia and the Making of Provincial Society from Augustus to the Severus* (2013), pp. 339-67; sobre los veteranos y los aldeanos, véase R. Alston, *The ties that bind: soldiers and societies*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community*. JRA Supplementary Series 34 (1999), pp. 175-95. <<

[32] Estrabón, *Geog.* 3. 5. 3; sobre la ciudadanía en general, véase A. Sherwin-White, *The Roman Citizenship* (1973), pp. 221-87. <<

[33] Plinio el Joven, *Ep.* 3. 9. 3; Claudio y los galos, véase Tácito, *An.* 11. 23-4, ILS 212, con una conveniente traducción en B. Levick, *The Government of the Roman Empire. A Sourcebook* (2.ª ed., 2000), pp. 178-82. <<

[34] *Scriptores Historiae Augustae*, Pertinax 1. 1-4. 4, 5. 7-13. 8, con Goldsworthy (2009), pp. 56-7. <<

[35] Woolf (1998), pp. 148-60. <<

[36] Mattingly (2006), pp. 367, 375-7, 383. <<

[37] Véase P. Garnsey, *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World* (1988), passim. <<

[38] Josefo, *Ant.* 15. 305-16. <<

[39] Plinio el Joven, *Ep.* 10. 65-6, S. Pomeroy, «*Coprynyms and the exposure of infants in Egypt*», en A. Cameron y A. Kuhrt (eds.), *Images of Women in Antiquity* (1983), pp. 207-22, y también T. Parkin, *Demography and Roman Society* (1992), pp. 91-133; Varrón, *de re rustica* 2. 10. 9. <<

[40] Sobre los esclavos fugitivos, véase C. Fuhrmann, «*Policing the Roman Empire* (2012), pp. 21-43, sobre la exigencia de prestar servicios, véase S. Mitchell, *Requisitioned transport in the Roman empire: a new inscription from Pisidia*», JRS 66 (1976), pp. 106-31; sobre la minería en Jordania, véase Mattingly (2011), pp. 167-99, esp. 181-2, 197. <<

[41] B. Frier, «*Roman Demography*», en D. Potter y D. Mattingly (eds.), «*Life, Death and Entertainment in the Roman Empire* (1999), pp. 95-109, W. Scheidel, *Germs for Rome*», en C. Edwards y G. Woolf (eds.), *Rome the Cosmopolis* (2003), pp. 158-76. <<

[42] Apuleyo, *Las metamorfosis* o *El asno de oro* 9. 39-10. 1; sobre Juan el Bautista, véase Lucas 3. 14; sobre Simón de Cirene, véase Mateo 27. 32, Marcos 15. 21, Lucas 23. 26. <<

[43] Hechos 16. 16-40. <<

[44] Hechos 18. 12-17. <<

[45] Hechos 21. 35-7, 22. 24-9, 24. 22-7, 25. 1-21. <<

[46] Hechos 27. 1-28. 31; sobre la cohors Augusta véase M. Speidel, «*The Roman army in Judaea under the Procurators*», en M. Speidel, *Roman Army Studies Vol. 2: Mavors* (1992), pp. 224-32; sobre las ejecuciones ordenadas bajo el reinado de Nerón, véase Eusebio, *Historia eclesiástica* 2. 25. <<

[47] Josefo, *Vitae* 13. <<

[48] Juan 18. 3; encontramos un estudio histórico útil sobre el juicio de Jesús y el papel de Poncio Pilato en él en H. Bond, *Pontius Pilate in History and Interpretation. Society for New Testament Studies* Monograph Series 100 (1998), pp. 94-207. <<

[49] Encontramos la cita en Juan 19. 12; sobre José de Arimatea, Mateo 27. 57-60 (sin mencionar su calidad de miembro del sanedrín), Marcos 15. 42-6, Lucas 23. 50-53, Juan 19. 38-40 (una vez más sin mencionar su calidad de miembro del sanedrín); sobre el Tiberieum, véase Bond (1999), pp. 11-12. <<

[50] Lucas 23. 16, 22; sobre Barrabás y la liberación de un preso, véase Mateo 27. 15-26, Marcos 15. 6-15, Lucas 23. 18-25, Juan 18. 40; sobre la mujer de Pilato, véase Mateo 27. 19; sobre el cartel, véase Mateo 27. 37, Marcos 15. 26, Lucas 23. 38, Juan 19, 19-22. <<

[51] Bond (1998) lleva a cabo una buena revisión de todo lo que se conoce acerca de Pilato. En el siglo IV d. C., Eusebio, en *Historia eclesiástica* 2. 7 afirmó que la «tradición» sostenía que el exprefecto más tarde se había suicidado, pero no existe ninguna evidencia anterior de ese dato, por lo que muy bien puede ser una invención. La obra conocida como Hechos de Pilato sin duda era una invención posterior redactada por un autor pagano hostil a los cristianos. Debemos señalar que el hecho de que se sepa tan poco sobre alguien después de haber ejercido un cargo público es normal en el caso de los équites y muy común incluso en el de los senadores. <<

[1] Josefo, *BJ* 3. 72-4. (Traducida a partir de la versión de Loeb). <<

[2] Sobre el ejército en general véase G. Webster, *The Roman Imperial Army of the First and Second Centuries ad* (3.ª ed., 1998), Y. Le Bohec, *The Imperial Roman Army* (1994), y A. Goldsworthy, *The Complete Roman Army* (2003). <<

[3] Sobre el tema de la demografía, véase B. Frier, «*Roman Demography*», en D. Potter y D. Mattingly (eds.), «*Life, Death and Entertainment in the Roman Empire* (1999), pp. 95-109. Los cálculos basados en la capacidad de tierra para sustentar a la población siguen estando fuertemente influenciadas por K. Beloch, *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt* (1886); entre los estudios más recientes encontramos R. Bagnall y B. Frier, *The Demography of Roman Egypt* (1994), T. Parkin, *Demography and Roman Society* (1992), W. Scheidel, *Measuring Sex, Age, and Death in the Roman Empire. Explorations in Ancient Demography*. JRA Supplementary Series 21 (1996), y D. Rathbone, *Villages, land and population in Graeco-Roman Egypt*», PCPS 36 (1990), pp. 103-42, y C. Edwards y G. Woolf (eds.), «*Rome the Cosmopolis* (2003), esp. W. Scheidel, *Germs for Rome*», pp. 158-76 presenta una visión muy sombría de la vida urbana. <<

[4] Tácito, *An.* 4. 5; M. Bishop, *Handbook to Roman Legionary Fortresses* (2012) ofrece una excelente visión general de todas las fortalezas de legionarios conocidas y sus guarniciones. <<

[5] Sobre los movimientos de las legiones, es útil el estudio de Le Bohec (1994), pp. 24-6, 165-78. <<

[6] Elio Aristides, *Discurso a Roma* 80-82 (traducción a partir de la versión de Brill), Apiano, *Praef.* 7 (traducción a partir de la versión de Loeb), Herodiano 2. 11. 5 (traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[7] Webster (1998), pp. 167-230; véase asimismo B. Dobson, «*The role of the fort*», en W. Hanson (ed.), The Army and the

Frontiers. JRA Supplementary Series 74 (2009), pp. 25-32. <<

[8] Véase A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 bc - ad 200* (1996), pp. 13-38. <<

[9] La cita es de Tácito, *Agricola* (traducción a partir de la versión de Loeb); sobre las diferencias entre el equipo de los legionarios y los auxiliares, véase M. Bishop y B. Coulston, *Roman Military Equipment. From the Punic Wars to the Fall of Rome* (2.ª ed, 2006), pp. 254-9. <<

[10] Tácito, *Agricola* 35; sobre el orden seguido en una persecución, Arriano, *Ectaxis* 27-8. <<

[11] Josefo, *BJ* 3. 73-6. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[12] R. Fink, *Roman Military Rewards on Papyrus* (1971), p. 87. <<

[13] R. Fink, *Roman Military Rewards on Papyrus* (1971), p. 99. <<

[14] N. Austin y B. Rankov, *Exploratio. Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic War to the Battle of Adrianople* (1995), pp. 158-9 sobre thetatus; sobre el documento de licenciatura por fallecimiento, véase B. Grenfell, A. Hunt, H. Bell *et alii* (eds.), The Oxyrhynchus Papyri (1898-), p. 39 y R. Davies, *Service in the Roman Army* (1989), p. 227. <<

[15] Arriano, *Periplus Ponti Euxini* (traducción de A. Liddle, 2003), 6. 1-2, 9. 3-4, 9. 5; sobre el informe en latín, 6. 2; sobre los ejercicios, 3. 1, 10. 3-4; sobre la paga, 6. 1, 10. 3. <<

[16] El excelente M. Speidel, *Emperor Hadrian's Speeches to the African Army - A New Text* (2006) proporciona el mejor texto y análisis de esta inscripción y las citas son de su traducción; a III Augusta, 2. 1-8; arqueros, 22. 1-11; «nada debe nunca…» 26. 9; la caballería legionaria, 6. 5-10; *ala I Pannoniorum* 29. 5-7. <<

[17] En Speidel (2006), campos 19, 20, 30 encontramos el comentario de Adriano sobre la práctica de montarse a caballo de un salto. <<

[18] R. Tomlin, «*Making the machine work*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community*. JRA Supplementary Series 34 (1999), pp. 127-38, con M. Speidel, «The missing weapons at Carlisle», Britannia 38 (2007), pp. 237-9, esp. 238-9 sobre los subarmales. <<

[19] Austin y Rankov (1995), pp. 155-69. <<

[20] Sobre los centuriones, véase E. Birley, «*The origins of legionary centurions*» y «*Promotion and transfer in the Roman army II: the centurionate*», en E. Birley, The Roman Army. Papers 1929-1986 (1988), pp. 189-220, B. Dobson, «*The significance of the centurion and primipilaris in the Roman army and administration*», ANRW 2. 1 (1974), pp. 392-434, «*Legionary centurion or equestrian officer? A comparison of pay and prospects*», Ancient Society 3 (1972), pp. 193-207; Fortunatus ILS 2658 = CIL 8. 217, Honoratus, ILS 2655 = CIL 8. 14698. <<

[21] J. Thomas y R. Davies, «*A new military strength report on papyrus*», JRS 67 (1977), pp. 50-61, col. 1, líneas 2-7. <<

[22] Plinio el Joven, *Ep.* 2. 13. 2 (traducción a partir de la versión de Loeb); sobre el *ab epistulis* y su papel militar y los *frumentarii* véase Austin y Rankov (1995), pp. 135-41. <<

[23] Tácito, *An.* 2. 55. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[24] M. Griffin, «*The Senate's story. Review of Das Senatus Consultum de Cn. Pisone Patre*» by W. Eck; Antonio Caballos; Fernando Fernández, JRS 87 (1997), pp. 249-63, cita de la p. 251. <<

[25] Sobre Germánico, véase Tácito, *An.* 1. 35. <<

[26] Estacio, *Silvas* 5. 1. 83-100 sobre los deberes del *ab epistulis*. <<

[27] Suetonio, *Tiberio* 25; sobre la relación con el ejército, véase B. Campbell, *The Emperor and the Roman Army 31 bc - ad 235* (1984). <<

[28] Dión 77. 15. 2. <<

[29] En buena medida el debate fue animado por E. Luttwak, «*The Grand Strategy of the Roman Empire: From the First Century ad to the Third* (1976); entre las contribuciones más significativas están F. Millar, *Emperors, frontiers and foreign relations, 31 bc to ad 378*», Britannia 13 (1982), pp. 1-23, B. Isaac, «*The Limits of Empire. The Roman Army in the East* (ed. rev., 1992), E. Wheeler, *Methodological limits and the mirage of Roman Strategy. Parts 1 & 2*», The Journal of Military History 57 (1993), pp. 7-41 y 215-40, C. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire. A Social and Economic Study* (1994) y *Rome and its Frontiers. The Dynamics of Empire* (2004), S. Mattern, Rome and the Enemy. Imperial Strategy in the Principate (1999) y D. Breeze, *The Frontiers of Imperial Rome* (2011). <<

[30] Sobre las relaciones de los romanos con Partia, véase B. Campbell, «*War and diplomacy: Rome and Parthia, 31 bc - ad 235*», en J. Rich y G. Shipley (eds.), «*War and Society in the Roman World* (1993), pp. 213-40, y D. Kennedy, *Parthia and Rome: eastern perspectives*», en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East*. JRA Supplementary Series 18 (1996), pp. 67-90. <<

[31] Plutarco, Craso 21. <<

[32] Sobre los ejércitos partos, véase Goldsworthy (1996), pp. 60-68, Kennedy (1996), pp. 83-4. <<

[33] Isaac (1992), pp. 20-23. <<

[34] Tácito, *An.* 6. 35. <<

[35] Tácito, *Germania* 13-14, y en general Goldsworthy (1996), pp. 42-60. <<

[36] Tácito, *Germania* 30. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[37] César, *BG* 6. 23. <<

[38] Veleyo Patérculo 2. 109. 1-2, Tácito, *An.* 2. 45. <<

[39] Goldsworthy (1996), pp. 74-5. <<

[40] Véase B. Rankov, «*A "secret of empire" (imperii arcanum): an unacknowledged factor in Roman imperial expansion*», en Hanson (2009), pp. 163-72. <<

[41] Estrabón, *Geog.* 17. 1. 54 (traducción a partir de la versión de Loeb); en general véase A. Goldsworthy, «*War*», en P. Sabin, H. van Wees, y M. Whitby (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare Vol. 2: Rome from the Late Republic to the Late Empire* (2007), pp. 76-85, 106-20. <<

[42] Encontramos un profundo estudio de las relaciones romanas con los partos en Wheeler (1993), pp. 30-37. <<

[43] Tácito, *Hist.* 4. 51. <<

[44] Tácito, *An.* 12. 50; encontramos una visión general de la campaña en A. Goldsworthy, *In the Name of Rome* (2003), pp. 273-87. <<

[45] Tácito, *An.* 13. 9; R. Sheldon, *Rome's Wars in Parthia: Blood in the Sand* (2010) nos ofrece una narrativa de las guerras entre Roma y Partia. <<

[46] Dión 75. 3. 2. <<

[47] Tabulae Vindolandenses II 164. <<

[48] B. Campbell, «*Who were the viri militares?*», JRS 65 (1975), pp. 11-31 se muestra escéptico sobre el hecho de que hubiera unas etapas claramente definidas en la carrera política para cada grupo de militares, pero esto no significa que la capacidad no fuera un factor importante en los nombramientos. <<

[49] Suetonio, *Domiciano* 7. 3. <<

[50] Véase, por ejemplo, J. Drinkwater, *The Alamanni and Rome* 213-496 (Caracalla to Clovis) (2007), pp. 14, 49 sobre las mujeres. <<

[51] ILS 986, véase P. Conole y R. Milns, «*Neronian frontier policy in the Balkans: the career of Ti. Plautius Silvanus*», Historia 32 (1983), pp. 183-200; traducción de B. Levick, *The Government of the Roman Empire. A Sourcebook* (2.ª ed., 2000), pp. 34-5. <<

[1] Amiano Marcelino 27. 2. 11. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[2] Sobre Tacfarinas y la primera campaña, véase Tácito, *An.* 2. 52. <<

[3] Sobre la región bajo el reinado de Augusto y sobre Tacfarinas, véase D. Whittaker in CAH² X, pp. 591-6, E. Fentress, *Numidia and the Roman Army*. BAR International Series 53 (1979), pp. 66-8 y D. Cherry, *Frontier and Society in Roman North Africa* (1998), pp. 24-43. <<

[4] Tácito, *An.* 3. 21, Aulo Gelio, *Noches áticas* 5. 6. 14, ILS 2637; sobre los veteranos, véase A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 bc - ad 200* (1996), p. 16; sobre la *decimatio*, véase G. Watson, *The Roman Soldier* (1969), pp. 119-20. <<

[5] Tácito, *An.* 3. 20-21. <<

[6] Tácito, *An.* 3. 32, 73. <<

[7] Tácito, *An.* 3. 74. <<

[8] Tácito, *An.* 4. 23-6. <<

[9] Véase Cherry (1998), pp. 24-71, esp. 63-6 sobre el *fossatum*. <<

[10] «Para separar a los romanos de los bárbaros», *Scriptores Historiae Augustae*, *Vita Hadriani* 11. 2; sobre las fuentes con respecto al muro de Adriano, véase D. Breeze, *Handbook to the Roman Wall* (14.ª ed., 2006), pp. 25-34, y sobre la muralla en general, véase ese mismo libro y D. Breeze y B. Dobson, *Hadrian's Wall* (4.ª ed., 2000); dos fragmentos de una inscripción, RIB 1051, han sido reconstruidos y, al parecer, se puede leer que Adriano tenía la intención oficial de construir la muralla, pero se trata de conjeturas. <<

[11] Véase B. Rankov, «*Do rivers make good frontiers?*», en Z. Visy, *Limes XIX. Proceedings of the XIXth International Congress of Roman Frontier Studies* held in Pécs, Hungary, September 2003 (2005), pp. 175-81. <<

[12] Sobre las fronteras en general, véase D. Breeze, *The Frontiers of Imperial Rome* (2011); sobre el hecho de que es necesario ser precavido a la hora de tratar de adivinar la función de la guarnición de un fuerte solo por su posición, véanse las advertencias en B. Isaac, *The Limits of Empire* (ed. rev., 1992), pp. 409-10. <<

[13] Encontramos algunos argumentos que defienden que las graves limitaciones de los mapas de los romanos hacían imposibles muchos aspectos clave de la planificación estratégica en Isaac (1992), pp. 387-408, con énfasis en la geografía política y C. Whittaker, «*Mental maps and frontiers: seeing like a Roman*», en *Rome and its Frontiers. The Dynamics of Empire* (2004), pp. 63-87, que comienza con la ingenua afirmación de que el hecho de que Julio César se perdiera en su camino hacia el río Rubicón refleja la falta de mapas. Dado lo fácil que es perderse incluso con un mapa, especialmente en condiciones de poca visibilidad o de noche, resulta un comentario extraño. Encontramos algunas sensatas críticas de llevar esas opiniones al extremo en E. Wheeler, *«Methodological limits and the mirage of Roman Strategy» Part 2*, The Journal of Military History 57 (1993), pp. 236-9. <<

[14] D. Wooliscroft, *Roman Military Signalling* (2001), pp. 51-78, 95-7, 109-35, 155-7. <<

[15] Tácito, *Agricola* 22. 1-2. <<

[16] Sobre fuertes en general, véase A. Johnson, *Roman Forts* (1983) y P. Bidwell, *Roman Forts in Britain* (2007); sobre South Shields, véanse el resumen y las referencias de Breeze (2006), pp. 115-28. <<

[17] Sobre el muro de Adriano, véase Breeze y Dobson (2000), pp. 25-83; sobre Gask Ridge, véase D. Wooliscroft y B. Hoffman, *Rome's First Frontier. The Flavian Occupation of Northern Scotland* (2006), esp. pp. 175-88. <<

[18] Tabulae Vindolandenses II 154. <<

[19] RMR 100, y véase el análisis de F. Lepper y S. Frere, *Trajan's Column* (1988), pp. 244-59; sobre la dispersión de las unidades, véase Goldsworthy (1996), pp. 22-8. <<

[20] Sobre los fuertes y sus funciones, véase M. Bishop, «*Praesidium: social, military, and logistical aspects of the Roman army's provincial distribution during the early Principate*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), «*The Roman Army as a Community*. JRA Supplementary Series 34 (1999), pp. 111-18 y B. Dobson, *The role of the fort*», en W. Hanson (ed.), «*The Army and the Frontiers*. JRA Supplementary Series 74 (2009), pp. 25-32; sobre Chester, véase T. Strickland, *What kind of community existed at Chester during the hiatus of the 2nd c.?*», en Goldsworthy y Haynes (1999), pp. 105-9. <<

[21] RMR 10, Ostrakon de Florida 3, 5. <<

[22] P. Bidwell, «*Systems of obstacles on Hadrian's wall and their relationship to the turrets*», en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana*. Roman Frontier Studies. Anejos de Gladius, 13 Vol. 3 (2009), pp. 1119-24. <<

[23] N. Hodgson, «*Gates and passages across the frontiers: the use of openings through the barriers of Britain, Germany and Raetia*», en Visy (2005), pp. 183-7; centurio regionarius Tab. Vind. II 250. 8, sobre los centuriones que acudían a los consejos tribales, véase Dión 73. 2. 4. <<

[24] CIL 8. 2495. <<

[25] T. Kinsella, *The Táin. From the Irish Epic Táin Bó Cuailnge* (1969), p. 52; Homero, *Odisea* 11. 397-403. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[26] Las expresiones son empleadas por E. Luttwak, *The Grand Strategy of the Roman Empire: From the First Century ad to the Third* (1976). Su uso es sutil y no implica una división aguda entre dichos niveles de guerra, pero eso parece haber sido asumido por muchos que han utilizado sus obras, incluyendo a sus críticos; sobre aceptar la razias, pero considerar que no se trata de una amenaza, véase por ejemplo J. Drinkwater, *The Alamanni and Rome 213-496* (2007), pp. 11-42, que sugiere que los emperadores inventaron la «amenaza de los bárbaros» para satisfacer sus propias necesidades políticas. <<

[27] CIL 3. 3385. <<

[28] Tácito, *Germania* 5. 1-2. <<

[29] Sobre los *comites*, véase Tácito, «*Germania* 13; sobre la afirmación de que los hallazgos de armas y otros equipos ofrecidos como botín de la victoria en los pantanos escandinavos se pueden interpretar y deducir que los contingentes que seguían a un líder de guerra eran de unos 200-300 hombres, véase X. Jensen, L. Jørgensen y U. Hansen, *The Germanic army: warriors, soldiers and officers*», en B. Stoorgard y L. Thomsen (eds.), *The Spoils of Victory. The North in the Shadow of the Roman Empire* (2003), pp. 310-28. <<

[30] César, *BG* 6. 34-5, 41; siglo IV, Amiano Marcelino 17. 10. 5-6, 18. 2. 2-3, 7-8; sobre Aníbal, véase Tito Livio 22. 13. 5-9. <<

[31] Tácito, *Germania* 41 (traducción a partir de la versión de Loeb); Dión 72. 11. 2-3. <<

[32] Talmud de Jerusalén, Erubin 4, p. 21, col. 4, Talmud, tratado Yebamoth 48 y véase el análisis de M. Gichon, «*Life on the borders reflected in rabbinical sources*», en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín (eds.), *Limes XX. Roman Frontier Studies, Vol. 1* (2009), pp. 113-18. <<

[33] Tácito, *An.* 13. 54. 1, Hist. 1. 79, Amiano Marcelino 31. 10. <<

[34] César, *BG* 8. 3, Cicerón, *Verrinas* 2. 4. 95, 96, Talmud babilónico, Baba Qama 83a. <<

[35] H. Cuvigny, «*Ostraca de Krokodilô* (2005), p. 87, con V. Maxfield, *Ostraca and the Roman army in the eastern desert*», en J. Wilkes (ed.), *Documenting the Roman Army. Essays in Honour of Margaret Roxan* (2003), pp. 153-73, esp. 166-7. <<

[36] Sobre la observación de nómadas y otros viajeros por parte de los puestos de avanzada del Norte de África, véase R. Marichal, *Les Ostraca du Bu Njem* (1979), pp. 436-52; sobre la villa en Regensburg-Harting, véase Drinkwater (2007) pp. 78-9; Apuleyo, *Las metamorfosis* o *El asno de oro* 8. 16-17. <<

[37] César, *BG* 6. 34. <<

[38] En Tácito, *An.* 12. 27 tenemos la cita (traducción a partir de la versión de Loeb), 12. 39 sobre los siluros, Amiano Marcelino 27. 1-2. <<

[39] M. Todd en A. Bowman, P. Garnsey y A. Cameron, The Cambridge Ancient History, Vol. 12 (Second Edition): The Crisis of Empire, ad 193-337 (2005), p. 442; Amiano Marcelino 19. 6. 2. <<

[40] Tácito, *An.* 12. 27-8. <<

[41] RIB 1142. <<

[42] D. Potter, «*Empty areas and Roman frontier policy*», American Journal of Philology 113 (1992), pp. 269-74. <<

[43] Tácito, *An.* 12. 31, *Agricola* 18. <<

[1] Tácito, *Agricola* 24. 1-2. (Traducción a partir de la versión de Loeb). <<

[2] Sobre mapas y fronteras, merecen la pena los inteligentes comentarios de E. Wheeler, «*Methodological limits and the mirage of*

Roman Strategy. Parts 1 & 2», The Journal of Military History 57 (1993), pp. 7-41 y 215-40, esp. 24-6 y 228-30. <<

[3] Tácito, *Hist.* 4. 64-65. <<

[4] H. Cuvigny, «*Ostraca de Krokodilô* (2005), p. 252, con traducción y análisis en D. Nappo y A. Zerbini, *Trade and taxation in the Egyptian desert*», en O. Hekster y T. Kaizer (eds.), «*Frontiers in the Roman World. Proceedings of the Ninth Workshop of the International Network Impact of Empire* (Durham, 16-19 April 2009) (2011), pp. 61-77, esp. 72-74; véase también V. Maxfield, *Ostraca and the Roman army in the eastern desert*», en J. Wilkes (ed.), *Documenting the Roman Army. Essays in Honour of Margaret Roxan* (2003), pp. 153-73, esp. 154-6, 164-7. <<

[5] P. Wells, *The Barbarians Speak. How the Conquered People Shaped Roman Europe* (1999), pp. 122-47, D. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire. A Social and Economic Study* (1994), pp. 98-131. <<

[6] En general, véase C. Sebastian Sommer, «*The Roman army in SW Germany as an instrument of colonisation: the relationship of forts to military and civilian vici*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community*. JRA Supplementary Series 34 (1999), pp. 81-93. <<

[7] B. Shaw, «*Fear and Loathing: the nomad menace and Roman Africa*», en B. Shaw, *Rulers, Nomads, and Christians in Roman North Africa* (1995), VII. pp. 25-46, esp. 42-5. <<

[8] J. Drinkwater, *The Alamanni and Rome* 213-496 (Caracalla to Clovis) (2007), pp. 80-116. <<

[9] *Periplus Maris Erythraei* 49, traducción tomada de L. Casson (ed.), *The Periplus Maris Erythraei: Text with Introduction, Translation and Commentary* (1999). <<

[10] Sobre el comercio romano con India, véase R. Tomber, «*Pots, coins and trinkets in Rome's trade with the East*», en P. Wells (ed.), «*Rome Beyond its Frontiers: Imports, Attitudes and Practices.*

JRA Supplementary Series 95 (2013), pp. 87-104, C. Whittaker, *Indian trade within the Roman imperial network*», en Whittaker (2004), pp. 163-80; Plinio el Viejo, *HN* 12. 84. <<

[11] Tácito, *An.* 2. 62 (traducción de Loeb, ligeramente modificada); Plinio el Viejo, *HN* 37. 45; Sobre Q. Atilio Primo, véase AE 1978, 635; sobre los marcomanos y los cuados, véase L. Pitts, «*Relations between Rome and the German "kings" on the Middle Danube in the first to fourth centuries ad*», JRS 79 (1989), pp. 45-58, esp. 46-51. <<

[12] En general, véase D. Mattingly (ed.), *The Archaeology of the Fazza-n*, Vol. 1: Synthesis (2003), pp. 76-90, 346-62; Ptolomeo, *Geografía* 1. 10. <<

[13] Tácito, *Hist.* 4. 50, Ptolomeo, *Geog.* 1. 8. <<

[14] Mattingly (2003), pp. 85, 88-9, 355-62. <<

[15] En general, véase Wells (2013), passim, y (1999), pp. 224-58, M. Todd, *The Early Germans* (2.ª ed., 2004), pp. 84-102; sobre los hallazgos de los pantanos, véase J. Ilkjaer, *«Danish war booty sacrifices»*, en B. Stoorgard y L. Thomsen (eds.), *The Spoils of Victory. The North in the Shadow of the Roman Empire* (2003), pp. 44-65. <<

[16] Tácito, *An.* 13. 57; X. Jensen, L. Jørgensen y U. Hansen, «*The Germanic army: warriors, soldiers and officers*», en Stoorgard y Thomsen (2003), pp. 310-28. <<

[17] Tácito, «*Germania* 5, con Todd (2004), pp. 98-102; F. Hunter, *Iron age hoarding in Scotland and northern Britain*», en A. Gwilt y C. Haselgrove (eds.), *Reconstructing Iron Age Societies* (1997), pp. 108-33. <<

[18] Véase D. Harding, «*The Iron Age in Northern Britain. Celts, Romans, Natives and Invaders* (2004), pp. 179-99, F. Hunter, *Roman and native in Scotland: new approaches*», JRA 14 (2001), pp. 289-309 y «*The lives of Roman objects beyond the frontier*», en Wells (2013), pp. 15-28; Friensted, véase C. Schmidt, «*Just recycled?*

New light on the Roman imports at the "central farmstead" of Friensted (central Germany)», en Wells (2013), pp. 57-70. <<

[19] Todd (2004), p. 91. <<

[20] Todd (2004), pp. 94-5. <<

[21] Digesto 49. 15. 6, RIB 2174-8 con E. Birley, «*Marcus Cocceius Firmus: an epigraphic study*», en E. Birley (ed.), *Roman Britain and the Roman Army. Collected papers* (1953), pp. 87-103; sobre emprender razias para capturar esclavos para vendérselos a los romanos, véase B. Cunliffe, *Greeks, Romans and Barbarians: Spheres of Interaction* (1988), pp. 171-89. <<

[22] Tácito, *An.* 2. 52, 11. 16-17, con Todd (2004), pp. 84-7. <<

[23] Wells (1999), pp. 246-56, Todd (2004), pp. 62-80, 97-8. <<

[24] A. Jørgensen, «*Fortifications and the control of land and sea traffic in the Pre-Roman and Roman Iron Age*», en Stoorgard y Thomsen (2003), pp. 194-209; Tácito, *An.* 2. 19. <<

[25] Encontramos una narrativa más completa de este periodo posterior en A. Goldsworthy, *The Fall of the West (= How Rome Fell)* (2009). <<

[26] Véase Drinkwater (2007), pp. 117-44 sobre la sociedad y la población. <<

[27] AE 1993, 1231; véase R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order* (1966), pp. 196-234 y *Roman Government's Response to Crisis ad 235-337* (1976). <<

[1] César, *BG* 8. 44. <<

[2] Véase la reseña de G. de la Bédoyère de la obra de D. Mattingly, *An Imperial Possession. Britain in the Roman Empire 54 bc - ad 409* (2006), en History Today (agosto de 2006), p. 62, con la respuesta de D. Mattingly en *Imperialism, Power, and Identity. Experiencing the Roman Empire* (2011), p. 274, fn. 3. <<

ÍNDICE

Pax romana 2
Agradecimientos 7
Lista de Mapas 8
Prefacio. VIVIR EN PAZ 9
Introducción. UNA GLORIA MAYOR QUE LA GUERRA 20
Parte uno. LA REPÚBLICA 34
I. EL AUGE DE ROMA 35
1. Orígenes 35
2. La República 42
3. En el extranjero 48
II. GUERRA 55
1. Masacre 55
2. Riqueza y reputación. El impulso de crear un imperio 66
3. Fe y falta de piedad 83
III. AMIGOS Y RIVALES 89
1. «Amici». Los amigos de los romanos 89
2. «Toda la Galia está dividida en tres partes». La intervención de César 98
3. Aliados y enemigos 107
4. La resistencia contra Roma 115
IV. COMERCIANTES Y COLONOS 121
1. «Civis Romanus Sum». Los romanos en el extranjero 121
2. Mercados e intercambio 129

3. Los romanos y los nativos 138
V. «¿CUÁNTO HAS GANADO?». EL GOBIERNO 146
1. Los procónsules 146
2. Cilicia 153
3. Ganar dinero 162
VI. LAS PROVINCIAS Y SUS REYES 180
1. Al menos creen que se autogobiernan 180
2. Las negociaciones con Roma 189
3. La paz y su precio 201
Parte dos. EL PRINCIPADO 246
VII. LOS EMPERADORES 247
1. Poder sin límites 247
2. La paz y la guerra 255
3. Los límites 261
VIII. REBELIÓN 277
1. «¿Debe todo el mundo aceptar la servidumbre?» 277
2. La reina 281
3. Impuestos y abusos 291
4. Adquisición y pérdida de una provincia 302
5. ¿Un mayor sentimiento de identidad? 312
IX. RESISTENCIA, DISTURBIOS Y ROBOS 319
1. Pacífica y tranquila 319
2. Reyes y malos vecinos 325
3. Asesinato, saqueo y política 343
X. LOS GOBERNADORES IMPERIALES 357
1. «Firmeza y diligencia» 357
2. Bitinia y Ponto: despilfarro, corrupción y rivalidades 364
3. Hombres malvados 385

XI. LA VIDA BAJO EL IMPERIO ROMANO 398
1. «Civilización» y «esclavitud» 398
2. Rebaños y pastores, romanos y nativos 414
3. Integrados y excluidos 426
XII. EL EJÉRCITO Y LAS FRONTERAS 442
1. «Un gran círculo de campamentos» 442
2. El otro lado de la colina 464
3. Ataque y defensa 475
XIII. GUARNICIONES Y RAZIAS 488
1. Cruces clandestinos 488
2. Guarniciones, fuertes y murallas 496
3. Anatomía de una razia 514
4. Miedo, reputación y dominación 535
XIV. MÁS ALLÁ DE LA «PAX ROMANA» 541
1. El exterior 541
2. Comercio y tratados 550
3. Guerra civil y paz 564
Conclusión. PAZ Y GUERRA 572
Cronología 582
Glosario 589
Abreviaturas utilizadas en las notas 600
Bibliografía 602
Notas 625